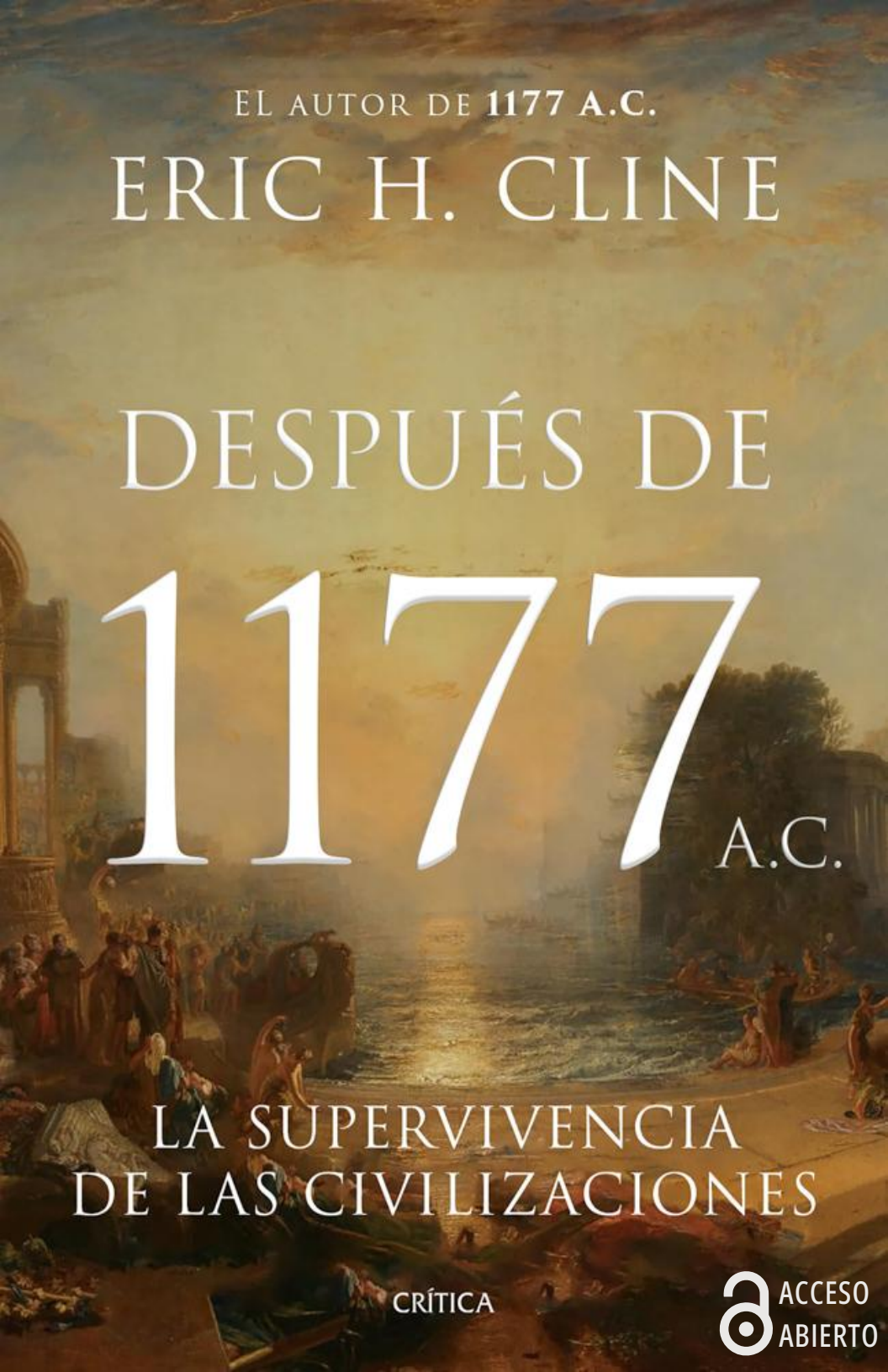


ACCESO ABIERTO

Índice

1. Portada
2. Sinopsis
3. Portadilla
4. Dedicatoria
5. Cita
6. Listado de ilustraciones
7. Listado de cuadros
8. Listado de mapas (después del prefacio, trazados por Michele Angel)
9. Preámbulo del editor
10. Prefacio. «Es el fin del mundo tal y como lo conocemos» (... y no me siento bien)
11. Prólogo. Bienvenidos a la Edad del Hierro
12. 1. El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre
13. 2. Conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria
14. 3. El Mediterráneo convertido en un lago fenicio

15. 4. Rey de la tierra de Karkemish

16. 5. A la sombra de los palacios en ruinas

17. 6. Del colapso a la resiliencia

18. Epílogo. Fin de una «Edad oscura»

19. Comentario del autor y agradecimientos

20. «Dramatis personae» (por orden alfabético)

21. Bibliografía

22. Notas

23. Créditos

Después de 1177 a. C. La supervivencia de las civilizaciones Eric H. Cline

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *After 1177 B. C.: The Survival of Civilizations*

© Princeton University Press, 2024

© de la traducción, Sílvia Furió, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

Adaptación de la cubierta, Planeta Arte & Diseño, basado en el diseño original de Karl Spurzem, Princeton University Press Imagen de la cubierta: © akg-images / Album

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-9199-737-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realizacion Planeta

Sinopsis

Este libro, continuación de lo narrado en *1177 a. C. El año en que la civilización* se derrumbó, nos habla de un periodo en el que muchas de las civilizaciones de la Edad del Bronce Final del Egeo y del Mediterráneo oriental yacían en ruinas a causa de los invasores, las revueltas, los desastres naturales, las hambrunas y el fin del comercio internacional. Un mundo interconectado de grandes imperios y sociedades, relativa paz y con un comercio robusto y una arquitectura monumental se perdió y comenzó la llamada primera edad oscura.

Ahora, en *Después de 1177 a. C.*, Eric H. Cline retoma esta cautivadora historia para contarnos qué sucedió a continuación, durante cuatro siglos, en el Egeo y el Mediterráneo oriental. Esta es una historia de resistencia, transformación y éxito, así como también de fracasos, en una época de caos y reconfiguración. Asistiremos al relato de cómo las sociedades que no lograron adaptarse desaparecieron, mientras que las que se transformaron dieron lugar a un nuevo orden mundial que incluía a Fenicios, Filisteos, Israelitas, Neohititas, Neoasirios y Neobabilonios. También revela las innovaciones surgidas en medio de este contexto caótico que cambiaron el mundo, como el uso del hierro y el alfabeto.

Lleno de lecciones para el mundo actual sobre cómo y por qué algunas sociedades sobreviven mientras otras no son capaces de hacerlo, *Después de 1177 a. C.* cuenta por qué este período, lejos de ser la primera edad oscura, fue una era de grandes innovaciones y nuevas oportunidades.

DESPUÉS DE 1177 A. C.

La supervivencia de las civilizaciones

Eric H. Cline

Traducción castellana de Silvia Furió

CRÍTICA

Dedicado a Diane Harris Cline,

clasicista y violoncelista

Alguien dijo una vez que sus períodos favoritos de la historia eran aquellos en los que las cosas se desmoronaban, porque eso significaba que algo nuevo estaba naciendo.

Julian Barnes, *El sentido de un final* (2011)

Listado de ilustraciones

Fig. 1. Máquina expendedora de CocaCola en Rétino, Creta Fig. 2. Inscripción de Tel Dan con las palabras *Beit David* resaltadas Fig. 3. Réplica de la inscripción del calendario de Gézer Fig. 4. Prisma de arcilla de Tiglat-Pileser

Fig. 5. Monolito de Kurk de Asurnasirpal II

Fig. 6. Salmanasar II en Tiro, de la Banda III de las Puertas de Balawat Fig. 7. Obelisco Negro de Salmanasar III, con la rendición de Jehú Fig. 8. Sarcófago de Ahiram, con inscripción fenicia Fig. 9. Faraón Osorcón I con inscripción de Elibaal, de Biblos Fig. 10. Vaso de los guerreros de Micenas

Fig. 11. Visualización del ciclo adaptativo

Fig. 12. Reconceptualización del ciclo adaptativo, con las fases denominadas Edad del Bronce Final, Colapso de la EBF y Edad del Hierro Fig. 13. Reconceptualización del ciclo adaptativo específicamente para Grecia, desde las Edades del Bronce Final y del Hierro a través de los períodos arcaico y clásico Fig. 14. Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, portada del *SREX*, 2012

Listado de cuadros

Cuadro 1. Reyes y años de reinado mencionados en el texto: zona norte Cuadro 2. Reyes y años de reinado mencionados en el texto: zona sur Cuadro 3. Cambios sociales indicativos de un colapso del sistema y la consiguiente edad oscura Cuadro 4. Términos y definiciones relacionados con la resiliencia

Cuadro 5. Amplias categorías de resiliencia para las distintas zonas/sociedades durante los siglos posteriores al colapso Cuadro 6. Resiliencia, o falta de ella, por zona/sociedad y siglo a. C., con indicaciones de las fases del ciclo adaptativo Cuadro 7. Secuelas de las civilizaciones/sociedades en los siglos posteriores al colapso Cuadro 8. Lecciones sociales aprendidas del colapso de la EBF y consecuencias

Listado de mapas
(después del prefacio, trazados por Michele Angel)

Mapa 1. Vista general del Mediterráneo oriental en la Edad del Hierro

Mapa 2. Egipto durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto Mapa 3. El Levante durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto Mapa 4. Chipre durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto Mapa 5. El Mediterráneo occidental durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto Mapa 6. La región del Egeo durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto

Preámbulo del editor

En este libro, Eric H. Cline prosigue con la historia que narró en *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó*, en el que el autor relataba la historia del desmoronamiento de cada una de las civilizaciones de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental y el Oriente Próximo. El año 1177, como bien demostró, fue un momento decisivo, pero ¿qué sucedió después? En el presente volumen, *Después de 1177 a. C. La supervivencia de las civilizaciones*, Cline centra su inquisitiva inteligencia en esta cuestión. Y sin duda es una gran historia.

Cline va de caza mayor en este libro y persigue a su presa con poder y pasión. Aborda uno de los temas fundamentales de la profesión de historiador: el auge y la caída de las civilizaciones. Sin embargo, lo hace adoptando un enfoque novedoso: lo que trata de explicar no es el auge y la caída, sino la caída y el resurgimiento. ¿Reaccionan las sociedades al desmoronamiento o a la amenaza de desmoronamiento? ¿Por qué algunas resisten mientras que otras naufragan? ¿Qué hace que algunas civilizaciones sean más resistentes mientras que otras quedan debilitadas? Para responder a estas preguntas, Cline lleva a cabo un examen panorámico de las sociedades antiguas desde Grecia hasta Mesopotamia.

Con una prosa diáfana aderezada con ingenio, *Después de 1177 a. C.* ofrece una fascinante mezcla de arqueología, historia, ciencia climática y teoría social. Abarca una amplia variedad de civilizaciones: asirios, babilonios, cananeos, egipcios, fenicios, griegos, hititas, e israelitas. Es un ejercicio audaz, cuyo alcance muy pocos estudiosos podrían igualar. Cline hace acopio de su ingente conocimiento de arqueología para acercar al lector a los artefactos y yacimientos, desde inscripciones y obeliscos hasta espadas, desde templos hasta tumbas. Hay momentos dramáticos, entre ellos

un puñal clavado en el cuello de un faraón y el descubrimiento de los huesos de lo que podría representar una mujer sacrificada en la tumba de un guerrero. Un desfile de personajes adorna las páginas de este libro, desde antiguos reyes y conquistadores hasta siglos de eruditos que, de manera más civilizada, aunque no menos ardiente, se involucran en la batalla sobre la historia y sus ciclos.

Cline llega a la fascinante conclusión de que los siglos que siguieron al colapso de la Edad del Bronce no fueron, como aseveran los libros de texto, una «edad oscura». De hecho, representan un período de innovación. Entre las revoluciones que aquella era propició descuellan la alfabetización masiva, el uso de herramientas y armas de hierro, la invención de la moneda y el surgimiento de las ciudades estado griegas (*polis*). Los especialistas en este período lo saben, pero el mensaje todavía no ha calado en el público. Así pues, basta con la edad oscura, escribe Cline: llamemos a este período simplemente Edad del Hierro.

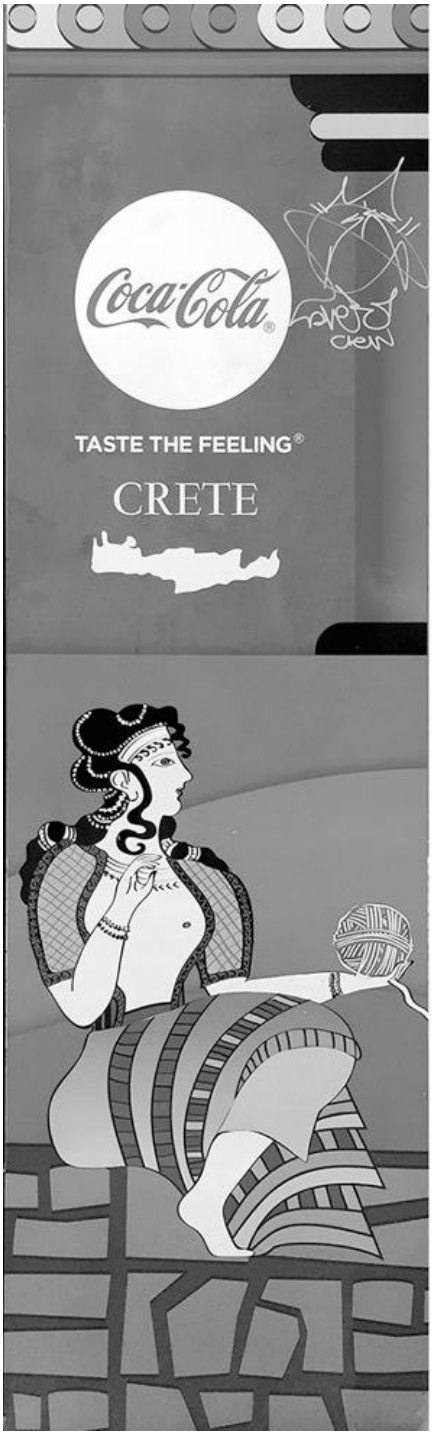
Es una conclusión esperanzadora y una grata lección, porque *Después de 1177 a. C.* no es meramente académico, sino que más bien hace hincapié en un tema que nos interpela hoy en día. En una era de innovación que avanza a un ritmo vertiginoso y en la que se producen aludes de acontecimientos inquietantes por todo el mundo —pandemia, guerra, incendios forestales, inteligencia artificial— no podría ser más oportuno contemplar cómo lidiaron (o no lograron hacerlo) nuestros ancestros con el cambio y la catástrofe.

Prefacio
«Es el fin del mundo tal y como lo conocemos» (... y no me siento bien)

Empecé a escribir este libro temprano una mañana de febrero de 2019 mientras estaba sentado en la terraza de un apartamento alquilado en Rétino, Creta. Estábamos allí antes del inicio de la beca Fulbright de mi esposa Diane para dar clases en la Universidad de Creta. Yo me había organizado para poder disponer de un semestre libre en nuestra universidad y acompañarla. Así que, mientras disfrutábamos del débil sol de invierno, aprovechamos para visitar conocidos yacimientos arqueológicos antes de que comenzasen las clases. Nos maravillaba la ubicuidad de la Antigüedad en la publicidad moderna, personificada a través de imágenes de Ariadna sosteniendo un ovillo de hilo y de los minoicos saltando por encima de los toros. Esto no resultaría tan sorprendente si no fuera porque dichas escenas adornaban los laterales de un polvoriento refrigerador lleno de cocacolas en el exterior de una tienda situada en un callejón de la parte más vieja de la ciudad.

Aquella mañana en particular era tranquila y silenciosa, frente a mí el sol asomaba sobre el amado mar Mediterráneo de Homero, con las cimas nevadas de las Montañas Blancas a mi izquierda en la lejanía. Todo parecía ir bien mientras sorbía un café y navegaba por internet, leía varios periódicos en línea a la vez que prestaba cierta atención a las noticias en directo por la radio.

De pronto empecé a escuchar más atentamente la información que daba la BBC. Se nos advertía del posible colapso de nuestra civilización actual, cortesía de múltiples factores interrelacionados que iban desde lo climático hasta lo económico. Estos, según un estudio publicado recientemente y ahora descrito con entusiasmo por los periodistas, podían redundar muy pronto en «inestabilidad económica, inmigración involuntaria a gran escala, conflictos, hambruna y potencial derrumbe de los sistemas social y económico».[1]


Coca-Cola
TASTE THE FEELING®
CRETE

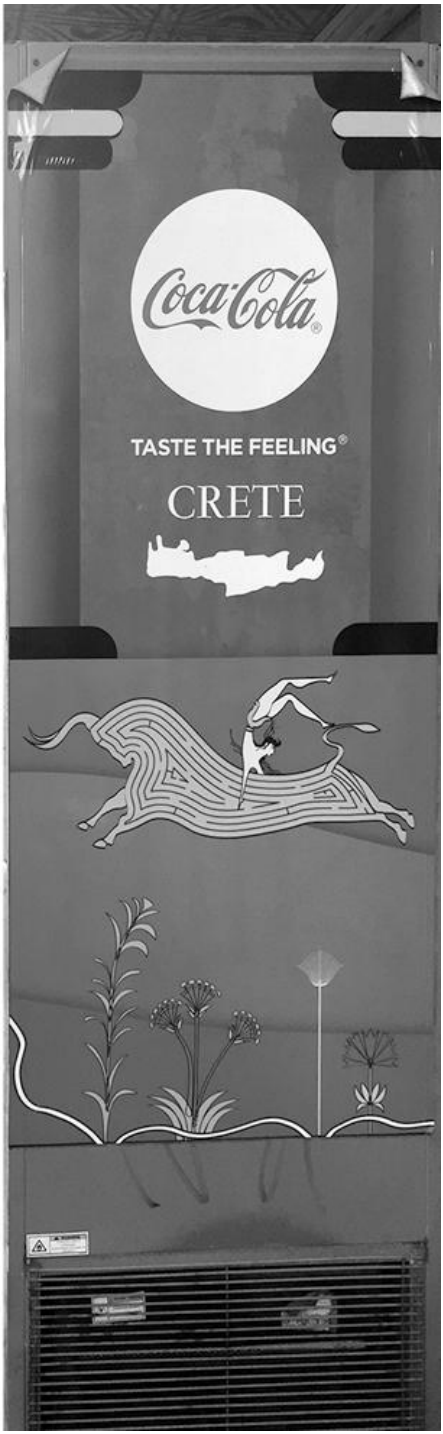

Coca-Cola
TASTE THE FEELING®
CRETE

Fig. 1. Máquina expendedora de CocaCola en Rétino, Creta. Fotografías de E. H. Cline.

Habían transcurrido casi exactamente cinco años desde la publicación de *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó*, obra en la que examinaba las causas del colapso que tuvo lugar en el Egeo y el Mediterráneo oriental al término de la Edad del Bronce Final, más de tres mil años atrás.[2] En ella explicaba cómo era la vida a lo largo de los siglos XV al XII a. C. en aquellas regiones, desde lo que hoy es Grecia hasta Irán e Irak y desde Turquía hasta Egipto, por expresarlo en términos modernos. Describí a los G8 de aquellos tiempos —los micénicos, minoicos, hititas, chipriotas, cananeos, egipcios, asirios y babilonios— y después examiné las posibles causas del derrumbe que puso fin a su mundo internacionalizado, aunque exactamente por qué y cómo sucedió de forma rápida y tan demoledora sigue siendo un misterio.

Entre los posibles factores o causas que analicé (incluidos posteriormente con mayor detalle en la edición revisada y actualizada de 2021) estaban el cambio climático, la sequía, la hambruna, terremotos, invasores y enfermedades. Llegué a la conclusión de que ninguno de ellos por sí solo habría sido cataclismo suficiente para derribar ni siquiera a una de las civilizaciones de la Edad del Bronce en el Egeo y el Mediterráneo oriental, y no digamos a todas ellas. No obstante, la combinación de todos estos factores (o de muchos o de la mayoría) habría creado una tormenta perfecta de calamidades, con efectos dominó y multiplicador, que habrían conducido a la rápida desintegración de una sociedad tras otra, en parte debido a la fragmentación de la red mediterránea globalizada y a la desintegración de las interconexiones de las que dependía cada una de las civilizaciones. Tal como concluía en el libro: «En pocas palabras, las culturas y pueblos florecientes de la Edad del Bronce … simplemente no fueron capaces de sobrevivir a la embestida de tantos y tan diferentes factores de estrés todos al mismo tiempo».[3]

———

Creta es uno de los lugares en los que la civilización se desmoronó y la avanzada sociedad que llamamos minoica desapareció básicamente al final de la Edad del Bronce para ser sustituida por una nueva versión. Tampoco los micénicos de la cercana Grecia continental, tierra natal de Aquiles, Ulises, Áyax, y los estados griegos descritos en la *Ilíada* y la *Odisea*, lograron sobrevivir, o por lo menos no su sociedad y cultura. Hoy en día nadie afirma ser minoico o micénico. Por consiguiente, las noticias de aquel día me provocaron cierta consternación, dieron en la diana con una sensación particular de «futuro *déjà-vu*», puesto que, por así decirlo, nos inquieta que sobre nosotros y nuestro mundo globalizado pueda cernirse un derrumbe catastrófico. Podría ser el fin del mundo tal y como lo conocemos, como cantaba R. E. M., pero eso realmente no me hacía sentir bien. Si nos aguarda otro colapso, me pregunté: ¿es demasiado pronto para empezar a pensar en cómo resurgiremos? ¿Será posible resurgir?

Mis pensamientos se dirigieron a cómo debieron de sentirse los pobladores de la Edad del Bronce mientras su mundo se desmoronaba. ¿Qué hizo (o no hizo, como podría ser el caso) cada una de estas zonas, o los supervivientes que residían en ellas, tras el desastre en el que se encontraban? ¿Alguien se percató en aquel momento de que estaban en pleno derrumbe?[4] ¿Cómo se reorganizaron y se recuperaron? ¿O no lo hicieron? ¿Lograron resistir? ¿Se transformaron? ¿O simplemente sucumbieron para ser reemplazados por nuevos estados y nuevas sociedades?

No soy el único al que le interesan estos temas. En los últimos años, otros arqueólogos e historiadores de la Antigüedad se han dedicado a analizar en profundidad la cuestión de qué ocurre tras el derrumbe, no solo respecto al colapso de la Edad del Bronce Final, sino en relación con cualquier sociedad y civilización que durante los pasados milenios haya sufrido una repentina desintegración, bien total o parcial. Entre ellas encontramos desde los harapanos del valle del Indo de hace cuatro mil años hasta los romanos de Ita-

lia de finales de la era clásica y los mayas de Centroamérica del siglo IX d. C., y muchos más. Algunos no consiguieron sobrevivir, pero otros se las ingeniaron de alguna manera para hacer la transición y lograron reestablecerse y reinventarse.[5]

La cuestión es: ¿cómo fueron capaces los supervivientes de resistir y continuar? Algunos de los términos que actualmente se utilizan para describir la supervivencia de las crisis modernas son «superación», «adaptación», «transición» y «transformación». La palabra «resiliencia» se ha popularizado porque se ha puesto de manifiesto, como afirmaron unos eruditos, que «colapso y resiliencia son dos caras de la misma moneda; el primero se produce cuando se pierde la resiliencia, y los sistemas resilientes son menos propensos a desmoronarse». El historiador de Princeton John Haldon y sus colegas han señalado que el modo en que las sociedades anteriores respondieron al estrés depende de tres factores: su complejidad, su flexibilidad y su desempleo sistémico, «todos ellos determinan la resiliencia del sistema».[6]

———

Para mí, todo eso se materializó unos ocho meses después de nuestro regreso de Creta, durante el invierno y la primavera de 2020, cuando la pandemia del COVID-19 golpeó Estados Unidos y las protestas de «Black Lives Matter» (Las vidas de los negros importan) se extendieron por todo el país tras la muerte de George Floyd Jr. Las protestas, algunas de ellas pacíficas, pero otras francamente violentas a causa de los contramanifestantes y las acciones de los agentes federales, continuaron durante el verano y el otoño.

Un año después, pese al cambio en la presidencia de Estados Unidos, las cosas no mejoraron. En agosto de 2021, las Naciones Unidas publicaron un informe sumamente pesimista acerca del cambio climático, mientras que el Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos hacía público otro informe sobre la pandemia, en el que se afirmaba que esta había «intensificado la desigualdad económica,

tensionado los recursos del gobierno y avivado los sentimientos nacionalistas». Más o menos en la misma época, se originaron incendios forestales simultáneamente en California y en Grecia y empezaron a surgir problemas en la cadena global de suministros, que ocasionaron dificultades a los consumidores que necesitaban toda clase de artículos, desde ordenadores portátiles hasta automóviles y todo lo demás.[7]

En aquel momento, mis pensamientos de la época en que estuve en Creta ya no me parecieron solo un ocioso ejercicio académico. A la anterior lista de factores de tensión habíamos añadido ahora de forma abrupta una pandemia global, incendios forestales más violentos que nunca, fuertes tormentas y otras muestras del cambio climático, problemas en la cadena de distribución a escala global y graves fracturas sociales junto con las líneas políticas de Estados Unidos.

Las cosas no mejoraron con el nuevo año. Durante la primavera, el verano y el comienzo del otoño de 2022, fuimos testigos de la invasión de Ucrania por parte de Rusia, nuevas cepas del COVID-19 se extendieron rápidamente por todo el mundo y continuaron las revelaciones de lo ocurrido en el Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021. Antes estaba preocupado, pero ahora me preguntaba seriamente si había llegado otra «tormenta perfecta» de calamidades y si nos aguardaba otro colapso a la vuelta de la esquina, como ya describí en relación con el año 1177 a. C. Todo ha sucedido a una velocidad vertiginosa, mucho más rápido que lo ocurrido en el siglo XII a. C., que es mi punto de referencia personal de las catástrofes de las civilizaciones.

Las preguntas que me hacía en Creta, y que también otros estudiosos se planteaban desde hacía algún tiempo, ahora se las hace el gobierno de Estados Unidos, además de los miembros de los medios de comunicación.[8] ¿Qué sucede después del derrumbe de una sociedad? ¿Desaparece para siempre o repunta de nuevo? ¿Puede uno

simplemente recoger los pedazos y empezar otra vez? ¿Se producen reemplazos procedentes de las ligas menores: nuevos pueblos y una nueva sociedad? ¿O quizá los supervivientes pueden mostrar resistencia y adaptarse a las nuevas circunstancias mediante la transición y transformación a una «nueva normalidad»? Como dijo el arqueólogo George Cowgill ya en 1988, «el "colapso de una civilización" ... es una idea mucho menos sencilla de lo que solemos pensar».[9] Lo mismo ocurre con el renacimiento o transformación de una civilización. Eso es lo que analizaremos juntos en las siguientes páginas, examinando lo que realmente tuvo lugar en el Egeo y en el Mediterráneo oriental durante el período posterior al colapso de la Edad del Bronce Final.

———

No obstante, se imponen unas pocas palabras de advertencia antes de empezar. Como veremos, la situación tras el colapso de la Edad del Bronce Final tenía más matices de lo que cabría esperar. Mientras se desmoronaba (y no hay duda al respecto) la red internacional que unía a todo el Egeo y el Mediterráneo oriental, cada una de las sociedades tuvo que tomar sus propias decisiones relativas a la supervivencia. Sus opciones eran simples: si querían sobrevivir, tenían que lidiar con la nueva normalidad, adaptarse o transformarse. Si no lo hacían, se enfrentaban a la extinción. Esto salta a la vista cuando se estudia el período inmediatamente posterior al colapso y se compara la situación de cada una de las sociedades antiguas implicadas, que es exactamente lo que haré en los siguientes capítulos. No solo estoy interesado en quiénes sobrevivieron y por qué o cómo lo hicieron, sino también en quiénes no lo lograron (y la causa de que no lo consiguieran).

He de añadir que el primer borrador de este libro seguía un enfoque cronológico, igual que en *1177 a. C.*, centrado en lo que sucedió durante cada uno de los siglos posteriores al derrumbe. Sin embargo, después decidí que un enfoque geográfico proporcionaría una

mejor comprensión de cómo reaccionó al hundimiento a lo largo del tiempo cada una de las sociedades, mientras los habitantes de cada región trataban de salir adelante tras la catástrofe que les había afectado a todos, aunque seguirá habiendo una cierta conectividad entre los distintos capítulos en varios aspectos. En esencia, tenemos ocho ejemplos de lo que hay que hacer, o no hacer, tras el derrumbe.

Contaré la historia utilizando objetos específicos como hitos de nuestro viaje, básicamente inscripciones sobre piedra, arcilla, papiro y otros materiales, pero también otros artefactos antiguos. El hecho de presentar estos testimonios fundamentales tiene por objetivo favorecer la transparencia intelectual: mostrar no solo lo que sabemos, sino cómo lo sabemos. No obstante, como resultará evidente, especialmente para asirios, babilonios y egipcios, que dejaron abundantes inscripciones, en muchas ocasiones hay suficiente detalle granular (a veces quizá demasiado) para centrar la atención en personajes de alto rango y sus logros, pero no siempre para los individuos pertenecientes a las capas inferiores de la sociedad. Además, para algunas de estas sociedades, como micénicos, minoicos y chipriotas, los detalles específicos de la mayoría de los individuos que vivieron durante este período, tanto si eran ricos como si eran pobres, de la élite o insignificantes, se han perdido para la historia. Por consiguiente, mi análisis variará significativamente de un capítulo a otro, buceando en historias y detalles concretos cuando sea posible, de acuerdo con la cantidad y clase de información disponible, pero mi objetivo es lograr un denominador común de cobertura histórica básica allí donde sea posible.[10] Quién vivió, quién murió, trataré de contar su historia (para hacer referencia al musical de éxito *Hamilton*). Y para aquellos que tengan dificultades en identificar a los jugadores sin una chuleta, se ha incluido un glosario de las personas más importantes, junto con sus detalles, en el apartado «*Dramatis personae*», al final del libro.

Hemos de ser conscientes de que esta será una historia más confusa que la de la Edad del Bronce. En realidad, deberíamos pensar

en términos de historias (plural) más que de una sola historia, puesto que, al examinar las reacciones de las distintas sociedades durante estos siglos, nos estamos refiriendo a un reino mediterráneo que quedó fragmentado por el hundimiento del mundo interconectado tal como lo habían conocido. Será un poco como mirar en un caleidoscopio, con algunas conexiones y vínculos, pero con las piezas a menudo separadas unas de otras o solo débilmente conectadas, para volver a unirse solo al final de este relato. No obstante, esto supone una oportunidad única para investigar lo que ocurre tras el derrumbe de un sistema y examinar en detalle la historia no solo de una sociedad, como los mayas o los romanos, sino de ocho sociedades diferentes. Y eso es exactamente lo que haremos en los cinco primeros capítulos del presente volumen. Después, en el capítulo 6, simplemente reuniremos todo lo que hayamos aprendido y lo analizaremos, clasificaremos las sociedades en términos de su resiliencia y su éxito o fracaso en adaptarse o transformarse, utilizando los criterios y definiciones proporcionados por el IPCC,[11] y podremos examinar cuál de estas opciones es importante para nuestro mundo moderno, con la esperanza de que nos pueda ofrecer alguna guía sobre cómo hacer que nuestras sociedades sean más resilientes frente a las potenciales catástrofes a las que nos enfrentamos en la actualidad.

Gordión
Hattusa
Çadir
ANATOLIA
Tabal
Hilakku
Que
Sam'al (Zincirli)
Arpad
Karkemish
Til Barsip
Ain Dara
Tell Tayinat
Al Mina
Patin=Palistin
Alepo
Bit Adini
Bir Aguši
Qarqar
Hamath
CHIPRE
Tell Twenini
Arwad
Biblos
Beirut
Mar Mediterráneo
Damasco
Fenicia
Aram-Damasco
Israel
Jerusalén
Amón
Filistea
Judá
Moab
Golfo de Suez
Néguev
Edom
Sinaí
Golfo de Eilat
Lago Van / Nairi (Mar de Nairi)
Bit Zamani
Urartu
Kurkh / Ziyaret Tepe
Lago Urmia
Mar Caspio
Asiria
Nineveh
Kalhu
Balawat
Aššur
Río Éufrates
Río Tigris
Dur-Kurigalzu
Babilonia
Babilonia
Susa
Elam
Golfo Pérsico
N

Mapa 1. Vista general del Mediterráneo oriental en la Edad del Hierro, con indicación de los yacimientos neohititas, arameos y mesopotámicos y con los reinos del Levante meridional identificados (pero sin incluirlos todos).

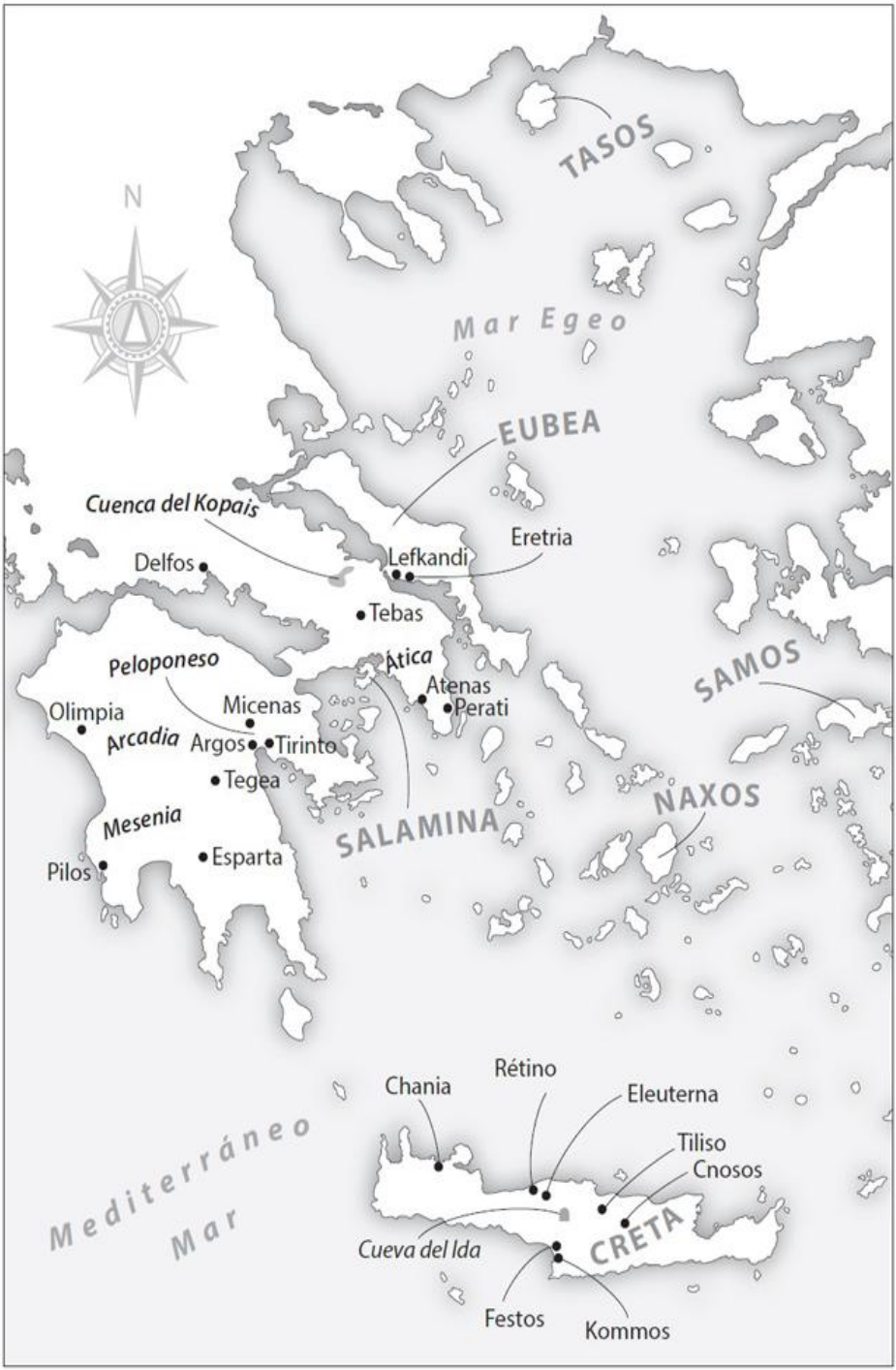
Mar Mediterráneo
Tanis
Pi-Ramsés
DELTA DEL NILO
Bubastis
el-Hibah
BAJO EGIPTO
Río Nilo
Mar Rojo
Deir el-Bahri
Deir el-Medina
Valle de los Reyes
Luxor / Karnak / Tebas
ALTO EGIPTO
N
NUBIA

Mapa 2. Egipto durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto.

Mapa 3. El Levante durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto.

Mapa 4. Chipre durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto.

Mapa 5. El Mediterráneo occidental durante la Edad del Hierro, con los emplazamientos y zonas mencionados en el texto.


N
TASOS
Mar Egeo
EUBEA
Cuenca del Kopais
Eretria
Lefkandi
Delfos
Tebas
Peloponeso
Ática
Atenas
Perati
SAMOS
Olimpia
Micenas
Arcadia
Argos
Tirinto
Tegea
NAXOS
Mesenia
SALAMINA
Esparta
Pilos
Chania
Rétino
Eleuterna
Tiliso
Cnosos
Mediterráneo
Mar
Cueva del Ida
CRETA
Festos
Kommos

Mapa 6. La región del Egeo durante la Edad del Hierro, con los yacimientos y zonas mencionados en el texto.

Cuadro 1. Reyes y años de reinado mencionados en el texto: zona norte

	Asiria	Babilonia	Elam	Karkemish (Gran Rey)
s. XIII a. C.	Tukulti-Ninurta I (1244-1208 a. C.)			
s. XII a. C.	Aššur-da*c*.n I (1179-1133 a. C.)		Shutruk-Nahhunte (1190-1155 a. C.)	Kuzi-Tešub (*c.* 1200-1180 a. C.)
		Enlil-nadin-ahi (*c.* 1157-1155 a. C.)	Kutur-Nahhunte (*c.* 1155-1150 a. C.)	
	Aššur-reša-iši I (1133-1116 a. C.)	Nabucodonosor I (1125-1104 a. C.)	Hutelutush-Inshushinak (*c.* 1120-1110 a. C.)	
s. XII-XI a. C.	Tiglat-Pileser I (1115-1076 a. C.)	Marduk-nadin-ahhe (*c.* 1099-1082 a. C.)		Ini-Tešub (finales s. XII a. C.)
s. XI a. C.	Aššur-bel-kala (1074-1057 a. C.)	Marduk-sapik-zeri (1082-1069 a. C.)		
		Adad-apla-iddina (1067-1046 a. C.)		
	Asurnasirpal I (1049-1031 a. C.)			

Salmanasar II

(1030-1019 a. C.)

Kaššu-nadin-ahhe

(*c.* 1007-1005 a. C.)

Sapaziti

(finales s. XI a. C.)

s. X a. C.

Ura-Tarhunta

(principios s. X a. C.)

Tuthaliya II

(¿s. X a. C.?)

Nabu-mukin-apli

(*c.* 978-943 a. C.)

nietos de Ura-Tarhunta (s. X a. C.)

Aššur-dan II

(934-912 a. C.)

s. X-IX a. C.

Adad-nirari II

(911-891 a. C.)

Shamaš-mudammiq

(*c.* 900 a. C.)

s. IX a. C.

Tukulti-Ninurta II

(890-884 a. C.)

Asurnasirpal II

(883-859 a. C.)

Nabu-apla-iddina

(*c.* 887-855 a. C.)

Salmanasar III

(858-824 a. C.)

Marduk-zakir-sumi

(*c.* 855-819 a. C.)

Shamši-Adad V

(823-811 a. C.)

Marduk-balatsu-iqbi

(819-813 a. C.)

Baba-aha-iddina

(*c.* 812 a. C.)

s. IX-VIII Adad-nirari

a. C. III

(810-783 a. C.)

s. VIII a.

C.

Karkemish **Kunulua/Palistin** **Sam'al (Zincirli)** **Urartu**

(Señor del País) **(Tayinat)**

s. XIII

a. C.

s. XII

a. C.

s. XII-

XI a. C.

s. XI Taita I

a. C. (s. XI a. C.)

s. X a. Suhi I (*c.* 1000 a. Taita II

C. C.) (principios s. X a. C.)

Astuwalamanza(s)

(s. X a. C.)

Suhi II (s. X a. C.) Manana (mediados

s. X a. C.)

Katuwa(s) (finales Supiluliuma I

	s. X a. C.)	(finales s. X a. C.)		
s. X-IX a. C.	Suhi III (*c.* 900 a. C.)	Halparuntiya (principios s. IX a. C.)	Hayya (*c.* 870/860-840 a. C.)	
s. IX a. C.		¿Lubarna I? (principios s. IX a. C.)		
	Sangara (*c.* 875-848 a. C.)	Supiluliuma II/Sapalulme (mediados s. IX a. C.)		Aramu (*c.* 859-844 a. C.)
		Qalparunda II (mediados s. IX a. C.)	Sha'il (prob. cogobernante *c.* 850-840 a. C.)	
	Isarwila-muwa (segunda mitad s. IX a. C.)	Lubarna II (finales s. IX a. C.)	Kulamuwa (*c.* 840-810 a. C.)	Sarduri I (*c.* 834-828 a. C.)
	Kuwalana-muwa (segunda mitad s. IX a. C.)			Ishpuini (*c.* 828-810 a. C.)
	Astiru(wa) I (*c.* 810 a. C.)			
s. IX-VIII a. C.				Menua (*c.* 810-786 a. C.)
	Kamani (*c.* 790 a. C.)			Inushpua (gobernó con Menua)
s. VIII a. C.				Argishti I (*c.* 786-764 a. C.)

Cuadro 2. Reyes y años de reinado mencionados en el texto: zona sur

	Tiro	Biblos	Reino / Ciudad Damasco
s. XIII a. C.			
s. XII a. C.			
s. XII-XI a. C		Chekerbaal/Zakarbaal (*c.* 1075 a. C.)	
s. XI a. C.			
s. X a. C.		Ahiram (principios s. X a. C.)	
	Hiram (*c.* 970-936 a. C.)	Itobaal (principios s. X a. C.)	
			Yehimilk (mediados s. X a. C.)
	Baal-ma'zer [Baal-azor] I (finales s. X a. C.)	Abibaal (mediados-finales s. X a. C.)	
	Abdi-Aštart [Abdastratus] (finales s. X. a. C.)	Elibaal (mediados-finales s. X a. C.)	
s. X-IX a. C.	Methusastratos [usurpador] (finales s. X a. C.)	Shipitbaal (finales s. X a. C.)	

s. IX a. C. Iš-Aštart (principios s. IX a. C.)

Aštar(t)-imn (principios s. IX a. C.)

Pilles (principios s. IX a. C.)

Itobaal (principios-mediados s. IX a. C.)

Hadadezer (*c.* 858 a. C.)

Baal-ma'zer [Baal-azor] II (mediados s. IX a. C.)

Hazael (*c.* 842-796 a. C.)

s. IX-VI-II a. C. Mattan I (finales s. IX a. C.)

Pumiyaton [Pummayon/Pigmalión] (finales s. IX-principios s. VIII a. C.)

	Egipto	**Monarquía Unida**	**Israel**	**Judá**	**Moab**	**Edom**
s. XIII a. C.						
s. XII a. C.	Ramsés III (1186-1155 a. C.) Ramsés IV-X (1155-1098 a. C.)					

s. XII-XI a. C	1) Ramsés XI (1098-1070 a. C.); 2) Smendes (1077/1069-1043 a. C.); y 3) Herihor (1080-1074 a. C.); Pinedjem I (1074-1036 a. C.)		
s. XI a. C.	Psusenes I (1039-991 a. C.)	David (*c.* 1000-970 a. C.)	Hadad (principios s. X a. C.)
s. X a. C.	Amenemope (991-982 a. C.)		
	Siamón (979-958 a. C.)	Salomón (*c.* 970-930 a. C.)	
	Psusenes II (958-945 a. C.)		
	Sheshonq I (*c.* 945-924 a. C.)		
	Osorcón I (*c.* 924-890 a. C.)		
s. X-IX a. C.			
s. IX a. C.		Omri (*c.* 884-873 a. C.)	Mesha (s. IX a. C.)
	Takelot I (890-872 a. C.); Sheshonq IIa (*c.*890 a. C.)	Ajab (*c.* 871-	

		852 a. C.)	
	Osorcón II (872-831 a. C.)	Joram (*c.* 850-840 a. C.)	Jehoram (*c.* 849-842 a. C.)
			Ocozías (*c.* 842-841 a. C.)
		Jehú (*c.* 841-814 a. C.)	
s. IX-VIII a. C.	Sheshonq III (831-791 a. C.); Takelot II (834-810 a. C.)	Joás / Jehoás (*c.* 804-789 a. C.)	

Prólogo
Bienvenidos a la Edad del Hierro

Desde las tierras del norte, una feroz invasión de guerreros dorios blandiendo relucientes armas de afilado hierro puso rápido fin a la civilización micénica poco después del año 2000 a. C. Grecia quedó sumida en la primera edad oscura del mundo. Según el posterior historiador griego Tucídides, esto ocurrió tan solo ochenta años después de la guerra de Troya.[1]

Los primeros arqueólogos e historiadores que trabajaron en la Grecia moderna abrazaron el concepto de una «invasión doria». Según su hipótesis, los invasores llevaron consigo nuevas fíbulas y broches, nuevas formas de enterramiento, cerámica y, lo más importante de todo, espadas de hierro.[2] Esta historia se ha convertido en parte del relato establecido en los libros de texto sobre la antigua Grecia y todavía ocupa un lugar destacado en diversas recopilaciones, entre ellas la reciente edición de la *Columbia Electronic Encyclopedia*, que afirma: «El imperio comercial micénico y su consiguiente influencia cultural perduró desde 1400 hasta 1200 a. C., cuando la invasión de los dorios dio paso a un período de declive en Grecia».[3]

Sin embargo, es probable que esto nunca sucediera.

———

La existencia de una invasión doria ya fue cuestionada en 1966 por estudiosos como Rhys Carpenter de Bryn Mawr, y hoy en día sigue en tela de juicio. Se la ha descrito como una «situación desconcertante de una invasión sin invasores», «un espejismo académico» y «una extraordinaria y paradójica situación en la que no hay indicios de la presencia de un invasor hostil». Joseph Tainter, el destacado académico del colapso, lo dijo suavemente:

«Muy simple ... los dorios curiosamente dejaron pocas huellas arqueológicas», mientras que el profesor Gregory Nagy, el anterior director del Centro de Estudios Helenísticos de la Universidad de Harvard, afirmó que «no hay necesidad de postular una "Invasión doria" ... porque, de hecho, los dorios ya estaban "allí", en el Peloponeso, como población subyacente».[4]

En realidad, ninguno de los «testimonios» mencionados más arriba requiere la llegada de una nueva población para explicar su existencia, y algunas de las llamadas innovaciones hoy en día se sabe que ya habían comenzado en la Edad del Bronce, incluidas las espadas Naue II y las fíbulas en forma de arco de violín. Otras innovaciones, como la del dominio de la tecnología de la fabricación del hierro, llegaron después de la destrucción de los palacios, y no antes ni simultáneamente, como veremos más adelante. Por otro lado, el estilo micénico de cerámica perduró durante un siglo y medio después de que todo se desmoronara, hasta mediados del siglo XI a. C.[5]

Hay también abundantes muestras de continuidad durante dicho período, pese al repentino y total fracaso de los sistemas político y económico que habían estado funcionando en la Grecia continental durante la Edad del Bronce. Por ejemplo, los especialistas en lingüística han sugerido que algunos rasgos del dialecto dorio pueden ya detectarse en el lenguaje de los textos del Lineal B utilizados por los micénicos, que es una versión temprana del griego. Así pues, es muy posible que los diferentes grupos grecoparlantes que sobrevivieron al gran colapso hablasen aquellos diversos dialectos, y no unos invasores procedentes de tierras lejanas.[6]

Además, no hay una gran afluencia de nuevas poblaciones. De hecho, los estudios arqueológicos indican exactamente lo contrario, ya que se produjo un descenso acusado de la población en la

Grecia continental inmediatamente después del derrumbe. Las estimaciones iniciales de que la población había disminuido entre el 75 y el 90 por ciento desde el siglo XIII hasta el XI a. C. hoy se consideran demasiado elevadas, aunque las evaluaciones actuales oscilan todavía entre el 40 y el 60 por ciento en cuanto al descenso: una población estimada de en torno a 600.000 hacia finales de la Edad del Bronce queda reducida a unos 330.000 a comienzos de la Edad del Hierro en la Grecia continental.[7]

No todo el mundo murió, algunos de los supervivientes simplemente se trasladaron a otras zonas de Grecia que hasta entonces no se habían poblado, pero que quizá ahora se consideraban lugares más seguros para vivir que los que ellos habían ocupado hasta entonces. Otros puede que se trasladaran todavía más lejos, que emigraran hacia el este, a zonas como Chipre o Canaán, o hacia el oeste, a Italia, Cerdeña o Sicilia.[8]

Dicho de forma sencilla, pese a más de un siglo de excavaciones hasta este momento, no se ha recabado ninguna prueba definitiva de la invasión doria. No es más que un mito o una tradición literaria creada por los autores griegos antiguos para explicar, en parte, la existencia de varios dialectos diferentes del griego hablado y escrito durante el primer milenio a. C., pero no hay ninguna prueba física que respalde esta hipótesis.

———

Si la idea de una invasión doria ha sido desdeñada, archivada y descartada por los académicos desde hace varias décadas, uno podría preguntar con toda la razón ¿por qué todavía se debate? La cuestión es que, a pesar del escepticismo de los estudiosos acerca de la invasión doria, fuera de la pequeña comunidad académica aún se sigue creyendo en ella. Sarah Morris, una profeso-

ra de la UCLA, haciendo referencia al «persistente espectro de los dorios», dice que «aunque los profesionales especialistas en historia, lenguaje y arqueología desestimen hoy en día a los dorios, estos están todavía enquistados ... en los libros de texto y en las aulas. En otras palabras, la pedagogía, desde los temarios hasta los libros de texto y la programación de los cursos, no se ha puesto al día con la erudición».[9]

Más que insistir en el concepto de una «invasión doria», los especialistas en la Edad del Hierro prefieren debatir sobre la idea de que en la propia Grecia se produjeran algunas migraciones cuando los supervivientes del derrumbe se trasladaron a otras zonas, lejos de las ciudadelas de la Edad del Bronce.[10] Puede parecer, literalmente, una cuestión simplemente semántica, pero hay enormes diferencias entre los dos tipos de movimientos, es decir, migración versus invasión. La primera suele ser pacífica y extenderse a veces a lo largo de prolongados períodos de tiempo, mientras que la segunda implica un suceso episódico violento y repentino que supone la llegada de extranjeros a la zona. De hecho, esta clase de migración de poblaciones supervivientes es en realidad muy común en términos de lo que ocurre tras el derrumbe de un sistema como el que tuvo lugar al término de la Edad del Bronce Final. Otro buen ejemplo es lo acontecido en el suroeste de Estados Unidos en *c.* 1300 d. C., donde la población emigró en masa desde la zona de las Cuatro Esquinas en dirección sur hacia el valle del Río Grande tras la drástica crisis climática.[11]

¿FUE REALMENTE UNA «EDAD OSCURA»?

Si hoy en día puede demostrarse que la anterior creencia de los estudiosos acerca de la invasión doria de Grecia era incorrecta, entonces ¿en qué más podríamos estar equivocados en nuestra descripción de los siglos inmediatamente posteriores al colapso de la Edad del Bronce, que ha sido denominada por los acadé-

micos «la primera edad oscura»? En realidad, nos hemos de preguntar si verdaderamente fue una edad oscura. ¿Es esta una descripción exacta de lo que fue la vida en toda la región después del derrumbe, especialmente si la invasión doria nunca se produjo?

Tres décadas atrás, Nicholas Coldstream de la Universidad de Londres consideró que este período de Grecia había sido «una era de total analfabetismo y, en la mayoría de las regiones del Egeo, una era de pobreza, escasas comunicaciones y aislamiento del mundo exterior». No obstante, el arqueólogo Willie Coulson, que escribió casi al mismo tiempo, aunque coincidía en que la percepción general era la de que se trataba de «un momento de baja calidad de vida y en el arte ... una época primitiva y azotada por la pobreza», observaba también que no tenemos una buena definición universal con la que todos los estudiosos puedan estar de acuerdo.[12]

El diccionario *Merriam-Webster* define la edad oscura como «una época en la que una civilización sufre un declive». Proporciona dos ejemplos: (1) «el período histórico europeo que abarca desde aproximadamente el 476 d. C. hasta en torno al año 1000» (que no es el tema que nos incumbe aquí) y (2) «el período histórico griego de tres a cuatro siglos a partir del 1100 a. C. más o menos» (que es en el que me centro). Añade también la definición general de «estado de estancamiento o declive».[13]

De hecho, los criterios utilizados ya en 1979 por el arqueólogo de la Universidad de Cambridge Colin Renfrew para definir el colapso de un sistema pueden ser utilizados también para definir una edad oscura (que según él casi siempre sigue al colapso de un sistema), hablando desde un punto de vista estrictamente social. Dichos criterios incluyen (1) el desplome de la organización administrativa central; (2) la desaparición de la élite tradicional; (3) la desintegración de la economía centralizada; (4) un cambio

de asentamiento, y (5) el declive de la población. A estos, como síntomas adicionales específicos de una edad oscura, yo añadiría (6) una pérdida de la escritura y (7) una interrupción en la construcción de arquitectura monumental.[14]

Cuadro 3. Cambios sociales indicativos del colapso de un sistema y la consiguiente edad oscura.

Aspecto	Durante / después del colapso
Economía centralizada	Se desploma
Administración central	Se desploma
Élites tradicionales	Desaparecen
Asentamientos	Cambian / se desplazan
Población	Disminuye
Escritura	Se pierde
Arquitectura monumental	Desaparece

Joseph Tainter observa que el desplome sistémico de una civilización o sociedad suele acarrear también el fin de «los rasgos artísticos y literarios de la civilización, y del paraguas de servicio y protección que proporciona una administración». En consecuencia, afirma, «el flujo de información cae, la gente comercia e interactúa menos, y en general hay una coordinación deficiente entre individuos y grupos. La actividad económica cae … mientras que las artes y la literatura experimentan un declive tan pronunciado que a menudo resulta en una edad oscura. Los niveles de población tienden a disminuir, y para los que quedan, el mundo conocido se encoge». Todo ello se percibe como un aconteci-

miento temible, «un verdadero paraíso perdido». No obstante, según Tainter, el desplome sociopolítico es un suceso bastante normal e incluso previsible en el curso general de la vida de la mayoría de las sociedades complejas.[15]

Por consiguiente, quizá no sea de extrañar que hacia finales del siglo VIII a. C., el poeta griego Hesíodo se lamentase de tener que vivir durante semejante período. «Ojalá no estuviera yo entre los hombres de la quinta generación», escribió, «sino que hubiera muerto antes o nacido después. Porque ahora en verdad es una raza de hierro, y los hombres nunca descansan del trabajo y el sufrimiento durante el día, y de perecer durante la noche; y los dioses les causan graves dificultades.»[16] De este autor procede precisamente, junto con el creciente uso del nuevo metal, el apelativo de «Edad del Hierro» para este período, como alternativa a la «edad oscura» a menudo utilizada.

¿Fue realmente una edad oscura? ¿O deberíamos verla hoy como algo distinto, sobre todo si se presta atención no solo a las sociedades, sino también a los individuos que las crearon? Como recientemente ha preguntado James Scott de la Universidad de Yale, «¿"oscura" para quién y en qué aspectos?».[17]

Esta es la pregunta que está en el centro de nuestras investigaciones. ¿Cómo fue para quienes vivieron en el período posterior al colapso y qué diferencias hubo en cada una de las zonas afectadas? ¿Qué hizo falta para sobrevivir? Eso es lo que examinaremos en los siguientes capítulos a medida que vayamos siguiendo cada una de las sociedades y zonas —a veces superficialmente, pero a menudo en gran detalle cuando las pruebas lo permitan— a través de sus vicisitudes desde el siglo XII hasta el VIII a. C., antes de proceder a nuestros análisis. Así pues, empecemos.

1

El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre

(*Egipto, Israel y Levante meridional*)

Un fulminante puñal clavado en la garganta por un asesino acabó con el reinado de treinta y dos años del faraón Ramsés III de Egipto en 1155 a. C. Dos décadas antes, Ramsés había obtenido una inmensa victoria sobre los Pueblos del Mar, pero ahora caía víctima de una sórdida conspiración del harén puesta en marcha por una de sus esposas, llamada Tiy, y un hijo de rango inferior de nombre Pentauret.

El asesinato, conocido como la Conspiración del Harén, acaparó por primera vez la atención de los egiptólogos modernos hace unos 150 años.[1] Los detalles figuran en seis papiros aproximadamente, algunos o todos ellos puede que formaran parte de un único rollo que fue cortado en secciones por un emprendedor ladrón de antigüedades antes de venderlo a diferentes personas y en diferentes lugares. El más largo de estos documentos es el que se conoce como Papiro Judicial de Turín, custodiado (no es de extrañar dado su nombre moderno) en el Museo Egizio de Turín, Italia. En un inicio fue adquirido por Bernardino Drovetti, el cónsul general francés en Egipto a comienzos de 1800, quien a continuación lo vendió al rey de Cerdeña y, finalmente, acabó residiendo en el Museo Egizio.[2]

El papiro contiene muchos detalles de los cuatro juicios de los agresores acusados. Al parecer, la conspiración fue urdida por Tiy, que anhelaba que su hijo habido con Ramsés III, el príncipe Pentauret, accediese al trono. Hubo hasta cuarenta conspiradores acusados, tanto miembros del harén como funcionarios de la corte, que fueron juzgados en cuatro grupos. Varios de ellos fueron

declarados culpables y se les impuso la pena de muerte; algunos fueron obligados a suicidarse en el propio tribunal. Pentauret estaba entre los sentenciados a muerte, y se supone que lo mismo ocurrió con su madre, aunque no se ha conservado registro alguno de su juicio.

Aunque se sabía que Ramsés III había muerto antes de que se pronunciasen los veredictos de este juicio, los documentos no dejan claro si el complot tuvo éxito y los egiptólogos dejaron abierta la cuestión. Al parecer, así fue, aunque esto solo salió a la luz en 2012, cuando se llevaron a cabo TACS del cuerpo de Ramsés III, que había sido hallado más de un siglo atrás, en 1881, en un escondrijo de momias en Deir el-Bahari, cerca del templo funerario de Hatshepsut. Para mantenerlo a salvo, había sido trasladado allí por los sacerdotes a principios de la dinastía XXII, es decir, a finales del siglo x a. C., a raíz de una serie de robos en las tumbas reales que se remontaban a más de un siglo.

Como informó el *British Medical Journal*, quedaba patente que la garganta de Ramsés III había sido seccionada. El afilado cuchillo que causó la herida había penetrado en el cuello justo por debajo de la laringe hasta la vértebra cervical cortando la tráquea y cercenando todo el tejido blando de la zona. La muerte, muy probablemente, fue instantánea, o casi. Posteriormente, durante el proceso de embalsamamiento, se colocó un amuleto protector de ojo de Horus sobre la herida, bien como protección o como sanación, aunque era demasiado tarde para ayudar al rey en su vida corporal. Además, para ocultar la herida del puñal se dispuso un grueso collar de lino en torno al cuello. Durante el análisis tomográfico los científicos pudieron ver a través de la gruesa tela e identificar la herida que acabó con la vida del rey.[3]

Un segundo cuerpo, de un varón de edad comprendida entre los dieciocho y veinte años y al que se conoce solo como «Hom-

bre desconocido E», fue hallado con Ramsés III en el escondrijo real de Deir el-Bahari. Se ha sugerido que el cuerpo, envuelto en una piel de cabra ritualmente impura e indebidamente momificado, podría ser el del príncipe culpable, Pentauret. Los análisis de ADN indican que podría ser el hijo de Ramsés III, pero esta conclusión no es en absoluto universalmente aceptada en el seno de la egiptología. Las pruebas forenses, incluidas las contorsiones faciales y las heridas en la garganta, sugieren que probablemente fue estrangulado.[4]

El asesinato marcó la pauta de los siglos venideros en Egipto, porque el período posterior a la victoria sobre los Pueblos del Mar no fue agradable. Por ejemplo, hoy sabemos que la megasequía, que puede rastrearse mediante un indicador climático desde Italia hasta Irán (en términos modernos) y que en mi opinión fue uno de los principales factores de tensión que condujeron al colapso de la Edad del Bronce, finalmente alcanzó Egipto en torno a esta misma época. Esto sucedió porque el caudal del Nilo quedó reducido cuando disminuyeron las precipitaciones en la meseta etíope, una situación que duró aproximadamente doscientos años. Esta circunstancia condujo, a su vez, a una crisis alimentaria y por consiguiente a una hambruna en Egipto, además de los problemas económicos inherentes, entre ellos el impago de salarios, que culminó en una huelga y manifestación por parte de los obreros de Deir el-Medina en el vigesimonoveno año del reinado de Ramsés III, posiblemente uno de los primeros conflictos laborales documentados de la historia.[5]

Con la muerte de Ramsés III, también esta era tocó a su fin en la historia de Egipto, pese a que sus hijos y nietos continuaron la dinastía durante otras cuatro décadas. Aunque la cultura y la sociedad egipcias no se desmoronaran por completo y los egipcios no desaparecieran de la faz de la tierra, tampoco su transforma-

ción al orden del nuevo mundo fue especialmente exitosa tras el colapso de la Edad del Bronce. Sobrevivieron, pero con una capacidad muy mermada; ya no figuraban entre las «grandes potencias» de su tiempo, como sí lo habían hecho durante el esplendor de las dinastías XVIII y XIX.

Durante los dos siglos siguientes, los egipcios renquearon con un gobierno plagado de intrigas, por no mencionar los problemas de sucesión y las rivalidades que, en ocasiones, redundaron en dos, tres y hasta cuatro gobernantes en diferentes partes de Egipto al mismo tiempo. Ocasionalmente, emergería algún líder fuerte, como Sheshonq I, un gobernante libio que fundó la dinastía XXII, pero eso no ocurriría hasta *c.* 945 a. C., más de doscientos años después de la muerte de Ramsés III, y no duraría.

———

Los ocho faraones que sucedieron a Ramsés III llevaban, todos ellos, el nombre de Ramsés (IV a XI), y sus reinados fueron testigos de un constante deterioro de la situación en Egipto. Los dos primeros reyes, Ramsés IV y V, ocuparon el trono solo durante diez años entre los dos e hicieron muy poco que merezca ser mencionado.[6] Hay también elementos de intriga en torno a la muerte de este último, porque fue víctima de otra calamidad que podría asociarse al colapso de la Edad del Bronce: la enfermedad. Su momia presenta pústulas todavía visibles en el rostro, que hacen suponer que pudo haber muerto de viruela *c.* 1140 a. C., hecho que quedaría corroborado por textos que mencionan la excavación de nuevas tumbas para él y otros miembros de su familia. A los obreros que realizaron el trabajo se les concedió, al término del mismo, un mes de permiso «a expensas del faraón» (es decir, con la paga completa), y a continuación el Valle de los Reyes que-

dó cerrado para los visitantes durante seis meses, quizá a guisa de cuarentena.[7]

Durante el gobierno de Ramsés V, Egipto siguió controlando las minas de cobre de Timna, en la península del Sinaí, pero es el último faraón cuyo nombre figura en aquella región. Asimismo, su sucesor, Ramsés VI, es el último faraón cuyo nombre aparece en las minas de turquesa de Serabit el-Jadim, también situadas en el Sinaí. La interpretación habitual de esta particularidad es que los egipcios habían perdido el control y/o se habían retirado del Levante meridional casi por completo en torno al año 1140 a. C. más o menos.[8] Cabe destacar la base de una estatuilla de bronce hallada en Megido por la expedición de Chicago en la década de 1930 inscrita con el cartucho de Ramsés VI y citada con frecuencia como prueba de que el Megido cananeo no fue vencido hasta esta época, pero, al encontrarse en un contexto controvertido, no puede ser utilizado para apuntalar ninguno de estos argumentos.[9]

A la muerte de Ramsés VI en 1133 a. C., los obreros que construían su tumba en el Valle de los Reyes accidentalmente sepultaron la tumba de Tutankamón, que estaba justo al lado, dejándola con ello para que Howard Carter y Lord Carnarvon la descubriesen en 1922. Su hijo accedió al trono como Ramsés VII. Poco sabemos de su reinado, pero textos de los diez años (o menos) que gobernó indican que el precio del grano se disparó y que la economía era precaria.[10]

Del mismo modo, tras un breve reinado de tan solo un año, Ramsés VIII, que, al ser hijo de Ramsés III, era probablemente anciano cuando se convirtió en faraón, tuvo que lidiar con los mismos problemas que continuaron bajo el siguiente gobernante, Ramsés IX (*c.* 1126-1108 a. C.). Este ocupó el trono durante dieciocho años, un período en que los problemas aumentaron en Egip-

to, concretamente en forma de robos de tumbas, hambruna y disturbios provocados por «extranjeros» cerca de la aldea de los obreros en Deir el-Medina. Es posible que fuera en esta época cuando Egipto perdió por primera vez el control sobre la Alta Nubia y las minas de oro situadas en dicho lugar. También es posible que el gobierno de Egipto se dividiera durante su reinado, presagiando un hecho que ocurriría con frecuencia en los siglos venideros.[11]

Entre los documentos legales de este período destacan los papiros de robos de tumbas, como se les ha llamado. Se trata de una docena o más de textos que abarcan los reinados de Ramsés IX hasta el XI y que incluyen los denominados Papiro Abbott y Papiro Leopold-Amherst, del año decimosexto de Ramsés IX. En ellos encontramos detalladas descripciones de robos de tumbas en la necrópolis real, así como en otros cementerios privados. Al parecer, gran parte de los saqueos tuvieron lugar en el año decimosexto. Algunos de los ladrones fueron atrapados, y durante los posteriores interrogatorios y juicios se arrancaron las confesiones. Todos los saqueadores fueron sentenciados a muerte, muy probablemente por empalamiento, puesto que esta era la condena habitual por el robo de una tumba real.[12]

No obstante, los saqueos habían empezado antes, porque sabemos que en algún momento anterior al año noveno del reinado de Ramsés IX los ladrones penetraron en la tumba de Ramsés VI. También en esta ocasión los asaltantes fueron atrapados. En un papiro fragmentario de Liverpool, Inglaterra, conocido como P. Mayer B, uno de los arrestados confesó con precisión: «Necesité cuatro días para acceder a ella [la tumba real], y eso que éramos cinco. Abrimos la tumba y entramos. Encontramos un cesto sobre 60 cajas». A continuación, explicó que habían encontrado calderos de bronce, jofainas de bronce y otros muchos objetos

también de bronce. Abrieron asimismo dos baúles repletos de tejidos, que se describen al detalle.[13] El hecho de que se mencionen objetos de bronce, más que de oro, es sumamente interesante y puede ser un reflejo del declive de la prosperidad desde tiempos de Tutankamón.

Desgraciadamente, en este punto se interrumpe el texto, de modo que no sabemos qué más encontraron o se llevaron, cómo se descubrió el robo o qué castigo les fue impuesto, aunque muy probablemente fue la pena de muerte. No obstante, sí sabemos que, cuando se encontró la momia de Ramsés VI en 1898, en el interior de la tumba de Amenhotep II adonde había sido trasladada después para ponerla a salvo, se puso de manifiesto que había sido «atacada con brutalidad por los ladrones de la tumba, puesto que la cabeza y el torso habían sido despedazados con un hacha». Como bien observa el arqueólogo británico Peter Clayton:

> Los compasivos sacerdotes habían envuelto de nuevo las partes sobre una tabla tratando de darle forma humana. Cuando Elliot Smith examinó la momia en 1905, encontró pedazos de por lo menos otros dos cuerpos en la envoltura: la mano derecha de una mujer y la mano derecha y antebrazo mutilados de otro hombre. Donde debería haber estado el cuello del rey estaban el hueso izquierdo de su cadera y parte de la pelvis.[14]

Algunos de los problemas de la época de Ramsés IX se prolongaron durante el reinado de su sucesor Ramsés X, que gobernó brevemente a finales del tumultuoso siglo XII a. C. Según los escasos registros de su reinado, el principal problema fue la continuada falta de alimentos y la consiguiente reducción de la actividad laboral (presumiblemente a causa del hambre), así como la presencia adicional de extranjeros no identificados dentro y alrededor de Deir el-Medina.[15] Su sucesor sería el último Ramsés —Ramsés XI—, cuyo gobierno marcaría a la vez el inicio del nuevo siglo y el fin de la dinastía XX.

Entre otros problemas, el siglo XII a. C. en Egipto estuvo marcado por la escasez de alimentos y las luchas políticas intestinas. ¿Hasta qué punto tenían los egipcios capacidad de resistir en aquel momento? Pudieron arreglárselas y continuar existiendo, pero no fueron capaces de llevar a cabo una transición correcta, no consiguieron adaptarse ni transformarse. En consecuencia, no solo vemos problemas sociales, sino también un rápido declive del papel que había desempeñado Egipto como potencia internacional.

¿DÓNDE ESTÁ MI MOMIA? EGIPTO DURANTE LA DINASTÍA XXI

Ramsés XI gobernó Egipto durante casi treinta años a comienzos del siglo XI a. C., desde *c.* 1098 hasta 1070 a. C. Fue con mucho la permanencia más larga en el poder de cualquier faraón de la dinastía XX. Sus primeros diecinueve años fueron relativamente pacíficos, aunque continuaron produciéndose saqueos de tumbas y persistió la hambruna. En un papiro se menciona a una mujer que estaba en posesión de oro saqueado de una tumba y que aseguraba que lo había recibido a cambio de la venta de comida durante «el año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre». Lo peor todavía estaba por llegar, porque la segunda parte de su reinado estuvo marcada por la fragmentación y la guerra civil en el interior de Egipto, que terminó con gobernantes rivales.[16]

Egipto había logrado conservar gran parte de su estructura administrativa hasta este momento, pero el sistema empezó a descomponerse cuando los sacerdotes de Amón en Tebas comenzaron a competir con los reyes para gobernar el país. Un alto sacerdote de Amón llamado Herihor, mencionado en el *Viaje de Unamón*, que analizaremos en el capítulo 3, reclamó el control de Nubia y del Alto Egipto y asumió el título de virrey de Kush y de visir

del faraón. En el año decimonoveno del reinado de Ramsés XI, Herihor gobernaba el Alto Egipto y Nubia hasta Tebas. Este año se denominó Año 1 del «Renacimiento» (del egipcio *wehem meswt* que significa «la repetición de nacimientos»), aunque no era ningún renacimiento tal como hoy lo entendemos.[17]

Al mismo tiempo, un administrador llamado Smendes tomó el control del norte, es decir, del Bajo Egipto, concretamente en la región de Piramsés en el delta del Nilo. También él es mencionado en el *Viaje de Unamón*, junto con su esposa Tanetamón, que posiblemente fuera una hija de Ramsés XI. El propio Ramsés siguió siendo faraón, pero reducido a un simple figurante. Así, el gobierno de Egipto quedó, en aquellos momentos, dividido entre tres hombres, Ramsés XI, Herihor y Smendes, y aunque este último debía lealtad al primero, en realidad actuaba independientemente.[18]La fragmentación de Egipto no ayudó al país a responder a las crisis de la época. Los saqueos de tumbas se convirtieron en un problema de tal envergadura que Herihor y los demás sacerdotes sacaron algunos cuerpos reales de sus tumbas originales del Valle de los Reyes. La momia de Ramsés II, por ejemplo, fue temporalmente trasladada a la tumba de Seti I en el año decimoquinto de Smendes. Posteriormente, ambas fueron depositadas en un escondrijo en Deir el-Bahari, a finales del siglo x.[19]

Inmediatamente después de la muerte de Ramsés XI en 1070 a. C., Smendes se convirtió en faraón, fundando así una nueva dinastía real, la dinastía XXI, y gobernó durante los siguientes veinticinco años. Esto marca el inicio del Tercer Período Intermedio, que fue, en su conjunto, una época de confusión puntuada por períodos de desorden y unos pocos de relativa prosperidad. Él y sus sucesores inmediatos gobernaron desde la nueva capital de Tanis en la región del delta del Nilo a lo largo del siguiente siglo y más, hasta aproximadamente el año 945 a. C.[20]

Por su parte, Herihor continuó gobernando el Alto Egipto desde Tebas, lo que significaba que el país estaba ahora dividido en dos. Al parecer, la situación se prolongó hasta la época de su sucesor, Pinedjem I, que fue elevado desde el rango de gran sacerdote al de rey tras la muerte de Herihor. Es muy probable que su matrimonio con Henuttauy, posiblemente una nieta de Ramsés XI, vinculara a las dos nuevas familias gobernantes con la anterior dinastía, iniciando así una reunificación del Alto y Bajo Egipto.[21]

La tarea de salvaguardar los enterramientos del Valle de los Reyes prosiguió mediante el traslado de diez momias reales a una cámara lateral en el interior de la tumba de Amenhotep II. Entre ellas estaban los cuerpos de Tutmosis IV, Amenhotep III, Merneptah, Siptah, Seti II y Ramsés IV, V y VI. En 1898, el egiptólogo francés Victor Loret, que acababa de ser nombrado director del Servicio de Antigüedades, descubrió la tumba y todas las momias que contenía, incluida la de Ramsés VI, mencionada más arriba. A pesar de que excavó la tumba con sumo cuidado y de que llevaba un diario, solamente publicó un informe preliminar de sus hallazgos. Irónicamente, mucho tiempo después de la muerte de Pinedjem, su propia momia sería también trasladada a un escondrijo de Deir el-Bahari para su salvaguarda.[22]

———

A su muerte, en torno a 1048 a. C., Smendes fue enterrado probablemente en Tanis, el primero de una serie de enterramientos de la dinastía XXI. Unos cinco años después, tras el breve gobierno de otro soberano, un hijo de Pinedjem I llamado Psusenes I accedió al trono y gobernó durante casi cincuenta años (*c.* 1039-991 a. C.). Con su acceso, el Alto y Bajo Egipto quedaron reunifica-

dos de nuevo. Su reinado marca también el primer ejemplo de implicación de Egipto con el Levante tras casi un siglo.[23]

Los testimonios provienen en parte de las vasijas de oro y plata y de otros objetos, entre ellos *ushebtis* (pequeñas estatuillas en forma humana que se colocaban en las tumbas para acompañar a los difuntos en el más allá), hallados en la tumba de Psusenes en Tanis. El egiptólogo francés Pierre Montet descubrió la tumba en 1939-1940, justo al inicio de la segunda guerra mundial. Lo que encontró en la tumba fue sorprendente e inesperado, el enterramiento ha sido descrito como uno de los más ricos jamás hallados del Antiguo Egipto, solo superado por el del rey Tutankamón.[24]

Cuando Montet entró por primera vez en la cámara funeraria, vio un ataúd macizo de plata en medio de la sala, rodeado de vasijas de bronce y demás objetos, con más artículos apoyados en las paredes. Las decoraciones parietales confirmaban que se trataba de la tumba de Psusenes I. Montet alertó al rey Faruk, que en aquellos momentos gobernaba el Egipto moderno, y esperó a que el rey llegase al yacimiento para abrir el ataúd. Tal como lo cuenta el egiptólogo Bob Brier: «Cuando el 23 de marzo de 1939 se abrió el ataúd ... apareció una máscara de oro que cubría al fallecido faraón». Sin embargo, no era Psusenes. Los jeroglíficos indicaban que la momia que había en el ataúd era un rey previamente desconocido, Sheshonq IIa. Aquello era sumamente extraño, porque, según su nombre, este rey pertenecía a la dinastía que siguió a la de Psusenes y había reinado quizá un siglo después, durante la dinastía XXII. Además, Sheshonq no estaba solo en la antecámara, puesto que también se encontraron allí las momias de los dos últimos reyes de la dinastía XXI, Siamón y Psusenes II; el ataúd de Sheshonq había sido colocado entre ambos.[25]

Brier señala que, si Sheshonq IIa ocupaba la tumba de Psusenes I, entonces ¿dónde estaba Psusenes? ¿Se trataba de otro caso de momia real trasladada o escondida en la Antigüedad? Resultó que la momia no se había ido muy lejos y Montet no tardó demasiado en determinar este hecho, porque al año siguiente, a mediados de enero de 1940, mientras continuaba despejando los distintos ajuares de lo que en realidad era la antecámara de la tumba, se percató de que había dos puertas ocultas, apenas visibles en el muro oeste. Como él mismo escribiría después:

> Empezamos con la abertura del norte. Sacamos fácilmente los pequeños bloques, pero luego nos detuvo un gran bloque de granito que ocupaba el espacio exacto del pasillo y durante algún tiempo pensamos que no sería posible su extracción. Tras proyectar la luz de una lámpara eléctrica por una rendija muy estrecha, vimos que en el interior había dos objetos de metal, uno brillante, el otro verde de óxido, y una piedra enorme.[26]

Cuando por fin pudo sacar la piedra que bloqueaba la entrada enrollándola seis veces con un cable y sacándola de su posición con ayuda de un cabrestante, Montet continuó por el pasillo y se encontró en una sala estrecha. Era una de las dos cámaras funerarias de la tumba, con un enorme sarcófago de granito rosa rodeado de vasijas de oro y plata, además de los vasos canopos (que contenían las vísceras conservadas de la momia) y otros artículos. Hacía ya casi un año que Montet había descubierto la tumba, pero ¿había encontrado al faraón que llevaba tanto tiempo muerto? Tal como el propio Montet lo describió: «Las inscripciones que lo enmarcaban a derecha e izquierda y las que había incisas en el lado este nos revelaron que, esta vez, sí estábamos ante Psusenes».[27]

Sin embargo, era evidente que en un principio el sarcófago había sido confeccionado para, y utilizado por, el faraón Merneptah, el primer faraón que luchó contra los Pueblos del Mar y que mencionó «Israel», ya en 1207 a. C. Todos los cartuchos habían si-

do borrados y sustituidos por los de Psusenes, aunque quedaban suficientes rastros para que las lecturas originales no ofreciesen dudas. La momia de Merneptah había sido trasladada a la tumba de Amenhotep II poco antes, de modo que este sarcófago (el más interior de los tres) estaba ahora disponible para ser reutilizado. Al parecer, había sido trasladado de su ubicación original en el Valle de los Reyes a esta tumba de Tanis.[28]

A finales de febrero, Montet levantó la pesada tapa del sarcófago rosa. En su interior, como escribiría después, había «un segundo sarcófago de granito negro en forma de momia». Por su estilo, este había pertenecido antaño a un noble de la dinastía XIX. Sin más dilación, Montet abrió este segundo sarcófago. Dentro había un tercer ataúd, este de plata maciza. Al abrir la tapa, ya no había más ataúdes, solamente una máscara de oro y un cartonaje de momia bañado en oro que cubrían el cuerpo del rey. Todas las vendas y la carne se habían descompuesto hasta dejar un esqueleto desnudo, pero ataviado con joyas de oro. Los jeroglíficos confirmaron que por fin había dado con Psusenes I, quien a partir de aquel momento recibió el apodo de «el Faraón de Plata». Montet necesitó diez días más para extraer con sumo cuidado la máscara de oro y después los huesos de Psusenes; las momias y los artefactos de la tumba fueron finalmente trasladados al Museo de El Cairo en un camión del ejército.[29]

Entretanto, detrás de la otra puerta escondida había otra cámara funeraria. En un principio se había preparado para la esposa de Psusenes I, Mutnedjmet, pero su cuerpo se había sacado de allí en algún momento y se había sustituido por el del inmediato sucesor de Psusenes, Amenemope. No queda claro el porqué de este cambio, ni por qué Siamón, Psusenes II y Seshonq IIa estaban todos en la antecámara de la tumba de Psusenes I en vez de permanecer en sus propias tumbas. Siamón y Psusenes II puede

que fueran enterrados en esta tumba desde el primer momento, pero el egiptólogo Aidan Dodson ha señalado que los restos de plantas hallados en la momia de Sheshonq «parecen haber crecido en los huesos mientras el ataúd descansaba en aguas estancadas», cosa que indicaría que la tumba original de Sheshonq quedó inundada y tuvo que ser sepultado de nuevo aquí en la antecámara de Psusenes.[30]

Montet había encontrado una tumba de faraón intacta, con material tan espectacular como el hallado en la cámara de Tutankamón, pero en aquellos momentos los medios de comunicación estaban más interesados en la guerra en la que estaba sumido el mundo que en un faraón que llevaba mucho tiempo muerto. En consecuencia, este asombroso descubrimiento no ha recibido el interés ni el reconocimiento merecidos, aunque los tesoros se expusieron en su propia sala especial en el Museo de El Cairo y ahora se han vuelto a exhibir en salas que contenían los tesoros de Tutankamón.[31]

———

Montet encontró también centenares de *ushebtis* en la tumba de Psusenes, como ya se ha mencionado. Ahora están diseminados en distintos museos y colecciones privadas, según Shirly Ben-Dor Evian, que ocupaba el cargo de conservadora de la arqueología egipcia en el Museo de Israel en Jerusalén.[32] El museo tiene cuatro de ellos en su colección: tres fueron hallados en su tumba; el otro probablemente procede de una tumba saqueada de algún otro lugar cercano. Todos son de cobre. Uno lleva inscrito el nombre de «Psusenes»; otro lleva el nombre de su esposa Mutnedjmet; y dos más muestran el nombre del general Wendjebaendjed,

que fue enterrado en una cámara subsidiaria de la tumba de Psusenes.

Ben-Dor Evian y sus colegas sometieron los cuatro *ushebtis* a un análisis de isótopos, una técnica que puede ayudar a determinar el origen del cobre utilizado para su confección. Sorprendentemente, el cobre de cada uno de ellos procede de la región de Arabá de las tierras altas del Néguev, en la frontera entre la moderna Jordania y el Sinaí. Aquí es donde están situadas las minas de cobre, en el valle de Timna (en el Sinaí), a veces denominadas «Minas del Rey Salomón», y en el Uadi Faynan (en Jordania). Sin duda, Egipto, que durante la Edad del Bronce había importado gran cantidad de cobre desde Chipre, ahora lo estaba recibiendo de esta región. Este es un indicio que sugiere que el comercio internacional entre Egipto y el Levante meridional se había restaurado tras el parón provocado por el colapso.[33]

ISRAELITAS Y FILISTEOS

En este primer capítulo trato de cubrir dos zonas, de modo que, al girar en este punto hacia el Levante meridional para introducir detalles más completos antes de volver a Egipto y a lo que se convertirá en una historia cada vez más entremezclada, podemos aprender unos cuantos detalles sobre la situación de aquel lugar en esta época gracias al papiro llamado *Onomasticon de Amenemope*, hallado en 1890 dentro de una vasija en el yacimiento de el-Hibah en Egipto. Hoy en día se conocen nueve copias diferentes. Un fragmento de este manuscrito, que enumera pueblos y lugares, menciona tres de los grupos que componían los Pueblos del Mar —los sherden (shardana), los cheker y los peleset (filisteos)— junto con tres ciudades: Ascalón, Asdod y Gaza.

De acuerdo con el papiro, restos de los tres grupos se habían asentado en estas ciudades o habían sido instalados allí por los egipcios victoriosos, como aseguraba Ramsés III. Cabe destacar aquí no solo la presencia de los cheker y los peleset, sino también que las ciudades mencionadas son tres de las cinco que pertenecían a la llamada Pentápolis filistea: Asdod, Ascalón y Gaza estaban situadas en una franja del litoral al sur de Canaán junto o cerca de las ciudades modernas que llevan estos nombres, mientras que Ecrón (Tel Miqne) y Gat (Tell es-Safi) estaban más al interior. Los testimonios arqueológicos descubiertos en cuatro de estas cinco ciudades (Gaza todavía no se ha excavado) indican que todas ellas eran ciudades cananeas en la Edad del Bronce, pero luego empezaron a mostrar adornos materiales de cultura filistea aproximadamente en esta época, es decir, desde finales del siglo XII y comienzos del XI a. C.[34]

Menos de una década después, en 1899, el yacimiento de Tell es-Safi fue identificado como el Gat filisteo, y empezaron las excavaciones conjuntas del arqueólogo estadounidense Frederick Bliss y el irlandés Robert Alexander Stewart (R. A. S.) Macalister. En 1914, Macalister había publicado uno de los primeros libros en inglés dedicado enteramente a los filisteos, titulado *The Philistines, Their History and Civilization*. Las nuevas excavaciones en el yacimiento empezaron bajo la dirección de Aren Maeir de la Universidad de Bar Ilan en 1996 y han proporcionado mucha información; haré referencia a algunos de estos datos más adelante.[35]

Como bien dice Carl Ehrlich de la Universidad de York, al principio parecía que los filisteos iban a ser «los legítimos herederos del antiguo imperio egipcio en Canaán». Sin embargo, no sería así. Al contrario, los israelitas se apoderaron de gran parte de lo que había sido Canaán y, tras su pugna con los filisteos desde tiempos del rey israelita Saúl, así como con David y después con su hijo Salomón, finalmente «el estatus de heredero de Egipto» en la región «pasó ... a Israel».[36] En este período los israelitas eran los únicos en practicar el monoteísmo. Hay quienes los consideran unos recién llegados a la escena, otros creen que durante algún tiempo estuvieron merodeando por el entorno, porque la fecha y los medios por los que llegaron a establecerse en la tierra de Canaán es un tema complejo y polémico.

Numerosos eruditos se han pronunciado acerca de esta cuestión, incluyendo la hipótesis que tiene en cuenta la historia bíblica del éxodo y una conquista militar de Canaán por parte de los israelitas, que desembocó bien en un genocidio, bien en una integración más pacífica tal como se describe de distintas maneras en los Libros de Josué y de los Jueces de la Biblia hebrea. Se han sugerido también otras posibilidades que imaginan a los israelitas como un pueblo nómada o seminómada que se infiltró pacífi-

camente en la zona, o como campesinos de las tierras altas que se rebelaron contra los gobernantes cananeos, o incluso que una parte de la población cananea local evolucionó gradualmente hasta convertirse en «israelitas». Estas teorías se conocen con diversos nombres: el modelo «Conquista», el modelo «Infiltración pacífica», el modelo «Campesinos rebeldes» y el modelo «Israelitas invisibles».[37] Los debates más recientes giran en torno a consideraciones más antropológicas de la etnicidad de los israelitas, especialmente en comparación con otros pueblos que también surgieron en la región durante este mismo período aproximadamente.[38] Entre ellos se incluyen los filisteos, que se adueñaron de la región costera del Levante meridional.

Independientemente de la teoría que cada estudioso suscriba, sabemos con toda certeza que una inscripción en un monumento a la victoria del faraón Merneptah, hallado por sir William Matthew Flinders Petrie en 1896, asegura que los egipcios derrotaron a un pueblo llamado «Israel», que vivía en la tierra de Canaán en torno al año 1207 a. C. Sabemos también que, aparte de los acontecimientos anteriores y de la forma en que entraron en escena, los primeros asentamientos israelitas se establecieron a finales del siglo XII aproximadamente y enseguida aumentó su número durante los primeros años del siglo XI a. C. Esto ha sido corroborado gracias a numerosos estudios arqueológicos llevados a cabo en la región desde por lo menos la década de 1960.[39]

Teniendo en cuenta estos hechos, e independientemente de si estuvieron languideciendo en el Sinaí durante varias décadas o de si ya estaban presentes en aquella tierra, pero eran «invisibles», o si se infiltraron en el territorio lentamente a lo largo de los siglos, puede que los israelitas simplemente aprovechasen los estragos que se produjeron en Canaán durante el colapso. El vacío político y militar creado por la retirada de los egipcios y la

destrucción de las distintas ciudades cananeas debió de facilitar a los israelitas el traslado a zonas que en situación normal no habrían podido ocupar por sus propios medios. Por consiguiente, pudieron apoderarse de todo o gran parte de Canaán a finales del siglo XII a. C.[40]

Pese a ser especulativo, este escenario proporciona de forma verosímil el «cómo» que falta en la mayoría de las demás hipótesis. Para aquellos que creen en la milagrosa intervención divina, no hace falta seguir investigando, pero para el resto, el modo en que los israelitas pudieron atacar y capturar con éxito las imponentes ciudades cananeas sigue siendo una pregunta viable. En circunstancias normales, es muy poco probable que lo lograsen, por lo menos por sí solos. No obstante, tras la invasión de la costa cananea por los Pueblos del Mar como parte integrante de otras calamidades (sequía, hambruna, revueltas internas, etc.) que pusieron de rodillas a la cultura cananea, y tras la retirada de los egipcios de esta región, es posible que los israelitas pudieran ocupar las ruinas de grandes ciudades y apoderarse de algunas de las poblaciones menores por sí solos, completando así la conquista de Canaán. Es posible que los posteriores autores bíblicos dieran todo el crédito de la captura y destrucción de las ciudades cananeas a los israelitas sin mencionar jamás el papel de los Pueblos del Mar, puesto que ellos solo conocían a estos últimos como los filisteos bíblicos que tantos problemas causaron a Saúl y a David a lo largo de sus reinados.[41]

———

Los recientes estudios sobre cambio climático realizados por Dafna Langgut de la Universidad de Tel Aviv y sus colegas indican una posible relación entre los primeros israelitas y filisteos y un

cese temporal de la severa sequía. A partir tal vez del año 1150 a. C., y sin duda no más tarde de *c.* 1100 a. C., parece haber habido un aumento de la humedad en el Levante sur, creando unas condiciones climáticas ligeramente más húmedas, que a su vez permitieron «el cultivo intensivo de olivos y cereales».[42]

Las condiciones más favorables debieron de durar en esta región hasta *c.* 950 a. C., que corresponde aproximadamente al mismo período de la aparición inicial de los israelitas. Como aseguran Langgut y sus colegas:

> La mejora de las condiciones en las tierras altas durante la Edad del Hierro I permitió la recuperación de la actividad de los asentamientos, que es el telón de fondo para el auge del antiguo Israel ... Condiciones similares en otras zonas montañosas del Levante pudieron facilitar el desarrollo de sistemas de asentamiento equivalentes que alumbraron el nacimiento de otras naciones bíblicas: los arameos en Siria y los amonitas y moabitas en Transjordania».[43]

En la actualidad, esta idea está respaldada por un nuevo estudio, que indica que esta zona en particular fue una de las únicas regiones en las que creció la población, en vez de disminuir, a comienzos de la Edad del Hierro, es decir, en el período inmediatamente posterior al derrumbe. Si esto es así, el aumento de población pudo ser resultado del establecimiento de nuevos reinos en el Levante meridional, entre ellos Israel y Judá, además de Moab, Amón y Edom, aunque prosiguen las controversias académicas acerca de si aquellas zonas estaban ya habitadas, muy posiblemente por nómadas, como se ha sugerido, que sobrevivieron al colapso o si eran todos recién llegados a la región a la que habían migrado durante el período posterior al derrumbe.[44]

REY DAVID

Nuestra fuente primaria sobre lo que sucedió después es la Biblia hebrea, donde, si tomamos la historia al pie de la letra, se nos dice que los filisteos crearon problemas a los recién surgidos israelitas y a su flamante rey Saúl, y más tarde a sus hijos en el siglo XI. La situación llegó al extremo de que Saúl y su progenie tuvieron que luchar contra los filisteos en el valle de Jezreel, no muy lejos de Megido (el Armagedón bíblico). Allí, en torno a 1016 a. C., en las laderas del monte Gilboa, según el relato bíblico, Saúl y tres de sus hijos murieron en combate y sus cuerpos fueron colgados de las murallas de Beit Shean (1 Samuel 28-31; 2 Samuel 1; Crónicas 10).

Poco después, uno de los hijos supervivientes de Saúl, Ishbaal (o Ishboshet), se apoderó de la mitad norte del joven reino de Israel mientras David se declaraba rey de Judá, la mitad sur del reino (2 Samuel 2, 1-4, 8). Finalmente, este último conquistó también la parte norte y estableció lo que hoy llamamos la Monarquía Unida en torno al año 1000 a. C.[45]

Desgraciadamente, no tenemos pruebas arqueológicas ni fuentes epigráficas que corroboren estas historias narradas en la Biblia hebrea; por lo tanto, no hay manera de confirmar de forma independiente su exactitud, pero, aunque muy discutidas, parecen verosímiles, sobre todo dados los demás acontecimientos que se produjeron en la zona durante este período. Por otro lado, hasta hace poco no teníamos ningún testimonio fuera de la Biblia que atestiguase la existencia real de David, por muy extraño que pueda parecer. Todo esto cambió en 1992.

Durante aquel verano, Gila Cook estaba trabajando como arquitecta de la expedición arqueológica en el yacimiento de Tel Dan (antigua Laish), situado al norte del mar de Galilea en el actual Israel. La excavación estaba dirigida por Avraham Biran, un respetado arqueólogo y profesor del campus del Colegio de la Unión Hebrea de Jerusalén. Hasta aquel momento, había estado excavando en Tel Dan más de veinticinco años, desde 1966. El yacimiento se encuentra en medio de una hermosa reserva natural que incluye las gélidas aguas del nacimiento del río Jordán y un gran restaurante que sirve pescado para los turistas y los lugareños.

Aquel día, la tarea de Cook consistía en documentar y dibujar con exactitud las piedras de un muro que acababan de desenterrar. Sin embargo, su proyecto se desvió cuando la luz rasante del sol empezó a crear sombras sobre una piedra en particular, revelando la presencia de una inscripción tallada en la superficie, que nadie había visto antes. Estaba escrita en arameo, utilizando el alfabeto fenicio. Una vez traducido, el texto causó sensación, porque contenía las palabras *Beit David*: la «Casa de David». Era la primera vez que se encontraba una inscripción que mencionaba al bíblico rey David; de hecho, era el primer testimonio de la existencia del rey David hallado fuera de la Biblia.[46]

Fig. 2. Inscripción de Tel Dan con las palabras *Beit David* resaltadas. Fotografía cortesía de Oren Rozen vía Wikimedia Commons.

Resultó que la piedra provenía muy probablemente de un monumento más grande que tal vez se había erigido en torno al año 841 a. C., casi un siglo y medio después del gobierno de David (*c.* 1000-970 a. C.). Al año siguiente, la expedición encontró fragmentos adicionales pertenecientes al mismo monumento, aunque todavía faltan muchas piezas. Pese a que sigue siendo tema de debate y análisis por parte de los académicos, parece que la inscripción conmemoraba la conquista de Tel Dan por un rey arameo llamado Hazael, cuya residencia estaba ubicada justo al norte de Aram-Damasco y que reinó *c.* 842-796 a. C. Volveremos a tropezarnos con él más adelante.

La inscripción fragmentaria, en su estado actual, reza:

> ... mi padre se levantó [contra él cuando] luchó en [...]. Y mi padre se rindió, se fue con sus [ancestros]. Y el rey de I[s]rael entró en la tierra de mi padre antes. [Y] Hadad me hizo rey. Y Hadad marchó delante de mí, [y] yo partí de los siete [...] de mi reino/reyes, y maté a poderoso[s] ... rey[es], que habían enjaezado mil[es ... de carr]os y miles [de] caballos. [Yo maté a Jo[ram] ... hijo de A[jab], rey de Israel, y [yo] maté a [Ocoz]ías hijo de [Joram, re]y de la Casa de David. Y yo dejé [sus ciudades en ruinas y convertí] su tierra en [desolación...].[47]

El descubrimiento de esta inscripción puso fin a una furibunda disputa que había enardecido los círculos académicos, en la que algunos estudiosos dudaban de la existencia de los gobernantes del siglo x a. C. David y Salomón, por falta de testimonios extrabíblicos (es decir, al margen de la Biblia) de estos monarcas hasta el momento. Así pues, el descubrimiento de esta inscripción, con la mención de la Casa de David y la inherente implicación de que había existido un David histórico (que había fundado la dinastía), fue extremadamente importante. La referencia a David y a la dinastía que fundó indica también la alta probabilidad de que Salomón existiera, puesto que es hijo de David.[48]

Como nota al margen, debería mencionar que una posible, aunque muy discutida, segunda referencia a la Casa de David la podemos encontrar en la que se conoce como la Estela de Mesha. La inscripción, que es más famosa por su mención de «Omri, rey de Israel», fue vista e identificada por primera vez por un misionero anglicano llamado F. A. Klein en 1868 en el yacimiento de Diban, en la actual Jordania. Pese a que falta un tercio de dicho texto, sigue siendo la inscripción monumental más larga jamás encontrada en Tierra Santa y una de las primeras inscripciones extrabíblicas descubiertas que nombra a una persona o lugar conocidos básicamente por la Biblia hebrea: por ejemplo, Omri, rey de Israel, además de, posiblemente, la Casa de David.[49]

EDOM Y LOS EDOMITAS

Según el relato bíblico, cuando David se estableció como rey, el vecino reino de Edom se encontraba entre los territorios que había conquistado. Estaba situado al sur y al este del territorio original de David, en la zona general del Uadi Faynan, en la moderna Jordania.

Las historias bíblicas de la conquista de Edom por parte de David podrían aportar un soporte adicional para el vínculo entre Timna y Egipto, que ya he mencionado con anterioridad, porque en el relato bíblico se nos dice que durante el combate el príncipe heredero edomita Hadad, que en aquel entonces era un niño, fue sacado del país y llevado a Egipto para salvaguardarlo (1 Reyes 11, 14-22). De mayor, se casó con la hermana de la reina egipcia y tuvo un hijo, Genubat, antes de regresar a Edom tras la muerte del rey David y rebelarse después contra el rey Salomón.[50]

Aunque tampoco hay ninguna corroboración independiente que confirme esta historia, el egiptólogo Kenneth Kitchen sugiere que quizá fuera Psusenes I quien diera refugio a Hadad en Egipto, así como «casa, asignación alimenticia y tierra» (1 Reyes 11, 18). Psusenes, cuyo largo gobierno se prolongó hasta *c.* 991 a. C., y al que ya hemos conocido antes, habría coincidido con David por lo menos una década, si no más. Sin embargo, también es posible que este episodio hubiera tenido lugar durante el reinado del hijo de Psusenes I, Amenemope, que gobernó unos diez años tras la muerte de su padre y extendió el gobierno de la dinastía XXI por todo Egipto, Alto y Bajo, desde su residencia en Tanis.[51]

El reino de Edom fue estudiado a fondo y en detalle por primera vez por el peculiar arqueólogo norteamericano Nelson Glueck en sus exploraciones en Jordania durante la década de 1930. Glueck, rabino ordenado y después presidente del Colegio de la Unión Hebrea de Cincinnati, sigue siendo uno de los pocos arqueólogos que apare-

ció en la portada de la revista *Time*, en 1963. (James Henry Breasted, fundador y director del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, había salido ya en 1931.) Muy influido por la Biblia hebrea, Glueck relacionó las minas de cobre del Uadi Faynan en el valle Arabá con las actividades del rey Salomón, calificándolo de primer «magnate del cobre» del mundo, aunque hoy en día se considera improbable esta designación.

Más recientemente, en 1997 dieron comienzo dos décadas de investigación, dirigida por el Proyecto Arqueológico Regional de las llanuras de Edom de la Universidad de California San Diego y el Departamento de Antigüedades de Jordania. El proyecto ha generado numerosas publicaciones por parte de académicos como Tom Levy, Mohammad Najjar y Erez Ben-Yosef, y otros. Sus investigaciones sobre las minas de cobre en el Uadi Faynan han revelado que hubo un repentino incremento en cuanto a la explotación de dichas minas, además de las de la cercana Timna, que dio comienzo ya en el siglo XI a. C., y después prosiguió hasta entrados los siglos X y IX. Esta nueva explotación del mineral de cobre en el Uadi Faynan debió de suponer un desafío para el anterior dominio de la industria de exportación del cobre por parte de Chipre.[52]

Se ha sugerido que el auge de Edom y de los edomitas está relacionado con la explotación de estos recursos de cobre, y Erez Ben-Yosef de la Universidad de Tel Aviv plantea que la gestión y las operaciones fueron llevadas a cabo en un inicio por pastores nómadas arqueológicamente invisibles, que aprovecharon la oportunidad de explotar las minas cuando las autoridades egipcias se retiraron en el período posterior al colapso. Según su criterio, los mineros nómadas acabaron asentándose y se convirtieron en el pueblo que la Biblia denomina edomitas. Esta última propuesta en particular ha generado un acalorado debate que aún continúa. También deberíamos tener en cuenta que, si la zona ya estaba explotada antes de la época de Salomón, entonces el hecho de destacar la presencia de Salomón

en el Fayan como hizo Glueck o es irrelevante o no es tan significativo como él mismo pensaba.[53]

KHIRBET QEIYAFA Y TEL GÉZER

Hay más descubrimientos que pueden tener relación con el alcance del territorio de David, pero tampoco están exentos de polémica. Un buen ejemplo es Khirbet Qeiyafa, situado en el valle de Ela, al suroeste de Jerusalén, donde supuestamente tuvo lugar el combate entre David y Goliat. El lugar fue excavado por Yossi Garfinkel de la Universidad Hebrea a comienzos de 2007. Él lo fechó en el siglo x a. C., y analizó su relación con el rey David y la extensión de su territorio durante aquella época. El yacimiento no está lejos de Tell es-Safi (el Gat bíblico) ni de Tell Miqne (el bíblico Ecrón), que pertenecieron a los filisteos, pero Garfinkel piensa que su emplazamiento está justo al otro lado de lo que es esencialmente una frontera invisible y que por consiguiente es parte del reino de David más que territorio filisteo. También ha identificado, con cierta cautela, Khirbet Qeiyafa como el Sha'arayim bíblico, mencionado en el relato de David y Goliat (1 Samuel 17, esp. 52), pero semejante identificación no ha sido aceptada por los demás arqueólogos.[54]

Entre otros numerosos hallazgos, hasta ahora el yacimiento ha proporcionado dos inscripciones. La primera de ellas, alrededor del borde de una vasija de almacenamiento, en lo que parece ser una escritura alfabética cananea, y puede que incluya el nombre personal de 'Išba 'al, quizá el propietario de la jarra. La otra inscripción, hallada en 2008, provocó mucha más polémica. Consiste en cinco líneas en tinta negra sobre un fragmento de cerámica roto (este tipo de fragmento inscrito recibe el nombre de «ostracón» en términos arqueológicos). Todavía no queda claro lo que dicen estas líneas, pero las distintas interpretaciones y traducciones van desde lo mundano a lo fantástico, en parte porque no hay acuerdo acerca de la lengua utilizada; muchos se decantan ahora por una versión de la escritura hebrea antigua que deriva del fenicio. Un intento inicial de

traducción incluía estas líneas: «Juzga al esclavo y a la viuda, juzga al huérfano y al extranjero. Ruega por el niño, ruega por el pobre y la viuda», pero esto es todavía objeto de intenso debate.[55]

En el yacimiento de Gézer hay asimismo una inscripción no relacionada, ubicada no muy lejos, que parece datar también del siglo x a. C. La inscripción es justificadamente famosa, aunque no podemos asignarla a ningún reinado concreto, ni al de David ni al de ningún otro gobernante. Se trata del denominado calendario de Gézer, una inscripción incisa sobre piedra o bien en paleohebreo (la versión más antigua conocida del hebreo) o posiblemente en fenicio. Fue hallado hace tiempo, en 1908, por R. A. S. Macalister (mencionado más arriba), que estaba excavando para el Palestine Exploration Fund (Fondo para la Exploración de Palestina), ubicado en Londres. Describe las principales actividades agrícolas llevadas a cabo a lo largo del año y proporciona, de este modo, una percepción de la vida en la región durante aquella época. Dice así: «Dos meses de recolección, dos meses de siembra, dos meses de siembra tardía, un mes de siega de lino, un mes de cosecha de cebada, un mes de cosecha y terminación, dos meses de corte de uva, un mes de frutas de verano».[56]

EL FARAÓN SIAMÓN Y EL ESCONDRIJO DE DEIR EL-BAHARI

El yacimiento de Gézer ocupa también un lugar destacado en un pasaje bíblico que afirma que un faraón egipcio capturó la ciudad y después se la entregó a Salomón como parte de la dote cuando este se casó con la hija del faraón (1 Reyes 9, 16-17). Se nos cuenta que el «faraón rey de Egipto llegó, capturó Gézer y la incendió, mató a los cananeos que vivían en la ciudad, y se la entregó como dote para su hija, la esposa de Salomón; así, Salomón reconstruyó Gézer».[57]

Fig. 3. Réplica de la inscripción del calendario de Gézer. Fotografía de E. H. Cline.

Cabe destacar que no se ofrece el nombre del faraón que infligió estos males a la ciudad de Gézer. No obstante, una serie de historiadores bíblicos y egiptólogos han sugerido que el gobernante egipcio en cuestión podría ser el faraón Siamón de la dinastía XXI, que reinó durante veinte años (*c.* 979-958 a. C.). Hay, en efecto, indicios de un nivel de destrucción en Gézer que puede fecharse aproximadamente en este período y que podría estar relacionado con una campaña de Siamón, aunque no hay nada definitivo que lo vincule a este acontecimiento.[58]

Si este relato tiene alguna base real, entonces sin duda hubo un cambio en las dinámicas de poder tras el colapso, porque ningún faraón egipcio durante la Edad del Bronce habría dado nunca a su hija en matrimonio a un rey extranjero. Sin embargo, ya hemos visto que ahora, en la Edad del Hierro, las cosas eran distintas; hay que recordar que, durante el reinado de David, la hermana de la reina egipcia había sido dada en matrimonio al joven Hadad, príncipe heredero de Edom, según el relato bíblico.[59] Ahora tenemos noticia de otro matrimonio similar, que tiempo atrás habría sido impensable. No obstante, Salomón parece haber tratado muy bien a la princesa egipcia, puesto que le construyó una residencia independiente para ella en Jerusalén: «Pero la hija del faraón llegó desde la Ciudad de David a su propia casa que Salomón había construido para ella» (1 Reyes 9, 24).

Es posible que semejante enlace real, que con frecuencia iba acompañado de algún tipo de alianza o tratado mutuo, fuera parte de un intento de Siamón de apuntalar su reinado en Egipto, porque las cosas no le iban demasiado bien. Por ejemplo, un traslado adicional de momias reales podría ser reflejo de preocupaciones por la seguridad en Tebas. Algunas se depositaron en un principio en la tumba de la reina Inhapi en el año 10 de Siamón. Tiempo después (algunos argumentarían que en el año 11 de Sheshonq I, en torno a

935 a. C.), estas y otras, incluidas las de los reyes Ahmose I; Tutmosis I, II y III; Seti I; Ramsés I, II y III; y también miembros de la familia de Pinedjem II, terminaron en una tumba cerca de Deir el-Bahari. Al parecer, se trataría de la tumba de la reina Ahmose-Nefertari de la dinastía XVIII, utilizada después por la familia de Pinedjem II.[60]

Este lugar, hoy denominado el escondrijo de Deir el-Bahari (con el número oficial TT 320), fue un buen escondite, porque permaneció intacto durante casi tres milenios. Fue descubierto hace tan solo unos 150 años, en torno a 1870, según la versión predominante de la historia, por un miembro de la familia Abd el-Rassul, que presuntamente estaba buscando una cabra que había caído en el pozo de la tumba. No obstante, pocos se creen este relato y se especula que lo más probable es que estuviera buscando concretamente tumbas para saquear, puesto que, después, la ubicación pasó a ser un secreto familiar celosamente guardado. La familia cuidaba de la tumba como si fuera su propia cámara del tesoro y durante un período de diez años estuvo vendiendo los distintos objetos uno a uno a turistas europeos y norteamericanos acomodados.

Este engaño fue finalmente descubierto en 1881 por Emil Brugsch, enviado allí por Gatson Maspero, el nuevo director del Servicio de Antigüedades Egipcio. Brugsch contrató a varios cientos de lugareños y sacó de la tumba a todos los faraones y reinas allí sepultados, junto con sus ajuares en un plazo de tiempo de tan solo veinticuatro horas, renunciando a documentar de forma precisa la ubicación exacta del contenido en aras de un rápido traslado. Esta historia es una de las más repetidas de la egiptología moderna, y la colección de momias reales y objetos funerarios figuraron durante décadas entre los tesoros más valiosos del Museo de El Cairo.[61] Ahora descansan en una cripta especialmente preparada en el Museo Nacional de la Civilización Egipcia, en el barrio cairota de Fustat. Por desgracia, el coste por el rápido traslado fue que toda la información más allá de los objetos reales se perdió o no quedó documentada; si se hubiera llevado a cabo de forma lenta y reflexiva, como es debido, se ha-

brían obtenido muchos datos más. Comparativamente, la extracción de los objetos de la tumba de Tutankamón por parte de Howard Carter, que comenzó en 1922, duró diez años.

SALOMÓN EN MEGIDO Y JERUSALÉN

Mientras Carter documentaba y extraía minuciosamente los objetos de la tumba de Tutankamón, los arqueólogos del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago empezaron a excavar en 1925 en el yacimiento de Megido, en lo que ahora es el norte de Israel, pero que en aquella época se encontraba en territorio del Mandato Británico de Palestina. Tres años después, en 1928, descubrieron algunos edificios grandes que tenían pasillos laterales internos en los que se alineaban piedras verticales y lo que parecían abrevaderos. El director de campo, P. L. O. Guy, lo interpretó como establos y envió un telegrama a Henry James Breasted, director del Instituto Oriental. En él se leía, en parte: «Creo que hemos encontrado los establos de Salomón».

La noticia propició titulares por todo el mundo, pero el debate todavía sigue encendido un siglo después. Muchos arqueólogos aceptan que en efecto son establos, pero la mayoría no cree que fueran construidos por Salomón. Hoy en día, según la datación por radiocarbono, los estilos de cerámica y otros indicadores cronológicos, parece más probable que fueran construidos o en el siglo IX a. C., posiblemente por Omri o su hijo Ajab, o incluso en el siglo XVIII a. C., quizá por Jeroboam II.[62]

Asimismo, varias décadas después, el famoso arqueólogo israelí Yigael Yadin y su equipo excavaron en Megido y Hazor y encontraron que en ambos lugares había una gran puerta de entrada y ambas eran idénticas; hoy se conoce como la puerta de seis cámaras. Consultó también los registros de la anterior excavación de Macalister en Gézer y reconoció que la puerta de la ciudad era esencialmente idéntica. Fechó las tres en la época de Salomón y declaró que había

un «diseño salomónico» para las puertas de entrada que podía constatarse en estas ciudades.[63]

Sin embargo, igual que los «establos de Salomón», también estas puertas pueden datar del siglo IX y el reinado de Omri o Ajab, o incluso del siglo VIII y el reinado de Jeroboam II, en vez de pertenecer al siglo X y a la época de Salomón. El debate se ha prolongado durante cierto tiempo y a veces con bastante vehemencia, puesto que no todos los estudiosos coinciden, pero ahora parece que este posible testimonio de las actividades constructivas de Salomón ha quedado descartado.[64]

———

Las pruebas textuales implicadas en este debate provienen de un único pasaje bíblico que menciona aquellas ciudades en concreto como ejemplos que supuestamente fortificó Salomón: «Y esta es la razón de los trabajos forzosos que impuso el rey Salomón para construir la casa del señor y su propia casa y el Milo y la muralla de Jerusalén y Hazor y Megido y Gézer» (1 Reyes 9, 15).

Obsérvese que el pasaje atribuye también a Salomón la construcción del Templo original de Jerusalén («la casa del señor»). Para ello, según el relato bíblico, Salomón recurrió a Hiram, rey de Tiro, situado en lo que había sido la parte central de Canaán y que hoy es el Líbano moderno, que supuestamente le proporcionó artesanos e incluso el plano del edificio para el Templo (1 Reyes 5, 1-7, 51). Pese a que los arqueólogos todavía no han encontrado nada que pueda confirmar directamente esta historia bíblica (o incluso la existencia de Salomón, su gobierno o la extensión de su reino), los relatos de la Biblia sobre su reinado están llenos de detalles sobre su relación con Hiram y Tiro.[65]

En este caso, se nos dice además concretamente que «Hiram envió respuesta a Salomón», diciendo lo siguiente: «“He oído el men-

saje que me has enviado; satisfaré todas tus necesidades en cuanto a la madera de cedro y de ciprés. Mis siervos la llevarán desde el Líbano al mar; la enviaré en balsas por mar hasta el lugar que tú me indiques. Allí haré que la desaten para que te la lleves. Y tú cumplirás mi deseo proporcionando comida para mi familia". Dio, pues, Hiram a Salomón toda la madera de cedro y de ciprés que necesitaba. Salomón a su vez dio a Hiram veinte mil coros de trigo para el sustento de su familia, y veinte coros de aceite puro. Salomón dio esto a Hiram cada año» (1 Reyes 5, 8-11; véase también 2 Crónicas 2, 1-16).[66]

En este contexto, Hiram habló también de enviar artesanos cualificados para ayudar a Salomón: «Te envío, pues, a Hiram-abi, un artesano experto e inteligente, hijo de una mujer de la tribu de Dan y de un nativo de Tiro. Es experto en trabajar oro, plata, bronce, hierro, piedra, madera, tela púrpura, azul y morada, y lino fino, y en grabados de toda clase de figuras, y sabe realizar cualquier diseño que se le encargue» (2 Crónicas 2, 13-14).

Puesto que no ha quedado ningún resto del Templo de Salomón, la descripción bíblica es todo cuanto tenemos (1 Reyes 6, 14-22). Por consiguiente, como era de esperar, la polémica académica en cuanto a su aspecto real no tiene fin, pero parece encajar con la descripción de lo que los arqueólogos denominan templo «de sala larga», es decir, un edificio largo rectangular al que uno accedía por el lado corto y entraba en una sala principal alargada, en cuyo extremo había otra sala mucho más pequeña conocida como «sanctasanctórum», donde se guardaría algo como el Arca de la Alianza.

Sin embargo, la forma de templo más habitual en el Levante meridional de la época era el de «sala ancha», que era más achaparrado y cuya entrada estaba en el centro del lado largo. Podemos ver un ejemplo de ello en el templo del siglo x a. C. del yacimiento de Arad, junto a Beersheva en el sur del actual Israel. El templo de «sala larga» es más común en la zona septentrional, por ejemplo, en el yacimiento de Ain Dara en el norte de Siria, donde hay un templo que se

cree que es el ejemplo más parecido que existe de cómo podría haber sido el Templo de Salomón.[67] Es posible que los artesanos de Hiram trajesen consigo el diseño de la planta del Templo, además de los materiales constructivos.

Se nos dice también que, en agradecimiento, Salomón le dio a Hiram veinte ciudades ubicadas en lo que hoy es el norte de Israel, pero que Hiram se negó a aceptarlas (1 Reyes 9, 10-14). Por otro lado, ambos se aliaron para enviar una expedición marítima a Ofir (1 Reyes 9, 26; 2 Crónicas 8, 17, 9, 10), cuya ubicación nunca se ha confirmado. Además, se nos cuenta que Hiram envió expediciones a Tarshish (1 Reyes 10, 21-22; 2 Crónicas 9, 21), a menudo identificada con Tartesos en España, aunque no hay fundamentos sólidos para semejante identificación.[68] Recientemente se ha sugerido que el rey Salomón pudo también haber participado en las expediciones fenicias a Iberia en aquella época, sobre todo a la región de Huelva, para adquirir plata y otros artículos, aunque no hay ninguna prueba de ello y la hipótesis carece de testimonios físicos que la sustenten.[69]

SHESHONQ / SISAC

Llegados a este punto de nuestra historia, Egipto y el Levante meridional volvieron a entrelazarse, pero esta vez porque Egipto, por fin, había recuperado la fuerza, cortesía de Sheshonq I. Accedió al trono de Egipto a mediados del siglo x, *c.* 945 a. C., después de Psusenes II, que gobernó Egipto tras la muerte de Siamón. Siamón y Psusenes II fueron los dos últimos reyes de la dinastía XXI; como ya he mencionado anteriormente, ambos fueron enterrados en la antecámara de la tumba de Psusenes I. Sheshonq sería el primer rey de una nueva dinastía, la XXII.[70]

Sheshonq era de origen libio, aunque su familia había vivido en Egipto durante generaciones, y su tío, Osorcón el Viejo, había sido rey de Egipto justo antes de Siamón. Sheshonq mantuvo la capital en Tanis, pero sometió a Tebas a mayor control al nombrar a su hijo Iuput gran sacerdote de Amón. Este reemplazó a la anterior línea

hereditaria y durante unas cuantas décadas devolvió una cierta unidad a Egipto. Es también el primer rey que dejó registros de operaciones militares en el Levante desde el colapso de la Edad del Bronce Final.[71]

Aquí es donde la Biblia entra de nuevo en juego, porque casualmente se nos dice que un faraón egipcio de nombre Sisac puso sitio a Jerusalén y se llevó una cantidad incalculable de oro y otros tesoros de la ciudad, el palacio y el Templo pocos años después de la muerte del rey Salomón, es decir, en torno al año 930-925 a. C. «En el quinto año del rey Roboam se lanzó Sisac rey de Egipto contra Jerusalén, y tomó los tesoros de la casa del Señor y los tesoros de la casa real, y lo saqueó todo; también se llevó todos los escudos de oro que Salomón había hecho» (1 Reyes 14, 25-26).[72]

Aunque hay quien lo discute, la mayoría de los historiadores bíblicos y de los egiptólogos opinan que el faraón Sisac mencionado en la Biblia no es otro que Sheshonq I. Esto se fundamenta en parte en una inscripción que Sheshonq ordenó esculpir en lo que hoy se conoce como Puerta Bubastita del templo de Karnak en Egipto, que formaba parte de la primera ampliación importante del complejo desde la dinastía XX. Aunque es muy debatida, en ella se enumera una serie de ciudades atacadas por Sheshonq en el territorio de lo que había sido la Monarquía Unida de David y Salomón. En la lista figura Megido, junto con otras ciudades del valle de Jezreel, entre ellas Taanach y Shunem.[73]

La lista de Sheshonq de ciudades conquistadas ha suscitado una gran atención y cierto escepticismo a lo largo de los años, pero la confirmación de su exactitud se produjo hace casi un siglo, a finales de 1925, cuando los arqueólogos de la Universidad de Chicago en su primera temporada de trabajo en Megido recuperaron un fragmento de piedra inscrita en la que se había tallado el cartucho de Sheshonq I. Ya había sido extraído por el anterior arqueólogo del yacimiento, Gottlieb Schumacher, cuando excavó allí desde 1903 hasta

1905, pero no se reconoció su importancia y fue arrojado al montón de tierra extraída junto a una trinchera de excavación, donde el equipo de Chicago la encontró veinte años después.

James Henry Breasted pudo traducir los jeroglíficos del fragmento recuperado cuando visitó a su equipo en marzo de 1926, y la noticia del descubrimiento no tardó en extenderse por todo el mundo causando tanta sensación como la que se produciría dos años después con los «establos de Salomón». Este fragmento parecía corroborar la declaración de Sheshonq, porque se cree que proviene de un monumento inscrito de quizá tres metros de alto erigido originalmente en la ciudad de Megido tras su captura por las fuerzas egipcias.[74] No obstante, dado que el equipo de Schumacher no documentó la ubicación del fragmento, no sabemos en cuál de los niveles de Megido fue hallado.

Sin embargo, en un momento dado, algunos estudiosos pensaron que podían identificar la ciudad de Megido que Sheshonq capturó, que es el estrato que los excavadores conocen como Megido VIA. Este nivel, que ha sido descrito alternativamente como la última ciudad cananea o la primera ciudad israelita en el yacimiento, fue quemado hasta los cimientos en algún momento del siglo x a. C. Los excavadores de Chicago encontraron esqueletos sin enterrar que yacían en las casas derruidas de la ciudad y restos de postes de madera y árboles todavía *in situ*. Otros, en cambio, creen que la destrucción podría atribuirse a las fuerzas del rey David o incluso a los filisteos. No obstante, las pruebas —que incluyen muros agrietados e inclinados además de esqueletos y árboles y postes quemados— apuntan más bien a un terremoto, que pudo haber devastado también las comunidades vecinas.[75]

Lo que resulta especialmente interesante del ataque de Sheshonq a Megido es que en aquella época la ciudad pudo haber estado ubicada ya dentro del reino del norte de Israel. Este reino del norte fue establecido por Jeroboam al mismo tiempo que Roboam fundaba el

reino del sur de Judá, después de que la Monarquía Unida se hubiese separado en dos reinos divididos tras la muerte de Salomón. Jeroboam y Sisac ya tenían relaciones en aquellos tiempos, porque el relato bíblico afirma que antes de la muerte de Salomón, Jeroboam había huido a Egipto y estuvo viviendo allí bajo la protección de Sheshonq/Sisac: «Por esto Salomón procuró matar a Jeroboam, pero Jeroboam se levantó y huyó a Egipto, a Sisac rey de Egipto, y estuvo en Egipto hasta la muerte de Salomón» (1 Reyes 11, 40).[76]

Esto significa que si Sheshonq lanzó realmente una campaña militar contra Megido y las demás ciudades del valle de Jezreel, tal como indican su inscripción en Luxor y el fragmento de estela de Megido, entonces, dependiendo de la fecha, o bien estuvo luchando contra las fuerzas de Jeroboam, el hombre al que hasta hacía poco había estado protegiendo, o como ha sugerido Nadav Na'aman de la Universidad de Tel Aviv, la campaña de Sheshonq al norte pudo tener por objetivo, ante todo, colocar a Jeroboam en el trono del reino del norte de Israel. No obstante, semejante acción no se menciona en el relato bíblico, aunque antaño pudo haberse conservado en el hoy perdido «Libro de los Anales de los Reyes de Israel» (véase, p. ej., 1 Reyes 14, 19).[77]

Un aspecto importante es que la lista conservada de ciudades atacadas por Sheshonq no incluye a Jerusalén, y el «itinerario» no concuerda con su inclusión en la campaña documentada en la Puerta Bubastita. Sin embargo, hay amplias zonas de los muros que Sheshonq añadió al patio de Karnak, y probablemente, si él hubiera vivido, se habrían agregado inscripciones y representaciones adicionales, entre ellas una o más campañas que habrían incluido el ataque a Jerusalén.[78]

A UN PANAL DE RICA MIEL

Sheshonq menciona también el yacimiento de Rehov en su lista topográfica de Karnak. Rehov había sido una importante ciudad cananea, situada en el valle de Beit Shean, que de alguna manera con-

siguió hacer la transición a la Edad del Hierro prácticamente intacta. Es uno de los *tells* arqueológicos más extensos del Levante meridional, que consta de un montículo inferior dominado por otro montículo superior en el extremo sur y abarca entre diez y once hectáreas (unos veinticinco acres). Se conoce desde 1939, cuando dos conocidos arqueólogos, Ruth Amiran, una especialista en cerámica, y Avraham Biran, el último excavador de Tel Dan, encontraron en la superficie un fragmento de cerámica con una inscripción protocananea, y fue el foco de una intensa excavación arqueológica a gran escala dirigida por Amihai Mazar de la Universidad Hebrea desde 1997 hasta 2012.[79]

La ciudad parece haber escapado a la destrucción infligida por Sheshonq, solo para acabar devastada por un terremoto que puso fin a su Estrato VI durante el último tercio del siglo x a. C. (quizá el mismo que arrasó el denominado Estrato VIA en Megido mencionado más arriba). Rehov fue objeto de titulares hace algunos años, cuando se descubrió un colmenar, o una instalación dedicada a la apicultura, en la siguiente fase, el Estrato V, que duró los años restantes del siglo x y hasta el primer cuarto del siglo ix a. C. Parece que la ciudad de este nivel no fue ajena a contactos extranjeros, porque en el yacimiento se ha encontrado cerámica fenicia, chipriota e incluso griega, además de amuletos egipcios de fayenza y espinas de perca del Nilo.[80]

El colmenar estaba construido en el corazón de una densa zona urbana en el interior de la ciudad, no en las afueras como sería de esperar.[81] Los excavadores hallaron 30 colmenas, y calculan que originalmente pudo haber hasta 180, colocadas en tres filas paralelas. Cada colmena consistía en un cilindro hueco hecho de arcilla sin cocer mezclada con paja, que medía menos de un metro de largo y con un volumen de poco más de cincuenta litros. Un extremo del cilindro estaba sellado salvo por un pequeño agujero que facilitaba la entrada y salida de las abejas a voluntad. El otro extremo tenía una

tapa de arcilla extraíble que permitía a los propietarios abrir la colmena y acceder a la miel.

Dentro de la colmena se encontraron los primeros restos jamás descubiertos en el antiguo Oriente Próximo de panales y también de las propias abejas: ojos, músculos, patas y alas. Sorprendentemente, parece que se trataba de abejas melíferas anatolias, más que de una variedad local, hecho que indicaría que fueron importadas ex profeso desde una distancia superior a quinientos kilómetros. Los excavadores apuntan a que, en realidad, estos enjambres «fueron importados al valle de Beit Shean, directa o indirectamente, desde uno de los estados neohititas / luvitas del sur de Turquía».[82]

Se ha calculado que cada colmena podía rendir más de cinco kilos de miel al año, además de medio kilo o más de cera, lo que significa que las 180 colmenas habrían proporcionado casi mil kilos de miel y casi cien kilos de cera anualmente; quizá por esta razón el antiguo Israel se menciona repetidamente en la Biblia hebrea como «una tierra que fluye de leche y miel» (por ejemplo, Éxodo 3, 8; Números 14, 8; Deuteronomio 31, 20). Toda aquella miel y cera era más de lo que se podía consumir a nivel local, por lo que los arqueólogos han sugerido que quizá los habitantes comerciaban o vendían ambos productos; la cera tenía una gran demanda para múltiples usos, entre ellos el medicinal.[83]

Una jarra hallada cerca del colmenar lleva la inscripción «propiedad de Nimshi», de modo que los excavadores piensan que el apiario pudo haber pertenecido a la familia Nimshi, entre cuyos descendientes figura Jehú, que fue rey de Israel a finales del siglo IX a. C. No obstante, el colmenar fue posteriormente destruido por un suceso violento, probablemente otro terremoto, que enterró las colmenas bajo casi un metro de ladrillos de adobe derruidos y vigas de madera quemadas. Esta catástrofe destructiva también puso fin al Estrato V a finales del siglo X o principios del IX a. C., pero volveremos al yacimiento y a Jehú en las páginas siguientes.[84]

SUCESORES DE SHESHONQ

La campaña de Sheshonq, derivada quizá del deseo de Egipto de recuperar las minas de cobre que habían controlado en tiempos pasados, impactó probablemente en las políticas de Moab, Amón y Edom. Hace unos años, se encontró un escarabeo de Sheshonq en el suelo durante un reconocimiento de la superficie en la zona de las minas de cobre en el Uadi Faynan, quizá un resto de su interés por esta zona.[85]

Al parecer también cultivó relaciones diplomáticas, más que militares, con otras potencias de la época, entre otras cosas enviando una estatua de sí mismo a Biblos, en la que el rey Abibaal se apresuró a incluir su propia inscripción, escrita en fenicio, como veremos en el capítulo 3. Sin embargo, parece que Sheshonq murió en torno al año 924 a. C., probablemente poco después de su campaña contra Israel y Judá. Es posible que fuera enterrado en Tanis, pero su tumba nunca se ha encontrado.[86]

Su hijo y sucesor, Osorcón I, también envió una estatua suya a Biblos, y Elibaal, rey de Biblos, añadió enseguida su propia inscripción.[87] Parece, pues, que Osorcón mantuvo relaciones diplomáticas con Biblos, y quizá también con otras potencias de la época. Osorcón I gobernó durante treinta y cinco años, desde 924 hasta 889 a. C., hasta entrado el siglo IX a. C. Su tumba, como la de su padre, todavía no ha sido localizada. Le sucedió en el trono de Egipto un faraón más bien mediocre, Takelot I, del que se sabe muy poco. Es posible que, durante el reinado de este último, Sheshonq IIa, cuyo ataúd fue hallado en la tumba de Psusenes I, gobernase como faraón rival. Hay también otros dos conjuntos de nombres reales que pertenecen a Sheshonq (a los que hoy nos referimos como IIb y IIc), pero la opinión está dividida entre quie-

nes piensan que fueron dos reyes auténticos de este mismo período oscuro y quienes creen que son, respectivamente, una variante primitiva de la titulatura de Sheshonq I y un error de escritura de un antiguo escriba.

No obstante, el siguiente faraón, Osorcón II, que hoy se piensa que gobernó en torno a 872-831 a. C., muy probablemente envió mil soldados de infantería a combatir en la batalla de Qarqar, como parte de una coalición reclutada contra Salmanasar III de Asiria en 853 a. C., que se analizará en el capítulo 2, y a la que Ajab contribuyó con carros y tropas. En Samaria, en el palacio que se ha atribuido a Omri y a Ajab, se encontró un jarro de alabastro inscrito con el cartucho de Osorcón II, que podría reflejar algún tipo de relación entre Ajab y Osorcón. En un momento dado, Osorcón envió también una estatua de sí mismo a Biblos, pero a diferencia de lo ocurrido con sus predecesores Sheshonq I y Osorcón I, quienquiera que gobernase en Biblos en aquellos momentos no inscribió su nombre en la estatua.[88]

De regreso a casa, el final del reinado de Osorcón II, y también el de su sucesor Sheshonq III (831-791 a. C.), se vio aquejado de problemas internos, incluidas rebeliones y guerra civil. En torno a 810 a. C., Egipto quedó dividido en cuatro partes, con cuatro faraones reinando al mismo tiempo.[89] No hay duda de que afrontaba sus horas más bajas.

Sin demasiada tardanza, esta situación conduciría a una gradual toma de poder del sur de Egipto por parte de los reyes kushitas de Nubia, que se convirtieron en los señores de todo el país (aunque todavía quedaban algunos reyes autóctonos) y gobernaron, inaugurando la dinastía XV, a partir de 750 a. C. más o menos. El régimen kushita condujo al resurgimiento de la economía y el poder en Egipto, pero al final se vio envuelto en conflictos entre las ciudades estado levantinas y Asiria. Y acabó invadido por

los asirios, que finalmente expulsaron a los reyes nubios y los hicieron regresar a sus feudos en 664 a. C.

La independencia quedó restablecida gracias a la dinastía XXVI, que gobernó desde Sais, en el delta del Nilo, y cuyos miembros pasaron de ser vasallos de los asirios a ser sus aliados y finalmente a dueños de su propio destino. Sin embargo, la invasión persa de 525 marcó el fin de Egipto como potencia por derecho propio, hasta que posteriormente, durante el siglo IV a. C., pasó a manos de Alejandro Magno y sus sucesores macedonios, los Ptolomeos. En resumidas cuentas, pese a superar el derrumbe de la Edad del Bronce mejor que otras regiones, Egipto nunca volvió a recuperar su gloria pasada.

BREVE RESUMEN

Si consideramos que el retorno a los niveles de unificación e implicación en las redes comerciales internacionales previos al colapso constituye un «éxito», entonces al Egipto posterior al colapso no le fue demasiado bien. Como hemos visto en detalle, el país continuó, pero solo a un nivel inferior de existencia sociocultural, con la administración dividida en facciones gobernantes y con un papel internacional limitado y un poder relativamente menor durante gran parte del tiempo. En general, Egipto nunca volvió a ser el mismo ni logró recuperar la poderosa posición que había ostentado durante el período del Reino Nuevo. Solo ocasionalmente, un gobernante de la talla de Sheshonq I pudo intentar que las cosas volvieran a ser como lo fueron durante la dinastía XVIII o comienzos de la XIX, o adquirir riquezas como las exhibidas en la tumba de Psusenes I, pero los intentos fueron solo temporales.

Por lo que a los habitantes del Levante meridional se refiere, seguirán siendo un foco de tensión para ulteriores debates, tanto en las páginas finales de este volumen como por parte de otros académicos en el futuro. Hoy en día no solo se discute activamente sobre cómo y cuándo entraron los israelitas en la tierra de Canaán, sino que sigue abierto el debate acerca de si los cananeos del sur no consiguieron superar el cambio hacia la Edad del Hierro y quedaron integrados en los nuevos reinos de la región, entre ellos Israel, Judá, Edom, Amón y Moab, o si lograron transformarse con éxito y constituir una parte significativa y étnicamente identificable de la población dentro de estos reinos recién establecidos.

A modo de comparación, tanto Asiria como Babilonia salieron mejor paradas que Egipto o el sur de Canaán en los siglos posteriores al colapso. No obstante, también ellas tuvieron su justa ración de desafíos, como veremos a continuación.

2

Conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria (*Asiria y Babilonia*)

«¡Asesino de las extendidas hordas de ahlamu y ahuyentador de sus fuerzas … conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria!» Así se describía a sí mismo Aššur-reša-iši I, rey de Asiria desde 1133 hasta 1116 a. C., con orgullo en numerosos fragmentos de conos de barro hallados en el yacimiento de Nínive, en la antigua Mesopotamia.[1] Gracias a él y a su jactancia tenemos los primeros registros reales escritos de Asiria después del colapso de la Edad del Bronce.

Los «ahlamu» a los que se refiere se conocen hoy en día como arameos. Probablemente se les conozca mejor por su mención en la Biblia hebrea, en la que Abraham declara: «Un arameo errante fue mi padre» (Deuteronomio 26, 5). Su lengua, el arameo, acabó convirtiéndose en lengua franca, o lengua común, por todo el Oriente Próximo, pero eso ocurriría varios siglos después.[2]

Se cree que estos arameos nómadas, o seminómadas, se vieron seriamente afectados por las nuevas condiciones climáticas y ambientales de la región: por ejemplo, el cese de la lluvia en Mesopotamia además del cambio del cauce principal del Éufrates, que en torno a aquella época se desvió hacia el oeste. Esto redundó en una disminución de la tierra disponible para la irrigación y en el consiguiente aumento de la salinización en el norte de Mesopotamia.[3] A consecuencia de ello, empezaron a saquear y atacar a las ciudades y poblaciones de las regiones controladas por los asirios, que también se habían visto afectadas por el mismo cambio en las condiciones de cultivo y habían quedado asimismo más empobrecidas que antes.

Pese a su jactancia, parece que la derrota de los arameos por parte de Aššur-reša-iši no fue decisiva, porque, más tarde, su hijo Tiglat-Pileser I tuvo también que enfrentarse a ellos. Los arameos continuaron siendo un problema para los asirios a partir del siglo XII, y finalmente, en el siglo IX a. C., consiguieron establecer «dinastías menores», como dice Nicholas Postgate de la Universidad de Cambridge, por toda la región.[4]

———

El reinado de Aššur-reša-iši empezó de forma harto simple, con actividades constructivas en los emplazamientos de Aššur (justo al norte del actual Tikrit) y Nínive (ahora debajo del moderno Mosul, en la margen oriental del Tigris). Aquí construyó templos y palacios además de un posible depósito de armas.[5]

Este arsenal debió de utilizarse inmediatamente, porque entre sus logros asegura haber resistido con éxito los ataques lanzados por un rey babilonio de nombre Nabucodonosor I, que gobernó entre 1125-1104 a. C. Pese a que Nabucodonosor iniciara las hostilidades, perdió ante Aššur-reša-iši y los asirios no en una, sino en dos ocasiones diferentes. La primera vez, Nabucodonosor se vio obligado a quemar las máquinas de asedio mientras se retiraba, para que no cayeran en manos de los asirios. La segunda, Aššur-reša-iši «luchó contra Nabucodonosor, le infligió una derrota aplastante, masacró a sus tropas y se apoderó de su campamento. Se llevó cuarenta de sus carros con el equipamiento y Karaštu (?), el mariscal de campo de Nabucodonosor, fue capturado».[6]

Conocemos esta información por la llamada «Historia sincrónica», que forma parte de una serie de textos conocidos como *Crónicas asirias y babilónicas* o simplemente *Crónicas mesopotámicas*. Son documentos que enumeran acontecimientos que tu-

vieron lugar tanto en Asiria como en Babilonia, con la fecha de cada uno de ellos. Fueron escritos en tercera persona, es decir, como observaciones imparciales, en un esfuerzo por parte de los cronistas contemporáneos, o relativamente contemporáneos, por sincronizar los registros de ambas zonas. Estos esfuerzos son altamente apreciados hoy en día por los historiadores de la Antigüedad que estudian el segundo y primer milenio a. C. de esta región.[7]

Por otro lado, parte de nuestra información más importante proviene de relatos que describen los logros de cada rey, a menudo año a año. En la actualidad conocidos bajo el nombre de *Anales reales asirios*, fueron escritos como si el propio rey fuera el autor (aunque en realidad el verdadero trabajo lo hicieron los escribas) y recogen sus campañas y otros triunfos, relatos de construcciones, *etc.* De ellos podemos extraer detalles significativos como el número de tropas implicado en una batalla y cuánta gente murió o fue capturada; no obstante, hemos de ser cautelosos y tomar los datos con cierto escepticismo, puesto que están llenos de hipérboles, y bien puede ser que los números se hayan exagerado. Los detalles específicos de cada año pueden variar también dependiendo de la inscripción, porque las copias no siempre eran duplicados exactos, pero hay algo que es constante y sistemático: al parecer los reyes asirios nunca fueron derrotados, lo cual resulta un poco difícil de creer.[8] Sin duda, los textos eran a la vez propaganda y registro de acontecimientos históricos.

Otra clase de documentos son los relieves monumentales que representaban escenas de combate, expediciones de caza y al rey recibiendo tributos. A menudo se colocaban en las paredes de los palacios, pero también podían inscribirse en cualquier otro lugar, desde la base de un trono y grandes estelas erectas hasta en las paredes de acantilados naturales a lo largo de los ríos. También

había documentos administrativos escritos en tablillas de barro, que incluían cartas, tratados diplomáticos, recibos, informes de augurios, y cosas por el estilo.[9]

Las distintas versiones de lo que se conoce como *Lista de reyes asirios* pueden también proporcionar información adicional. Dicha lista, que resulta inverosímil en las secciones sobre las primeras fases de la historia de Asiria, pero que es más creíble en las posteriores, pretende nombrar a todos los reyes asirios desde los primeros que «vivían en tiendas» hasta el final del reinado de Salmanasar V en 722 a. C. Por otro lado, tenemos las denominadas *Crónicas epónimas*, que son registros que incluyen breves menciones de acontecimientos que sucedieron en un año calendario en particular (cada año estaba asociado al nombre de un determinado funcionario asirio conocido como *limu*, de manera que todo el mundo sabía qué año era) y son más fiables que cualquiera de los anteriores.[10]

Algunos de estos registros comienzan en época más tardía, como es el caso de los relieves monumentales en las paredes de los palacios asirios, que en realidad empiezan a verse con asiduidad en el siglo IX a. C., pero otros aparecen antes, durante el siglo XII a. C. Todo esto nos ofrece una plétora de información histórica, pero, una vez más, hemos de ser cautos a la hora de aceptar los detalles a simple vista. ¿Hasta qué punto hemos de creer? ¿Cuánto hay de hipérbole por parte del rey y sus escribas? ¿Cuánto es verdad y cuánto es «verdad, pero exagerada»?

Esta clase de testimonios materiales se han ido recuperando a lo largo de más de un siglo, desde los primeros días de la arqueología mesopotámica dirigida por pioneros como Austen Henry Layard, Paul Émile Botta y Hormudz Rassam. Sus métodos no siempre fueron admisibles, desde sus técnicas de excavación hasta las actitudes colonialistas de los arqueólogos extranjeros, pero

sí desenterraron las ciudades sepultadas de Asiria y Babilonia, conocidas en aquella época solamente por la Biblia hebrea, y sacaron a la luz sus historias.[11]

Sin embargo, como siempre ocurre cuando se trabaja con estas épocas antiguas, especialmente las recuperadas mediante la arqueología y los arqueólogos, tenemos problemas con las diferentes fuentes. La naturaleza de la conservación significa que a menudo estamos limitados a registros estatales o archivos conservados por comerciantes o gobernantes de los más altos niveles de la sociedad, aunque a veces sí obtenemos datos pormenorizados como la producción agrícola de un determinado año. A menudo, si obtenemos información real sobre las condiciones económicas o sociales, estas se encuentran en un contexto de crisis o de triunfos abordados por el rey. Aun así, nos proporcionan algunas curiosidades sobre la vida cotidiana de la época, aunque solo en ocasiones.[12]

Así pues, normalmente solo podemos analizar estas cosas a nivel estatal, pero no en los niveles más bajos de la sociedad, porque no tenemos registros escritos de estos últimos, e incluso los restos arqueológicos no siempre proporcionan datos claros sobre las personas más empobrecidas. No obstante, excepto en circunstancias poco habituales, tampoco tenemos registros que muestren cómo los reyes, los alcaldes u otras autoridades respondieron a la calamidad. A pesar de que tenemos testimonio de unos pocos ejemplos específicos en los que los hititas o el rey ugarítico pidieron ayuda durante una hambruna o cuando mencionaron el avistamiento de barcos o tropas enemigas, frecuentemente solo podemos ver el resultado, que obviamente se produjo a tenor de cómo respondieron (o no) y de si tuvieron éxito o no.

———

En cualquier caso, Nabucodonosor I debió de aprender algo de sus dos derrotas iniciales a manos de Aššur-reša-iši y los asirios, porque posteriormente llevó a cabo campañas exitosas contra los vecinos elamitas, que habían atacado Babilonia y robado una copia del Código de Hammurabi y una estatua de Marduk varias décadas atrás. No obstante, la victoria no fue fácil de conseguir. Hubo que abortar una campaña inicial cuando estalló una plaga que arrasó las tropas babilonias mientras estaban de camino hacia Elam. Un poema posterior narra la historia desde el punto de vista de Nabucodonosor. «Erra, el más poderoso de los dioses, diezmó a mis guerreros. La debilidad afectó a mis equipos de caballos ... un demonio estaba matando a mis hermosas cabalgaduras ... Tuve miedo de la muerte, no avancé hacia la batalla, sino que di media vuelta», dice Nabucodonosor.[13]

La segunda campaña tuvo más éxito. Una inscripción incisa en una piedra *kudurru*, un tipo de mojón limítrofe (simbólico) que suele encontrarse en contextos templarios, documenta un regalo de tierras y diversas exenciones concedidas por Nabucodonosor I a un tal Shitti-Marduk, uno de los oficiales que participaron en este segundo ataque contra Elam. La inscripción incluye una descripción detallada de la marcha hacia Elam y después de la batalla en la que Shitti-Marduk combatió heroicamente desde su carro a la derecha del rey.[14]

El ataque sorpresa tuvo lugar en el mes de julio, cuando los elamitas menos se lo esperaban. Y con razón, porque la marcha hacia Elam era como una marcha a las puertas del infierno. Los rayos del sol «abrasaban como el fuego», nos informa; los caminos por los que las tropas babilonias avanzaban fatigosamente «ardían como llamas abiertas». No había agua en los pozos ni ningún otro lugar donde saciar su sed. «El mejor de los grandes

caballos no resistió, las piernas del hombre fuerte fallaron», reza la inscripción, pero Nabucodonosor y su ejército siguieron adelante. «Así se apresuró el poderoso rey y alcanzó la margen del río Ulaya. Allí se encontraron los dos reyes y combatieron. ¡Estalló entre ambos un enfrentamiento, la faz del sol quedó oscurecida por el polvo, se formaron torbellinos, rugía la tormenta! En el clamor de la batalla el guerrero en su carro no podía ver al que estaba a su lado.» Al final, el ejército elamita fue derrotado, su rey «desapareció», y «Así el rey Nabucodonosor triunfó, se apoderó de Elam, y saqueó sus posesiones».[15]

Aunque no devolvió la estela de Hammurabi, Nabucodonosor sí retornó la estatua de Marduk que había sido robada. Por este acto fue recordado en los anales de los babilonios durante generaciones. En realidad, Nabucodonosor asestó tal golpe a los elamitas que prácticamente no hay registros escritos y muy pocos testimonios arqueológicos de ellos a lo largo de los siglos posteriores. Habían mostrado resiliencia en las fases iniciales del colapso de la Edad del Bronce Final, pero tras la derrota militar se desplomaron por completo. No volverán a desempeñar ningún papel importante en la política internacional hasta finales del siglo VIII a. C.[16]

———

En general, los asirios y los babilonios resultaron ser los más resistentes entre las sociedades afectadas y los que mejor capearon el temporal después del colapso. Fueron capaces de conservar su conocimiento de la escritura, emprender grandes proyectos constructivos y mantener vigentes sus sistemas de gobierno. Sin embargo, ni siquiera ellos salieron indemnes. Por ejemplo, los testimonios arqueológicos obtenidos de las investigaciones en la

región de la antigua Babilonia sugieren que hubo un descenso de la población de hasta el 75 por ciento durante los trescientos años transcurridos entre el derrumbe al término de la Edad del Bronce y el comienzo del resurgimiento babilonio después del 900 a. C.[17]

Además, según A. Kirk Grayson, un académico de renombre de la Universidad de Toronto, responsable de la publicación de todas las inscripciones reales asirias conocidas en una serie de volúmenes que aparecieron a partir de finales de la década de 1980, no hay ninguna inscripción regia que date del período que comprende setenta y cinco años desde el final del reinado de Tukulti-Ninurta I en 1208 a. C. hasta la época de Aššur-reša-iši I. Resulta especialmente sorprendente que no haya ninguna inscripción real conservada de un rey llamado Aššur-dan I, que gobernó durante casi cincuenta años durante este período, desde 1179 hasta 1133 a. C.[18]

La ausencia de registros reales durante este período debería considerarse una señal de que los asirios resultaron más afectados por el desmoronamiento al final de la Edad del Bronce de lo que pensábamos. No obstante, no podemos estar del todo seguros, sobre todo porque es factible que escribieran en materiales perecederos como el cuero, la madera o tiras de plomo, aunque por alguna razón dejaran temporalmente de tallar inscripciones reales sobre piedra. Por otro lado, Eckart Frahm, un asiriólogo de la Universidad de Yale, señala que las inscripciones reales normalmente se realizaban sobre piedra o barro, por consiguiente, puede que el vacío sea significativo.[19]

Afortunadamente, como ya se ha mencionado, los registros reales asirios empiezan de nuevo con el reinado de Aššur-reša-iši I, en un tiempo en que debió de haber una tregua de cincuenta años en la sequía que había afectado a todas las regiones del Mediterráneo oriental y del Egeo; más adelante lo analizaremos.[20] Si

es así, Aššur-reša-iši I debió de beneficiarse de esta prórroga climática temporal.

TIGLAT-PILESER I

A Aššur-reša-iši le sucedió su hijo, Tiglat-Pileser I, que accedió al trono de Asiria en 1115 a. C. Su reinado duró casi cuarenta años, hasta 1076 a. C. Hizo declaraciones jactanciosas similares a las de su padre, hasta el extremo de asegurar en un determinado momento que había cruzado el Éufrates un total de veintiocho veces, dos veces al año durante catorce años, persiguiendo a los arameos. También, al igual que su padre, resistió un ataque o dos por parte de los babilonios, entre ellos otro de Nabucodonosor I. [21]

Lo conocemos en parte por las numerosas inscripciones realizadas por sus escribas acerca de sus proezas, que en su mayoría son probablemente hipérboles:

> Tiglat-Pileser, rey legítimo, rey del universo, rey de Asiria, rey de las cuatro partes del mundo, el que acorrala a los criminales, joven valiente, hombre poderoso e implacable que actúa con la ayuda de los dioses Aššur y Ninurta, los grandes dioses, sus señores y (por ello) ha derrotado a sus enemigos, príncipe vigilante que, por mandato del dios Shamash el guerrero, ha conquistado por medio del conflicto y el poder desde Babilonia de la tierra de Akkad hasta el Alto Mar de la tierra de Amurru y el mar de las tierras de los nairi y se ha convertido en señor de todos ... fuerza de asalto cuyas fieras batallas todos los príncipes de las cuatro partes temían tanto que huyeron a escondites como murciélagos y se escabulleron a regiones inaccesibles como jerbos [un pequeño y saltarín roedor del desierto].[22]

Los escribas documentaron también en numerosos prismas octagonales de arcilla, de forma minuciosa y a menudo truculenta, lo que Tiglat-Pileser I infligió a los desafortunados soldados enemigos que no huyeron a escondites ni se escabulleron a regiones inaccesibles tras ser derrotados en combate. Por ejemplo, después de haber vencido supuestamente a una coalición de cinco reyes con sus ejércitos combinados de veinte mil hombres en

una batalla librada durante el primer año de su reinado, procedió a profanar los cadáveres, a saquear sus propiedades y a hacer prisioneros al resto: «Como un demonio de la tormenta, amontoné los cadáveres de sus guerreros en el campo de batalla e hice que su sangre inundara las oquedades y las llanuras de las montañas. Les corté las cabezas y las apilé como montones de grano alrededor de sus ciudades. Me llevé su botín, propiedades y posesiones sin número. Cogí a los 6.000 soldados restantes que habían huido de mis armas y los sometí y los consideré gente de mis tierras».[23] La inscripción continúa en un tono similar, describiendo victorias sobre otros numerosos grupos y nombrando a cada uno por su nombre, a lo largo y ancho de partes que hoy pertenecen a Turquía, Irak y zonas costeras del Levante.[24]

Por si fuera poco, las maldiciones que Tiglat-Pileser hizo añadir a los escribas al final de esta larga inscripción eran lo suficientemente convincentes para hacer desistir a cualquiera. Iban dirigidas a todo aquel que «rompa o borre mis inscripciones monumentales o de barro, las arroje al agua, las queme, las cubra de tierra ... que borre mi nombre inscrito y escriba su propio nombre, o que conciba cualquiera cosa injuriosa y la ejecute en perjuicio de mis inscripciones monumentales». Invocando a los dioses Anu y Adad para que maldijeran al potencial infractor, que dio por supuesto que sería un futuro rey o gobernante, escribió: «Que derroquen su soberanía. Que arranquen los cimientos de su trono real. Que acaben con su noble linaje. Que destruyan sus armas, que propicien la derrota de su ejército y que hagan que se siente maniatado frente a sus enemigos. Que el dios Adad golpee su tierra con terribles relámpagos e imponga en su tierra desastres, hambruna, escasez y plagas. Que ordene que no viva ni un día más. Que destruya su nombre y aniquile su semilla de la tierra».[25] Y, sobre los arameos en particular, una antigua inscripción

declara que Tiglat-Pileser I conquistó seis de sus ciudades, las quemó hasta los cimientos y saqueó sus posesiones. Masacró también a muchos de sus soldados tras perseguirlos a través del Éufrates en balsas hechas de piel de cabra inflada.[26]

Fig. 4. Prisma de arcilla de Tiglat-Pileser. Museo Británico n.º 91033. © The Trustees of the British Museum c/o Scala, Florence.

Los arameos, aunque se contaban entre los más peligrosos adversarios de los asirios en aquella época y a menudo desempeñaban el papel de archienemigos del rey asirio, sobre todo durante

los primeros años de Tiglat-Pileser I, no eran sus únicos adversarios. Tiglat-Pileser, en la misma inscripción antigua, declara haber conseguido el control de una serie de tierras, montañas, ciudades, poblaciones y príncipes que también le eran hostiles a él y a Aššur. «Competí contra 60 cabezas coronadas y logré la victoria sobre ellas en batallas y añadí territorio a Asiria y gente a su población», alardeaba. «Extendí la frontera de mi territorio y goberné sobre todas sus tierras.»[27]

En otras inscripciones, entre ellas una serie de tablillas y fragmentos de obeliscos encontrados por arqueólogos en el yacimiento de Aššur, además del denominado Obelisco Roto hallado en Nínive, que hoy ha sido fechado en su reinado, Tiglat-Pileser describe la reconstrucción y restauración de varios palacios y otros edificios en Aššur y en otros lugares, así como la excavación de fosos y canales largo tiempo descuidados. Documentó también otras campañas, que incluían lo que hoy es Siria y el Líbano al oeste. Mató o capturó toros salvajes, elefantes y leones al pie del monte Líbano y en otros sitios, además de panteras, tigres, osos, jabalíes y avestruces; taló y transportó troncos de cedro para ser utilizados en un templo a su regreso a casa y después prosiguió hacia la tierra de Amurru (la costa del norte de Siria) y la conquistó.

Recibió también tributos de las ciudades costeras de Biblos, Sidón y Arwad, donde empezaban a establecerse los fenicios, y enumera regalos de animales exóticos, entre ellos un cocodrilo y una «hembra grande de mono de la costa». En el Obelisco Roto y en otras inscripciones explica que estos últimos animales le fueron entregados por un faraón egipcio (probablemente Ramsés XI, el último rey de la dinastía XX), y que entre ellos había un «hombre de río», que en un principio se identificó como búfalo de agua o quizá un hipopótamo, pero recientemente se ha conside-

rado que lo más probable es que fuera una foca monje del Mediterráneo.[28]

Tiglat-Pileser afirma también que navegó en barca durante seis horas mientras estaba en Arwad y que, estando en el mar, mató «a un *nahiru*, que se llama caballo de mar». En una inscripción posterior, dice concretamente que lo mató con un arpón hecho por él mismo. Pese a los numerosos debates, los académicos todavía no se han pronunciado sobre lo que es exactamente un *nahiru*; para algunos era una especie de ballena pequeña, foca o tiburón, pero otro texto menciona marfil de un *nahiru*, cosa que indicaría dientes o algún tipo de colmillo, y, de hecho, la opinión general tiende a identificarlo como un hipopótamo.[29]

Esta es la primera vez que se mencionan estas ciudades costeras fenicias en una inscripción ajena desde el derrumbe de la Edad del Bronce. Las analizaremos con más detenimiento en el siguiente capítulo, pero por ahora las podemos situar en contexto, porque el nuevo mundo de finales del siglo XII a. C. era muy diferente del que había en el momento álgido de la Edad del Bronce Final en el siglo XIV a. C. En aquel entonces, los reyes de Asiria formaban parte de las Grandes Potencias e intercambiaban enormes regalos regios con otros monarcas, desde Egipto hasta Hattusa, mientras que los más pequeños, los reyezuelos de Biblos, Sidón, Tiro y otras ciudades cananeas vecinas practicaban el comercio y la diplomacia entre ellas y con las Grandes Potencias. Ahora, con Tiglat-Pileser I al frente, y sobre todo después, a partir del siglo IX en adelante, como veremos, los asirios simplemente cogían lo que querían de los fenicios y demás reinos, bien mediante el saqueo de las ciudades más pequeñas y derrotadas y apoderándose de lo que necesitaban o bien exigiendo tributo, o ambas cosas.

YA NADIE VIVE AQUÍ

A finales de octubre de 2021, dos periodistas publicaron un artículo en el *Washington Post* en el que describían algunos de los problemas a los que se enfrentaba el sur de Irak en la actualidad. «Ya nadie vive aquí», escribían. «El cambio climático produce un calentamiento extremo y el agua escasea en el Oriente Medio, aquí la tierra se está secando. En todo el sur de Irak hay una sensación de final.»[30]

Fácilmente podría haber sido una descripción de la situación de la antigua Asiria tres mil años atrás, porque las cosas empezaron a desmoronarse hacia el final del reinado de Tiglat-Pileser I y culminaron en unos 150 años de recesión antes de que comenzasen a recuperarse de nuevo.[31] Los tiempos difíciles habían alcanzado también a los asirios y a los vecinos babilonios del sur. De hecho, el respetado historiador italiano Mario Liverani ha sugerido que la crisis de Mesopotamia tenía que haberse materializado mucho antes, pero quedó aplazada o pospuesta debido a líderes tan poderosos como Tiglat-Pileser I en Asiria y Nabucodonosor I en Babilonia.[32] Gran parte de la exitosa resiliencia de estas dos sociedades en el período inmediatamente posterior al colapso se debió probablemente al hecho de tener semejantes líderes durante su tiempo de penuria.

Sabemos que las dos potencias continuaron guerreando la una contra la otra, pese a que ambas sufrían a causa de los elementos. Tiglat-Pileser I, por ejemplo, llevó a cabo dos campañas contra Babilonia en el siglo XI y conquistó varias ciudades, cuyo botín fue transportado a Aššur. En las inscripciones aparecen específicamente mencionadas las ciudades de Babilonia y Dur-Kurigalzu, descritas por él como «las grandes ciudades de Karduniaš [Babilonia], junto con sus fortalezas». Su adversario era Marduk-nadin-ahhe, un rey de Babilonia que gobernó *c.* 1099-1082 a. C., y que anteriormente había atacado la ciudad asiria de Ekallate y

robado las estatuas de dos dioses, Adad y Sala, un acto que ahora exigía venganza.

Tiglat-Pileser afirma haber derrotado a Marduk-nadin-ahhe las dos veces y haber capturado e incendiado los palacios de Babilonia que pertenecían al rey y recuperado las estatuas. Sin embargo, hay ahora indicios probatorios de que Tiglat-Pileser en realidad perdió la primera de estas batallas, durante la cual perecieron dos de sus hijos, y que solo en la segunda campaña derrotó de verdad a Marduk-nadin-ahhe.[33]

Tiglat-Pileser ofrece incluso las fechas concretas en que tuvieron lugar estos ataques, pero las da en términos de años epónimos. La primera vez fue durante el año que lleva el nombre de un oficial llamado Aššur-šuma-eriš; la segunda durante el año que llevaba el nombre del oficial Ninu'ayu. Ahora sabemos que estas fechas eran con toda probabilidad 1092 a. C. y 1091 a. C. respectivamente, y que correspondían a los años vigésimo segundo y vigésimo tercero del reinado de Tiglat-Pileser. Posiblemente hubo también un ataque de venganza dirigido por Mardu-nadin-ahhe unos años después, en 1086 a. C.[34]

De regreso a Aššur, Tiglat-Pileser erigió un asombroso palacio, construido enteramente de madera de cedro del Líbano, que denominó «Palacio del rey de todas las tierras». Construyó también un templo para An y Adad, dos dioses asirios, además de una serie de edificios menores, entre ellos uno construido con madera de boj para guardar sus armas. Ordenó asimismo la creación de una estatua del *nahiru* que él mismo había matado con un arpón en Amurru; había de ser de basalto y presumiblemente de tamaño natural o más grande. En la ciudad de Nínive, ordenó la construcción de edificios y palacios similares, además de un jardín real y un canal para su irrigación.[35]

Los textos asirios de este período mencionan específicamente ataques adicionales por parte de los arameos, así como una serie de catástrofes, pero ahora encontramos también indicaciones de problemas climáticos en esta región y por primera vez en estas inscripciones. Por ejemplo, en un texto fechado en 1082 a. C., durante el trigésimo segundo año de reinado de Tiglat-Pileser, se nos dice que hubo una hambruna tan aguda que la población recurrió al canibalismo. La entrada correspondiente de las *Crónicas asirias* asegura que «las personas se comían unas a otras». La misma entrada declara también que aquel año los arameos habían «saqueado [la tierra], tomado los caminos y conquistado y apresado [muchas ciudades fortificadas] de Asiria». Los ciudadanos tuvieron que huir a las montañas del noreste de Erbil para salvar sus vidas.[36]

Y entonces, entre dos y seis años más tarde (1080-1076 a. C.), a finales del largo reinado de Tiglat-Pileser, se produjo una pérdida total de la cosecha. A esto se sumó otra incursión de los arameos, lo cual no es de extrañar, puesto que seguramente también ellos se vieron afectados por la hambruna y la pérdida de la cosecha. Lo que sí es sorprendente es que obligaran a huir al propio Tiglat-Pileser. «Todas las cosechas de Asiria se malograron», dicen las *Crónicas asirias*. «Las "casas" de los arameos [es decir, los invasores] penetraron en la zona en torno a Nínive y Kilizi; Tiglat-Pileser, rey de Asiria, se retiró a la tierra de Katmuhi.» Katmuhi (o Katmuhu) se identifica generalmente con una zona montañosa cerca del moderno Midyat, en el actual Kurdistán turco.[37]

Los asirios sobrevivieron a la hambruna, a la sequía y a los ataques del final del reinado de Tiglat-Pileser I, pero fue el inicio de su declive. El fin llegó tras el gobierno de un hijo de Tiglat-Pileser

I llamado Aššur-bel-kala, que reinó *c.* 1074-1057 a. C. Nos ha dejado una serie de inscripciones (aunque menos de las que se pensó en un inicio, puesto que varias de ellas han sido atribuidas recientemente a Tiglat-Pileser I). En previsión de que alguien pudiese sentir la tentación de alterar sus inscripciones en el futuro, en la parte trasera de una estatua había una maldición inscrita: «A aquel que elimine mis inscripciones y mi nombre: que los divinos Sebetti, los dioses del Oeste, le inflijan una mordedura de serpiente».[38]

Con el fin del reinado de Aššur-bel-kala *c.* 1057 a. C., y tras eludir los asirios su propio colapso durante unos ciento veinte años después de 1177 a. C., los académicos dan por concluido el denominado período mesoasirio. La sequía azotó de nuevo a lo largo de su reinado, entre los años 1060 y 1050 a. C., acompañada de rebeliones y más invasiones de los arameos (a menudo denominados sutianos en los registros babilónicos del período). A partir de este momento, se documenta puntualmente una sequía cada diez años, en 1040, 1030, 1020 y 1010 a. C., según los registros asirios y babilonios. Junto con la sequía de 1040 a. C. se produjeron «disturbios y desórdenes»; la peste acompañó a la sequía de 1010 a. C.; y después más tensión y hambruna junto con la sequía de 1007 a. C.[39] La siguiente fase se alarga hasta bien entrado el siglo x y de nuevo reaparecen la sequía, la hambruna, el desorden social y la fragmentación política. Enseguida lo desarrollaré.

En resumidas cuentas, el siglo xi a. C. no fue una buena época para vivir ni en Asiria ni en Babilonia, ya fuera uno asirio, babilonio o arameo/sutiano. Sin embargo, había luz al final del túnel, aunque a distancia, porque cuando los asirios resurgieron en los últimos años del siglo x a. C., bajo el liderazgo de sus reyes Aššur-dan II y Adad-nirari II, empezaron a fundar el Imperio neoasirio,

que acabaría dominando el antiguo Oriente Próximo durante casi trescientos años.

ASIRIA Y BABILONIA EN EL SIGLO X A. C.

Sin embargo, durante la mayor parte del siglo x a. C., las cosas no fueron mejor en Asiria y Babilonia de lo que habían ido durante el siglo xi. Por ejemplo, desde aproximadamente 1007 a. C., y durante los siguientes veinte años, parece que hubo escasez de grano en Mesopotamia. Una inscripción escrita en un *kudurru* limítrofe menciona concretamente «malestar y hambruna bajo el rey Kaššu-nadin-ahhe» (1007-1005 a. C.). Nos cuenta que «las ofrendas habituales [a los dioses] fueron interrumpidas, y las ofrendas líquidas cesaron». Al parecer, las cosas continuaron por este derrotero hasta el reinado del siguiente rey, porque la misma inscripción registra que un sacerdote de la ciudad de Sippar le dijo: «Las ofrendas del templo a Shamash [el dios principal] han cesado».[40]

Entonces, durante un período de unos treinta años, aproximadamente desde 970 a. C. en adelante, los arameos empezaron a atacar de nuevo, a partir de un momento dado y durante nueve años consecutivos. Sabemos que esto tuvo lugar durante el reinado de un rey babilonio llamado Nabu-mukin-apli (978-943 a. C.), porque las *Crónicas babilónicas* registran que «los arameos eran beligerantes, de modo que el rey no pudo ir a Babilonia». También hay indicaciones de que en 954 a. C. hubo una hambruna y luego otra unos quince años después, cuando en torno a 940 a. C. se documenta otra hambruna acompañada de carestía.[41]

La recuperación asiria empezó por fin con el reinado del rey Aššur-dan II (934-912 a. C.). Empezó despacio, atacando a pequeños reinos arameos y recuperando territorio asirio perdido en el siglo anterior. En sus anales, Aššur-dan II se enorgullece diciendo que también trajo de vuelta a los asirios que habían huido de la

zona. «Devolví a los exhaustos pobladores de Asiria que habían abandonado sus ciudades y sus casas ante la escasez, la carestía y la hambruna, y se habían marchado a otras tierras», escribió. «Los establecí en ciudades y hogares que eran adecuados y vivieron en paz.»[42]

La recuperación continuó bajo su sucesor Adad-nirari II (911-891 a. C.), con tanto éxito que empezó a expandir otra vez las posesiones asirias hasta convertirse finalmente en el gigante que hoy denominamos Imperio neoasirio. Prácticamente realizó campañas cada año de los veintiuno que estuvo en el trono, hacia el oeste contra los arameos, hacia el sur y este contra Babilonia, y hacia el norte.[43]

Afirma haber derrotado uno tras otro a dos reyes de Babilonia y haber invadido la tierra de Hanigalbat (conocida como de Mitani en la Edad del Bronce Final) no menos de siete veces diferentes. Se apoderó del botín que incluía un trono de oro, platos de oro pulido e incluso «una tienda de oro digna de su soberanía, cuyo peso no determiné». Mató también a 360 leones desde su carro, 240 toros salvajes y 6 elefantes a lo largo de distintas cacerías y restauró templos que necesitaban atención urgente, según sus inscripciones.[44]

Lo que resulta sumamente interesante del momento en que comenzó el resurgimiento neoasirio bajo estos dos reyes es que aparentemente encaja a la perfección con la nueva constatación de que el clima cambió para bien justo en esta época. Un estudio basado en «un registro de espeleotemas de alta resolución y fechado con precisión» de la Cueva Kuna Ba, situada en la región del Kurdistán en el noreste de Irak, aproximadamente a trescientos kilómetros al sureste de Nínive, informa que el período que va de *c.* 925 a. C. hasta 725 a. C. fue una era mucho más húmeda que cualquier otra vivida por los asirios desde el término de la Edad

del Bronce Final. Como observan los investigadores, este período «está en sincronía con las fases principales de la expansión imperial asiria (*c.* 920-730 a. e. c.)» e incluía un «período de humedad máxima, denominado aquí megapluvial asirio», que duró desde 850 hasta740 a. C., y fue uno de los «períodos más húmedos de los últimos cuatro mil años» en aquella zona.[45] Cabe destacar también que no hay más menciones de hambruna o sequía en los registros asirios durante este período. Si este nuevo hallazgo es indicativo de algo, sin duda es que, al parecer, los neoasirios no desperdiciaron el tiempo y obtuvieron provecho del cambio climático.

HORMUDZ RASSAM Y LAS PUERTAS DE BALAWAT

La información de la siguiente fase importante del resurgimiento de los neoasirios se desveló en parte gracias a un regalo poco habitual enviado en 1877 a Hormudz Rassam, un arqueólogo iraquí de Mosul que había sido instruido por el conocido erudito británico Austen Henry Layard. En aquellos momentos, Rassam vivía en Londres, en una especie de retiro después de una distinguida carrera. Cuando abrió el paquete que le había enviado un amigo de Irak, se encontró con unos frágiles fragmentos de bronce grabados con escenas de guerreros e inscritos con textos breves. El amigo le decía que aquellos fragmentos los había encontrado un lugareño mientras cavaba una tumba en el pequeño yacimiento de Balawat, hoy identificado con el antiguo Imgur-Enlil, situado a unos veintisiete kilómetros al sureste de Mosul.[46]

Al año siguiente, cuando el Museo Británico le pidió a Rassam que saliese de su semirretiro y regresase a Irak para dirigir unas excavaciones en Nínive, este aceptó y aprovechó la oportunidad para hacer alguna excavación exploratoria también en Balawat. Resultó que los fragmentos que le habían enviado provenían de la parte superior de una serie de bandas de bronce que en origen

habían estado adheridas a guisa de decoración a dos grandes puertas de madera, cada una de ellas de seis metros de altura y dos metros y medio de ancho. Las puertas batientes eran parte de un portón ubicado en la entrada de un palacio construido por Salmanasar III, que gobernó en Asiria durante el siglo IX a. C., desde 858 hasta 824 a. C.

Había ocho pares de bandas en total, cada una de unos dos metros y medio de largo y treinta centímetros y medio de alto, adheridas a las dos puertas. Al cavar los seis metros de profundidad de tierra y ladrillos de adobe caídos que había alrededor, Rassam las encontró casi todas en su sitio, un par encima del otro. En algún momento, la madera de las puertas fue destruida por el fuego o simplemente se desintegró a lo largo del tiempo y quedaron solo las bandas de bronce todavía en su sitio, conformando lo que parecía un gigantesco perchero, como escribiría más tarde. Las bandas, explicó, estaban «repujadas con una gran variedad de temas como escenas de batalla, procesiones triunfales y representaciones religiosas», y «divididas en paneles rodeados por una cenefa de rosetas».[47]

De hecho, resultó que las escenas e inscripciones documentaban campañas de los doce primeros años o más del reinado de Salmanasar, que comenzó en 858 a. C. Vemos ciudades enemigas asediadas; combatientes enemigos capturados y empalados; y otras muchas representaciones de interés general o truculento. Cada escena va acompañada de una inscripción que identifica el suceso en concreto. Entre las ciudades mencionadas figuran Tiro, Sidón y Karkemish, así como otras de Urartu (situado al norte, en la región oriental de Anatolia, que ya abordaremos en el capítulo 4) y otros lugares de Mesopotamia. Dichas bandas son sumamente importantes para nuestra reconstrucción de estas zonas y de los acontecimientos de este período.

Rassam envió las bandas que había excavado al Museo Británico, donde hoy en día se exponen junto con otros artículos que dijo que había encontrado en el yacimiento. Sin embargo, sus hallazgos fueron inmediatamente puestos en entredicho por varios de los conservadores, entre ellos el conocido egiptólogo E. A. Wallis Budge. En la publicación definitiva de estos fragmentos realizada por el Museo Británico en 1915, Budge declaró públicamente sus dudas de que procedieran de Balawat. «Tras examinar el montículo», escribió en el prefacio del volumen, «consideré que era imposible que aquel insignificante yacimiento pudiera haber albergado un templo asirio... Por consiguiente, hemos de concluir ... que el lugar en el que fueron hallados los relieves de bronce aquí publicados todavía no ha sido verificado.»

El autor del volumen, L. W. King, que era conservador adjunto del Museo Británico, coincidía con él, y escribió: «Hemos de concluir que los nativos que hallaron las puertas ocultaron con esmero la verdadera ubicación de su descubrimiento». Los dos conservadores insinuaron también que Rassam pudo haber adquirido todas las bandas, porque en el volumen escribieron que las «adquirió» y las «recuperó», en vez de excavarlas.[48] Hemos de preguntarnos por qué Budge y King dudaron de Rassam, aunque es muy probable que se tratara de un inherente racismo, colonialismo, envidia profesional o todo a la vez.

Cabe señalar, y quizá debido a estas acusaciones, que Rassam no entregó al Museo Británico los fragmentos originales que le había enviado su amigo de Irak como regalo. En lugar de ello, su familia los conservó hasta que finalmente fueron adquiridos por el Museo de Arte Walters de Baltimore, Maryland, donde aún permanecen. Otros fragmentos, todos de los dos pares de bandas de la parte superior, descubiertos por los lugareños que cavaban tumbas en lo alto del montículo, viajaron a otros museos y colec-

ciones privadas a través de varios comerciantes de antigüedades.[49]

Las cosas llegaron al extremo cuando Rassam, apoyado por Layard, interpuso una demanda para limpiar su nombre, pero no fue hasta 1955 que finalmente consiguió ser reivindicado, aunque de forma inesperada. Todo empezó cuando el Museo Británico creó, aquel mismo año, el Departamento de Antigüedades Asiáticas Occidentales y se reorganizaron los depósitos. Para sorpresa de todos, aparecieron más juegos de bandas de bronce de otro conjunto de puertas en una o varias cajas que habían estado languideciendo en los almacenes desde hacía décadas. Habían sido enviadas también por Rassam, pero habían quedado olvidadas. Muchas de ellas estaban todavía envueltas en papel de periódico, de una edición de *The Times* con fecha de 1880, presumiblemente la época en que habían sido descargadas de las cajas o contenedores que Rassam había enviado a Londres. Todas ellas procedían de un palacio anterior del mismo yacimiento, construido por Asurnasirpal II, padre de Salmanasar, que gobernó a comienzos del siglo IX a. C., desde 883 hasta 859 a. C. Podemos afirmarlo con seguridad, porque, aunque el resto del palacio todavía no se haya localizado, siete de las bandas llevan la siguiente inscripción: «Palacio de Asurnasirpal, rey del universo, rey de Asiria, hijo de Tukulti-Ninurta, rey de Asiria, hijo de Adad-nirari, también rey de Asiria».[50]

Rassam había escrito acerca de este segundo conjunto de bandas en sus informes y publicación final, y afirmaba que provenían de unas puertas que tenían más o menos la mitad de la altura que las de Salmanasar III, halladas a unos veinte metros del conjunto de bandas inicial. Sin embargo, en otra carta enviada al Museo Británico en 1878, Rassam decía: «Por desgracia, este segundo monumento más pequeño está muy dañado … tan pronto como

[fue] desenterrado se hizo añicos». Dijo algo muy similar en su libro casi dos décadas después: «Fue hallado muy dañado, y tan pronto como quedó expuesto al aire, se desmoronó en pedazos». No es de extrañar que este segundo conjunto de bandas estuviera presumiblemente perdido; nadie esperaba que Rassam hubiera recogido y enviado a Londres también aquellos trozos, pero en realidad sí lo había hecho.[51]

Una vez recuperadas de los depósitos, el examen de estas bandas adicionales reveló que las escenas del par de la parte inferior son casi idénticas, con representaciones en ambas de prisioneros «de Hatti» (es decir, del norte de Siria) y de asirios en procesión. Las demás bandas describen escenas adicionales, que incluyen varias veces a Hatti, así como cacerías de leones y toros. En general, como las bandas de la puerta de Salmanasar III halladas anteriormente por Rassam, todas ellas nos proporcionan una imagen visual decente de algunas de las campañas de Asurnasirpal.[52]

Estos (re)descubrimientos de los almacenes del Museo Británico propiciaron que los miembros de la junta financiasen otra expedición a Balawat en 1956, esta vez conducida por el arqueólogo británico Max Mallowan, que estaba casado con la escritora de novelas de misterio Agatha Christie. El equipo halló enseguida más bandas de bronce inscritas. Estas provenían de otra puerta más pequeña de doble hoja fechada también en tiempos de Asurnasirpal II. La puerta era parte de un templo dedicado a Mamu (posiblemente el dios asirio de los sueños) que Asurnasirpal había construido en aquel lugar al mismo tiempo que hacía edificar su palacio. El descubrimiento de Mallowan de aquellas bandas confirmó que Rassam había dicho la verdad sobre sus primeros hallazgos en Balawat.[53] Por si fuera poco, el equipo de Mallowan pudo verificar que la puerta que habían descubierto se había quemado y desmoronado en el momento en que la ciudad fue

destruida siglos después, *c.* 612 a. C., justo cuando el Imperio neoasirio tocaba a su fin. Pudieron incluso determinar que una puerta del doble pórtico estaba cerrada mientras que la otra estaba entornada en el momento de la destrucción.[54]

Posteriormente, las bandas de Mallowan fueron conservadas y restauradas en el Museo Británico, donde resultó que las escenas representadas en ellas mostraban campañas militares y a los enemigos llevando tributos a Asurnasirpal. En concreto, las inscripciones y la iconografía identifican una vez más ciudades de Fenicia y Urartu, además de Karkemish y varios baluartes arameos junto al Éufrates.[55] Las bandas fueron devueltas a Irak, donde se expusieron en el Museo de Mosul a partir de 1974. Por desgracia, el museo fue saqueado en 2003 y posteriormente atacado por el ISIS en 2015. Muchas de las bandas que encontró Mallowan están ahora perdidas, o robadas o destruidas, de modo que es una suerte que hubieran sido ya estudiadas por completo y publicadas en un volumen editado por los conservadores del Museo Británico, John Curtis y Nigel Tallis, que apareció en 2008.[56]

RESURGIMIENTO DE LOS ASIRIOS

Las bandas de Balawat de las distintas puertas nos describen lo que estaba pasando en el antiguo Oriente Próximo durante el siglo IX a. C. De hecho, para quienes quieran abordar una reconstrucción de este período, constituyen solo una parte del abundante material disponible, que abarca inscripciones reales halladas en palacios asirios, representaciones pictóricas, restos recuperados por los arqueólogos y detalles de la Biblia hebrea. Por consiguiente, podemos obtener un retrato bastante bueno de lo que estaba sucediendo en el Mediterráneo oriental cuando las distintas sociedades y civilizaciones se lanzaron a restablecer y reconstituir el mundo interconectado que se había perdido durante el derrumbe de la Edad del Bronce Final.

Por ejemplo, este siglo es testigo de la continuada recuperación y expansión del Imperio asirio, que Mario Liverani ha descrito como una tenue red de asentamientos y baluartes conectados establecidos inicialmente en «tierras ajenas», más que como una sólida «mancha de aceite» que se extiende por el territorio.[57] En este resurgimiento de los asirios, vemos el reemplazo de pequeños competidores multiestatales y pequeñas ciudades estado por el primer gran imperio del nuevo milenio. El vacío creado por el colapso permitió la aparición de nuevas estructuras políticas y económicas (como el comercio fenicio en el Mediterráneo) a medida que el mundo se recuperaba. Sin ningún competidor fuerte, Asiria acabó llenando el vacío político para convertirse en el estado más grande y resiliente resurgido del colapso de la Edad del Bronce Final. De este modo, los asirios inventaron muchos de los elementos que después fueron adoptados por los imperios posteriores: ejércitos permanentes, sistemas efectivos de comunicación y transporte y propaganda política (como las inscripciones de la puerta de Balawat).

Tukulti-Ninurta II (890-884 a. C.) empezó llevando a cabo campañas en lo que hoy es territorio sirio y en el sureste de Turquía. Esto, finalmente, fructificó bajo su sucesor Asurnasirpal II, que realizó campañas en la misma zona, incluida la captura y refundación de la ciudad de Tushan. Esta última ha sido identificada con el actual montículo de Ziyaret Tepe, ubicado en el alto Tigris en el sureste de Turquía, donde un equipo arqueológico dirigido por Tim Matney de la Universidad de Akron puede que haya encontrado el palacio real que Asurnasirpal dijo haber construido allí.[58]

Algunos estudiosos consideran que este fue el primer rey que verdaderamente empezó a restablecer el control asirio sobre el territorio del antiguo Oriente Próximo. Grayson describe su reinado como una de las épocas más importantes de la historia de Mesopotamia, teniendo en cuenta el abultado número de inscripciones reales detalladas, la gran cantidad de proyectos constructivos que emprendió, especialmente en el yacimiento de Kalhu, pero también en otros lugares, y el número de campañas militares destinadas a expandir el Imperio asirio.[59]

Los escribas de Asurnasirpal II se esforzaron por describir el bárbaro tratamiento dispensado a los capturados durante sus campañas. Estas descripciones se repiten una y otra vez en una sola inscripción, detallando de forma espantosa lo ocurrido en cada una de las campañas. En una de estas inscripciones, por ejemplo, conocida como el Monolito de Kurk, se habla de un gobernante al que derrotó: «Desollé a Bur-Rammanu, el criminal, y cubrí con su piel la muralla de la ciudad de Sinabu».[60]

Esta es una de las dos inscripciones descubiertas en 1861 por el arqueólogo John Taylor en el yacimiento de Kurk (hoy conocido como la ciudad de Üçtepe en la moderna Turquía, situada no lejos de Ziyaret Tepe). La otra inscripción fue erigida más tarde por el hijo de Asurnasirpal, Salmanasar III, e incluye una descripción de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la batalla de Qarqar, que

analizaremos con mayor detalle más adelante. Taylor donó ambas inscripciones al Museo Británico en 1863 y escribió sobre ellas en el *Journal of the Royal Geographic Society of London*, donde describió brevemente su visita al yacimiento en el que las encontró prácticamente tumbadas en la superficie: «Tuve la suerte de descubrir una losa de piedra que llevaba la efigie de un rey asirio, cubierta por ambos lados con largas inscripciones en caracteres cuneiformes... Un poco más abajo, en la ladera del monte, y casi totalmente oculta por los escombros, exhumé otra reliquia perfecta de la misma descripción».[61] Parece difícil creer que estuvieran simplemente yaciendo en la superficie y no enterradas en el montículo, pero no menciona haber realizado ninguna excavación; por consiguiente, hemos de creer las palabras de Taylor.

Los alardes de Asurnasirpal II no son los únicos que figuran en el monolito de Kurk. En otro párrafo, que describe un ataque a una ciudad llamada Pitura, escribió: «Conquisté la ciudad. Abatí a 800 tropas de combate con la espada y les corté la cabeza. Capturé vivos a muchos soldados. Al resto los quemé. Me llevé valiosos tributos. Levanté un montículo de hombres vivos y de cabezas ante su puerta. Empalé en estacas a 700 soldados ante su puerta. Arrasé, destruí y convertí la ciudad en una colina de escombros. Quemé a sus muchachos y muchachas adolescentes».[62]

Asurnasirpal II luchó también contra el rey babilonio Nabu-apla-iddina (que gobernó *c.* 887-855 a. C.), atacó al reino arameo de Bit-Adini y copió la declaración hecha por Aššur-dan II varias décadas atrás, reivindicando que también él había «traído de vuelta a los debilitados asirios que, a causa de la carestía y la hambruna, se habían desplazado a otras tierras».[63]

———

En los primeros años de su reinado, Asurnasirpal II trasladó la capital, que hasta aquel momento había estado situada en Aššur, a Kalhu (la Calah bíblica), ubicada en el interior del territorio asirio. Kalhu se convirtió en la capital asiria durante casi doscientos años, desde 879 a. C. hasta 706 a. C. Posteriormente se la conoció como Nimrud, con cuyo nombre se hizo famosa durante las excavaciones de Layard, que empezaron en 1845.[64]

Fig. 5. Monolito de Kurk de Asurnasirpal II. Museo Británico n.º 118883. © The Trustees of the British Museum c/o Scala, Florence.

En este emplazamiento, Asurnasirpal II construyó inmediatamente un palacio, hoy en día llamado «Palacio Noroeste». Los primeros restos de esta tremenda estructura salieron a la luz el primer día en que Layard inició las excavaciones, tras haber soñado la noche anterior que encontraba palacios subterráneos con «monstruos gigantescos», «figuras esculpidas» e «interminables inscripciones». Eso es exactamente lo que encontró, porque los muros del palacio estaban decorados por todas partes con losas de alabastro cubiertas de esculturas e inscripciones que describían los logros del rey, sus heroicas conquistas, el botín y los tributos recibidos, su descripción de la construcción del palacio (más arriba), y mucho más.[65] De hecho, Asurnasirpal había iniciado un género nuevo de arte histórico al representar sus victorias y otras actividades relacionadas en relieves —y no solo inscripciones— en las paredes de su palacio —y en bandas de bronce como las de Balawat—, una práctica que después fue continuada por los reyes asirios posteriores en sus palacios.

Entre los centenares de losas que cubrían las paredes del palacio, Layard encontró lo que hoy se conoce como la «Inscripción Estándar» de Asurnasirpal, que incluye la siguiente descripción del proceso constructivo:

> Despejé la vieja colina de ruinas y excavé hasta el nivel del agua. Hundí los cimientos hasta una profundidad de 120 capas de ladrillos. Fundé allí para toda la eternidad, como residencia real y para mi placer soberano, un palacio de cedro, ciprés, enebro daprānu, boj, madera de meskannu, terebinto y tamarisco. Hice réplicas de criaturas de las montañas y del mar en caliza blanca y alabastro parūtu y las coloqué en las puertas. Lo decoré de forma espléndida. Las rodeé de clavos de cabeza redonda de bronce. Colgué puertas de cedro, ciprés, enebro daprānu y madera de meskannu en los vanos. Reuní y almacené grandes cantidades de plata, oro, estaño, bronce y hierro, botín procedente de las tierras sobre las que había extendido mi dominio.[66]

Como ha descrito la asirióloga austríaca Karen Radner, el nuevo palacio de Asurnasirpal era enorme. Medía 200 metros por 130 (prácticamente la longitud de dos campos de fútbol americano por

una anchura de poco más de un campo de fútbol), con colosales figuras de toros o leones alados con cabeza humana llamados *lamassu* vigilando la entrada y en el interior patios, salas y habitaciones privadas para la familia real.[67]

Una vez terminado, Asurnasirpal II organizó una gran celebración con un banquete que duró diez días enteros. Conforme a una inscripción que ordenó erigir después, hallada durante las excavaciones de Mallowan en el yacimiento, casi setenta mil personas fueron invitadas a las ceremonias de inauguración. Asistió la población entera de la ciudad, así como personas de todo el imperio, además de cinco mil diplomáticos extranjeros, entre ellos representantes de las ciudades fenicias de Tiro y Sidón. El menú incluía más de diecisiete mil ovejas, corderos, terneros y bueyes; mil palomas y diez mil tórtolas, además de miles de otras aves; diez mil peces, huevos y panes; enormes cantidades de verduras, frutas, nueces y especias, incluidas granadas, uvas, pistachos (con cáscara y sin ella), nabos, olivas, cebollas y ajos; todo ello regado con diez mil jarras de cerveza, diez mil odres de vino y solo cien recipientes de leche.[68]

Para haber podido generar semejantes excedentes y dedicarlos a un único festejo, Asurnasirpal II y los asirios debieron de tener gran éxito en sus campañas militares de expansión y con el botín y tributos conseguidos. Como ha señalado Trevor Bryce, profesor emérito de la Universidad de Queenland, estas riquezas, obtenidas de las ciudades derrotadas, y que con frecuencia se entregaban anualmente en calidad de tributo, son indudablemente la verdadera razón de todas las campañas asirias. Proporcionaban a las arcas de los neoasirios toda clase de productos, desde madera hasta metales preciosos, mobiliario de lujo y artículos exóticos, todo ello necesario y provechoso para la economía asiria.[69] No obstante, no hay que subestimar el valor propagandístico de este particular festejo y el mensaje político que enviaba.

———

Asurnasirpal atacó también al país de Amurru, ubicado al sur de Karkemish, y a Fenicia, todavía más al sur. Recaudó tributos de Amurru y de los gobiernos fenicios de Tiro, Sidón, Biblos y Arwad (a la que sitúa en una isla). En sus inscripciones declaró pomposamente: «Lavé mis armas en el Gran Mar» (es decir, en el Mediterráneo). Aunque ya hemos visto afirmaciones semejantes por parte de los asirios, Asurnasirpal fue el primer rey, tras muchas generaciones, en volver a hacerlo. El tributo incluía objetos de metal («plata, oro, estaño y bronce»), así como «prendas de lino con cenefas multicolores, un gran mono hembra, una hembra pequeña de mono, ébano, madera de boj [y] marfil de *nahirus*».[70]

Algunas de estas cosas pueden verse en las bandas de bronce que encontró Mallowan en Balawat, porque se cree que las bandas del centro de las puertas del Templo de Mamu, erigido por Asurnasirpal II, describen (o antaño describieron) ciudades fenicias y dignatarios fenicios portando tributos. Una escena procedente de la puerta izquierda, a la que ahora le falta la representación de la ciudad exacta, muestra a catorce hombres con tributos, seis de ellos viajando en barcos de tipo fenicio, «con proa y popa en forma de cabeza de pato». Su pareja, en la puerta de la derecha, muestra al rey asirio recibiendo el tributo de dichos hombres, que portan enormes calderos con dos asas, y a dos de los barcos. Esta vez sí aparece la ciudad, representada como una población fortificada en lo que parece una isla: por consiguiente, es muy posible que sea Tiro (o quizá Arwad). En cualquier caso, los hombres llevan gorros blandos «con la parte superior doblada» y botas «con la punta hacia arriba». Una fila más abajo, vemos una escena casi idéntica en la banda de la izquierda, esta vez también con la representación de la ciudad de nuevo rodeada de agua, quizá en una isla, con otros dos barcos del mismo tipo fenicio y seis hombres portando tributos, además de los remeros.[71]

SALMANASAR III

Tras acceder al trono, Salmanasar III aumentó considerablemente el tamaño del ejército asirio y continuó con las implacables campañas iniciadas por su padre. En sus inscripciones, Salmanasar se describió a sí mismo como «gran rey, rey poderoso, rey del universo, rey sin rival, dragón, el arma que destruye todas las partes de la tierra».[72] No exageraba.

Con el objetivo de extender su imperio, Salmanasar estuvo guerreando durante los treinta y cuatro años de su reinado —todos y cada uno de los años de su mandato— y atacó a casi todos los territorios y reyes, importantes o menos, que se encontraban dentro de su órbita. Al final de una larga inscripción, ofreció un resumen numérico de la cantidad de hombres a los que su ejército había aniquilado o capturado y de los animales apresados como botín, a lo largo de los primeros veinte años de campañas: «111.610 prisioneros; 82.600 muertos; 9.920 caballos (y) mulas; 35.565 bueyes; 19.690 asnos; (y) 184.755 ovejas».[73] Las cifras, si las hemos de creer, son sorprendentes.

Acudió, sin embargo, en ayuda del recién nombrado rey de Babilonia llamado Marduk-zakir-sumi (que gobernó *c.* 855-819 a. C.), cuyo hermano menor se había rebelado contra él. Salmanasar derrotó al hermano y entabló buenas relaciones con los babilonios. Esta ayuda fue devuelta más tarde, cuando el mismo rey babilonio auxilió al hijo de Salmanasar, Shamši-Adad V, a sofocar una rebelión en Asiria algunos años después.[74]

Durante sus numerosas campañas, inclusive la dirigida contra Urartu hacia el norte, Salmanasar combatió también en el monte Amanus, en el sureste de la actual Turquía, y «taló árboles de ce-

dro» (también conocidos como «cedros del Líbano») y varas de enebro. Prosiguió más hacia el oeste y sur hasta la zona que hoy ocupa el moderno Líbano, donde probablemente recaudó algunos de los tributos representados en las puertas de Balawat. Una de estas ocasiones está representada en la Banda III del portón que erigió en Balawat. Aquí, la inscripción relativa al registro superior reza: «El tributo que recibí de los barcos de los hombres de Tiro y Sidón». Está acompañada de una escena que muestra embarcaciones que navegan desde la ciudad isla de Tiro y mercancías que son descargadas en tierra firme.[75]

Otra banda fragmentaria, que es una de las que le enviaron a Rassam en calidad de regalo y que está ahora en el Museo de Arte Walters de Baltimore, muestra un segundo ejemplo del tributo que Salmanasar recibió de las ciudades fenicias. En la inscripción que la acompaña se puede leer: «Recibí tributo de las ciudades del pueblo de Tiro y Sidón: plata, oro, estaño, bronce, lana, lapislázuli (y) cornalina». Estas inscripciones y escenas corroboran el relato de la Inscripción monolítica de Salmanasar, donde se especifica: «El tributo que recibí de los reyes del litoral. Marché con pleno derecho y triunfal sobre la costa del ancho mar».[76] Corroboran también lo que ya sabemos sobre el tributo que Salmanasar y otros reyes neoasirios exigieron a Tiro, a Sidón y a otras ciudades del litoral fenicio.

Fig. 6. Salmanasar III en Tiro (obsérvense las embarcaciones del registro superior), de la Banda III de las puertas de Balawat. Museo Británico n.º 124661. © The Trustees of the British Museum c/o Scala, Florence.

Salmanasar combatió también varias veces contra los arameos, que para aquel entonces se habían asentado en pequeñas ciudades estado ubicadas principalmente en lo que ahora son partes del Líbano, Siria e Irak. Muchos de aquellos pequeños reinos tenían nombres que empezaban por *Bit-* (que significa «Casa de…», como *Beit* en hebreo, un reflejo de los orígenes tribales en ambos casos): por ejemplo, Bit-Adini, Bit-Zamani, Bit-Aguši, *etc.* Resulta irónico que fueran Salmanasar y los asirios los que contribuyeran al florecimiento y expansión de la lengua aramea a partir del siglo IX, porque a medida que conquistaba a los arameos, iba empleando escribas que supieran hablar y escribir en arameo como parte del sistema administrativo diseñado para facilitar el gobierno de las zonas recién capturadas. Otros arameos empezaron también a desempeñar distintos cargos dentro de la burocracia asiria.[77]

El imperio de Salmanasar estaba tan extendido que también creó un nuevo mecanismo para garantizar que las comunicaciones pudieran realizarse en un plazo razonable. Podría describirse

como un sistema similar al «Pony Express» utilizado en Estados Unidos en los años 1800, con la salvedad de que los asirios usaban mulas en vez de caballos. Era la alternativa a un único mensajero que llevaba una carta o un decreto durante un día entero, tal como se había hecho siempre. Ahora, los asirios habían montado un sistema de relevos a lo largo de la llamada «Carretera del rey», en la que un jinete recorría una distancia determinada y después entregaba la carta o la comunicación al siguiente jinete, que se dirigía al próximo punto de la carretera y a su vez la entregaba a otro jinete y así sucesivamente hasta llegar a su destino. Esto era, obviamente, mucho más rápido, pero no tan seguro como enviar a un solo mensajero privado. Los asirios utilizarían este método de comunicación rápida durante los siglos posteriores. [78]

LA BATALLA DE QARQAR

La batalla más famosa de Salmanasar III, o por lo menos la que con más frecuencia mencionan los historiadores, es la batalla de Qarqar, que tuvo lugar en el sexto año de su reinado (853 a. C.). El episodio está documentado con gran detalle en su Inscripción monolítica, donde declara que combatió contra una coalición de doce reyes.

Grayson, el asiriólogo de la Universidad de Toronto, la ha denominado la «Coalición de Damasco», porque entre los participantes estaba Hadadezer (Adad-idri), rey de Aram-Damasco, que aportó 1.200 carros, 1.200 jinetes y 20.000 tropas al campo de batalla. También estaba en la coalición Irhulenu, rey de Hamat, que contribuyó con 700 carros, 700 jinetes y 10.000 soldados; y Ajab, rey de Israel, que participó con 2.000 carros y 10.000 soldados (hay que destacar que esta es la primera confirmación fuera del relato bíblico de la existencia de Ajab, al que ya hemos conocido en el capítulo anterior). Había también 1.000 tropas egipcias, probablemente enviadas por Osorcón II, como ya se ha mencionado, y otras procedentes de las ciudades fenicias de Biblos, Arwad y Tell Arqa (Irqata). En total, los miembros de la coalición sacaron al campo de batalla casi 4.000 carros y 2.000 jinetes, más de 40.000 soldados de infantería y 1.000 camellos.[79]

Sin embargo, Salmanasar derrotó a la coalición de tropas que habían osado enfrentarse a él. «Abatí con la espada a 14.000 soldados suyos (y) derramé sobre ellos destrucción como haría el dios Adad», afirma en una inscripción. «Colmé la llanura con sus cadáveres esparcidos y (maté) a sus numerosos soldados con la espada. El llano resultó demasiado pequeño para que cupiera el (increíble número de) cuerpos tendidos; el vasto campo no fue

suficiente para enterrarlos a todos. Hice un dique con sus cuerpos en el río Orontes como si fuera un puente.»[80]

Este episodio se menciona por lo menos en otras cinco inscripciones. En ellas se proclama un número de tropas enemigas aniquiladas mucho mayor; en un conjunto de tablillas de barro procedentes de la capital de Aššur, que constituían una versión de sus anales, y en dos estatuas monumentales de toros que Layard encontró en Nimrud/Kalhu, Salmanasar III casi dobló el número, asegurando que había «pasado a cuchillo a 25.000 de sus hombres combatientes (y) capturado sus carros, caballos (y) equipamiento militar». Añadió también un nuevo final, alegando que, «para salvar sus vidas, huyeron, subieron a bordo de sus naves (y) se hicieron a la mar».[81]

La batalla está descrita también en la Banda IX de las puertas de Balawat. Aquí vemos la captura de varias ciudades de la región de Hamat, incluida la de la propia ciudad de Qarqar, que está ardiendo. Salmanasar está sentado en una tienda y frente a él desfilan prisioneros capturados y objetos saqueados de la ciudad.[82]

Algunos años después, Salmanasar aseguraba haber recibido de nuevo tributos de las ciudades fenicias de Tiro y Sidón a lo largo de su decimoctavo año en el trono. Hay varias versiones de esta inscripción: en una, dice explícitamente que el tributo era de «Ba'ali-manzer de Tiro», que aparece mencionado inmediatamente antes de «Jehú de la casa de Omri» en la inscripción. Probablemente podría identificarse con Baal-ma'zer [Baal-azor] II (855-830 a. C.) de Tiro, como lo llama Josefo, el historiador romano posterior.[83]

Salmanasar también recibió tributo «de la tierra de Musri», es decir, Egipto, que en hebreo moderno todavía se lo conoce como «Misraim». Las donaciones de este país incluían «dos camellos jorobados, un búfalo de agua, un rinoceronte, un antílope, hem-

bras de elefante (y) simios». Al principio se pensó que el faraón de aquella época era Takelot II, pero desde que el reinado de Osorcón II se ha ampliado hasta 831 a. C., resulta más probable que fuera él quien entregara el tributo. Otra inscripción de Salmanasar asegura que también recibió tributo de Tiro, Sidón y Biblos tres años más tarde, en 838 a. C.[84]

Más o menos en esta misma época, a partir de *c.* 839 a. C., Salmanasar dirigió su atención hacia el sureste de Anatolia, a una zona y un reino conocido como Tabal, que se había establecido en la región después del derrumbe de los hititas. Derrotó rápidamente a los reyes siriohititas y a aquellos que gobernaban en una zona de Cilicia conocida en aquel entonces como Adanawa (llamada también Que en las inscripciones asirias y Hiyawa o Adana en diversas inscripciones luvitas). Cabe destacar que, como ha señalado Trevor Bryce, «Hiyawa» proviene de «Ahhiyawa», nombre con el que los hititas designaban a los micénicos, circunstancia que podría indicar que había habido una migración desde la Grecia continental hacia esta zona inmediatamente después del colapso de la Edad del Bronce.[85]

HAZAEL Y JEHÚ

Durante los años posteriores a la batalla que Salmanasar III libró en Qarqar en el 853 a.C., cruzó el Éufrates repetidas veces y luchó en Siria en varias campañas, incluso contra varias combinaciones de la llamada Coalición de Damasco, que, como ya he señalado, estaba en un principio dirigida por Hadadezer, rey de Damasco. Esto tuvo lugar durante los años sexto, décimo, decimoprimero, decimocuarto, decimoctavo, vigésimo primero y vigésimo segundo de su reinado. Durante sus últimas campañas, los anales mencionan a un nuevo rey arameo de Damasco, no Hadadezer, sino Hazael, descrito como «hijo de un donnadie», en el sentido de que era un usurpador.[86]

Hasta aquí, apenas he dedicado a los arameos el espacio que merecen en estas páginas. En general, ellos nunca se unificaron y parece que básicamente se identificaban con sus pequeños reinos o ciudades estado correspondientes. No obstante, este nuevo gobernante de Aram-Damasco, Hazael, tenía al parecer otras ideas en mente. Ya lo he mencionado más arriba en relación con la estela de Tel Dan, que probablemente erigió tras luchar en aquella zona a finales de la década de 840 a. C. Hoy en día se piensa que también atacó a una serie de localidades en el reino del norte de Israel más o menos en la misma época, incluidas posiblemente Megido y Hazor.[87]

De especial interés es el hecho de que además de invocar a la Casa de David, la inscripción de Hazael en Tel Dan menciona a dos reyes en concreto, Joram de Israel y Ocozías de Judá, que gobernaban al mismo tiempo que Hazael y que al parecer cayeron víctimas de sus campañas, porque él mismo afirma que los mató a los dos. Sorprendentemente, esta inscripción es paralela a una discusión de la Biblia hebrea, donde los dos mismos reyes (Joram y Ocozías) son abatidos, no por Hazael, sino por un oficial del ejército desleal llamado Jehú; el mismo Jehú cuyo nombre ya se mencionó antes con relación al colmenar del yacimiento de Tel Rehov y al que acabo de referirme más arriba.

Según el relato bíblico, los asesinatos de Jehú tuvieron lugar en el período posterior a una batalla librada en Ramoth-Gilead, tras la cual usurpó el trono de Israel y asumió inmediatamente el cargo de rey. La madre de Joram, la infame Jezabel, que era viuda del rey Ajab e hija de Itobaal, rey fenicio de Tiro, fue también asesinada durante esta insurrección (véase 2 Reyes 9, 14-16, 22-28, 32-37; 10, 1-17; 2 Crónicas 22, 5-9).

No queda claro por qué la historia de Jehú en la Biblia hebrea y la inscripción de Tel Dan erigida por Hazael tienen tantos ele-

mentos similares y sin embargo identifican a diferentes asesinos para los dos reyes. Se ha sugerido que quizá Jehú actuara en nombre de Hazael, pero esto es todavía tema de disputa académica, puesto que el relato bíblico no menciona a Hazael ni la inscripción de Hazael menciona a Jehú.[88]

No obstante, Salmanasar III vuelve a ser relevante aquí, porque parece haber obtenido lo mejor de Hazael casi inmediatamente después, en el 841 a. C. Durante la campaña de su decimoctavo año, Salmanasar dice: «Para salvar la vida, él [Hazael] huyó (pero) yo (lo) perseguí. Lo encarcelé en Damasco, su ciudad real (y) talé sus jardines». También dice que mató a 16.000 hombres de Hazael y que capturó 1.121 carros y 470 cabalgaduras aquel año, pero después tuvo que luchar contra él otra vez tres años más tarde, en el 838 a. C.[89]

———

Recientemente se ha planteado la posibilidad de que Hazael se recuperara de su derrota, o derrotas, a manos de Salmanasar III y causara estragos en el reino del sur de Judá durante las siguientes décadas, incluido el yacimiento de Tell es-Safi (el Gat bíblico), una de las cinco ciudades filisteas originales, donde hoy los arqueólogos han descubierto una zanja de asedio excavada en la roca de unos dos kilómetros y medio de largo. La conquista de Gat por parte de Hazael está documentada en 2 Reyes 12, 17 («En aquel tiempo, el rey Hazael de Aram lanzó un ataque contra Gat y la tomó»), justo antes de añadir que marchó también contra Jerusalén, y que se retiró solo después de ser sobornado por el rey Joás de Judá (2 Reyes 12, 18).[90]

En esta misma época se ha fechado una enorme destrucción, que puso fin al Estrato IV de Tel Rehov, probable ciudad natal de

Jehú. Se cree que también esta estaba en manos de Hazael y sus fuerzas invasoras. El daño causado fue tan grande que el montículo inferior del yacimiento nunca volvió a ser ocupado; solo la colina superior continuó habitada durante otro siglo, hasta que fue también destruida, esta vez por Tiglat-Pileser III y los neoasirios en 732 a. C.[91]

Asimismo, se ha sugerido que la campaña, o campañas, de Hazael en el sur podían tener por objetivo el control del comercio del cobre, en particular las fuentes de Edom. Es cierto que las actividades mineras del cobre en el valle del Arabá y en el Uadi Faynan en esta época cesaron repentinamente, aunque el resurgimiento de la actividad en las minas de Chipre pudo haber afectado también a las actividades de Hazael. Se ha planteado también que el verdadero motivo de que se cerrasen las minas pudo ser una falta de combustible para los hornos en aquella época.[92]

En algún momento, parece que Hazael también llevó a cabo campañas más al norte y al este, tras las cuales se supone que inscribió y dedicó varios objetos al templo de Hadad en Damasco. Hoy en día, muchos de ellos han sido recuperados en contextos arqueológicos, pero bastante lejos de Damasco. El primero que se encontró, hace más o menos un siglo, es una anteojera de caballo que salió a la luz en el interior del santuario del dios Apolo en Eretria, en la Grecia continental. Esta pieza, que se colocaba al lado del ojo del caballo y se utilizaba para que el animal dirigiese la mirada hacia el frente durante la batalla, muy probablemente había sido entregada al santuario por un devoto en algún momento de finales del siglo VIII a. C. Otro devoto dejó una pieza triangular de bronce conocida como «testera», que protegía la testuz del caballo, en el Heraion (santuario de Hera) en Samos, en un contexto que se remonta a comienzos del siglo VI a. C. Ambas piezas pertenecen casi con toda seguridad al mismo conjunto de arreos,

puesto que llevan una inscripción idéntica en arameo: «Lo que Hadad dio a nuestro señor Hazael de ʻUmqi [o ʻAmqi] en el año en que nuestro señor cruzó el río». No queda claro cómo llegaron estos artículos al Egeo tanto tiempo después de su fabricación, pero se ha sugerido que podrían haber sido saqueados del templo de Hadad cuando Tiglat-Pileser III conquistó Damasco en el 732 a. C.[93]

Nota Kourou, de la Universidad de Atenas, informa de que hay «un incensario de bronce no publicado procedente del santuario de Apolo en Delfos» que podría tener una inscripción similar. Hay también una segunda anteojera de bronce, hallada por los arqueólogos en la misma zona de Eretria y en un contexto del siglo VIII a. C., aunque esta no lleva inscripción alguna y podría pertenecer a otro juego distinto, puesto que ambas son, al parecer, para el ojo derecho.[94]

Sin embargo, hay también diferencias de opinión relativas a cómo interpretar la inscripción que llevan algunas de estas piezas: ¿es Hazael o los arreos los que son de ʻUmqi/ʻAmqi? Si son los objetos, entonces se puede hipotetizar una campaña de Hazael al norte de Siria, porque los neoasirios a veces llamaban Unqi/Umqi a la zona de Tell Tayinat en aquel momento. No obstante, ʻAmqi es también un nombre utilizado para la región de Beqa en el Líbano durante la Edad del Bronce, por lo que es posible que simplemente sea una descripción de los orígenes de Hazael: «Hazael de ʻAmqi». Eso significaría que llevó a cabo solo una campaña genérica al otro lado del río Éufrates en vez de dirigirse hacia el norte.[95] De momento, es imposible tomar partido por una de estas dos posibilidades.

PARA TERMINAR

Menos de un año después de que Jehú accediera al trono de Israel, tierra que gobernó desde 841 hasta 814 a. C., tuvo también que enfrentarse a Salmanasar III, igual que había hecho Hazael, y se rindió inmediatamente. En un monumento de piedra de unos dos metros de altura conocido como Obelisco Negro, descubierto en Nimrud/Kalhu por Layard y ahora en el Museo Británico, aparece Jehú arrodillado en señal de obediencia frente a Salmanasar. En la leyenda que lo acompaña, se le describe como «de Bit-Humri» (es decir, la «Casa de Omri») y figura como donador de tributos, entre ellos «plata, oro, un cuenco de oro, una sopera de oro, recipientes de oro, cubos de oro, estaño, los bastones de la mano del rey (y) lanzas». Resulta sorprendente que, como han señalado Tammi Schneider de la Claremont Graduate School de California y otros, este episodio de Jehú arrodillado delante de Salmanasar y presentando tributo no se mencione en ninguna parte de la Biblia hebrea.[96]

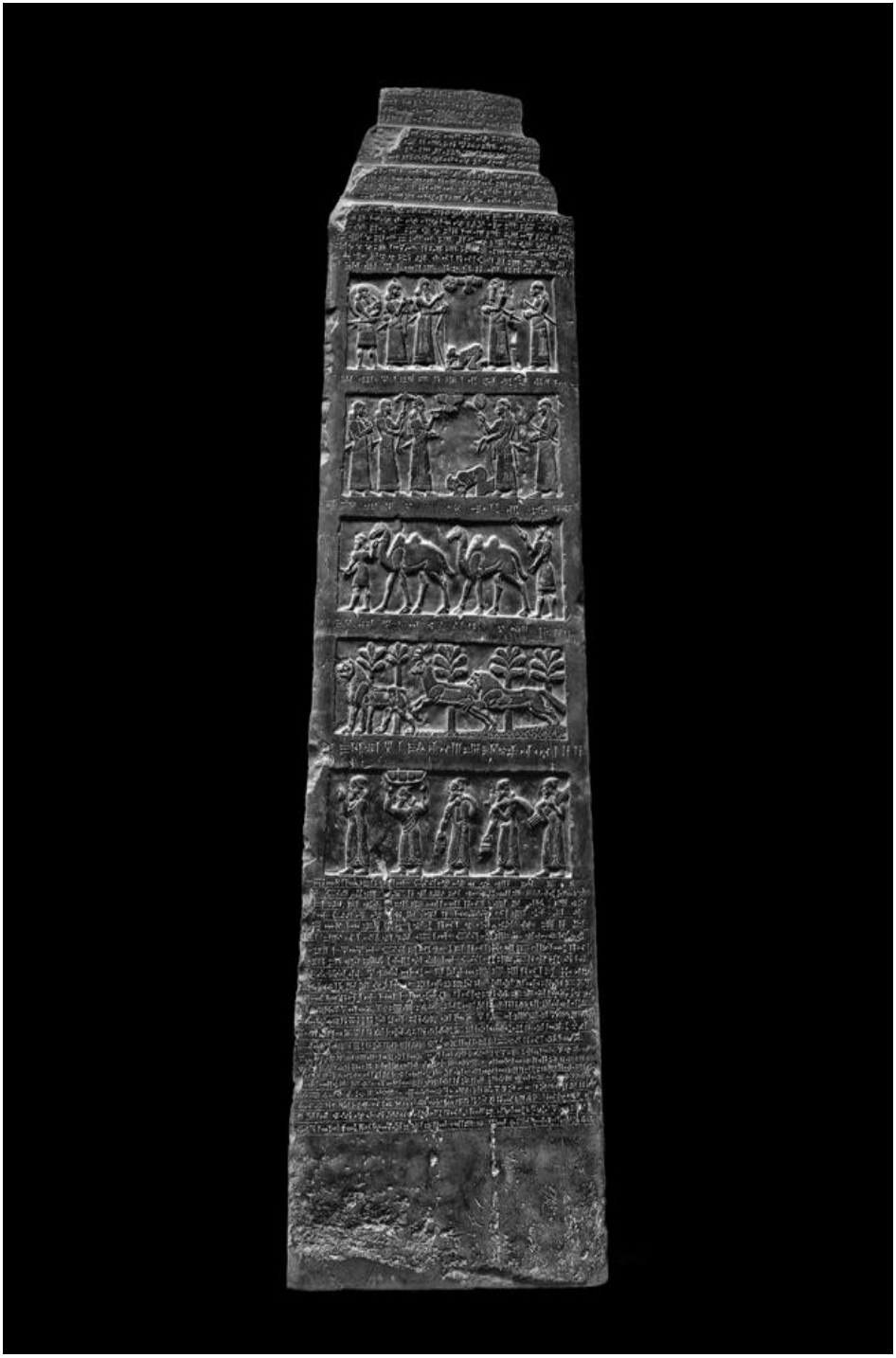


Fig. 7. Obelisco Negro de Salmanasar III, con la sumisión de Jehú. Museo Británico n.º 118885. © The Trustees of the British Museum c/o Scala, Florence.

Unas décadas después, Adad-nirari III subió al trono de Asiria y gobernó desde 810 hasta 783 a. C. Proclamó haber obtenido importantes victorias durante su reinado, incluidas unas cuantas acontecidas en lo que hoy es Siria e Israel. En un texto conocido como la estela de Tell er-Rimah, Adad-nirari describe el sometimiento de «todas las tierras de Amurru (y) Hatti», es decir, gran parte de Siria. Especifica que recibió un enorme tributo del rey de Damasco, que incluía 2.000 talentos de plata, 1.000 talentos de cobre, 2.000 talentos de hierro y «3.000 prendas de lino con ribetes de múltiples colores». En la frase siguiente de la estela, alardea de que también «recibió el tributo de Joás, el samaritano» (es decir, Joás/Jehoás, rey de Israel, que gobernó desde *c.* 804 hasta 789 a. C.), que tampoco se menciona en ningún lugar de la Biblia, así como del «pueblo de Tiro (y) Sidón», de modo que parece evidente que su campaña se extendió mucho más al sur.[97]

En un segundo texto, conocido como la inscripción de Calah, encontrada en Nimrud, Adad-nirari presume de haber recibido una cantidad aún mayor de tributos del rey de Damasco: «2.300 talentos de plata, 20 talentos de oro, 3.000 talentos de bronce, 5.000 talentos de marfil, prendas de lino con ribetes multicolores, una cama de marfil (y) un diván con incrustaciones de marfil». También especifica que todos los reyes de Babilonia se habían convertido en sus vasallos y que conquistó (o sometió) a todo el litoral sirio y todo el Levante meridional, incluidos «Tiro, Sidón, Humri [Samaria/Israel], Edom y Palastu, hasta el gran mar al oeste (es decir, el Mediterráneo)». Por lo que sabemos, esta parece ser la primera referencia en una inscripción asiria a «Palastu», es decir, Filistia y los filisteos. Asimismo, hemos de destacar que nombra también concretamente al reino del norte de Israel, además de Tiro y Sidón.[98]

——

No obstante, esto fue solo el comienzo de la expansión imperial asiria, que conocemos en gran detalle. Unas pocas décadas después del reinado de Adad-nirari, los reyes asirios, entre ellos Tiglat-Pileser III, Salmanasar V y Sargón II, atacaron y finalmente destruyeron el reino del norte de Israel en el 720 a. C. Poco tiempo después, Senaquerib derrotó al reino del sur de Judá en el 701 a. C., al mismo tiempo que la ciudad de Laquis era destruida y Jerusalén asediada. Estos acontecimientos están descritos tanto en la Biblia hebrea como en las inscripciones asirias, pero se encuentran fuera de los parámetros de mis análisis, por lo que he de dejar esta historia para otra ocasión.

Los posteriores reyes neoasirios extendieron el gobierno del imperio hasta Egipto, Arabia, Irán y Turquía, para expresarlo en términos geográficos y políticos modernos, pero finalmente cayeron ante el resurgido Imperio neobabilonio a finales del siglo VII a. C., igual que los neobabilonios caerían en última instancia a manos de los persas en el siglo VI a. C. Estos acontecimientos quedan también al margen de la historia que estoy contando aquí, pero ya podemos ver que numerosos reinos e imperios de la Edad del Bronce Final fueron sucedidos en el primer milenio por imperios todavía más grandes —Asiria, seguida por Babilonia, Persia, Grecia y después Roma— cuyos territorios se extendieron por todo el Oriente Próximo uno tras otro.

BREVE RESUMEN

En pocas palabras, ¿qué hemos aprendido de este acelerado y en definitiva sucinto examen de Mesopotamia en los siglos posteriores a la Edad del Bronce Final?

Para decirlo de forma concisa, es evidente que tanto los asirios como los babilonios al principio lograron capear el derrumbe y el período de transformación de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, pero ambas civilizaciones sufrieron con retraso el impacto de la sequía, la hambruna y la plaga antes de saltar de nuevo a un primer plano. Tuvieron que transcurrir dos siglos para que los asirios regresasen, con venganza, a finales del siglo X y comienzos del IX a. C., cuando el clima cambió favorablemente, aumentó la humedad y aligeró la sequía, sin embargo, los babilonios tuvieron que esperar su turno hasta casi el final del siglo VII a. C.[99]

Elam, al principio, sobrevivió casi intacto, solo para ser aplastado y prácticamente eliminado como potencia por los babilonios a finales del siglo XII; fuentes actuales indican que no regresaron hasta las postrimerías del siglo VIII a. C., como ya se ha mencionado. Hemos de reconocer también a los arameos, que aprovecharon el caos posterior al colapso para establecerse como presencia en el Oriente Próximo durante estos siglos.

Y, por supuesto, durante la construcción de su imperio, los asirios impactaron e influyeron en las demás sociedades abordadas en este libro y prácticamente las invadieron todas, incluidos los fenicios y los chipriotas. Los trataremos a continuación.

3

El Mediterráneo convertido en un lago fenicio (*Fenicia y Chipre*)

Generaciones de escolares, por lo menos en Estados Unidos, han aprendido que los fenicios son conocidos y recordados por su sistema de escritura. Un sistema adoptado (y adaptado) en el Egeo y después en Italia, que constituye la base de lo que hoy conocemos como el alfabeto griego y el alfabeto latino (este último utilizado en la actualidad para escribir en inglés, francés, alemán, español, checo, turco y otros muchos idiomas). Fue ampliamente usado también en el Canaán de la Edad del Hierro, donde no tardaron en desarrollarse versiones modificadas que sirvieron para escribir inscripciones en hebreo antiguo, arameo, moabita, amonita y edomita. Otras lenguas modernas que utilizan sistemas de escritura que derivan directa o indirectamente del fenicio incluyen el siríaco, el árabe (a través del arameo nabateo) e incluso el cirílico (básicamente a través del alfabeto griego).[1]

Las aclamaciones llegaron primero con los griegos posteriores. Heródoto, por ejemplo, dijo que los fenicios «llegaron con Cadmo desde Fenicia a la tierra ahora llamada Beocia», es decir, se establecieron en la Grecia central y fundaron la ciudad de Tebas. Dijo, además: «Estos fenicios que vinieron con Cadmo ... trajeron a Hellas, entre otros muchos conocimientos, el alfabeto, que antes de esto era desconocido, creo, para los griegos». Y prosiguió: «A medida que transcurría el tiempo, el sonido y la forma de las letras cambió. En aquella época, los griegos que se asentaron en torno a ellos eran en su mayoría jonios, y después de que los fenicios les enseñasen las letras, estos las utilizaron cambiando un poco su forma. De este modo, dieron a estos caracteres el nombre de fenicio, algo bastante justo puesto que fueron los fenicios quienes los habían introducido en Grecia».[2]

Otros autores antiguos hicieron declaraciones similares, entre ellos Diodoro Sículo, un historiador griego nacido en Sicilia que escribió durante el siglo I a. C. Nos dice que «cuando Cadmo trajo de Fenicia las letras, que así se llaman, Lino [un erudito del lugar] fue el primero en transferirlas a la lengua griega, en darle un nombre a cada carácter y en fijar su forma. Ahora las letras, en su conjunto, se llaman "fenicio" porque fueron los fenicios quienes las trajeron a los griegos».[3]

Sin embargo, también afirma: «Y en respuesta a quienes dicen que los sirios son los descubridores de las letras ya que los fenicios las aprendieron de los sirios y después se las transmitieron a los griegos, y que estos fenicios son los que navegaron hacia Europa junto con Cadmo y este es el motivo por el que los griegos denominan a las letras "fenicio", nos cuentan los hombres, por otro lado, que los fenicios no fueron los primeros en hacer este descubrimiento, sino que no hicieron otra cosa que cambiar la forma de las letras, tras lo cual la gran mayoría de la humanidad utilizó la forma de escribirlas que inventaron los fenicios, y así las letras recibieron la designación que hemos mencionado más arriba».[4]

La mayoría de los estudiosos modernos coinciden con Diodoro Sículo. Más que inventar el alfabeto, es probable que los fenicios simplemente lo estandarizaran. Además, algunos académicos argumentarían que en realidad no era un alfabeto, como hoy en día lo definiríamos, sino más bien lo que se conoce como un «abyad», que solo tiene consonantes, no vocales. Fueron los griegos quienes modificaron la escritura fenicia para que quedasen marcadas las vocales largas y las cortas, y así crearon lo que conocemos actualmente como alfabeto griego. Lo importante de la estandarización y difusión del alfabeto por parte de los fenicios, y lo que lo hizo tan revolucionario, es que la escritura alfabética no es tan complicada como los sistemas de escritura no alfabéticos

de la antigua Mesopotamia y Egipto. Por otro lado, dicha escritura posibilitó el incremento de las tasas de alfabetización, puesto que, desde los niveles más ínfimos de la sociedad hasta los más altos, cualquiera podía aprender a leer y a escribir con gran facilidad. En resumidas cuentas, la capacidad de leer y escribir ya no quedaba necesariamente limitada a unos pocos elegidos como había ocurrido durante la Edad del Bronce.[5]

A menudo atribuimos también a los fenicios la fabricación del tinte púrpura y la navegación por el Mediterráneo durante siglos prácticamente sin ser molestados, estableciendo colonias y comerciando con diversos pueblos desde Chipre hasta África del Norte y España. La ciudad más famosa de todas las que fundaron fue Cartago, que siglos después desafiaría a Roma durante las guerras Púnicas, y el tinte que fabricaban fue apreciado a lo largo de los siglos. Por ejemplo, Estrabón dice: «[L]os fenicios en general han sido superiores a todos los pueblos de todos los tiempos debido a sus fábricas de tinte púrpura; porque el púrpura tirio ha resultado ser con mucho el más bonito de todos; y los moluscos se recogen cerca de la costa; y las otras cosas necesarias para teñir se consiguen fácilmente; y pese a que la gran cantidad de tintorerías hace que la ciudad sea desagradable para vivir, eso la convierte en cambio en una ciudad rica por la habilidad superior de sus habitantes».[6]

Sin embargo, igual que con el alfabeto, los fenicios simplemente perfeccionaron la creación del tinte púrpura, más que «inventarlo». Hoy en día existen pruebas de que este tinte ya se había creado y utilizado en el Egeo de la Edad del Bronce y también en Chipre siglos antes, desde comienzos del segundo milenio, y después se usó allí y en el Oriente Próximo durante toda la Edad del Bronce Final.[7]

———

Por supuesto, los «fenicios» no se llamaban a sí mismos con este nombre, sino que fueron los griegos posteriores quienes se lo impusieron, incluido Homero, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*. Como ha escrito recientemente la historiadora de Oxford Josephine Quinn: «"Fenicio" era una etiqueta [que] los escritores griegos utilizaban para referirse a los marineros que hablaban dialectos similares de una lengua muy distinta de la suya. El término decía poco sobre los vínculos culturales o ancestrales de estos pueblos, y al parecer no significaba nada para ellos: nadie de las ciudades costeras o de sus colonias de ultramar, que sepamos, se denominó a sí mismo "fenicio"».[8]

Más que llamarse a sí mismos fenicios (como hacían los griegos), estos habitantes de la costa debieron de seguir autodenominándose cananeos (como hacían sus parientes de habla hebrea; véase, p. ej., Génesis 10, 1-20), aunque este es un tema de debate académico. Lo más probable es que se identificasen como habitantes de ciudades estado concretas e independientes a orillas del mar Mediterráneo: básicamente Tiro, Sidón, Beirut, Biblos y Arwad. Su territorio conjunto ocupaba principalmente la moderna Siria y todo el litoral hasta el sur de Akko, lo que hoy es el norte de Israel.[9]

Los llamemos como los llamemos, o como ellos mismos se llamasen, es evidente que los fenicios no eran unos recién llegados a la zona, como alguna vez se ha sugerido en el pasado. Al contrario, hoy en día está generalmente aceptado que, si no todos, la mayoría de los pueblos que habitaban estas ciudades eran cananeos que habían sobrevivido al colapso de la Edad del Bronce en esta región costera central del Levante. Cada una de dichas ciudades había existido en el Canaán de la Edad del Bronce y conti-

nuó prosperando durante la Edad del Hierro. Aunque los testimonios son escasos en los yacimientos más grandes, en parte debido a las dificultades de acceso a los restos enterrados bajo las ciudades modernas, los datos obtenidos en los yacimientos más pequeños actualmente parecen indicar que los habitantes de la región realizaron la transición de forma pacífica. En realidad, debieron de contarse entre los pueblos más resilientes que examinamos en este libro, porque al parecer no solo continuaron a partir de las ciudades estado cananeas iniciales, sino que incluso florecieron en el vacío creado por el colapso.[10]

De hecho, parece que los habitantes de estas ciudades modificaron el papel que habían desempeñado sus predecesores en estas mismas entidades políticas durante la Edad del Bronce Final, o tal vez simplemente lo ampliaron. Ahora asumían un rol nuevo (o quizá más amplio) como comerciantes y mercaderes independientes, transportando diversas clases de productos a lo largo y ancho del Mediterráneo y el Egeo. Tal y como Carol Bell, una arqueóloga e historiadora británica, lo describe: «Las iniciativas comerciales de Fenicia se trasladaron al oeste y, desde un punto de vista económico por lo menos, el Mediterráneo se convirtió en un lago fenicio».[11]

Christopher Monroe de la Universidad de Cornell ha profundizado en ello y sugiere que los fenicios empezaron a navegar «por múltiples rutas preexistentes a través de múltiples puertos conocidos por los marineros durante largo tiempo». Los imagina formando esencialmente «una red de información comercial creada por cientos de salidas no solo desde Tiro, sino también de Sidón, Arwad, Biblos, Ugarit, Kition, etc.», y por consiguiente atribuye a los fenicios en última instancia la «creación de la red de información más amplia que jamás viera el mundo en el siglo x a. C.».[12]

Así pues, podemos sugerir perfectamente que los supervivientes cananeos de estas ciudades, ahora identificados por sus ciudades concretas (p. ej., Sidón) o simplemente rebautizados genéricamente como «fenicios» por los griegos ya en tiempos de la épica de Homero, eran más que simples resilientes frente al colapso. Quizá sería mejor denominarlos «antifrágiles», para utilizar un término de Nassim Nicholas Taleb, quien popularizó también la expresión de «cisne negro», que se usa para describir un acontecimiento inesperado, como el derrumbe de la Edad del Bronce. Según Taleb, «antifrágil» puede utilizarse para definir una situación en la que una entidad muestra más que resiliencia o robustez y en realidad «prospera bajo la correcta cantidad de estrés» aprovechándose de la situación no solo para sobrevivir, sino para florecer. Taleb describe el término exactamente como «cosas que se benefician del desorden».[13] En el caso de los fenicios, parece que se aprovecharon activamente del caos y, lo que es más importante, de la destrucción de Ugarit en el norte de Siria, para adueñarse de las rutas comerciales marítimas hacia el oeste, a través del Egeo hasta Grecia y desde allí hacia Italia, Sicilia y Cerdeña.

Es posible que también comerciaran hacia el este, porque hay indicios de importación de canela procedente del sureste de Asia; se han encontrado restos en unos diez frascos fenicios de este período hallados en tres yacimientos diferentes en lo que hoy es el norte de Israel, incluso en Tel Dor. De hecho, resulta evidente, a partir de una variedad de hallazgos recientes en yacimientos como Tel Dor, Tell Erani y Tell es-Safi, que, a pesar de que en la Edad del Hierro I había mucho menos comercio en el Levante meridional que a finales de la Edad del Bronce Final, no hubo ningún parón.[14]

CHIPRE Y EL CAMBIO A LA TECNOLOGÍA DEL HIERRO

En cuanto a Chipre, no cabe duda de que la isla y sus habitantes se enfrentaron a muchas de las situaciones que durante el siglo XII a. C. afectaron a otros lugares del antiguo Oriente Próximo, inmediatamente después del colapso. Sin embargo, aunque la situación era compleja, los habitantes de la isla parece que fueron igual de resilientes que los fenicios, no solo copiando y transformando, sino mostrando innovación y adaptándose a la nueva situación casi inmediatamente. Puede que su supervivencia se debiera en parte a la riqueza y prestigio acumulados a través del desarrollo de la fabricación del hierro, que, junto con el alfabeto, constituye una de las grandes innovaciones de esta era.

Se puede constatar esto en el lejano yacimiento de Perati, ubicado en la Grecia continental a unos treinta y dos kilómetros al este de Atenas, al otro lado de la península del Ática, cerca del moderno Porto Rafti. En este lugar hay un conocido cementerio que data del siglo XII a. C. Entre el ajuar funerario depositado por las afligidas familias en los entierros de sus seres queridos hay cuchillos de hierro con remaches de bronce. Objetos similares se han encontrado también en los yacimientos de Tylissos en Creta y de Lefkandi en Eubea, así como en algunas islas como Naxos y Tasos. Estos cuchillos de dos metales son algunos de los ejemplos más tempranos de artefactos de hierro trabajado hallados en el Egeo y en el Mediterráneo oriental. Todos parecen haber sido fabricados en Chipre y desde allí exportados a diversos destinos, que abarcan desde el Egeo hasta el Levante meridional.[15]

Estos hallazgos han provocado un importante cambio en nuestras convicciones, porque hoy en día se plantea con frecuencia la alta probabilidad de que los innovadores orfebres de Chipre fueran los responsables del paso del bronce al hierro en esta época,

en vez de los dorios o los Pueblos del Mar como las anteriores generaciones de académicos habían sugerido. Susan Sherratt, una arqueóloga de la Universidad de Sheffield, ha calificado a los chipriotas de «nada menos que brillantes» por lo que considera su papel preponderante en la difusión no solo de estos objetos, sino también de la tecnología que implicaba.[16]

Es cierto que autores griegos posteriores, como Estrabón, Jenofonte y Apolonio de Rodas, mencionan la tecnología del hierro en relación con pueblos a los que llaman indistintamente chalybes o cálibes, que vivían y trabajaban en Anatolia, a orillas del Ponto, es decir, el mar Negro, pero es probable que ello represente la situación de siglos después, si es que es exacta.[17] En cualquier caso, no será necesario ir tan lejos, ni cronológica ni geográficamente.

Sabemos, por ejemplo, que el hierro ya era conocido por las potencias que había durante la Edad del Bronce, como muestran los objetos de hierro hallados en contextos que datan de los siglos anteriores al colapso en Egipto, Anatolia, Grecia, Mesopotamia y otros lugares (aunque los hititas no tenían un monopolio inicial sobre el mismo, como se pensó). Sin embargo, muchos objetos, quizá la mayoría, se fabricaron con hierro procedente de meteoritos, incluido un puñal con la empuñadura de oro y la hoja de hierro encontrado en la tumba de Tutankamón, que en un principio debió de ser un regalo de bodas de Tushrata, rey de Mitani, al faraón Amenhotep III décadas antes.[18] Los objetos de hierro fabricados con hierro procedente de depósitos minerales terrestres no fueron de uso cotidiano generalizado hasta después del colapso.

Puesto que al parecer los herreros chipriotas y de otros lugares no empezaron a trabajar de forma generalizada con el hierro hasta que no se vieron obligados a ello, las hipótesis académicas anteriores acerca de la creciente popularidad del hierro en los años posteriores al colapso respaldaban la idea de que tal vez se pro-

dujo una escasez temporal de estaño o incluso de cobre, es decir, de los componentes del bronce, y hubo que emplear recursos locales. Esto habría sido especialmente cierto si alguna de las rutas comerciales, como las que traían estaño de Afganistán o de lugares del Asia central, se hubieran interrumpido o visto afectadas por el colapso de las economías palaciales de la Edad del Bronce Final.[19]

Así pues, hace varias décadas, durante los años 1970 y 1980, los estudiosos ya afirmaban que el cambio al hierro no fue en realidad un avance, sino más bien una reacción a «circunstancias precarias» (es decir, a la falta de acceso al estaño y/o al cobre). Estos académicos señalaron también que el mayor impacto inicial del nuevo interés por el hierro se produjo en la artesanía y la agricultura, es decir, en arados, hoces, cinceles y sierras, más que en las armas y el combate.[20]

Sin embargo, en fechas más recientes, se ha sugerido que, aunque se produjesen interrupciones en la cadena de suministros, seguramente no hubo una escasez tan severa de bronce, cobre o estaño como se había pensado, y que se siguió extrayendo cobre de las minas de Chipre a lo largo de la Edad del Hierro, si bien los habitantes enviaban la mayor parte al oeste, a Cerdeña, por ejemplo. Vasiliki Kassianidou, especialista en arqueometalurgia y tecnología antigua de la Universidad de Chipre, afirma: «En tiempos de los "años de crisis" ... Chipre logró sortear la tormenta y sobrevivir. Los mercaderes chipriotas llegaron a nuevos mercados que requerían grandes cantidades de cobre, como Cerdeña, y buscaron nuevas fuentes de estaño y metales preciosos, cuyo suministro procedente del este había quedado interrumpido».[21]

Por consiguiente, el cambio al hierro pudo ser el resultado de una simple decisión económica, sobre todo cuando su prestigio empezaba a crecer. «En muchas regiones, la adopción del hierro

no supuso el abandono del bronce», argumenta el arqueólogo Nathaniel Erb-Satullo, de la Universidad de Cranfield. «En algunas zonas, por lo menos, el primer hierro pudo servir más como un añadido a una economía del metal en expansión, que como sustituto del bronce.» El mineral de hierro estaba disponible en muchas zonas, entre ellas Italia y la Grecia continental, y debió de ser útil a medida que se extendía la tecnología.[22]

Por otro lado, pasar a la tecnología del hierro no debió de ser tan difícil como algunos suponen, sobre todo si la nueva tecnología surgió como resultado de la minería y la fundición del mineral de cobre que era rico en hierro, como se ha sugerido. Kassianidou afirma que «los metalúrgicos chipriotas, respaldados por casi mil años de experiencia en la fundición de mineral de sulfuro, durante la cual pudo haberse producido accidentalmente algo de hierro junto con el cobre, habrían encontrado este nuevo material y seguramente habrían experimentado con él, empleando las herramientas y habilidades de su oficio». No obstante, señala que, una vez preparado para ser manipulado, el hierro requiere un proceso muy diferente del que se necesita para trabajar el cobre, porque «el hierro se basa en forjar mecánicamente un metal sólido para darle forma y endurecerlo mediante carburación y enfriamiento, mientras que el cobre se basa en la fundición de un metal hasta su estado líquido para después endurecerlo mediante trabajo en frío».[23]

No obstante, el trabajo con el hierro parece que cuajó en Chipre bastante rápido. De hecho, como sugiere Kassianidou, no hay que descartar que la exportación de objetos de hierro, así como la difusión del conocimiento de la tecnología requerida, fuera uno de los factores que permitieron a los chipriotas sobrevivir al derrumbe y después incluso prosperar hasta cierto punto. Se ha llegado incluso a proponer que fueron los chipriotas quienes lleva-

ron este conocimiento hasta Italia, Sicilia y Cerdeña, porque las rutas comerciales entre Chipre y el Mediterráneo occidental todavía seguían operativas en aquella época.[24]

Sin embargo, estas regiones occidentales, incluida posiblemente Cerdeña, también se habían visto afectadas por el colapso de la Edad del Bronce. Ahora parece evidente, por ejemplo, que la cultura de las Terramaras del valle del Po en el norte de Italia había sufrido también una crisis y un derrumbe a finales del siglo XIII y comienzos del XII a. C., y que pudo haberse producido una gran migración de personas que se marcharon de la parte sur de esta región, que posteriormente fue abandonada durante varios siglos, y una reorganización en el número y tamaño de los asentamientos en la parte norte de esta zona.[25]

De todos modos, aunque las razones que propiciaron el paso al hierro siguen siendo tema de controversia, las posibles motivaciones que hoy se plantean son en general más matizadas que antes. No obstante, es evidente que la adopción del hierro a gran escala no tuvo lugar antes del colapso y parece haber sido una reacción a los acontecimientos más que una causa. Se considera también que se produjo en momentos diferentes en zonas diferentes, aunque no antes de los años finales del siglo XII, o ya en la primera mitad del XI, cuando se difundió la tecnología y los orfebres de cada región consiguieron dominarla. Es posible que Chipre fuera el primero, o por lo menos uno de los primeros, pero la fabricación del hierro pronto arraigó en la Grecia continental y en otros lugares, sin duda mejorada por la disponibilidad de hierro en prácticamente todas las tierras del Mediterráneo y el Oriente Próximo.

———

Así pues, por lo que sabemos, y quizá igual que los fenicios, los chipriotas pudieron prosperar hasta cierto punto en medio del caos. Como escribe Carol Bell: «Chipre y Fenicia fueron capaces de aprovechar el momento cuando la crisis golpeó la región. Desprovistos de las trabas que impone un programa imperial, y acostumbrados ya a operar dentro de un entorno comercial descentralizado, los mercaderes y comerciantes de estas dos regiones permanecieron abiertos al negocio, con el objetivo principal de generar suficientes rendimientos como para proseguir con el comercio».[26]

No obstante, nos estamos moviendo aquí un poco en lo desconocido, puesto que no tenemos largas inscripciones ni detallados registros escritos de la isla que nos proporcionen información concreta de la historia de este período. Tan solo podemos hacer conjeturas fundamentadas sobre las verdaderas circunstancias políticas y económicas de esta isla en aquella época, basándonos en las pruebas arqueológicas encontradas. Sin embargo, hay cierta información que podemos recabar de estos hallazgos en Chipre, que muestran cambios en los hábitos de enterramiento y en los ajuares funerarios, nuevos tipos de cerámica y el repentino abandono de algunos lugares o nuevos asentamientos, aunque hay más en unos períodos que en otros.

En general, nuestra comprensión de Chipre inmediatamente después del derrumbe, y en los siglos posteriores, ha cambiado drásticamente en las pasadas décadas. Por ejemplo, a pesar de que Chipre quedó claramente afectado por los problemas que acontecían en la zona del Mediterráneo en aquella época, y a pesar de las distintas destrucciones y los testimonios de perturbaciones en determinados yacimientos de comienzos del siglo XII, como Kition, Enkomi, Maa-Paleokastro, Pyla-Kokkinokremmos, Kalavasos-Ayios Dhimitrios, Sinda y Maroni, hoy en día el con-

senso general es que en realidad no hubo un colapso generalizado en toda la isla. Por otro lado, los cambios poblacionales en Chipre, antes considerados por los estudiosos como invasiones y conquistas, ahora se ven como algo más complejo.[27]

Algunos estudiosos, como Maria Iacovou de la Universidad de Chipre, argumentan que, pese a los problemas, lo que ahora vemos en Chipre es una continuidad desde la Edad del Bronce a la Edad del Hierro y que no hemos de suponer una enorme brecha entre ambos períodos en la isla, sino más bien una reorientación. Explica que Chipre resultó menos afectado por el colapso que otras zonas del Egeo y el Mediterráneo oriental y que la población supo adaptarse con rapidez a la nueva realidad. No todo el mundo coincide por completo con este argumento, y otros han sugerido que la isla y sus pobladores debieron de recibir un impacto mayor; el problema en estos momentos es que las pruebas arqueológicas disponibles no son concluyentes ni en un sentido ni en el otro.[28]

En cualquier caso, todo eso representa también un cambio considerable en el pensamiento académico. En la década de 1970 y hasta los primeros años de la década de 1990, los debates todavía se centraban en si había habido una o dos oleadas de migración a Chipre desde el Egeo al final de la Edad del Bronce y las primeras décadas de la Edad del Hierro. Se creía que todos los avances realizados durante este período, incluido quizá el desarrollo de la tecnología del hierro, habían de atribuirse a la llegada, en calidad de refugiados o algo similar, de los micénicos desplazados. Hoy en día, el concepto de semejante migración es criticado y tachado de actitud colonialista, quizá con razón.[29] Esta idea ha sido reemplazada, o lo está siendo, por el planteamiento de que la población de Chipre tras el derrumbe era de naturaleza híbrida, una aglomeración de diferentes etnias y nacionalidades

originales, por así decirlo. Por ende, es problemático hablar genéricamente de «chipriotas» durante estos siglos, puesto que sin duda había población de distintas etnias viviendo en la isla en aquellos momentos, incluidos griegos y fenicios además de los habitantes locales.[30] Así pues, el uso del término «chipriota» durante este período debería entenderse como un aglutinador que incluye no solo a los nativos supervivientes de la Edad del Bronce Final, sino también a los que llegaron durante el período posterior.

———

Aunque Chipre en su conjunto sobreviviera al colapso, hay también testimonios arqueológicos de que hacia finales del siglo XII a. C. y comienzos del XI se abandonaron varias ciudades chipriotas que durante la Edad del Bronce habían sido importantes, aunque por motivos más bien prosaicos y razones obvias. Por ejemplo, fue precisamente en esta época que Hala Sultan Tekke, que había sido una próspera ciudad portuaria durante la Edad del Bronce Final con conexiones internacionales al este y al oeste, fue abandonada cuando su puerto se llenó de sedimentos. Kaniewski y su equipo recogieron datos del polen en la zona de alrededor de este yacimiento, que mostraron que el clima había cambiado y se había vuelto más árido y que la zona se había visto afectada por la sequía durante el período que va desde *c.* 1200 hasta 850 a. C. Desconocemos si fueron los efectos del cambio climático los que provocaron la sedimentación del puerto, pero, independientemente de ello, se cree que los habitantes de la ciudad se trasladaron en masa a la cercana Kition. Lo mismo puede decirse de Enkomi, cuya población se reasentó en una nueva ciudad llamada Salamina a tres kilómetros de distancia, después de

que su puerto también se sedimentase a comienzos del siglo XI a. C.[31]

Observamos acontecimientos similares en otros asentamientos importantes como Kalavasos-Ayios Dhimitrios y Maroni-Vournes, que hasta entonces habían florecido tranquilamente. Dada su ubicación cerca de las minas de cobre de estas zonas de Chipre, algunos eruditos han sugerido que el abandono de dichas ciudades debió de producirse por una disminución (posiblemente temporal) de la demanda de cobre desde otros lugares del Mediterráneo (aunque acabamos de ver que otros afirman que no hubo ninguna reducción en la demanda de cobre).[32]

Sin embargo, otros emplazamientos como Idalion, que más tarde sería de gran importancia, parecen haber sido fundados en esta misma época aproximadamente, quizá aprovechándose de la caída de las demás ciudades. En la transición hacia el primer milenio a. C., se fundaron nuevas ciudades portuarias, como Amatunte, mientras que otras, como Kition y Pafos, prosperaron y se beneficiaron de los numerosos cambios ocurridos a lo largo de este período.[33]

A consecuencia de esto, muchos estudiosos coinciden también en que durante este período hubo muy probablemente reorganizaciones políticas que en última instancia conducirían al establecimiento de las ciudades estado que podemos ver en la isla en los siglos IX y VIII a. C., si no antes.

«ENTERRAMIENTOS DE GUERREROS» Y EL OBELOS DE OFELTAS

Durante las décadas anteriores, los arqueólogos y los historiadores de la Antigüedad han debatido largo y tendido sobre las posibles migraciones y colonización de la isla por parte de los griegos en el período posterior al derrumbe. Un artículo en concreto, un obelos de bronce (básicamente un espetón de barba-

coa), ha suscitado gran interés en este aspecto, porque lleva inscrito el nombre griego más antiguo conocido encontrado en la isla: «Ofeltas». Es un nombre de hombre, escrito utilizando cinco signos silábicos chipro-minoicos, en el dialecto griego arcado-chipriota y en caso genitivo (que significa «de» o «perteneciente a» Ofeltas). Por esta razón, normalmente se ha pensado que es el nombre del propietario del espetón.

Fue hallado en la Tumba 49 en el interior del cementerio de Skales en Paleopafos («el Viejo Pafos»). Se trata de una tumba particularmente rica que data de la segunda mitad del siglo XI a. C. Fue descubierta por el conocido arqueólogo chipriota Vassos Karageorghis, que durante décadas fue director de antigüedades en la isla. En el interior de la tumba, en cuyo suelo yacían dos «esqueletos humanos casi intactos», con fragmentos de un tercer cráneo hallado cerca, había tres grandes ánforas, un gran cedazo de bronce, un gran cuenco de bronce, cuatro boles más pequeños de bronce, un trípode de bronce, una punta de lanza de bronce y tres obeloi de bronce, incluido el que llevaba inscrito el nombre de Ofeltas.[34]

Aunque podría parecer tangencial, es importante destacar, llegados a este punto, que varios de los mitos fundacionales de las ciudades de la Edad del Hierro en Chipre, especialmente Pafos y Salamina, incluían a algunos héroes menos conocidos de la guerra de Troya y también a fenicios. En la historia de la fundación de Pafos, por ejemplo, se reconoce a Agapenor, que había sido rey de Tegea en Arcadia en la Grecia continental, como fundador. Pese a que todas estas historias fundacionales no suelen tener ninguna base real —Pafos ya existía mucho antes de este período—, aportan sin duda un dato interesante, dado el uso del dialecto arcado-chipriota para escribir el nombre de Ofeltas en el espetón de bronce encontrado en el cementerio de Paleopafos-Skales (lo

que significa que hubo algún contacto entre Arcadia y Chipre en esa época, aunque tal vez solo indirectamente).

Asimismo, la ciudad de Salamina en Chipre fue fundada supuestamente por Teucro (Teucer), que en la *Ilíada* de Homero se describe como un legendario arquero. No era solo el medio hermano de Áyax, sino también el hijo de Telamón, que fue rey de la isla de Salamina en Grecia, hecho que explicaría la coincidencia de los nombres. Virgilio, en la *Eneida* (I.619-626), nos cuenta que Teucro recibió ayuda de un rey de Sidón llamado Belo, es decir, un fenicio cuyo nombre nos es desconocido.[35] Una vez más, no podemos tomar estas historias al pie de la letra, pero es interesante vislumbrar en ellas a fenicios, griegos y chipriotas.

No obstante, la tumba con el espetón de bronce de Ofeltas es también insólita en otro aspecto, puesto que se encuentra entre los llamados enterramientos de guerreros hallados en Chipre, Creta y en la Grecia continental, que datan de mediados del siglo XI hasta comienzos del X a. C. Estas tumbas casi siempre contenían ofrendas caras enterradas con el difunto, que solía ser cremado. Entre los objetos funerarios de estas tumbas figuran armas, recipientes de metal, trípodes y espetones, todos ellos de bronce o hierro. A menudo encontramos también a una mujer enterrada con el guerrero, aunque en la mayoría de los casos no está incinerada y su relación con el hombre no siempre queda clara.[36]

En Chipre, esta clase de tumbas han sido halladas en Paleopafos-Skales, Salamina, Lapithos-Kastros, Kourion-Kaloriziki y Amatunte. En Creta se han encontrado en el Cementerio Norte de Cnosos y en Amari, donde una crátera anforoide de bronce contenía las cenizas de una cremación. En la Grecia continental, una de estas tumbas apareció en Tirinto, además de una muy co-

nocida en Lefkandi en Eubea. Volveremos a estos enterramientos del Egeo en el capítulo 5.[37]

———

En general, el papel de Chipre como líder del comercio internacional parece haber continuado durante todo este siglo. Como ha afirmado Nota Kourou de la Universidad de Atenas, una especialista en contactos fenicios con el Egeo, a la que he mencionado antes, «las viejas redes marítimas del Mediterráneo permanecieron activas en manos de los chipriotas, quienes incluso durante el siglo XI a. e. c. prosiguieron con sus viajes de larga distancia, aunque a una escala mucho menor que antes».[38]

En esta época, los chipriotas estaban exportando objetos de hierro, sobre todo cuchillos y espadas. A pesar de que estas armas aparecen por primera vez en Chipre en el siglo XII, como ya hemos mencionado, los cuchillos de hierro se encuentran ahora en cantidades más grandes en Creta, la Grecia continental, Siria y el Levante meridional, en contextos que se remontan al siglo XI a. C.[39]

Además de las armas y herramientas de hierro, se han encontrado objetos de bronce chipriotas acabados, como recipientes y soportes, en contextos del siglo XI a. C. en el Egeo, especialmente en Creta. Entre ellos hay una crátera anforoide de bronce y otros artículos de origen chipriota procedentes de una tumba del yacimiento de Amari, mencionado más arriba; un soporte de bronce del Cementerio Norte de Cnosos; y otros objetos como cuencos de bronce con asas de loto. También se han hallado objetos chipriotas de esta fecha en lugares tan lejanos como Cerdeña, Sicilia y la zona de Huelva en Iberia.[40]

En esta misma línea, Jan Paul Crielaard, un arqueólogo de la Universidad de Ámsterdam, ya había sugerido en 1998 que «miembros de la élite chipriota tenían contacto con individuos de alto rango de Cerdeña y a través de ellos con zonas más lejanas del oeste» y que la red de comercio internacional del Mediterráneo ya volvía a tomar forma, por lo menos a nivel de las élites, con el propósito de adquirir «mercancías exóticas de alto valor intrínseco y simbólico».[41]

Pero ¿y los chipriotas que no pertenecían a la élite? ¿Cómo debió de ser la vida de los habitantes corrientes de Chipre en aquella época, es decir, de los campesinos, mercaderes, herreros, mineros y demás, que componían las clases media y baja? Resulta francamente difícil decir algo de ellos durante este período, porque sencillamente no tenemos suficientes testimonios para una cosa u otra, pero, por lo menos, es muy posible que la gente que vivía en asentamientos pequeños, lejos de los centros urbanos, no notara demasiados cambios, como mínimo en términos de estructura política, aunque sí tuvieran que lidiar con condiciones más áridas.[42] Para quienes habitaban las zonas urbanas, especialmente en los nuevos centros que se fundaron en aquella época, y para la élite, debió de parecer que la isla continuaba mostrando resiliencia y transformándose frente a las condiciones adversas. Independientemente de lo que pensemos de los «enterramientos de guerreros» hallados en Chipre y en el Egeo, las mercancías chipriotas exportadas tanto hacia el este como hacia el oeste en aquellos tiempos indican que los chipriotas siguieron siendo una fuerza potente en las rutas del comercio internacional y que continuaron prosperando en el período posterior al colapso.

FENICIOS EMPRENDEDORES EN EL SIGLO XI

Parece que también los fenicios estuvieron en contacto con estas zonas en aquella época. Aunque deberíamos considerar si los

chipriotas y los fenicios cooperaban o competían por los mercados occidentales, Kourou descarta esta posibilidad. «La ausencia de objetos del Oriente Próximo durante el mismo período en el Egeo», dice, «refuerza el escenario de que los chipriotas fueran los únicos visitantes posibles a ... Creta y al ... continente.»[43] No obstante, este tema parece requerir más debate y discusión.

Sabemos que los fenicios estaban en contacto con Egipto en esta época, lo cual no es de extrañar. Concretamente, tenemos los detalles procedentes de un relato conocido como *Viaje de Unamón*, escrito en un rollo de papiro descubierto en 1890 en el interior de la misma vasija que contenía el *Onomasticon de Amenemope*, en el yacimiento de el-Hibah en Egipto.

Unamón era un sacerdote egipcio que fue enviado por el Templo de Amón en Karnak a comprar cedros del Líbano (madera) para la construcción de una nueva barca dedicada al dios Amón-Ra. El viaje tuvo lugar probablemente en torno al año 1075 a. C., durante las primeras décadas del siglo XI.[44] La historia que presenta el rollo empieza de este modo:

> Año quinto, cuarto mes de la tercera estación, día 16: día de partida de Unamón, veterano del portal del templo de Amón, señor de los tronos de las Dos Tierras, para traer la madera de la noble barca de Amón-Ra, rey de los dioses ... El día de mi llegada a Tanis, lugar [donde Smen]des y Tanetamón residen, les hice entrega de las cartas de Amón, rey de los dioses. Hicieron que les fueran leídas en su presencia ... Smendes y Tanetamón me enviaron con el capitán de navío Mengebet, y descendí hasta el mar de Siria.[45]

Unamón navegó primero hacia la ciudad de Dor, hoy ubicada en el norte de Israel, a la que denominó ciudad «Cheker». «Llegué a Dor, una población de Cheker», dice, «y Bidir, su gobernador, hizo que me fueran traídos cincuenta panes, una vasija de vino y una pierna de buey.» Los cheker eran uno de los Pueblos del Mar mencionados en el ataque a Egipto durante el reinado de

Ramsés III y que después él mismo instaló en «fortalezas vinculadas a mi nombre». Eran también uno de los tres grupos mencionados en el *Onomasticon de Amenemope*.

El yacimiento de Tel Dor, al sur de la moderna ciudad de Haifa, que ha sido excavada ininterrumpidamente por los arqueólogos desde 1990 y al que volveré a referirme en las próximas páginas, no ha proporcionado demasiadas pruebas de que fuera una fortaleza de Pueblos del Mar derrotados, pero el paso de Unamón se ha debatido a menudo. Se ha encontrado, no obstante, numerosa cerámica fenicia en los niveles arqueológicos del siglo XI, que ha contribuido de modo considerable a incrementar nuestro conocimiento de la «Fenicia del sur». Recientemente, arqueólogos marítimos de la Universidad de Haifa hallaron testimonios de un puerto de la Edad del Hierro en Dor, que debió de estar operativo durante los siglos XI y X a. C. Las excavaciones submarinas realizadas hace unos pocos años han revelado que lo que se había tomado por un arrecife natural es en realidad parte de un dique de piedra bien construido, utilizado como muelle o rompeolas.[46]

Para desgracia de Unamón, mientras estaba atracado en el puerto de Dor, un marinero de su propio barco robó los valiosos artículos destinados al pago de la madera. Entre estos objetos había una vasija de oro, seis jarras de plata y un saco con monedas de plata. Tras denunciar el robo al gobernador de la ciudad, de quien no recibió comprensión ni satisfacción alguna, Unamón prosiguió el viaje hacia el norte en territorio fenicio hasta la ciudad de Biblos. Allí se encontró con el gobernador de la ciudad, un hombre llamado Chekerbaal, que se mostró sumamente hostil, probablemente un reflejo del cambio de estatus internacional de Egipto. La misión de Unamón tuvo que esperar hasta que Egipto enviase nuevos artículos para poder pagar la madera y cortar los árboles. Cuando por fin llegaron las mercancías, entre ellas había

cuatro cuencos de oro y otra vasija de oro; cinco cuencos de plata; diez prendas de ropa; quinientas alfombras de suave lino (o rollos de papiro); quinientas pieles de buey; quinientas cuerdas; veinte sacos de lentejas y cinco canastos de pescado.[47]

Se nos cuenta concretamente: «El gobernador estaba gozoso, y mandó a trescientos hombres y trescientos bueyes, y asignó a oficiales al frente para que talasen la madera. Fue talada y abandonada allí durante todo el invierno. En el tercer mes de la tercera estación fue transportada a la orilla del mar». Unamón nos cuenta que la madera fue cargada en un barco y el gobernador «me embarcó y me despachó del puerto», de vuelta a Egipto.

No obstante, este no fue el final de las dificultades y tribulaciones de Unamón. El barco se desvió inmediatamente de su rumbo y acabó en Chipre. La población del lugar casi mata a Unamón, pero este se salvó cuando Hatiba, la gobernadora de la ciudad en la que se encontraba, y cuyo nombre no se menciona, acudió en su ayuda e hizo arrestar a los lugareños. El rollo de papiro, y la historia, se interrumpe en este punto. No sabemos cómo termina, aunque la existencia del relato sugiere que Unamón pudo regresar por fin a Egipto.

Este *Viaje de Unamón* ha sido objeto de intenso debate académico a lo largo del pasado siglo. Todavía no queda claro si se trata de un documento oficial de un viaje histórico real o si es un fragmento de ficción narrativa. No obstante, los detalles del relato suenan tan reales y encajan tan bien con la tónica de los tiempos, cuando el estatus de Egipto en la escena internacional seguía menguando y se enfrentaba a la fragmentación política, que normalmente se lo considera un reflejo de la era general hacia finales del reinado de Ramsés XI, el último faraón de la dinastía XX (aunque también pudo haberse escrito un poco más tarde, durante la dinastía XXI o la XXII).[48]

TERRITORIO FENICIO Y CONTACTOS EN ULTRAMAR

El verdadero territorio de los fenicios es un tema de creciente interés para los arqueólogos e historiadores de la Antigüedad hoy en día. Parte del problema es que las grandes ciudades antiguas del Líbano yacen debajo de sus homólogas modernas y, por consiguiente, son difíciles de excavar. El constante malestar político del país ha ralentizado el ritmo de las excavaciones en las ciudades fenicias claves. En consecuencia, ha habido pocas oportunidades de recuperar material de este período en el Líbano en yacimientos distintos de Tiro, Beirut, la isla de Arwad y Tell Arqa (la antigua Irqata). Está también Sarepta, un yacimiento identificado como la Sarepta bíblica, ubicado en la costa entre Sidón y Tiro, que fue excavado por James Pritchard y la Universidad de Pensilvania en la década de 1970. Estas distintas excavaciones han arrojado cierta luz sobre la cultura material fenicia, especialmente cerámica, pero no la suficiente.[49]

Sabemos, sin embargo, que el territorio fenicio de aquella época se extendía mucho más al sur, en lo que hoy es Israel. Algunos estudiosos suelen denominar «Fenicia del sur» a esta zona, donde yacimientos como Tel Dor han proporcionado testimonios de cerámica fenicia y otros restos en los niveles de la Edad del Hierro, incluidas reservas de plata, que indican contactos con Iberia. En Dor, oculto en una jarra de cerámica cubierta con un bol había un tesoro de ocho kilos y medio de piezas de plata cortadas. Supuestamente fue hallado cerca de un edificio que contenía cerámica griega de Eubea, en un contexto que inicialmente se fechó a finales del siglo XI o a principios del X a. C., pero hoy en día se piensa que se remonta a la segunda mitad del siglo X.[50]

La plata de estos tesoros hallados en Dor y en otros lugares parece proceder de fuentes diversas, entre las cuales destaca Iberia. Otras piezas vienen posiblemente de Anatolia y Cerdeña. Esta

particularidad es de gran interés, porque muchos de los tesoros de Israel fechados en 1200-950 a. C. contienen una aleación de plata con cobre. Los autores de un estudio dirigido por Tzilla Eshel de la Universidad de Haifa interpretan que esta dilución indica una posible escasez de plata a consecuencia del colapso al término de la Edad del Bronce Final, y que por esta razón se llevó a cabo tan intensa búsqueda de nuevas fuentes en Anatolia y en el Mediterráneo occidental. Su importación comenzó a mediados del siglo x a. C.[51]

La idea de que los fenicios estuvieran importando plata desde España ya en el siglo xi a. C., y sin duda en el x, no solo se basa en los análisis del origen de la plata encontrada en los tesoros de la Edad del Hierro en el Levante, como el de Dor, sino también en la cerámica fenicia hallada en el yacimiento de Huelva en España, que algunos sitúan en fecha tan temprana como el siglo xi. El descubrimiento y explotación de una nueva fuente de plata en Iberia debió de constituir un gran acontecimiento en la época. Tal como argumentó Mitchell Allen en su disertación de 1977 en la UCLA, esto dio a los fenicios una gran libertad, que les hizo lo suficientemente ricos como para establecer finalmente colonias por todo el Mediterráneo, y sobre todo para protegerse de la apropiación por parte de los asirios mediante el pago de tributos cuando fuera necesario.[52]

Además, el cercano yacimiento de Tel Shiqmona, junto a la moderna ciudad de Haifa, ha proporcionado buenas pruebas de que la producción de tinte púrpura continuó desde finales del siglo x a. C. hasta el siglo vii a. C. Los hallazgos de este yacimiento, que se excavó por primera vez en las décadas de 1960 y 1970, se han vuelto a examinar recientemente, en especial los numerosos tiestos de cerámica, que todavía están teñidos de púrpura y azul en la parte interior. Golan Shalvi y Ayelet Gilboa, ambos de la

Universidad de Haifa, sospechan que el yacimiento estuvo bastante implicado en la industria del tinte. Normalmente, en estos yacimientos o cerca de ellos, encontramos montones de conchas aplastadas de caracoles marinos murex, que eran parte integrante del proceso de fabricación, pero aquí en Shiqmona hay testimonios adicionales como estos tiestos cerámicos, que podrían contribuir a arrojar más luz sobre los fenicios y la producción de tinte púrpura, también en esta región de la «Fenicia del sur».[53]

Si viajaban hacia el extremo oeste, hasta España, los fenicios sin duda tendrían que hacer el viaje por etapas, incluyendo paradas en Chipre y en el Egeo, y quizá atracando en puertos de Creta y de la Grecia continental. En este aspecto, cabe destacar las importaciones fenicias fechadas en este período que se han encontrado en Chipre, especialmente en contextos funerarios en la parte oeste de la isla, como Paleopafos. Carol Bell ha sugerido que los fenicios debieron de utilizar el oeste de Chipre como «escala para los viajes hacia el oeste». No obstante, por el momento hay pocos restos materiales en el Egeo de contactos fenicios durante el siglo XI a. C.[54]Esto no significa que estos contactos no existieran, sobre todo si barcos fenicios navegaban rumbo al oeste hacia Iberia, pero tendremos que esperar y ver qué nos aportan las futuras excavaciones.

FENICIOS, CHIPRIOTAS Y GRIEGOS

Las similitudes entre la cerámica local griega y la loza excavada en Tiro en la década de 1970 sugieren que fueron concretamente los tirios quienes iniciaron las aventuras marítimas hacia el Egeo y hacia el oeste durante el siglo X a. C.[55]«Actualmente se considera muy probable que se produjese una especie de viaje precolonizador a pequeña escala de los fenicios a principios de la Edad del Hierro, posiblemente en el siglo X, cuando la organización social y política de los fenicios cambió radicalmente», escri-

be Kourou, la especialista en contactos fenicios que enseña en la Universidad de Atenas.

Y prosigue: «El siglo x fue un período crucial para Fenicia, porque fue la época en la que el gobernante de Tiro, Hiram I, logró unificar las ciudades costeras bajo su liderazgo en una especie de unión comercial, aunque no todavía política. Hiram fue el primero en organizar la política comercial de los fenicios y en iniciar sus viajes comerciales ultramarinos en el Mediterráneo aproximadamente a finales del siglo x». De particular interés es su declaración de que «es precisamente ahora, es decir, en la segunda mitad del siglo x, cuando los fenicios y los griegos intentan de nuevo, después del final de la Edad del Bronce, recorrer largas distancias para comerciar».[56]

Eubea, y concretamente Lefkandi, además de Cnosos y Kommos en Creta, son zonas del Egeo que han proporcionado los artefactos fenicios más antiguos hasta la fecha. Justamente en Kommos, en la costa sur de Creta, se han hallado desde doscientos hasta más de trescientos tiestos (según los distintos informes) de cerámica fenicia en el santuario griego del lugar. Dicho santuario data de la segunda mitad del siglo x (aunque los fragmentos podrían fecharse en el siglo ix, según el análisis cerámico más reciente).[57]

En el transcurso de este siglo, los objetos fenicios hallados en Creta y en la Grecia continental aumentan en número. Es precisamente en esta época, aseguran algunos estudiosos, cuando esta región se utiliza como punto de partida de los barcos fenicios rumbo al lejano oeste, hacia Cartago o incluso hacia Iberia. Otros historiadores han sugerido incluso que en estos momentos había emigrantes fenicios, del Norte de Siria o de otros lugares del Oriente Próximo viviendo en enclaves como Cnosos y Kommos en Creta o en Lefkandi o incluso Atenas en el continente.[58]

En compensación, se han encontrado numerosos tiestos griegos de este período en diversos yacimientos levantinos, entre ellos Biblos, Tiro y Sarepta, y más al sur, en el actual Israel, inclusive en Tel Dor. Sin embargo, a partir de las pruebas de Lefkandi, parece que los chipriotas se unieron a los fenicios para navegar hacia el oeste e iniciar contactos sostenidos con el Egeo y más allá. Los objetos chipriotas y del Oriente Próximo casi siempre se encuentran juntos en contextos del Egeo, como el cuenco chipriota con una inscripción fenicia procedente del cementerio de Tekke en Cnosos y los tiestos de cerámica fenicia hallados en Kommos. También hay otros artículos chipriotas encontrados en Creta, en Fortetsa y en el Cementerio Norte de Cnosos.[59]

El siglo x se considera normalmente un período continuado de transición en Chipre, pero pocos estudios debaten este período en detalle, puesto que hay pocos datos disponibles en la actualidad. Si se menciona por alguna razón, normalmente es, o bien a la par con los acontecimientos del siglo xi que ya hemos visto más arriba y como preparación del escenario para los cambios que se producirían en el siglo viii a. C., o específicamente en términos de testimonios funerarios procedentes de distintos cementerios.[60]

REYES DE BIBLOS Y TIRO

No sabemos el nombre de ninguno de los gobernantes de Chipre durante este período, aparte de la mención literaria de la reina (o gobernadora) Hatiba del *Viaje de Unamón*, pero sí tenemos inscripciones que proporcionan los nombres de seis reyes de Biblos que gobernaron durante el siglo x y comienzos del ix a. C.: Ahiram, Itobaal, Yehimilk, Abibaal, Elibaal y Shipitbaal.[61] En realidad, de todas las ciudades fenicias, sabemos más sobre Biblos en lo que respecta a sus gobernantes durante el siglo x a. C.

Biblos había estado activa durante mucho tiempo en el escenario internacional. En el siglo xiv a. C., el rey Rib-Hadda envió docenas de cartas a los faraones Amenhotep III y a su hijo Ajenatón, que se guardaron en los archivos de Amarna en Egipto, donde fueron descubiertas en 1887.[62] Biblos era también el destino de Unamón *c.* 1075 a. C., cuando estaba gobernado por Chekerbaal (aka Zakarbaal).

Ahora tenemos estos seis nombres adicionales, que nos llegan de inscripciones que han dejado los propios gobernantes de Biblos. En conjunto, se conocen y se ha debatido sobre ellos durante más de un siglo. En cada uno de los casos, se nos dice el nombre del rey actual y después su ascendencia que se remonta a una o más generaciones. Por ejemplo, sabemos del rey llamado Ahiram y de su hijo Itobaal por una inscripción incisa en la tapa de un sarcófago que Itobaal hizo construir a la muerte de Ahiram. Dicho sarcófago fue descubierto hace cien años, en 1922, cuando un deslizamiento de tierras puso al descubierto el cementerio real de Biblos. Además de identificar al rey fallecido y atribuir a su hijo la confección del sarcófago, hay una maldición incluida en la inscripción: «El sarcófago que Itobaal, hijo de Ahiram, rey

de Biblos, hizo para Ahiram, su padre, cuando lo colocó en su eternidad. Y si un rey entre reyes, o un gobernador entre gobernadores, o comandante de un ejército llegara a Biblos y destapase este sarcófago, que el cetro de su mandato se quiebre, que el trono de su reino sea derrocado y que huya de Biblos. Y en cuanto a él, que sus registros reales sean borrados de Biblos».[63]

Por desgracia, no hay ningún vínculo conocido entre estos dos reyes y los cuatro posteriores. Sin embargo, teniendo en cuenta el estilo de las letras utilizadas en las distintas inscripciones, se cree que estos dos son los más antiguos de nuestra lista de reyes conocidos, que gobernaron *c.* 1000 a. C., y 975 a. C., respectivamente.[64]

Fig. 8. Sarcófago de Ahiram, con inscripción fenicia. Fotografía cortesía de la Biblioteca del Congreso, Colección Fotográfica de G. Eric y Edith Matson, matpc.03491.

Tres de los otros cuatro reyes se mencionan en una inscripción que fue «hallada cerca de la muralla asociada a la acrópolis de Biblos» y publicada en 1945. Conocida como la Inscripción de Shipitbaal, reza: «La muralla que Shipitbaal rey de Biblos, hijo de Elibaal rey de Biblos, hijo de Yehimilk rey de Biblos, construyó para Baalat de Biblos, su señor. Que Baalat de Biblos prolongue los días de Shipitbaal y sus años sobre Biblos». Así pues, tenemos

una secuencia de tres generaciones de gobernantes, que empieza con Yehimilk, después su hijo Elibaal, seguido de su nieto Shipitbaal. Se ha planteado que gobernaron durante la segunda mitad del siglo x a. C.[65]

Este orden de reyes queda confirmado por otra inscripción encontrada en Biblos, tallada en el torso de un busto del faraón egipcio Osorcón I, mencionado en el capítulo 1, que gobernó Egipto *c.* 924-889 a. C. Publicada por primera vez en 1925 y conocida como la Inscripción de Elibaal, reza: «[La estatua] que Elibaal rey de Biblos, hijo de Yehi[milk rey de Biblos], hizo para Baalat de Biblos su señor. Que Baalat [de Biblos] prolongue [los días de] Elibaal y sus años sobre [Biblos]». La inscripción no solo nos proporciona la secuencia de dos generaciones de Yehimilk seguido de su hijo Elibaal, sino que además nos informa de que este último gobernó aproximadamente al mismo tiempo que Osorcón I, lo que nos da las fechas aproximadas de Elibaal. Se nos regala, por añadidura, el nombre de una de las deidades de Biblos, Baalat, que se menciona en ambas inscripciones.[66]<

Fig. 9. El faraón Osorcón I con la inscripción de Elibaal, procedente de Biblos. Fotografía cortesía de Rama vía Wikimedia Commons.

También Yehimilk nos ha dejado una inscripción que documenta su construcción de un templo en Biblos y nos proporciona información adicional sobre los dioses y diosas de la época. La Inscripción de Yehimilk se publicó en 1930 y dice: «El templo [literalmente: "casa"] que Yehimilk, rey de Biblos, construyó. Él restauró todos los templos derruidos. Que Baal-Shamen y Baalat Biblos y la Asamblea de los Dioses Sagrados de Biblos prolonguen los días de Yehimilk y sus años sobre Biblos porque el rey piadoso y justo ante los Sagrados Dioses de Biblos es él».[67]

Por último, tenemos también la Inscripción Abibaal, que fue hallada inscrita en una estatua del faraón Sheshonq I, padre de Osorcón, que gobernó en Egipto *c.* 945-924 a. C., mencionado también en el capítulo 1. Si las restauraciones de las partes perdi-

das de esta inscripción son correctas, parece que Yehimilk tenía otro hijo, Abibaal, que también aseguraba haberle sucedido en el trono. Publicada por primera vez en 1903, la inscripción reza: «[La estatua que] Abibaal rey de [Biblos hijo de Yehimilk rey] de Biblos trajo de Egipto para Baalat [de Biblos, su señor. Que Ba'alat de Biblos prolongue los días de Abibaal y sus años] sobre Biblos». Igual que en la inscripción de Elibaal de la estatua de Osorcón I, también la inscripción de Abibaal de la estatua de Sheshonq I nos da las fechas aproximadas del gobierno de Abibaal.[68]

A simple vista, las inscripciones de estos gobernantes sin rostro no parecen indicar mucho más aparte de su genealogía, pero, en realidad, disponer de esta información es extremadamente útil, sobre todo porque nos muestra que en Biblos el gobierno de un grupo hereditario de dinastas continuó durante la Edad del Hierro. Desgraciadamente, los hallazgos arqueológicos (todavía) no nos han proporcionado ninguna lista de gobernantes contemporáneos de Tiro, pero sí sabemos de Hiram de Tiro, del que ya hablamos en el capítulo 1 y después mencionamos otra vez hace unas pocas páginas, que probablemente gobernó *c.* 970-936 a. C. También hay otros que aparecen mencionados por autores romanos y griegos posteriores. Según el historiador romano Flavio Josefo, por ejemplo, que escribió a mediados del siglo I d. C., los sucesores de Hiram que gobernaron Tiro fueron Baal-ma'zer [Baalazor] y Abdi-Aštart [Abdastratus], ambos a finales del siglo X, como ya se ha señalado más arriba. Les sucedió un usurpador llamado Methusastratos y después Iš-Aštart y Aštar(t)-imn a comienzos del siglo IX a. C., si es que podemos confiar en lo que dice Josefo.[69]

———

La Biblia puede darnos también el nombre de otro rey que gobernó Tiro aproximadamente en esta época, porque el relato bíblico habla de un rey de Tiro llamado Itobaal que gobernó desde comienzos hasta mediados del siglo IX a. C., tras sus predecesores Iš-Aštart y Aštar(t)-imn. Hay que tener cuidado y no confundir a este rey con el anterior rey de Biblos del mismo nombre, y al que acabamos de mencionar, que reinó durante los primeros años del siglo X, inmediatamente después de su padre Ahiram.[70]

Según el relato de 1 Reyes 16, 29-32, Itobaal de Tiro se alió con Omri, rey del Reino del Norte de Israel (que gobernó *c.* 884-873 a. C), y dio a su hija, la infame Jezabel, en matrimonio al hijo de Omri, Ajab (reinó *c.* 871-852 a. C.). La hija de ambos, Atalía, se casó a su vez con el rey Jehoram de Judá (2 Reyes 8, 16-18). El hecho de que Jezabel practicase de forma activa la religión politeísta de Tiro (y Biblos) en el Israel monoteísta queda confirmado en los pasajes bíblicos que describen la batalla entre los sacerdotes de Baal y los sacerdotes israelitas en el monte Carmelo (1 Reyes 18-19, 21; 2 Reyes 9).[71]

Por lo que respecta a Omri, al que ya conocimos brevemente al final del capítulo 1, durante su reinado estableció la capital del Reino del Norte de Israel en Samaria (a la que más tarde Herodes el Grande llamaría Sebastia), hoy ubicada en Cisjordania al noroeste de Nablus. Aquí construyó un palacio, terminado después por su hijo Ajab, que se mantuvo en pie durante un siglo y medio hasta la destrucción final de la ciudad y la asimilación del reino al Imperio neoasirio *c.* 720 a. C.

El yacimiento y el palacio fueron excavados por primera vez por un equipo de arqueólogos estadounidense dirigido por George Reisner de la Universidad de Harvard desde 1908 hasta 1910. Posteriormente, la denominada Expedición Conjunta conducida por el arqueólogo John Crowfoot y en la que participaban ar-

queólogos británicos de la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén, el Fondo para la Exploración de Palestina y la Universidad Hebrea de Jerusalén, excavó en el yacimiento desde 1931 hasta 1935. Uno de los miembros de esta última expedición era una muy joven Kathleen Kenyon, que saltaría a la fama por derecho propio como la excavadora de Jericó y Jerusalén varias décadas después. En las ruinas del palacio se encontró el jarro de alabastro inscrito con el cartucho de Osorcón II, ya mencionado más arriba, además de unos mil objetos de marfil, conocidos hoy como los marfiles de Samaria, que se remontan al siglo IX o VIII a. C., y que actualmente están expuestos en el Museo de Israel de Jerusalén.[72]

———

Josefo atribuye también a Itobaal de Tiro el hecho de ser el primer rey fenicio en establecer colonias en el Mediterráneo, incluida Kition en Chipre. Efectivamente, como varios académicos han señalado, la arqueología parece confirmar que Kition es la primera colonia fenicia de la isla, aunque sus habitantes no dejaron demasiados restos.[73]

Por otro lado, los restos arqueológicos hallados en Cerdeña y España, incluida Huelva, han corroborado que en aquellas zonas hubo una presencia fenicia permanente a comienzos del siglo IX a. C. (en contraste con los primeros contactos comerciales más efímeros de los siglos anteriores que hemos mencionado más arriba), tal vez en respuesta a la continua necesidad de plata de aquellas zonas. También es harto conocida, y muy debatida, la inscripción fenicia del yacimiento de Nora en Cerdeña, fechada a finales del siglo IX a. C., y hallada tiempo atrás, en 1773, que proba-

blemente conmemora la construcción de un templo en ese lugar.[74]

Josefo asegura también que Itobaal estableció una dinastía que gobernó Tiro durante el siglo siguiente. Pese a que no podemos estar seguros de que el relato sea preciso y de fiar, Josefo enumera a los sucesores de Itobaal: Baal-ma'zer [Baal-azor] II, Mattan I y Pummayon [Pigmalión], que gobernaron desde mediados del siglo IX hasta principios del VIII a. C. Una inscripción del rey neoasirio Salmanasar III, al que ya conocimos en el capítulo 2, declara específicamente que en el año decimoctavo de su reinado (841 a. C.) recibió tributo de «Ba'ali-manzer de Tiro». Este debería ser el mismo rey Baal-ma'zer que menciona Josefo, y nos da más detalles que simplemente los «tirios y sidonios» normalmente citados en las distintas versiones de la inscripción de Salmanasar. Como ha señalado Nadav Na'aman de la Universidad de Tel Aviv, esto nos hace confiar más en la precisión de la lista de Josefo, puesto que la lista Salmanasar es al mismo tiempo contemporánea al período de este rey de Tiro y (presumiblemente) una fuente independiente.[75]

Cabe señalar aquí como recordatorio interesante que, según tradiciones romanas muy posteriores que incluyen también a Josefo y a los poetas Ovidio y *Virgilio* (véase su *Eneida*), fue supuestamente la hermana de Pigmalión, Elisa (también conocida como Dido), la que huyó de Tiro después de que Pigmalión matase a su esposo; más tarde fundaría la ciudad de Cartago en el actual norte de África *c.* 814. Aunque esto no sea más que un mito o leyenda de fundación, los restos arqueológicos de Cartago indican una fecha fundacional de finales del siglo IX (*c.* 835-800 a. C.).[76]

Esta leyenda ha sido también vinculada a un reciente descubrimiento realizado casualmente por el submarino nuclear de investigación estadounidense *NR-1* mientras buscaba el *Dakar*, un

submarino israelí que se había perdido en la década de 1960. Pese a que la tripulación no consiguió encontrar el *Dakar*, sí descubrió los restos de dos barcos de la Edad del Hierro fechados en el siglo VIII a. C.; ambos se habían hundido a poco más de treinta millas de la costa de la Franja de Gaza y yacían ahora a cuatrocientos metros de profundidad en el Mediterráneo.[77]

En 1999, Bob Ballard, más conocido quizá por ser el descubridor del *Titanic*, y Larry Stager, que entonces ejercía de profesor en Harvard y dirigía las excavaciones en el yacimiento de Ascalón, regresaron a la zona para continuar con la investigación de las dos naves, apodadas *Tanit* y *Elisa*, como parte del Proyecto Deep-Sea de Ascalón. Utilizando un sistema de vehículo operado a distancia conocido como *Medea/Jasón*, pudieron escanear y mapear ambos barcos y documentar centenares de ánforas que yacían en el fondo del mar en ambos lugares: 385 ánforas en o cerca de los restos del *Tanit* y 396 en el lugar donde se encontraba el *Elisa*. Es muy probable que el *Tanit* tuviera unos catorce metros de eslora por seis metros y medio de ancho, mientras que el *Elisa* era solo un poco más grande, unos catorce metros y medio de largo por unos siete de ancho.

Con el fin de tomar muestras y analizar algunos de los restos arqueológicos, el equipo sacó a la superficie dieciséis ánforas del *Tanit* y ocho del *Elisa*, además de otra clase de cerámica como calderos y cuencos. Todas las ánforas fueron enseguida identificadas como fenicias, producidas en «una o más de las ciudades portuarias fenicias», y fechadas, por razones estilísticas, en *c.* 750 a. C. En su posterior artículo, publicado en el *American Journal of Archaeology* en 2002, Ballard y Stager recurrieron a Elisa (Dido) y a «Pumiyaton» (Pummayon [Pigmalión]) en sus argumentaciones, y plantearon la hipótesis de que los barcos posiblemente na-

vegaran desde Ascalón hacia Egipto y desde allí a la recién fundada colonia fenicia de Cartago.

CONTACTOS CONTINUOS EN LOS SIGLOS IX Y X A. C.

En cuanto a Chipre, sus exportaciones, desde cuchillos de hierro hasta cuentas de oro y una diadema, siguieron llegando al Egeo durante el siglo IX, especialmente a los yacimientos cretenses de Cnosos, Kommos y Eleuterna. Como afirma Nota Kourou, «a mediados del [siglo] IX ya se habían restablecido por completo las comunicaciones regulares en el Mediterráneo y se habían activado una serie de redes chipriotas y chipro-levantinas en Creta».[78]

También señala que, a partir de finales del siglo IX, las visitas chipriotas a Creta se hacen más frecuentes y también crece el número de sus importaciones. Esto, dice, «coincide también con el inicio de los viajes regulares fenicios en el Mediterráneo central y el establecimiento de Cartago», cosa que explicaría el repentino aumento de importaciones fenicias en Creta también en aquellos momentos, puesto que Creta se encontraba en esta ruta comercial y además debía de haber «algunas redes chipriofenicias activas en el geométrico cretense de la época».[79]

Al mismo tiempo, sin embargo, los objetos chipriotas disminuyen en la Grecia continental, mientras que los artefactos del Oriente Próximo siguen apareciendo en numerosos yacimientos, incluidos artículos que abarcan desde cuencos de bronce hasta objetos de fayenza y otros de oro y marfil. Es posible que en aquel momento los fenicios se hubieran apropiado de las rutas hacia la Grecia continental y bloqueado el comercio de los chipriotas, como se ha sugerido, aunque esto parecería un poco extraño puesto que el comercio simultáneo con Creta obviamente no estaba bloqueado. En cualquier caso, Crielaard destaca que fue justo entonces «en los siglos IX y especialmente en el VIII a. C. cuando el inter-

cambio interregional [de nuevo] alcanzó un nivel de complejidad que podría compararse con el de la Edad del Bronce Final».[80]

———

Como es sabido, y como se ha insistido a lo largo del volumen anterior, *1177 a. C.*, es muy probable que la sequía desempeñase un papel fundamental en el derrumbe de la Edad del Bronce Final. No obstante, parece que la sequía llegó a su fin en todas estas zonas, en Chipre y por todo el Mediterráneo oriental, a mediados del siglo IX, de modo que podríamos considerar que esta fue una de las causas de este período de renovado intercambio. La aridez, a la que las poblaciones tuvieron que adaptarse forzosamente a lo largo de los siglos anteriores, finalmente fue reemplazada por condiciones meteorológicas más cálidas y húmedas que se prolongarían durante el resto de la Edad del Hierro y que contribuyeron a la revitalización de las sociedades. Las exploraciones arqueológicas indican, por ejemplo, que desde finales del siglo IX en adelante hay testimonios de nuevos asentamientos y reasentamientos de zonas anteriormente abandonadas en Chipre, que sin duda reflejan nuevas formas de utilizar la tierra y un compromiso con las condiciones climáticas cambiantes.[81]

Durante el siglo VIII a. C., se reanudó en Chipre una significativa producción de cobre. También en este mismo período, o tal vez incluso un poco antes, se establecieron o restablecieron o pasaron a un primer plano las ciudades más importantes de Chipre, quizá como nuevas formaciones sociopolíticas, como algunos han planteado, que perdurarían hasta el siglo IV a. C. o más allá. Entre ellas figuran los siete reinos chipriotas cuyos reyes aparecen mencionados en una estela erigida en Kition por el rey neoasirio Sargón II a finales del siglo VIII (*c.* 709 a. C.) y los diez reinos

chipriotas nombrados en un prisma de arcilla por el rey neoasirio Asarhadón casi a comienzos del siglo VII (*c.* 674 a. C.).[82]

En esta fecha tardía Chipre queda incorporado al Imperio neoasirio, aunque no hay pruebas de que fuera conquistado físicamente. La isla continuaría floreciendo hasta y durante el período romano como principal proveedor de cobre, que durante siglos siguió siendo muy demandado.

BREVE RESUMEN

Tanto los chipriotas como los fenicios demostraron ser resilientes y al mismo tiempo innovadores durante los siglos posteriores al colapso de la Edad del Bronce Final. Los fenicios en concreto se aprovecharon del saqueo de Ugarit y de otras ciudades portuarias para hacerse con el control de las rutas comerciales a través del Mediterráneo, difundieron su versión del alfabeto e intercambiaron bienes comerciales como el tinte púrpura por plata y otros metales procedentes de lugares tan lejanos como Sicilia, Cerdeña e Iberia. Los chipriotas hicieron lo mismo y extendieron los productos de hierro y la tecnología del hierro hacia el este y hacia el oeste. Juntas, me atrevería a afirmar, fueron las dos sociedades que capearon la transformación hacia la nueva normalidad de forma más satisfactoria; ambas podrían incluso ser etiquetadas de antifrágiles, porque florecieron durante el caos que siguió al derrumbe. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los hititas en la Anatolia central, como veremos en el siguiente capítulo.

4

Rey de la tierra de Karkemish

(*Anatolia y Norte de Siria*) *El primer día de una nueva expedición arqueológica a Karkemish en 2011, Nicolò Marchetti de la Universidad de Bolonia encontró una estela de basalto inscrita. Había sido erigida en aquel lugar tres mil años antes, en el siglo* X *a. C., por el rey neohitita que se autodenominaba Suhi, «Gobernante, Señor del País de la ciudad de Karkemish».*

Aquel día, Marchetti estaba inspeccionando el yacimiento por su cuenta. Era la primera vez, desde la última temporada de los arqueólogos británicos casi un siglo antes, en 1920, que se concedía permiso oficial a los excavadores para trabajar en el yacimiento, situado en la frontera moderna entre Siria y Turquía. Desde entonces, tras la guerra de Independencia turca, el lugar había quedado dividido entre dos países, con cincuenta y cinco hectáreas del yacimiento en Turquía y treinta y cinco hectáreas en Siria.[1]

Justo en la parte turca del yacimiento se había instalado un puesto de observación del ejército y, en 1956, cuando la región estaba plagada de contrabandistas, se colocaron minas antipersona y antitanques a lo largo de la frontera en una franja de trescientos a quinientos metros de ancho (y con una longitud de quinientos kilómetros). Así, antes de que empezasen las nuevas investigaciones arqueológicas, la zona tuvo que ser desminada. Cuando Marchetti inició su exploración, le garantizaron que el yacimiento estaba en un 99,6 por ciento libre de minas. Sin embargo, como él mismo apuntó, aquello significaba que «de 1.000 minas, hay un riesgo estadístico residual de que 4 no hayan sido detectadas». Por este motivo, cuando por fin el equipo empezó a trabajar, se

contrataron desactivadores de minas profesionales para que revisasen de nuevo las zonas en las que habían planeado excavar.[2]

La estela inscrita que encontró Marchetti aquel día tenía originalmente casi dos metros de altura. Había sido encargada por Suhi I para conmemorar la resolución de una disputa entre Ura-Tarhunta, el gran rey de la tierra de Karkemish, y la «tierra Sura», que se considera normalmente una referencia a Asiria, y que al parecer se había producido en algún momento anterior.[3] La inscripción reza: «El Gran Rey Ura-Tarhunta, Gran Rey, Héroe, Rey de la tierra de Karkemish, hijo de Sapaziti, Gran Rey, el Héroe. Por él surgió una disputa con la tierra Sura y él se enfrentó al ejército. Al Rey Ura-Tarhunta el poderoso dios de la Tormenta y Kubaba [dieron] una poderosa protección, y pusieron el brazo derecho sobre él, y él mismo resolvió la disputa. Y Suhi, el querido pariente del Rey Ura-Tarhunta, el Gobernante, el Señor del país de la ciudad de Karkemish, erigió esta estela».[4]

Hoy en día está considerada la inscripción más antigua de la Edad del Hierro hallada en el yacimiento de Karkemish. Curiosamente, es un duplicado casi exacto de otra inscripción que había encontrado mucho antes el arqueólogo británico del yacimiento, pero que al parecer fue erigida más tarde por uno de los hijos de Suhi I.[5] Podemos desentrañar esto un poco más. Sabemos de dos reyes de Karkemish anteriores, en concreto, Kuzi-Tešub e Ini-Tešub, que gobernaron durante el siglo XII. Ahora tenemos a estos otros dos reyes, Sapaziti y su hijo Ura-Tarhunta, que a su vez gobernaron la tierra de Karkemish a finales del siglo XI a. C. Todos ellos llevaban el título de «Gran Rey». Por desgracia, al desconocer las fechas exactas de Ura-Tarhunta, tampoco podemos saber qué gobernante de Asiria estaba en el trono en la época de la mencionada disputa. Es muy probable que fuera Asurnasirpal I,

que gobernó desde 1049 hasta 1031 a. C., o Salmanasar II, que reinó desde 1030 hasta 1019 a. C., pero es tan solo una conjetura.

No obstante, la inscripción nos proporciona también el nombre de Suhi, que asegura haber sido pariente de Ura-Tarhunta. El gobierno de Suhi parece que comenzó en torno al año 1000 a. C.; sabemos por esta y otras inscripciones que fundó una dinastía de gobernantes que se autodenominaban no «Gran Rey» sino «Soberano, Señor del País de la Ciudad de Karkemish». Entre ellos estaba su hijo Astuwalamanza, su nieto Suhi II, su bisnieto Katuwa y un tataranieto llamado Suhi III (que accedió al trono en torno al 900 a. C.).[6]

El debate académico acerca de cómo funcionaban estos dos conjuntos diferentes de soberanos, «Grandes Reyes» y «Señores del País», sigue aún vivo. Puesto que el título completo utilizado por Sapaziti y Ura-Tarhunta, y sus sucesores, parece haber sido «Gran Rey, Rey de la Tierra de Karkemish», es posible que gobernasen toda la zona controlada por Karkemish, mientras que Suhi y sus descendientes simplemente gobernaban la ciudad. Esta es la postura más habitual entre los estudiosos, es decir, que ambas dinastías gobernaron al mismo tiempo durante un breve período, porque Suhi dice que él es un querido pariente de Uta-Tarhunta. Sin embargo, Alessandra Gilibert, profesora de la Universidad Ca' Foscari de Venecia, ha planteado que Suhi I pudo ser en realidad un usurpador que se apoderó del trono de Karkemish y que él y sus sucesores gobernaron en toda la zona, aunque con este título diferente. Puede que fuera así, porque no vemos demasiado solapamiento, y si lo hay, es en términos de fechas de reinado entre los Grandes Reyes y los Señores del País de Karkemish después del siglo x a. C. Pero, para complicar más las cosas, los soberanos de la cercana ciudad de Malatya, que también reivindicaban su descendencia de Kuzi-Tešub, el «Gran Rey de Karkemish» *c.* 1200

a. C., se llamaban a sí mismos «Señores del País» en su titulatura.[7] Dicho de otro modo, la relación exacta que estos grupos de gobernantes tenían entre sí sigue sin aclararse.

HITITAS Y NEOHITITAS

Hemos saltado a este tema de Karkemish y los gobernantes neohititas en mitad de las cosas (*in medias res*, por así decirlo), de modo que retrocedamos un instante y pongámoslo todo en contexto.

En parte de las inscripciones neoasirias en las que Tiglat-Pileser I menciona a Biblos, Sidón y Arwad, y regalos del faraón egipcio, comentadas en el capítulo 2, afirma también que se convirtió en «señor de toda la tierra [de] Hatti» y concretamente dice que recibió rehenes, impuestos, tributos y troncos de cedro de Ini-Tešub (o Ini-Teššub), «rey de la tierra de Hatti».[8] Esto nos resulta sumamente útil, porque acabamos de encontrarnos con Ini-Tešub, que es conocido en otros registros textuales como un rey que gobernó a finales del siglo XII a. C. en Karkemish (en contraposición al anterior rey hitita del mismo nombre que gobernó en Anatolia durante la Edad del Bronce Final). Por consiguiente, podemos correlacionar los reinados de estos dos reyes de la Edad del Hierro, Tiglat-Pileser I de Asiria y Ini-Tešub de Karkemish, y estar bastante seguros de que este episodio tuvo lugar justo al final del siglo XII y comienzos del XI, en torno a 1100 a. C.[9] Esta es la primera vez que nos encontramos con los estados sucesores de Anatolia y Siria de los hititas de la Edad del Bronce en los textos de la época y la primera vez que vemos a los herederos de los imperios de la Edad del Bronce entrando en contacto y en conflicto.

Hay que destacar que Tiglat-Pileser llama a Ini-Tešub «rey de la tierra de Hatti», a pesar de que el verdadero Imperio hitita de Anatolia se había derrumbado y había desaparecido casi por completo en los años posteriores a 1200 a. C. La capital, Hattusa, al inicio fue abandonada y a continuación parcialmente destrui-

da, pero después se estableció un pequeño pueblo de la Edad del Hierro en una reducida zona de la ciudad original. Lorenzo d'Alfonso de la Universidad de Nueva York y sus colegas han resumido la situación de este modo: «Tuvo lugar una profunda transformación en el anterior núcleo del imperio alrededor de la capital Hattusa, que desembocó en una drástica disminución de la complejidad política, un cambio a una economía de subsistencia doméstica y una falta de vestigios de la existencia de instituciones públicas». Es más, James Osborne, un profesor de la Universidad de Chicago, cita una reciente investigación que afirma que debió de haber «una caída drástica de asentamientos del 90 por ciento aproximadamente» en el centro-sur de Anatolia en aquella época y dice que «a pesar de las muestras de continuidad en ciertas localidades ..., el panorama general es el de un acusado declive de la complejidad social hasta el siglo IX».[10]

No obstante, la vida prosiguió en otros lugares de Anatolia, sobre todo en el interior, donde los campesinos y aldeanos continuaron prácticamente igual que antes, aunque quizá cambiaron la cría de ovejas por la de cabras y ganado vacuno, como documentó Sarah Adcock en su disertación en la Universidad de Chicago, puesto que el cambio climático impactó en la población de toda la zona.[11](Como nota al margen, en cuanto a la Grecia continental, investigaciones recientes han demostrado que es necesario reconsiderar lo que antes se pensaba que era un cambio similar hacia el ganado vacuno en Nicoria, Mesenia, ya que los restos de la Edad del Hierro Antigua en esa región en realidad no muestran que en aquel momento se criase más vacuno, como se había pensado hasta ahora, y en cambio sugieren que las cosas permanecieron esencialmente iguales en esta zona en términos de la cría de animales durante la Edad del Bronce Final y la Edad del Hierro Antigua.)[12]

Por otro lado, en el yacimiento de Gordión en el centro de Anatolia tenemos pruebas, basadas en la nueva datación de restos ya conocidos, de que había gente viviendo en el lugar a partir del siglo XII y de que se produjo una reorganización de la economía local a pesar de que la influencia hitita en la zona ya no existía. Esto reviste un gran interés, sobre todo desde que hay nuevos testimonios adicionales, basados en la dendrocronología y análisis isotópicos de la madera de los árboles de enebro que se utilizaba en el lugar, de que la zona sufrió una serie de rachas de sequía en las postrimerías de la Edad del Bronce Final, incluida una sequía de tres años fechada en 1198-1196 a. C.[13]

Antes de hacerse famosa por ser la zona en la que gobernaba el rico rey Midas (de la mitología griega) y donde estaba ubicado el nudo de Gordias que Alejandro Magno cortó de un tajo, Gordión pasó a ser conocida como la capital de los frigios a mediados del siglo IX a. C. Muchos creen que los frigios migraron a esta región procedentes de algún otro lugar y eran conocidos por parte de los asirios como el reino de Mushki, aunque entre los académicos el debate sigue vivo. Tiglat-Pileser I asegura haber combatido contra ellos y haberlos derrotado por lo menos en una batalla mucho tiempo atrás, pero después no atrajeron de forma seria la atención de los asirios hasta finales del siglo VIII a. C.[14]

Recientemente, la atención se ha centrado de nuevo en esta zona debido a un descubrimiento que tuvo lugar en 2019 en la región de Konya de la moderna Turquía, cerca del yacimiento de Türkmen-Karahöyük. Un campesino del lugar hizo que un equipo de arqueólogos que llevaban a cabo una inspección en la zona dirigiese su atención a lo que se conoce informalmente como la inscripción Hartapu. Escrita en jeroglíficos luvitas tallados sobre piedra dura, fue erigida por un rey local llamado Hartapu, que declara haber conquistado Frigia en el siglo VIII a. C. Empieza:

«Cuando el Gran Rey Hartapu, Héroe, hijo de Mursili, conquistó el país de Mushka ... el Dios de la Tormenta del Cielo (y) todos los dioses entregaron (sus) 13 reyes (a) Su Majestad, Gran Rey Hartapu. En un solo año puso a los 13 reyes, s(us) armas [= ¿tropas?], y bestias salvajes bajo (la autoridad de) diez fortalezas fuertemente amuralladas».[15]

Incluso en Troya, en la costa oeste de Anatolia, donde varios excavadores pensaron que había habido un paréntesis de cuatrocientos años de ocupación tras el colapso, ahora resulta evidente que hubo una cierta continuidad de habitación, sobre todo durante el siglo XII hasta el XI. Por otro lado, siempre ha habido largos debates en lo relativo a una posible migración a la zona procedente de Tracia o de los Balcanes inmediatamente después de la destrucción de Troya VIIa. De todos modos, los restos que fueron ocupados no son ni de lejos comparables a la riqueza de la ciudad que hubo allí durante la Edad del Bronce.[16]

Por consiguiente, pese al derrumbe del Imperio hitita, vemos que hubo supervivientes y que la vida continuó, sobre todo en el interior del territorio, pese a que el gobierno centralizado y su burocracia y administración habían desaparecido por completo y dejado las distintas zonas a su suerte. Entre las zonas afectadas figuraban aquellas que a veces se denominan pequeños «estados residuales», especialmente en el norte de la actual Siria. Aquí, por ejemplo, ramas de la familia real, descendientes del rey hitita Supiluliuma I, sobrevivieron para gobernar Karkemish y Alepo durante el siglo XII a. C., y más allá, como se ha mencionado hace poco. Los arqueólogos han denominado estas formas de gobierno estados neohititas (o siriohititas), porque es la zona que Tiglat-Pileser y los neoasirios llamaban la «tierra de Hatti», más que la meseta central de Anatolia donde antes había estado ubicado el Imperio hitita. Y, por supuesto, no solo los neoasirios se refirieron

así a estas ciudades estado y a su cultura, sino también muy probablemente los «hititas», que se mencionan en la Biblia hebrea, puesto que los hititas originales ya hacía tiempo que habían desaparecido cuando las primeras versiones de este texto religioso se redactaron.[17]

En total, estos neohititas fundaron (o continuaron ocupando) quince pequeñas ciudades estado en la región que hoy es el norte de Siria y el sureste de Turquía durante la Edad del Hierro, desde el siglo XII hasta el VIII a. C. Esta misma región general fue sacudida por brutales terremotos en febrero de 2023, que mataron cerca de sesenta mil personas y devastaron el sector. La ciudad y el territorio de Karkemish que amenazó a Tiglat-Pileser I era de los más prominentes de aquella zona. Los vestigios del yacimiento fueron investigados exhaustivamente y excavados a comienzos del siglo XX por varios arqueólogos, entre ellos T. E. Lawrence (que después Hollywood inmortalizaría como «Lawrence de Arabia»), y ahora están siendo excavados de nuevo (desde 2011), esta vez por un equipo conjunto de arqueólogos turcos e italianos.

Si retrocedemos aún más en el tiempo, los lectores avispados recordarán que Karkemish había sido mencionado concretamente por Ramsés III en la inscripción de su octavo año (1177 a. C.) como una de las zonas arrasadas por los Pueblos del Mar («Ninguna tierra pudo resistir ante sus armas, desde Khatte, Qode, Karkemish, Arzawa y Alashiya en…»). Sin embargo, y quizá sorprendentemente, no hay ningún testimonio arqueológico que indique que la ciudad fuera destruida en aquella época. Es posible que Ramsés se refiriera de forma general a la región que rodeaba Karkemish, más que a la ciudad en concreto, y efectivamente esta siguió siendo una zona en disputa hasta la última parte del siglo VIII a. C. En 1920, sir Leonard Woolley escribió: «Sube el gran montículo de la acrópolis y comprenderás al instante por qué Karke-

mish fue desde tiempos inmemoriales una fortaleza en una tierra convulsa».[18]

Cada año aprendemos más y más sobre estos pequeños reinos neohititas (o siriohititas y sirioanatolios). En gran medida se debe a hallazgos realizados durante las nuevas excavaciones en varios yacimientos, incluido el equipo turco-italiano en Karkemish y un equipo estadounidense-alemán en Zincirli (antiguo Sam'al), pero también a los avances en la lectura de los jeroglíficos luvitas. El luvita como lengua fue uno de los distintos idiomas hablados en Anatolia durante la Edad del Bronce y más allá, pero también fue utilizado como sistema de escritura pictográfica por los hititas para las inscripciones reales talladas en monumentos de piedra. Más tarde, los neohititas lo usaron también para sus inscripciones talladas en la piedra y erigidas en sus ciudades. Gracias a ello, estamos en disposición de rastrear las dinastías y linajes de los dirigentes en una serie de ciudades y reinos de la Edad del Hierro.[19]

Para dar tan solo un ejemplo, los primeros excavadores británicos de Karkemish ya en 1911 documentaron relieves e inscripciones en el yacimiento. «En la larga muralla inferior parece que se realizaron una serie de grandes relieves que miraban hacia el patio pavimentado», escribió D. G. Hogarth, el director británico de campo en aquella época. «Los encontramos caídos en el patio, eran trece en total. Seis de ellos representan carros de guerra en acción; dos, guerreros a pie; cuatro, figuras divinas monstruosas; y uno, que aparece más o menos en el centro de la serie, lleva una inscripción con caracteres en relieve, y debajo de estos hay tres cabezas barbadas y dieciséis manos cortadas. Dado que estas losas originalmente miraban hacia fuera, eran el revestimiento del acceso monumental a la escalera y conducían a una serie que cubría el lado norte de esta última.»[20]

Sabemos ahora que, en torno a 1340 a. C., Supiluliuma I había nombrado virrey de la ciudad a uno de sus hijos, Piyaššili (que adoptó el nombre de Sharri-Kušuh). Los descendientes de este, incluidos Kuzi-Tešub y Ini-Tešub, continuaron gobernando la ciudad, su territorio adyacente y las poblaciones de los alrededores (es decir, la ciudad-estado en su conjunto) durante las cinco generaciones siguientes más o menos, hasta su destrucción a manos del Imperio neoasirio de Sargón II en 717 a. C. Algunos sucesores asumieron incluso el título de «Rey de los hititas» después de que el propio Imperio hitita se desmoronase y partes de él se dividieran y formaran su propios y pequeños reinos neohititas. Sabemos también que Supiluliuma I había colocado a otro de sus hijos, de nombre Telepinu, para que gobernase la ciudad y el reino de Alepo, situado no demasiado lejos, aproximadamente en la misma época (*c.* 1340 a. C.). La dinastía continuó tras la caída del Imperio hitita propiamente dicho.[21]

———

Las acciones de Tiglat-Pileser auguran lo que ocurrirá una y otra vez en los siglos venideros, especialmente los ataques de los asirios a las pequeñas ciudades estado y reinos de la Edad del Hierro que reemplazaron a los imperios de la Edad del Bronce por todo el Oriente Próximo. Algunos de ellos se habían establecido ya a finales del siglo XII a. C., pero otros no surgieron hasta los siglos XI, X y IX a. C. Entre ellos había una multitud de entidades políticas y diversas etnias, algunas de las cuales ya nos son conocidas, y otras pronto aparecerán: ciudades estado sirioanatolias como Karkemish, Alepo, Sam'al (la actual Zincirli) y Til Barsip en lo que hoy es el norte de Siria y en la frontera con Turquía; otras como Que, que estaban ubicadas en la zona de Cilicia (el mo-

derno sureste de Turquía); ciudades estado como Damasco y Hamat en la actual Siria; los enclaves fenicios de Tiro, Biblos, Sidón, Arwad y Beirut en la actual costa del Líbano; ciudades filisteas y los reinos de Israel y Judá en el moderno Israel y Cisjordania; y los demás reinos pequeños de la época como Amón, Edom y Moab en la moderna Jordania.[22] En todos estos lugares, evidentemente, a pesar de su asignación a entidades políticas individuales, es probable que encontremos una mezcla de distintas etnias entre las poblaciones, igual que ocurriría hoy en día en las ciudades modernas de la región.

Esta situación no era del todo diferente a la que había habido en el Levante durante la Edad del Bronce Final, cuando cada una de las pequeñas entidades cananeas debía lealtad, bien a los egipcios, bien a los hititas. Pero ahora, con el colapso de las potencias regionales al final de la Edad del Bronce, estas ciudades estado podían disfrutar de un poco más de independencia que antes. Finalmente, los asirios se aprovecharían de este vacío de poder y crearían un imperio propio, pero eso no ocurriría hasta el siglo IX a. C., como ya hemos visto.

LOS NEOHITITAS EN TAYINAT Y KARKEMISH

Los habitantes supervivientes del norte de Siria mostraron varios niveles de resiliencia durante finales del siglo XII y XI. Para todos ellos fue un tiempo de transición, en el que algunos se transformaron y otros se adaptaron o simplemente copiaron. Como Hélène Sader de la Universidad Americana de Beirut ha asegurado, «la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro fue diferente de un lugar a otro». En algunos sitios, hubo una transición suave sin ruptura. En otros, es casi seguro que hubo fractura, como en Ras Ibn Hani, la ciudad portuaria de Ugarit, que fue reocupada solo tras una violenta destrucción por invasores durante el colapso, por no mencionar la propia Ugarit, claro está. No obstan-

te, como observa Sader, «la mayoría de los lugares fueron reocupados casi inmediatamente y reanudaron sus actividades agrícolas, industriales y comerciales».[23]

A pesar de que Karkemish no fue destruido, hay indicios de que sufrió algún tipo de contracción en esta época y de que un reino cercano, situado en Tell Tayinat, aprovechó la oportunidad para crecer y prosperar.[24] Sabemos de este nuevo reino de la Edad del Hierro en parte gracias a las excavaciones realizadas en el yacimiento, pero también debido a avances interesantes en cuanto a lectura y comprensión de los jeroglíficos luvitas.

Los avances en el desciframiento han permitido una lectura actualizada del nombre de este nuevo reino regional de la Edad del Hierro, que estaba situado en el valle del Amuq, también en la frontera entre la moderna Turquía y Siria. Este reino, activo sobre todo a partir del siglo XI, y probablemente abarcando una zona que incluía Alepo y quizá hasta Hamat, había sido anteriormente identificado por los estudiosos como «la tierra de Padastin» (también conocida como «Padasatini», «Wadastin» y otras variantes). Sin embargo, J. D. Hawkins de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres y otros han presentado pruebas de que la ortografía y lectura correctas son con toda probabilidad «Palistin» (que aparece como «Walistin» en algunas inscripciones) y que el reino se conocía probablemente como la «Tierra de Palistin». La nueva lectura propuesta del nombre de la ciudad connota, por supuesto, tanto la fama de los filisteos de los Pueblos del Mar como el nombre moderno de Palestina y ha suscitado toda clase de argumentaciones entre los arqueólogos en los últimos años, incluidos los que no están del todo convencidos con este postulado.[25]

Su capital estaba ubicada en una ciudad conocida también a través de una variedad de escrituras diferentes, entre ellas Kunu-

lua, Kumulua, Kinalua y Kinaliya, que es el yacimiento que hoy se conoce con el nombre de Tell Tayinat. Fue excavado por primera vez por la Universidad de Chicago desde 1935 hasta 1938 y recientemente (desde 2004) por la Universidad de Toronto bajo la dirección de Tim Harrison.

Tayinat se encontraba ubicado justo al noreste de Ugarit y hacia el interior de la costa siria en una curva del río Orontes y al parecer había sido una entidad más bien compleja. Los estudios de su cultura material se han centrado en la naturaleza no local (es decir, egea) de la cerámica y en la posibilidad de que extranjeros se hubiesen asentado allí en el momento del derrumbe de la Edad del Bronce e inmediatamente después. En cambio, las inscripciones encontradas en el yacimiento «destacan la continuidad política de la región, desde el período del control imperial hitita en la Edad del Bronce Final hasta los estados residuales neohititas de la Edad del Hierro». Como los propios arqueólogos han manifestado recientemente, «existen pruebas concluyentes tanto de continuidad como de cambio» en el yacimiento, cosa que es de singular interés para nosotros.[26]

Concluyen asimismo que Tayinat estaba en contacto, económica y socialmente, con sociedades e individuos ubicados en un amplio abanico de emplazamientos geográficos durante esta época, incluida Anatolia, el interior de Siria, el Levante y el Egeo. Por consiguiente, no consideran que Tayinat estuviese aislado, sino más bien «en la confluencia de múltiples esferas culturales». De hecho, sugieren que «el amplio espectro de vínculos culturales observado en los niveles del Tayinat de la Edad del Hierro Antigua reflejan claramente una realidad cultural considerablemente compleja y más ambigua de lo que previamente se había pensado».[27]

Ahora sabemos por varias inscripciones, descubiertas en yacimientos como Alepo, Arsuz, Ain Dara y otros, además del propio Tayinat, que uno de los primeros reyes de la «Tierra de Palistin» era un hombre llamado Taita I, que gobernó en el siglo XI a. C. Varias de sus inscripciones fueron halladas durante las temporadas de excavaciones de 2003-2005 en el interior del templo del Dios de la Tormenta en Alepo. Las primeras líneas de una de ellas rezan: «Yo (soy) el Rey Taita, el Héroe, el Rey de [la Tierra] Palistin». Una segunda inscripción fragmentaria contiene su nombre junto con menciones de Karkemish y de Egipto, pero el contexto está roto en ambas líneas.

Finalmente fue sucedido por Taita II y su esposa Kupapiya a comienzos del siglo X, después por Manana (recientemente fechado en el siglo IX) y por último Supiluliuma I (que adoptó el nombre del anterior rey hitita) más adelante en el mismo siglo. A comienzos y mediados del siglo IX a. C. el nombre del reino se había contraído ligeramente hasta quedar en Patin(a) más que Palistin, aunque a veces los neoasirios lo denominaban Unqi, como ya hemos señalado más arriba, y estaba gobernado por reyes como Halparuntiya y Supiluliuma II; este último rey es probablemente el llamado Sapalulme por el rey asirio Salmanasar III en su inscripción fechada en 858 a. C.[28]

———

Parece que Karkemish apareció de nuevo durante el siglo X a. C., que fue un período de resurgencia para la ciudad y su territorio aledaño. Aquí, por ejemplo, encontramos ahora lo que se denomina la «Puerta del Agua», construida en el lado de la ciudad frente al río Éufrates y decorada con ortostatos (losas de piedra con relieves que se utilizaban para revestir los muros y las calza-

das) datados de finales del siglo XI o comienzos del X a. C. Durante sus excavaciones en el yacimiento en 1920, sir Leonard Woolley la describió de forma harto poética, del siguiente modo: Un camino en pendiente interrumpido por escalones conducía desde el muelle entre hileras de esculturas. En la esquina del muro del río había un león, después venían toros y otra vez leones, y el grupo de demonios guardianes propios de una puerta de entrada: un amuleto arquitectónico, por así decirlo, para mantener alejados de la entrada a los malos espíritus; hay una escena de sacrificio, un toro y un chivo conducidos a la inmolación, y un sacerdote o rey sentado que vierte libaciones a los dioses. Las jambas exteriores estaban formadas por enormes leones de basalto esculpidos en bulto redondo y de tres metros y medio desde la cabeza hasta la cola, con una larga inscripción incisa en los flancos. En la actualidad la puerta es una ruina maltrecha, que contrasta pobremente con los edificios del interior de la ciudad; pero aparte de la imagen que nos permite trazar un dibujo de lo que fue en tiempos más [a]pacibles, tiene una importancia histórica de la que carecen los restos mejor conservados.[29]

Muy cerca está el llamado Muro Largo de Esculturas, fechado con toda probabilidad a finales del siglo X a. C., que tiene «una impresionante secuencia de grandes losas con escenas militares y una procesión de dioses», como lo describió Marchetti. Era el «largo muro inferior» con una «serie de grandes relieves» sobre los que escribió Hogarth en 1911, como se ha citado más arriba.[30]

Sabemos, pues, que en este momento del siglo X a. C., la vida había retornado a Karkemish hasta el punto de que todos los elementos de una sociedad compleja eran evidentes: edificios monumentales y escultura; inscripciones; gobernantes con títulos, múltiples niveles de jerarquía política con dirigentes menores que ostentaban títulos menores; ocupaciones especializadas co-

mo la de sacerdote; veneración de dioses y diosas en el interior de edificios específicos y templos; y una zona que estaba siendo gobernada y que presumiblemente producía productos agrícolas y de otro tipo para mantener a los habitantes de la región y a la élite que los dirigía. Aunque Karkemish era una entidad política mucho más pequeña que el Imperio hitita, a la que este había dado a luz, sin duda volvía a tener un papel importante en el mundo del Oriente Próximo antiguo. Y las cosas seguirían así hasta 717 a. C., cuando la ciudad quedó destruida a manos de los neoasirios.

———

Sabemos asimismo que la región de Karkemish figuraba entre las zonas que presentaban y entregaban tributo a Asurnasirpal II y a los neoasirios del siglo IX a. C., porque se menciona a un tal «Sangara, rey de la tierra de Hatti», en relación con la tierra de Karkemish en una inscripción fechada en torno al 870 a. C. Sangara, que al parecer reinó *c.* 875-848 a. C., se menciona también dos veces en un pequeño conjunto de bandas de puerta del palacio de Asurnasirpal II en Balawat encontradas por Rassam; una escena contiene la leyenda «Saqueo de Sangara, un hombre de Hatti», mientras que otra muestra la escena de una ciudad que está siendo atacada y dice: «La ciudad Ulluba de Sa[n]gara, [rey de] la tierra de Hatti, que yo conquisté». Otra banda, hallada en Mallowan, procedente del tempo de Mamu, construido por Asurnasirpal en Balawat, representa el tributo del rey de Karkemish, pero por desgracia el nombre del rey es ilegible; presumiblemente se trate también de Sangara.[31] Este mismo rey aparece mencionado más tarde por Salmanasar III, como veremos.

A partir de las palabras exactas de la inscripción del 870 a. C., y de la cantidad de tributos enumerados, queda claro que, en aquella época, Karkemish no era una zona rural empobrecida.[32] El texto es el siguiente: Crucé el Éufrates, que se había desbordado, en balsas (hechas de) piel de cabra (infladas y) me acerqué a Karkemish. Recibí tributo de Sangara, rey de la tierra de Hatti, 20 talentos de plata, un anillo de oro, un brazalete de oro, dagas de oro, 100 talentos de bronce, 250 talentos de hierro (tinas) de bronce, baldes de bronce, bañeras de bronce, un horno de bronce, muchos adornos de su palacio cuyo peso no se pudo determinar, camas de madera de boj, platos de madera de boj decorados con marfil, 200 muchachas adolescentes, prendas de lino con ribetes de variados colores, lana púrpura, lana de púrpura roja, alabastro *gišnugallu*, colmillos de elefante, un carro de (oro) pulido, un diván de oro con ribetes: (objetos) acordes con su realeza. Me llevé los carros, la caballería (y) la infantería de la ciudad de Karkemish.[33]

LA TIERRA DE URARTU

Asurnasirpal II afirma también que extendió su campaña hacia el norte, donde conquistó «la tierra de Urartu». Su ejército se había aventurado hasta Anatolia donde se enfrentó a las fuerzas del rey Aramu de Urartu, cuyo mandato había empezado casi al final del reinado de Asurnasirpal.[34] Es posible que ya hubiera habido interacciones con esta región en el siglo XIII a. C., según textos asirios de la época de Salmanasar I, porque este se vanagloriaba de haber conquistado una tierra llamada Uruatri, que podría, o no, ser la misma que Urartu.[35] No obstante, los urartianos con los que se enfrentó Asurnasirpal II eran esencialmente una nueva potencia en el tablero, única en la Edad del Hierro.

Los urartianos fueron casi enseguida los receptores de la animosidad asiria. Sus ciudades estaban ubicadas justo al norte de Asiria en la misma región general en la que antaño estaban situadas las partes más orientales del Imperio hitita. Desde la zona del lago Van, los urartianos se extendieron por lo que hoy es Turquía oriental, Armenia, Azerbaiyán y el noroeste de Irán. En casi todas las épocas, las relaciones entre los asirios y los urartianos fueron hostiles, al parecer estuvieron en un perpetuo estado de guerra desde el primer momento.

Fueron los asirios quienes llamaron a este reino «Urartu» (de donde deriva, por cierto, el nombre moderno de Monte Ararat), mientras que los urartianos llamaban a su reino «Biainili». Más tarde se hicieron famosos por su metalurgia. Los estudiosos a menudo les atribuyen la creación de enormes calderos de bronce con cabezas de toro, león o grifos (llamadas «prótomos») fijadas en el borde, así como escudos de bronce incisos y repujados decorados con figuras de animales. Estos o bien viajaron hasta el

norte de Siria o fueron imitados, y puede que llegaran tan al oeste como Creta, la Grecia continental e incluso Italia, sobre todo a finales del siglo VIII y VII a. C.[36]

Reyes asirios anteriores como Tukulti-Ninurta, Tiglat-Pileser I y Aššur-bel-kala también documentan campañas en una región que ellos denominaban «Nairi», situada junto al lago Van. Aunque hay cierta disputa acerca de si esta región es la misma que Urartu, los propios urartianos se referían a veces a su reino con este nombre (Nairi) durante el siglo IX a. C., y sin duda parece haber sido asimilado por Urartu en el siglo VIII a. C.[37]

———

Salmanasar III continuó el ataque asirio a este reino del norte cuando accedió al trono en el 858 a. C. Sus inscripciones registran hasta cuatro campañas contra los urartianos y en territorio urartiano. La primera ya se había producido durante su primer año en el trono, cuando dice que se acercó a Suguni, que era el nombre de «la ciudad fortificada de Aramu [o Arame] el urartiano». La asedió, la capturó y masacró a muchos de sus habitantes, y después «erigió una torre de cabezas frente a su ciudad» antes de incendiar otras catorce ciudades de la zona.[38]

Esta campaña inicial está documentada también en los registros inferior y superior de la Banda I de las puertas de Balawat, así como en una inscripción más larga grabada dos veces más en la misma puerta, es decir, en las coberturas de bronce fijadas en los bordes de las dos hojas de la puerta justo donde se unían cuando la puerta estaba cerrada. La inscripción del registro inferior en la Banda I dice: «Yo capturé Sugunia, la ciudad de Arame de Urartu», mientras que la inscripción más corta del registro superior reza: «Erigí una imagen a orillas del mar de Nairi». Del mismo

modo, la inscripción larga de los bordes de las puertas dice: «A mi paso por el mar creé una imagen colosal de mi alteza (y la) erigí donde (se alza) la imagen de Anum-hirbe ... Creé una imagen colosal de mi alteza (y) escribí en ella las alabanzas [de Asur, el gran señor, mi señor, y de las poderosas hazañas que] yo había realizado [junto] al mar. (La) erigí junto al mar».[39]

Se trata de una réplica de una declaración similar que hizo Salmanasar en su Inscripción monolítica, la segunda de las dos inscripciones descubiertas por el arqueólogo británico John Taylor en Kurk en 1861 y que donó al Museo Británico dos años después, como ya se ha explicado en el capítulo 2. En aquel monumento, Salmanasar documentaba los mismos detalles que acabamos de mencionar, incluido el montón de cabezas y la destrucción de las catorce ciudades, además de señalar que había marchado hacia el mar de Nairi. Añadió que la imagen que erigió estaba hecha «a su semejanza», por si acaso no había quedado claro anteriormente.[40]

Las imágenes del registro superior de la Banda I de Balawat muestran que lo que Salmanasar erigió a orillas del lago no era una estatua exenta, como uno podría imaginar, sino su efigie (de perfil completo de pies a cabeza y mirando hacia la derecha) tallada en la roca viva, igual que las cabezas de cuatro presidentes esculpidas en el monte Rushmore en Dakota del Sur. El rey está representado haciendo una libación —vertiendo algún tipo de líquido al suelo— y está acompañado de sacerdotes y músicos, junto con una variedad de animales a punto de ser sacrificados. También aparecen representadas las tropas que habían escoltado al rey, incluidos carros, caballería e infantería.[41]

Salmanasar al parecer tenía la costumbre de ordenar la creación de este tipo de monumentos de sí mismo cuando se disponía a atacar. De hecho, dice que durante aquella misma campaña

levantó «una estatua regia colosal de mí mismo ... ante las fuentes del río Saluara, a los pies de la cordillera Amanus». Erigió también otra «imagen de mi alteza que establece mi fama para la eternidad», que colocó a orillas del Mediterráneo tras derrotar a los «reyes del litoral» en la región de Amurru y al reino de Patin. Había por lo menos otras dos imágenes como esta colocadas en otros lugares: una en el monte Eritia después de haber capturado otra ciudad que pertenecía a Arame el urartiano y otra en el mar de Nairi.[42]

Seis años después, durante una campaña realizada en su séptimo año de reinado, Salmanasar lo volvió a hacer. Proclama: «Avancé hasta las fuentes del Tigris, el lugar del que brota el agua. En ellas lavé el arma de Aššur, hice sacrificios a mis dioses y dispuse un alegre banquete. Creé mi colosal estatua regia y escribí en ella alabanzas a Aššur, mi señor, y todas las gestas heroicas que llevé a cabo en las tierras. La erigí allí». Ocho años después, repitió la hazaña diciendo: «En mi decimoquinto año avancé hacia la tierra de Nairi. Creé en la fuente del Tigris, de donde brota el agua, mi estatua regia».[43]

Aunque parezca increíble, hace tiempo que ambas fueron halladas y son conocidas. Una vez más, no se trata de estatuas exentas, como estas declaraciones podrían hacernos pensar, sino más bien efigies del rey esculpidas y acompañadas de inscripciones incisas en la pared rocosa del llamado Túnel del Tigris, situado al norte de la ciudad moderna de Lice en Turquía y cerca de un relieve similar tallado con ocasión de otra campaña en aquella región por parte de Tiglat-Pileser I. Taylor, el arqueólogo británico, fue uno de los primeros exploradores occidentales en visitar el Túnel del Tigris. Lo hizo en 1862, un año después de haber encontrado las dos inscripciones en Kurk, y publicó su descripción y estudio de las imágenes talladas en las rocas, así como una tra-

ducción preliminar de sir Henry Rawlinson de una de las inscripciones, en la misma edición del *Journal of the Royal Geographic Society of London*.[44]

Igual que la representación de la anterior campaña de Salmanasar aparecía en el registro superior de la Banda I de Balawat, también uno de estos relieves posteriores pertenecientes a Salmanasar está representado en la Banda X (registros superior e inferior). Las bandas de Balawat contienen también descripciones de otras escenas relevantes, puesto que el registro inferior de la Banda I muestra un ataque a la ciudad de Sugunia en la mitad izquierda y el momento posterior a la batalla en la mitad derecha, con una serie de prisioneros unidos bajo el yugo. Estas escenas juntas, de los registros superiores e inferiores de la Banda I, dan vida a los acontecimientos de su campaña en el año 858 a. C. Prosiguen de forma escabrosa en la Banda II, donde la inscripción simplemente precisa «Masacre de ... la tierra de Urartu» y muestra el asedio, saqueo e incendio de una o más ciudades urartianas, presumiblemente de entre las catorce que se mencionan en otras inscripciones. Vemos cómo se llevan a los prisioneros y cómo cargan el botín, las plantaciones de dátiles son taladas y algunos de los defensores empalados en altas estacas de madera en las murallas mientras que las cabezas de otros quedan clavadas en las torres.[45] No parece que Salmanasar fuera clemente con los urartianos que se resistieron a él durante esta primera incursión en su territorio.

Lo mismo cabe decir de su siguiente campaña contra ellos, que está representada en la Banda VII de las puertas de Balawat. Aquí la inscripción dice simplemente: «La ciudad de Arame, el urartiano, yo la capturé». Se trata de una escueta abreviación de la larga descripción que se lee en la Inscripción monolítica, donde cuenta la matanza de 3.400 soldados urartianos, «desatando

destrucción sobre ellos como el dios de la Tormenta» y tiñendo la montaña con su sangre como si fuera lana roja, además de prender fuego a distintas ciudades urartianas. Todo ello se puede observar en el registro superior de la Banda VII, con los zapadores asirios cavando un túnel por debajo de las murallas de la ciudad e incendiándola mientras la caballería e infantería asirias masacran sin piedad a los defensores urartianos.[46]

También guerreó en mayor medida contra un rey urartiano llamado «Sarduri, hijo de Lutibri», que gobernó *c.* 834-828 a. C., y al que nos referimos como Sarduri I. Precisamente durante su reinado encontramos las primeras inscripciones escritas en urartiano. Curiosamente, estaban inscritas utilizando expresiones de la lengua neoasiria y en escritura cuneiforme, porque al parecer fueron creadas por un escriba asirio capturado por los urartianos durante el siglo IX a. C., y conducido a sus tierras como prisionero de guerra.[47]

En realidad, para la primera inscripción de Sarduri, el primer escriba simplemente cogió una conocida inscripción real asiria de Asurnasirpal II y la talló palabra por palabra en la cara frontal de seis enormes bloques de piedra, cambiando solamente los nombres propios de manera que apareciera Sarduri en vez de Asurnasirpal: «Sarduri, hijo de Lutibri, gran rey, rey poderoso, rey del mundo, rey de Nairi, rey sin igual, pastor maravilloso, audaz en batalla, rey que somete a quienes se han levantado contra él».[48]

Fue en el 830 a. C. cuando Salmanasar empezó a luchar contra Sarduri, quien en el ínterin había accedido al poder tras el anterior gobernante (Aramu). Sarduri fundó una dinastía que gobernaría Urartu durante los dos siglos siguientes, empezando por su hijo Ishpuini, seguido de su nieto Menua, bisnietos Inushpua y Argishti I, tataranieto Sarduri II, y así sucesivamente.[49]

El principal cuartel general de Sarduri estaba ubicado en la fortaleza de Tushpa (o Tushupa), situada en un afloramiento rocoso junto al lago Van, que se menciona en varios anales asirios. Muchos de los asentamientos urartianos eran también fortalezas situadas en zonas montañosas, que las hacían difíciles de atacar. Sin embargo, no eran invulnerables porque tenemos representaciones pictóricas como las de Salmanasar III en la Banda VII de las puertas de Balawat, que muestran soldados asirios prendiendo fuego a fortalezas urartianas construidas en las cimas de las montañas.[50]

Por consiguiente, podemos añadir Urartu a la lista de nuevos reinos que emergieron a lo largo de estos siglos y llenaron los huecos que habían dejado los grandes reinos e imperios, como el de los hititas, que no sobrevivieron al colapso de la Edad del Bronce Final. En general, Urartu resultó ser el adversario más ducho de los asirios y se opuso con más contundencia que los demás. Se ha planteado que la innovación de Salmanasar de utilizar la caballería en su ejército, cosa que nunca habían hecho antes los asirios, puede que se deba al hecho de haber visto a los jinetes urartianos entre sus fuerzas de combate. También se ha sugerido que el aumento posterior de las cantidades de vino consumidas por los asirios en el siglo VIII a. C., y posteriormente fue resultado de sus interacciones con Urartu e importaciones desde esta región, que era bien conocida como zona productora de vino en aquel entonces, tal como lo sigue siendo hoy la cercana Armenia.[51]

SALMANASAR III Y EL LEVANTE SEPTENTRIONAL

En el 858 a. C., durante su primer año en el trono, además de sus campañas contra Urartu, Salmanasar describe combates en la región del norte contra una serie de reyes neohititas, incluido Sangara de Karkemish y otro al que llama «Sapalulme, el panti-

neo». Estos dos reyes ya los hemos mencionado más arriba; el segundo es probablemente Supiluliuma II, que gobernó a mediados del siglo IX a. C. en la Tierra de Palistin, abreviado a Patin(a) en esta época, después de los más conocidos Taita I y Taita II. Las excavaciones realizadas en 2012 en el yacimiento de Tayinat, identificado como la capital de Kunulua por el equipo de la Universidad de Toronto, sacaron a la luz la cabeza y el torso de una estatua de este rey, que originalmente debió de medir entre tres metros y medio y cuatro de alto. En el fragmento más grande hay una inscripción incompleta, que todavía no se ha publicado, pero que supuestamente incluye el nombre del rey.[52]

Salmanasar también refiere su campaña contra Sangara de Karkemish en la Banda VI de las puertas de Balawat. La inscripción simplemente dice: «El tributo de Sangara de Karkemish», que a continuación aparece ilustrado mediante escenas en los registros superiores e inferiores. En el superior, vemos a Salamanasar de pie delante de su tienda (o pabellón real) recibiendo a una embajada enviada por Sangara, con hombres cargados con los tributos, que incluyen colmillos de marfil y pesados calderos de bronce. En la distancia, al otro lado del Éufrates puede que esté representada la propia ciudad de Karkemish. En el registro inferior, vemos el campamento fortificado de los asirios en la margen del río y a Sangara presentando a su hija a Salmanasar, con sirvientes que transportan su dote; sin duda es parte del tributo ofrecido por Sangara.[53] Al parecer esto no era en absoluto inusual, puesto que, en su Inscripción monolítica, Salmanasar menciona haber aceptado hijas y dotes de un buen número de reyes enemigos en el curso de su reinado.

Sabemos que uno de estos reyes siriohititas aliado de Sangara contra Salmanasar III en el 858 era un hombre llamado Hayya, que gobernó *c.* 870/860 a. C. en Sam'al (actualmente Zincirli). Ha-

yya es citado en los anales de Salmanasar de los años 858, 857 y 853 a. C., donde aparece con el nombre de «Hayyanu» (o «Haiianu») y descrito como «el samalita». Tras el conflicto del 858, Salmanasar declara: «Le quité muchos carros y caballos que rompieron el yugo. Erigí pilares de calaveras frente a su ciudad, destruí, asolé y quemé sus ciudades hasta los cimientos». Después de esta derrota, Hayya se sometió formalmente a Salmanasar y confirmó su lealtad a lo largo de los años siguientes.[54]

Parece que sus sucesores también juraron lealtad a Asiria, incluido su hijo Sha'il (que al parecer fue corregente durante una década) y después otro hijo llamado Kulamuwa (a veces escrito Kilamuwa), que accedió al trono *c.* 840 a. C., y reinó durante treinta años. Kulamuwa nos dejó un ortostato de basalto con una representación de sí mismo tallada en él, junto con una inscripción de dieciséis líneas escrita en lengua fenicia, pero utilizando el alfabeto arameo. Fechado en *c.* 825 a. C., estaba expuesto en uno de los edificios en Sam'al y fue encontrado años atrás por arqueólogos alemanes. Desde entonces ha sido objeto de debate. Aquí Kulamuwa registra los nombres de Hayya y de Sha'il, y dice: «La casa de mi padre estaba entre los reyes poderosos, y todos extendían la mano para luchar». Luego indica que él, deliberadamente, alcanzó un acuerdo con un rey asirio, cuyo nombre no se menciona, probablemente Salmanasar III, aunque bien podría ser Shamši-Adad V, y se confabuló con él para atacar a un enemigo mutuo: «El rey de los danunianos era más poderoso que yo. Pero involucré al rey de Asiria contra él».[55]

SALMANASAR III Y LOS SEÑORES DEL PAÍS DE KARKEMISH

En sus inscripciones, Salmanasar III enumera también una serie de reyes a los que exigió tributo, bien justo antes o justo después de la batalla de Qarqar en el 853 a. C., además de los princi-

pales combatientes a los que derrotó. Entre ellos figura «Sangara el karkemita», mencionado aquí en varias ocasiones y que aparece también media docena de veces en los anales de Salmanasar. En la referencia final (Año 11), fechada en el 848 a. C., Salmanasar dice que capturó noventa y siete ciudades de Sangara, hecho que indicaría que en estos momentos Karkemish era un reino bien establecido con numerosas ciudades que respondían por él. Esta es la última vez que Salmanasar menciona a Sangara, motivo por el cual las fechas de su reinado se sitúan normalmente entre el 875 y el 848 a. C.[56]

No obstante, eso no es lo último que oímos de Sangara, porque vuelve a aparecer en otro contexto, esta vez en Karkemish, casi sesenta años después. Esta inscripción final, que data del 790 a. C., fue grabada por orden de un descendiente de Sangara llamado Kamani, al convertirse en rey de Karkemish. Fue tallada en una estela de basalto de más de dos metros de altura y dedicada a la diosa Kubaba, que está representada en la parte superior con el nombre de «Reina de Karkemish». En dicha inscripción, Kamani incluyó su estatus y genealogía a través de una lista de los reyes que le habían precedido, incluido su tatarabuelo Sangara.[57]

La estela está ahora dividida en seis partes; la primera fue hallada en 1876 y las demás las encontraron arqueólogos británicos en los años posteriores a 1911. Recientemente, uno de los fragmentos fue localizado y recuperado en 2015, tras haber sido robado décadas atrás y trasladado a unos 250 kilómetros de distancia. En resumen, los seis fragmentos están ahora depositados en tres museos diferentes de tres países diferentes: el Museo Británico, el Museo Vaticano y el Museo Gaziantep de Turquía. Todos ellos forman parte del mismo monumento original y la labor detectivesca desarrollada para seguir la pista de los fragmentos es una

historia en sí misma, que otros ya han relatado magníficamente. [58]

Es más, con ayuda de otra inscripción fragmentaria, podemos completar el resto de las palabras de esta estela y reconstruir la genealogía de esta dinastía de Señores del País que siguió gobernando Karkemish durante más de un siglo, desde el 875 hasta el 760 a. C.: «[Yo (soy) Kamani, el Gobernante], el Señor del País de las ciudades de Karkemish (y) Melid, hijo de Astiru(wa), el Señor del País, [nieto de Kuwalana-muwa, el Señor del País], biznieto de Isarwila-muwa, el Señor del País, [tataranieto de] Sangara [...]».[59]

Sabemos así que Sangara siguió el linaje de Señores del País de Karkemish. A partir de otras inscripciones podemos también introducir los nombres de otros Señores del País de Karkemish que gobernaron durante la última parte del siglo IX y el VIII a. C. como pertenecientes de este linaje dinástico. En total, conocemos aproximadamente una docena de estos dirigentes, desde la época de Suhi I, *c.* 1000 a. C., hasta el último, de nombre Pisiri, que pagó tributo a Tiglat-Pileser III en el 738 a. C., pero después fue depuesto por Sargón II en el 717 a. C. cuando Karkemish fue anexionada e incorporada al Imperio asirio, poniendo fin a cuatro siglos de transformación y cambio tras el colapso de la Edad del Bronce Final.[60]

Parece, pues, que, desde comienzos del siglo XII hasta el X a. C., Karkemish continuó teniendo una jerarquía gubernamental compleja, dominando una zona periférica con una cadena ininterrumpida de reyes, poseyendo una escritura y construyendo estructuras monumentales. Podríamos hacer los mismos comentarios, a distintos niveles, respecto a muchas de las otras ciudades estado neohititas y sirioanatolias de toda la región, y creo que podemos coincidir con Alessandra Gilibert en que «la Edad del Hie-

rro Antigua en Siria-Anatolia no fue un período de desurbanización y estancamiento, sino más bien una transición, marcada por continuidades y cambios en las estructuras sociopolíticas».[61]

BREVE RESUMEN

Es evidente que los hititas no lograron capear el cambio hacia la Edad del Hierro y entregaron sus territorios a nuevos reinos, entre ellos Urartu y los frigios. No obstante, se impone aquí un asterisco, porque hay que reconocer el mérito de los supervivientes que resistieron con éxito el cambio en el sureste de Anatolia y el norte del Levante, tal como muestra, por ejemplo, el territorio dominado por los yacimientos de Karkemish y Tell Tayinat, en especial frente a la repetida agresión de los asirios a lo largo de los siglos. Una situación parecida puede observarse en el Egeo, donde los micénicos tampoco consiguieron adaptarse adecuadamente y los habitantes del continente griego tuvieron que reconstruir casi desde cero su sociedad después del derrumbe. A continuación, nos ocuparemos de esto.

5

A la sombra de los palacios en ruinas

(*Región del Egeo*) *En la década de 1870, cuando el arqueólogo aficionado Heinrich Schliemann excavaba en el yacimiento de Micenas en la Grecia continental, en busca de las tumbas de Agamenón y de otros héroes de la guerra de Troya, encontró fragmentos de un gran vaso hecho añicos en el interior de un edificio de la acrópolis. En un principio se pensó que el vaso se remontaba al siglo* VII *a. C., pero al fin se constató que era del siglo* XII *a. C., es decir, de la época inmediatamente posterior a la destrucción del palacio.*[1]

En los lados del vaso pueden verse dos grupos diferentes de guerreros, al parecer dirigiéndose hacia el combate o regresando de él completamente armados, con los cascos, las protecciones en el torso, las grebas para las espinillas, escudos y lanzas. También podría interpretarse como una representación dramática del período en general, en el que los conflictos y la destrucción eran el sello de identidad de la época. Hay otros vasos fragmentarios de este mismo período, procedentes de otros yacimientos continentales, que describen o guerreros o barcos, o ambas cosas, hecho que indicaría que este era un tema persistente durante aquellos años.[2]

Sin embargo, un número desconocido de supervivientes o intrusos ocuparon partes de Micenas incluso después de que la ciudad quedase destruida. De todos modos, a finales del siglo, incluso la ciudadela fue abandonada por estos pocos habitantes. Desde entonces permaneció deshabitada hasta el siglo VIII a. C., cuando se construyó un templo dedicado a Hera o a Atenea en la cima, donde antaño se irguió el palacio.

Fig. 10. Vaso de los guerreros de Micenas. Fotografía cortesía de Sharon Mollerus vía Wikimedia Commons.

Es evidente ahora que tuvo que transcurrir más de un siglo para que los últimos vestigios de la sociedad palacial micénica de la Edad del Bronce se desvanecieran y la cultura subsiguiente de la Edad del Hierro comenzase en la Grecia continental. En algunos lugares, es obvio que los yacimientos continuaron estando ocupados en el siglo XII e incluso en las primeras décadas del XI, durante lo que los arqueólogos denominan el período pospalacial.[3]

Sin embargo, no tenemos textos escritos en Grecia que daten de las décadas posteriores al derrumbe de los palacios ni siquiera de finales del siglo XII a. C. Tampoco los relatos posteriores de Homero, Hesíodo, Heródoto y Tucídides que hablan de la época de la guerra de Troya y del período inmediatamente posterior pueden ser tomados al pie de la letra, porque son fuentes que miran hacia una era que ya no existía en su tiempo.[4] Nuestra única esperanza son los datos recabados por la arqueología.

Afortunadamente, como en el caso de Chipre, hay gran cantidad de este tipo de datos tanto en la Grecia continental como en Creta, entre ellos enterramientos, cerámica y cambios en las pau-

tas de asentamiento. En la actualidad existen literalmente cientos de artículos y numerosos libros que analizan temas específicos o relevantes para la Edad del Hierro en la región del Egeo, que van surgiendo a un ritmo cada vez mayor a medida que aumenta el interés académico y se llevan a cabo nuevas excavaciones y estudios.[5] Toda esta información reciente ha sido objeto de interpretación, reinterpretación y, a veces, décadas de debates académicos y disputas, que desembocan en una nueva comprensión de estos siglos.

Por consiguiente, ahora tenemos pruebas fehacientes de que algunos de los otros habitantes de la Grecia continental, no solo en los enclaves urbanos como Micenas, sino también en las zonas rurales, también fueron capaces de resistir en el período posterior al derrumbe. Por ejemplo, las tumbas de Perati, mencionadas en el capítulo 3, contienen miles de pequeños objetos funerarios importados de Chipre, Canaán, Anatolia y Egipto, incluidos artículos con cartuchos faraónicos, que indican que las rutas comerciales no se habían interrumpido del todo.[6]

No lejos de Micenas, en Tirinto en la Argólida, parece que las murallas todavía siguieron en pie durante gran parte del siglo XII, y se emprendieron grandes proyectos constructivos, incluida la construcción del Edificio T sobre las ruinas del palacio de la Edad del Bronce en la Ciudadela Superior. Además, la Ciudad Inferior (la «Unterberg») siguió ocupada y utilizada. Quizá lo más sorprendente es que durante esta época incluso se construyó un nuevo Poblado Inferior fuera de las murallas de la ciudad. Hasta ahora tan solo se ha excavado una pequeña parte de este poblado inferior, pero al parecer era grande, posiblemente construido debido al flujo de nuevos inmigrantes a la zona. Hay vestigios de que en aquellos tiempos había varios artesanos trabajando en el lugar y de que seguían llegando productos importados, posible-

mente junto con algunos obreros especializados procedentes del Oriente Próximo. Estos inmigrantes debieron de llevar consigo una pequeña varilla de marfil que se encontró en el yacimiento, con una inscripción escrita en lo que parece ugarítico. También hay una pequeña bola de arcilla inscrita con marcas chipro-minoicas hallada en estos niveles del yacimiento. Sin embargo, pese a este testimonio de continuidad cultural, Tobías Mühlenbruch, que ha publicado mucho sobre este período en Tirinto, lo llama un tiempo de «cambio cultural radical». Al cabo, todo esto tocó a su fin, cuando el lugar quedó abandonado en torno al año 1100 a. C.[7]

En la parte sur del continente, la destrucción del palacio micénico de Pilos fue casi completa, como ya se analizó en *1177 a. C.* No obstante, también aquí hay testimonios de que siguió habiendo cierta ocupación y actividad. Nuevos estudios indican que algunas pocas salas aisladas del palacio, incluyendo despensas y la sala del trono, permanecieron en pie. Al parecer quedaron en bastante buen estado como para ser reutilizadas por los supervivientes u ocupantes en algún momento entre la crisis y comienzos del siglo X a. C., aunque la fecha de ocupación no se puede afinar más.[8]

En general, en términos de contactos y comercio marítimo, Sarah Murray, una arqueóloga de la Universidad de Toronto, ha señalado que también prosiguieron las importaciones desde el Mediterráneo oriental tras el colapso de los palacios y que deberíamos hablar de cambios cuantitativos y cualitativos en el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Ha planteado que la disminución de la intensidad de dichos contactos es, con toda probabilidad, atribuible al hecho de que hubiera menos gente viviendo en Grecia durante este período. Ian Morris de la Universidad de Stanford también ha destacado que «los nuevos asenta-

mientos que crecieron a la sombra de los palacios en ruinas del siglo XII conservaban contactos atenuados con el Oriente Próximo». Sin embargo, señala asimismo que «el comercio disminuyó considerablemente tras una segunda oleada de destrucción en torno al año 1100».[9]

———

Así pues, en muchos aspectos, el colapso no fue un rompimiento limpio y completo en la Grecia continental. Hay cierto grado incuestionable de continuidad durante el siglo XII a. C., y en el XI, con obvios esfuerzos de adaptación y transformación, incluso cuando los palacios cayeron uno tras otro durante el derrumbe o en las décadas posteriores. Las prácticas agrícolas, por ejemplo, parece que continuaron a pesar de las constantes condiciones de sequía. Incluso los estilos de cerámica persistieron, de tal manera que vemos modificaciones y variaciones en las formas micénicas habituales; de ahí el nombre arqueológico, mejorable, pero preciso, para esta fase: submicénico. La continuidad de las creencias religiosas es también evidente, como el culto a Zeus, Hera, Poseidón y otros que se encuentran en los textos micénicos de la Lineal B a lo largo de la Edad del Hierro y hasta la Era Clásica.[10]

No obstante, me pregunto cómo debió de ser la vida en Grecia para quienes vivieron en el período pospalacial. Obviamente, la vida en los centros urbanos había cambiado drásticamente, puesto que en casi todos ellos, a excepción quizá de Tirinto, parece que solo había ocupantes intrusos viviendo entre las ruinas. Ni siquiera en Tirinto queda claro qué extensión del lugar estaba realmente habitada. En cuanto a la población de las villas y pueblos del interior, la mayoría de los estudiosos ha concluido, basándose en las escasas pruebas que tenemos, que muchos vivían ahora en

un entorno sociopolítico y económico menos complejo que el anterior, muy posiblemente a causa de la pérdida de los palacios y el colapso del sistema administrativo que había funcionado durante siglos.

En algunos casos, vemos las repercusiones que tuvo la sustitución de los palacios por comunidades más pequeñas. Por ejemplo, está claro por las obras del siglo VIII a. C. de Homero y Hesíodo que el término de la Lineal B *wanax* (wa-na-ka), que antes se había utilizado con el significado de «rey» durante la Edad del Bronce, cayó en desuso durante los primeros siglos de la Edad del Hierro. En su lugar, se utilizó *basileus* (qa-si-re-u), que anteriormente hacía referencia a un «caudillo» de bajo rango. En vez de los anteriores administradores del palacio, ahora había más funcionarios locales. Por si fuera poco, se perdió temporalmente la propia escritura con la caída de los palacios y la muerte, el traslado o pérdida de empleo de los pocos escribas alfabetizados, puesto que ya no había ninguna necesidad de conservar inventarios ni de llevar las cuentas de los palacios, que había sido el principal propósito de la escritura en Grecia durante el período micénico.[11]

Y, pese a todo, una serie de académicos ha insinuado que no todo el mundo en Grecia lamentó el colapso de los palacios, la defunción de los administradores palaciales y el cese de los grandes proyectos constructivos y de ingeniería micénicos, como la Puerta de los Leones y nuevas murallas de fortificación, el túnel de agua y la inmensa tumba colmena conocida como el Tesoro de Atreo, todo ello construido en Micenas *c.* 1250 a. C. Semejantes proyectos y la economía palacial debieron de empobrecer a la gente «normal» en las postrimerías de la Edad del Bronce Final. La desaparición de los palacios en realidad debió de liberar a estas personas de una tremenda carga, de tal manera que las zonas rurales experimentaron casi con seguridad un corto período de

prosperidad en las décadas inmediatamente posteriores al colapso.[12]

Alex Knodell del Carleton College sugiere, de hecho, que deberíamos pensar en este período palacial de la Edad del Bronce Final griego como en un experimento fallido y que el colapso permitió que las cosas volvieran a la normalidad, tal como había ocurrido en Grecia durante la primera parte del segundo milenio a. C. Afirma literalmente: «Antes que considerar a los palacios como la culminación de una trayectoria evolutiva de la formación de un estado seguida de un derrumbe, deberíamos verlos como anomalías históricas y experimentos sociales, que en última instancia fracasaron».[13]

Sin embargo, es de consenso general que el final del período micénico en Grecia representa el fin de una era. Como afirma Sigrid Deger-Jalkotzy, profesora emérita de la Universidad de Viena: «No hay duda de que el derrumbe de la avanzada civilización de los palacios micénicos fue un punto de inflexión fundamental en la historia de Grecia. Las impresionantes estructuras palaciales no se reconstruyeron y, por lo que parece, se han conservado muy pocos objetos de arte representativos de los palacios. Las formas complejas de organización política, social y económica cayeron en el olvido. Palacios, reyes y familias reales se convirtieron en argumento para los mitos griegos. El arte de la escritura se perdió durante siglos. En pocas palabras, la civilización griega quedó reducida al nivel de una sociedad prehistórica».[14]

ENTRETANTO EN CRETA

Por el contrario, en Creta parece que las cosas fueron incluso mejor en los años inmediatamente posteriores a la crisis, pese a que las características específicas de la sociedad minoica ya no existían. Recientes investigaciones indican que todavía había señales de vida en la capital de Cnosos, por ejemplo. Además, aunque habían transcurrido literalmente siglos desde que los minoicos desempeñaran un papel importante en el comercio internacional como para ser mencionados por otras sociedades, como en las tablillas de Mari del siglo XVIII a. C., o representados en las pinturas de tumbas egipcias durante el siglo XIV a. C., las interacciones con el Oriente Próximo parece que se reanudaron, aunque a menor nivel, tal como ha documentado Sarah Murray para la Grecia continental de este mismo período.

Saro Wallace, una experimentada investigadora miembro de la Fundación Gerda Henkel de Alemania, ha señalado recientemente que no es que los habitantes de Creta se vieran menos afectados que nadie por la crisis del colapso, sino que al parecer capearon mejor la transición a la Edad del Hierro mediante acciones deliberadas y reajustes culturales generalizados que minimizaron el caos. Su reacción, dice, destaca por ser una respuesta «sorprendentemente pronta, coherente y creativa» a «las condiciones de creciente inseguridad y nuevas oportunidades», que redundó en lo que ella denomina un «colapso positivo».[15] Parece que, más que lidiar con la situación, se adaptaron e incluso se transformaron hasta cierto punto.

En este sentido, las inspecciones a pie realizadas por el arqueólogo polaco Krzysztof Nowicki en Creta, que lo llevaron a escalar con audacia muchos de los picos montañosos más elevados

para buscar restos arqueológicos, mostraron que había numerosos asentamientos pequeños ubicados en posiciones defensivas en lo alto de las montañas y lejos de la costa inmediatamente después del colapso, quizá para evitar la piratería.[16]

Hay testimonios, sin embargo, de que la vida en algunos de los yacimientos más grandes de Creta, como Festos y Chania además de Cnosos, continuó sin interrupción a pesar de que los palacios estaban ahora en ruinas. Al parecer había continuidad en lo relativo a asentamientos urbanos, estabilidad económica, cultos religiosos y santuarios y prácticas funerarias, todos ellos elementos que constituyeron la base de la exitosa estrategia de supervivencia, como documentan Wallace y otros.[17]

En resumen, los días de gloria de la civilización minoica de mediados del segundo milenio a. C. puede que hubieran desaparecido para siempre, pero la propia Creta y sus habitantes supervivientes siguieron adelante durante la Edad del Hierro y se adaptaron a la nueva normalidad. No obstante, se podría argumentar que tuvo su coste, porque perdieron su identidad cultural de «minoicos», es decir, de «keftius», tal como los conocían los egipcios, y de «caftoritas», como los denominaban los mercaderes de Mari y Ugarit durante la Edad del Bronce Final. Sin embargo, para ser perfectamente transparentes, ya debían de haber emprendido el camino hacia la pérdida de aquella identidad colectiva cuando fueron conquistados por los micénicos *c.* 1350 a. C.; Metaxia Tsipopoulou, una especialista en las Edades del Bronce y del Hierro en el Egeo y directora de las excavaciones de Petras en Creta, ha planteado el término «micenoicos» para describir a la población que vivió en Creta durante esta última fase de la Edad del Bronce Final, es decir, a partir de finales del siglo XIV a. C. en adelante.[18]

LA LLEGADA DEL ALFABETO

En el capítulo 3 ya hemos analizado el consenso general de que los fenicios llevaron el alfabeto al Egeo, por lo menos según los griegos posteriores. Sin embargo, no está del todo claro cuándo ocurrió. El primer artefacto encontrado en la región del Egeo con una inscripción fenicia es un cuenco de bronce, probablemente de fabricación chipriota, hallado en la Tumba J del cementerio de Tekke en Cnosos, Creta. En el borde del cuenco hay cuatro palabras incisas, que son difíciles de leer y todavía más de traducir. Hasta ahora se han propuesto varias alternativas, pero la más probable es «cuenco de [o perteneciente a] x, hijo de y». La propia tumba ha sido fechada a finales del siglo x, es decir, 950-900 a. C., pero probablemente el cuenco era ya una reliquia de familia en el momento en que fue enterrado, porque se cree que su fecha es algo anterior, de en torno al año 1000 a. C.[19]

La inscripción de dicho cuenco indica que el alfabeto bien pudo haber llegado al Egeo mucho antes de *c.* 800 a. C., que es la fecha habitual sugerida por gran parte de los estudiosos en el pasado. Cabe destacar que, aunque las inscripciones griegas más antiguas datan generalmente de la segunda mitad del siglo viii a. C., la investigación ha puesto de manifiesto que es posible que hubiera hasta treinta y tres diferentes variaciones del alfabeto en uso en la zona del Egeo antes de que se adoptase un conjunto de letras estándar. Así, algunos académicos sugieren ahora prudentemente que la llegada del alfabeto pudo producirse ya en el siglo xi a. C., y que los habitantes del Egeo podrían haber estado escribiendo durante algún tiempo en materiales perecederos como el cuero, la madera o el plomo.[20]

Un aspecto llamativo de este planteamiento es que una fecha anterior coincidiría con la cronología del desarrollo y uso del alfabeto en el Oriente Próximo en vez de mantener un retraso de tres siglos en el Egeo respecto de sus vecinos del este. Una de las primeras inscripciones fenicias que tenemos del Mediterráneo oriental es la inscripción Azarba'al, hallada en Biblos y que data de finales del siglo XI o principios del X a. C. Las seis líneas de escritura están incisas en una espátula de bronce, pero desgraciadamente el texto está roto e incompleto. Por consiguiente, no estamos del todo seguros de lo que dice, pero parece hacer referencia a dinero y tierras ancestrales. Otro texto fenicio de aproximadamente la misma fecha está escrito en una vasija de bronce que se encontró en una tumba de Kefar Veradim en Israel. En él se identifica claramente al propietario: «La copa de Pesah, hijo de Shema».[21]

Willemijn Waal de la Universidad de Leiden ha señalado: «Dado que los griegos tenían contacto con los fenicios (y otros pueblos) que utilizaban la escritura, resulta difícil creer que Grecia fuera la única región de la zona que permaneciera sin alfabetizar durante tres siglos, sobre todo cuando, como sabemos ahora, este período no fue tan sombrío ni regresivo». Es evidente que, de hecho, había la necesidad de un nuevo sistema de escritura en Grecia en aquella época, puesto que la Lineal B había caído en desuso cuando se derrumbó el sistema palacial micénico. Si los fenicios aportaron el alfabeto ya en el siglo XI a. C., eso significaría que la Grecia continental tan solo estuvo un breve período de tiempo sin escritura, quizá solamente un siglo más o menos, en vez de un prolongado lapso de cuatro siglos.[22]

Independientemente del momento de su llegada, el sistema alfabético supuso un avance para los griegos, porque permitía a todo el mundo aprender a leer y a escribir, no solamente a los escri-

bas de palacio que llevaban las cuentas de la administración. Pero ¿cómo y por qué tuvo lugar la transferencia de este nuevo sistema de escritura? ¿Se produjo inicialmente en las ciudades portuarias, por ejemplo, y fue utilizado por los mercaderes privados que importaban mercancías? ¿Acaso un mercader o marinero griego lo aprendió de un comerciante fenicio? ¿Cómo se extendió después y por qué hubo tantas variantes iniciales? ¿Había escuelas de escribas a las que se inscribían los jóvenes estudiantes y aprendían un sistema relativamente simple? ¿Fue utilizado en un principio básicamente para inscribir el nombre de una persona en un artículo, quizá para marcar la propiedad, como en el cuenco de Tekke y tal como Antonio Kotsonas ha señalado en relación con el período en el que la escritura griega primitiva se estaba sin duda utilizando, sobre todo, desde el siglo VIII a. C. en adelante?[23]

Rudolf Wachter, de la Universidad de Lausana, ha sugerido que la difusión del alfabeto por gran parte de la región del Egeo una vez adoptado o inventado debió de tardar tan solo unas semanas, no meses ni años. Eso parece tal vez demasiado rápido, pero él imagina que la adopción original tuvo lugar probablemente durante «un encuentro casual de comerciantes griegos y fenicios en algún puerto mediterráneo» y añade que debió de implicar tan solo a «un pequeño grupo de no más de uno o dos griegos, preferiblemente comerciantes lejos de casa, sentados junto con un fenicio que les habló del uso de la escritura para escribir cartas, listas de pedidos, breves comunicaciones, y cosas por el estilo, y luego les enseñó la serie de nombres de letras y les pasó un abecedario. Podríamos imaginar incluso que semejante encuentro se desarrolló en un asentamiento común de griegos y fenicios».[24]

———

Sin embargo, el principal problema que aparece al plantear una fecha tan temprana para la llegada del alfabeto es, sencillamente, el evidente bajo nivel de complejidad de la sociedad griega en este período y la relativa escasez de los vestigios de contextos del siglo XI a. C. en la Grecia continental. No obstante, la causa de ello podría ser un accidente de conservación arqueológica, porque, como señala Ian Morris: «Las casas de la edad oscura [eran] endebles y … se han conservado mal». Por otro lado, apunta también que «apenas se conoce una décima parte de los yacimientos del siglo XI y del siglo XIII».[25]

Parece que en Grecia hubo una nueva recesión durante el siglo XI. Los estilos de cerámica cambian drásticamente en este momento y se produce una nueva despoblación en las zonas rurales. Casi todos los restos de «cultura material» micénica acaban por desaparecer y parece bastante sensato apuntar a mediados de este siglo, *c.* 1050 a. C., como más tarde, para situar el fin de la sociedad micénica tal como se la conocía.[26]

No obstante, no todo fue abismal, puesto que Morris plantea que también hubo una «revolución» en Grecia que comenzó aproximadamente al mismo tiempo y que implicó el paso del bronce al hierro —que se observa predominantemente en los ajuares funerarios— y una nueva diversidad en los tipos de enterramientos, incluidos posiblemente muchos que hoy nos resultan «invisibles», puesto que pertenecían a las clases bajas y estas dejaban pocas huellas. Considera, asimismo, que este período, que se prolongó durante el siglo y medio siguiente hasta el inicio del siglo IX, es decir, desde 1050 hasta el 900 a. C., fue una era de estabilidad, ya que puso fin al caos que había dejado el derrumbe de los palacios micénicos.[27]

Los enclaves empezaron a crecer de nuevo, sobre todo a lo largo del siglo X. Atenas, por ejemplo, debió de formarse en aquellos

tiempos a partir de un grupo de pueblos (igual que ocurriría con Esparta más adelante), aunque esto sigue siendo objeto de controversia, con una población de tres a cinco mil personas viviendo en aquella única ciudad a finales del siglo x a. C. Morris afirmó también, en publicaciones de 1995 y comienzos de la década del 2000, que estaba convencido de que había otros emplazamientos con poblaciones relativamente grandes: entre 600 y 1.200 personas en Argos, en el Peloponeso, y quizá 1.250-2.500 en Cnosos, en Creta.[28]

Sin embargo, actualmente parece que incluso Morris subestimó la situación, por lo menos en algunos de los lugares. En Creta, por ejemplo, tenemos nuevas pruebas de que Cnosos, en aquella época, debió de ser más grande de lo que se había supuesto. Había quienes lo sospechaban, y Nicholas Coldstream —uno de los eruditos británicos más respetados dedicado al estudio de la Edad del Hierro del Egeo y Chipre— hizo hincapié en el hecho de que numerosos cementerios de Cnosos datan de este mismo período y cubren una zona de cinco kilómetros de norte a sur. Suponiendo que los cementerios estuvieran en las afueras de la ciudad, que parece lo más probable, Coldstream señaló en 2006: «Si el tamaño de una comunidad se midiera por sus cementerios, entonces el primitivo Cnosos griego sería con mucho la ciudad más grande de su tiempo en el mundo Egeo».[29]

Inspecciones realizadas desde comienzos de la década del 2000 por el Proyecto del Paisaje Urbano de Cnosos indican que esto podría haber sido correcto durante el siglo xi a. C. Si sus hallazgos son exactos, parece que Cnosos era de tres a cuatro veces más grande de lo que pensábamos y abarcaba una zona de cincuenta a sesenta hectáreas (casi 150 acres), lo suficiente como para albergar a una población de por lo menos tres mil a cuatro mil personas. Pese a que se trata de una extensión más pequeña que

la que cubría Cnosos durante la Edad del Bronce, no deja de ser extremadamente grande para una ciudad griega de la Edad del Hierro e incluso más de lo que Ian Morris había sugerido veinte años antes.

A la vista de las nuevas inspecciones, Kotsonas de la Universidad de Nueva York ha declarado recientemente que al parecer «Cnosos se recuperó enseguida de las turbulencias de finales del segundo milenio, creció rápidamente en tamaño y prosperó como centro del Egeo y del Mediterráneo de un modo que revoluciona nuestra comprensión de la Edad del Hierro griega antigua».[30] Aun así, no puede calificarse ya de ciudad minoica, porque en esta época la sociedad minoica se había desvanecido junto con los micénicos y Creta iniciaba su transición a una nueva fase de su historia. Sin embargo, los isleños no olvidaron sus antecedentes de la Edad del Bronce, como veremos a continuación.

«ENTERRAMIENTOS DE GUERREROS» OTRA VEZ

Ya en la década de 1990, Hector Catling, antiguo director de la Escuela Británica de Arqueología de Atenas conocido por su trabajo con las vasijas de bronce antiguas, sugirió que los denominados enterramientos guerreros hallados en Chipre y en varios lugares del Egeo en contextos de los siglos IX y X (mencionados en el capítulo 3) deberían «asociarse con el retorno de Troya de los héroes "homéricos"» en parte para explicar los objetos chipriotas encontrados en Creta en estos contextos. Por ejemplo, un hombre enterrado en la Tumba 186 en el Cementerio Norte de Cnosos ha sido identificado como «un hombre de armas, equipado con lanza de bronce y puñal de hierro, cuchillo de hierro y dos piedras para afilar las hojas». Catling señaló especialmente el puñal y el cuchillo de hierro, así como las dos piedras para afilar, como procedentes de Chipre muy probablemente, y citó paralelos de las tumbas de Paleopafos-Skales.[31]

En otro enterramiento (Tumba 201) en el mismo cementerio de Cnosos se encontraron restos cremados de dos adultos (un varón y una mujer) y posiblemente también un niño. El ajuar funerario incluía fragmentos de un trípode de bronce procedente de Chipre, según se ha identificado, y una serie de armas además de otros artículos. Catling consideró que el enterramiento masculino era el de un guerrero que «estaba completamente armado con espada, lanza y gran cantidad de puntas de flecha». Además de la espada y la lanza, había pruebas de que había sido enterrado con un escudo y un casco de colmillos de jabalí; las puntas de flecha debían de pertenecer a flechas hoy desintegradas que probablemente estaban en un carcaj, del que también se han encontrado unos pocos fragmentos.[32]

A Catling le impresionó especialmente la presencia del casco de colmillos de jabalí, que en aquellos momentos debía de ser una reliquia, puesto que estos cascos hacía tiempo que ya habían caído en desuso. Concluyó: «Nuestro guerrero era una figura extravagante a la vista de sus pertenencias, por lo menos en cuanto a los parámetros de la edad oscura griega. Creo que es una figura para la que podemos encontrar analogías en Homero, y para la que existen paralelos en otros descubrimientos arqueológicos».[33]

Catling llegó incluso a plantear una atrevida propuesta, a saber, que las pruebas de este cementerio de Cnosos sugieren que algunos de los ocupantes de estos enterramientos del siglo XI a. C. «podrían ser supervivientes y descendientes de la vieja población monoica, pero es más probable que fueran elementos nuevos, gente de fuera de Creta, o que regresaron a Creta después de una larga ausencia, quizá tras una estancia en el Mediterráneo o[riental]. Los recién llegados debieron de imponer su liderazgo a la población nativa; es posible que fueran ellos quienes decidieran abrir nuevos espacios de sepultura, entre ellos el Cementerio

N[orte]. Mi planteamiento es que los guerreros cuyas cenizas fueron enterradas en [las Tumbas] 186 y 201 posiblemente fueran estos recién llegados, separados de la población autóctona por sus costumbres funerarias, sobre todo por el rito de cremación».[34]

Por otro lado, en relación con los distintos ajuares funerarios de estos enterramientos, Catling cita la *Odisea* de Homero, que describía los viajes de regreso a Grecia de los distintos héroes después del fin de la guerra de Troya (conocidos en general como *Nostoi*, es decir, los «Regresos») y los objetos que llevaban consigo. En una ocasión, cuando Menelao, el marido de Helena, habla de su periplo por el Mediterráneo oriental, dice: «Regresé costeando sin rumbo Chipre, Fenicia y Egipto. Visité a los etíopes, los sidonios, los erembos y Libia» (*Od.* IV.83-85). Más adelante, Menelao describe una crátera que está a punto de regalar a Telémaco y que tiene una biografía historiada: «Te voy a regalar una crátera bien tallada. Es toda de plata y sus bordes están recubiertos de oro. Es un trabajo de Hefesto. Me la obsequió el héroe Fédimo de los sidonios, cuando me hospedó en su hogar, en mi regreso hacia acá» (*Od.* IV.615-619).[35]

Esta es la razón por la que Catling relaciona estos «enterramientos de guerreros» hallados en Chipre, Creta y la Grecia continental con Ulises, Menelao y otros «héroes» homéricos que anduvieron errantes por el Mediterráneo oriental en su viaje de retorno a casa tras la guerra de Troya. Planteó que «algunos cretenses permanecieron largos períodos en Chipre en la primera mitad del siglo XI a. C.» y que «los nobles/héroes de las Tumbas 186 y 201 del Cementerio Norte podrían haber pasado parte de sus vidas en Chipre, siendo hijos de cretenses étnicos, nacidos y criados en Chipre, o podrían haber iniciado sus vidas en Creta y regresado allí tras una prolongada ausencia, parte de la cual habría transcurrido en Chipre».[36]

Aunque no todos los estudiosos aceptan el planteamiento de Catling, estos enterramientos podrían representar efectivamente la emergencia de un nuevo grupo de élites locales tanto en Chipre como en Grecia. James Muhly, profesor emérito de la Universidad de Pensilvania, por ejemplo, los considera «despiadados señores de la guerra, príncipes guerreros decididos a crear algo nuevo de la destrucción de lo viejo: guerreros con el impulso, la energía y la ambición de apoderarse de todo cuanto esté a su alcance y crear una cierta base de poder para sí mismos». Otros han sugerido que, por lo menos en Chipre, podrían ser «destellos testimoniales de la presencia y actividad de hombres armados involucrados en una lucha de poder por la nueva definición territorial de la isla».[37]

Recientemente, Kotsonas volvió a examinar al «guerrero» de Catling de la Tumba 201 de Cnosos y lo relacionó concretamente con la figura de Meríones, un joven héroe aqueo poco conocido de la *Ilíada*, famoso por su proeza como arquero, que acudió a Troya bajo el liderazgo de Idomeneo, rey de Cnosos. Kotsonas señala que, de entre todas las tumbas excavadas de la Edad del Hierro en el Egeo, esta colección de armas y otros objetos funerarios relacionados es exclusivo de esta tumba en concreto y que el conjunto en su totalidad es comparable al equipamiento que Meríones entrega a Ulises en el canto X de la *Ilíada*, que incluye un arco, un carcaj, un casco de colmillos de jabalí y una espada (*Il.* X.260-265). Como el propio Kotsonas observa: «Estas armas son tan poco comunes en la épica como en los registros arqueológicos». Señala, además, que Meríones posee el único casco de colmillos de jabalí mencionado por Homero en la *Ilíada* y que él «es único entre los griegos en el uso del arco», recordando al mismo tiempo que Meríones gana la competición de tiro al arco en los juegos funerarios en honor a Patroclo (*Il.* XXIII.859-895).[38]

Por supuesto, no es Meríones quien está enterrado en esta tumba de Cnosos, puesto que, según los estudiosos, es un héroe griego muy antiguo, como Ayante y otros pocos guerreros micénicos de la guerra de Troya cuyas historias previas fueron incorporadas a la *Ilíada* durante el desarrollo de la épica a lo largo del tiempo. Sin embargo, Kotsonas adelanta la fascinante sugerencia de que lo que vemos aquí es el enterramiento de un habitante prominente del Cnosos de la Edad del Hierro, cuya familia «escenificó su funeral como una representación que propiciaba la conexión del difunto con Meríones», el héroe de Creta.[39]

Todavía no se ha determinado cómo puede encajar, o no, el planteamiento de Kotsonas con las anteriores cavilaciones de Catling sobre los «héroes» homéricos recorriendo el Mediterráneo oriental o los cretenses de la Edad del Hierro pasando largas temporadas en Chipre, pero sin duda da que pensar, sobre todo si consideramos que esta tumba contenía también un trípode de bronce de procedencia chipriota. También encaja a la perfección con la definición de Renfrew de un colapso del sistema, en el que los supervivientes miran hacia atrás, hacia la era precedente, con envidia e inventan relatos románticos sobre el pasado, como quizá el hombre enterrado en esta tumba de la Edad del Hierro, o su familia, volvían la mirada hacia la figura de Meríones de la Edad del Bronce.

EL HÉROE DE LEFKANDI

De todos los denominados enterramientos de guerreros, el conocido como «Héroe de Lefkandi» se considera uno de los más importantes, aunque su datación es algo posterior, *c.* 950 a. C. La historia de su descubrimiento se remonta a 1981, cuando el propietario de una parcela situada en Lefkandi, en Eubea, empezó a nivelar un gran montículo de tierra en su propiedad, con el propósito ilegal de construir una casa de veraneo. Afortunadamente,

fue obligado a detener su actividad y las autoridades dieron inmediatamente permiso a los arqueólogos para que iniciasen unas excavaciones de rescate. No tardaron en destapar un edificio absidal construido con ladrillo de adobe. Mide de cuarenta y cinco a cincuenta metros de largo y constituye la estructura construida más grande conocida de este período. Tras caer en desuso, fue deliberadamente cubierta con un enorme montón de tierra, que era la que el moderno propietario trataba de extraer con su excavadora.[40]

Bajo el suelo del edificio absidal, los arqueólogos descubrieron un inusual doble enterramiento, que albergaba los restos de un hombre que había sido cremado y de una mujer joven que había sido enterrada pero no cremada. Una segunda tumba aledaña contenía los restos de cuatro caballos, dos de ellos con bocados de hierro en la boca. Presumiblemente habían sido sacrificados en el momento del enterramiento.[41]

Las cenizas del hombre incinerado habían sido envueltas en una tela y colocadas en un ánfora de bronce de manufactura chipriota decorada con toros, leones y arqueros humanos en torno al borde y en el asa. Su compañera estaba enterrada cerca de él con un ajuar funerario que incluía un cuchillo de hierro con mango de marfil, quizá importado del Levante, que yacía junto a su cabeza. Hay quien ha sugerido que la mujer fue sacrificada en el momento de la muerte del hombre basándose en la ubicación del cuchillo e indicios de que pudo haber tenido las manos atadas, pero no hay prueba alguna al respecto. También llevaba un collar con un gran colgante de oro importado del Oriente Próximo. Era sin duda una reliquia, puesto que data de la Edad del Bronce. Había también fíbulas de oro y hierro además de ornamentos chapados en oro que posiblemente estuvieran sujetos a su vestido o túnica.[42]

Los académicos están divididos sobre si la enorme casa absidal estaba ya en uso y las tumbas se cavaron bajo el suelo, del mismo modo que se enterraba a los niños bajo el suelo de la vivienda, o si se construyó la casa después de que se cavasen las tumbas para señalar su posición. Independientemente de ello, los habitantes de la zona sepultaron después el edificio absidal bajo un montículo de tierra (el mismo montículo que tanto molestaba al moderno agricultor dueño de la parcela), y allí quedó como un gigantesco túmulo —jerga arqueológica que alude a una elevación de tierra levantada sobre una tumba— durante miles de años. Muchos eruditos llaman a esta disposición *heroön*, o «tumba de héroe», que normalmente está asociada a un culto de adoración a los héroes. Estos montículos se conocen concretamente desde la Edad del Hierro en Grecia, lo que encaja perfectamente bien en este caso.[43]

Personalmente, sospecho que el edificio ya existía antes de las muertes del hombre y la mujer enterrados debajo de él, aunque no está claro si se utilizaba como casa particular o más bien como edificio administrativo. En cualquier caso, Irene Lemos, de la Universidad de Oxford, que ha dirigido las excavaciones de Lefkandi desde 2003, dice que «no hay duda de que el hombre enterrado en Toumba era el líder de Lefkandi a comienzos del siglo X. El enterramiento masculino del edificio de Toumba recibió el funeral más impresionante hasta ahora conocido en la Grecia de la Edad del Hierro Antigua».[44]

¿Era aquel hombre realmente el líder de Lefkandi durante aquel período, como piensa Lemos? ¿Por qué fue cremado en vez de ser simplemente enterrado? Y ¿cómo lo incineraron exactamente? ¿Deberíamos imaginar una escena similar a la de la pira funeraria de Patroclo en el canto XXIII de la *Ilíada*? Es más, ¿quién era la mujer enterrada con él? ¿Su esposa, una consorte o

simplemente un sacrificio aleatorio? Se han barajado todas estas opciones. ¿Por qué no fue también incinerada? ¿Tenía algo que ver con su muerte el cuchillo hallado junto al cuello? Todavía no tenemos respuestas, pero la existencia de un enterramiento tan rico y complejo con una estructura tan grande y objetos importados muestra el resurgimiento de la sociedad griega, el aumento de la desigualdad social y, una vez más, estrechos vínculos con el Mediterráneo oriental.

Hay además otras tumbas en diferentes lugares del denominado cementerio de Toumba situado cerca del *heroön* de Lefkandi que también datan del siglo x a. C. Algunos estudiosos han sugerido que el cementerio creció en torno al túmulo del héroe. Estas tumbas también presentan objetos importados como una jarra fenicia y un soporte chipriota con ruedas hecho de bronce. Se desconoce cómo llegaron estos objetos importados a Lefkandi y quién los trajo, aunque se ha planteado repetidas veces que podrían haber sido los fenicios o los chipriotas, o incluso eubeos lugareños que regresaban del Mediterráneo oriental.[45]

En términos generales, los testimonios de la Grecia continental ponen de manifiesto que en *c.* 925 a. C., o incluso antes, ya se había restablecido el contacto con el Oriente Próximo, si es que se había perdido en algún momento. Morris señala que «el bronce, el oro, el marfil y otras importaciones del Oriente Próximo regresan a las principales tumbas griegas, y se encuentra más cerámica griega en ultramar». Dice concretamente que «en 925, los fenicios volvían a viajar hacia el Mediterráneo central y occidental, y a veces, de camino, visitaban el Egeo».[46]

Un reciente estudio de particular interés presenta vestigios de cobre procedente de la región del Uadi Faynan de Jordania, que llegó al suroeste de Grecia en torno a 950 a. C. Ya mencioné estas minas de cobre en el capítulo 1, pero este es el primer indicio de

que el cobre de esta región llegaba a Grecia. Curiosamente, se utilizaba para producir calderos de bronce en la localidad de Olimpia, donde dos siglos más tarde darían comienzo los Juegos Olímpicos.[47] Resulta sorprendente que se usase el cobre de Faynan en vez del de Chipre, pero quizá sea otro indicio de que los chipriotas en estos momentos estaban volcados básicamente en trabajar el hierro.

LA RICA DAMA ATENIENSE Y OTROS ENTERRAMIENTOS

Deberíamos tener presente algo que dijo Anthony Snodgrass en 1971, cuando sugirió que la segunda mitad del siglo X a. C. en Grecia fue en cierto modo un «falso amanecer» y declaró que «el lento progreso de la cultura griega en el siglo IX y comienzos del VIII resulta una decepción después de esto».[48] Creo que ahora podemos ser más optimistas y sugeriría, por el contrario, que Grecia pudo haber iniciado el camino hacia la recuperación en este momento, aunque sería un recorrido largo y espinoso.

En este contexto, podemos señalar sobre todo un descubrimiento que se llevó a cabo en Atenas, en la zona de la ladera norte del Areópago, cerca de la Acrópolis y del Ágora clásica. Aquí, en junio de 1967, los arqueólogos americanos descubrieron una tumba que no tardó en denominarse la «Rica dama ateniense». Fechada a mediados del siglo IX (*c.* 850 a. C.), ofrecía la constatación de que durante aquel período había más riqueza de lo que se había pensado anteriormente. Cuando Evelyn Smithson, profesora de la Universidad de Búfalo (Universidad Estatal de Nueva York), publicó la tumba por primera vez al año siguiente, la describió como «la más rica de la época postmicénica en la zona del ágora y quizá la más rica de este período en Atenas».[49]

La dama de esta tumba había sido incinerada y sus restos reunidos y depositados en una gran urna decorada con diseños geo-

métricos. La abertura de la urna se había cerrado herméticamente insertando una taza intacta en el momento del enterramiento para evitar que penetrase tierra en el recipiente. Entre los objetos funerarios había joyas de oro, incluidos anillos y un par de pendientes de oro; cuentas de fayenza y de vidrio que posiblemente procedían de un collar; dos sellos de marfil; un par de fíbulas de bronce y tres o cuatro alfileres (uno de hierro y el resto de bronce). Había también numerosas vasijas y cuencos de cerámica, además de un pequeño cofre de cerámica, hoy muy conocido, decorado con cinco modelos de granero.[50]

Smithson pensó que la mujer enterrada en la tumba podía ser o bien la hija o bien la esposa de un miembro de alto rango de la aristocracia. Intuía también que la Rica dama ateniense no estaba sola en su tumba, pero no podía demostrarlo, pese a que los restos fueron examinados por J. Lawrence Angel, uno de los antropólogos biológicos más conocidos y respetados que trabajaban en Grecia en aquella época, al que se le había encomendado la tarea de estudiar muchos de los restos humanos de las tumbas de la Edad del Bronce Final y de la Edad del Hierro Antigua de aquella zona.[51]

Sin embargo, en 2004, casi cuarenta años después de la primera publicación, Maria Liston de la Universidad de Waterloo y John Papadopoulos de la UCLA anunciaron que la intuición de Smithson había sido correcta. En realidad, la dama estaba embarazada en el momento de su muerte y ahora los huesos del feto han sido identificados de forma concluyente, mezclados con los suyos. Dado que al parecer la mujer tenía entre treinta y treinta y cinco años y que gozaba de buena salud, Liston y Papadopoulos aseguran que es muy probable que muriera en el parto.[52]

———

En Atenas, cerca del Ágora clásica y del cementerio del Kerameikos, se han excavado otras sepulturas del siglo IX a. C. además de la de la Rica dama ateniense, entre ellas numerosos enterramientos recientemente publicados o examinados de nuevo. Por ejemplo, en la misma zona general en la que se encuentra la Rica dama ateniense, está la Tumba 13, conocida como la «Tumba del guerrero». Publicada por primera vez por Carl Blegen en 1952, esta cremación data del período Geométrico Antiguo I, *c.* 900-875 a. C. Debido a la gran cantidad de armas y herramientas halladas en ella, todas de hierro, Blegen pensó que se trataba del entierro «de un guerrero-artesano», que al parecer contaba unos treinta y cuatro años en el momento de su muerte. Recientes debates al respecto lo han denominado simplemente «guerrero», y su edad al morir se cree que estaba más cerca de los cuarenta.[53]

Los huesos calcinados de este guerrero se habían colocado en una gran ánfora de aproximadamente medio metro de alto. La boca de la vasija estaba cubierta con una gran piedra del campo, pero a lo largo de los siglos el polvo se había acumulado en el interior. Había una serie de recipientes cerámicos en la tumba, como cabía esperar, pero lo extraño eran las armas y las herramientas que al parecer se habían recogido de la pira funeraria, envuelto en un trapo y depositado en la tumba; Blegen señaló que «en algunas de las piezas de hierro se veían claros rastros de la urdimbre y la trama de la tela».[54]

Junto con dos puntas de lanza, dos cuchillos, un cincel y un hacha, todo de hierro, había también una espada larga de hierro «asesinada» ritualmente antes del entierro, es decir, la habían curvado formando casi un bucle completo antes de ser depositada sobre la parte superior del ánfora, de modo que colgaba como una banda en torno al cuello y las asas y descansaba sobre los

hombros de la vasija.[55] Sin duda, el difunto debió de ser alguien importante, porque no es habitual enviarlo al más allá con todos aquellos hermosos objetos de hierro en vez de reutilizarlos.

———

En cuanto a los enterramientos en otros lugares, Nicholas Coldstream ha señalado que hay un cambio casi universal hacia las cremaciones en las sepulturas de esta época, posiblemente para hacer espacio en las ya abarrotadas tumbas familiares. Destaca también que el número de nuevos enterramientos en el Cementerio Norte de Cnosos en Creta indica «un rápido crecimiento de la población» en estos momentos. Los testimonios que lo respaldan proceden de nuevos asentamientos que se establecieron en este período; algunos de ellos se convertirían en el núcleo de las diferentes ciudades estado que florecieron en la Creta Arcaica.[56]

Existe también un interesante enterramiento en el cementerio de Tekke en Cnosos, el mismo que albergaba la tumba que contenía el cuenco chipriota con la inscripción fenicia. Este enterramiento se encuentra en lo que al parecer fue originalmente una tumba tolos minoica, que posteriormente fue reutilizada durante generaciones desde finales del siglo IX hasta comienzos del VII a. C. Entre los numerosos objetos y urnas de la tumba, hay artículos de joyería, entre ellos un hermoso collar de oro con incrustaciones de cristal y ámbar, y materias primas que se enterraron juntas en dos jarras ocultas debajo del suelo de la tumba, justo en el interior de la entrada.

En un principio se conjeturó que estos objetos eran propiedad de un joyero u orfebre, posiblemente del norte de Siria, que había emigrado a Creta y que se había establecido en Cnosos con su familia. Esta hipótesis imaginativa, propuesta tiempo atrás por sir

John Boardman, se ha utilizado y debatido desde un inicio para argumentar la posibilidad de que hubiera inmigrantes del Oriente Próximo, especialmente artesanos, que se habían establecido en Creta a lo largo de este siglo. No obstante, un nuevo examen de estos artefactos y su contexto dentro de la tumba ha arrojado dudas sobre el supuesto propietario de este particular conjunto de artículos, y se han lanzado propuestas de que la familia podía haber pertenecido a las élites locales en vez de ser inmigrantes. Incluso sin el testimonio de esta tumba, se sigue aceptando que probablemente había artesanos del Oriente Próximo viviendo en Creta en aquella época.[57]

RESILIENCIA FINAL Y ADAPTACIÓN

Ian Morris observa que los lazos entre Grecia y el Oriente Próximo menguan de nuevo entre el 825 y el 800 a. C., «hasta el punto de que a principios del siglo VIII las tumbas son en general más pobres y simples que en cualquier otro momento a partir del siglo X». De hecho, sugiere que todo el sistema de la Grecia continental «entró en dificultades en el año 900 y se desmoronó en torno al 750, con el auge de las *polis*». Como todavía había contactos con el Mediterráneo oriental en aquella época, Morris piensa que la razón de ello es que «en el 800 a. C., los griegos habían negociado entre sí una nueva relación con el Oriente Próximo».[58]

No obstante, este segundo derrumbe no está del todo claro, puesto que tenemos pruebas de contactos continuados entre el Oriente Próximo y el Egeo a lo largo de todo este tiempo. Se ha encontrado cerámica fenicia en Cnosos, Creta, en contextos fechados en *c.* 800 a. C. En el yacimiento de Eleuterna, al oeste de Creta, se han hallado más objetos, aunque principalmente en contextos de finales del siglo VIII a. C. Ambos casos indicarían la continuada presencia de artesanos del Oriente Próximo residien-

do en Creta. Por el contrario, también se ha discutido largo y tendido que el personal del Egeo pudo haber residido en el puerto de Al Mina, situado en lo que ahora es la región costera del sureste de Turquía y norte de Siria.[59]

Finalmente, a mediados del siglo VIII a. C., *c.* 750 a. C. como muy temprano, podemos decir que la cultura griega reanuda un camino que la conduce a algo más que una simple subsistencia básica y a ganarse la vida a duras penas. James Whitley, autor de un volumen sobre la Grecia de la Edad del Hierro, dice que «el Egeo es una región en la que la formación de estados … ocurrió dos veces: la primera en la Edad del Bronce, y condujo a las civilizaciones palaciales de la Creta minoica y la Grecia micénica; la segunda tuvo lugar en la Edad del Hierro Antigua, y condujo a la civilización de la Grecia arcaica y clásica».[60]

Por consiguiente, hemos de atribuir a los griegos el mérito de haber resistido de alguna manera, porque a pesar de la inestabilidad e inseguridad que había en aquellos siglos en Grecia, en general consiguieron reconstruirse en vez de ser completamente sustituidos por nuevos pobladores. Aquí en el Egeo, a pesar de la falsa tradición de la invasión doria, la etnicidad e identidad de los propios pueblos puede que no cambiase tanto —es decir, no hubo necesariamente grandes migraciones y nuevas poblaciones que penetrasen en la zona después del colapso—, sino que fueron más bien las circunstancias socioculturales y políticas las que cambiaron en su mayor parte; hubo una adaptación de la población restante a las nuevas y duras realidades de un entorno asolado por la sequía y en el que la hambruna y la inestabilidad política eran algo rutinario.

Sin embargo, en el siglo VIII a. C., los griegos estaban de nuevo en posición de participar de pleno derecho en una red internacional de contactos e interconexiones desde el Mediterráneo oc-

cidental hasta el Mediterráneo oriental. Había sido un penoso trayecto a lo largo de los siglos, más duro que el de la mayoría de las civilizaciones y sociedades que hemos tratado aquí, pero en el horizonte, durante el resto del siglo VIII, surgirían los inmortales relatos de los poetas Homero y Hesíodo; la ocasión de las primeras Olimpiadas, tradicionalmente fechadas en el año 776 a. C.;[61] el auge de las *polis* y el movimiento de colonización griego; nuevas formas de cerámica; y muchos de los símbolos y complejidades sociales que se habían perdido temporalmente con el derrumbe de los palacios micénicos unos cuatrocientos años antes.

BREVE RESUMEN

En pocas palabras, los micénicos y los minoicos de la Grecia continental y de Creta no consiguieron capear el cambio a la Edad del Hierro con sus sociedades intactas. Aunque hay cierta continuidad entre la Grecia de la Edad del Bronce y la de la Edad del Hierro, y lo mismo ocurre con Creta, las sociedades que identificamos como micénicas y minoicas tocaron a su fin sin duda a finales del siglo XI a. C. como más tarde. Los supervivientes tuvieron que recomponerse, prácticamente desde cero, y, a pesar de algunos ejemplos de lo contrario, cuando no todo era sombrío y regresivo, no podemos hablar de que la cultura griega emprendiera el camino hacia algo más que simplemente una subsistencia básica y lucha por la vida hasta el siglo VIII a. C. como muy pronto.

Llegados a este punto, puesto que hemos completado nuestro breve examen de todas las sociedades que se vieron directamente afectadas por el colapso de la Edad del Bronce Final y de cómo se las arreglaron durante los siglos inmediatamente posteriores, podemos ahora empezar a analizar lo que hemos aprendido. Lo haremos en el siguiente y último capítulo de este libro.

6

Del colapso a la resiliencia

Para algunos, el fin fue repentino: los invasores saquearon su ciudad o un terremoto derribó las murallas de una casa sobre sus ocupantes. Para otros, fue una catástrofe a cámara lenta, con una sequía que impactó en las cosechas y una hambruna que diezmó la población. Nadie de las regiones del Egeo o del Mediterráneo oriental escapó a los efectos del derrumbe de la Edad del Bronce Final. Prácticamente todos sufrieron de alguna forma u otra: ricos y pobres, aristócratas y campesinos, víctimas y supervivientes, aquellos cuyas vidas cambiaron drásticamente o solo un poco. La vida tal como la conocían, y como la habían conocido durante los siglos anteriores, cambió irrevocablemente. Los que sobrevivieron a las calamidades de aquella era tuvieron que adaptarse, seguir adelante, encontrar algún modo de resistir, aunque la sequía persistiera, las rutas comerciales hubieran desaparecido o caído en manos de bandidos y saqueadores, y aunque los recursos básicos fueran escasos.[1]

Tanto si se considera que lo ocurrido fue un derrumbe, una transformación o ambas cosas, lo que sí es evidente es que el mundo interconectado tal como sus habitantes lo habían conocido durante la Edad del Bronce Final dejó de existir.[2] Muchos de los grandes imperios y reinos que habían prosperado durante el segundo milenio a. C. cayeron como fichas de dominó. Como ya hemos visto a lo largo de los anteriores capítulos, todo ello desembocó en una reconfiguración de las regiones, ya que algunos fueron reemplazados por entidades más pequeñas, incluidas las conocidas por la Biblia hebrea como los israelitas, judaítas, fenicios, moabitas, amonitas y edomitas, además de los arameos y neohititas. Todo esto es evidente e indiscutible.

Los arqueólogos Patricia McAnany y Norman Yoffee afirman que estudiar cualquier derrumbe social es como visionar una fotografía digital de baja resolución, «es buena cuando es pequeña, compacta y vista a una cierta distancia, pero se disuelve en partes inconexas cuando se examina de cerca».[3] Esto es sin duda correcto, pero creo que el colapso y su período posterior pueden compararse incluso de forma más lógica con una pintura impresionista. Cuando lo observamos a distancia, el Cuadro de lo que ocurrió está claro: la red globalizada mediterránea se desmoronó y hubo un cambio drástico o transición de la Edad del Bronce a la siguiente Edad del Hierro. Pero cuando nos acercamos, como hemos hecho en los capítulos precedentes, las cosas se hacen más granulosas; las pinceladas individuales (es decir, las sociedades) aparecen más diferenciadas a la vista; los contornos y las excepciones salen a flote; y el Cuadro general queda menos cohesionado, porque el observador pierde la visión del bosque por culpa de los árboles. Lo que para el que mira desde la distancia parece un colapso, se convierte en una simple transformación social para quien observa a unos pocos centímetros de la escena. Y, sin embargo, ambos están en lo cierto a su manera.

UNA SENSACIÓN DE FINALES Y COMIENZOS

Al pintar con pinceladas gruesas, lo que vemos en general a partir del siglo XII a. C. en adelante es una fragmentación y declive en la seguridad y niveles de vida materiales durante los años inmediatamente posteriores al colapso, que se prolongó hasta el siglo X más o menos, a medida que se desmoronaban los reinos de la Edad del Bronce. En las zonas que se vieron afectadas en mayor medida, incluida la Grecia continental, Creta, Anatolia y especialmente el Levante meridional, hubo un colapso de los palacios, estados o reinos locales (incluido el gobierno, la economía

centralizada, etc.) pese a que segmentos de la población lograran sobrevivir.

Sin embargo, la reintegración empieza durante el siglo IX y continúa a través del siglo VIII cuando los asirios conquistan gran parte de la zona, el comercio mediterráneo prospera en manos de los fenicios y chipriotas y los potenciales rivales como la Monarquía Unida, Damasco y Egipto se quedan por el camino, seguidos más tarde por Asiria y después por Babilonia a finales del siglo VII y VI, respectivamente.

Dicho de otro modo, y para destacar la parte material de las cosas, en general el período que abarca desde el siglo XII hasta el X a. C. fue testigo de la disminución de la población, abandono de las ciudades, violencia, probables migraciones, colapso de las rutas comerciales, enfermedades, muertes precoces, caída de la producción económica, niveles de vida más bajos y la pérdida o reducción de habilidades avanzadas, aunque el alcance varía dependiendo del lugar de la región que se mire. En cambio, el período que va desde el inicio del siglo IX a. C. en adelante vio muchas de estas tendencias invertidas. Al llegar a la segunda mitad del siglo VIII a. C., vemos nueva vida y nuevas innovaciones en muchas zonas, y un mundo completamente interconectado empieza a tomar forma de nuevo por primera vez en varios siglos.[4]

No obstante, hay muchas cosas que siguen confusas, entre ellas hasta qué punto la migración desempeñó un papel decisivo en toda la región y si las fluctuaciones de la población observadas en algunas zonas durante estos siglos, como la de la Grecia continental, podrían haber tenido que ver tanto con la migración como con la muerte real de las personas. La investigación de estas posibles migraciones durante e inmediatamente después del derrumbe de la Edad del Bronce Final sigue viva hoy en día, y haríamos bien en recordar que al inicio de este libro analizamos la in-

vasión doria como una migración más que como una auténtica invasión. También hemos señalado de paso la hipótesis de que los amonitas emigraran desde Anatolia en el período posterior al colapso de la Edad del Bronce Final. Se han sugerido asimismo otras posibilidades, incluidas las hipotéticas migraciones de pueblos de habla luvita al norte de Canaán y de los frigios al centro de Anatolia. Incluso Heródoto estaba convencido de que había habido una migración desde Lidia (en la actual Turquía) hasta Italia a causa de una sequía en torno a 1200 a. C., que para él explicaba los orígenes de los etruscos.[5]

Hablando de sequía, no puedo dejar de preguntarme hasta qué punto el cambio climático fue decisivo en la recuperación, porque podemos ver varios cambios en la meteorología que pueden estar directa o indirectamente relacionados con los acontecimientos en las diversas zonas. Por ejemplo, hemos señalado (a) condiciones climáticas ligeramente más húmedas en el Levante meridional durante el período que abarca desde *c.* 1150 a. C. hasta el 950 a. C., que permitieron «el cultivo intensivo de aceite y cereal» y dieron a los israelitas y a otros la oportunidad de establecer sus reinos;[6] (b) un cambio hacia una era mucho más húmeda en Mesopotamia desde *c.* 925 a. C. en adelante, que pudo haber permitido el reagrupamiento de los neoasirios y el inicio de sus conquistas de los territorios aledaños; y (c) un cambio general de condiciones áridas a condiciones más cálidas y húmedas en toda la región, incluido Chipre y quizá también Grecia, a partir de *c.* 850 a. C., que pudo haber contribuido a que todas las zonas y sociedades iniciasen (o continuasen) su camino hacia la completa recuperación.

EL CICLO ADAPTATIVO Y LOS INFORMES DEL IPCC

Llegados a este punto podemos encontrar algunos estudios modernos que son de utilidad adicional, en cuanto a compara-

ción y análisis, incluidos los de otras sociedades en épocas y lugares diferentes. Por ejemplo, algunos académicos esgrimen que el derrumbe es simplemente parte del ritmo natural de las cosas que todo imperio o sociedad experimenta; es decir, es parte de un ciclo infinito de auge y caída, colapso, reestructuración, renacimiento y reconstrucción. Se podría pensar en ello utilizando otra frase del musical *Hamilton*, «los océanos suben; los imperios caen», pero este ascenso y caída se conoce oficialmente en la literatura sobre resiliencia como «ciclo adaptativo» y se dibuja como un ocho de lado, con cuatro fases.[7]

Dos elementos de este concepto, las fases alfa y omega, pueden ser especialmente importantes porque ayudan a explicar lo que vemos durante el colapso y en el período inmediatamente posterior. La fase omega (Ω) se define como la parte de «colapso y liberación caótica» del ciclo adaptativo, mientras que la fase alfa (α) se considera la «fase de reorganización». Esta última fase de reorganización puede producirse rápidamente o lentamente, pero lo más importante es que también es la fase «durante la cual son posibles la innovación y nuevas oportunidades». Las otras dos fases, a saber, la «fase (r) de crecimiento y explotación» y la «fase (κ) de conservación», son las que veríamos una vez se ha completado la reorganización, pero esto solo durará hasta que se produzca la próxima fase de «colapso y liberación» y el ciclo empiece de nuevo.[8]

En mi opinión, el sistema internacionalizado que estaba vigente durante la Edad del Bronce Final en el Egeo y el Mediterráneo oriental encaja en un ciclo adaptativo. Se podría argumentar fácilmente que los años de interconexión y prosperidad en el Egeo y Mediterráneo oriental que duraron desde *c.* 1700 hasta 1200 a. C. deberían considerarse la fase (r) de crecimiento y explotación más la fase de conservación (κ). El propio colapso podría verse

como la posterior fase omega (Ω) o de liberación, mientras que el período subsiguiente durante los siglos de la Edad del Hierro, que estamos analizando aquí, es la fase alfa (α) o de reorganización que siguió inmediatamente después.[9]

Esta concisa descripción de cambio de sistema nos permite también comparar el derrumbe de la Edad del Bronce Final directamente con otros ejemplos en lugares y tiempo diferentes, como la caída del Imperio romano o el colapso de los mayas. Pero también hemos de preguntaros si cada una de las sociedades incluidas en el sistema más amplio siguieron también este ciclo. Es decir, ¿siguió alguna de las sociedades o regiones de la Edad del Bronce Final que experimentaron el colapso su propio ciclo adaptativo individual durante la Edad del Bronce y después?[10]

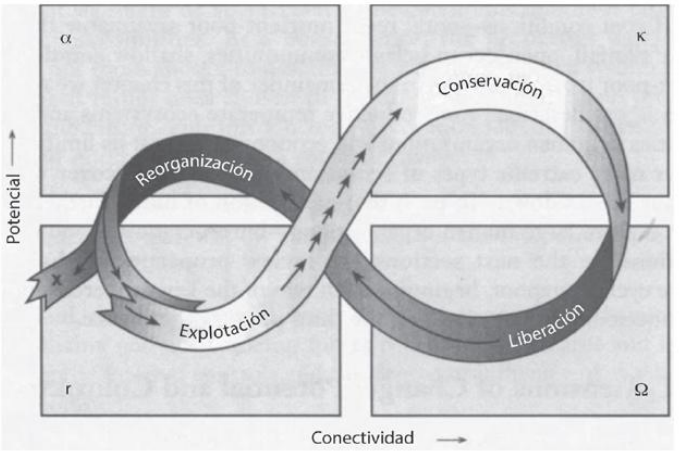


Fig. 11. Visualización del ciclo adaptativo, de Holling y Gunderson 2002: fig. 2-1; imagen de *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*, editado por Lance H. Gunderson y C. S. Holling; derechos de autor 2002 Island Press; reproducido con permiso de Island Press, Washington, D. C.

La respuesta, creo, es que sí. Ian Morris, de hecho, ha afirmado que «Grecia entre los años 1500 y 500 a. C. es uno de los casos mejor conocidos de colapso y regeneración de una sociedad

compleja». Citando a Anthony Snodgrass, establece básicamente un ciclo adaptativo para Grecia en el que «un período de palacios sofisticados (*c.* 2000-1200 a. C.) dio paso a una deprimente edad oscura (*c.* 1200-750), solo para ser reemplazada por las nuevas y brillantes civilizaciones Arcaica (*c.* 750-480) y Clásica (*c.* 480-323)».[11] Una representación gráfica de este proceso hace que sea fácil de imaginar.

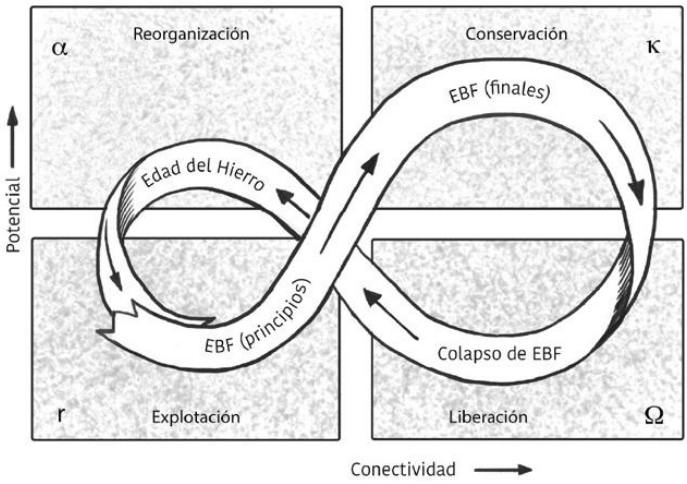


Fig. 12. Reconceptualización del ciclo adaptativo, con las fases etiquetadas en términos de Edad del Bronce Final, Colapso de EBF y Edad del Hierro. Dibujo de Glynnis Fawkes; adaptación de Redman y Kinzig 2003: fig. 3.

Morris cree también que Grecia fue un ejemplo de «genuina» regeneración, que fue un caso de transformación de todo el sistema.[12] Sin embargo, yo prefiero verlo más bien como una reconstrucción. A diferencia de otras sociedades, como los fenicios o chipriotas que se transformaron, los griegos tuvieron que rehacer su sociedad casi por completo desde el inicio durante la Edad del Hierro (es decir, la edad oscura de Morris). Sin embargo, pese a que nuestras terminologías difieren, tanto Morris como yo estamos describiendo en gran medida el mismo proceso.

Si cada una de las zonas o sociedades estaba experimentando su propio ciclo adaptativo, eso significa que hemos de introducir el concepto relacionado de «panarquía». Esta idea reconoce que los componentes individuales dentro de un sistema complejo general que pasa por un ciclo adaptativo están también cada uno en su propio ciclo adaptativo además de ser parte de la progresión general más amplia, y que cada uno libera y después reorganiza (fases omega y alfa) a diferentes ritmos y maneras. Algunos son más lentos, otros más rápidos, pero cada uno afecta tanto a los demás como al sistema general, sobre todo si hay problemas simultáneos con los diferentes componentes.[13]

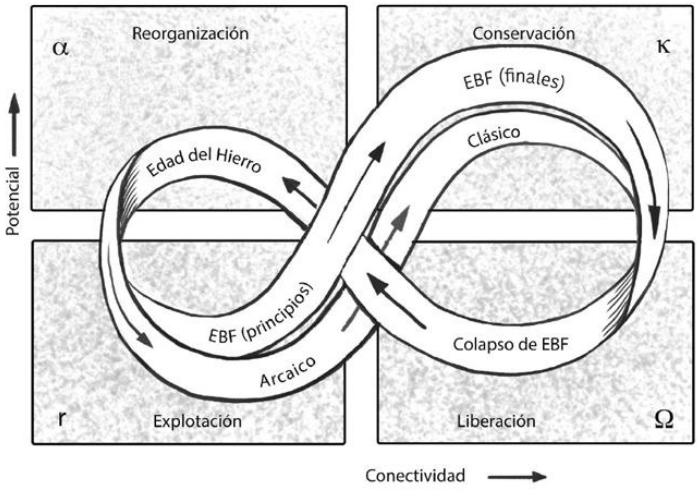


Fig. 13. Reconceptualización del ciclo adaptativo específicamente para Grecia, desde la Edad del Bronce Final y Edad del Hierro pasando por los períodos Arcaico y Clásico. Dibujo de Glynnis Fawkes; adaptación de Redman y Kinzig 2003: fig. 3.

Dicho de otro modo, una ayuda visual correcta de lo que es una panarquía sería imaginar un intrincado sistema de ruedas y engranajes, todos entrelazados y trabajando juntos para crear una máquina que funcione, como un reloj de bolsillo, por ejemplo, pero con cada uno girando a su propia velocidad. En nuestro caso, el sistema general sería la Edad del Bronce en esta región en

su conjunto, mientras que las ruedas y los engranajes serían los micénicos, minoicos, hititas, egipcios y otras sociedades. De vez en cuando, si algo va mal con uno o varios de los engranajes/ruedas (es decir, las distintas sociedades), la máquina entera puede empezar a chisporrotear y a pararse, o incluso detenerse bruscamente, y será necesario ponerla en marcha de nuevo.[14] Esto, en mi opinión, es precisamente lo que ocurrió al término de la Edad del Bronce Final en el Egeo y el Mediterráneo oriental.

———

Sugeriría también echar un vistazo a las distintas publicaciones relativas a la resiliencia y migración modernas en los años posteriores a desastres más recientes, como el huracán Katrina de Nueva Orleans, porque contienen conceptos importantes que podrían aplicarse a lo que hemos visto después del colapso de la Edad del Bronce Final. En mi opinión, son particularmente pertinentes los distintos informes recopilados por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas, creado en 1988 y que ganó el Premio Nobel en 2007.[15]

A pesar de que los informes del IPCC raramente incorporan ejemplos del pasado en sus compilaciones ni toman en consideración las opiniones de los arqueólogos en sus valoraciones,[16] sí incluyen detalladas observaciones de desastres recientes, como sequías, inundaciones y terremotos, con el fin de determinar cómo las sociedades afectadas consiguieron lidiar de forma satisfactoria o no con todo esto, tal como nos gustaría hacer con las sociedades en el período posterior al derrumbe de la Edad del Bronce. El uso de estos informes puede ayudarnos a ordenar nuestros pensamientos de forma productiva, aunque hemos de

evitar la creación de anacronismos y razonamientos inverosímiles a la hora de trasladar nuestras ideas, definiciones y explicaciones del siglo XXI a una época que dista unos tres mil años de la nuestra, cosa que puede ser o no un ejercicio válido.

Sumamente útil, a mi modo de ver, es un informe de 594 páginas publicado por el IPCC en 2012, titulado *Gestión de los riesgos de eventos extremos y desastres para promover la adaptación al cambio climático*. El acrónimo de este informe es *SREX*, es decir, las siglas en inglés del título abreviado, *Informe especial sobre eventos extremos*. Este fue el primer informe del IPCC en considerar explícitamente tanto el cambio climático como la gestión del riesgo de desastres en el mismo documento y en proporcionar definiciones iniciales para los conceptos que se debaten, entre ellos una serie de términos a los que he recurrido en varias ocasiones en los capítulos anteriores, como «lidiar», «adaptar» y «transformar». Los conceptos mencionados se han desarrollado en profundidad, con algunas definiciones modificadas y actualizadas, en los posteriores informes del IPCC, incluidos los más recientes de la Quinta y Sexta Evaluación (2014 y 2021/2022, respectivamente), y destaco más abajo aquellos que resultan pertinentes, aunque el informe de 2012 sigue siendo el más útil para nuestros propósitos.[17]

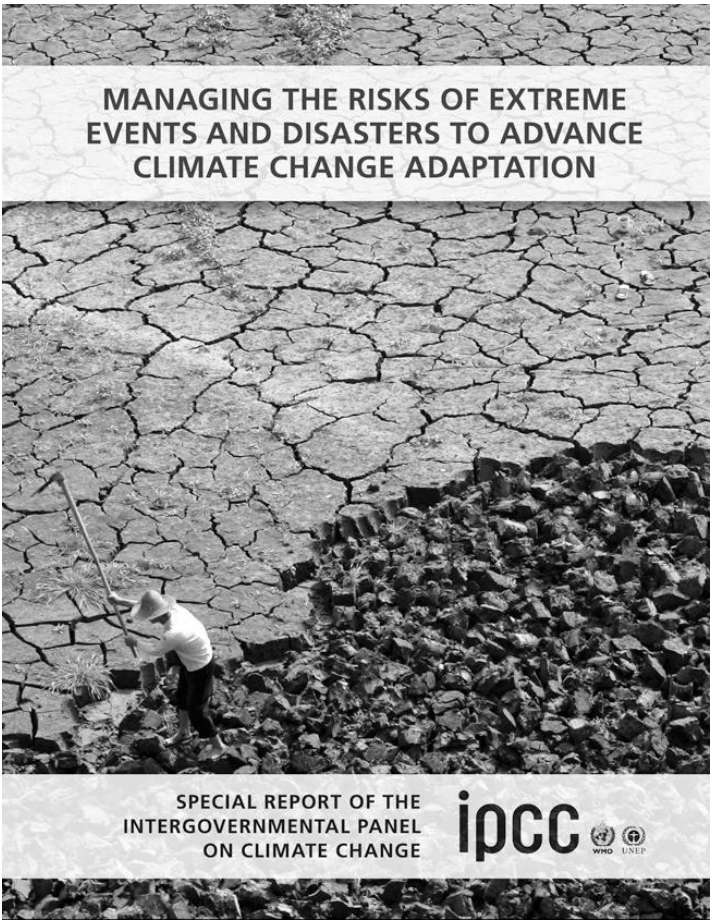


Fig. 14. Un agricultor trabaja en un campo de arroz afectado por la sequía en las afueras del municipio de Chongqing el 24 de marzo de 2009, por David Levy. © Reuters. Todos los derechos reservados. Fuente: IPCC.

Ante todo, aunque hagan referencia al mundo moderno y no incluyan ejemplos del mundo antiguo en su informe, resulta evidente por sus definiciones que los autores considerarían sin duda que el colapso de la Edad del Bronce Final es lo que ellos denominan un acontecimiento «de impacto extremo», puesto que provocó «consecuencias altamente significativas y generalmente duraderas en la sociedad, el entorno físico natural o los ecosistemas». Como bien señalan, estos «impactos extremos» pueden

deberse a una variedad de causas, entre las que figuran «un acontecimiento extremo, acontecimientos extremos o no extremos sucesivos, que incluyen acontecimientos no climáticos (por ejemplo, incendios incontrolados seguidos de lluvias torrenciales que provocan deslizamientos de tierra y erosión del suelo), o simplemente la persistencia de condiciones como las que conducen a la sequía».[18]

Por consiguiente, estarían también de acuerdo en que el colapso podría considerarse un «desastre» en el sentido técnico moderno, puesto que ellos definen los desastres como «impactos extremos sufridos por la sociedad, que también podrían estar asociados a impactos extremos en el entorno físico y en los ecosistemas». Destacan en particular que «un desastre se produce cuando el impacto es tal que la capacidad local de lidiar con la situación queda superada de manera que perturba gravemente las actividades normales». Hoy en día, igual que en la Antigüedad, estos desastres «ocurren primero a nivel local y afectan a la población local», y después «estos impactos localizados pueden precipitarse y crear ramificaciones nacionales e internacionales».[19]

Siguiendo con lo anterior, en su informe del IPCC de 2012, los autores también toman en consideración la «mitigación de los desastres», que hace referencia a «las acciones que tratan de limitar la proliferación de condiciones adversas una vez se ha materializado el desastre». Dichas acciones van encaminadas a evitar un «segundo desastre», como ellos lo denominan. Esto suele ocurrir inmediatamente después de la catástrofe inicial y normalmente se debe o bien a una respuesta inadecuada al primer desastre o a algunas circunstancias adicionales imprevistas. Los autores subrayan que las consecuencias del primer desastre o de los desastres secundarios suelen implicar migraciones, vulnerabilidad económica (tanto en el sector público como en el privado),

incremento de la violencia e impactos en el trabajo y medios de subsistencia a nivel individual y comunitario.[20] Podemos ver todo esto durante y después del derrumbe de la Edad del Bronce, porque en nuestro caso particular el «primer desastre» podría ser cualquiera de los factores de estrés examinados en *1177 a. C.*, es decir, un cambio climático, sequía, hambruna, enfermedad o terremotos, mientras que el «segundo desastre (o secundario)» sería el consiguiente colapso de una o más sociedades o de la propia red interconectada, que redundaría exactamente en las consecuencias observables que señalan los autores.

En este informe de 2012, son especialmente importantes los comentarios generales sobre la capacidad de una sociedad de reaccionar ante un desastre, así como su capacidad de recuperarse y cambiar, respuestas que dependen ambas del grado en que la sociedad se ha visto afectada por el desastre. El concepto de la «teoría de la resiliencia» (o «concepto de resiliencia») es utilizado hoy con frecuencia, incluso por algunos arqueólogos, en el marco de la recuperación de desastres extremos, y concretamente la idea de que los supervivientes podrían reorganizar los recursos dentro de un nuevo sistema para aprovechar las oportunidades creadas por el desastre.[21]

No obstante, hemos de comprender que el concepto de resiliencia engloba distintos significados dependiendo de la disciplina que recurra a él. El Consejo Nacional de Investigación ha definido la resiliencia como la capacidad de «continuar operando bajo estrés, de adaptarse a la adversidad y recuperar la funcionalidad tras una crisis», mientras que otro grupo de estudiosos la ha definido recientemente como «la capacidad de una comunidad de hacer frente a una amenaza, de sobrevivir y recuperarse o, quizá más exactamente, de avanzar hacia una [nueva] normalidad». Ambas definiciones funcionan perfectamente tanto para aque-

llos que estudian la Antigüedad como para quienes investigan y trabajan en desastres más recientes.[22]

Los autores del IPCC hacen hincapié en que no todas las sociedades tienen la capacidad de adaptarse o transformarse durante o después del desastre. Algunas apenas pueden capear el temporal, si es que lo hacen. Por esta razón, subrayan la diferencia entre *lidiar* o *capear*, que refleja la habilidad de manejar algo que acaba de suceder (es decir, centrarse en el momento y simplemente sobrevivir), y *adaptarse*, que refleja la habilidad de manejar algo que podría suceder en el futuro y «donde el aprendizaje y la reinvención son factores clave y la supervivencia a corto plazo no está en entredicho».[23]

Como bien señalan, una sociedad que simplemente lidia con el desastre normalmente trata de absorber los golpes y conservar el *status quo*, mientras que una sociedad que intenta activamente adaptarse estará implementando cambios e incluso ajustando las cosas y reorganizándose en cierto modo, para estar mejor preparada para la próxima vez que ocurra algo similar.[24] Aquí es justo donde resulta más interesante para nosotros, puesto que ahora podemos ver con claridad que había distintas respuestas por parte de las sociedades que se vieron afectadas por el colapso de la Edad del Bronce, incluidas las que podríamos decir que combatieron la situación de forma satisfactoria o que incluso consiguieron adaptarse con éxito.

Sin embargo, todo esto es todavía un paso previo a la verdadera *transformación.* Como señalan los autores del informe del IPCC, las sociedades más resilientes son las que son capaces de aprender y ajustarse sobre la marcha, incluso de reorganizarse tras la alteración, mientras siguen conservando sus estructuras básicas y funcionalidad incluso durante el acontecimiento (o desastre) en cuestión. Los ajustes que se llevan a cabo se denomi-

nan «cambios transformacionales» y pueden ser graduales (es decir, pequeños pasos) o mucho más radicales.[25] Hemos visto un ejemplo de ello por lo menos, si no dos, en el capítulo 3: a saber, los fenicios y los chipriotas.

Los autores del IPCC recurren también al concepto de «vulnerabilidad» por su potencial utilidad cuando se analiza por qué algunas sociedades tienen éxito y otras no consiguen recuperarse después de un desastre o impacto extremo. Consideran que la vulnerabilidad es «específica de una situación», que, en mi opinión, es precisamente lo que ocurrió al término de la Edad del Bronce Final, y apuntan concretamente a la falta de capacidades adaptativas para afrontar la situación. Enseguida ahondaré en ello, pero los autores del informe destacan asimismo que puede haber «ventanas de vulnerabilidad», es decir, períodos en los que riesgos externos (o incluso internos) plantean una amenaza mayor de lo habitual.[26] Una vez más, quiero insistir en que eso fue lo que ocurrió en *c.* 1200 a. C., cuando se produjo la «tormenta perfecta» de calamidades.

Hay que señalar que el concepto de fragilidad, examinado también en este mismo informe de 2012, puede entrar en juego aquí, porque ahora los académicos empiezan a sugerir que la fragilidad social («aparatos de estado debilitados, que se desintegran o que se desmoronan») puede relacionarse con la vulnerabilidad, o ser su precursora. Se ha planteado, al respecto, que las ciudades o sociedades pueden ser a veces más frágiles y vulnerables de lo que parecen, en parte porque su aparente éxito cubre y enmascara hasta cierto punto su inestabilidad (normalmente esto resulta evidente *a posteriori*). Aunque pueda parecer que todo va bien, los cimientos o tal vez los apéndices están en realidad podridos y debilitados, de manera que la más pequeña corriente de aire o tensión es suficiente para iniciar el proceso de derrum-

be. Tengo la profunda sospecha de que esto es lo que debió de suceder con los micénicos y los hititas.[27]

Sin embargo, para los fenicios debió de ser al contrario, porque parece que eran «antifrágiles», como ya examinamos en el capítulo 3. Con toda probabilidad, los fenicios se sirvieron no solo de la destrucción de Ugarit, sino del fin de la influencia egipcia e hitita en su zona y del caos general del momento para apoderarse de las rutas comerciales que conducían al sur y al oeste, es decir, a Egipto, Chipre, Grecia, Creta, Sicilia, Cerdeña, Italia e Iberia, justo después de 1200 a. C.[28] Después se enriquecieron a través del control ejercido sobre estas rutas comerciales durante siglos.

Otra forma posible de describir el papel de los fenicios tras el colapso de la Edad del Bronce Final es recurrir tanto a la teoría de la resiliencia como al ciclo adaptativo, porque, como hemos mencionado, la fase «alfa» o de reorganización dentro del ciclo se ha descrito como un tiempo «en el que los recursos se reorganizan en un nuevo sistema para aprovechar las oportunidades».[29] Así pues, desde mi punto de vista, los fenicios eran antifrágiles y al mismo tiempo un buen ejemplo de la innovación que puede producirse durante la fase alfa de un ciclo adaptativo.

Creo que esta terminología de la resiliencia puede ser sumamente útil para explicar por qué las distintas sociedades se hundieron en momentos ligeramente diferentes durante el colapso y por qué cada una de ellas se recuperó a un ritmo distinto (y de manera distinta) durante las décadas y siglos posteriores. No obstante, la verdad incómoda es la cuestión de si es legítimo tratar de explicar estos antiguos acontecimientos utilizando ideas y términos modernos: resiliencia, transformación, enfrentamiento y adaptación. ¿Acaso estamos introduciendo conceptos anacrónicos en el debate que no son aplicables al mundo de hace tres mil años?

Cuadro 4. Términos y definiciones relacionados con la resiliencia

Término Breve	Definición
Adaptación	La capacidad de afrontar algo que podría suceder en el futuro; la capacidad adaptativa, el aprendizaje y la reinvención son claves, mientras que la supervivencia a corto plazo no está tan en entredicho.
Antifrágil	La condición de una sociedad que exhibe no solo resiliencia o robustez, y que en realidad prospera bajo la cantidad adecuada de estrés, aprovechándose de la situación no solo para sobrevivir, sino también para florecer.
Lidiar, capacidad de lidiar	La capacidad de manejar algo que acaba de suceder (es decir, centrarse, la capacidad de lidiar en el momento y simplemente sobrevivir).
Fragilidad	Aparatos de estado debilitados, que se desintegran o desmoronan. fragilidad social.
Resiliencia	La capacidad de continuar operando bajo estrés, de adaptarse a la adversidad y recuperar la funcionalidad después de una crisis.
Adaptación	Incluye acciones que cambian las características fundamentales de un sistema transformacional en respuesta a impactos reales o esperados de cambio climático.
Transformación	La capacidad de reorganizarse tras una interrupción y conservar las estructura y función fundamentales frente al estrés del sistema; se caracteriza por la capacidad de aprender y adaptarse.
Vulnerabilidad	La posibilidad de que una sociedad sufra adversidades si se ve afectada por acontecimientos extremos.
Venta-	Períodos en los que los riesgos son mayores debido a la combinación de vulnerabilidad y cir-

nas cunstancias.

Fuentes: Consejo Nacional de Investigación 2011; Informe *SREX* del IPCC de 2012; Quinto Informe de Evaluación del IPCC de 2014; Taleb 2014.

Tal vez sí, pero, a pesar de la posibilidad de cometer este error, creo que merece la pena tratar de abordar todas las preguntas que hemos planteado más arriba examinando el éxito o el fracaso de las distintas sociedades a través de la lente de la resiliencia y de la teoría de la resiliencia. Como señala Erika Weiberg de la Universidad de Upsala, la teoría de la resiliencia puede ayudarnos a conseguir una visión más matizada de este período y nos permite decidir mejor «qué implicó exactamente [el] "colapso" y para quién».[32]

CATEGORÍAS Y CLASIFICACIONES

Estoy convencido de que podemos aplicar de forma satisfactoria algunas de las definiciones y argumentaciones del informe del IPCC de 2012 sobre *Gestión de los riesgos de eventos extremos y desastres* a los detalles históricos y arqueológicos que hemos contemplado de los siglos posteriores al colapso de la Edad del Bronce. Aunque será necesariamente subjetivo, se podría argumentar, por ejemplo, que los asirios, babilonios y egipcios tenían «capacidad de absorción», para usar el lenguaje de los autores del IPCC, porque pudieron lidiar con la situación y continuar, aunque los egipcios no tuvieron tanto éxito como los otros dos. Por otro lado, los fenicios y los chipriotas al parecer no solo fueron capaces de dar un paso adelante y adaptarse a la situación, sino que en realidad dieron dos pasos más y se transformaron, puesto que tenían la «capacidad de cambiar y adaptarse» (para utilizar de nuevo el lenguaje del IPCC) y fueron capaces de reorganizarse de otra forma tras la interrupción.

Es más, en cuanto a los chipriotas y los fenicios, deberíamos señalar que los autores del IPCC de 2012 observan que la capacidad adaptativa y, por lo tanto, de transformación también puede describirse como la capacidad de ser innovador y anticipar situaciones futuras. Dichas innovaciones, afirman, pueden ser tanto sociales como tecnológicas, graduales o radicales, como ya hemos mencionado.[31] Por mi parte, yo apuntaría a la adopción y difusión del hierro y del alfabeto como dos de las innovaciones más evidentes de estos siglos.

———

Podemos intentar resumir nuestras observaciones desde un ángulo diferente, a saber, separando en categorías y clasificando las distintas sociedades que sufrieron el colapso, sobre la base de los conceptos de resiliencia, vulnerabilidad y fragilidad y de las definiciones adicionales de lidiar, adaptarse y transformarse, para ver si este ejercicio rinde algún fruto.

No obstante, quiero hacer hincapié desde un principio en que no estoy privilegiando a los estados (reinos o imperios) como la unidad deseada de organización sociopolítica, sino que simplemente trabajo desde la observación de que los reinos y los imperios que conformaron la red globalizada de la Edad del Bronce Final se transformaron posteriormente o fueron sucedidos por reinos y ciudades estado más pequeños de la Edad del Hierro situados en las mismas zonas. Nuestro objetivo es explicar cómo pasamos de una situación a la otra durante los siglos posteriores al derrumbe de la Edad del Bronce Final, cosa que creo que podemos hacer con el material expuesto en las páginas anteriores.

Me gustaría insistir en que mis planteamientos son, por supuesto, indicativos, en parte debido a la naturaleza fragmentaria

e incompleta de nuestros testimonios y en parte porque algunos implican un juicio subjetivo o etiquetar algo que en realidad es difícil de categorizar. Cabe señalar también que una serie de sociedades o zonas fluctuaron en cuanto a su grado de resiliencia a lo largo de los siglos, lo cual significa que hemos de tener presentes los matices, así como el panorama general más amplio. Así pues, conscientes de que algunos preferirían colocar ciertas sociedades en categorías diferentes a las que yo las he situado aquí, plantearía de forma indicativa las siguientes afirmaciones y observaciones resumidas, ordenadas según su nivel de resiliencia.

Cuadro 5. Amplias categorías de resiliencia para las distintas zonas/sociedades durante los siglos posteriores al colapso

Categoría	Justificación	Zona / sociedad
1	Más que simplemente resilientes, quizá incluso antifrágiles	Cananeos centrales (fenicios); Chipre
2	Muy resilientes (en distintos grados) adaptativos y quizá incluso capaces de transformarse	Asiria; Babilonia; Neohititas; cananeos del norte
3	Resilientes, pero a duras penas; capaces de lidiar pero sin adaptarse necesariamente	Egipto
4	No resilientes como sociedad, pero con cierta continuidad para sus sucesores, que finalmente se recuperaron	Grecia continental (micénicos); Creta (minoicos)
5	No resilientes; o bien desaparecieron o bien fueron asimilados	Hititas; cananeos del sur

1. Más que simplemente resilientes, quizá incluso antifrágiles

Tal como yo lo veo, hay aquí dos ejemplos principales. Uno serían las sociedades cananeas del Levante central que evoluciona-

ron o se transformaron tanto que ahora las llamamos «fenicios» para marcar este cambio. El otro serían los habitantes de Chipre. Ambos se transformaron y florecieron en medio del caos, en algunos casos adoptaron papeles que anteriormente habían desempeñado otros y llevaron a cabo innovaciones como la estandarización del alfabeto, la producción del tinte púrpura y el trabajo con el hierro para crear armas y herramientas. Como afirma Carol Bell: «Los mercaderes chipriotas y sus homólogos fenicios estaban ... bien posicionados para aprovechar las oportunidades que surgieron a partir de los acontecimientos catastróficos al final de la Edad del Bronce».[32]

Aunque hoy en día los cananeos de la zona central tengan otro nombre, esto es, fenicios, las continuidades culturales son evidentes. No solo fueron resilientes e innovadores mientras mutaban de las ciudades estado cananeas de la Edad del Bronce Final y se transformaban a la nueva normalidad, sino que eran realmente antifrágiles y prosperaron en el caos que siguió al colapso, aprovechándose del saqueo de Ugarit y de otras ciudades portuarias para tomar el control de las rutas comerciales a través del Mediterráneo con el fin de intercambiar productos como el tinte púrpura por plata y otros metales procedentes de Sicilia, Cerdeña e Iberia, y con ello difundir su versión estandarizada del alfabeto.

Asimismo, los habitantes de Chipre hicieron gala de una admirable resiliencia, que posiblemente los llevó a la transformación de su sistema político. Las poblaciones se trasladaron a otras zonas de la isla y crearon nuevos municipios según sus necesidades, sobre todo porque los puertos se llenaron de sedimentos. Estaban también a la vanguardia de la nueva industria del hierro, si nuestra actual interpretación de que los metalúrgicos fueron los líderes de esta transición al hierro como metal predominante de la era es correcta. Los artesanos y los metalúrgicos no solo mantu-

vieron vivo su habitual trabajo con el bronce, sino que también innovaron al adaptarse y difundir esta nueva tecnología metalúrgica. También fueron capaces de mantener su presencia en las rutas comerciales internacionales, que todavía existían, aunque al principio a un nivel inferior al de la Edad del Bronce Final.

2. Muy resilientes

Excelentes ejemplos de sociedades que demostraron ser muy resilientes serían los asirios y los babilonios. Ambos afrontaron el trance y se adaptaron lo necesario, se adecuaron a la nueva situación en la que se encontraban. Esto supuso o bien tratar con viejos enemigos (es decir, los elamitas en el caso de los babilonios) o con nuevos adversarios (como los arameos y los urartianos en el caso de los asirios), así como simplemente arrebatar a los demás lo que ellos necesitaban.[33]

Considero que los asirios y los babilonios encajan en esta categoría porque ambos consiguieron en un inicio capear el colapso y adaptarse durante la transformación de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, casi sin cambios en su estructura social básica, desde la administración del gobierno hasta la religión (incluidas las divinidades que adoraban). Sin embargo, ambas sociedades se vieron afectadas después por la sequía, la hambruna y la peste. Aunque fueron capaces de continuar lidiando con la situación, los asirios precisaron dos siglos para reagruparse y regresar, con venganza, en el siglo IX a. C., pero a los babilonios les costó todavía más, hasta finales del siglo VII a. C.

En esta misma categoría situaría a los neohititas, que vivían en el norte de Siria y sureste de Anatolia, además de los cananeos del norte y otros que seguramente vivían con ellos en aquellas regiones. Todos capearon el cambio inicial de forma satisfactoria y vivieron en los distintos territorios gobernados por Karkemish, Tell Tayinat y otros reinos o ciudades estado siriohititas y sirioa-

natolios más pequeños de esta región durante la Edad del Hierro. Resistieron frente a la repetida agresión de los asirios, aunque parece probable que los cananeos que vivían en las zonas del interior y del sur hasta Damasco fueran finalmente asimilados por los pequeños y numerosos reinos arameos que se habían establecido en esta región durante el siglo IX a. C. No obstante, situar a los neohititas en esta categoría significa separarlos del principal cuerpo de los hititas de Anatolia central, que no fueron tan resilientes; otros pueden argumentar que deberíamos mantener juntos a ambos grupos, pero creo que es legítimo dividirlos, dada la gran disparidad en cuanto a resiliencia.

3. Resilientes, pero a duras penas

Dentro de esta categoría incluiría a los grupos que fueron capaces de afrontar la situación y continuar existiendo, pero que no consiguieron hacer la transición adecuadamente, de manera que sus sociedades se deterioraron hasta cierto punto y perdieron el importante papel internacional que hasta entonces habían tenido. Aquí, el principal ejemplo que propongo es el de los egipcios durante los siglos posteriores al colapso, porque, aunque Egipto sobrevivió, nunca volvió a ser el mismo, ni consiguió alcanzar la poderosa posición que tuvo durante el período del Reino Nuevo. Pese a que no hubo cambios sustanciales en cuanto al gobierno del rey y la administración, ni en su religión, es muy probable que el nivel de vida disminuyera para la persona media. Hubo también un repunte de la anarquía, motines, reivindicaciones simultáneas por parte de faraones rivales y una guerra civil, hasta el extremo de que Egipto estuvo gobernado a veces por varios reyes al mismo tiempo y sin duda su papel en el comercio internacional durante los siglos posteriores al colapso fue menor de lo que había sido anteriormente.

Sin embargo, cuando empezamos a analizar Egipto en las páginas anteriores, señalamos que gran parte de este período, desde la muerte de Ramsés IX en 1070 a. C., que marcó el fin de la dinastía XX y del Reino Nuevo, es conocido por los egiptólogos como Tercer Período Intermedio, con numerosos y rivales pretendientes al título de faraón. Épocas similares, conocidas como Primer y Segundo Período Intermedio, respectivamente, habían seguido también al Reino Antiguo y al Reino Medio. Por ende, en muchos aspectos, lo que pasó en Egipto tras el colapso no era nuevo, sino más bien un ciclo que ya se había producido con anterioridad: su propia versión del ciclo adaptativo.

4. No resilientes como sociedad, pero con cierta continuidad cultural

Aquí enumeraría las entidades que no consiguieron lidiar con la situación, ni adaptarse ni transformarse, pero cuyas continuidades culturales no desaparecieron del todo. A mi modo de ver, esta categoría es una de las más polémicas y está abierta al debate.

El ejemplo principal, en mi opinión, serían los micénicos de la Grecia continental, que al parecer eran más vulnerables y frágiles de lo previsto.[34] Pese a que desaparecieron como sociedad, yo los situaría en esta categoría más que en la más baja, porque hay suficiente continuidad con sus sucesores y un resurgimiento final en el último tramo del siglo VIII a. C. Mi razonamiento es el siguiente:

Hay pocas dudas de que la sociedad micénica tocó a su fin en *c.* 1050 a. C como muy tarde. Dado el bajo nivel de vida en Grecia tras el colapso, podemos inferir que no fueron particularmente resilientes, por lo menos al principio, y que la vida tal como ellos la conocieron durante la Edad del Bronce efectivamente había terminado. Hay que tener en cuenta, no obstante, que, aunque

digamos que la sociedad de la Edad del Bronce en Grecia se desmoronó por completo, la vida continuó para muchas personas, especialmente en los escalafones más bajos de la sociedad, y hay una cierta continuidad entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en la Grecia continental.[35]

Sin embargo, podemos decir también que los griegos que sobrevivieron acabaron transformándose y rehicieron su cultura y sociedad desde cero. No fue ni fácil ni rápido, pero podemos ver una evolución en los estilos de cerámica, hábitos de enterramiento y tipos de viviendas, por ejemplo, así como cierta continuidad en los títulos de los administradores (como *basileus*) y los nombres de muchos de los dioses y diosas, desde Zeus y Hera hasta los demás. No obstante, como se ha comentado al comienzo de este libro, es muy improbable que después de *c.* 1050 a. C. estos supervivientes se considerasen a sí mismos micénicos (si es que alguna vez se habían identificado como tales, en vez de habitantes de un reino en particular, como Micenas o Pilos).

Puesto que estos supervivientes consiguieron finalmente reconstruirse y emprender el camino que los conduciría a la Grecia Arcaica y después a la Clásica, yo sugeriría que tal vez ya a finales del siglo IX y comienzos del VIII a. C. se habían recuperado lo suficiente como para pasar a la siguiente categoría superior (n.º 3). No obstante, a lo largo del tiempo como promedio, permanecen en esta categoría (n.º 4).

Tras mucho debate interno, yo incluiría también en esta categoría a los habitantes de Creta, porque, aunque tuvieron más éxito que los micénicos a la hora de adaptarse, perdieron sin embargo su identidad previa, es decir, lo que nosotros reconocemos como «minoicos». Como ya señalamos en el capítulo 5, los minoicos, y la sociedad minoica tal como la conocíamos, incluidos sus anteriores socios en el comercio marítimo (es decir, los «keftius»

para los egipcios y los «caftoritas» para los cananeos y babilonios), habían dejado de existir como identificador, posiblemente ya en el momento de la conquista micénica de la isla a mediados del siglo XIV a. C., a pesar de que muchos de los habitantes continuaron capeando la transición a la Edad del Hierro y finalmente florecieron de nuevo como la Creta Arcaica.

Sin embargo, soy el primero en señalar que esta es una decisión subjetiva, porque los habitantes de Creta fueron sin duda capaces de llevar a cabo ajustes culturales. Aunque no recuperaron el anterior nivel de participación minoica en el comercio internacional durante siglos, sí fueron capaces de asegurarse un cierto grado de continuidad, que finalmente conduciría al crecimiento de las ciudades estado arcaicas de la isla, por lo que podría considerarse que se recuperaron lo suficiente como para pasar a la categoría de nivel superior (aunque, una vez más, el promedio a lo largo de los siglos los mantiene en esta categoría actual). Tal como afirma Saro Wallace, podríamos considerar que este fue un «colapso positivo», aunque yo subrayaría que se produjo a costa de perder su identidad de «minoicos» (bien a manos de los micénicos o a consecuencia del colapso).[36]

5. No resilientes, esencialmente desaparecidos

Dentro de esta categoría final, yo situaría a las sociedades que no fueron resilientes y esencialmente desaparecieron por completo, aunque quedaron algunos pequeños núcleos en zonas periféricas. Aquí encontramos a los hititas y su imperio, que básicamente no lograron capear la transición a la Edad del Hierro y cedieron su territorio a nuevos reinos, como los urartianos en el este de Anatolia y finalmente los frigios de la Anatolia central y occidental, como ya vimos en el capítulo 4. Incluso aquí debo matizar, porque ya he situado y analizado más arriba los pequeños grupos sucesores que sobrevivieron como ciudades estado neohi-

titas en Siria-Anatolia y en el norte del Levante, y continuaron las tradiciones hititas en cuanto a escritura, arquitectura y sistemas administrativos, al mismo tiempo que creaban sus propios sistemas independientes. Además, aunque los hititas gobernasen gran parte de Anatolia, su colapso social no significó necesariamente la muerte automática de lo que allí vivían, sobre todo los de las regiones interiores, en lugares como Çadir.[37]

Por otro lado, a sabiendas de que este será un tema de debate continuado, he colocado en esta categoría a los cananeos que vivían en el Levante meridional, porque considero que en general o fueron completamente derrotados o asimilados a nuevos reinos que emergieron en la región: es decir, Israel y Judá, además de Filistia, Edom, Amón y Moab. Sin embargo, esto ejemplifica algunos de los problemas que supone asignar etiquetas a situaciones fluidas, porque en su reciente libro sobre el suroeste de Canaán en las Edades del Bronce y del Hierro, Ido Koch de la Universidad de Tel Aviv argumenta que «la sociedad regenerada de la Edad del Hierro I en el suroeste de Canaán hace gala de continuidad y transformación». No obstante, al mismo tiempo admite que «la estructura social que surgió tras el colapso en el suroeste de Canaán durante la Edad del Hierro I fue diferente de su predecesora»; que «[n]uevos centros ... reemplazaron a los tradicionales»; y que «se desarrolló un modelo de asentamiento diferente».[38]

En resumidas cuentas, según interpreto la situación tal como la entendemos hoy, mientras que individuos cananeos étnicos (e incluso comunidades pequeñas) fueron probablemente resilientes hasta cierto punto, la sociedad cananea y cada una de las ciudades estado cananeas dejaron de ser singularmente identificables a medida que continuó la transición a la Edad del Hierro en el Levante meridional, aun cuando sin duda influyeron en los nuevos reinos que surgieron en la región. Esto podría interpretar-

se, por un lado, como transformación y alta resiliencia, o como asimilación a nuevos reinos y baja resiliencia, por el otro. Sin embargo, del mismo modo que ya no identificamos a los micénicos ni a los minoicos al final de la Edad del Hierro en el Egeo, tampoco podemos hablar ya de cananeos a finales de la Edad del Hierro en el Levante, sino más bien de israelitas, judaítas, amonitas, edomitas, moabitas, *etc.* Por consiguiente, he preferido interpretar esta situación como asimilación, aunque con algunas supervivencias e influencias culturales, y he situado a estos cananeos meridionales en esta categoría. Otros quizá interpreten esta situación como una transformación satisfactoria y los coloquen en una categoría superior.[39]

¿OTRAS CATEGORÍAS?

Hay otros grupos que podrían o no encajar en alguna de las categorías mencionadas más arriba, dependiendo de cómo se interpreten los datos disponibles. Por ejemplo, si los israelitas monoteístas realmente hubieran estado en la región del Levante meridional durante algún tiempo en aquellos momentos y simplemente bajaron de las montañas donde habían estado viviendo (es decir, los «israelitas invisibles» de Finkelstein), entonces podríamos separarlos como otra cultura de la Edad del Bronce en la zona que se mostró resiliente e innovadora mientras mutaba finalmente en la Monarquía Unida y después en los reinos separados de Israel y Judá, y se transformaba al mismo tiempo en la nueva normalidad. No obstante, si de alguna manera hubieran migrado recientemente a la región, como por ejemplo mediante el Éxodo, serían considerados como recién llegados que se aprovecharon del caos que siguió al colapso, cosa que sería una historia muy distinta.

Asimismo, si Ben-Yosef está en lo cierto en cuanto a que los edomitas habían sido anteriormente nómadas pero que habita-

ban en la región del Uadi Faynan, y después se asentaron para crear el reino de Edom, como ya hemos analizado en el capítulo 1, ¿consideramos que se trata de una transformación en respuesta al abandono egipcio de la zona y demás acontecimientos relacionados durante el período del derrumbe de la Edad del Bronce Final? ¿O acaso imaginamos que el reino se desarrolló de alguna manera, como otros estudiosos han argumentado, y por lo tanto simplemente lo consideran una nueva entidad que creció en el vacío de poder tras los tumultuosos acontecimientos de finales del siglo XIII y comienzos del XII a. C.?

Una situación parecida es aplicable a los otros pueblos de la zona. Por ejemplo, todavía se está deliberando si los amonitas migraron a la zona durante el colapso de la Edad del Bronce Final, quizá desde la lejana Anatolia o de algún otro lugar de Canaán en aquella misma época, o si eran básicamente indígenas y sobrevivieron al colapso justo donde estaba situado el reino de Amón de la Edad del Hierro.[40] Se han sugerido todas estas posibilidades. Si la última es correcta, entonces podrían ser ubicados en la categoría 2; si alguna de las dos anteriores resulta correcta, entonces hemos de pensar dónde los situamos o si los consideramos parte de la ecuación.

Lo mismo podemos decir de Moab y los moabitas, que puede que establecieran su reino por primera vez en *c.* 1300 a. C., si no antes, pero también es posible que no penetraran en la región mucho antes de 1200 a. C. o que no establecieran su reino antes del siglo XI a. C. Se han propuesto, una vez más, todas estas conjeturas, y también cómo hemos de clasificarlas o incluso si hemos de clasificarlas. De momento el debate está servido.[41]

———

Quisiera señalar una vez más que mi asignación de las distintas sociedades a las categorías individuales y la observación de sus altibajos a lo largo de los siglos es preliminar, provisional y completamente dependiente de nuestro conocimiento actual y de mis propias conjeturas y sensaciones intuitivas (por poco científico que pueda ser). Más investigación arqueológica podría indicar otra trayectoria diferente para algunas de estas sociedades, pero en la actualidad las caracterizaciones presentadas aquí reflejan mis propias inclinaciones después de revisar los testimonios disponibles.

Creo también que es útil recordar que la situación de cada una cambió a lo largo del tiempo, cosa que he tratado de reflejar en el Cuadro 6, donde indico mi opinión acerca del estatus de cada sociedad siglo a siglo. Esto puede ser especialmente útil puesto que en los capítulos anteriores hemos avanzado geográficamente en vez de cronológicamente.

Huelga decir que otros estudiosos sostendrán sin duda diferentes opiniones, y quizá querrán situar Egipto en una categoría diferente: por ejemplo, o bien más arriba con los asirios y babilonios o más abajo con los micénicos y minoicos, dependiendo de cómo se valoren factores como la inestabilidad política. En pocas palabras, considero que mis planteamientos son el inicio del debate, no el fin.

———

Lo que se desprende de todo lo anterior, desde la materia expuesta en los capítulos 1 al 5 y siguiendo con el análisis que acabo de presentar, es que cada caso fue único. De las sociedades que estuvieron activas en la Edad del Bronce Final en el Egeo o en el Mediterráneo oriental, algunas capearon mejor la tormenta que

otras. No son fáciles de responder las preguntas sobre cómo y/o por qué cada una de ellas resultó o no vulnerable en un principio y cómo y/o por qué consiguió o no transformarse con éxito a la nueva situación. De hecho, en algunos casos no podríamos responder en absoluto a estas preguntas debido a la naturaleza fragmentaria de nuestros datos; a menudo dependemos en gran medida de los hallazgos de enterramientos y de cerámica, de los cambios percibidos en los patrones de asentamiento, y así sucesivamente, como hemos señalado repetidamente más arriba. Somos como detectives forenses tratando de reconstruir múltiples escenas de crímenes antiguos, todos ellos fríos desde hace mucho tiempo: me vienen a la cabeza CSI, NCIS, Colombo y Kojak, pero ni siquiera estos investigadores televisivos serían capaces de resolver ninguno de estos casos ni convencer a un jurado para que dictase un veredicto unánime; incluso Hércules Poirot y Sherlock Holmes se encontrarían en serios apuros.

Cabe recordar una vez más que estamos limitados por el hecho de que ninguna de estas sociedades dejó registro alguno que mencione concretamente que hubo un cambio en el sistema de su mundo. Nada sobre «en tiempos de mi padre (o abuelo), estábamos en contacto con los hititas (o egipcios o…), pero ya no los hemos visto más», por ejemplo. La razón de ello puede ser tan simple como el hecho de que tenemos muy pocos registros escritos fechados en la época inmediatamente posterior al colapso; hay que recordar que hubo un período en Asiria de setenta y cinco años, a partir de 1208 a. C., de cuyos primeros veinticinco años apenas tenemos documentación y después no hay ningún registro real durante casi cincuenta años (1179-1133 a. C.). Tampoco tenemos nada específicamente pertinente de las demás sociedades durante este mismo período; ni siquiera los egipcios mencionan nada particularmente desfavorable después de las proclamaciones triunfales de la victoria de Ramsés III sobre los Pueblos del

Mar en 1177 a. C., excepto algunos problemas internos como la huelga de obreros y finalmente su asesinato. No cabe duda de que muchas ciudades habrían conservado registros de todo esto, entre ellas Ugarit, Hattusa y Micenas, de no ser porque se vieron profundamente impactadas y fueron invadidas o abandonadas en aquella época; por ende, quizá esta falta de referencias escritas no debería ser tan sorprendente.

Cuadro 6. Resiliencia, o falta de ella, por zona/sociedad y siglo a. C., con indicaciones de las fases del ciclo adaptativo

Zona/sociedad	Siglo XII	Siglo XI	Siglo X	Siglo IX/VIII
Asiria	Muy resiliente; constantes ataques arameos y conflictos ocasionales con los babilonios, pero esencialmente inalterada. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Lidia con la situación, pero el declive comienza con la llegada de la sequía, la hambruna y la peste, que se prolongan hasta el siglo siguiente. Fase del ciclo adaptativo: omega.	El declive continúa; resiste y quizá se adapta, pero simplemente sobrevive hasta el último tercio del siglo. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Transformación en el Imperio neoasirio; empieza la conquista de Oriente Próximo. Fase del ciclo adaptativo: alfa.
Babilonia	Muy resiliente; constantes ataques arameos y conflictos ocasionales con los asirios, pero esencialmente inalterada.	Problemas similares a los de los asirios; lidia con la llegada de la sequía, la hambruna y la peste. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Similar a los asirios; sigue lidiando con la situación y simplemente sobrevive. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Todavía lidiando y sobreviviendo. Fase del ciclo adaptativo: omega.

	Fase del ciclo adaptativo: omega.			
Canaán (del norte)	Transición distinta según el lugar; algunos (es decir, Ugarit) fueron abandonados, pero otros fueron muy resilientes y tuvieron continuidad. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Resiliente, y se adapta/lidia con la situación; es probable cierta asimilación con entidades políticas neohititas de la región. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Resiliente, y se adapta/lidia con la situación como en el siglo precedente. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Resiliente y se adapta/lidia con la situación como en el siglo precedente; probable asimilación con los reinos arameos del norte de Siria en esta época. Fase del ciclo adaptativo: omega.
Canaán (central): Tiro, Sidón, Biblos, Arwad, *etc.*	Antifrágil; transformación en fenicios, que empiezan a apoderarse de las rutas marítimas comerciales. Fase del ciclo adaptativo: inicialmente omega pero con transición casi inmediata a alfa.	Antifrágil; continúan las empresas marítimas. Fase del ciclo adaptativo: alfa.	Antifrágil; continúan las empresas marítimas; los gobernantes de Biblos dejan inscripciones. Fase del ciclo adaptativo: alfa.	Antifrágil; continúan las empresas marítimas. Fase del ciclo adaptativo: alfa.
Canaán (del sur)	Inicialmente resiliente y capaz de adaptarse; posiblemente transfor-	Posiblemente resiliente, pero probablemente comienza a ser asimilado por los filisteos y otros.	Podría interpretarse como adaptación por parte de los habitantes originarios, pero muy probable-	Prosperan varios reinos nuevos, entre ellos Israel y Judá.

	mada hasta cierto punto, pero no inicialmente antifrágil. Fase del ciclo adaptativo: omega, pero con transición casi inmediata a alfa.	Fase del ciclo adaptativo: alfa.	mente incorporado a los nuevos reinos establecidos en la zona, entre ellos Israel, Judá, Edom y Amón. Fase del ciclo adaptativo: alfa.	Fase del ciclo adaptativo: alfa.
Creta (minoicos)	Continuidad y reajustes culturales; adaptación transformativa para capear la transición. Fase del ciclo adaptativo: inicialmente omega con transición a alfa.	Sociedad minoica *per se* ahora desaparecida, pero los cretenses se recuperan y ajustan a las nuevas realidades. Fase del ciclo adaptativo: omega.	La sociedad cretense continúa; renovados contactos con el Oriente Próximo. Fase del ciclo adaptativo: alfa.	Los cretenses prosperan. Fase del ciclo adaptativo: alfa.
Chipre	Capaz de adaptarse e incluso posiblemente de transformarse; quizá antifrágil; innovación en el trabajo del hierro.	Resiliente y próspero; aparecen nuevas ciudades y las viejas continúan, aunque con algunos cambios; activamente involucrado en el comercio internacional, especialmente con productos de hierro.	Resiliencia continuada, preparando el escenario para la transición final al período Arcaico. Fase del ciclo adaptativo: alfa.	Los chipriotas prosperan. Fase del ciclo adaptativo: alfa

	Fase del ciclo adaptativo: inicialmente omega, pero con transición casi inmediata a alfa.	Fase del ciclo adaptativo: alfa.		
Egipto	Lidia con la situación, pero sin demasiado éxito; afectado por la sequía, la hambruna, los saqueos y los problemas sociales y políticos. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Continúan los problemas de resiliencia, especialmente de fragmentación política, pero posiblemente empieza a adaptarse y a reanudar cierto comercio hacia finales de siglo. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Muestra más resiliencia y mejoras en las relaciones internacionales; un retorno al poder militar y diplomacia en tiempos de Sheshonq. Fase del ciclo adaptativo: inicialmente omega, pero con transición a alfa en tiempos de Sheshonq.	Nuevo declive, con problemas políticos y faraones rivales; finalmente conquistado por los reyes kushitas de Nubia desde mediados del siglo VIII. Fase del ciclo adaptativo: retorno a omega.
Hititas	La sociedad hitita termina a todos los efectos en la Anatolia central. Fase del ciclo adaptativo: omega.	Hititas desaparecidos.	Hititas desaparecidos.	Hititas desaparecidos.
Neohititas	Continuación de los reinos neohititas en el norte de Siria (norte de Canaán) y sureste de Anatolia.	Diferentes grados de transformación, adaptación y lucha entre las distintas ciudades y territorios neohititas.	Tiempo de resurgimiento; gobernantes neohititas dejan inscripciones. Fase del ciclo adaptativo: alfa	Karkemish y otras ciudades neohititas prosperan.

	Fase del ciclo adaptativo: omega.	Fase del ciclo adaptativo: alfa.		Fase del ciclo adaptativo: alfa.
Grecia continental (micénicos/griegos)	Cierto grado de continuidad, aunque ya a un nivel sociopolítico inferior.	Sociedad micénica *per se* desaparecida en 1070-1050 a. C.; los habitantes de la Grecia continental continúan a un nivel sociopolítico inferior.	La sociedad griega empieza a reconstruirse desde cero e inicia el proceso de transformación y recuperación.	Los griegos resurgen. Fase del ciclo adaptativo: alfa
	Fase del ciclo adaptativo: omega.	Fase del ciclo adaptativo: omega.	Fase del ciclo adaptativo: inicialmente omega, pero con transición a alfa.	

VULNERABILIDAD, FRAGILIDAD Y TEORÍA DE LA RESILIENCIA

Por último, creo que podemos aplicar y analizar más a fondo conceptos adicionales como vulnerabilidad y fragilidad de la teoría de la resiliencia, que ya he introducido en las páginas anteriores, al revisar nuevamente el material presentado en los capítulos precedentes. Por ejemplo, *a posteriori* parece muy evidente que la sociedad micénica era vulnerable. Los reinos que conocemos por Homero y otros autores, así como por la arqueología —Atenas, Micenas, Pilos, Tebas—, todos se desmoronaron, y la vida se hizo más local que global. Sin embargo, los supervivientes finalmente resurgieron para desempeñar un papel destacado en la escena internacional que comenzó en el siglo VIII a. C., y se encaminaron hacia una nueva vida como griegos clásicos.[42]

La pregunta obvia llegados a este punto es ¿por qué eran los micénicos tan vulnerables y frágiles? Y ¿lo eran más que otras sociedades? Además, ¿sufrieron todos los miembros de su sociedad de igual manera? ¿Afectó el colapso a la clase baja o a los campesinos de la Mesenia rural del mismo modo que afectó a las élites

de la Micenas palacial? ¿Fueron los campesinos capaces de simplemente encogerse de hombros y seguir adelante con una agricultura de subsistencia mientras la familia real y los administradores de la élite sucumbían o huían ante los problemas de la cadena de abastecimiento de la Edad del Bronce?—[43]—Todas estas cuestiones son objeto de debate entre eruditos, pero sin ninguna resolución clara a la vista.

No obstante, como se ha señalado en el capítulo 5, algunos estudiosos han planteado que la economía palacial de los micénicos ya no era adecuada para las clases bajas de la sociedad y que los distintos proyectos de gran envergadura, tanto arquitectónicos como geográficos, como el drenaje de la cuenca del Kopais, puede que provocasen la bancarrota del sistema y causasen enormes dificultades y penurias para aquellos que no formaban parte de la élite que vivía en los centros palaciales. Erika Weiberg y Martin Finné, por ejemplo, sugieren que para los que no constituían la élite de la Grecia continental el colapso, en realidad, pudo proporcionar «la oportunidad favorable necesaria para "escapar" de una estructura sociopolítica insostenible».[44]

Joseph Maran, que ha dirigido la excavación de Tirinto durante varias décadas, está de acuerdo con este planteamiento y añade que pudo haber también otros problemas sistémicos y de larga duración, como conflictos entre las élites de las distintas capitales, que debilitaron a los micénicos en su conjunto a través de «contradicciones internas que a lo largo del tiempo se habían ido forjando en las políticas palaciales». Sugiere asimismo la posibilidad de rebeliones internas «apoyadas y organizadas por miembros desfavorecidos de segunda o tercera categoría de la élite, que pudo haber recurrido a sectores de la infraestructura militar de los palacios y revolverla contra los gobernantes».[45]

Así pues, los micénicos estaban listos para una caída fuera cual fuere, y los distintos problemas que surgieron durante la «tormenta perfecta» del colapso, o tal vez incluso antes en cierto modo, debieron de crear un punto de inflexión social del que les resultó imposible recuperarse.[46] Eso significaría que ni el derrumbe ni su incapacidad de recuperarse fueron fruto del azar, sino que es algo más bien documentable y posiblemente predecible *aposteriori*.

Podemos plantearnos las mismas preguntas acerca de los hititas de Anatolia, que combatieron contra Egipto por el control de la región del Mediterráneo oriental durante la Edad del Bronce Final. Su sociedad prácticamente desapareció, a excepción de las pequeñas ciudades estado y reinos que sobrevivieron en el sureste de Anatolia y el norte de Siria. ¿Prosiguió la gente de las zonas rurales con su vida o se vio afectada del mismo modo que quienes vivían en la capital de Hattusa? Aquí también el debate está servido, aunque la reciente ponencia de Sarah Adcock de la Universidad de Chicago investigaba precisamente estas cuestiones: «En el caso de los hititas, por ejemplo», preguntó, «¿qué supuso para los habitantes del Çadir rural [una población del interior] la pérdida de coherencia del imperio? ¿Se vio interrumpida su forma de vida, y, si es así, cómo reaccionaron?». Como han señalado recientemente Miguel Centeno y sus colegas del proyecto de Riesgo Sistémico Global del Instituto de Estudios Internacionales y Regionales de la Universidad de Princeton, «el colapso de una persona puede ser la oportunidad de otra».[47]

Se puede argumentar, sin duda, que de todos modos los hititas estaban al borde del colapso. Hay indicios de luchas intestinas en el seno de la familia real, de amenazas al trono y de que habían abandonado de nuevo su antigua capital (tras haberlo hecho ya anteriormente durante un corto período en el siglo XIII a. C.) y

ahora estaban asentados en algún lugar de Tarhuntassa en vez de Hattusa. Todo ello pudo haber contribuido a su fragilidad, vulnerabilidad, falta de resiliencia y posterior incapacidad para resurgir del colapso.[48]

Por el contrario, los asirios del norte de Mesopotamia no parece que fueran tan vulnerables ni frágiles como los micénicos o los hititas y consiguieron sobrevivir al colapso más o menos intactos. ¿Por qué razón? ¿En qué eran diferentes? El académico de la Universidad de Cambridge Nicholas Postgate califica de «recesión» para los asirios el período entero que va desde 1200 hasta el año 900 a. C.[49] Quizá sea un giro demasiado positivo, como han afirmado muchos, pero es cierto que fueron más resilientes que otra cosa durante los años inmediatamente posteriores al colapso. Fueron capaces de sobrevivir a pesar de que el clima siguió afectando a la región durante el siglo XI y después, con largos períodos de escasas lluvias y un cambio del curso del Éufrates, que contribuyeron a la sequía, pérdida de cosechas, escasez de grano y hambruna. Hubo también epidemias que no solo aquejaron a los asirios del norte, sino también a los babilonios del sur de Mesopotamia.[50] Y sin embargo perseveraron.

Independientemente de los desafíos a los que se enfrentaban, los asirios no parece que perdieran por completo las estructuras sociales ni tampoco tuvieron que reconstruirse ni transformar demasiado su sociedad. Pese a que el período posterior al colapso no debió de ser agradable para los asirios, quizá reflejado en la falta de inscripciones durante gran parte del siglo XII a. C., estos emergieron intactos en el siglo IX a. C., listos para reestablecer su nuevo dominio por todo el Oriente Próximo durante otros tres siglos, hasta el año 612 a. C.

Su mundo había cambiado, por supuesto. Habían desaparecido muchos de los Grandes Reyes y ya no existían las relaciones

internacionales de la Edad del Bronce. Las inscripciones, cuando las hay, hacen referencia ahora casi exclusivamente a campañas militares, no al comercio internacional. Sin embargo, muchos de los hitos mencionados como característicos de una edad oscura —incluidas las pérdidas de una administración y economía centralizadas, así como la desaparición de las élites tradicionales y de la escritura— no se manifestaron en la Asiria de la Edad del Hierro (o Babilonia, en este caso).

Su sistema de escritura cuneiforme siguió utilizándose. Las inscripciones monumentales todavía se inscribían en piedra y se colocaban en los palacios y diferentes ciudades, como se había hecho durante los siglos anteriores de la Edad del Bronce; las cartas y documentos todavía se registraban en tablillas de barro y las identidades individuales en sellos cilíndricos. Es más, la élite más elevada, es decir, el rey y su familia, junto con sus sirvientes y criados, continuaron como antes de 1177 a. C., sin ninguna interrupción significativa. Lo mismo cabe decir de los funcionarios y administradores del gobierno, las diferentes clases sociales y la economía centralizada.[51] Pese a fluctuaciones significativas en el clima y a los ataques externos, los asirios consiguieron abrirse camino a través de los siglos para emerger prácticamente intactos en términos de estructuras y normas sociales.

Nos preguntamos una vez más, ¿por qué fue así? ¿Por qué ellos más que otros? ¿Fue acaso su ubicación en la confluencia de los ríos Éufrates y Tigris lo que evitó que se vieran afectados de forma inmediata por la sequía o la hambruna, que sí contribuyeron a la caída de sus socios comerciales y de sus enemigos? ¿Estaban lo suficientemente alejados de la costa mediterránea para evitar ser atacados por los Pueblos del Mar que asolaron los reinos costeros? Tal vez se debió a la buena suerte de tener el líder adecuado durante los tiempos de escasez; o suficientes duplicidades en

la administración y políticas del estado; o un ejército capaz de combatir y expulsar a los invasores y/o conquistar a otros para apoderarse de los recursos que necesitaban debido a la caída del comercio internacional; ¿o todo lo anterior? ¿O puede que simplemente tuvieran suerte?

No obstante, el hecho de que fueran capaces de continuar y revelarse resilientes no parece que tuviera mucho que ver con la suerte e incluso con estar mejor preparados que los demás.[52] Al contrario, parece que su resiliencia se debió a cuatro cosas que pudieron conservar por alguna razón: su gobierno centralizado, liderado por un rey; su economía básica; su sistema de escritura; y su ejército.

Veo también que cada una de las respuestas y resiliencias implicadas depende exactamente de lo que en cada caso se desmoronó. Por ejemplo, podría argumentarse que las sociedades micénica e hitita cayeron estrepitosamente porque habían perdido su administración y economía centralizadas; este es sin duda el caso de los hititas, que perdieron su imperio, y probablemente también el de los micénicos, cuyos pequeños reinos tenían cada uno su propia administración y economía centralizadas, por ejemplo, en Micenas, Tebas y Pilos. Podríamos argumentar también que los centros micénicos no eran lo bastante autosuficientes y dependían demasiado de las importaciones de materias primas como el cobre, el estaño y el oro. Lo mismo se puede decir de los demás, incluidos los hititas.

En cambio, los asirios, babilonios y egipcios no perdieron sus dinastías reales en el momento del colapso, ni sus administraciones centralizadas, ni sus economías; simplemente experimentaron trastornos que se podían superar con resiliencia. No necesitaron reconstruirse como los griegos se vieron forzados a hacer. En cuanto a los asirios, fueron también capaces de apoderarse, me-

diante conquista o tributo, de las materias primas que precisaban.

Los autores del informe del IPCC de 2012 subrayan: «Los acontecimientos extremos tendrán mayor impacto en los sectores más vinculados al clima, como el agua, la agricultura y la seguridad alimentaria ... Por ejemplo ... existe un alto nivel de confianza en que los cambios climáticos puedan afectar gravemente a los sistemas de gestión del agua».[53] Cabe señalar que, de las cuatro sociedades que figuran entre las «Grandes potencias» de la Edad del Bronce Final que, en mi opinión, sufrieron un mayor impacto —a saber, los egipcios, asirios, babilonios e hititas, teniendo en cuenta su estatus tal como lo describen las cartas de Amarna del siglo XIV a. C.—, tres estaban situadas junto a sistemas fluviales; los egipcios tenían el Nilo, mientras que los asirios y los babilonios tenían el Tigris y el Éufrates. Los hititas, por su parte, no tenían ningún sistema fluvial importante del que dependieran en las cercanías, solo el río Kızılırmak (Halys) como recurso, y son los únicos de los cuatro que fracasaron por completo.

Cuadro 7. Secuelas de las civilizaciones/sociedades durante los siglos posteriores al colapso

	Transformados en	Asimilados o sustituidos por
Asirios	Neoasirios	—
Babilonios	Neobabilonios	—
Cananeos centrales	Fenicios	—
Cananeos del sur	—	Israel, Judá, Edom, Moab, Amón, Filistea

Chipriotas	Chipriotas arcaicos	—
Egipcios	Egipcios	—
Hititas (y cananeos del norte)	Neohititas (en el norte de Canaán y sureste de Anatolia);	Urartu (en el este de Anatolia); frigios (en Anatolia central y Anatolia) occidental)
Micénicos y Minoicos	Griegos arcaicos y cretenses	—

Sugeriría, además, como ya han hecho otros, que el surgimiento de pequeñas micropolíticas en la Edad del Hierro, que van desde los reinos arameos hasta Israel y Judá, quizá se deba simplemente a que sus reinos emergen bajo la sombra de lo que habían sido poderosos imperios como los hititas, los egipcios, los asirios y los babilonios, como dice Renfrew que sucede tras el colapso de un sistema, en el que pequeñas empresas mercantiles privadas reemplazan las iniciativas estatales de la Edad del Bronce. Aunque también podría ser un retorno a cómo habían sido las cosas antes, en el segundo milenio a. C., tanto en Canaán como en Grecia, durante la Edad del Bronce Medio.[54] Estos son temas para futuros debates y reflexiones.

Podría ser también de interés considerar los resultados alternativos que podrían haberse producido si las cosas hubieran sido distintas para algunas sociedades, y preguntarnos si alguna de ellas podría haber evitado su destino. Hay aquí muchos condicionales, muchos «podría, debería», pero, sin duda, si la familia real hitita no hubiera tenido problemas internos y si no hubieran trasladado su capital a otro lugar, tal vez no se habrían desmoronado tan rápida y estrepitosamente. Del mismo modo, si los micénicos hubieran sido más autosuficientes y no tan dependientes de otros en cuanto a materias primas y si hubieran dado una tregua al abuso constructivo y productos de ingeniería que impactaron en las clases bajas, podrían haber sobrevivido mejor.

Por otro lado, ¿qué habría sucedido si una o más no se hubieran desmoronado? ¿Podría haber sobrevivido todo el sistema si solo hubieran sucumbido los hititas? ¿O solo los micénicos? ¿Qué habría pasado si Ugarit no hubiera sido destruido o si los egipcios no se hubieran retirado de la zona sur de Canaán?

Incluso en retrospectiva resulta difícil de predecir o ejemplificar debido a la variedad de factores implicados, conocidos y desconocidos. Estamos limitados por el hecho de que todavía no sabemos exactamente qué es lo que acabó con todas estas sociedades, ni si fue realmente una combinación de factores, como he planteado con anterioridad. Por ejemplo, ¿fueron los micénicos derrotados por los Pueblos del Mar o se vieron superados por revueltas internas en los distintos palacios? ¿O fue acaso la sequía lo que provocó su hundimiento? ¿O todo lo expuesto más arriba o algo totalmente diferente?

Dependiendo de qué factores de estrés o de su combinación, podríamos sugerir diferentes soluciones posibles que podrían haber utilizado para evitar su desplome social, pero esto no son más que especulaciones. Dichas conjeturas constituyen el núcleo del pensamiento probabilístico y el material con el que se escriben historias alternativas.[55] En definitiva, podemos imaginar escenarios a nuestro antojo, pero, para citar a Omar Khayyam, «el dedo en movimiento escribe; y, tras escribir, prosigue: ni toda tu compasión ni tu ingenio podrán inducirlo a borrar ni media línea, ni todas tus lágrimas podrán eliminar una sola palabra».

DERRUMBE Y TRANSFORMACIÓN

Hace unos treinta años, el respetable sociólogo Shmuel Eisenstadt dijo sin ambages que «los antiguos estados y civilizaciones no se derrumban en absoluto, si es que por derrumbe entendemos el fin completo de aquellos sistemas políticos y los marcos de civilización que los acompañan».[56] Por mi parte, discrepo de

su declaración, porque de hecho esto es exactamente lo que les ocurrió a los micénicos y a los hititas. Aunque todavía queden vestigios, como en el caso de los neohititas, y aunque haya una cierta continuidad en el período siguiente, como en el caso de Grecia con los nombres de los dioses, por ejemplo, el colapso de la Edad del Bronce sin duda vio el fin completo de los sistemas políticos y los marcos de civilización que los acompañan tanto de los hititas como de los micénicos.

Sin embargo, Eisenstadt continuó afirmando: «El colapso, lejos de ser una anomalía … presenta de forma dramática no el fin de las instituciones sociales, sino casi siempre el inicio de otras nuevas».[57] Me siento más inclinado a aceptar esta opinión, aunque lo expresaría de otro modo: «El colapso puede acarrear tanto el fin de las viejas instituciones sociales como el principio de otras nuevas».

A estas alturas ha quedado claro que el derrumbe de la Edad del Bronce fue complicado, pero es evidente también que el renacimiento lo fue todavía más; las declaraciones generales y exhaustivas simplemente no funcionan. Y asegurar, como muchos han hecho, que no hubo ningún colapso, sino solamente transformación o transición, no solo es insuficiente, sino que incluso puede ser nocivo en cierto modo, porque al utilizar únicamente estos últimos términos insulsos e insensibles se corre el riesgo de blanquear o minimizar el elemento humano, sobre todo en términos del sufrimiento y la miseria que debieron de afectar a muchas personas durante aquella época.[58]

En los capítulos anteriores, hemos estudiando ocho ejemplos diferentes, cada uno con un camino independiente de retorno al éxito (o no). No hay duda de que el modo de vida tal como existió a lo largo de los siglos XV hasta el XIII acabó poco después de 1200 a. C. No hay discusión al respecto, en su conjunto. Pero cada zona se

vio afectada de modo diferente, todas fueron cayendo en momentos distintos, si bien durante el mismo período general, y cada una emprendió una trayectoria diferente hacia la recuperación.[59] Como hemos visto, hubo resiliencia por parte de algunos, como los asirios. Otros, como los chipriotas, se transformaron. Hubo quienes se desmoronaron por completo, como los hititas. Por consiguiente, yo plantearía, como han hecho otros antes, que la transición entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en el Egeo y Mediterráneo oriental fue ambas cosas, un tiempo de colapso y un tiempo de adaptación y/o transformación, dependiendo de la región. Fue a la vez alfa y omega (o mejor, omega seguida de alfa), para expresarlo en términos de ciclo adaptativo.

¿Cómo podemos resumir todo esto en una sola frase? Sin lugar a dudas, toda la región trató de recuperarse del mismo desplome, pero luego cada sociedad siguió su propio camino individual hacia la recuperación, o no. Quizá ayudaría si imagináramos la fractura como un muro o una barrera entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, pero esta barrera o muro era poroso y permitía que se colasen ciertas hebras de continuidad en vez de bloquearlo todo completamente. Otra posibilidad sería imaginarlo todo como una carrera competitiva como las que se realizan en las Olimpiadas, tanto de la Antigüedad como las de hoy en día. Todos los participantes empiezan al mismo tiempo y desde la misma línea de salida, en cuanto a la recuperación simultánea del colapso, pero llegan a la línea de meta de forma escalonada, puesto que cada uno la cruza en un momento diferente, y algunos ni siquiera llegan al final.

¿MICÉNICOS O FENICIOS?

A guisa de conclusión, deberíamos plantear una serie final de preguntas: ¿conlleva esta historia de los acontecimientos que tuvieron lugar hace tres mil años alguna lección que debamos tener

en cuenta hoy en día? ¿Hay algo que aprender de la dramática historia general de resurgimiento y renacimiento de la red mediterránea globalizada apenas cuatro siglos después del colapso de la Edad del Bronce? Y ¿hay alguna respuesta fácil respecto a lo que hay que hacer si nuestra propia sociedad/civilización se desmorona?

Hace una década más o menos, el informe del IPCC de 2012 que he citado repetidas veces concluyó: «El potencial de impactos globales concatenados de acontecimientos extremos sigue creciendo a medida que la economía mundial está cada vez más interconectada».[60] Esta cita parece apropiada aquí, en los párrafos finales de este libro, porque sostengo una vez más que nuestras vulnerabilidades y fragilidades sociales se vieron repentinamente expuestas cuando estalló el COVID-19 a nivel mundial en 2020 y de nuevo cuando a finales de 2021 surgieron problemas relacionados con la cadena de suministro global. No exagero cuando digo que a veces me ha asaltado la sensación de que nosotros mismos estábamos al borde del colapso social, «próximamente con todos ustedes», como dicen en las películas. ¿Cuándo sucederá? ¿Cuál será nuestro punto de inflexión? Evidentemente, no puedo estar seguro, pero tengo profundas sospechas de que es cuestión de más pronto que tarde —una cuestión de cuándo, no de si— y que tendremos que hacer uso para nosotros mismos de las lecciones aprendidas de aquellos que sobrevivieron a un colapso social hace más de tres mil años: saber cómo transformarse en vez de simplemente lidiar o adaptarse a la situación y aceptar las innovaciones e invenciones necesarias.

Sin duda hay lecciones que aprender, pero por desgracia no hay ninguna respuesta fácil respecto a lo que hay que hacer, porque eso depende en última instancia de los agentes de estrés o de los factores que podrían estar involucrados. Independientemen-

te, la lógica dicta que uno debería tener a su disposición múltiples planes de contingencia, de manera que, si fallan los sistemas básicos de administración, comercio, producción agrícola o la banca, haya un sistema secundario, o incluso terciario, que se pueda poner en marcha sin demora en cada caso. En pocas palabras, hemos de tener suficientes sistemas redundantes a los que se pueda recurrir si los básicos fallan. Asimismo, hemos de ser lo suficientemente resilientes como para soportar los reveses que puedan venir; lo bastante autosuficientes como para seguir en pie aun cuando nuestros socios comerciales caigan; lo bastante innovadores como para adaptarnos o transformarnos según las necesidades; y lo bastante fuertes como para resistir invasiones o ataques enemigos incluso cuando nos tambaleamos. No obstante, todo esto son recomendaciones de sentido común que otros también sugerirían sin ni siquiera haber estudiado lo que ocurrió en los años posteriores al derrumbe de la Edad del Bronce Final.

La principal conclusión de todo esto es que sin duda se puede sobrevivir a semejante colapso, siempre que seamos lo suficientemente resilientes como para capear la situación, adaptarnos o transformarnos según las necesidades. El colapso social no siempre se lleva a todo el mundo por delante, y a menudo las culturas continúan, aunque a un nivel más simple o quizá en una nueva versión.[61] E incluso para aquellos que resultan más afectados, a menudo hay un período de regeneración, tras los peores momentos, que conduce a la recuperación de la vida, prosperidad y salud (como dirían los antiguos egipcios).

Así pues, si nuestra civilización globalizada llega a su fin, cómo la abordemos dependerá de si el derrumbe es total y de lo bien que nos hayamos preparado de antemano para esta contingencia. Esperemos no llegar a esto, pero sí debemos recordar las palabras de John Wooden, el veterano entrenador del equipo de ba-

loncesto de la UCLA Bruins (y posiblemente de Benjamin Franklin antes que él): «Si no te preparas, te estás preparando para fracasar».[62]

Para aquellos que se asoman desesperados al abismo actual del calentamiento global, interminable violencia, escasez de recursos, sequía y contaminación, puede haber cierto consuelo al saber que, si desarrollamos las estrategias de resiliencia adecuadas, podremos minimizar los daños y al mismo tiempo acelerar la recuperación posterior al desplome social. Como mínimo, podemos esperar que quede alguien para recoger los pedazos y seguir adelante.

Cuadro 8. Lecciones sociales aprendidas del colapso de la EBF y el período posterior.

1. Disponer de múltiples planes de contingencia y sistemas redundantes a los que recurrir si los básicos fallan.

2. Ser lo suficientemente resilientes como para soportar los reveses que puedan llegar y lo bastante fuertes como para resistir cualquier invasión o ataque enemigo.

3. Ser lo más autosuficientes posible, pero pedir ayuda a los amigos en caso de necesidad.

4. Ser innovadores e imaginativos, listos para cambiar con agilidad y adaptarnos o transformarnos, más que simplemente lidiar con la situación.

5. Prepararse para condiciones climáticas extremas: si llegan, estarás preparado; si no, no importa.

6. Asegurarse de tener recursos hídricos fiables.

7. Mantener contentas a las clases obreras.

Pienso ahora en un profesor de gestión y marketing de la Universidad Estatal de Luisiana llamado Leon Megginson, que en 1963 parafraseó la obra de Charles Darwin *El origen de las especies*

en estas líneas: «No es la especie más intelectual la que sobrevive; no es la más fuerte la que sobrevive; sino la especie que es capaz de adaptarse mejor y ajustarse al entorno cambiante en el que se encuentra».[63] Esto parece aplicable a lo que hemos visto a lo largo de los siglos de la Edad del Hierro en el Egeo y en el Mediterráneo oriental, y sería bueno recordarlo también para el futuro.

Por lo tanto, ¿somos micénicos o somos fenicios? ¿Somos más vulnerables y frágiles hoy de lo que nos gustaría admitir? Si vemos que los problemas siguen afectándonos, ¿nos transformaremos? ¿Seremos innovadores e imaginativos? ¿Prosperaremos en medio del caos? ¿O simplemente seremos capaces de adaptarnos o de lidiar con la situación y solo trataremos de ajustarnos a ella? O, lo que es peor, ¿preferiremos no hacer nada y nos arriesgaremos a un fallo en cascada y a un colapso sistémico, repitiendo lo que sucedió hace más de tres mil años?[64]

Tendremos que dejarlo en manos de los académicos del próximo siglo o más para que redacten un informe detallado y hagan un análisis de cómo respondimos... y si tuvimos éxito o no.

Epílogo
Fin de una «Edad oscura»

Ahora podemos cerrar el círculo y hacernos de nuevo la pregunta que planteamos al inicio de este libro: ¿fue este período —los siglos posteriores al colapso de la Edad del Bronce— realmente una edad oscura o no? Aunque para los estudiosos la designación de un período como edad oscura significa solamente que carece de registros escritos y que se ha producido una simplificación de la sociedad en general, quienes no pertenecen al mundo académico la utilizan más a menudo para indicar un colapso y degeneración total, con perros salvajes aullando y bárbaros merodeando en la oscuridad ocultos a la vista de los atemorizados supervivientes que ahora viven en las ruinas de sus antaño orgullosas ciudades.[1]

No obstante, como ya hemos visto, ninguno de los dos escenarios encaja por completo en lo que fueron los siglos posteriores al colapso. Mientras que en su conjunto esta era se ajusta a muchos de los criterios característicos de una edad oscura expuestos en el prólogo de este libro, que incluye la pérdida de la escritura, el cese de la construcción de grandes edificios y el derrumbe de las economías y administraciones centralizadas, vemos que esto solo ocurre en algunas de las sociedades que hemos analizado, pero no en todas las regiones. E incluso en las zonas que se vieron más afectadas, vemos aún muestras de invenciones e innovación.

De hecho, pocos, si es que hay alguno, de mis colegas siguen calificando de edad oscura a este período; hoy en día los arqueólogos, historiadores de la Antigüedad, eruditos bíblicos y demás académicos lo llaman simplemente Edad del Hierro. Sin embargo, el público general no parece haber recibido aún el mensaje: solo hay que consultar de nuevo la definición de «edad oscura» en el diccionario *Merriam-Webster* (igual que la «edad oscura

griega» en la *Enciclopedia de la historia mundial*), que ya mencioné al inicio de este libro. Esto ha de cambiar, como es evidente.

———

Ian Morris ha señalado que el concepto de edad oscura en la historia de la antigua Grecia se acuñó en la década de 1890, después de que los historiadores y los arqueólogos comprobaran que por lo menos cuatro siglos separaban a Homero (que vivió a finales del siglo VIII a. C.) de la guerra de Troya (que muy probablemente tuvo lugar a comienzos del siglo XII a. C.).[2] Para poner un ejemplo clásico, en 1962, sir Denys Page, un eminente historiador británico del período homérico, describió dicha era del siguiente modo: «En algún momento poco después de 1200 a. C., la civilización micénica fue eliminada de la faz de la tierra … Durante los siguientes tres o cuatro siglos, Grecia permaneció aislada, empobrecida, provinciana. Se perdió el arte de la escritura, el contacto con el mundo exterior quedó reducido a poco o nada, las artes y los oficios de la Grecia micénica cayeron en desuso o se degradaron enormemente. El contraste es de lo más extremo».[3]

Chester Starr, un respetado profesor de historia antigua en la Universidad de Michigan, había dicho prácticamente lo mismo un año antes, pero de forma un poco más poética, en su estilo inimitable: «Mientras se extinguían en los destruidos palacios micénicos las últimas ascuas, la oscuridad se posó en Grecia. Los hombres continuaron viviendo en otros lugares del Egeo, engendrando familias y muriendo; pero la monótona rutina de su vida cotidiana y su entierro final dejaron tan solo escasos restos físicos. Solo en el siglo VIII a. C. empezó a disiparse lentamente la oscuridad».[4]

Como observa Morris, este modelo de las Edades Oscuras griegas prevaleció durante casi un siglo, hasta la década de 1980, aunque en torno a este tema hubo abundantes debates y discusiones. En aquella época, se había convertido en un dogma para quienes se movían en este ámbito, sobre todo después de las influyentes publicaciones, en la década de 1970, de tres arqueólogos británicos prominentes: Anthony Snodgrass de Cambridge (*The Dark Age of Greece*, en 1971), Vincent Desborough de Oxford (*The Greek Dark Ages*, en 1972) y Nicholas Coldstream (*Geometric Greece*, en 1977).[5]

No obstante, en las recientes décadas ha aparecido abundante material nuevo en las excavaciones arqueológicas de la Edad del Hierro en Grecia que socava este modelo, como ya hemos visto en el capítulo 5. Incluso Chester Starr reconoció finalmente a principios de la década de 1990: «Nuestro conocimiento ... de ningún otro período de la historia antigua ha cambiado y se ha ampliado tanto en las últimas generaciones en cuanto a los hechos como nuestra imagen de la antigua Grecia».[6]

En parte gracias a esto, una serie de académicos «gradualistas», como los denomina Ian Morris, argumentan ahora que no hubo una fractura tan abrupta después del derrumbe de la Edad del Bronce Final como habíamos pensado antes, que es muy probable que los cambios fueran más moderados y que, sobre todo, la edad oscura no fue tan desoladora como se la había pintado anteriormente; por ende, no se la debería llamar así. En efecto, Sarah Morris de la UCLA ha declarado rotunda: «La reciente arqueología ha disipado la "edad oscura"». Y añade que «los recientes descubrimientos la han iluminado con tanto brillo que no puede conservar este nombre ni esta realidad».[7]

Creo que las exploraciones que hemos realizado en los capítulos anteriores han revelado esta nueva verdad, no solo para el

Egeo, sino también para el Mediterráneo oriental. Joshua Jeffers, en su ponencia de 2013 en la Universidad de Pensilvania, observó que los historiadores del Oriente Próximo utilizan el término «edad oscura» simplemente para «describir un período en el que hay una relativa falta de documentación que permita iluminar y reconstruir la historia de dicho período». Como bien señala, «por lo tanto, la aplicación de esta expresión para el Oriente Próximo no implica ningún juicio de valor, sino que más bien describe la dificultad de la tarea a la que se enfrenta el historiador moderno».[8]

En cuanto al Levante, Benjamin Porter de la UC de Berkeley sostiene que «[L]a Edad del Hierro I no era en absoluto una edad oscura carente de desarrollo histórico como los historiadores del pasado habían supuesto. Los grupos se adaptaron a las nuevas circunstancias políticas y económicas». Por su parte, Susan Sherratt, dos décadas atrás, dijo: «Hoy en día, muy pocos suscribirían una visión milenaria tan dramática del inicio de una edad oscura ... Cada región de actividad arqueológica cada vez más especializada tiene hoy su propia versión de lo que ocurrió en este período, algunas claramente menos "oscuras" que otras».[9]

Así pues, a pesar de los criterios de los historiadores y arqueólogos de anteriores generaciones, estoy de acuerdo con los académicos que hoy esgrimen que los siglos iniciales de comienzos del primer milenio a. C. en las regiones del Egeo y Mediterráneo oriental no fueron tan oscuros como pensábamos antes. Ya en 1991, por ejemplo, James Whitley declaró sin ambages: «La edad oscura de Grecia es una concepción nuestra».[10]

Por otro lado, si recordamos que la fase alfa (α) del ciclo adaptativo se considera como una «fase de reorganización» y una época «durante la cual son posibles la innovación y las nuevas oportunidades», resulta pertinente señalar que John Papadopou-

los de la UCLA manifestó concretamente que hay «una considerable cantidad de "primeros"» durante este período en Grecia; demasiados, de hecho, para llamarla «edad oscura». Entre ellos figuran conceptos e innovaciones que fueron creados durante aquellos siglos, así como los que fructificarían más tarde pero que sin duda empezaron a desarrollarse durante este período. Se trata de la alfabetización masiva («por primera vez en la historia universal, la escritura ... se convirtió en una herramienta que todo el mundo podía utilizar»), que llegó con la introducción del alfabeto fenicio; la invención de la moneda, que empezó en Lidia en el siglo VII a. C.; la creación de las ciudades estado griegas, es decir, las *polis* (en plural, *poleis*); y, por supuesto, el uso de herramientas y armas de hierro.[11] Papadopoulos asegura concretamente que «el hecho de que una era designada como "edad oscura" vaya acompañada por una innovación tecnológica tan singular como el uso generalizado del hierro en el continente griego es, en sí mismo, importante». En particular, destaca que «los propios griegos no sabían de ninguna edad oscura», y pregunta: «¿Por qué no confiar en su buen juicio?».[12]

En efecto, ¿por qué no confiar en su buen juicio? Creo que ya es hora de que todo el mundo, y no solo los académicos, sino también el público en general, se refiera a los siglos que van del XII al VIII a. C. en el Egeo y Mediterráneo oriental como Edad del Hierro en vez de edad oscura, del mismo modo que la otra «edad oscura» a la que hace referencia el diccionario *Merriam-Webster* —es decir, los siglos posteriores a la caída de Roma— hoy se la califica de «Antigüedad Tardía» o de «Alta Edad Media». El período posterior al colapso de la Edad del Bronce Final no estuvo totalmente desprovisto de innovación e invención, como ya hemos visto por nuestra cuenta y como bien han señalado Papadopoulos y otros. A pesar de que hubo una ruptura evidente con el pe-

ríodo anterior, se trata también a todas luces de un tiempo de transición y adaptación, que implica transformación y a menudo regeneración. En Canaán, Siria-Anatolia, Chipre y otros lugares, por ejemplo, hubo nuevos reinos, como Israel y Judá, Edom, Moab y Urartu; nuevas élites, nuevas economías centralizadas y nuevas administraciones. En algunos casos, ahora existía un nuevo sistema de escritura que se utilizaría durante el largo camino de regreso a un sistema mundial internacionalizado en esta región. En pocas palabras, fue en general un período de renacimiento y renovación más que de oscuridad y desesperación.

Por consiguiente, tiene mucho más sentido llamar a este período simplemente Edad del Hierro, como los arqueólogos y otros académicos hacen. Es una etiqueta que no arroja calumnias, que no tiene asociaciones sociopolíticas ni económicas evidentes, sino que es simplemente una constatación de hechos: que muchas herramientas y armas de este período eran de hierro en lugar de bronce.[13] Como fase alfa del ciclo adaptativo de esta zona, en lugar de una edad oscura, este período fue el inicio de algo nuevo, un conjunto de ideas y culturas que finalmente desembocaron en el mundo al que hoy pertenecemos.

Comentario del autor y agradecimientos

Por una infinidad de razones, muy pocos estudiosos han analizado antes en detalle la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro en la zona que se extiende desde el Egeo hasta el Mediterráneo oriental y llega hasta Mesopotamia. La razón es en parte porque, como han señalado muchos de mis colegas, especialmente John Papadopoulos de la UCLA y Maria Iacovou de la Universidad de Chipre, hay una auténtica división entre los arqueólogos e historiadores de la Antigüedad que estudian la Edad del Bronce (el período anterior al derrumbe) y aquellos que estudian la Edad del Hierro (el período posterior al derrumbe) en el Egeo y Mediterráneo oriental. Papadopoulos ha calificado esta división de «"telón de acero" entre la prehistoria egea y la arqueología clásica». Existe una brecha aún más obvia entre los eruditos que estudian el Egeo antiguo y los que estudian el Oriente Próximo antiguo; solo unos pocos académicos lo hacen. Por este motivo espero que este libro ayude, en su justa medida, a salvar estas divisiones y eliminar las brechas, y contribuya a crear una especie de continuidad en el estudio, de manera que no solo podamos «ver la historia como un continuo [cronológico]», como ha pedido elocuentemente Papadopoulos, sino también como un continuo geográfico.[1]

Sin embargo, soy plenamente consciente de las dificultades que entraña escribir un libro que abarque tantos temas y se mantenga al mismo tiempo dentro de los límites de palabras asignados. Algunos se lamentarán de que hay demasiados detalles y demasiadas salvedades, por no mencionar la infinidad de nombres poco conocidos. Aun así, lo que se pretende es ofrecer una síntesis y una visión general del estado actual de nuestro conocimiento mediante la presentación de hipótesis y hechos relativos a lo que sabemos sobre los cuatrocientos años posteriores al colapso

de la Edad del Bronce en las regiones del Egeo y Mediterráneo oriental. Se trata básicamente de un libro de historia mezclado con ciertas dosis de arqueología y seguido de un extenso análisis y reflexiones sobre la relevancia que tiene para nosotros este tema en la actualidad; los nombres de personas y lugares pueden ser nuevos y desconocidos para muchos, pero nos permiten visualizar el mundo de la Edad del Hierro y dar vida a algunos de los habitantes de estas regiones. He intentado presentar esta miríada de detalles a través de una narrativa interesante, pero solo el tiempo dirá si lo he conseguido.

Por otro lado, puesto que los arqueólogos profesionales, los historiadores de la Antigüedad, los historiadores del arte, los estudiosos de la Biblia y demás especialistas de cada ámbito, por no mencionar a los críticos académicos, casi con toda seguridad se quejarán, en público o en privado, de que no haya proporcionado detalles suficientes ni explorado los distintos matices de su región o período favoritos, quiero ser el primero en decir que todos y cada uno de los capítulos anteriores podrían haber constituido un volumen completo (o dos) por sí solos y que hay mucho más material que me habría gustado cubrir. No obstante, he tenido que ser necesariamente selectivo debido a las limitaciones relativas a la extensión y por ello no he podido incluir todo lo que me habría gustado exponer. Como ya he dicho en otro lugar, aunque escribiendo sobre un tema diferente, pero que aquí y ahora resulta pertinente, «un análisis verdaderamente exhaustivo de cada tema abordado en este libro requeriría muchos años, decenas de volúmenes y numerosos eruditos trabajando juntos, y probablemente terminaría siendo algo que tan solo un puñado de personas leerían», lo cual significa que el propósito de escribir este libro en un solo volumen y con una sola voz se perdería.[2]

Quiero también dejar constancia de que acepto de buen grado comentarios críticos, sugerencias y valoraciones de todos los lectores, quizá para incorporarlos más adelante en una edición revisada o debatirlos en otros contextos y lugares. No obstante, me viene a la cabeza otra vez la metáfora utilizada al inicio del capítulo 6: si observamos la Edad del Hierro como una pintura impresionista, pero insistimos en situarnos a unos pocos centímetros de distancia, los árboles no nos permitirán ver el bosque. Aunque las observaciones más íntimas y detalladas presentadas en este libro estén sujetas a debate y discusión, como evidentemente debería ser, espero que el Cuadro general aquí presentado, si se contempla desde la distancia de manera que las pinceladas individuales se mezclen en una escena reconocible, resista al escrutinio y nos proporcione una perspectiva más amplia de lo que ocurrió en conjunto en los siglos posteriores al colapso de la Edad del Bronce, cuando la red mediterránea globalizada se hizo añicos y las sociedades individuales se vieron obligadas a afrontar este período con distintos niveles de éxito.

Por último, soy sumamente consciente de que la parte final del siglo VIII está repleta de acontecimientos históricos relevantes, que incluyen grandes calamidades tectónicas como la destrucción del reino del norte de Israel en el año 720 a. C. Tampoco he sacado a colación el tema de Homero, ni Hesíodo ni el advenimiento de la literatura en Grecia. Uno podría, y quizá debería (dirían algunos), seguir y seguir hasta los siglos VI, V, IV y más allá, si no tuviera limitaciones en cuanto al tamaño de este volumen, pero, por el momento, habrá que aplazar estos ulteriores debates para otro libro.

———

Por lo a que a los agradecimientos se refiere, hay muchos y muy variados; eso es lo que implica escribir una síntesis como esta. En primer lugar, debo reconocer mi gran deuda con todos los arqueólogos, historiadores y científicos que me han precedido, no solo con quienes excavaron, tradujeron, analizaron y publicaron décadas atrás, sino también con los que lo han hecho recientemente, incluidos los últimos años. Sin todos sus esfuerzos y publicaciones, simplemente no habría podido escribir el presente libro, punto. Son demasiado numerosos para citarlos uno a uno, pero los lectores se harán una idea de aquellos en los que me he apoyado en mayor medida simplemente hojeando las notas al final y después examinando la bibliografía. No estaríamos donde estamos hoy si no fuera por los esfuerzos pasados y recientes. El estudio de nuestro pasado —informado por la arqueología y la epigrafía en particular— es sencillamente un proyecto común, con progresos en nuestro conocimiento gracias a los esfuerzos individuales de multitud de eruditos a lo largo de los años; es verdaderamente una tarea de todos.

Dicho esto, me gustaría dar las gracias de nuevo a mi intrépido editor, Rob Tempio, esta vez por convencerme de que tenía que escribir esta secuela de *1177 a. C. El año en que la civilización se desmoronó* y por su apoyo, sobre todo en la recta final. También tengo que agradecer especialmente a mi familia, como siempre, por soportarme durante la investigación y la redacción de este libro, y sobre todo a mi esposa, Diane Harris Cline, cuya beca Fullbright para la Universidad de Creta durante el semestre de la primavera de 2019 nos condujo a Rétino, donde empecé a escribir partes importantes del borrador inicial, y que me proporcionó abundante material para pensar y valiosas sugerencias durante el proceso. Mil gracias a los miembros de la Universidad de Creta, Katerina Panagopoulou y Kostas Vlassopoulos por su increíble

hospitalidad y a Elias Kolovos por alquilarnos su encantador apartamento durante nuestros tres meses de estancia en Rétino.

Gracias también a los comprensivos administradores de la Universidad de George Washington, y especialmente a su decano adjunto Youngwu Rong por concederme una beca para la Cátedra de Investigación del Decano, que me permitió reorganizar mi horario de clases para poder tener libre el semestre de primavera de 2019 con el fin de trabajar en varios proyectos que tenía entre manos, entre ellos el inicio del presente manuscrito. Posteriormente, Dean Paul Wahlbeck y los decanos adjuntos John Philbeck, Kim Gross, y Evie Downie me dieron permiso para poder librar también el semestre de otoño de 2021, cuando fui beneficiario de una beca Getty Scholar, cortesía de la Fundación Getty, y formé parte del maravilloso grupo de académicos del programa «Fenicios, filisteos y cananeos: el Levante y el Mundo Clásico».

Así pues, pude escribir gran parte de las secciones finales del manuscrito en la incomparable Villa Getty de California, en compañía de colegas de gran talento que aportaron interesantes comentarios para los primeros borradores y para una conferencia basada en el manuscrito que pronuncié mientras estaba en sus primeras fases. Estoy profundamente agradecido a Tim Potts, Jeffrey Spier, Claire Lyons, Ken Lapatin, Alexa Sekyra, Rose Campbell, Kylie Morgan y otros de la Villa Getty y del Instituto de Investigación Getty, así como a mis colegas «fenicios» (Melissa Cradic, Brien Garnand y Jessica Nitschke) y a aquellos que formaron parte de los grupos anteriores y posteriores a nosotros, además de otros eruditos que durante el otoño de 2021 llamaron «hogar» al Palacio Rosa de Brentwood. Mi especial agradecimiento a Rober J. Lempert de la Corporación Rand y a Nancy Perloff del Instituto de Investigación Getty por reunirse conmigo y debatir temas relevantes durante mi estancia en el Getty, que me llevaron directa-

mente al informe IPCC de 2012, cuya importancia queda reflejada en la sección final del libro.

Estoy también en deuda con Miguel Centeno y los demás organizadores y participantes del taller titulado Colapso Sistémico Histórico, realizado en la Universidad de Princeton el 26-27 de abril de 2019, y también del posterior seminario sobre resiliencia social histórica organizado por John Haldon, también de la Universidad de Princeton, durante el otoño de 2020 y realizado vía Zoom durante la pandemia. Las presentaciones, las lecturas y las conversaciones sobre colapso, resiliencia y transformación entre los distintos participantes del taller, durante el seminario y los meses posteriores, especialmente con John Haldon, Luke Kemp y Jim Newhard, desencadenaron muchas ideas que he introducido en este libro.

Además de mis ponencias en las conferencias y talleres de Princeton en abril de 2019 y en la primavera de 2020, y en el Getty en noviembre de 2021, presenté parte de este material en otros lugares, virtualmente o en persona, entre ellos la Universidad de Nueva York en octubre de 2020, los encuentros anuales de la Sociedad Estadounidense de Investigación en el Extranjero en noviembre de 2020, el Festival Bíblico y Arqueológico de Primavera de la Sociedad de Arqueología Bíblica en abril de 2022, los encuentros anuales de la Comunidad de Investigación de Arqueología de Australasia del Mediterráneo en febrero de 2023 y en la Universidad de Yale en abril de 2023. Mi agradecimiento a todos los participantes y miembros del público por sus aportaciones durante y después de estos eventos.

Quisiera también expresar mi gratitud, aunque con retraso, a mis profesores de la escuela de posgrado que, tanto tiempo atrás, trataron de introducirme en los hechos básicos, así como en los matices y detalles, de la Edad del Hierro tanto en el Egeo como

en el Mediterráneo oriental: Keith DeVries, John Graham, James Sauer, Irene Winter y especialmente James D. Muhly. No sabía en ese momento que más de tres décadas después intentaría escribir un libro sobre los mismos temas; espero que esto sirva para hacer justicia a su enseñanza apasionada y erudita.

Además, y con mis disculpas por adelantado a quien pueda haber olvidado mencionar, me gustaría dar las gracias a numerosos amigos y colegas por enviarme publicaciones pertinentes y por atraer mi atención sobre diversos temas: W. Sheppard Baird, J. A. Brinkman, Trevor Bryce, Guy Bunnens, Hanan Charaf, Violetta Cordani, Aidan Dodson, Anne Duray, Meir Edrey, Carl S. Ehrlich, Eckart Frahm, Norma Franklin, Gil Gambash, Brien Garnand, Ayelet Gilboa, John Haldon, Rachel Hallote, Louise Hitchcock, Christopher W. Jones, Katie Kearns, Luke Kemp, Gunnar Lehmann, Megan Lewis, Susan Lupack, James Osborne, Beatrice Pestarino, Benjamin Porter, Federico Rocchi, Karen Rubinson, Golan Shalvi, Trevor Van Damme, Marcus Wallas, Mark Weeden y Assaf Yasur-Landau.

Por responder a mis preguntas sobre varios temas y sugerir posibles soluciones, estoy agradecido también a Carol Bell, Shirly Ben-Dor Evian, Erez Ben-Yosef, Nathaniel Erb-Satullo, Eckart Frahm, Tamar Hodos, Nota Kourou, Robert Lempert, Tom Levy, Barry Molloy, James D. Muhly, Vana Orfanou, Christopher Rollston, Jane Waldbaum, Jonathan Wood, Naama Yahalom-Mack y Paul Zimansky.

Estoy en deuda, sobre todo, con un buen número de colegas que leyeron fragmentos, o la totalidad, de este manuscrito tal como estaba en las distintas etapas de investigación y redacción, y sugirieron cambios, modificaciones, supresiones y enmiendas. Estos son: Hanan Charaf, Bill Dardis, Aidan Dodson, Eckart Frahm, Norma Franklin, Brien Garnand, John Haldon, Rachel Hallo-

te, Randy Helm, Katie Kearns, Luke Kemp, Robert Lempert, Aren Maeir, Jim Newhard, Jessica Nitschke, James Osborne, John Papadopoulos, Chris Rollston, Assaf Yasur-Landau y muy especialmente Mitchell Allen de Scholarly Roadside Service (que me ayudó a contener mi tendencia a la verbosidad y refrenó mi amor por las comas).

Mi agradecimiento también a los anónimos que revisaron y comentaron el manuscrito entero, y que tras algunos cambios mejoraron el producto final, espero. Doy las gracias especialmente a los estudiantes de la Universidad de George Washington que asistieron a mi seminario «Colapso y resiliencia en el mundo antiguo» durante la primavera de 2023 y que debatieron con valentía la semántica de «colapso social» y otros términos a lo largo del semestre; investigaron la aplicabilidad de estos conceptos al estudio del fin de Harappa, de los mayas y de las sociedades romanas, entre otros; y aportaron abundantes comentarios útiles sobre la penúltima versión del manuscrito. Y, por último, pero no por ello menos importante, estoy en deuda con Michele Angel por crear los maravillosos mapas y con Glynnis Fawkes por realizar varias de las figuras.

Como siempre, he tratado de proporcionar, lo mejor que he podido, la debida atribución a las ideas y publicaciones de otros académicos. Si en algún momento no lo he conseguido, no ha sido intencionadamente, y haré lo que esté en mis manos para remediar la situación en futuras ediciones e impresiones. La responsabilidad de todos los demás errores que pueda haber en este manuscrito, o de la interpretación errónea de sus obras, es solo mía.

Dramatis personae
(por orden alfabético)

La siguiente lista enumera los principales gobernantes y personas mencionados en el texto.

Abdi-Aštart (Abdastratus): rey de Tiro; gobernó a finales del siglo x a. C.

Abibaal: rey de Biblos; gobernó a mediados-finales del siglo x a. C.

Adad-apla-iddina: rey babilonio; gobernó 1067-1046 a. C.

Adad-nirari II: rey neoasirio; gobernó 911-891 a. C.

Adad-nirari III: rey neoasirio; gobernó 810-783 a. C.

Ajab: rey de Israel: gobernó *c.* 871-852 a. C.

Ahiram: rey de Biblos; gobernó a principios del siglo x a. C.

Amenemope: faraón de Egipto, dinastía XXI; gobernó 991-982 a. C.

Aramu: rey de Urartu; gobernó *c.* 859-844 a. C.

Argishti I: rey de Urartu; gobernó *c.* 786-764 a. C.

Aššur-bel-kala: rey mesoasirio; gobernó 1074-1057 a. C.

Aššur-dan I: rey mesoasirio; gobernó 1179-1133 a. C.

Aššur-dan II: rey neoasirio; gobernó 934-912 a. C.

Asurnasirpal I: rey neoasirio; gobernó 1049-1031 a. C.

Asurnasirpal II: rey neoasirio; gobernó 883-859 a. C.

Aššur-reša-iši: rey mesoasirio; gobernó 1133-1116 a. C.

Aštar(t-)imn: rey de Tiro; gobernó a principios del siglo ix a. C.

Astiru(wa) I: señor del país de Karkemish; gobernó *c.* 810 a. C.

Astuwalamanza(s) (Astuwatamanza): señor del país de Karkemish; gobernó en el siglo x a. C.

Baal-ma'zer (Baal-azor) I: rey de Tiro; gobernó a finales del siglo x a. C.

Baal-ma'zer (Baal-azor) II: rey de Tiro; gobernó a mediados del siglo ix a. C.

Baba-aha-iddina: rey babilonio; gobernó *c.* 812 a. C.

Chekerbaal/Zakarbaal: rey de Biblos; gobernó *c.* 1075 a. C.

David: rey de la Monarquía Unida; gobernó *c.* 1000-970 a. C.

Elibaal: rey de Biblos; gobernó a mediados-finales del siglo x a. C.

Enlil-nadin-ahi: rey babilonio; gobernó *c.* 1157-1155 a. C.

Itobaal: rey de Biblos; gobernó a principios del siglo x a. C.

Itobaal: rey de Tiro; gobernó a principios-mediados del siglo ix a. C.

Hadad: príncipe heredero y después rey de Edom; gobernó a principios del siglo x a. C.

Hadadezer: rey de Aram-Damasco; gobernó *c.* 858 a. C.

Halparuntiya: rey de Patin(a); gobernó a principios del siglo ix a. C.

Hatiba: princesa de una ciudad no mencionada de Chipre que interaccionó con Unamón; *c.* 1075 a. C.

Hayya: rey de Sam'al (Zincirli); gobernó *c.* 870/860-840 a. C.

Hazael: rey de Aram-Damasco; gobernó *c.* 842-796 a. C.

Herihor: gran sacerdote de Amón, después gobernó como faraón, 1080-1074 a. C.

Hiram: rey de Tiro; gobernó *c.* 970-936 a. C.

Ini-Tešub: gran rey de Karkemish; gobernó a finales del siglo xii a. C.

Inushpua: rey de Urartu; gobernó (con Menua) *c.* 810-786 a. C.

Isarwila-muwa: señor del país de Karkemish; gobernó en la segunda mitad del siglo IX a. C.

Iš-Aštart: rey de Tiro; gobernó a principios del siglo IX a. C.

Ishpuini: rey de Urartu; gobernó *c.* 828-810 a. C.

Jehoram: rey de Judá; gobernó *c.* 849-842 a. C.

Jehú: rey de Israel; gobernó *c.* 841-814 a. C.

Joás/Jehoás: rey de Israel; gobernó *c.* 804-789 a. C.

Joram: rey de Israel; gobernó *c.* 850-840 a. C.

Kamani: señor del país de Karkemish; gobernó *c.* 790 a. C.

Kaššu-nadin-ahhe: rey babilonio; gobernó *c.* 1007-1005 a. C.

Katuwa(s): señor del país de Karkemish; gobernó a finales del siglo X a. C.

Kulamuwa: rey de Sam'al (Zincirli); gobernó *c.* 840-810 a. C.

Kupapiya: esposa de Taita II, rey de la «Tierra de Palistin»; principios del siglo X a. C.

Kuwalana-muwa: señor del país de Karkemish; gobernó en la segunda mitad siglo IX a. C.

Kuzi-Tešub: gran rey de Karkemish; gobernó *c.* 1200-1180 a. C.

Lubarna I (?): rey de Patin(a); gobernó a principios del siglo IX a. C.

Lubarna II: rey de Patin(a); gobernó a finales del siglo IX a. C.

Manana: rey de la «Tierra de Palistin»; gobernó a mediados del siglo X a. C.

Marduk-balatsu-iqbi: rey babilonio; gobernó 819-813 a. C.

Marduk-nadin-ahhe: rey babilonio; gobernó *c.* 1099-1082 a. C.

Marduk-sapik-zeri: rey babilonio; gobernó 1082-1069

Marduk-zakir-sumi: rey babilonio; gobernó *c.* 855-819 a. C.

Mattan I: rey de Tiro; gobernó a finales del siglo IX a. C.

Menua: rey de Urartu; gobernó (con Inushpua) *c.* 810-786 a. C.

Mesha: rey de Moab; gobernó a mediados del siglo IX a. C.

Methusastratos (usurpador): rey de Tiro; gobernó a finales del siglo X a. C.

Mutnedjmet: esposa del faraón Psusenes I, dinastía XXI (gobernó 1039-991 a. C.) Nabu-apla-iddina: rey babilonio; gobernó *c.* 887-855 a. C.

Nabu-mukin-apli: rey babilonio; gobernó *c.* 978-943 a. C.

Nabucodonosor I: rey babilonio; gobernó 1125-1104 a. C.

Ocozías: rey de Judá; gobernó *c.* 842-841 a. C.

Omri: rey de Israel; gobernó *c.* 884-873 a. C.

Osorcón I: faraón de Egipto, dinastía XXII; gobernó *c.* 924-889 a. C.

Osorcón II: faraón de Egipto, dinastía XXII; gobernó 872-831 a. C.

Panamuwa I: rey de Sam'al (Zincirli); gobernó *c.* 790-745 a. C.

Pinedjem I: faraón de Egipto; gobernó 1074-1036 a. C.

Pilles: rey de Tiro; gobernó a principios del siglo IX a. C.

Psusenes I: faraón de Egipto; dinastía XXI; gobernó 1039-991 a. C.

Psusenes II: faraón de Egipto; dinastía XXI; gobernó 958-945 a. C.

Pummayon (Pigmalión): rey de Tiro; gobernó a finales del siglo IX y principios del VIII a. C.

Qalparunda II: rey de Patin(a); gobernó a mediados del siglo IX a. C.

Qurila: rey de Sam'al (Zincirli); gobernó *c.* 810-790 a. C.

Ramsés III: faraón de Egipto, dinastía XIX; gobernó 1186-1155 a. C.

Ramsés IV-X: faraones de Egipto, dinastía XX; gobernaron 1155-1098 a. C.

Ramsés XI: faraón de Egipto, dinastía XX; gobernó 1098-1070 a. C., solapándose con Smendes y Herihor Sangara: señor del país de Karkemish; gobernó *c.* 875-848 a. C.

Sapaziti: gran rey de Karkemish; gobernó a finales del siglo XI a. C.

Sarduri I: rey de Urartu; gobernó *c.* 834-828 a. C.

Sha'il: rey de Sam'al (Zincirli); gobernó *c.* 850-840 a. C.

Salmanasar II: rey neoasirio; gobernó 1030-1019 a. C.

Salmanasar III: rey neoasirio; gobernó 858-824 a. C.

Shamaš-mudammiq: rey babilonio; gobernó *c.* 900 a. C.

Shamši-Adad V: rey neoasirio; gobernó 823-811 a. C.

Sheshonq I: faraón de Egipto, fundador de la dinastía XXII; gobernó *c.* 945-924 a. C.

Sheshonq IIa: faraón de Egipto, dinastía XXII; gobernó *c.* 890 a. C.

Sheshonq III: faraón de Egipto, dinastía XXII; gobernó 831-791 a. C.

Shipitbaal: rey de Biblos; gobernó a finales del siglo X a. C.

Siamón: faraón de Egipto, dinastía XXI; gobernó 979-958 a. C.

Smendes: administrador de la región del delta del Nilo de Egipto, después gobernó como faraón y fundador de la dinastía

XXI, 1077/1069-1043 a. C.

Salomón: rey de la Monarquía Unida; gobernó *c.* 970-930 a. C.

Suhi I: señor del país de Karkemish; gobernó *c.* 1000 a. C.

Suhi II: señor del país de Karkemish; gobernó en el siglo x a. C.

Suhi III: señor del país de Karkemish; gobernó *c.* 900 a. C.

Supiluliuma I: rey de la «Tierra de Palistin»; gobernó a finales del siglo x a. C.

Supiluliuma II/Sapalulme: rey de Patin(a); gobernó a mediados del siglo ix a. C.

Taita I: rey de la «Tierra de Palistin»; gobernó en el siglo xi a. C.

Taita II: rey de la «Tierra de Palistin»; gobernó a principios del siglo x a. C.

Takelot I: faraón de Egipto, dinastía XXII; gobernó 889-872 a. C.

Takelot II: faraón de Egipto, dinastía XXIII; gobernó 834-810 a. C.

Tanetamón: hija de Ramsés XI; esposa de Smendes; *c.* 1050 a. C.

Tiglat-Pileser I: rey mesoasirio; gobernó 1115-1076 a. C.

Tukulti-Ninurta I: rey mesoasirio; gobernó 1244-1208 a. C.

Tukulti-Ninurta II: rey neoasirio; gobernó 890-884 a. C.

Tuthaliya II: gran rey de Karkemish; gobernó a finales del siglo xi a. C.

Ura-Tarhunta: gran rey de Karkemish; gobernó a finales del siglo xi a. C.

Yariri: regente (gobernó como señor del país) de Karkemish; gobernó *ca.* 800 a. C.

Yehimilk: rey de Biblos; gobernó a mediados del siglo x a. C.

Bibliografía

FUENTES ANTIGUAS

Foster, B. R., *Before the Muses: An Anthology of Akkadian Literature*, Bethesda, MD, CDL Press, 2005.

Grayson, A. K., *Assyrian and Babylonian Chronicles* (reedición de 1975), Locust Valley (ed.), NY, J. J. Augustin, [1975] 2000.

—, *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia BC* (*to 1115 BC*), Toronto, University of Toronto Press, 1987.

—, *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC: II* (*1114–859 BC*), Toronto, University of Toronto Press, 1991.

—, *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC: II* (*858–745 BC*), Toronto, University of Toronto Press, 1996.

Heródoto, *Heródoto*, traducción de Carlos Schrader García, Madrid, Editorial Gredos, 2020.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, traducción de M. C Herrero Ingelmo, Madrid, Editorial Gredos, 1994.

Estrabón, *Geografía de Iberia*, vol. 2, traducción de Javier Gómez Espelosín, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

Tucídides, *Tucídides*, traducción de Agustín Blánquez, 2 vols., Barcelona, Iberia, 1963.

FUENTES MODERNAS

Abulafia, D., *The Great Sea: A Human History of the Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2011. [Hay trad. cast.: *El gran mar: una historia humana del Mediterráneo*, Barcelona, Crítica, 2013.]

Adcock, S. A., «After the End: Animal Economics, Collapse, and Continuity in Hittite and Post-Hittite Anatolia». Tesis doctoral, Universidad de Chicago, 2020.

Alaura, S., «The Much-Fabled End of the Hittite Empire: Tracing the History of a Crucial Topic», en *Anatolia between the 13th and the 12th Century BCE*, S. de Martino y E. Devecchi (eds.), Turín, LoGisma editore, 2020, pp. 9-30.

Allen, M. J., «Contested Peripheries: Philistia in the Neo-Assyrian World-System». Tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1977.

Álvarez-Mon, J., «Elam in the Iron Age», en *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, D. T. Potts (ed.), Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 457-477.

Anthony, D., «Prehistoric Migration as Social Process», en *Migrations and Invasions in Archaeological Explanation*, J. Chapman y H. Hamerow (eds.), BAR International Series 664, Oxford, Archaeopress, 1997, pp. 21-32.

Antonaccio, C., «The Archaeology of Ancestors», en *Cultural Poetics in Archaeic Greece: Cult, Performance, Politics*, C. Dougherty y L. Kurke (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 46-70.

—, «Warriors, Traders, and Ancestors: The "Heroes" of Lefkandi», en *Images of Ancestors*, J. M. Høtje (ed.), Aarhus,

Aarhus University Press, *Aarhus Studies in Mediterranean Archaeology* 5, 2002, pp. 13-42.

—, «Religion, Basileis and Heroes», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy e I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 381-395.

Apostolakou, S., P. Betancourt, T. Brogan y D. Mylona, «Chryssi and Pefka: The Production and Use of Purple Dye on Crete in the Middle and Late Bronze Age», en *Purpureae Vestes V: Textiles, Basketry and Dyes in the Ancient Mediterranean World*, J. Ortiz, C. Alfaro, L. Turell y M. J. Martínez (eds.), València, Universitat de València, 2016, pp. 199-208.

Arie, E., «Reconsidering the Iron Age II Strata at Tel Dan: Archaeological and Historical Implications», *Tel Aviv* 35, 2008, pp. 6-64.

—, «Phoenicia and the Northern Kingdom of Israel: The Archaeological Evidence», en *A Life Dedicated to Anatolian Prehistory: Festschrift for Jak Yakar*, B. Gür y S. Dalkiliç (eds.), Ankara, Bilgin Kültür Sanat, 2020, pp. 1-19.

Arkin Shalev, E., E. Galili, P. Waiman-Barak y A. Yasur-Landau, «Rethinking the Iron Age Carmel Coast: A Coastal and Maritime Perspective», Israel *Exploration Journal* 71/2, 2021, pp. 129-161.

—, A. Gilboa y A. Yasur-Landau, «The Iron Age Maritime Interface at the South Bay of Tel Dor: Results from the 2016 and 2017 Excavation Seasons», *International Journal of Nautical Archaeology* 48/2, 2019, pp. 439-452.

Aro, S., «Carchemish before and after 1200 BC», en *Luwian Identities: Culture, Language and Religion between Anatolia and the Aegean*, A. Mouton, I. Rutherford e I. Yakubovich (eds.), Leiden, Brill, 2013, pp. 233-276.

Arruda, A. M., «Intercultural Contacts in the Far West at the Beginning of the 1st Millennium BC: Through the Looking-Glass», en *The Mediterranean Mirror: Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.: International Post-doc and Young Researcher Conference; Heidelberg, 6th-8th October 2012*, A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 2015, pp. 269-283.

Aslan, C. C., «End or Beginning? The Late Bronze Age to Iron Age Transformation at Troia», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, C. Bachhuber y G. Roberts (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2009, pp. 144-151.

—, «Troy and the Northeastern Aegean», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 939-959.

—, y P. Hnila, «Migration and Integration at Troy from the End of the Late Bronze Age to the Iron Age», en *Nostoi: Indigenous Culture, Migration*, N. Chr. Stampolidis, C. Maner y K. Kopanias (eds.), Estambul, Koç University Press, 2015, pp. 185-209.

Aston, D. A., «The Royal Cache: The History of TT 320», en *Bab el-Gasus in Context: Rediscovering the Tomb of the Priests of Amun*, R. Sousa, A. Amenta y K. M. Cooney (eds.), Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2020, pp. 31-68.

Atherton, M., «Ancient Greek City Knossos Was Bigger and Richer Than Previously Thought, Bronze Age Relics Reveal», International *Business Times*, 7 de enero, 2016. https://www.ibtimes.co.uk/late-bronze-age-relics-discovered-

knossos-suggesting-city-thrived-under -socio-economic-crash-1536534.

Aubet, M. E., *The Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

—, *The Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade*, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

—, «Political and Economic Implications of the New Phoenician Chronologies», en *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, C. Sargona (ed.), Ancient Near Eastern Studies Supl. 28, Lovaina, Peeters Press, 2008, pp. 179-191.

—, «Phoenicia during the Iron Age II Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 706-716.

—, «Phoenicians Abroad: From Merchant Venturers to Colonists», en *Eurasia at the Dawn of History: Urbanization and Social Change*, M. Fernández-Götz y D. Krausse (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2016, pp. 254-264.

Aubet Semmler, M. E., «Tyre and Its Colonial Expansion», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 75-87.

Ballard, R. D., L. E. Stager, D. Master, D. Yoerger, D. Mindell, L. L. Whitcomb, H. Singh y D. Piechota, «Iron Age Shipwrecks in Deep Water off Ashkelon, Israel», *American Journal of Archaeology* 106/2, 2002, pp. 151-168.

Barako, T., «Philistines and Egyptians in Southern Coastal Canaan during the Early Iron Age», en *The Philistines and Other "Sea Peoples" in Text and Archaeology*, A. E. Killebrew y

G. Lehmann (eds.), Atlanta, GA, Society of Biblical Literature, 2013, pp. 37-51.

Barnes, M. L., Ö. Bodin, A. M. Guerrero, R. J. McAllister, S. M. Alexander y G. Robins, «The Social Structural Foundations of Adaptation and Transformation in Social-Ecological Systems», *Ecology and Society* 22/4, 2017, p. 16. https://doi.org/10.5751/ES-09769-220416.

Basedow, M., «The Iron Age Transition at Troy», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, C. Bachhuber y G. Roberts (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2009, pp. 131-442.

Bavel, B. Van, D. R. Curtis, J. Dijkman, M. Hannaford, M. de Keyzer, E. van Onacker y T. Soens, *Disasters and History: The Vulnerability and Resilience of Past Societies*, Oxford, Oxford University Press, 2020.

Bebermeier, W., M. Brumlich, V. Cordani, S. de Vincenzo, H. Eilbracht, J. Klinger, D. Knitter, E. Lehnhardt, M. Meyer, S. G. Schmid, B. Schütt, M. Thelemann y M. Wemhoff, «The Coming of Iron in a Comparative Perspective», en «Space and Knowledge: Topoi Research Group Articles», G. Graßhoff y M. Meyer (eds.). Edición especial, *eTopoi* (*Journal for Ancient Studies*) 6, 2016, pp. 152-189.

Bell, C., *The Evolution of Long Distance Trading Relationships across the LBA/Iron Age Transition on the Northern Levantine Coast: Crisis, Continuity and Change*, Oxford, Archaeopress, BAR International Series 1574, 2006.

—, «Continuity and Change: The Divergent Destinies of LBA Ports in Syria and Lebanon across the LBA/Iron Age Transition», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, C. Bachhuber y G. Roberts (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2009, pp. 30-38.

—, «Phoenician Trade: The First 300 Years», en *Dynamics of Production in the Ancient Near East: 1300-500 BC,* J. C. Moreno García (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2016, pp. 91-105.

Bendall, L., y M. West, «Evidence from Written Sources», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 55-74.

Ben-Dor Evian, S., «Egypt and the Levant in the Iron Age I-IIA: The Ceramic Evidence», *Tel Aviv* 38, 2011, pp. 94-119.

—, «Egypt and Israel: The Never-Ending Story», *NEA* 80/1, 2017, pp. 30-39.

—, O. Yagel, Y. Harlavan, H. Seri, J. Lewinsky y E. Ben-Yosef, «Pharaoh's Copper: The Provenance of Copper in Bronze Artifacts from Post-imperial Egypt at the End of the Second Millennium BCE», *Journal of Archaeological Science: Reports* 38/103025, 2021, pp. 1-13.

Ben-Shlomo, D., «Philistia during the Iron Age II Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 717-729.

Ben-Yosef, E., «Archaeological Science Brightens Mediterranean Dark Age», *Proceedings of the National Academy of Science* 116/13, 2019a, pp. 5843-5845.

—, «The Architectural Bias in Current Biblical Archaeology», *Vetus Testamentum* 69, 2019b, pp. 361-387.

—, «The Invisible Biblical Kingdom», *Ha'aretz Weekend,* 18 de octubre, 2019c, pp. 6-7.

—, «And Yet, a Nomadic Error: A Reply to Israel Finkelstein», *Antiguo Oriente* 18, 2020, pp. 33-60.

—, «Rethinking Nomads—Edom in the Archaeological Record», en *The Koren Tanakh of the Land of Israel—Samuel,* D. Arnovitz (ed.), Jerusalén, Koren Publishers, 2021ª, pp. 282-283.

—, «Rethinking the Social Complexity of Early Iron Age Nomads», *Jerusalem Journal of Archaeology* 1, 2021b, pp. 155-179.

—, T. E. Levy, T. Higham, M. Najjar y L. Tauxe, «The Beginning of Iron Age Copper Production in the Southern Levant: New Evidence from Khirbat al-Jariya, Faynan, Jordan», *Antiquity* 84, 2010, pp. 724-746.

—, B. Liss, O. A. Yagel, O. Tirosh, M. Najjar y T. E. Levy, «Ancient Technology and Punctuated Change: Detecting the Emergence of the Edomite Kingdom in the Southern Levant», *PLOS ONE* 14/9:e0221967, 2019.

—, y O. Sergi, «The Destruction of Gath by Hazael and the Arabah Copper Industry: A Reassessment», en *Tell It in Gath: Studies in the History and Archaeology of Israel; Essays in Honor of Aren M. Maeir on the Occasion of His Sixtieth Birthday*, I. Shai, J. R. Chadwick, L. Hitchcock, A. Dagan, C. McKinny y J. Uziel (eds.), Münster, Zaphon, 2018, pp. 461-480.

—, y Z. Thomas, «Complexity without Monumentality in Biblical Times», *Journal of Archaeological Research*, 28 de marzo, 2023. https://doi.org/10.1007/s10814-023-09184-0.

Berkes, F., J. Colding y C. Folke, «Introduction», en *Navigating Social-Ecological Systems: Building Resilience for Complexity and Change*, F. Berkes, J. Colding y C. Folke (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 1-29.

Bernardini, P., «Sardinia», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1311-1323.

Bickerstaffe, D., «The History of the Discovery of the Cache», en *The Royal Cache TT 320—A Re-examination*, E. Graefe y G. Belova (eds.), El Cairo, Supreme Council of Antiquities Press, 2010, pp. 13-35.

Bienkowski, P., «The Formation of Edom: An Archaeological Critique of the "Early Edom" Hypothesis», *Bulletin of ASOR* 388, 2022, pp. 113-132.

Bikai, P. M., *The Pottery of Tyre,* Warminster, Aris & Phillips, 1978.

—, «The Phoenicians and Cyprus», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia 30-31 October,1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 31-37.

—, «Phoenician Ceramics from the Greek Sanctuary», en *Kommos: An Excavation on the South Coast of Crete. Vol. 4, The Greek Sanctuary*, J. M. Shaw y M. Shaw (eds.), Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, pp. 302-312.

Biran, A., y J. Naveh, «An Aramaic Fragment from Tel Dan», Israel *Exploration Journal* 43, 1993, pp. 81-98.

—, y J. Naveh, «The Tel Dan Inscription: A New Fragment», Israel *Exploration Journal* 45, 1995, pp. 1-18.

Blake, E., «Late Bronze Age Sardinia: Acephalous Cohesion», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 96-108.

Blakemore, E., «This Ancient City Was Three Times Bigger Than Archaeologists Suspected», *Smithsonian*, 11 de enero, 2016. https://www.smithsonianmag.com/smart-news/ancient-city-was-three-times-bigger-archaeologists-suspected-180957759.

Blegen, C. W., «Two Athenian Grave Groups of about 900 B.C.», *Hesperia* 21, 1952, pp. 279-294.

Bleibtreu, E., «Five Ways to Conquer a City», *Biblical Archaeology Review* 16/3, 1990, pp. 37-44.

—, «Grisly Assyrian Record of Torture and Death», *Biblical Archaeology Review* 17/1, 1991, pp. 52-61, 75.

Boardman, J., «The Khaniale Tekke Tombs, II», *Annual of the British School at Athens* 62, 1967, pp. 57-75.

—, *The Greeks Overseas*, 2.ª ed., Londres, Thames and Hudson, 1980. [Hay trad. cast.: *Los griegos en ultramar*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.]

—, «Al Mina and History», *Oxford Journal of Archaeology* 2, 1990, pp. 169-187.

Borger, R., *Einleitung in die assyrischen Königsinschriften*, Leiden, Brill.

Borschel-Dan, A., «Ancient Cloth with Bible's Purple Dye Found in Israel, Dated to King David's Era», *Times of Israel*, 28 de enero de 2021; https://www.timesofisrael.com/ancient-cloths-with-royal-purple-dye-found-in-israel-dated-to-king-davids-time.

Bourogiannis, G., «Who Hides behind the Pots? A Reassessment of the Phoenician Presence in Early Iron Age Cos and Rhodes» *Ancient Near Eastern Studies* 50, 2013, pp. 139-189.

—, «The Phoenician Presence in the Aegean during the Early Iron Age: Trade, Settlement and Cultural Interaction», *Rivista di Studi Fenici* 46, 2018ª, pp. 43-88.

—, «The Transmission of the Alphabet to the Aegean», en *Change, Continuity, and Connectivity: North-Eastern Mediterranean at the Turn of the Bronze Age and in the Early Iron Age*, Ł.

Niesiołowski-Spanò y M. Węcowski (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2018b, pp. 235-257.

—, «Between Scripts and Languages: Inscribed Intricacies from Geometric and Archaic Greek Contexts», en *Understanding Relations between Scripts II,* P. J. Boyes y P. M. Steele (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 151-180.

—, «Phoenician Writing in Greece: Content, Chronology, Distribution and the Contribution of Cyprus», en *LRBT: De l'archéologie à l'épigraphie: Études en hommage à Maria Giulia Amadasi Guzzo,* N. Chiarenza, B. D'Andrea y A. Orsingher (eds.), Turnhout, Bélgica, Brepols, 2021, pp. 99-127.

Boyes, P. J., y P. M. Steele, «Introduction: Issues in Studying Early Alphabets», en *Understanding Relations between Scripts II,* P. J. Boyes y P. M. Steele (eds.), Oxford, Oxbow Book, 2020, pp. 1-14.

Bradtmöller, M., S. Grimm y J. Riel-Salvatore, «Resilience Theory in Archaeological Practice—An Annotated Review», *Quaternary International* 446, 2017, pp. 3-16.

Brier, B., *Tutankhamun and the Tomb That Changed the World*, Oxford, Oxford University Press, 2023.

Brinkman, J. A., *A Political History of Post-Kassite Babylonia, 1158-722 B.C.,* Roma, Pontifical Biblical Institute, 1968.

—, «Settlement Surveys and Documentary Evidence: Regional Variation and Secular Trends in Mesopotamian Demography», *Journal of Near Eastern Studies* 43, 1984, pp. 169-180.

Bron, F., y A. Lemaire, «Les inscriptions araméennes de Hazael», *RA* 83, 1989, pp. 34-44.

Broodbank, C., *The Making of the Middle Sea: A History of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

Brown, B. A., «The Kilamuwa Relief: Ethnicity, Class and Power in Iron Age North Syria», en *Proceedings of the 5th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East, Madrid, April 3–8 2006*, J. M. Córdoba, M. Molist, M. C. Pérez, I. Rubio y S. Martínez (eds.), Madrid, UA ediciones, 2008ª, pp. 339-355.

—, «Monumentalizing Identities: North Syrian Urbanism, 1200-800 BCE». Tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 2008b.

Brown, M., y S. L. Smith, «The Land of Carchemish and Its Neighbours during the Neo-Hittite Period (c. 1190-717 BC)», en *Carchemish in Context: The Land of Carchemish Project, 2006-2010*, T. J. Wilkinson, E. Peltenburg y E. B. Wilkinson (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2016, pp. 22-37.

Bryce, T. R., *The World of the Neo-Hittite Kingdoms: A Political and Military History*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

—, *Ancient Syria: A Three Thousand Year History*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

—, *Babylonia: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2016ª.

—, «The Land of Hiyawa (Que) Revisited», *Anatolian Studies* 66, 2016b, pp. 67-79.

—, «The Abandonment of Hattuša: Some Speculations», en *«And I Knew Twelve Languages»: A Tribute to Massimo Poetto on the Occasion of His 70th Birthday,* N. B. Guzzo y P. Taracha (eds.), Varsovia, Agade Bis, 2019, pp. 51-60.

—, «Change and Continuity from Bronze Age to Iron: A Review», en *A Life Dedicated to Anatolian Prehistory: Festschrift for Jak Yakar*, B. Gür y S. Dalkiliç (eds.), Ankara, Gilgin Kültür Sanat Sti, 2020, pp. 105-120.

Bryer, A. A. M., «The Question of Byzantine Mines in the Pontos: Chalybian Iron, Chaldian Silver, Koloneian Alum and the Mummy of Cheriana». Anatolian Studies 32, 1982, pp. 133-150.

Budja, M., «Archaeology and Rapid Climate Changes: From the Collapse Concept to a Panarchy Interpretative Model», *Documenta Praehistorica* 42, 2015, pp. 171-184.

Bunimovitz, S., y Z. Lederman, «Migration, Hybridization, and Resistance: Identity Dynamics in Early Iron Age Southern Levant», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 252-265.

Bunnens, G., «Syria in the Iron Age: Problems of Definition», en *Essays on Syria in the Iron Age*, G. Bunnens (ed.), *Ancient Near Eastern Studies Supl.* 7, Lovaina, Peeters Press, 2000, pp. 3-19.

—, «History, Anthropology, and the Aramaeans: Apropos of a New History of the Aramaeans», *Ancient Near Eastern Studies* 56, 2019ª, pp. 347-366.

—, «Phoenicia in the Later Iron Age; Tenth Century BCE to the Assyrian and Babylonian Periods», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), pp. 57-73, Oxford, Oxford University Press, 2019b.

Butzer, K. W., «Collapse, Environment, and Society», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109/10, 2012, pp. 3632-3639.

Calligas, P. G., y M. R. Popham, «The Site and the Course of Its Partial Destruction and Excavation», en *Lefkandi II. Pt. 2, The Protogeometric Building at Toumba: The Excavation, Architecture and Finds*, M. R. Popham, P. G. Calligas y L. H. Sackett

(eds.). *BSA* Supl. 23, Londres, British School at Athens, 1993, pp. 1-4.

Cantrell, D. O., «Stable Issues», en *Megiddo IV: The 1998-2002 Seasons,* I. Finkelstein, D. Ussishkin y B. Halpern (eds.), Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, 2006, 2, pp. 630-642.

—, y I. Finkelstein, «A Kingdom for a Horse: The Megiddo Stables and Eighth Century Israel», en *Megiddo IV: The 1998-2002 Seasons*, I. Finkelstein, D. Ussishkin y B. Halpern (eds.), Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, 2006, 2, pp. 643-655.

Cardarelli, A., «The Collapse of the Terramare Culture and Growth of New Economic and Social Systems during the Late Bronze Age in Italy», *Scienze dell'Antichità: Storia Archeologia Antropologia* 15, 2009, pp. 449-520.

Cardona, O. D., M. K. van Aalst, J. Birkmann, M. Fordham, G. McGregor, R. Pérez, R. S. Pulwarty, E. L. F. Schipper y B. T. Sinh, «Determinants of Risk: Exposure and Vulnerability», en *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation*, C. B. Field, V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.). Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 65-108.

Carpenter, R., *Discontinuity in Mycenaean Civilization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966.

Carter, E., y S. Morris, «Crisis in the Eastern Mediterranean and Beyond: Survival, Revival, and the Emergence of the Iron Age», en *Assyria to Iberia at the Dawn of the Classical Age,* J. Aruz, S. B. Graff y Y. Rakic (eds.), Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2014, pp. 14-23.

Casson, S., «The Dorian Invasion Reviewed in the Light of Some New Evidence», *Antiquaries Journal* 1/3, 1921, pp. 199-221.

Catling, H. W., «The Bronze Amphora and Burial Urn», en *Lefkandi II. Pt. 2, The Protogeometric Building at Toumba: The Excavation, Architecture and Finds*, M. R. Popham, P. G. Calligas y L. H. Sackett (eds.), *BSA* Supl. 23, Londres, British School at Athens, 1993, pp. 81-96.

—, «Cyprus in the 11th Century B.C.—An End or a Beginning?», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 133-141.

—, «Heroes Returned? Subminoan Burials from Crete», en *The Age of Homer: A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, J. B. Carter y S. P. Morris (eds.), Austin, University of Texas Press, 1995, pp. 123-136.

—, «The Subminoan Phase in the North Cemetery», en *Knossos North Cemetery: Early Greek Tombs*, J. N. Coldstream y H. W. Catling (eds.), *BSA* Supl. 28, Londres, British School at Athens, 1996, pp. 639-649.

Catling, R. W. V., y I. Lemos, *Lefkandi II. Pt. 1, The Protogeometric Building at Toumba: The Pottery*, *BSA* Supl. 22, Londres, British School at Athens, 1990.

Cavanagh, M., E. Ben-Yosef y D. Langgut, «Fuel Exploitation and Environmental Degradation at the Iron Age Copper Industry of the Timna Valley, Southern Israel», *Nature: Scientific Reports* 12:15434, 2022. https://doi.org/10.1038/s41598-022-18940-z.

Centeno, M., P. Callahan, P. Larcey y T. Patterson, «Globalization as Adaptive Complexity: Learning from Failure», en

Perspectives on Public Policy in Societal-Environmental Crises: What the Future Needs from History, A. Izdebski, J. Haldon y P. Filipkowski (eds.), Cham, Suiza, Springer, 2022, pp. 59-74.

Chadwick, J. R., «When Gath of the Philistines Became Gath of Judah», *Journal of Eastern Mediterranean Archaeology and Heritage Studies* 10/3-4, 2022, pp. 317-342.

Chapman, R. L., «Putting Sheshonq I in His Place», *Palestine Exploration Quarterly* 141/1, III, 2009, pp. 4-17.

—, «Samaria and Megiddo: Shishak and Solomon», en *Solomon and Shishak: Current Perspectives from Archaeology, Epigraphy, History and Chronology: Proceedings of the Third BICANE Colloquium Held at Sidney Sussex College, Cambridge, 26-27 March 2011*, Peter James y Peter G. van der Veen (eds.), BAR International Series 2732, Oxford, Archaeopress, 2015, pp. 137-147, I.

Charaf, H., «The Architectural and Material Characteristics of the Late 13th-Early 12th Century BC Level at Tell Arqa, Lebanon», *Archaeology & History in the Lebanon* 52-53, 2020-2021, pp. 46-72.

Chew, S. C., *World Ecological Degradation: Accumulation, Urbanization, and Deforestation 3000 B.C.-A.D. 2000*, Walnut Creek, CA, Altamira Press, 2001.

—, «From Harappa to Mesopotamia and Egypt to Mycenae: Dark Ages, Political-Economic Declines, and Environmental/Climatic Changes 2200 B.C.-700 B.C», en *The Historical Evolution of World-Systems*, C. Chase-Dunn y E. N. Anderson (eds.), Londres, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 52-74.

—, *The Recurring Dark Ages: Ecological Stress, Climate Changes, and System Transformation*, Walnut Creek, CA, Altamira Press, 2007.

—, *Ecological Futures: What History Can Teach Us,* Walnut Creek, CA, Altamira Press, 2008.

Clayton, P. A., *Chronicle of the Pharaohs: The Reign-by-Reign Record of the Rulers and Dynasties of Ancient Egypt*, Londres, Thames and Hudson, 1994. [Hay trad. cast.: *Crónica de los faraones. Todos los soberanos y dinastías del Antiguo Egipto*, Barcelona, Ediciones Destino, 1996.]

Cline, E. H., *Sailing the Wine-Dark Sea: International Trade and the Late Bronze Age Aegean*, Oxford, Tempus Reparatum, 1994.

—, *The Battles of Armageddon: Megiddo and the Jezreel Valley from the Bronze Age to the Nuclear Age*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2000.

—, *Jerusalem Besieged: From Ancient Canaan to Modern Israel*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2004.

—, *From Eden to Exile: Unraveling Mysteries of the Bible*, Washington, D. C., National Geographic Books, 2007.

—, *Biblical Archaeology: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

—, «Whole Lotta Shakin' Going On: The Possible Destruction by Earthquake of Megiddo Stratum VIA», en *The Fire Signals of Lachish: Studies in the Archaeology and History of Israel in the Late Bronze Age, Iron Age, and Persian Period in Honor of David Ussishkin*, I. Finkelstein y N. Na'aman (eds.), Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, 2011, pp. 55-70.

—, *The Trojan War: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2013. [Hay trad. cast.: *La guerra de Troya*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.]

—, *1177 B.C.: The Year Civilization Collapsed*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *1177 a. C. El*

año en que la civilización se derrumbó, Barcelona, Crítica, 2015.]

—, *Three Stones Make a Wall: The Story of Archaeology,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017. [Hay trad. cast.: *Tres piedras hacen una pared*, Barcelona, Crítica, 2018.]

—, *Digging Up Armageddon: The Search for the Lost City of Solomon*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2020.

—, *1177 BC: The Year Civilization Collapsed*. Edición revisada y actualizada, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2021.

—, «The Collapse of Cultures at the End of the Late Bronze Age in the Aegean and Eastern Mediterranean: New Developments, Punctuated Equilibrium, and Further Questions», en *Mediterranean Resilience: Collapse and Adaptation in Antique Maritime Societies*, A. Yasur-Landau, G. Gambash y T. E. Levy (eds.), Londres, Equinox Publishing, próxima publicación.

—, y D. O'Connor, «The Mystery of the Sea Peoples», en *Mysterious Lands*, D. O'Connor y S. Quirke (eds.), Londres, UCL Press, 2003, pp. 107-138.

Cohen, C., J. Maran y M. Vetters, «An Ivory Rod with a Cuneiform Inscription, Most Probably Ugaritic, from a Final Palatial Workshop in the Lower Citadel of Tiryns», *Archäologischer Anzeiger* 2010/2, 2010, pp. 1-22.

Coldstream, J. N., *Geometric Greece*, Londres, E. Benn, 1977.

—, «Early Greek Visitors to Egypt and the Levant», *Journal of the Ancient Chronology Foundation* 6, 1992-1993, pp. 6-18.

—, «What Sort of Aegean Migration?», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 143-147.

—, *Light from Cyprus on the Greek «Dark Age»? Nineteenth J. L. Myres Memorial Lecture*, Oxford, Leopard's Head, 1998.

—, «Knossos in Early Greek Times», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 581-596.

—, y A. Mazar, «Greek Pottery from Tel Rehov and Iron Age Chronology», Israel *Exploration Journal* 53, 2003, pp. 29-48.

Comelli, D., M. D'Orazio, L. Folco, M. El-Halwagy, T. Frizzi, R. Alberti, V. Capogrosso, A. El-naggar, H. Hassan, A. Nevin, F. Porcelli, M. G. Rashed y G. Valentini, «The Meteoritic Origin of Tutankhamun's Iron Dagger Blade», *Meteoritics & Planetary Science* 51/7, 2016, pp. 1301-1309. https://doi.org/10.1111/maps.12664.

Cook, R. M., «The Dorian Invasion», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 8/188, 1962, pp. 16-22.

Cordani, V., «The Development of the Hittite Iron Industry. A Reappraisal of the Written Sources», *Die Welt des Orients* 46, 2016, pp. 162-176.

Coulson, W. D. E., *The Greek Dark Ages: A Review of the Evidence and Suggestions for Future Research*, Atenas, American School of Classical Studies at Athens, 1990.

Counts, D. B., y M. Iacovou, «New Approaches to the Elusive Iron Age Polities of Ancient Cyprus: An Introduction», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 370, 2013, pp. 1-13.

Cowgill, G. L. 1988. «Onward and Upward with Collapse», en *The Collapse of Ancient States and Civilization,* N. Yoffee y G. L. Cowgill (eds.), Tucson, University of Arizona Press, 1988, pp. 244-276.

Cox, R. S., y K. M. E. Perry, «Like a Fish out of Water: Reconsidering Disaster Recovery and the Role of Place and Social Capital in Community Disaster Resilience», *American Journal of Community Psychology* 48, 2011, pp. 395-411.

Creasman, P. P., «A Compendium of Recent Evidence from Egypt and Sudan for Climate Change during the Pharaonic Period», en *The Gift of the Nile? Ancient Egypt and the Environment,* T. Schneider y C. L. Johnston (eds.), Tucson, AZ, Egyptian Expedition, 2020, pp. 15-48.

Crielaard, J. P., «Surfing on the Mediterranean Web: Cypriot Long-Distance Communications during the Eleventh and Tenth Centuries B.C.», en *Eastern Mediterranean: Cyprus—Dodecanese—Crete; 16th-6th Cent. B.C.,* V. Karageorghis y N. Stampolidis (eds.), Atenas, University of Crete and the A. G. Leventis Foundation, 1998, pp. 187-206.

—, «Basileis at Sea: Elites and External Contacts in the Euboaean Gulf Region from the End of the Bronze Age to the Beginning of the Iron Age», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 271-297.

—, «The "Wanax to Basileis Model" Reconsidered: Authority and Ideology after the Collapse of the Mycenaean Palaces», en *The «Dark Ages» Revisited: Acts of an International Symposium in Memory of William D. E. Coulson*, University of Thessaly, Volos, 14-17 June 2007, A. Mazarakis Ainian (ed.), Volos, University of Thessaly Press, 2011, 1, pp. 83-111.

—, «Living Heroes: Metal Urn Cremations in Early Iron Age Greece, Cyprus and Italy», En *Omero: Quaestiones disputata*, F. Gallo (ed.), Ambrosiana Graecolatina 5, Milán, Biblioteca Ambrosiana-Bulzoni editore, 2016, pp. 43-78.

—, y J. Driessen, «The Hero's Home: Some Reflections on the Building at Toumba, Lefkandi», *Topoi* 4/1, 1994, pp. 251-270.

Crowell, B., *Edom at the Edge of Empire: A Social and Political History*, Atlanta, SBL Press, 2021.

Crowfoot, J. W., y G. M. Crowfoot, *Samaria-Sebaste 2: Early Ivories*, Londres, Palestine Exploration Fund, 1938.

—, K. M. Kenyon y E. L. Sukenik, *Samaria-Sebaste 1: The Buildings*, Londres, Palestine Exploration Fund, 1942.

—, G. M. Crowfoot y K. M. Kenyon, *Samaria-Sebaste 3: The Objects*, Londres, Palestine Exploration Fund, 1957.

Crowther, N. B., «The Ancient Olympic Games through the Centuries», en *Onward to the Olympics: Historical Perspectives on the Olympic Games*, G. P. Schaus y S. R. Wenn (eds.), Waterloo, ON, Wilfrid Laurier University Press, 2007, pp. 3-13.

Cumming, G. S., y G. D. Peterson, «Unifying Research on Social-Ecological Resilience and Collapse», *Trends in Ecology & Evolution* 32/9, 2017, pp. 695-713. http://dx.doi.org/10.1016/j.tree.2017.06.014.

Cupitò, M., E. Dalla Longa y C. Balista, «From "Valli Grandi Veronesi System" to "Frattesina System": Observations on the Evolution of the Exchange System Models between Veneto Po Valley Area and the Mediterranean World during the Late Bronze Age», en «Italia tra Mediterraneo ed Europa: Mobilità, interazioni e scambi». Edición especial, *Rivista di Scienze Preistoriche* LXX S1, 2020, pp. 293-310.

Curtis, J. 2012. «Assyrian and Urartian Metalwork: Independence or Interdependence?», en *BiainiliUrartu: The Proceedings of the Symposium Held in Munich, 12-14 October 2007*, S.

Kroll, C. Gruber, U. Hellwag, M. Roaf y P. Zimansky (eds.), Lovaina, Peeters, 2012, pp. 427-443.

Curtis, J. E., y N. Tallis (eds.), *The Balawat Gates of Ashurnasirpal II*, Londres, British Museum Press, 2008.

Cutter, S., B. Osman-Elasha, J. Campbell, S.-M. Cheong, S. McCormick, R. Pulwarty, S. Supratid y G. Ziervogel, «Managing the Risks from Climate Extremes at the Local Level», en *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation*, C. B. Field, V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.), pp. 291-338. Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

D'Agata, A. L., «Cult Activity on Crete in the Early Dark Age: Changes, Continuities and the Development of a "Greek" Cult System», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 397-414.

D'Alfonso, L., «An Age of Experimentation: New Thoughts on the Multiple Outcomes Following the Fall of the Hittite Empire after the Results of the Excavations at Nigde-Kinik Höyük (South Cappadocia)», en *Anatolia between the 13th and the12th Century BCE*, S. de Martino y E. Devecchi (eds.), Turín, LoGisma editore, 2020, pp. 95-116.

—, E. Basso, L. Castellano, A. Mantovan y P. Vertuani, «Regional Exchange and Exclusive Elite Rituals in Iron Age Central Anatolia: Dating, Function and Circulation of Alişar-IV ware», *Anatolian Studies* 72, 2022, pp. 37-77.

Dalla Longa, E., «Settlement Dynamics and Territorial Organization in the Middle and Low Veneto Plain South of the

Ancient Adige River in the Bronze Age», *Preistoria Alpina* 49bis, 2019, pp. 95-121.

Daniel, J. F., O. Broneer y H. T. Wade-Gery, «The Dorian Invasion», *American Journal of Archaeology* 52/1, 1948, pp. 107-118.

David, A., «Archaeologists Find Remains of "Royal" Garments from King David's Time—in a Mine», *Ha'aretz*, 29 de enero, 2021a. https://www.haaretz.com/archaeology/.premium-archaeologists-find-textile-shreds-with-purple-from-king-david-s-time-1.9490326.

—, «Israeli Archaeologists Figure Out Where Ancient Egypt Got Its Metal after Civilization Collapsed», *Ha'aretz*, 16 de junio, 2021b. https://www.haaretz.com/archaeology/.premium-where-ancient-egypt-got-its-metal-after-civilization-collapsed-in-3200-bce-1.9903941.

Davis, J. L., y S. R. Stocker, «Messenia», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 671-692.

De Buck, A., «The Judicial Papyrus of Turin», *Journal of Egyptian Archaeology* 23/2, 1937. pp. 152-164.

Deger-Jalkotzy, S., «The Postpalatial Period of Greece: An Aegean Prelude to the 11th Century B.C. in Cyprus», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 11-30.

—, «Decline, Destruction, Aftermath», en *The Cambridge Companion to the Aegean Bronze Age*, C. W. Shelmerdine (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 387-415.

—, y I. S. Lemos (eds.), *Ancient Greece from the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006.

DeGrado, J., «King of the Four Quarters: Diversity as a Rhetorical Strategy of the Neo-Assyrian Empire», *Iraq* 81, 2019, pp. 107-125.

Degroot D., K. J. Anchukaitis, M. Bauch, J. Burnham, F. Carnegy, J. Cui, K. de Luna, P. Guzowski, G. Hambrecht, H. Huhtamaa, A. Izdebski, K. Kleemann, E. Moeswilde, N. Neupane, T. Newfield, Q. Pei, E. Xoplaki y N. Zappia, «Towards a Rigorous Understanding of Societal Responses to Climate Change», *Nature* 591, 2021, pp. 539-550. https://doi.org/10.1038/s41586-021-03190-2.

De Martino, S., «The Fall of the Hittite Kingdom», *Mesopotamia* 63, 2018, pp. 23-48.

Denton, F., T. J. Wilbanksm, A. C. Abeysinghe, I. Burton, Q. Gao, M. C. Lemos, T. Masui, K. L. O'Brien y K. Warner, «Climate-Resilient Pathways: Adaptation, Mitigation, and Sustainable Development», en *Climate Change 2014: Impacts, Adaptation, and Vulnerability. Part A: Global and Sectoral Aspects; Contribution of Working Group II to the Fifth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 1101-1131.

Desborough, V. R. d'A., *The Last Mycenaeans and Their Successors: An Archaeological Survey c. 1200-c. 1000 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1964.

—, *The Greek Dark Ages*, Londres, Ernest Benn, 1972.

Dever, W., «Further Evidence on the Date of the Outer Wall at Gezer», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 289, 1993, pp. 33-54.

Diamond, J., *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, Viking, 2005.

Dibble, F., y D. Fallu, «New Data from Old Bones: A Taphonomic Reassessment of Early Iron Age Beef Ranching at Nichoria, Greece», *Journal of Archaeological Science: Reports* 30:102234, 2020.

—, y M. Finné., «Socioenvironmental Change as a Process: Changing Foodways as Adaptation to Climate Change in South Greece from the Late Bronze Age to the Early Iron Age», *Quaternary International* 597, 2021, pp. 50-62.

Dickinson, O. T. P. K., *The Aegean from Bronze Age to Iron Age: Continuity and Change between the Twelfth and Eighth Centuries BC*, Londres, Routledge, 2006ª. [Hay trad. cast.: *El Egeo: de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010.]

—, «The Mycenaean Heritage of Early Iron Age Greece», en *Ancient Greece from the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006b, pp. 115-122.

Dillehay, T. D., y S. A. Wernke, «Fragility of Vulnerable Social Institutions in Andean States», en *The Evolution of Fragility: Setting the Terms*, N. Yoffee (ed.), Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, 2019, pp. 9-23.

Dinçol, A., B. Dinçol, J. D. Hawkins, N. Marchetti y H. Peker, «A New Stela from Karkemish: At the Origins of the Suhi-Katuwa Dynasty», en *Karkemish: An Ancient Capital on the Euphrates*, N. Marchetti (ed.), Bolonia, AnteQuem, 2014ª, pp. 127-131.

—, B. Dinçol, J. D. Hawkins, N. Marchetti y H. Peker, «A Stele by Suhi I from Karkemish», *Orientalia* 83/2, 2014b, pp. 143-153.

—, B. Dinçol, J. D. Hawkins y H. Peker, «A New Inscribed Stela from Karkemish: At the Origins of the Suhi-Katuwa Dynasty», *Near Eastern Archaeology* 75, 2012, p. 145.

Dinçol, B., A. Dinçol, J. D. Hawkins, H. Peker y A. Öztan, «Two New Inscribed Storm-God Stelae from Arsuz (Iskenderun): ARSUZ 1 and 2», *Anatolian Studies* 65, 2015, pp. 59-77.

Doak, B. R., «Phoenicians in the Hebrew Bible», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 657-670.

—, *Ancient Israel's Neighbors*, Oxford, Oxford University Press, 2020.

Docter, R. F., H. G. Niemeyer, A. J. Nijboer y J. van der Plicht., «Radiocarbon Dates of Animal Bones in the Earliest Levels of Carthage», en *Oriente e Occidente*, G. Bartoloni y F. Delpino (eds.), Roma, Istituti editoriali poligrafici internazionali, 2005, pp. 557-577.

Dodson, A., *Afterglow of Empire: Egypt from the Fall of the New Kingdom to the Saite Renaissance*. Edición revisada y actualizada, El Cairo, AUC Press, 2019.

—, «The Palestinian Campaign(s) of Shoshenq I», en *Weseretkau «Mighty of Kas»: Papers Submitted in Memory of Cathleen A. Keller*, D. Kiser-Go y C. Redmount (eds.), Columbus, GA, Lockwood Press, 2023, pp. 297-307.

Donnelly-Lewis, B., «The Khirbet Qeiyafa Ostracon: A New Collation Based on the Multispectral Images, with Translation and Commentary», *Bulletin of ASOR* 388, 2022, pp. 181-210.

Donner, H., y W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften*, 5.ª ed., revisada y ampliada, Wiesbaden, Harrassowitz, 2002.

Dothan, T., The Philistines and Their Material Culture, Jerusalén, Israel Exploration Society, 1982.

Doumet-Serhal, C., «Phoenician Identity in Modern Lebanon», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 713-728.

Drews, R., «Herodotus 1.94, the Drought ca. 1200 B.C., and the Origin of the Etruscans», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 41/1, 1992, pp. 14-39.

Düring, B. S., *The Imperialisation of Assyria: An Archaeological Approach*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020.

Eder, B., «The World of Telemachus: Western Greece 1200–700 B.C.», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 549-580.

—, y I. S. Lemos, «From the Collapse of the Mycenaean Palaces to the Emergence of Early Iron Age Communities», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 132-160.

Edrey, M., *Phoenician Identity in Context: Material Cultural Koiné in the Iron Age Levant*. Alter Orient und Altes Testament 469, Münster, Ugarit-Verlag, 2019.

Edwards, A. B., «Lying in State in Cairo», *Harper's New Monthly Magazine* 386, 1882ª, pp. 185-204.

—, «Recent Discovery of Royal Mummies and Other Egyptian Antiquities», *Supplement to the Illustrated London News*, 4 de febrero, 1882b, pp. 113-118.

Edwards, F. L., «All Hazards, Whole Community: Creating Resiliency», en *Disaster Resiliency: Interdisciplinary Perspecti-*

ves, N. Kapucu, C. V. Hawkins y F. I. Rivera (eds.), Nueva York, Routledge, 2013, pp. 21-47.

Ehrenreich, B., «How Do You Know When Society Is about to Fall Apart?», *New York Times Magazine*, 4 de noviembre, 2020. https://www.nytimes.com/2020/11/04/magazine/societal-collapse.html.

Ehrlich, C. S., *The Philistines in Transition: A History from c. 1000-730 B.C.E.*, Leiden, E. J. Brill, 1996.

Eisenstadt, S. N., «Beyond Collapse», en *The Collapse of Ancient States and Civilization*, N. Yoffee y G. L. Cowgill (eds.), Tucson, University of Arizona Press, 1988, pp. 236-243.

Elayi, J., *The History of Phoenicia*. Traducido del francés por A. Plummer, Atlanta, GA, Lockwood Press, 2018.

Eliyahu-Behar, A., y N. Yahalom-Mack, «Reevaluating Early Iron-Working Skills in the Southern Levant through Microstructure Analysis», *Journal of Archaeological Science: Reports* 18, 2018, pp. 447-462.

—, N. Yahalom-Mack, Y. Gadot y I. Finkelstein, «Iron Smelting and Smithing in Major Urban Centers in Israel during the Iron Age», *Journal of Archaeological Science* 40, 2013, pp. 4319-4330.

—, N. Yahalom-Mack, S. Shilstein, A. Zukerman, C. Shafer-Elliot, A. M. Maeir, E. Boaretto, I. Finkelstein y S. Weiner, «Iron and Bronze Production in Iron Age IIA Philistia: New Evidence from Tell es-Safi/Gath, Israel», *Journal of Archaeological Science* 39, 2012, pp. 255-267.

Ellenblum, R., *The Collapse of the Eastern Mediterranean: Climate Change and the Decline of the East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 950-1072.

Emanuel, J. P., «King Taita and His "Palistin": Philistine State or Neo-Hittite Kingdom?», *Antiguo Oriente* 13, 2015, pp. 11-39.

Engle, N. L., «Adaptive Capacity and Its Assessment», *Global Environmental Change* 21, 2011, pp. 647-656.

Enverova, D. A., «The Transition from Bronze Age to Iron Age in the Aegean: An Heterarchical Approach». Tesis de Máster, Universidad Bilkent, 2012. http://www.thesis.bilkent.edu.tr/0006047.pdf.

Eph'al, I., y J. Naveh, «Hazael's Booty Inscriptions», Israel *Exploration Journal* 39/3-4, 1989, pp. 192-200.

Erb-Satullo, N. L., «The Innovation and Adoption of Iron in the Ancient Near East», *Journal of Archaeological Research* 27, 2019, pp. 557-607. https://doi.org/10.1007/s10814-019-09129-6.

—, B. J. J. Gilmour y N. Khakhutaishvili, «The Metal behind the Myths: Iron Metallurgy in the South-Eastern Black Sea Region», *Antiquity* 94/374, 2020, pp. 401-419.

Eshel, T., Y. Erel, N. Yahalom-Mack, O. Tirosh y A. Gilboa, «Lead Isotopes in Silver Reveal Earliest Phoenician Quest for Metals in the West Mediterranean», *PNAS* 116/13 (25 de febrero), 2019, pp. 6007-6012. www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1817951116.

—, A. Gilboa, N. Yahalom-Mack, O. Tirosh y Y. Erel, «Debasement of Silver throughout the Late Bronze–Iron Age Transition in the Southern Levant: Analytical and Cultural Implications», *Journal of Archaeological Science* 125, 105268, 2021.

—, N. Yahalom-Mack, S. Shalev, O. Tirosh, Y. Erel y A. Gilboa, «Four Iron Age Silver Hoards from Southern Phoenicia: From Bundles to Hacksilber», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 379, 2018, pp. 197-228.

Eyre, C. J., «Society, Economy, and Administrative Process in Late Ramesside Egypt», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, E. H. Cline y D. B. O'Connor (eds.), Ann Arbor, University of Michigan Press, 2012, pp. 101-150.

Fagan, B. M., *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists, and Archaeologists in Egypt*. Edición revisada y actualizada, Boulder, CO, West View Press, 2004. [Hay trad. cast.: *El saqueo del Nilo: ladrones de tumbas, turistas y arqueólogos del Egipto*, Barcelona, Crítica, 2005.]

—, *Return to Babylon: Travelers, Archaeologists, and Monuments in Mesopotamia*. Edición revisada, Boulder, CO, University Press of Colorado, 2007.

Fales, F. M., «Transition: The Assyrians at the Euphrates between the 13th and the 12th Century BC», en *Empires after the Empire: Anatolia, Syria and Assyria after Suppiluliuma II* (*ca. 1200-800/700 B.C.*), K. Strobel (ed.), Roma, LoGisma, 2011, pp. 9-59.

—, «Phoenicia in the Neo-Assyrian Period: An Updated Overview», *State Archives of Assyria Bulletin* 23, 2017, pp. 181-295.

Fantalkin, A., «Low Chronology and Greek Protogeometric and Geometric Pottery in the Southern Levant», *Levant* 33, 2001, pp. 117-125.

—, y I. Finkelstein, «The Sheshonq I Campaign and the 8th Century BCE Earthquake: More on the Archaeology and History of the South in the Iron I-IIA», *Tel Aviv* 33, 2006, pp. 18-42.

—, I. Finkelstein y E. Piasetzky, «Late Helladic to Middle Geometric Aegean and Contemporary Cypriot Chronologies: A Radiocarbon View from the Levant», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 373, 2015, pp. 25-48.

—, A. Kleiman, H. Mommsen y I. Finkelstein, «Aegean Pottery in Iron IIA Megiddo: Typological, Archaeometric and Chronological Aspects», *Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 20/3, 2020, pp. 135-147.

Faulseit, R. K., «Collapse, Resilience, and Transformation in Complex Societies: Modelling Trends and Understanding Diversity», en *Beyond Collapse:Archaeological Perspectives on Resilience, Revitalization, and Transformation in Complex Societies*, R. K. Faulseit (ed.). Visiting Scholar Conference Volumes: Center for Archaeological Investigations Occasional Paper No. 42, Carbondale, Southern Illinois University Press, 2016, pp. 3-26.

Faust, A., Israel*'s Ethnogenesis: Settlement, Interaction, Expansion and Resistance*, Londres, Equinox, 2007.

—, «The Interests of the Assyrian Empire in the West: Olive Oil Production as a Test-Case», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 54, 2011, pp. 62-86.

—, «Between Israel and Philistia: Ethnic Negotiations in the South during Iron Age I», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History; Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May 2010*, G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn (eds.). Alter Orient und Altes Testament 392, Münster, Ugarit-Verlag, 2012, pp. 121-135.

—, «The Emergence of Israel and Theories of Thenogenesis», en *The Wiley Companion to Ancient Israel*, S. Niditch (ed.), Oxford, Wiley Blackwell, 2016.

—, «"The Inhabitants of Philistia": On the Identity of the Iron I Settlers in the Periphery of the Philistine Heartland», *Palestine Exploration Quarterly* 151/2, 2019, pp. 105-133.

Field, C. B., V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.), *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation.* Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

Finkelberg, M., «Dorians», en *The Homer Encyclopedia*, M. Finkelberg (ed.), Oxford, Oxford University Press, 2011, 1, pp. 217-218.

Finkelstein, I., *The Archaeology of the Israelite Settlement*, Leiden, Brill, 1988.

—, «The Date of the Settlement of the Philistines in Canaan», *Tel Aviv* 22, 1995, pp. 213-239.

—, «The Archaeology of the United Monarchy: An Alternative View», *Levant* 28, 1996, pp. 177-187.

—, «Hazor and the North in the Iron Age: A Low Chronology Perspective», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 314, 1999, pp. 55-70.

—, «The Campaign of Shoshenq I to Palestine: A Guide to the 10th Century BCE Polity», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 118/2, 2002, pp. 109-135.

—, *The Forgotten Kingdom: The Archaeology and History of Northern Israel*, Atlanta, GA, Society of Biblical Literature, 2013.

—, «The Southern Steppe of the Levant ca.1050-750 BCE: A Framework for a Territorial History», *Palestine Exploration Quarterly* 146/2, 2014, pp. 89-104.

—, «The Levant and the Eastern Mediterranean in the Early Phases of the Iron Age: The View from Micro-archaeology»,

en *Assyria to Iberia: Art and Culture in the Iron Age*, J. Aruz y M. Seymour (eds.), Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2016, pp. 112-122.

—, «The Arabah Copper Polity and the Rise of Iron Age Edom: A Bias in Biblical Archaeology?», *Antiguo Oriente* 18, 2020, pp. 11-32.

—, y A. Fantalkin, «Khirbet Qeiyafa: An Unsensational Archaeological and Historical Interpretation», *Tel Aviv* 39/1, 2012, pp. 38-63.

—, y D. Langgut, «Climate, Settlement History, and Olive Cultivation in the Iron Age Southern Levant», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 379, 2018, pp. 153-169.

—, y O. Lipschits, «The Genesis of Moab: A Proposal», *Levant* 43/2, 2011, pp. 139-152.

—, N. Na'aman y T. Römer, «Restoring Line 31 in the Mesha Stele: The "House of David" or Biblical Balak?», *Tel Aviv* 46/1, 2019, pp. 3-11.

—, S. Weiner y E. Boaretto, «Preface–The Iron Age in Israel: The Exact and Life Sciences Perspectives», *Radiocarbon* 57/2, 2015, pp. 197-206.

Finné, M., K. Holmgren, C-C. Shen, H-M. Hu, M. Boyd y S. Stocker, «Late Bronze Age Climate Change and the Destruction of the Mycenaean Palace of Nestor at Pylos», *PLOS ONE* 12/12: e0189447, 2017 https://doi.org/10.1371/journal.pone.0189447.

—, J. Woodbridge, I. Labuhn y C. N. Roberts, «Holocene Hydro-climatic Variability in the Mediterranean: A Synthetic Multi-proxy Reconstruction», *Holocene* 29/5, 2019, pp. 847-863.

Fletcher, R. N., «Opening the Mediterranean: Assyria, the Levant and the Transformation of Early Iron Age Trade», *Antiquity* 86, 2012, pp. 211-220.

Folke, C., «Resilience: The Emergence of a Perspective for Social-Ecological Systems Analyses», *Global Environmental Change* 16, 2006, pp. 253-267.

—, S. R. Carpenter, B. Walker, M. Scheffer, T. Chapin y J. Rockström, «Resilience Thinking: Integrating Resilience, Adaptability and Transformability», *Ecology and Society* 15/4, 2010, p. 20. https://www.ecologyandsociety.org/vol15/iss4/art20.

Fourrier, S., «Constructing the Peripheries: Extra-urban Sanctuaries and Peer-Polity Interaction in Iron Age Cyprus», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 370, 2013, pp. 103-122.

Frahm, E., *Historische und historisch-literarische Texte*. Keilschrifttexte aus Assur literarischen Inhalts 3. Wissenschaftliche Veroffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft 121, Wiesbaden, Harrassowitz, 2009.

—, «Die Inschriftenreste auf den Obeliskfragmenten aus Assur», en *Die Obeliskenfragmente aus Assur: Mit einem Beitrag zu den Inschriften von Eckart Frahm*, J. Orlamünde (ed.), Wissenschaftliche Veroffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft 135, Wiesbaden, Harrassowitz, 2011, pp. 59-75.

—, «The Neo-Assyrian Period (ca. 1000-609 BCE)», en *A Companion to Assyria*, E. Frahm (ed.), Oxford, Wiley Blackwell, 2017, pp. 161-208.

—, «The Neo-Assyrian Royal Inscriptions as Text: History, Ideology, and Intertextuality», en *Writing Neo-Assyrian History: Sources, Problems, and Approaches*, G. Lanfranchi, R. Mattila y R. Rollinger (eds.). State Archives of Assyria Studies 29, Helsinki, Neo-Assyrian Text Corpus Project, 2019, pp. 139-159.

—, *Assyria: The Rise and Fall of the World's First Empire*, Nueva York, Basic Books, 2023.

Frame, G., *Rulers of Babylonia from the Second Dynasty of Isin to the End of Assyrian Domination (1157-612 BC)*, Toronto, University of Toronto Press, 1995.

Frankenstein, S., «The Phoenicians in the Far West: A Function of Neo-Assyrian Imperialism», en *Power and Propaganda: A Symposium on Ancient Empires*, M. T. Larsen (ed.), Copenhague, Akademisk Forlag, 1979, pp. 263-294.

Franklin, N., «Entering the Arena: The Megiddo Stables Reconsidered», en *Rethinking Israel: Studies in the History and Archaeology of Ancient Israel in Honor of Israel Finkelstein*, O. Lipschits, Y. Gadot y M. J. Adams (eds.), Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2017, pp. 87-101.

Fuchs, A., «Assyria and the North: Anatolia», en *A Companion to Assyria*, E. Frahm (ed.), Oxford, Wiley Blackwell, 2017, pp. 249-258.

Galil, G., «Most Ancient Hebrew Biblical Inscription Deciphered», *EurekAlert!, American Association for the Advancement of Science*, 7 de enero, 2010. https://www.eurekalert.org/news-releases/649504. Véase también *Science Daily*, 8 de enero. https://www.sciencedaily.com/releases/2010/01/100107183037.htm.

Gambash, G., B. Pestarino y D. Friesem, «From Murex to Fabric: The Mediterranean Purple», *Technai* 13, 2022, pp. 85-113.

Gardner, J. M., *Pharaohs Resurrected*, Nueva York, Sorg Publishing, 1923.

Garfinkel, Y., «The Iron Age City of Khirbet Qeiyafa», *en The Shephelah during the Iron Age: Recent Archaeological Stu-*

dies, O. Lipschits y A. M. Maeir (eds.), University Park, Penn State University Press/Eisenbrauns, 2017, pp. 115-131.

—, «The 10th Century BCE in Judah: Archaeology and the Biblical Tradition», *Jerusalem Journal of Archaeology* 1, 2021, pp. 126-154.

—, y S. Ganor, «Khirbet Qeiyafa: Sha'arayimn», *Journal of Hebrew Scriptures* 8, 2008. https://doi.org/10.5508/jhs.2008.v8.a22.

—, y S. Ganor, *Khirbet Qeiyafa 1: Excavation Report 2007-2008*, Jerusalén, Israel Exploration Society, 2010.

—, M. R. Golub, H. Misgav y S. Ganor, «The ʾIšbaʿal Inscription from Khirbet Qeiyafa», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 373, 2015, pp. 217-233.

—, y M. Pietsch, «Hazor, Megiddo, and Gezer: Bronze Age Cities in Iron Age Context», *Vetus Testamentum* (30 de julio), 2021, pp. 1-17.

Garnand, B. K., «Phoenicians and Greeks as Comparable Contemporary Migrant Groups», en *A Companion to Greeks across the Ancient World*, F. De Angelis (ed.), Boston, John Wiley & Sons, 2020, pp. 139-172.

Genz, H., «"No Land Could Stand before Their Arms, from Hatti… On…"? New Light on the End of the Hittite Empire and the Early Iron Age in Central Anatolia», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, A. E. Killebrew y G. Lehmann (eds.), Atlanta, GA, Society of Biblical Literature, 2013, pp. 469-477.

Georgiadis, M., «The South-Eastern Aegean in the LH IIIC Period: What Do the Tombs Tell Us?», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, C. Ba-

chhuber y G. Roberts (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2009, pp. 92-99.

Georgiou, A., «The Settlement Histories of Cyprus at the Opening of the Twelfth Century BC», en *Centre d'études chypriotes 41: Actes du POCA, Lyon 2011* (*PostgraduateCypriote Archaeology*), A. Cannavó y A. Carbillet (eds.), París, Édition-Diffusion De Boccard, 2011, pp. 109-131.

—, «Cyprus during the "Crisis Years" Revisited», en *The Mediterranean Mirror: Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.; International Post-doc and Young Researcher Conference; Heidelberg, 6th-8th October 2012*, A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 2015, pp. 129-145.

—, «Flourishing amidst a "Crisis": The Regional History of the Paphos Polity at the Transition from the 13th to the 12th Centuries BCE», en *«Sea Peoples» Up-to-Date: New Research on Transformations in the Eastern Mediterranean in the 13th-11th Centuries BCE; Proceedings of the ESF Workshop Held at the Austrian Academy of Sciences, Vienna, 3-4 November 2014*, P. M. Fischer y T. Bürge (eds.), Viena, Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2017, pp. 207-227.

—, y M. Iacovou, «Cyprus», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1133-1162.

Gilboa, A., «Sea Peoples and Phoenicians along the Southern Phoenician Coast—A Reconciliation: An Interpretation of Šikila (SKL) Material Culture», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 337, 2005, pp. 47-78.

—, «Fragmenting the Sea Peoples, with an Emphasis on Cyprus, Syria and Egypt: A Tel Dor Perspective», *Scripta Mediterranea* 27-28, 2006-2007, pp. 209-244.

—, «Dor and Egypt in the Early Iron Age: An Archaeological Perspective of (Part of) the Wenamun Report», *Egypt and the Levant* 25, 2015, pp. 247-274.

—, «The Southern Levantine Roots of the Phoenician Mercantile Phenomenon», *Bulletin of ASOR* 387, 2022, pp. 31-53.

—, y D. Namdar, «On the Beginnings of South Asian Spice Trade with the Mediterranean Region: A Review», *Radiocarbon* 57/2, 2015, pp. 265-283.

—, y I. Sharon, «Between the Carmel and the Sea: Tel Dor's Iron Age Reconsidered», *Near Eastern Archaeology* 71/3, 2008, pp. 146-170.

—, I. Sharon y E. Boaretto, «Tel Dor and the Chronology of Phoenician "Pre-colonisation" Stages», en *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, C. Sargona (ed.), Ancient Near Eastern Studies Supl. 28, Lovaina, Peeters Press, 2008, pp. 113-204.

—, P. Waiman-Barak y R. Jones, «On the Origin of Iron Age Phoenician Ceramics at Kommos, Crete: Regional and Diachronic Perspectives across the Bronze Age to Iron Age Transition», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 374, 2015, pp. 75-102.

—, P. Waiman-Barak y I. Sharon, «Dor, the Carmel Coast and Early Iron Age Mediterranean Exchanges», en *The Mediterranean Mirror: Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.*, A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 2015, pp. 85-109.

Gilibert, A., *Syro-Hittite Monumental Art and the Archaeology of Performance: The Stone Reliefs at Carchemish and Zincirli in the Earlier First Millennium BCE*. Topoi–Berlin Studies of the Ancient World, Berlín, Walter de Gruyter, 2011.

Glassner, J.-J., *Mesopotamian Chronicles*, B. R. Foster (ed.), Atlanta, GA, Society for Biblical Literature, 2004.

Gnanadesikan, A. E., *The Writing Revolution: Cuneiform to the Internet*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2009.

Goedegebuure, P., T. van den Hout, J. Osborne, M. Massa, C. Bachhuber y F. Sahin, «Türkmen-Karahöyük 1: A New Hieroglyphic Luwian Inscription from Great King Hartapu, Son of Mursili, Conqueror of Phrygia», *Anatolian Studies* 70, 2020, pp. 29-43.

Goelet, O., «Tomb Robberies in the Valley of the Kings», en *The Oxford Handbook of the Valley of the Kings*, R. H. Wilkinson y K. R. Weeks (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 448-466.

González, R. A., *Intercultural Communications and Iconography in the Western Mediterranean during the Late Bronze Age and the Early Iron Age*, Rahden, Verlag Marie Leidorf, 2018.

Graefe, E., y G. Belova (eds.), *The Royal Cache TT 320—A Re-examination*, El Cairo, Supreme Council of Antiquities Press, 2010.

Grayson, A. K., «Shalmaneser III and the Levantine States: The "Damascus Coalition Rebellion"», *Journal of Hebrew Scriptures* 5, 2005. https://doi.org/10.5508/jhs.2004.v5.a4.

Grimal, N., *A History of Ancient Egypt*. Traducido por I. Shaw, Oxford, Blackwell, 1988. [Hay trad. cast.: *Historia del Antiguo Egipto*, Madrid, Akal, 1996.]

Gunderson, L. H., «Adaptive Dancing: Interactions between Social Resilience and Ecological Crises», en *Navigating Social-Ecological Systems: Building Resilience for Complexity and Change*, F. Berkes, J. Colding y C. Folke (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 33-52.

—, y C. S. Holling (eds.), *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*, Washington, D. C., Island Press, 2002.

Gur-Arieh, S., y A. M. Maeir, «The Excavations in Area C», en *Tell Es-Safi/Gath II: Excavations and Studies*, A. M. Maeir y J. Uziel (eds.), Münster, Zaphon, 2020, pp. 117-188.

Haggis, D. C., «Kavousi and the Mirabello Region», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1071-1087.

Haldon, J., A. Binois-Roman, M. Eisenberg, A. Izdebski, L. Mordechai, T. Newfield, P. Slavin, S. White y K. Wnęk, «Between Resilience and Adaptation: A Historical Framework for Understanding Stability and Transformation of Societies to Shocks and Stress», en *COVID-19: Systemic Risk and Resilience; Risk, Systems and Decisions*, I. Linkov, J. M. Keenan y B. D. Trump (eds.), Cham, Suiza, Springer, 2021, pp. 235-268.

—, A. F. Chase, W. Eastwood, M. Medina-Elizalde, A. Izdebski, F. Ludlow, G. Middleton, L. Mordechai, J. Nesbitt y B. L. Turner, «Demystifying Collapse: Climate, Environment, and Social Agency in Pre-modern Societies», *Millennium* 17/1, 2020, pp. 1-33. https://doi.org/10.1515/mill-2020-0002.

—, M. Eisenberg, L. Mordechai, A. Izdebski y S. White, «Lessons from the Past, Policies for the Future: Resilience and Sustainability in Past Crises», *Journal of Environment Systems*

and Decisions, 2020. https://doi.org/10.1007/s10669-020-09778-9.

—, A. Izdebski, L. Kemp, L. Mordechai y B. Trump, «SDG 13—How Societies Succeeded or Failed to Respond to Environmental Disruption», en *Before the SDGs: A Historical Companion to the UN Sustainable Development Goals*, M. Gutmann y D. Gorman (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2022, pp. 385-424.

Hall, J. M., *Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

—, *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

—, «The Dorianization of the Messenians», en *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures*, N. Luraghi y S. E. Alcock (eds.), cap. 6, Hellenic Studies Series 4, Washington, D. C., Center for Hellenic Studies, 2003. https://chs.harvard.edu/book/luraghi-nino-and-susan-e-alcock-eds-helots-and-the-masters-in-laconia-and-messenia.

—, «Dorians», *Encyclopedia of Ancient Greece*, N. Wilson (ed.), Nueva York, Routledge, 2006, pp. 240-242.

—, *A History of the Archaic Greek World, c. 1200-479 BCE*, Oxford, Blackwell Publishing, 2007.

—, y J. F. Osborne, *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE*, Chicago, University of Chicago Press, 2022.

Hall, T. D., «A "Perfect Storm" in the Collapse of Bronze Age Civilization? Useful Insights and Roads Not Taken», *Cliodynamics* 5/1, 2014, pp. 75-86.

Hallo, W. W., y W. K. Simpson, *The Ancient Near East: A History*, 2.ª ed., Nueva York, Harcourt Brace College Publishers, 1998.

Hammond, N. G. L., «Prehistoric Epirus and the Dorian Invasion», *BSA* 32, 1931-1932, pp. 131-179.

Handmer, J., Y. Honda, Z. W. Kundzewicz, N. Arnell, G. Benito, J. Hatfield, I. F. Mohamed, P. Peduzzi, S. Wu, B. Sherstyukov, K. Takahashi y Z. Yan, «Changes in Impacts of Climate Extremes: Human Systems and Ecosystems», en *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation*, C. B. Field, V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.). Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 231-290.

Harland, J. P., «Review of Kerameikos I», *Classical Journal* 36, 1941, pp. 429-432.

Harmansah, O., «"Source of the Tigris": Event, Place and Performance in the Assyrian Landscapes of the Early Iron Age», *Archaeological Dialogues* 14/2, 2007, pp. 179-204.

Harrison, T. P., «Lifting the Veil on a "Dark Age": Ta'yinat and the North Orontes Valley during the Early Iron Age», en *Exploring the Longue Durée: Essays in Honor ofLawrence E. Stager*, J. D. Schloen (ed.), Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2009ª, pp. 171-184.

—, «Neo-Hittites in the "Land of Palistin": Renewed Investigations at Tell Ta'yinat on the Plain of Antioch», *Near Eastern Archaeology* 72/4, 2009b pp. 174-189.

—, «The Late Bronze/Early Iron Age Transition in the North Orontes Valley», en *Societies in Transition: Evolutionary Pro-*

cesses in the Northern Levant between Late Bronze Age II and Early Iron Age; Papers Presented on the Occasion of the 20th Anniversary of the New Excavations in Tell Afis, Bologna, 15th November 2007, F. Venturi (ed.), Bolonia, Clueb, 2010, pp. 83-102.

—, «Tayinat in the Early Iron Age», en *Across the Border: Late Bronze-Iron Age Relations between Syria and Anatolia; Proceedings of a Symposium Held at the Research Center of Anatolian Studies, Koç University, Istanbul, May 31-June 1, 2010*, K. A. Yener (ed.), Lovaina, Peeters Publishers, 2013, pp. 61-87.

—, «Recent Discoveries at Tayinat (Ancient Kunulua/Calno) and Their Biblical Implications», en *Congress Volume Munich 2013*, C. M. Maier (ed.), Leiden, Brill, 2014, pp. 396-425.

—, «The Neo-Assyrian Provincial Administration at Tayinat (Ancient Kunalia)», en *The Provincial Archaeology of the Assyrian Empire*, J. MacGinnis, D. Wicke y T. Greenfield (eds.), Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, 2016, pp. 253-264.

—, «The Iron Age I-II Transition in the Northern Levant: An Emerging Consensus», *Jerusalem Journal of Archaeology* 1, 2021, pp. 325-351.

Hatzaki, E., y A. Kotsonas, «Knossos and North Central Crete», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1029-1053.

Hawass, Z., «Preface», en *The Royal Cache TT 320—A Reexamination*, E. Graefe y G. Belova (eds.), El Cairo, Supreme Council of Antiquities Press, 2010, pp. 1-2.

—, S. Ismail, A. Selim, S. N. Saleem, D. Fathalla, S. Wasef, A. Z. Gad, R. Saad, S. Fares, H. Amer, P. Gostner, Y. Z. Gad, C. M.

Pusch y A. R. Zink, «Revisiting the Harem Conspiracy and Death of Ramesses III: Anthropological, Forensic, Radiological, and Genetic Study», *British Medical Journal* 345:e8268, 2012. http:// www.bmj.com/content/345/bmj.e8268.

Hawkins, J. D., «Kuzi-Tešub and the "Great Kings" of Karkamiš», *Anatolian Studies* 38, 1988, pp. 99-108.

—, «Great Kings and Country Lords at Malatya and Karkamis», en *Studio Historiae Ardens: Ancient Near Eastern Studies Presented to Philo H. J. Houwink ten Cate*, Th. P. J. van den Hout y J. de Roos (eds.), Estambul, Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut te Istanbul, 1995, pp. 75-86.

—, *Corpus of Hieroglyphic Luwian Inscriptions. Vol. 1*, I*nscriptions of the Iron Age*, Berlín, Walter de Gruyter, 2000.

—, «Cilicia, the Amuq and Aleppo: New Light in a Dark Age», *Near Eastern Archaeology* 72/4, 2009, pp. 164-173.

—, «The Inscriptions of the Aleppo Temple», *Anatolian Studies* 61, 2011, pp. 35-54.

—, y H. Peker, «Karkemish in the Iron Age», en *Karkemish: An Ancient Capital on the Euphrates*, N. Marchetti (ed.), Bolonia, AnteQuem, 2014, pp. 107-110.

—, y M. Weeden, «Sketch History of Karkemish in the Earlier Iron Age (Iron I–IIB)», en *Carchemish in Context: The Land of Carchemish Project, 2006-2010*, T. J. Wilkinson, E. Peltenburg y E. B. Wilkinson (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2016, pp. 9-21.

Heurtley, W. A., «A Prehistoric Site in Western Macedonia and the Dorian Invasion», *Annual of the British School at Athens* 28, 1926-1927, pp. 158-194.

Hitchcock, L. A., y A. M. Maeir, «Pirates of the Crete-Aegean: Migration, Mobility, and Postpalatial Realities at the

End of the Bronze Age», en *Proceedings of the 12th International Congress of Cretan Studies, Heraklion, 21-25.9.2016*, Heraclión, Society of Cretan Historical Studies, 2019, pp. 1-12.

Hodos, T., *The Archaeology of the Mediterranean Iron Age: A Globalising World c.1100-600 BCE*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020.

—, «Globalizing the Mediterranean's Iron Age», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE*, J. M. Hall y J. F. Osborne (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 2022, pp. 214-232.

Hoffman, G. L., *Imports and Immigrants: Near Eastern Contacts with Iron Age Crete*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997.

Höflmayer, F., y R. Gundacker, «Sheshonq (Shishak) in Palestine: Old Paradigms and New Vistas», *Ancient Near East Today* 9/4, 2021. https://www.asor.org/anetoday/2021/04/sheshonq-in-palestine.

Hogarth, D. G., *Hittite Problems and the Excavation of Carchemish*, Londres, British Academy, 1911.

Hoglund, K. G., «Edomites», en *Peoples of the Old Testament World*, A. J. Hoerth, G. L. Mattingly y E. M. Yamauchi (eds.), Grand Rapids, MI, Baker Books, 1994, pp. 335-347.

Holling, C. S., «Resilience and Stability of Ecological Systems», *Annual Review of Ecology and Systematics* 4, 1973, pp. 1-23.

—, «The Resilience of Terrestrial Ecosystems: Local Surprise and Global Change», en *Sustainable Development of the Biosphere*, W. C. Clark y R. E. Munn (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 292-317.

—, «Understanding the Complexity of Economic, Ecological, and Social Systems», *Ecosystems* 4/5, 2001, pp. 390-405.

—, S. R. Carpenter, W. A. Brock y L. H. Gunderson, «Discoveries for Sustainable Futures», en *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*, L. H. Gunderson y C. S. Holling (eds.), Washington, D. C., Island Press, 2002, pp. 395-417.

—, y L. H. Gunderson, «Resilience and adaptive cycles», en *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*, L. H. Gunderson y C. S. Holling (eds.), Washington, D. C., Island Press, 2002 , pp. 25-62.

—, L. H. Gunderson y D. Ludwig, «In Quest of a Theory of Adaptive Change», en *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*, L. H. Gunderson y C. S. Holling (eds.), Washington, D. C., Island Press, 2002, pp. 2-22.

Hooker, J. T., «New Reflections on the Dorian Invasion», *Klio* 61, 1979, pp. 353-360.

Horn, S. H., «Why the Moabite Stone Was Blown to Pieces», *Biblical Archaeology Review* 12/3, 1986, pp. 50-61.

Howard, D. M., «Philistines», en *Peoples of the Old Testament World*, A. J. Hoerth, G. L. Mattingly y E. M. Yamauchi (eds.), Grand Rapids, MI, Baker Books, 1994, pp. 231-250.

Iacovou, M., «The Topography of Eleventh Century B.C. Cyprus», *en Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 149-165.

—, «The Greek Exodus to Cyprus: The Antiquity of Hellenism», *Mediterranean Historical Review* 14/2, 1999, pp. 1-28.

—, «From Ten to Naught: Formation, Consolidation and Abolition of Cyprus' Iron Age Polities», *Cahiers du Centre d'Études Chypriotes* 32, 2002, pp. 73-85.

—, «Cyprus at the Dawn of the First Millennium BC: Cultural Homogenization versus the Tyranny of Ethnic Identifications», en *Archaeological Perspectives on the Transmission and Transformation of Culture in the Eastern Mediterranean*, J. Clarke (ed.), Oxford, Oxbow, 2005ª, pp. 125-134.

—, «The Early Iron Age Urban Forms of Cyprus», en *Mediterranean Urbanization 800-600 BC*, R. Osborne y B. Cunliffe (eds.) Proceedings of the British Academy 126, Oxford, Oxford University for the British Academy, 2005b, pp. 17-43.

—, «From the Mycenaean QA-SI-RE-U to the Cypriote PA-SI-LE-WO-SE: The Basileus in the Kingdoms of Cyprus», en *Ancient Greece from the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006ª, pp. 315-335.

—, «"Greeks", "Phoenicians" and "Eteocypriots": Ethnic Identities in the Cypriote Kingdoms», en *Sweet Land...: Lectures on the History and Culture of Cyprus*, J. Chrysostomides y Ch. Dendrinos (eds.), Camberley, Porphyrogenitus, 2006b, pp. 27-59.

—, «Advocating Cyprocentricism: An Indigenous Model for the Emergence of State Formation on Cyprus», en *«Up to the Gates of Ekron» (1 Samuel 17:52): Essays on the Archaeology and History of the Eastern Mediterranean in Honor of Seymour Gitin*, S. White Crawford, A. Ben-Tor, J. P. Dessel, W. G. Dever, A. Mazar y J. Aviram (eds.), Jerusalén, Israel Exploration Society, 2007, pp. 461-475.

—, «Cultural and Political Configurations in Iron Age Cyprus: The Sequel to a Protohistoric Episode», *American Jour-*

nal of Archaeology 112/4, 2008, pp. 625-657.

—, «External and Internal Migrations during the 12th Century BC: Setting the Stage for an Economically Successful Early Iron Age in Cyprus», en *Cyprus and the Aegean in the Early Iron Age: The Legacy of Nicolas Coldstream*, M. Iacovou (ed.), Nicosia, Bank of Cyprus Cultural Foundation, 2012, pp. 207-227.

—, «Historically Elusive and Internally Fragile Island Polities: The Intricacies of Cyprus's Political Geography in the Iron Age», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 370, 2013, pp. 15-47.

—, «Beyond the Athenocentric Misconceptions: The Cypriote Polities in Their Economic Context», en *Basileis and Poleis on the Island of Cyprus: The Cypriote Polities in Their Mediterranean Context*, M. Hatzopoulos y M. Iacovou (eds.), Cahiers du Centre d'Études Chypriotes 44, 2014ª, pp. 95-117.

—, «Cyprus during the Iron Age I Period (Late Cypriot IIC-IIIA)», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014b, pp. 660-674.

—, «Cyprus during the Iron Age through the Persian Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014c, pp. 795-824.

Iakovides, S., *Excavations of the Necropolis at Perati*, Los Ángeles: Institute of Archaeology, Universidad de California, Los Ángeles, 1980.

Ilan, D., «The "Conquest" of the Highlands in the Iron Age I», en *The Social Archaeology of the Levant: From Prehistory to the Present*, A. Yasur-Landau, E. H. Cline y Y. Rowan (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2019, pp. 283-309.

Ilieva, P., «Phoenicians, Cypriots and Euboeans in the Northern Aegean: A Reappraisal», *Aura* 2, 2019, pp. 65-102.

Jackson, R., S. Hartman, B. Trump, C. Crumley, T. McGovern, I. Linkov y A.E.J. Ogilvie, «Disjunctures of Practice and the Problems of Collapse», en *Perspectives on Public Policy in Societal-Environmental Crises: What the Future Needs from History*, A. Izdebski, J. Haldon y P. Filipkowski (eds.), Cham, Suiza, Springer, 2022, pp. 75-108.

James, P., y P. G. van der Veen (eds.), *Solomon and Shishak: Current Perspectives from Archaeology, Epigraphy, History and Chronology; Proceedings of the Third BICANE Colloquium Held at Sidney Sussex College, Cambridge, 26-27 March 2011*, BAR International Series 2732, Oxford, Archaeopress, 2015, pp. 137-147.

Janes, S., «Negotiating Island Interactions: Cyprus, the Aegean and the Levant in the Late Bronze to Early Iron Ages», en *Material Connections in the Ancient Mediterranean: Mobility, Materiality and Mediterranean Identities*, P. van Dommelen y A. B. Knapp (eds.), Londres, Routledge, 2010, pp. 127-146.

—, «Death and Burial in the Age of the Cypriot City-Kingdoms: Social Complexity Based on the Mortuary Evidence», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 370, 2013, pp. 145-168.

—, «An Entangled Past: Island Interactions, Mortuary Practices and the Negotiation of Identitites on Early Iron Age Cyprus», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 571-584.

Janeway, B., «The Nature and Extent of Aegean Contact at Tell Ta'yinat and Vicinity in the Early Iron Age: Evidence of

the Sea Peoples?», *Scripta Mediterranea* 27-28, 2006-2007, pp. 123-146.

—, *Sea Peoples of the Northern Levant? Aegean-Style Pottery from Early Iron Age Tell Tayinat*. Studies in the Archaeology and History of the Levant, vol. 7, Leiden, Brill, 2017.

Jarus, O., «King Solomon's Mines in Spain? Not Likely, Experts Say», *Live Science*, 4 de mayo, 2021. https://www.livescience.com/king-solomon-mining-expedition-claim.html.

Jeffers, J. A., «Tiglath-Pileser I: A Light in a "Dark Age"». Tesis doctoral, Universidad de Pensilvania, 2013.

Johnson, S. A., *Why Did Ancient Civilizations Fail?*, Nueva York, Routledge, 2017.

Johnston, P. A., y B. Kaufman, «Metallurgy and Other Technologies», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 401-422.

Jones, D. W., *External Relations of Early Iron Age Crete, 1100-600 B.C.*, AIA Monographs New Series, n.° 4, Dubuque, IA, Kendall/Hunt Publishing, 2000.

Jung, R., «Synchronizing Palace Destructions in the Eastern Mediterranean», en *Synchronizing the Destructions of the Mycenaean Palaces*, R. Jung y E. Kardamaki (eds.), Viena, Austrian Academy of Sciences Press, 2023, pp. 255-322.

—, y E. Kardamaki, «Introduction», en *Synchronizing the Destructions of the Mycenaean Palaces*, R. Jung y E. Kardamaki (eds.), Viena, Austrian Academy of Sciences Press, 2023, pp. 11-33.

Kaniewski, D., J. Guiot y E. Van Campo, «Drought and Societal Collapse 3200 Years Ago in the East Mediterranean: A

Review», *WIREs Climate Change* 6, 2015, pp. 369-382. https://doi.org/10.1002/wcc.345.

—, N. Marriner, J. Bretschneider, G. Jans, C. Morhange, R. Cheddadi, T. Otto, F. Luce y E. Van Campo, «300-Year Drought Frames Late Bronze Age to Early Iron Age Transition in the Near East: New Palaeoecological Data from Cyprus and Syria», *Regional Environmental Change* 19, 2019ª, pp. 2287-2297. https://doi.org/10.1007/s10113-018-01460-w.

—, N. Marriner, R. Cheddadi, C. Morhange, J. Bretschneider, G. Jans, T. Otto, F. Luce y E. Van Campo, «Cold and Dry Outbreaks in the Eastern Mediterranean 3200 Years Ago», *Geology* 47/10, 2019b, pp. 933-937.

—, N. Marriner, R. Cheddadi, P. M. Fischer, T. Otto, F. Luce y E. Van Campo, «Climate Change and Social Unrest: A 6,000-Year Chronicle from the Eastern Mediterranean», *Geophysical Research Letters* 47/7, 2020. https://doi.org/10.1029/2020GL087496.

—, E. Van Campo, J. Guiot, S. Le Burel, T. Otto y C. Baeteman, «Environmental Roots of the Late Bronze Age Crisis», *PLOS ONE* 8/8:e71004, 2013. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0071004.

Kapucu, N., C. V. Hawkins y F. I. Rivera (eds.), *Disaster Resiliency: Interdisciplinary Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2013.

Karageorghis, V., *Palaepaphos-Skales: An Iron Age Cemetery in Cyprus*, Alt-Paphos 3, Constanza, Universitätsverlag, 1983.

—, «The Prehistory of an Ethnogenesis», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 1-9.

Kardamakis, E., «Conclusions from the New Deposit at the Western Staircase Terrace at Tiryns», en *Mycenaeans Up to Date: The Archaeology of the Northeastern Peloponnese—Current Concepts and New Directions*, A-L. Schallin y I. Tournavitou (eds.), Estocolmo, Swedish Institute at Athens, 2015, pp. 79-97.

Karkkainen, B. C., «Panarchy and Adaptive Change: Around the Loop and Back Again», *Minnesota Journal of Law, Science & Technology* 7/1, 2005, pp. 59-77.

Kassianidou, V., «The Origin and Use of Metals in Iron Age Cyprus», en *Cyprus and the Aegean in the Early Iron Age: The Legacy of Nicolas Coldstream*, M. Iacovou (ed.), Nicosia, Bank of Cyprus Cultural Foundation, 2012, pp. 229-259.

—, «The Exploitation of the Landscape: Metal Resources and the Copper Trade during the Age of the Cypriot City-Kingdoms», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 370, 2013, pp. 49-82.

—, «Cypriot Copper for the Iron Age World of the Eastern Mediterranean», en *Structure, Measurement and Meaning: Studies on Prehistoric Cyprus in Honour of DavidFrankel*, J. M. Webb (ed.), Studies in Mediterranean Archaeology 143, Upsala, Åströms Förlag, 2014, pp. 261-271.

Katzenstein, H. J., *The History of Tyre: From the Beginning of the Second Millennium B.C.E. until the Fall of the Neo-Babylonian Empire in 538 B.C.E.*, Jerusalén, Schoken Institute for Jewish Research, 1973.

Kealhofer, L., P. Grave y M. M. Voigt, «Dating Gordion: The Timing and Tempo of Late Bronze Age and Iron Age Political Transformation», *Radiocarbon* 61/2, 2019, pp. 495-514.

Kearns, C. M., «Unruly Landscapes: The Making of 1st Millennium BCE Polities on Cyprus». Tesis doctoral, Universidad

de Cornell, 2015.

—, «Discerning "Favorable" Environments: Science, Survey Archaeology, and the Cypriot Iron Age», en *New Directions in Cypriot Archaeology*, C. M. Kearns y S. W. Manning (eds.), Ithaca, NY, Cornell University Press, 2019, pp. 266-294.

—, *The Rural Landscapes of Archaic Cyprus: An Archaeology of Environmental and Social Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022.

Kemp, L., «Civilisational Collapse Has a Bright Past—but a Dark Future», *Aeon*, 21 de mayo, 2019. https://aeon.co/ideas/civilisational-collapse-has-a-bright-past-but-a-dark-future.

—, y E. H. Cline, «Systemic Risk and Resilience: Synchronous Failures and the Bronze Age Collapse», en *Perspectives on Public Policy in Societal-Environmental Crises: What the Future Needs from History*, A. Izdebski, J. Haldon y P. Filipkowski (eds.), Cham, Suiza, Springer, 2022, pp. 207-223.

Kiderlen, M., M. Bode, A. Hauptmann y Y. Bassiakos, «Tripod Cauldrons Produced at Olympia Give Evidence for Trade with Copper from Faynan (Jordan) to South West Greece, c. 950-750 BCE», *Journal of Archaeological Science: Reports* 8, 2016, pp. 303-313.

Kilani, M., *Byblos in the Late Bronze Age. Interactions between the Levantine and Egyptian Worlds*, Leiden, Brill, 2020.

Killebrew, A. E., *Biblical Peoples and Ethnicity: An Archaeological Study of Egyptians, Canaanites, Philistines, and Early Israel, 1300-1100 B.C.E.*, Atlanta, GA, Society of Biblical Literature, 2005.

—, «Israel during the Iron Age II Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M.

L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 730-742.

—, «Canaanite Roots, Proto-Phoenicia, and the Early Phoenician Period», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 39-52.

King, L. W., *Bronze Reliefs from the Gates of Shalmaneser, King of Assyria B.C. 860-825*, Londres, British Museum, 1915.

Kingsley, S., «Seeking Solomon on the High Seas», *Wreckwatch* 5-6, 2021, pp. 48-58.

Kirleis, W., y M. Herles, «Climatic Change as a Reason for Assyro-Aramaean Conflicts? Pollen Evidence for Drought at the End of the 2nd Millennium BC», *State Archives of Assyria Bulletin* 16, 2007, pp. 7-37.

Kitchen, K. A., *The Third Intermediate Period in Egypt (1100–650 B.C.)*, Warminster, Aris & Phillips, 1973.

—, «Ramesses III and the Ramesside Period», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, E. H. Cline y D. O'Connor (eds.), Ann Arbor, University of Michigan Press, 2012, pp. 1-26.

Kleiman, A., «The Damascene Subjugation of the Southern Levant as a Gradual Process (ca. 842-800 BCE)», en *In Search for Aram and Israel: Politics, Culture, and Identity*, O. Sergi, M. Oeming y I. J. de Hulster (eds.), Tubinga, Mohr Siebeck, 2016, pp. 57-76.

Knapp, A. B., «Mediterranean Archaeology and Ethnicity», en *A Companion to Ethnicity in the Ancient Mediterranean*, J. McInerney (ed.), Londres, John Wiley & Sons, 2014, pp. 34-49.

—, *Migration Myths and the End of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean*, Cambridge, Cambridge University

Press, 2021.

—, y N. Meyer, «Cyprus: Bronze Age Demise, Iron Age Regeneration», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow books, 2020, pp. 237-246.

Knodell, A. R., *Societies in Transition in Early Greece: An Archaeological History*, Berkeley, University of California Press, 2021.

Koch, I., «On Philistines and Early Israelite Kings: Memories and Perceptions», en *Saul, Benjamin, and the Emergence of Monarchy in Israel: Biblical and Archaeological Perspectives*, J. J. Krause, O. Sergi y K. Weingart (eds.), Atlanta, GA, SBL Press, 2020, pp. 7-31.

—, *IColonial Encounters in Southwest Canaan during the Late Bronze and the Early Iron Age*, Leiden, Brill, 2021.

Kohler, T. A., y M. Rockman, «The IPCC: A Primer for Archaeologists», *American Antiquity* 85/4, 2020, pp. 627-651.

Kohlmeyer, K., «The Temple of the Storm God in Aleppo during the Late Bronze and Early Iron Ages», *Near Eastern Archaeology* 72/, 2009, pp. 190-202.

—, «Building Activities and Architectural Decoration in the 11th Century BC: The Temples of Taita, King of Padasatini/Palistin in Aleppo and 'Ain Dara», en *Empires after the Empire: Anatolia, Syria and Assyria after Suppiluliuma II* (*c. 1200-800/700 B.C.*), K. Strobel (ed.), Rome, LoGisma, 2011, pp. 255-280.

Kostoglou, M., «Iron, Connectivity and Local Identities in the Iron Age to Classical Mediterranean», en *Material Connections in the Ancient Mediterranean: Mobility, Materiality and*

Identity, P. van Dommelen y A. B. Knapp (eds.), Nueva York, Routledge, 2010, pp. 170-189.

Kotsonas, A., «Wealth and Status in Iron Age Knossos», *Oxford Journal of Archaeology* 25/2, 2006, pp. 149-172.

—, «Politics of Periodization and the Archaeology of Early Greece», *American Journal of Archaeology* 120/2, 2016, pp. 239-270.

—, «Homer, the Archaeology of Crete and the "Tomb of Meriones" at Knossos», *Journal of Hellenic Studies* 138, 2018, pp. 1-35.

—, «Early Iron Age Knossos and the Development of the City of the Historical Period», en *Proceedings of the 12th International Congress of Cretan Studies, Heraklion, 21-25.9.2016*, Heraclión, Society of Cretan Historical Studies, 2019, pp. 1-13.

—, «History of Research», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 75-96.

—, «Making Cretan Cities: Urbanization, Demography and Economies of Production in the Early Iron Age and the Archaic Period», en *Making Cities: Economies of Production and Urbanization in Mediterranean Europe, 1000-500 BC*, M. Gleba, B. Marín-Aguilera y B. Dimova (eds.), Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, 2021, pp. 57-76.

—, «Early Greek Alphabetic Writing: Text, Context, Material Properties, and Socialization», *American Journal of Archaeology* 126/2, 2022, pp. 167-200.

—, y J. Mokrišová, «Mobility, Migration, and Colonization», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 217-246.

—, T. Whitelaw, A. Vasilakis y M. Bredaki, «Early Iron Age Knossos: An Overview from the Knossos Urban Landscape Project (KULP)», en *Proceedings of 11th International Congress of Cretan Studies, Rethymno, 21-27 October 2011*, E. Gavrilaki (ed.), Rétino, Historical and Folklore Society of Rethymno, 2018, pp. 61-77.

Kourou, N., «Phoenician Presence in Early lron Age Crete Reconsidered», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Punicos, Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2000, 3, pp. 1067-1081.

—, «Inscribed Imports, Visitors and Pilgrims at the Archaic Sanctuaries of Camiros», en *Χάρις Χαίρε: Studies in Memory of Charis Kantzia,* vol. B, A. Giannikouri (ed.), Atenas, Archaiologiko Institouto Aigaiakon Spoudon, 2004, pp. 11-30.

—, «The Aegean and the Levant in the Early Iron Age: Recent Developments», en *Interconnections in the Eastern Mediterranean: Lebanon in the Bronze and Iron Ages; Proceedings of the International Symposium, Beirut 2008, Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* (*BAAL*), n.s., 2008ª, 6, pp. 361-374.

—, «The Evidence from the Aegean», en *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, C. Sargona (ed.), Ancient Near Eastern Studies Supl. 28, Lovaina, Peeters Press, 2008b, pp. 305-364.

—, «Phoenicia, Cyprus and the Aegean in the Early Iron Age: J. N. Coldstream's Contribution and the Current State of Research», en *Cyprus and the Aegean in the Early Iron Age: The Legacy of Nicolas Coldstream*, M. Iacovou (ed.), Nicosia, Bank of Cyprus Cultural Foundation, 2012, pp. 33-51.

—, «A Cypriot Sequence in Early Iron Age Crete: Heirlooms, Imports and Adaptations», *Cahiers du Centre d'Études*

Chypriotes 46, 2016, pp. 51-69.

—, «Cyprus and the Aegean in the Geometric Period: The Case of Salamis», en *Salamis of Cyprus: History and Archaeology from the Earliest Times to Late Antiquity; Conference in Nicosia, 21-23 May 2015*, S. Rogge, C. Ioannou y T. Mavrojannis (eds.), Münster, WaxmannVerlag, 2019, pp. 77-97.

Kramer-Hajos, M., *Mycenaean Greece and the Aegean World: Palace and Province in the Late Bronze Age*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

—, «The Euboean Gulf», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 77-97.

Kreppner, F. J., «Public Space in Nature: The Case of Neo-Assyrian Rock-Reliefs», *Altorientalische Forschungen* 29/2, 2002, pp. 367-383.

Kristiansen, K., «The Rise of Bronze Age Peripheries and the Expansion of International Trade 1950-1100 BC», en *Trade and Civilisation: Economic Networks and Cultural Ties, from Prehistory to the Early Modern Era*, K. Kristiansen, T. Lindkvist y J. Myrdal (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2018, pp. 87-112.

Kroll, S., C. Gruber, U. Hellwag, M. Roaf y P. Zimansky, «Introduction», en *BiainiliUrartu: The Proceedings of the Symposium Held in Munich, 12-14 October 2007*, S. Kroll, C. Gruber, U. Hellwag, M. Roaf y P. Zimansky (eds.), Lovaina, Peeters, 2012, pp. 1-38.

Kuecker, G. D., y T. D. Hall, «Resilience and Community in the Age of World-System Collapse», *Nature and Culture* 6/, 2011, pp. 18-40.

Kuhrt, A., *The Ancient Near East c. 3000-330 BC. Vols. 1 y 2*, Londres, Routledge, 1995. [Hay trad. cast.: *El Oriente Próximo en la Antigüedad* (*c. 3000-330 a. C.*), Barcelona, Crítica, 2000.]

Kuzucuoğlu, C., «The Rise and Fall of the Hittite State in Central Anatolia: How, When, Where, Did Climate Intervene?», en *La Cappadoce méridionale de la préhistoire à l'époque byzantine: 3e rencontres d'archéologie de IFEA, Istanbul, 8-9 novembre 2012*, D. Beyer, O. Henry y A. Tibet (eds.), Estambul, Institut français d'études anatoliennes, 2015, pp. 17-41.

LaFayette Hogue, S., «New Evidence of Post-destruction Reuse in the Main Building of the Palace of Nestor at Pylos», *American Journal of Archaeology* 120/1, 2016, pp. 151-157.

Langgut, D., I. Finkelstein, T. Litt, F. H. Neumann y M. Stein., «Vegetation and Climate Changes during the Bronze and Iron Ages (~3600-600 BCE) in the Southern Levant Based on Palynological Records», *Radiocarbon* 57/2, 2015, pp. 217-235.

—, F. H. Neumann, M. Stein, A. Wagner, E. J. Kagan, E. Boaretto y I. Finkelstein, «Dead Sea Pollen Record and History of Human Activity in the Judean Highlands (Israel) from the Intermediate Bronze into the Iron Ages (~2500-500 BCE)», *Palynology* 38/2, 2014, pp. 280-302.

Lantzas, K., «Reconsidering Collapse: Identity, Ideology, and Postcollapse Settlement in the Argolid», en *Beyond Collapse: Archaeological Perspectives on Resilience, Revitalization, and Transformation in Complex Societies*, R. K. Faulseit (ed.). Visiting Scholar Conference Volumes: Center for Archaeological Investigations Occasional Paper No 42, Carbondale, Southern Illinois University Press, 2016, pp. 459-485.

Larson, M. T., «The Archaeological Exploration of Assyria», en *A Companion to Assyria*, E. Frahm (ed.), Oxford, Wiley Bla-

ckwell, 2017, pp. 583-598.

Lavell, A., *Natural and Technological Disasters: Capacity Building and Human Resource Development for Disaster Management*. Documento conceptual encargado por la División de Respuesta a Emergencias, Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, Ginebra, Suiza, 1999.

—, M. Oppenheimer, C. Diop, J. Hess, R. Lempert, J. Li, R. Muir-Wood y S. Myeong, «Climate Change: New Dimensions in Disaster Risk, Exposure, Vulnerability, and Resilience», en *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation*, C. B. Field, V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.). Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC). Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 25-64.

Layard, A. H., *The Monuments of Nineveh: From Drawings Made on the Spot*, Londres, Murray, 1849.

Lehmann, G., «North Syria and Cilicia, ca. 1200-330 BCE», en *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, C. Sargona (ed.), Ancient Near Eastern Studies Supl. 28, Lovaina, Peeters Press, 2008, pp. 205-246.

—, «The Levant», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 465-479.

—, «The Emergence of Early Phoenicia», *Jerusalem Journal of Archaeology* 1, 2021, pp. 272-324.

Lemaire, A., «"House of David" Restored in Moabite Inscription», *Biblical Archaeology Review* 20/3, 1994, pp. 30-37.

Lemos, I. S., *The Protogeometric Aegean: The Archaeology of the Late Eleventh and Tenth Centuries BC*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

—, «Athens and Lefkandi: A Tale of Two Sites», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 505-530.

—, «Communities in Transformation: An Archaeological Survey from the 12th to the 9th Century BC», *Pharos* 20, 2014, pp. 161-191.

—, «Euboea», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 787-813.

—, y A. Kotsonas, «Preface», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Boston, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. xxiii-xxvi,

Levin, Y., «Gath of the Philistines in the Bible and on the Ground: The Historical Geography of Tell es-Safi/Gath», *Near Eastern Archaeology* 80/4, 2017, pp. 232-240.

Levy, T. E., T. Higham, C. Bronk Ramsey, N. G. Smith, E. Ben-Yosef, M. Robinson, S. Münger, K. Knabb, J. P. Schulze, M. Najjar y L. Tauxe, «High-Precision Radiocarbon Dating and Historical Biblical Archaeology in Southern Jordan», *PNAS* 105/43, 2008, pp. 16460-16465.

—, S. Münger y M. Najjar, «A Newly Discovered Scarab of Sheshonq I: Recent Iron Age Explorations in Southern Jordan», *Antiquity* 341/88, 2014. https://www.antiquity.ac.uk/projgall/levy341.

—, M. Najjr y E. Ben-Yosef (eds.), *New Insights into the Iron Age Archaeology of Edom, Southern Jordan, Vols. 1 y 2*, Los Ángeles, Cotsen Institute of Archaeology Press, 2014.

Lichtheim, M., «The Report of Wenamun», en *Ancient Egyptian Literature*, M. Lichtheim (ed.), Berkeley, University of California Press, 2019, pp. 561-568.

Lipiński, E., *On the Skirts of Canaan in the Iron Age: Historical and Topographical Researches*, Lovaina, Peeters, 2006.

Liss, B., M. D. Howland, B. Lorentzen, C. Smitheram, M. Najjar y T. E. Levy, «Up the Wadi: Development of an Iron Age Industrial Landscape in Faynan, Jordan», *Journal of Field Archaeology* 45/6, 2020, pp. 413-427.

Liston, M. A., y J. K. Papadopoulos, «The "Rich Athenian Lady" Was Pregnant: The Anthropology of a Geometric Tomb Reconsidered», *Hesperia* 73, 2004, pp. 7-38.

Liverani, M., *Antico oriente: Storia, società, economía*, Roma, Bari, 1988ª. [Hay trad. cast.: *El antiguo oriente: historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 2008.]

—, «The Growth of the Assyrian Empire in the Habur/Middle Euphrates Area: A New Paradigm», *State Archives of Assyria Bulletin* 2/2, 1988b, pp. 81-98.

—, *The Ancient Near East: History, Society and Economy*. Traducido por S. Tabatabai, Londres, Routledge, 2014.

Livieratou, A., «East Lokris-Phokis», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books 2020, pp. 97-106.

Lloyd, M., «Warfare and the Recovery from Palatial Collapse in the 12th Century BC: A Case Study of the Argolid and Achaea», en *Tough Times: The Archaeology of Crisis and Recovery; Proceedings of the Graduate Archaeology at Oxford Confe-*

rences in 2010 and 2011, E. M. van der Wilt y J. Martínez Jiménez (eds.), BAR International Series 2478, Oxford, Archaeopress, 2013, pp. 109-114.

—, «Death of a Swordsman, Death of a Sword: The Killing of Swords in the Early Iron Age Aegean (ca. 1050 to ca. 690 B.C.E)», *Ancient Warfare* 1, 2015, pp. 14-31.

—, «Why Study Dark Age Greece?», *Josho Brouwers*, 6 de diciembre, 2017. https://www.joshobrouwers.com/articles/why-study-dark-age-greece.

—, «Bending in the Grave: Killing Weapons in the Early Iron Age Aegean», *Ancient World Magazine*, 16 de enero, 2018. https://www.ancientworldmagazine.com/articles/bending-grave-killing-weapons-early-iron-age-aegean.

Lloyd, S., *Foundations in the Dust: The Story of Mesopotamian Exploration*. Edición revisada y ampliada, Londres, Thames and Hudson, 1980.

López-Ruiz, C., *Phoenicians and the Making of the Mediterranean*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2021.

—, «Phoenicians and the Iron Age Mediterranean», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE*, J. M. Hall y J. F. Osborne (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 2022, pp. 27-48.

—, y B. R. Doak (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

Macalister, R. A. S., *The Philistines: Their History and Civilization*, Londres, publicado para la British Academy por H. Milford, 1914.

MacGinnis, J., y T. Matney, «Ziyaret Tepe: Digging the Frontier of the Assyrian Empire», *Current World Archaeology* 37,

2009, pp. 30-40.

Maeir, A. M. (ed.), *Tell es-Safi/Gath I: The 1996-2005 Seasons*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2012.

—, «Can Material Evidence of Aramean Influences and Presence in Iron Age Judah and Israel Be Found?», en *Wandering Arameans: Arameans outside Syria; Textual and Archaeological Perspectives*, A. Berlejung, A. M. Maeir y A. Schüle (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2017ª, pp. 53-67.

—, «Philistine Gath after 20 Years: Regional Perspectives on the Iron Age at Tell es-Safi/Gath», en *The Shephelah during the Iron Age: Recent Archaeological Studies*, O. Lipschits y A. M. Maeir (eds.), University Park, Penn State University Press/Eisenbrauns, 2017b, pp. 133-154.

—, «Philistine and Israelite Identities: Some Comparative Thoughts», *Die Welt des Orients* 49, 2019, pp. 151-160.

—, «A "Repertoire of Otherness"? Identities in Early Iron Age Philistia», en *From the Prehistory of Upper Mesopotamia to the Bronze and Iron Age Societies of the Levant. Volume 1. Proceedings of the 5th "Broadening Horizons" Conference* (*Udine, 5-8 June 2017*), M. Iamoni (ed.), Trieste, Edizioni università di Trieste, 2020, pp. 161-170.

—, «Identity Creation and Resource Controlling Strategies: Thoughts on Edomite Ethnogenesis and Development», *Bulletin of ASOR* 386, 2021, pp. 209-220.

—, «Archaeology and Cultural History», en *Encyclopedia of Material Culture in the Biblical World: A New Biblisches Reallexikon*, A. Berlejung, P. M. M. Daviau, J. Kamlah y G. Lehmann (eds.), Tubinga, Mohr Siebeck, 2022ª, pp. 29-53.

—, «Between Philistia, Phoenicia, and Beyond: A View from Tell es-Safi-Gath», en *Material, Method, and Meaning:*

Papers in Eastern Mediterranean Archaeology in Honor of Ilan Sharon, U. Davidovich, N. Yahalom-Mack y S. Matskevich (eds.), Münster, Zaphon, 2022b, pp. 185-194.

—, «Jerusalem and the West—via Philistia: An Early Iron Age Perspective from Tell es-Safi/Gath». En *Jerusalem and the Coastal Plain in the Iron Age and Persian Periods: New Studies on Jerusalem's Relations with the Southern Coastal Plain of Israel/Palestine* (*c. 1200-300 BCE*), F. Hagemeyer (ed.), Tubinga, Mohr Siebeck, 2022c, pp. 7-21.

—, «You've Come a Long Way, Baby! Changing Perspectives on the Philistines», *Journal of Eastern Mediterranean Archaeology and Heritage Studies* 10/3-4, 2022d, pp. 216-239.

—, «"Their Voice Carries throughout the Earth, Their Words to the End of the World" (Ps 19, 5): Thoughts on Long-Range Trade in Organics in the Bronze and Iron Age Levant», en *«And in Length of Days Understanding»* (*Job 12:12*)*—Essays on Archaeology in the 21st Century in Honor of Thomas E. Levy,* E. Ben-Yosef y I. W. N. Jones (eds.), Cham, Suiza, Springer, próxima publicación.

—, y S. Gur-Arieh, «Comparative Aspects of the Aramean Siege System at Tell eṣ-Ṣāfi/Gath», en *The Fire Signals of Lachish: Studies in the Archaeology and History of Israel in the Late Bronze Age, Iron Age, and Persian Period in Honor of David Ussishkin*, I. Finkelstein y N. Na'aman (eds.), Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2011, pp. 227-244.

—, y J. Uziel (eds.), *Tell Es-Safi/Gath II: Excavations and Studies*, Münster, Zaphon, 2020.

Maggidis, C., «Glas and Boeotia», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 107-120.

Mahieu, B., «The Old and Middle Assyrian Calendars, and the Adoption of the Babylonian Calendar by Tiglath-Pileser I (Attested in the Doppeldatierungen and in the Broken Obelisk)», *State Archives of Assyria Bulletin* 24, 2018, pp. 63-95.

Manning, S. W., C. Kocik, B. Lorentzen y J. P. Sparks, «Severe Multi-year Drought Coincident with Hittite Collapse around 1198-96 BC», *Nature* 614, pp. 719-724. 2023. https://doi.org/10.1038/s41586-022-05693-y.

—, B. Lorentzen, L. Welton, S. Batiuk y T. P. Harrison, «Beyond Megadrought and Collapse in the Northern Levant: The Chronology of Tell Tayinat and Two Historical Inflection Episodes, around 4.2ka BP, and Following 3.2ka BP», *PLOS ONE* 15/10:e0240799, 2020. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0240799.

Manolova, T., «The Levant», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1185-1214.

Maran, J., «Coming to Terms with the Past: Ideology and Power in Late Helladic IIIC», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.) Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 123-150.

—, «Against the Currents of History: The Early 12th-Century BCE Resurgence of Tiryns», en *RA-PI-NE-U: Studies on the Mycenaean World Offered to Robert Laffineur for His 70th Birthday*, J. Driessen (ed.), Louvain-la-Neuve, Presses universitaires de Louvain, 2016, pp. 201-220.

—, «The Demise of the Mycenaean Palaces: The Need for an Interpretative Reset», en *Synchronizing the Destructions of*

the Mycenaean Palaces, R. Jung y E. Kardamaki (eds.), Viena, Austrian Academy of Sciences Press, 2023, pp. 231-253.

—, y A. Papadimitriou, «Mycenae and the Argolid», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 699-718.

—, y J. C. Wright, «The Rise of the Mycenaean Culture, Palatial Administration and Its Collapse», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 99-132.

Marchetti, N., «Karkemish on the Euphrates: Excavating a City's History», *Near Eastern Archaeology* 75, 2012, pp. 132-147.

—, «A Century of Excavations at Karkemish: Filling the Gaps», en *Karkemish: An Ancient Capital on the Euphrates*, N. Marchetti (ed.), Bolonia, AnteQuem, 2014, pp. 21-43.

—, y H. Peker, «The Stele of Kubaba by Kamani and the Kings of Karkemish in the 9th Century BC», *Zeitschrift für Assyriologie* 108/1, 2018, pp. 81-99.

Markoe, G. E., *Phoenicians*, Berkeley, University of California Press, 2000.

Master, D. M., «The Philistines in the Highlands: A View from Ashkelon», Jerusalem Journal of Archaeology 1, 2021, pp. 203-220.

Matney, T., J. MacGinnis, D. Wicke y K. Köroğlu, *Ziyaret Tepe: Exploring the Anatolian Frontier of the Assyrian Empire*, Estambul, Cornucopia Books, 2017.

Matsui, T., R. Moriwaki, E. Zidan y T. Arai, «The Manufacture and Origin of the Tutankhamen Meteoritic Iron Dagger»,

Meteoritics & Planetary Science 57/4, 2022, pp. 747-758. https://doi.org/10.1111/maps.13787.

Mattingly, G. L., «Moabites», en *Peoples of the Old Testament World*, A. J. Hoerth, G. L. Mattingly y E. M. Yamauchi (eds.), pp. 317-333. Grand Rapids, MI, Baker Books, 1994.

Mazar, A., «The 11th Century B.C. in the Land of Israel», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 39-58.

—, «Tel Rehov: The Site and Its Excavation», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022ª, pp. 84-89.

—, «Tel Rehov in the Tenth and Ninth Centuries BCE», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022b, pp. 110-125.

—, U. Davidovich, N. Panitz-Cohen, Y. Rotem y A. Sumaka'i Fink, «The Canaanite City at Tel Rehov: From the Early Bronze Age to the End of the Iron Age I», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022, pp. 96-109.

—, y N. Kourou, «Greece and the Levant in the 10th-9th Centuries BC», *Opuscula* 12, 2019, pp. 369-392.

—, y R. A. Mullins, «Facing Assyria: Tel Rehov in the Late Ninth and the Eighth Centuries BCE», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022, pp. 146-151.

—, y N. Panitz-Cohen (eds.), *Tel Rehov: A Bronze and Iron Age City in the BethShean Valley*. Vols. 1-5, Qedem 59, Jerusalén, Institute of Archaeology, Hebrew University of Jerusalem, 2020.

—, N. Panitz-Cohen y G. Bloc, «The Apiary at Tel Rehov: An Update», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022, pp. 126-131.

Mazarakis Ainian, A., «The Archaeology of Basileis», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*,

S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 181-211.

McAnany, P. A., y N. Yoffee, «Why We Question Collapse and Study Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire», en *Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*, P. A. McAnany y N. Yoffee (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-17.

McDowall, C., «The Silver Pharaoh: Psusennes I Facing the Afterlife in Style», *Culture Concept*, 2014. https://www.thecultureconcept.com/the-silver-pharaoh-psusennes-ifacing-the-afterlife-in-style.

Megginson, L. C., «Lessons from Europe for American Business», *Southwestern Social Science Quarterly* 44/1, 1963, pp. 3-13.

Middleton, G. D., «Do Civilisations Collapse?», *Aeon*, 2017a. https://aeon.co/essays/what-the-idea-of-civilisational-collapse-says-about-history.

—, «The Show Must Go On: Collapse, Resilience, and Transformation in 21st-Century archaeology», *Reviews in Anthropology*, 2017b. https://doi.org/10.1080/00938157.2017.1343025.

—, *Understanding Collapse: Ancient History and Modern Myths*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017c.

—, «"I Would Walk 500 Miles and I Would Walk 500 More": The Sea Peoples and Aegean Migration at the End of the Late Bronze Age», en *Change, Continuity, and Connectivity: North-Eastern Mediterranean at the Turn of the Bronze Age and in the Early Iron Age*, Ł. Niesiołowski-Spanò y M. Węcowski (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2018a, pp. 95-115.

—, «Should I Stay or Should I Go? Mycenaeans, Migration, and Mobility in the Late Bronze Age and Early Iron Age Eastern Mediterranean», *Journal of Greek Archaeology* 3, 2018b, pp. 115-143.

— (ed.), *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, Oxford, Oxbow Books, 2020ª.

— (ed.), «Introducing Collapse», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, Oxford, Oxbow Books, 2020b, pp. 1-8.

— (ed.), «Mycenaean Collapse(s) c. 1200 BC», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, Oxford, Oxbow Books, 2020c, pp. 9-22.

— (ed.), Análisis de *The Evolution of Fragility: Setting the Terms by N. Yoffee*, *American Journal of Archaeology* 124/4, 2020d. https://www.ajaonline.org/book-review/4150.

—, «A Tale of Three Cities: Urban and Cultural Resilience and Heritage between the Late Bronze and Early Iron Age in the Eastern Mediterranean», *Urban History*, 2020e, pp. 1-25.

Millard, A., *The Eponyms of the Assyrian Empire, 910-612 BC*, State Archive of Assyria Studies 2, Helsinki, Neo-Assyrian Text Corpus Project, 1994.

Millek, J. M., «What Actually Happened in Syria at the End of the Late Bronze Age?», *Ancient Near East Today* 8/7 (julio), 2020. http://www.asor.org/anetoday/2020/07/syria-bronze-age.

—, «"Our City Is Sacked. May You Know It!": The Destruction of Ugarit and Its Environs by the "Sea People"», *Archaeology & History in the Lebanon* 52-53, 2020-2021, pp. 102-132.

—, «Just What Did They Destroy? The Sea Peoples and the End of the Late Bronze Age», en *The Mediterranean Sea and*

the Southern Levant: Archaeological and Historical Perspectives from the Bronze Age to Medieval Times, J. Kamlah y A. Lichtenberger (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2021, pp. 59-98.

—, *Destruction and Its Impact on Ancient Societies at the End of the Bronze Age*, Atlanta, Lockwood Press, 2023.

Miller, D. S., y J. D. Rivera (eds.), *Community Disaster Recovery and Resiliency: Exploring Global Opportunities and Challenges*, Boca Raton, FL, CRC Press, 2011.

Miller, J. M., y J. H. Hayes, *A History of Ancient Israel and Judah*, 2.ª ed., Louisville, KY, Westminster John Knox Press, 2006.

Misgav, H., Y. Garfinkel y S. Ganor, «The Ostracon», en *Khirbet Qeiyafa 1: Excavation Report 2007-2008*, Y. Garfinkel y S. Ganor (eds.), Jerusalén, Israel Exploration Society, 2009, pp. 243-257.

Molloy, B., «Was There a 3.2 ka Crisis in Europe? A Critical Comparison of Climatic, Environmental, and Archaeological Evidence for Radical Change during the Bronze Age-Iron Age Transition», *Journal of Archaeological Research* (2 de agosto), 2022. https://doi.org/10.1007/s10814-022-09176-6.

Monroe, C. M., «Marginalizing Civilization: The Phoenician Redefinition of Power ca. 1300-800 BCE», en *Trade and Civilisation: Economic Networks and Cultural Ties, from Prehistory to the Early Modern Era*, K. Kristiansen, T. Lindkvist y J. Myrdal (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2018, pp. 195-241.

Montet, P., *Les constructions et le tombeau de Psousennes à Tanis*, París, CNRS, 1951.

Montiglio, S., Análisis de *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture* de J. M. Hall, *Review of Metaphysics* 60/1, 2006, pp. 160-

162.

Moran, W. L., *The Amarna Letters*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1992.

Morris, I., *Burial and Ancient Society: The Rise of the Greek City-State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

—, «Circulation, Deposition and the Formation of the Greek Iron Age», *Man*, n.s., 24/3, 1989, pp. 502-519.

—, «Response to Papadopoulos (I): The Kerameikos Stratigraphy and the Character of the Greek Dark Age», *Journal of Mediterranean Archaeology* 6/2, 1993, pp. 207-221.

—, «Negotiated Peripherality in Iron Age Greece: Accepting and Resisting the East», *Journal of World-Systems Research* 2/1, 1996, p. 409. https://doi.org/10.5195/jwsr.1996.92.

—, «Periodization and the Heroes: Inventing a Dark Age», en *Inventing Ancient Culture: Historicism, Periodization and the Ancient World*, M. Golden y P. Toohey (eds.), Londres, Routledge, 1997, pp. 96-131.

—, , «Iron Age Greece and the Meanings of "Princely Tombs"», en *Les princes de la protohistoire et l'émergence de l'état: Actes de la table ronde internationale organisée par le Centre Jean Bérard et l'Ecole française de Rome, Naples, 27-29 octobre 1994*, P. Ruby (ed.), Roma, École française de Rome, 1999, pp. 57-80.

—, *Archaeology as Cultural History: Words and Things in Iron Age Greece*, Oxford, Blackwell, 2000.

—, «The Growth of Greek Cities in the First Millennium BC», *Princeton/Stanford Working Papers in Classics*, n.° 120509 (30 de junio), 2005, pp. 2-29. https://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1426835.

—, «The Collapse and Regeneration of Complex Society in Greece, 1500-500 BC», en *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, G. M. Schwartz y J. J. Nichols (eds.), Tucson, University of Arizona Press, 2006, pp. 72-84.

—, «Daidalos and Kadmos: Classicism and "Orientalism"», en *The Challenge of Black Athena*. Edición especial, Aretusa (otoño), 1989, pp. 39-54.

—, *Daidalos and the Origins of Greek Art*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992ª.

—, «Introduction», en *Greece between East and West, 10th-8th Centuries BC*, G. Kopcke y I. Tokumaru (eds.), pp. xiii-xviii, Maguncia, Philipp von Zabern, 1992b.

—, «Close Encounters of the Lasting Kind: Greeks, Phoenicians, and Others in the Iron Age Mediterranean», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE*, J. M. Hall y J. F. (eds.), Osborne, pp. 98-123. Chicago, University of Chicago Press, 2022.

Mühlenbruch, T., «Tiryns—The Settlement and Its History in LH IIIC», en *LH IIIC Chronology and Synchronisms III: LH IIIC Late and the Transition to the Early Iron Age; Proceedings of the International Workshop Held at the Austrian Academy of Sciences at Vienna, February 23rd and 24th, 2007*, S. Deger-Jalkotzy y A. E. Bächle (eds.), Viena, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2009, pp. 313-326.

—, «The Argolid», *en Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 121-132.

Muhly, J. D., «The Bronze Age Setting», en *The Coming of the Age of Iron*, T. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.), 25-67, New Haven, CT, Yale University Press, 1980.

—, «The Crisis Years in the Mediterranean World: Transition or Cultural Disintegration?», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, W. A. Ward y M. S. Joukowsky (eds.), Dubuque, IA, Kendall/Hunt Publishing, 1992, pp. 10-22.

—, «Greece and Anatolia in the Early Iron Age: The Archaeological Evidence and the Literary Tradition», en *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palaestina; Proceedings of the Centennial Symposium, W. F. Albright Institute of Archaeological Research and American Schools of Oriental Research, Jerusalem, May 29-31, 2000*, W. G. Dever y S. Gitin (eds.), Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2003, pp. 23-35.

—«Archaic and Classical Greece Would Not Have Been the Same without the Dark Ages», en *The «Dark Ages» Revisited: Acts of an International Symposium in Memory of William D. E. Coulson, University of Thessaly* (*Volos, 14-17 June 2007*), A. Mazarakis Ainian (ed.), Volos, University of Thessaly Press, 2011, pp. 45-53.

—, y V. Kassianidou, «Parallels and Diversities in the Production, Trade and Use of Copper and Iron in Crete and Cyprus from the Bronze Age to the Iron Age», en *Parallel Lives: Ancient Island Societies in Crete and Cyprus*, G. Cadogan, M. Iacovou, K. Kopaka y J. Whitley (eds.), British School at Athens Studies 20, Londres, British School at Athens, 2012, pp. 119-140.

—, R. Maddin, T. Stech y E. Özgen, «Iron in Anatolia and the Nature of the Hittite Iron Industry», *Anatolian Studies* 35, 1985, pp. 67-84.

Muhs, B., «Egypt and the Mediterranean in the Early Iron Age», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the*

Eastern Mediterranean, 900-600 BCE, J. M. Hall y J. F. Osborne (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 2022, pp. 194-213.

Murray, S. C., *The Collapse of the Mycenaean Economy: Imports, Trade, and Institutions 1300-700 BCE*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

—, «Imported Exotica and Mortuary Ritual at Perati in Late Helladic IIIC East Attica», *American Journal of Archaeology* 122/1, 2018ª, pp. 33-64.

—, «Imported Objects in the Aegean beyond Elite Interaction: A Contextual Approach to Eastern Exotica on the Greek Mainland», en *Change, Continuity, and Connectivity: North-Eastern Mediterranean at the Turn of the Bronze Age and in the Early Iron Age*, Ł. Niesiołowski-Spanò y M. Węcowski (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2018b, pp. 221-234.

—, «Lights and Darks: Data, Labeling, and Language in the History of Scholarship on Early Greece», *Hesperia* 87/1, 2018c, pp. 17-54.

—, «The Changing Economy», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to Early Iron Age in the Aegean*, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 201-208.

—, y B. Lis, «Documenting a Maritime Mercantile Community through Surface Survey: Porto Rafti Bay in the Post-Collapse Aegean», *Antiquity*, 13 de abril, 2023. https://doi.org/10.15184/aqy.2023.49.

Muscarella, O. W., «The Iron Age Background to the Formation of the Phrygian State», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 299/300, 1995, pp. 91-101.

Mushett Cole, E., «Decline in Ancient Egypt? A Reassessment of the Late New Kingdom and Third Intermediate Period». Tesis doctoral, Universidad de Birmingham, 2016.

—, «"The Year of Hyenas When There Was a Famine": An Assessment of Environmental Causes for the Events of the Twentieth Dynasty», en *Global Egyptology: Negotiations in the Production of Knowledges on Ancient Egypt in Global Contexts*, C. Langer (ed.), Londres, Golden House Publications, 2017, pp. 3-17.

Na'aman, N., «Hazael of 'Amqi and Hadadezer of Beth-Rehob», *Ugarit Forschungen* 27, 1995, pp. 381-394.

—, «King Mesha and the Foundation of the Moabite Monarchy», Israel *Exploration Journal* 47/1-2, 1997, pp. 83-89.

—, «Three Notes on the Aramaic Inscription from Tel Dan», Israel *Exploration Journal* 50/1-2, 2000, pp. 92-104.

—, «The Story of Jehu's Rebellion: Hazael's Inscription and the Biblical Narrative», Israel *Exploration Journal* 56/2, 2006, pp. 160-166.

—, «Was Khirbet Qeiyafa a Judahite City? The Case against It», *Journal of Hebrew Scriptures* 17/7, 2017. https://doi.org/10.5508/jhs.2017.v17.a7.

—, «The Alleged "Beth David" in the Mesha Stele: The Case against It», *Tel Aviv* 46/2, 2019ª, pp. 192-197.

—, «Hiram of Tyre in the Book of Kings and in the Tyrian Records», *Journal of Near Eastern Studies* 78/1, 2019b, pp. 75-85.

—, «Biblical Archaeology and the Emergence of the Kingdom of Edom», *Antiguo Oriente* 19, 2021, pp. 11-40.

Nagy, G., «Thinking Comparatively about Greek Mythology XVI, with a Focus on Dorians Led by Kingly "Sons" of Hēraklēs the Kingmaker», *Classical Inquiries*, 8 de noviembre, 2019ª. https://classical-inquiries.chs.harvard.edu/thinking-compara-

tively-about-greek-mythology-xvi-with-a-focus-on-dorians-led-by-kingly-sons-of-herakles-the-kingmaker.

—, «Thinking Comparatively about Greek Mythology XVII, with Placeholders That Stem from a Conversation with Tom Palaima, Starting with This Question: Was Hēraklēs a Dorian?», *Classical Inquiries*, 15 de noviembre, 2019b. https://classical-inquiries.chs.harvard.edu/thinking-comparatively-about-greek-mythology-xvii-with-placeholders-that-stem-from-a-conversation-with-tom-palaima-starting-with-this-question-was-herakles-adorian.

Nahm, W., «Tiglath-Pileser's River-Man», *Nouvelles Assyriologiques Brèves et Utilitaires* (*N.A.B.U.*), n.° 3 (septiembre), 2022, pp. 236-237.

Nakassis, D., «The Economy», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 271-291.

Namdar, D., A. Gilboa, R. Neumann, I. Finkelstein y S. Weiner, «Cinnamaldehyde in Early Iron Age Phoenician Flasks Raises the Possibility of Levantine Trade with South East Asia», *Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 12/3, 2013, pp. 1-19.

National Research Council, *Building Community Disaster Resilience through Private-Public Collaboration*, Washington, D. C., National Academies Press, 2011, https://doi.org/10.17226/13028.

Naveh, J., *Early History of the Alphabet*, Leiden, E. J. Brill, 1989.

Nelson, M. «The First Olympic Games», en *Onward to the Olympics: Historical Perspectives on the Olympic Games*, G. P.

Schaus y S. R. Wenn (eds.), Waterloo, ON, Wilfrid Laurier University Press, 2007, pp. 47-58.

Neumann, J., y S. Parpola, «Climatic Change and the Eleventh-Tenth Century Eclipse of Assyria and Babylonia», *Journal of Near Eastern Studies* 16/3, 1987, pp. 161-182.

Newhard, J. M. L., y E. H. Cline, «Panarchy and the adaptive cycle: A Case Study from Mycenaean Greece», en *Perspectives on Public Policy in Societal-Environmental Crises: What the Future Needs from History*, A. Izdebski, J. Haldon y P. Filipkowski (eds.), Cham, Suiza, Springer, 2022, pp. 225-235.

Nicoll, K., y A. Zerboni, «Is the Past Key to the Present? Observations of Cultural Continuity and Resilience Reconstructed from Geoarchaeological Records», *Quaternary International* 545, 2019, pp. 119-127.

Niemeyer, H. G., «The Phoenicians in the Mediterranean: Between Expansion and Colonization; A Non-Greek Model of Overseas Settlement and Presence», en *Greek Colonisation: An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, G. R. Tsetskhladze (ed.), Leiden, Brill, 2006, 1, pp.143-168.

Nowicki, K., *Defensible Sites in Crete c. 1200–800 B.C.*, Aegaeum 21, Lieja, Université de Liège, 2000.

Oates, J., *Babylon*, Londres, Thames and Hudson, 1979. [Hay trad. cast.: *Babilonia*, Madrid, Ediciones Martínez Roca, 1989.]

O'Brien, K., M. Pelling, A. Patwardhan, S. Hallegatte, A. Maskrey, T. Oki, U. Oswald-Spring, T. Wilbanks y P. Z. Yanda, «Toward a Sustainable and Resilient Future», en *Managing the Risks of Extreme Events and Disasters to Advance Climate Change Adaptation*, C. B. Field, V. Barros, T. F. Stocker, D. Qin, D. J. Dokken, K. L. Ebi, M. D. Mastrandrea, K. J. Mach, G.-K. Plattner, S. K. Allen, M. Tignor y P. M. Midgley (eds.). Informe especial de los Grupos de Trabajo I y II del Panel Interguber-

namental sobre Cambio Climático (IPCC), Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 437-486.

O'Brien, S., «Boredom with the Apocalypse: Resilience, Regeneration, and Their Consequences for Archaeological Interpretation», en *Crisis to Collapse: The Archaeology of Social Breakdown*, T. Cunningham y J. Driessen (eds.), Lovaina, UCL Presses, 2017, pp. 295-303.

O'Connor, M., «The Rhetoric of the Kilamuwa Inscription», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 226, 1977, pp. 15-29.

Oldfather, C. H. (trad.), *Diodorus Siculus: Library of History, Volume I, Books 1-2.34,* Loeb Classical Library 279, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1933.

Olsen, B. A., «The People», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell. 2020, 1, pp. 293-316.

Ortiz, S. M., y S. R. Wolff, «New Evidence for the 10th Century BCE at Tel Gezer», *Jerusalem Journal of Archaeology* 1, 2021, pp. 221-240.

Osborne, J. F., «Sovereignty and Territoriality in the City-State: A Case Study from the Amuq Valley, Turkey», *Journal of Anthropological Archaeology* 32, 2013, pp. 774-790.

—, «Settlement Planning and Urban Symbology in Syro-Anatolian Cities», *Cambridge Archaeological Journal* 24, 2014, pp. 195-214.

—, «Ancient Cities and Power: The Archaeology of Urbanism in the Iron Age Capitals of Northern Mesopotamia», International *Journal of Urban Sciences* 19/1, 2015. pp. 7-19.

—, *The Syro-Anatolian City-States: An Iron Age Culture*, Oxford, Oxford University Press, 2021.

—, y J. M. Hall, «Interregional Interaction in the Eastern Mediterranean during the Iron Age», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE,* J. M. Hall y J. F. Osborne (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 2022, pp. 1-26.

—, T. P. Harrison, S. Batiuk, L. Welton, J. P. Dessel, E. Denel y Ö. Demirci, «Urban Built Environments in Early 1st Millennium B.C.E. Syro-Anatolia: Results of the Tayinat Archaeological Project, 2004-2016», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 382, 2019, pp. 261-312.

—, M. Massa, F. Sahin, H. Erpehlivan y C. Bachhuber, «The City of Hartapu: Results of the Türkmen-Karahöyük Intensive Survey Project», *Anatolian Studies* 70, 2020, pp. 1-27.

Osborne, R., *Greece in the Making: 1200–479 BC*, Londres, Routledge, 1996.

Page, D., «The Homeric World», en *The Greek World*, H. Lloyd-Jones (ed.), Baltimore, MD, Penguin Books, 1962, pp. 13-25.

Palaima, T. G., «Special vs. Normal Mycenaean: Hand 24 and Writing in the Service of the King?», en *A-NA-QO-TA: Studies Presented to J. T. Killen = Minos 33-34 (1998-1999),* J. Bennet y J. Driessen (eds.), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 205-521.

—, «Wanaks and Related Power Terms in Mycenaean and Later Greek», en *Ancient Greece from the Mycenaean Palaces to the Age of Homer,* S. Deger-Jalkotzy y I. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 53-71.

Palmisano, A., A. Bevan, A. Kabelindde, N. Roberts y S. Shennan, «Long-Term Demographic Trends in Prehistoric Italy: Climate Impacts and Regionalised Socio-Ecological Trajectories», *Journal of World Prehistory* 34, 2021, pp. 381-432.

—, A. Bevan y S. Shennan, «Comparing Archaeological Proxies for Long-Term Population Patterns: An Example from Central Italy», *Journal of Archaeological Science* 87, 2017, pp. 59-72.

—, D. Lawrence, M. W. de Gruchy, A. Bevan y S. Shennan, «Holocene Regional Population Dynamics and Climatic Trends in the Near East: A First Comparison Using Archaeo-Demographic Proxies», *Quaternary Science Reviews* 252:106739, 2021. https://doi.org/10.1016/j.quascirev.2020.106739.

—, J. Woodbridge, C. N. Robert, A. Bevan, R. Fyfe, S. Shennan, R. Cheddadi, R. Greenberg, D. Kaniewski, D. Langgut, S. A. G. Leroy, T. Litt y A. Miebach, «Holocene Landscape Dynamics and Long-Term Population Trends in the Levant», *Holocene* 29/5, 2019, pp. 708-727. https://doi.org/10.1177/0959683619826642.

Panitz-Cohen, N., y A. Mazar, «The Exceptional Ninth-Century BCE Northwestern Quarter at Tel Rehov», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022, pp. 132-145.

Papadimitriou, A., «The Early Iron Age in the Argolid: Some New Aspects», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 531-547.

Papadopoulos, J. K., «To Kill a Cemetery: The Athenian Kerameikos and the Early Iron Age in the Aegean», *Journal of Mediterranean Archaeology* 6/2, 1993, pp. 175-206.

—, «Dark Age Greece», en *The Oxford Companion to Archaeology*, B. M. Fagan (ed.), Nueva York, Oxford University Press, 1996ª, pp. 253-255.

—, «The Original Kerameikos of Athens and the Siting of the Classical Agora», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 37/2, 1996b, pp. 107-128.

—, «Greece in the Early Iron Age: Mobility, Commodities, Polities, and Literacy», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 178-195.

—, «Greeks, Phoenicians, Phrygians, Trojans, and Other Creatures in the Aegean», en *The Connected Iron Age: Interregional Networks in the Eastern Mediterranean, 900-600 BCE*, J. M. Hall y J. F. Osborne (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 2022, pp. 142-168.

—, y E. L. Smithson, *The Athenian Agora XXXVI: The Early Iron Age; The Cemeteries,* Princeton, NJ, American School of Classical Studies at Athens, 2017.

Pappa, E., «The Western Mediterranean», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 2, pp. 1325-1347.

Parkinson, E. W., T. R. McLaughlin, C. Esposito, S. Stoddart y C. Malone, «Radiocarbon Dated Trends and Central Mediterranean Prehistory», *Journal of World Prehistory* 34, 2021, pp. 317-379.

Peden, A. J., *Egyptian Historical Inscriptions of the Twentieth Dynasty*. Documenta Mundi Aegyptiaca 3, Jonsered, Suecia, Paul Åströms Förlag, 1994.

Peker, H., *Texts from Karkemish I: Luwian Hieroglyphic Inscriptions from the 2011-2015 Excavations.* OrientLab Series Maior 1, Bolonia, AnteQuem, 2016. http://www.orientlab.net/pubs.

Petit, T., *La naissance des cités-royaumes cypriotes*, Oxford, Archaeopress, 2019.

Podany, A. H., *The Ancient Near East: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *El antiguo Oriente Próximo: una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.]

Pollard, D., «All Equal in the Presence of Death? A Quantitative Analysis of the Early Iron Age Cemeteries of Knossos, Crete», *Journal of Anthropological Archaeology* 63, 2021. https://doi.org/10.1016/j.jaa.2021.101320.

—, «An Icarus' Eye View? GIS Approaches to the Human Landscape of Early Iron Age Crete», en *Diversity in Archaeology: Proceedings of the Cambridge Annual Student Archaeology Conference 2020/2021*, E. Doğan, M. P. L. Pereira, O. Antczak, M. Lin, P. Thompson y C. Alday (eds.), Oxford, Archaeopress, 2022, pp. 318-338.

Pomeroy, S. B., S. M. Burstein, W. Donlan, J. T. Roberts, D. W. Tandy y G. Tsouvala, *A Brief History of Ancient Greece: Politics, Society, and Culture*, 4.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 2020.

Popham, M. R., P. G. Calligas y L. H. Sackett (eds.), *Lefkandi II.2: The Protogeometric Building at Toumba; The Excavation, Architecture and Finds, BSA* Supl. 23, Londres, British School at Athens, 1993.

—, y L. H. Sackett, *Lefkandi I: The Iron Age* (*Text*)*; The Settlement* (*and*) *the Cemeteries*, Londres, Thames and Hudson / The British School of Archaeology at Athens, 1980.

—, E. Touloupa y L. H. Sackett, «The Hero of Lefkandi», *Antiquity* 56, 1982, pp. 169-174.

Porter, B. W., «Assembling the Iron Age Levant: The Archaeology of Communities, Polities, and Imperial Peripheries», *Journal of Archaeological Research* 24, 2016, pp. 373-420.

Postgate, J. N., «The Land of Assur and the Yoke of Assur», *World Archaeology* 23/3, 1992, pp. 247-263.

Potts, D. T., *The Archaeology of Elam: Formation and Transformation of an Ancient Iranian State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

Powell, W., M. Frachetti, C. Pulak, H. A. Bankoff, G. Barjamovic, M. Johnson, R. Mathur, V. C. Pigott, M. Price, K. A. Yener, «Tin from Uluburun Shipwreck Shows Small-Scale Commodity Exchange Fueled Continental Tin Supply across Late Bronze Age Eurasia», *Science Advances* 8/48:eabq3766. DOI: 10.1126/sciadv.abq3766, 2022.

—, M. Johnson, C. Pulak, K. A. Yener, R. Mathur, H. A. Bankoff, L. Godfrey, M. Price y E. Galili, «From Peaks to Ports: Insights into Tin Provenance, Production, and Distribution from Adapted Applications of Lead Isotopic Analysis of the Uluburun Tin Ingots», *Journal of Archaeological Science* 134:105455, 2021, https://doi.org/10.1016/j.jas.2021.105455.

Prent, M., «Ritual and Ideology in Early Iron Age Crete: The Role of the Past and the East», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 650-664.

Pritchard, J. B., «The Journey of Wen-Amon to Phoenicia», en *The Ancient Near East: An Anthology of Literature of Texts and Pictures*, J. B. Pritchard (ed.). Reimpresión (con un nuevo prólogo) de la edición de 1958, Princeton, NJ, Princeton University Press, [1958] 2011, pp. 14-21.

— (ed.), *Recovering Sarepta, a Phoenician City: Excavations at Sarafund, 1969-1974, by the University Museum of the University of Pennsylvania,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1978.

Quinn, J. C., *In Search of the Phoenicians*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2018ª.

—, «Were There Phoenicians?», *Ancient Near East Today* 6/7 (julio), 2018b. https://www.asor.org/anetoday/2018/07/Were-There-Phoenicians.

—, «Phoenicians and Carthaginians in Greco-Roman Literature Cities», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean,* C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 671-683.

—, N. McLynn, R. M. Kerr y D. Hadas, «Augustine's Canaanites», *Papers of the British School at Rome* 82, 2014, pp. 175-197.

Radner, K., «Assyrians and Urartians», en *The Oxford Handbook of Ancient Anatolia: 10,000-323 B.C.E.,* S. R. Steadman y G. McMahon (eds.), Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 734-751.

—, «The Stele of Adad-nerari III and Nergal-ereš from Dur-Katlimmu (Tell Śaih Hamad)», *Altorientalische Forschungen* 39/2, 2012, pp. 265-277.

—, «An Imperial Communication Network: The State Correspondence of the Neo-Assyrian Empire», en *State Correspondence in the Ancient World: From New Kingdom Egypt to the Roman Empires,* K. Radner (ed.), Oxford, Oxford University Press, 2014ª, pp. 64-93.

—, «The Neo-Assyrian Empire», en *Imperien und Reiche in der Weltgeshichte: Epochenübergreifende und globalhistorische Vergleiche; Teil 1, Imperien des Altertums, Mittelalterliche und frühneuzeitliche Imperien*, M. Gehler y R. Rollinger (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2014b, pp. 101-119.

—, *Ancient Assyria: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2015. [Hay trad. cast.: *Antigua Asiria*, Barcelona, Erasmus Ediciones, 2024.]

—, «Revolts in the Assyrian Empire: Succession Wars, Rebellions against a False King and Independence Movements», en *Revolt and Resistance in the Ancient Classical World and the Near East: In the Crucible of Empire*, J. J. Collins y J. G. (eds.), Manning, Leiden, Brill, 2016, pp. 41-54.

—, «Economy, Society, and Daily Life in the Neo-Assyrian Period», en *A Companion to Assyria*, E. Frahm (ed.), Hoboken, NJ, Wiley Blackwell, 2017, pp. 209-228.

—, «The City of Aššur and the Kingdom of Assyria: Historical Overview», en *The Assyrians: Kingdom of the God Aššur from Tigris to Taurus*, K. Köroğlu y S. F. Adali (eds.), Estambul, Yapi Kredi Yayinlari, 2018, pp. 2-23.

Rassam, H., *Asshur and the Land of Nimrod*, Cincinnati, OH, Curts & Jennings, 1897.

Reculeau, H., Climate, *Environment and Agriculture in Assyria*, Studia Chaburensia 2, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2011.

Redford, S., *The Harem Conspiracy: The Murder of Ramesses III*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2002.

Redman, C. L., «Resilience Theory in Archaeology», *American Anthropologist* 107/1, 2005, pp. 70-77.

—, y A. P. Kinzig, «Resilience of Past Landscapes: Resilience Theory, Society, and the Longue Durée», *Conservation Ecology* 7(1), 2003, p. 14. http://www.consecol.org/vol7/iss1/art14.

Reese, D. S., «Palaikastro Shells and Bronze Age Purple-Dye Production in the Mediterranean Basin», *Annual of the British School at Athens* 82, 1987, pp. 201-206.

—, «Shells from Sarepta (Lebanon) and East Mediterranean Purple-Dye Production», *Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 10/1, 2010, pp. 113-141.

Reeves, N., *Valley of the Kings: The Decline of a Royal Necropolis*, Londres, Kegan Paul International, 1990.

—, *Ancient Egypt: The Great Discoveries*, Londres, Thames and Hudson, 2000. [Hay trad. cast.: *El Antiguo Egipto. Los grandes descubrimientos*, Barcelona, Crítica, 2000.]

—, y R. H. Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings*, Londres, Thames and Hudson, 1996. [Hay trad. cast.: *Todo sobre el Valle de los Reyes*, Barcelona, Destino, 1998.]

Regev, D., *Painting the Mediterranean Phoenician: On Canaanite-Phoenician Trade-Nets*, Sheffield, Equinox, 2021.

Reisner, G. A., C. S. Fisher y D. G. Lyon, *Harvard Excavations at Samaria, 1908-1910.* 2 vols., Cambridge, MA, Harvard University Press, 1924.

Renfrew, C., «Trajectory Discontinuity and Morphogenesis: The Implications of Catastrophe Theory for Archaeology», *American Antiquity* 43/2, 1978, pp. 203-222.

—, «Systems Collapse as Social Transformation», en *Transformations:Mathematical Approaches to Culture Change*, C. Renfrew y K. L. Cooke (eds.), Nueva York, Academic Press, 1979, pp. 481-506.

Richelle, M., *The Bible & Archaeology*, Carol Stream, IL, Tyndale House Publishers, 2018.

Richey, M., «Inscriptions», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 223-240.

Roller, D. W., «Phoenician Exploration», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 645-653.

Rollston, C., «The Dating of the Early Royal Byblian Phoenician Inscriptions: A Response to Benjamin Sass», *Maarav* 15/1, 2008, pp. 57-93.

—, *Writing and Literacy in the World of Ancient Israel: Epigraphic Evidence from the Iron Age*, Leiden, Brill, 2010.

—, «The Khirbet Qeiyafa Ostracon: Methodological Musings and Caveats», *Tel Aviv* 38, 2011, pp. 67-82.

—, «Phoenicia and the Phoenicians», en *The World around the Old Testament: The People and Places of the Ancient Near East*, B. T. Arnold y B. A. Strawn (eds.), Grand Rapids, MI, Baker Book House, 2016, pp. 267-308.

—, «The Alphabet Comes of Age: The Social Context of Alphabetic Writing in the First Millennium BCE», en *The Social Archaeology of the Levant: From Prehistory to the Present*, A. Yasur-Landau, E. H. Cline y Y. Rowan (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2019, pp. 371-389.

—, «The Emergence of Alphabetic Scripts», en *A Companion to Ancient Near Eastern Languages*, R. Hasselbach-Andee (ed.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, pp. 65-81.

Rose, C. B. (ed.), *The Archaeology of Phrygian Gordion, Royal City of Midas,* Gordion Special Studies 7, Museum Monograph 136, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012.

—, y G. Darbyshire (eds.), *The New Chronology of Iron Age Gordion*, Gordion Special Studies 6, Museum Monograph 133, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.

Rupp, D. W., «Vive le Roi: The Emergence of the State in Iron Age Cyprus», en *Western Cyprus Connections: An Archaeological Symposium*, D. W. Rupp (ed.), Gothenburg, Paul Åströms Förlag, 1987, pp. 147-168.

—, «The "Royal Tombs" at Salamis (Cyprus): Ideological Messages of Power and Authority», *Journal of Mediterranean Archaeology* 1/1, 1988, pp. 111-139.

—, «Puttin' on the Ritz: Manifestations of High Status in Iron Age Cyprus», en *Early Society in Cyprus,* E. Peltenburg (ed.), Edimburgo: University of Edinburgh Press, 1989, pp. 336-362.

Ruppenstein, F., «The End of the Bronze Age in Attica and the Origin of the Polis of Athens», en *Athens and Attica in Prehistory: Proceedings of the International Conference, Athens, 27-31 May 2015*, N. Papadimitriou, J. C. Wright, S. Fachard, N. Polychronakou-Sgouritsa y E. Andrikou (eds.), Oxford, Archaeopress, 2020ª, pp. 569-574.

—, «Migration Events in Greece at the End of the Second Millennium BC and Their Possible Balkanic Background», en *Objects, Ideas and Travelers: Contacts between the Balkans, the Aegean and Western Anatolia during the Bronze and Early Iron Age. Volume to the memory of Alexandru Vulpe; Proceedings of the Conference in Tulcea, 10-13 November 2017,* J. Maran, R. Băjenaru, S.-C. Ailincăi, A.-D. Popescu y S. Hansen (eds.), Bonn, Verlag Dr. Rudolf Habelt GmbH, 2020b, pp. 107-122.

Sabatini, S., y F. Lo Schiavo, «Late Bronze Age Metal Exploitation and Trade: Sardinia and Cyprus», *Materials and Manufacturing Processes* 35/13, 2020, pp. 1501-1518.

Sader, H., «The Northern Levant during the Iron Age I Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Le-*

vant, c. 8000-332 BCE, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 607-623.

—, «The Archaeology of Phoenician Cities», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean,* C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019ª, pp. 125-138.

—, *The History and Archaeology of Phoenicia*, Atlanta, GA, SBL Press, 2019b.

Sagrillo, Troy L., «Shoshenq I and Biblical Šîšaq: A Philological Defense of Their Traditional Equation», en *Solomon and Shishak: Current Perspectives from Archaeology, Epigraphy, History and Chronology; Proceedings of the Third BICANE Colloquium Held at Sidney Sussex College, Cambridge, 26-27 March2011*, Peter James y Peter G. van der Veen (eds.), BAR International Series 2732, Oxford, Archaeopress, 2015, pp. 61-81.

Saltini Semerari, G., «Towards an Archaeology of Disentanglement», *Journal of Archaeological Method and Theory* 24, 2017, pp. 542-578.

Samaras, V., «Piracy in the Aegean during the Postpalatial Period and the Early Iron Age», en *The Mediterranean Mirror: Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.; International Post-doc and Young Researcher Conference; Heidelberg, 6th-8th October 2012,* A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 2015, pp. 189-204.

Sass, B., «Wenamun and His Levant—1075 BC or 925 BC», *Egypt and the Levant* 12, 2002, pp. 247-255.

—, *The Alphabet at the Turn of the Millennium: The West Semitic Alphabet c. 1150–850 B.C.E.*, Tel Aviv, Yass Publications in Archaeology, 2005.

—, «Was the Age of Solomon without Monumental Art? The Frankfort–Albright Dispute, More Than Sixty Years Later», en *Travels through the Orient and the Mediterranean World: Essays Presented to Eric Gubel*, V. Boschloos, B. Overlaet, I. M. Swinnen y V. Van Der Stede (eds.), OLA 302, Lovaina, Peeters Publishers, 2021, pp. 345-366.

Satraki, A., «Cypriot Polities in the Early Iron Age», en *Cyprus and the Aegean in the Early Iron Age: The Legacy of Nicolas Coldstream*, M. Iacovou (ed.), Nicosia, Bank of Cyprus Cultural Foundation, 2012, pp. 261-283.

Schachner, A., *Assyriens Könige an einer der Quellen des Tigris: Archäologische Forschungen im Höhlensystem des sogenannten Tigris-Tunnels*, Tubinga, Ernst Wasmuth, 2009.

—, «The 14th and 13th Centuries BC in the Hittite Capital City Hattuša: A (Re-)Assessment», en *Anatolia between the 13th and the 12th Century BCE*, S. de Martino y E. Devecchi (eds.), Turí, LoGisma editore, 2020ª, pp. 381-410.

—, «Anatolia», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020b, 2, pp. 1107-1131.

Scheffer, M. E. H. van Nes, D. Bird, R. K. Bocinsky y T. A. Kohler, «Loss of Resilience Preceded Transformations of Pre-Hispanic Pueblo Societies», *PNAS* 118/18:e2024397118, 2021.

Schipper, B. U., *A Concise History of Ancient Israel: From the Beginnings through the Hellenistic Era.* Traducido por M. J. Lesley, University Park, PA, Eisenbrauns, 2019. [Hay trad. cast.: *Breve historia del antiguo Israel*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2021.]

Schliemann, H., Mycenae: *A Narrative of Researches and Discoveries at Mycenae and Tiryns*, Nueva York, Arno Press, 1880.

Schnapp-Gourbeillon, A., «Le mythe dorien», *A.I.O.N. Annali di archeologia e storia antica* 1, 1979, pp. 1-11.

—, *Aux origines de la Grèce (XIIIe-VIIIe siècles avant notre ère): La genèse du politique*, París, Les belles lettres, 2002.

Schneider, T. J., «Mesopotamia (Assyrians and Babylonians) and the Levant», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 98-106.

Schniedewind, W. M., «Tel Dan Stela: New Light on Aramaic and Jehu's Revolt», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 302, 1996, pp. 75-90.

Schwartz, G. M., «From Collapse to Regeneration», en *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, G. M. Schwartz y J. J. Nichols (eds.), Tucson, University of Arizona Press, 2006, pp. 3-17.

—, y J. J. Nichols (eds.), *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, Tucson, University of Arizona Press, 2006.

Scott, A., R. C. Power, V. Altmann-Wendling, M. Artzy, M. A. S. Martin, S. Eisenmann, R. Hagan, D. C. Salazar-García, Y. Salmone, D. Yegorovi, I. Milevski, I. Finkelstein, P. W. Stockhammer y C. Warinner, «Exotic Foods Reveal Contact between South Asia and the Near East during the Second Millennium BCE», *PNAS* 118/2:e2014956117, 2020. https://doi.org/10.1073/pnas.2014956117.

Scott, J. C., *Against the Grain: A Deep History of the Earliest States*, New Haven, CT, Yale University Press, 2017.

Seeher, J., «After the Empire: Observations on the Early Iron Age in Central Anatolia», en *Ipamati kistamati pari tumatimis: Luwian and Hittite Studies Presented to J. David*

Hawkins on the Occasion of His 70th Birthday, I. Singer (ed.), Tel Aviv, Tel Aviv Institute of Archaeology, 2010, pp. 220-229.

Sergi, O., «The Battle of Ramoth-Gilead and the Rise of the Aramean Hegemony in the Southern Levant during the Second Half of the 9th Century BCE», en *Wandering Arameans: Arameans outside Syria; Textual and Archaeological Perspectives*, A. Berlejung, A. M. Maeir y A. Schüle (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2017, pp. 81-97.

—, y A. Kleiman, «The Kingdom of Geshur and the Expansion of Aram-Damascus into the Northern Jordan Valley: Archaeological and Historical Perspectives», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 379, 2018, pp. 1-18.

Shalvi, G., «The Early Purple Dye Industry in Israel: A View from Tel Shikmona», en *Out of the Blue*, O. Meiri, Y. Bloch y Y. Kaplan (eds.), Jerusalén, Bible Lands Museum, 2018, pp. 65-77.

—, «Tel Shiqmona: A Forgotten Phoenician Site on the Carmel Coast», en *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo A Journey between East and West in the Mediterranean: Proceedings of the IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos International Congress of Phoenician and Punic Studies*, S. C. Pérez y E. R. González (eds.), *Mytra* 5, Mérida: Instituto de Arqueología, Mérida, 2020, pp. 1885-1892.

—, y A. Gilboa, «Between Israel and Phoenicia: The Iron IIA-B Fortified Purple dye Production Centre at Tel Shiqmona», *Tel Aviv* 50, 2023, pp. 75-110.

Sharon, I., y A. Gilboa, «The SKL Town: Dor in the Early Iron Age», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, A. E. Killebrew y G. Lehmann (eds.), Atlanta, GA, Society of Biblical Literature, 2013, pp. 393-468.

Sherratt, S., «Immigration and Archaeology: Some Indirect Reflections», en *Acta Cypria: Acts of an International Congress*

on Cypriote Archaeology Held in Göteborg on 22-24 August 1991, Part 2, P. Åström (ed.), Jonsered, Suecia, Paul Åströms Förlag, 1992, pp. 316-347

—, «Commerce, Iron and Ideology: Metallurgical Innovation in 12th-11th Century Cyprus», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium, Nicosia, 30-31 October 1993,* V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 59-106.

—, «Circulation of Metals and the End of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean», en *Metals Make the World Go Round: The Supply and Circulation of Metals in Bronze Age Europe*, C. F. E. Pare (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2000, pp. 82-98.

—, «The Mediterranean Economy: "Globalization" at the End of the Second Millennium BCE», en *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan,Ancient Israel, and Their Neighbors, from the Late Bronze Age through RomanPalaestina*, W. G. Dever y S. Gitin (eds.), Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2003, pp. 37-62.

—, «Greeks and Phoenicians: Perceptions of Trade and Traders in the Early First Millennium BC», en *Social Archaeologies of Trade and Exchange: Exploring Relationships among People, Places, and Things*, A. Agbe-Davies y A. Bauer (eds.), Walnut Creek, CA, Left Coast Press, 2010, pp. 119-142.

—, «Cyprus and the Near East: Cultural Contacts (1200-750 BC)», en *The Mediterranean Mirror: Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.; International Post-doc and Young Researcher Conference; Heidelberg, 6th-8th October 2012*, A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín-Aguilera y S. Mühl (eds.), Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 2015, pp. 71-83.

—, «From "Institutional" to "Private": Traders, Routes and Commerce from the Late Bronze Age to the Iron Age», en *Dynamics of Production in the Ancient Near East, 1300-500 BC*, J. C. Moreno García (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2016, pp. 289-301.

—, «Phoenicians in the Aegean and Aegean Silver, 11th-9th Centuries BC», en *Les phéniciens, les puniques et les autres: Échanges et identités en Méditerranée ancienne*, L. Bonadies, I. Chirpanlieva y É. Guillon (eds.), París, Éditions de Boccard, 2019, pp. 129-158.

—, «From the Near East to the Far West», en A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1: pp. 187-215.

Sherratt, A. G., y S. Sherratt, «The Growth of the Mediterranean Economy in the Early First Millennium BC», *World Archaeology* 24/3, 1993, pp. 361-378.

Shibata, D., «The Assyrian King of the Broken Obelisk, the Date of the Archive from Giricano, and the Timing of the Assyrian Calendar Reform», *Journal of Cuneiform Studies* 74, 2022, pp. 109-129.

Simon, Z., «Where Is the Land of Sura of the Hieroglyphic Luwian Inscription KARKAMIŠ A4b and Why Were Cappadocians Called Syrians by Greeks?», *Altorientalische Forschungen* 39, 2012, pp. 167-180.

Singer, I., «The Philistines in the North and the Kingdom of Taita», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History; Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May 2010,* G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn (eds.), Alter Orient und Altes Testament 392, Münster, Ugarit-Verlag, 2012, pp. 451-472.

Sinha, A., G. Kathayat, H. Weiss, H. Li, H. Cheng, J. Reuter, A. W. Schneider, M. Berkelhammer, S. F. Adali, L. D. Stott y R. L. Edwards, «Role of Climate in the Rise and Fall of the Neo-Assyrian Empire», *Science Advances* 5/11:eaax6656. DOI: 10.1126/sciadv.aax6656, 2019.

Smith, J. S., «Cyprus, the Phoenicians and Kition», en *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, C. Sagona (ed.), Ancient Near Eastern Studies Supl. 28, Lovaina, Peeters, 2008, pp. 261-303.

Smithson, E. L., «The Tomb of a Rich Athenian Lady, ca. 850 B.C», *Hesperia* 37, 1968, pp. 77-116.

Smithson, E. L., «The Grave of an Early Athenian Aristocrat», *Archaeology* 22/1, 1969, pp. 18-25.

Snape, S., «The Deir El-Bahri Cache», en *Tombs, Graves & Mummies: 50 Discoveries in World Archaeology*, P. G. Bahn (ed.), Nueva York, Barnes and Nobles Books, 1996, pp. 188-191.

—, «The Legacy of Ramesses III and the Libyan Ascendancy», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, E. H. Cline y D. B. O'Connor (eds.), Ann Arbor, University of Michigan Press, 2012, pp. 404-441.

Snodgrass, A. M., *Arms and Armour of the Greeks*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1967.

—, *The Dark Age of Greece: An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth centuries BC*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1971.

—, «Iron and Early Metallurgy in the Mediterranean», en *The Coming of the Age of Iron*, T. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.), New Haven, CT, Yale University Press, 1980, pp. 335-374.

—, «Cyprus and the Beginnings of Iron Technology in the Eastern Mediterranean», en *Early Metallurgy in Cyprus, 4000-*

500 B.C., J. D. Muhly, R. Maddin y V. Karageorghis (eds.), Nicosia, Department of Antiquities, 1983, pp. 285-294.

—, *Cyprus and Early Greek History*, Nicosia, Bank of Cyprus, 1988.

—, «The Rise of the Polis», en *The Ancient Greek City-State*, M. Hansen (ed.), Copenhague, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, 1993, pp. 30-40.

—, «Gains, Losses and Survivals: What We Can Infer for the Eleventh Century B.C.», en *Cyprus in the 11th Century B.C.: Proceedings of the International Symposium,Nicosia, 30-31 October 1993*, V. Karageorghis (ed.), Nicosia, A. G. Leventis Foundation, 1994, pp. 167-175.

Sogas, J. M., «Was Knossos a Home for Phoenician Traders?», en *Greek Art in Motion: Studies in Honour of Sir John Boardman on the Occasion of his 90th Birthday*, R. Morais, D. Leão y D. Rodríguez Pérez, con D. Ferreira (eds.), Oxford, Archaeopress, 2019, pp. 408-416.

Stampolidis, N. C., «The Aegean», en *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, C. López-Ruiz y B. R. Doak (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 493-503.

—, y A. Kotsonas, «Phoenicians in Crete», en *Ancient Greece from the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 337-360.

—, E. Papadopoulou, I. G. Laurentzatou y I. Fappas, *Crete: Emerging Cities; Aptera, Eleutherna, Knossos; Three Ancient Cities Revived*, Atenas, Museum of Cycladic Art, 2019.

Starr, C. G., *The Origins of Greek Civilization: 1100-650 B.C.*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1961.

—, «History and Archaeology in the Early First Millennium BC», en *Greece between East and West, 10th-8th centuries BC: Papers of the Meeting at the Institute of Fine Arts, New York University, March 15-16th, 1990*, G. Kopcke y I. Tokumaru (eds.), Maguncia, Philipp von Zabern, 1992, pp. 1-6.

Steele, P. M., «Script and Literacy», en *A Companion to the Archaeology of Early Greece and the Mediterranean*, I. S. Lemos y A. Kotsonas (eds.), Londres, Wiley Blackwell, 2020, 1, pp. 247-269.

Steiner, M., «Moab during the Iron Age II Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 770-781.

Stern, E., «Buried Treasure: The Silver Hoard from Dor», *Biblical Archaeological Review* 24/4, 1998, pp. 46-62.

—, «The Silver Hoard from Tel Dor», en *Hacksilber to Coinage: New Insights into the Monetary History of the Near East and Greece; A Collection of Eight Papers Presented at the 99th Annual Meeting of the Archaeological Institute of America*, M. S. Balmuth (ed.), Numismatic Studies 24, Nueva York, American Numismatic Society, 2001, pp. 19-26.

—, *The Material Culture of the Northern Sea Peoples in Israel*, Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2013.

Stieglitz, R. R., «The Minoan Origin of Tyrian Purple», *Biblical Archaeologist* 57/1, 1994, pp. 46-54.

Storey, R., y G. R. Storey, «Requestioning the Classic Maya Collapse and the Fall of the Roman Empire: Slow Collapse», en *Beyond Collapse: Archaeological Perspectives on Resilience, Revitalization, and Transformation in Complex Societies*, R. K. Faulseit (ed.). Visiting Scholar Conference Volumes: Center for Archaeological Investigations Occasional Paper No. 42.

Carbondale, Southern Illinois University Press, 2016, pp. 99-123.

Strouhal, E., «Traces of a Smallpox Epidemic in the Family of Ramesses V of the Egyptian 20th Dynasty», *Anthropologie* 34/3, 1996, pp. 315-319.

Stub, S. T., «The Price of Purple», *Archaeology*, noviembre-diciembre, 2020. https://www.archaeology.org/issues/403-2011/letter-from/9133-israel-purple-dye?tmpl=component&print=1.

Stuckenberg, D. J., y A. L. Contento, «Water Scarcity: The Most Understated Global Security Risk», *Harvard Law School National Security Journal*, 18 de mayo, 2018. http://harvard-nsj.org/2018/05/water-scarcity-the-most-understated-global-security-risk.

Sukenik, N., D. Iluz, Z. Amar, A. Varvak, O. Shamir y E. Ben-Yosef, «Early Evidence of Royal Purple Dyed Textile from Timna Valley (Israel)», *PLOS ONE* 16/1:e0245897, 2021.

Summers, G. D., «The Median Empire Reconsidered: A View from Kerkenes Dag», *Anatolian Studies* 50, 2000, pp. 37-54.

Swaddling, J., *The Ancient Olympic Games*, Londres, British Museum Press, 1999.

Tainter, J. A., *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

—, «Postcollapse Societies», en *Companion Encyclopedia of Archaeology*, G. Barker (ed.), Londres, Routledge, 1999, pp. 988-1039.

Taleb, N. N., *Fooled by Randomness: The Hidden Role of Chance in Life and in the Markets*, 2.ª ed., Nueva York, Random

House, 2004. [Hay trad. cast.: *¿Existe la suerte? Las trampas del azar*, Barcelona, Paidós, 2009.]

—, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable*, Londres, Penguin, 2007. [Hay trad. cast.: *El cisne negro: El impacto de lo altamente improbable*, Barcelona, Paidós, 2024.]

—, *Antifragile: Things That Gain from Disorder*, Paperback ed., Nueva York, Random House, 2014. [Hay trad. cast.: *Antifrágil: las cosas que se benefician del desorden*, Barcelona, Booket, 2016.]

Tappy, R. E., *The Archaeology of Israelite Samaria. Vol. 1, Early Iron Age through the Ninth Century BCE*, Harvard Semitic Studies 44, Atlanta, GA, Scholars Press, 1992.

—, *The Archaeology of Israelite Samaria. Vol. 2, The Eighth Century*, Harvard Semitic Studies 50, Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2001.

Taylor, J. G., «Travels in Kurdistan, with Notices of the Sources of the Western Tigris, and Ancient Ruins in Their Neighbourhood», *Journal of the Royal Geographical Society of London*, 1865, pp. 21-56. https://www.jstor.org/stable/3268575.

Tercatin, R., «Biblical "Royal Purple" Found at Timna Offers Look at King David Wardrobe». Jerusalem Post, 29 de enero, 2021. https://www.jpost.com/archaeology/biblical-royal-purple-found-at-timna-offers-look-at-king-david-wardrobe-657082.

Thareani, Y., «The Empire and the "Upper Sea": Assyrian Control Strategies along the Southern Levantine Coast», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 375, 2016ª, pp. 77-102.

—, «Enemy at the Gates? The Archaeological Visibility of the Aramaeans at Dan», en *In Search for Aram and Israel: Poli-*

tics, Culture, and Identity, O. Sergi, M. Oeming y I. J. de Hulster (eds.), Tubinga, Mohr Siebeck, 2016b, pp. 169-197.

—, «Archaeology of an Imagined Community: Tel Dan in the Iron Age IIa», en *Research on Israel and Aram: Autonomy, Independence and Related Issues; Proceedings of the First Annual RIAB Center Conference, Leipzig, June 2016*, A. Berlejung y A. M. Maeir (eds.), Tubinga, Mohr Siebeck, 2019ª, pp. 263-276.

—, «Changing Allegiances in Disputed Borderlands: Dan's Political Status on the Eve of the Aramaean Invasion», *Palestine Exploration Quarterly* 151/3-4, 2019b, pp. 184-201.

Thomas, Z., y E. Ben-Yosef, «David and Solomon's Invisible Kingdom», *Biblical Archaeology Review* 49/2 (verano), 2023, pp. 40-45.

Thompson, C., y S. Skaggs, «King Solomon's Silver? Southern Phoenician Hacksilber Hoards and the Location of Tarshish», *Internet Archaeology* 35, 2013. https://doi.org/10.11141/ia.35.6.

Thompson, J., *Wonderful Things: A History of Egyptology. Vol. 2, The Golden Age: 1881-1914*, El Cairo, AUC Press, 2015.

Tronchetti, C., «Cultural Interactions in Iron Age Sardinia», en *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, A. B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 266-284.

Tsipopoulou, M., «"Mycenoans" at the Isthmus of Ierapetra: Some (Preliminary) Thoughts on the Foundation of the (Eteo)Cretan Cultural Identity», en *Ariadne's Threads: Connections between Crete and the Mainland in Late Minoan III (LM IIIA2 to LM IIIC); Proceedings of an International Workshop Held in Athens, Scuola Archeologica Italiana, 5-6 April 2003 (Tripodes 3),* A. L. D'Agata y J. Moody (eds.), Atenas, Scuola archeologica italiana di Atene, 2005, pp. 303-333.

Tucker, D. J., «Representations of Imgur-Enlil on the Balawat Gates», *Iraq* 56, 1994, pp. 107-116.

Ussishkin, D., «The Function of the Iron Age Site of Khirbet Qeiyafa», Israel *Exploration Journal* 72/1, 2022, pp. 49-65.

Van Damme, T., «The Mycenaean Fountain and the Transformation of Space on the Athenian Acropolis: 1200 to 675 B.C.», *Hesperia* 92/1, 2023, pp. 111-190.

Van Loon, M. N., *Urartian Art: Its Distinctive Traits in the Light of New Excavations*, Estambul, Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut, 1966.

Veropoulidou, R., «Molluscan Exploitation in the Neolithic and Bronze Age Communities at the Former Thermaic Gulf, North Aegean», en *PHYSIS: L' environment naturel et la relation homme-milieu dans le monde égéen protohistorique; Actes de la 14e rencontré égéenne internationale, Paris, Institut national d'histoire de l'art* (*INHA*)*, 11-14 décembre 2012*, G. Touchais, R. Laffineur y F. Rougemont (eds.), AEGAEUM 37, Lovaina, Peeters, 2014, pp. 415-422.

—, S. Andreou y K. Kotsakis, «Small Scale Production Purple-Dye Production in the Bronze Age of Northern Greece: The Evidence from the Thessaloniki Toumba», en *Purpureae vestes: II Symposium internacional sobre textiles y tintes delMediterráneo en el mundo antiguo*, C. Alfaro y L. Karali (eds.), València, Universitat de València, 2008, pp. 171-179.

Voigt, M. M., y R. C. Henrickson, «Formation of the Phrygian State: The Early Iron Age at Gordion», *Anatolian Studies* 50, 2000, pp. 37-54.

Voskos, I., y A. B. Knapp, «Cyprus at the End of the Late Bronze Age: Crisis and Colonization or Continuity and Hybridization?», *American Journal of Archaeology* 112/4, 2008, pp. 659-684.

Voutsaki, S., «Análisis de *Argolis Lakonien Messenien: Vom Ende der mykenischen Palastzeit biszur Einwanderung der Dorier* de B. Eder», *Classical Review* 50/1, 2000, pp. 232-233.

Waal, W., «On the "Phoenician Letters": The Case for an Early Transmission of the Greek Alphabet from an Archaeological, Epigraphic, and Linguistic Perspective», *Aegean Studies* 1, 2018, pp. 83-125.

—, «Mother or Sister? Rethinking the Origins of the Greek Alphabet and Its Relation to the Other "Western" Alphabets», en *Understanding Relations between Scripts II,* P. J. Boyes y P. M. Steele (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 109-124.

Wachter, R., «The Genesis of the Local Alphabets of Archaic Greece», en *The Early Greek Alphabets: Origin, Diffusion, Uses*, R. Parker y P. M. Steele (eds.), pp. 21-31, Oxford, Oxford University Press, 2021.

Waldbaum, J. C., *From Bronze to Iron.* Studies in Mediterranean Archaeology 54, Gothenburg, Paul Aströms Förlag, 1978.

—, «The First Archaeological Appearance of Iron and the Transition to the Iron Age», en *The Coming of the Age of Iron*, T. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.), New Haven, CT, Yale University Press, 1980, pp. 69-98.

—, «Bimetallic Objects from the Eastern Mediterranean and the Question of the Dissemination of Iron», en *Early Metallurgy in Cyprus, 4000-500 B.C.,* J. D. Muhly, R. Maddin y V. Karageorghis (eds.), Nicosia: Tmēma Archaiotētōn, 1982, pp. 325-347.

—, «Early Greek contacts with the Southern Levant ca. 1000-600 B.C.: The Eastern Perspective», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 293, 1994, pp. 53-66.

—, «The Coming of Iron in the Eastern Mediterranean: Thirty Years of Archaeological and Technological Work», en *The Archaeometallurgy of theAsian Old World*, V. C. Pigott (ed.), Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1999, pp. 27-57.

Walker, B., C. S. Holling, S. R. Carpenter y A. Kinzig, «Resilience, Adaptability and Transformability in Social-Ecological Systems», *Ecology and Society* 9/2, 2004, p. 5. http://www.ecologyandsociety.org/vol9/iss2/art5.

—, y D. Salt, *Resilience Thinking: Sustaining Ecosystems and People in a Changing World*, Washington, D. C., Island Press, 2006.

Wallace, S., «The Gilded Cage? Settlement and Socioeconomic Change after 1200 BC: A Comparison of Crete and Other Aegean Regions», en *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, S. Deger-Jalkotzy y I. S. Lemos (eds.), Edimburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 619-664.

—, *Ancient Crete: From Successful Collapse to Democracy's Alternatives, Twelfth to Fifth Centuries BC*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

—, «The Classic Crisis? Some Features of Current Crisis Narratives for the Aegean Late Bronze-Early Iron Age», en *Crisis to Collapse: The Archaeology of Social Breakdown*, T. Cunningham y J. Driessen (eds.), Lovaina, UCL Presses, 2017, pp. 65-85.

—, *Travelers in Time: Imagining Movement in the Ancient Aegean World*, Londres, Routledge, 2018.

—, «Economies in Crisis: Subsistence and Landscape Technology in the Aegean and East Mediterranean after c. 1200 BC», en *Collapse and Transformation: The Late Bronze Age to*

Early Iron Age in the Aegean, G. M. Middleton (ed.), Oxford, Oxbow Books, 2020, pp. 247-258.

Waters, M., «Elam, Assyria, and Babylonia in the Early First Millennium BC», en *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, D. T. Potts (ed.), Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 478-492.

Watrous, L. V., *Minoan Crete: An Introduction*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021. [Hay trad. cast.: *Creta minoica*, Barcelona, Erasmus ediciones, 2024.]

Wedde, M., «War at Sea: The Mycenaean and Early Iron Age Oared Galley», en *Polemos: Le context guerrier en Égée à l'Âge du Bronze; Actes de la 7ième rencontré égéenne international*, R. Laffineur (ed.), Aegeum 19, Lieja, Université de Liège, 1999, pp. 465-474.

—, *Towards a Hermeneutics of Aegean Bronze Age Ship Imagery*, Peleus Band 6, Mannheim, Bibliopolis, 2000.

—, «Pictorial Evidence for Partial System Survival in the Greek Bronze to Iron Age Transition», en *Pictorial Pursuits: Figurative Painting on Mycenaeanand Geometric Pottery*, E. Rystedt y B. Wells (eds.), Estocolmo, Swedish Institute at Athens, 2006, pp. 255-269.

Weeden, M., «After the Hittites: The Kingdoms of Karkamish and Palistin in Northern Syria», *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 56/2, 2013, pp. 1-20.

Weiberg, E., «What Can Resilience Theory Do for (Aegean) Archaeology?», en *Matters of Scale: Processes and Courses of Events in Archaeology and Cultural History*, N. M. Burström y F. Fahlander (eds.), Stockholm Studies in Archaeology, 56, Estocolmo, Stockholm University, 2012, pp. 147-165.

—, y M. Finné, «Resilience and Persistence of Ancient Societies in the Face of Climate Change: A Case Study from Late Bronze Age Peloponnese», *World Archaeology* 50/4, 2018, pp. 584-602. https://doi.org/10.1080/00438243.2018.1515035.

—, M. Lindblom, B. L. Sjöberg y G. Nordquist, «Social and Environmental Dynamics in Bronze and Iron Age Greece», en *The Urban Mind: Cultural and Environmental Dynamics*, P. J. J. Sinclair, G. Nordquist, F. Herschend y C. Isendahl (eds.), Upsala, Uppsala University, 2010, pp. 149-194.

Weinstein, J. M., «Egypt and the Levant in the Reign of Ramesses III», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, E. H. Cline y D. B. O'Connor (eds.), Ann Arbor, University of Michigan Press, 2012, pp. 160-180.

Welton, L., y H. Charaf, «The Iron Age I in the Levant: A View from the North; Prologue», *Archaeology & History in Lebanon* 50-51, 2019-2020, pp. 2-7.

—, y H. Charaf, «The Iron Age I in the Levant: A View from the North; Epilogue», *Archaeology & History in Lebanon* 52-53, 2020-2021, pp. 133-154.

—, T. Harrison, S. Batiuk, E. Ünlü, B. Janeway, D. Karakaya, D. Lipovitch, D. Lumb y J. Roames, «Shifting Networks and Community Identity at Tell Tayinat in the Iron I (ca. 12th to Mid 10th Century B.C.E.)», *American Journal of Archaeology* 123/2, 2019, pp. 291-333.

Wente, E. F., Jr., «The Report of Wenamon», en *The Literature of Ancient Egypt*, W. K. Simpson (ed.), 3.ª ed., New Haven, CT, Yale University Press, 2003, pp. 116-124.

Wertime, T. A., «The Pyrotechnological Background», en *The Coming of the Age of Iron*, T. A. Wertime y J. D. Muhly (eds.), New Haven, CT, Yale University Press, 1980, pp. 1-24.

Whitley, J., *Style and Society in Dark Age Greece: The Changing Face of a Pre-literate Society 1100–700 BC*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

—, «Response to Papadopoulos (II): Woods, Trees and Leaves in the Early Iron Age of Greece», *Journal of Mediterranean Archaeology* 6/2, 1993, pp. 223-229.

Wilson, E. L., «Finding Pharaoh», *Century Magazine* 34, 1887, pp. 1-10.

Winter, I. J., «Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Literary Trope?», en *The Ages of Homer: A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, J. B. Carter y S. P. Morris (eds.), Austin, University of Texas Press, 1995, pp. 247-271.

Wood, J. R., «The Transmission of Silver and Silver Extraction Technology across the Mediterranean in Late Prehistory: An Archaeological Science Approach to Investigating the Westward Expansion of the Phoenicians». Tesis doctoral, Escuela Universitaria de Londres, 2018.

—, C. Bell y I. Montero-Ruiz, «The Origin of Tel Dor Hacksilver and the Westward Expansion of the Phoenicians in the Early Iron Age: The Cypriot Connection», *Journal of Eastern Mediterranean Archaeology & Heritage Studies* 8/1, 2020, pp. 1-21. https://www.jstor.org/stable/10.5325/jeasmedarchers-tu.8.1.0001.

—, I. Montero-Ruiz y M. Martinón-Torres, «From Iberia to the Southern Levant: The Movement of Silver across the Mediterranean in the Early Iron Age», *Journal of World Prehistory* 32, 2019, pp. 1-31. https://doi.org/10.1007/s10963-018-09128-3.

Woolley, C. L., *Dead Towns and Living Men*, Londres, Oxford University Press, 1920. [Hay trad. cast.: *Ciudades muertas y hombres vivos*, La Coruña, Ediciones del Viento, 2007.]

Yadin, Y., «Megiddo of the Kings of Israel», *Biblical Archaeologist* 33, 1970, pp. 66-96.

—, «In Defense of the Stables at Megiddo», *Biblical Archaeology Review* 2, 1976, pp. 18-22.

Yahalom-Mack, N., «Metalworking at Tel Rehov», *Near Eastern Archaeology* 85/2, 2022, pp. 159-163.

—, y A. Eliyahu-Behar, «The Transition from Bronze to Iron in Canaan: Chronology, Technology, and Context», *Radiocarbon* 57/2, 2015, pp. 285-305.

—, E. Galili, I. Segal, E. Boaretto, S. Shilstein y I. Finkelstein, «New Insights into Levantine Copper Trade: Bronze and Iron Ages in Israel», *Journal of Archaeological Science* 45, 2014, pp. 159-177.

Yamada, K., «"From the Upper Sea to the Lower Sea": The Development of the Names of Seas in the Assyrian Royal Inscriptions», *Orient* 40, 2005, pp. 31-55.

Yamada, S., *The Construction of the Assyrian Empire: A Historical Study of the Inscriptions of Shalmaneser III (859-824) Relating of His Campaigns to the West*, Leiden, Brill, 2000.

Yasur-Landau, A., *The Philistines and Aegean Migration at the End of the Late Bronze Age*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010. [Hay trad. cast.: *Los filisteos: la migración egea a finales de la Edad del Bronce*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2012.]

—, «The Memory Machine: How 12th-Century BCE Iconography Created Memories of the Philistines (and Other Sea Peoples)», en *MNHMH/MNEME: Past and Memory in the Aegean Bronze Age; Proceedings of the 17th International Aegean Conference, University of Udine, Department of Humanities and Cultural Heritage, Ca'Foscari University of Venice, Department*

of Humanities, 17-21 April 2018, E. Borgna, I. Caloi, F. M. Carinici y R. Laffineur (eds.), Lovaina, Peeters, 2019, pp. 413-421.

Yoffee, N., «Notes on Regeneration», en *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, G. M. Schwartz y J. J. Nichols (eds.), Tucson, University of Arizona Press, 2006, pp. 222-227.

— (ed.), *The Evolution of Fragility: Setting the Terms*, Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, 2019.

—, y G. L. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilization*, Tucson, University of Arizona Press, 1988.

Younger, K. L., Jr., *A Political History of the Arameans: From Their Origins to the End of Their Polities*, Atlanta, GA, SBL Press, 2016.

—, «Tiglath-Pileser I and the Initial Conflicts of the Assyrians with the Arameans», en *Wandering Arameans: Arameans outside Syria; Textual and Archaeological Perspectives*, A. Berlejung, A. M. Maeir y A. Schüle (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2017, pp. 195-228.

—, «Reflections on Hazael's Empire in Light of Recent Study in the Biblical and Ancient Near Eastern Texts», en *Writing and Rewriting History in Ancient Israel and Near Eastern Cultures*, I. Kalimi (ed.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2020, pp. 79-102.

Younker, R. W., «Ammonites», en *Peoples of the Old Testament World*, A. J. Hoerth, G. L. Mattingly y E. M. Yamauchi (eds.), Grand Rapids, MI, Baker Books, 1994, pp. 293-316.

—, «Ammon during the Iron Age II Period», en *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant, c. 8000-332 BCE*, M. L. Steiner y A. E. Killebrew (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 757-769.

Zimansky, P. E., *Ecology and Empire: The Structure of the Urartian State,* SAOC 41, Chicago, Oriental Institute of Chicago, 1985.

—, «Urartian and the Urartians», en The Oxford Handbook of Ancient Anatolia: 10,000-323 B.C.E., S. R. Steadman y G. McMahon (eds.), Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 548-559.

Notas

Prefacio

1. 1. El estudio lo publicó el Institute for Public Policy Research; véase «Climate and Economic Risks "Threaten 2008-Style Systemic Collapse"», *Guardian*, 12 de febrero de 2019, https:// www.theguardian.com/environment/2019/feb/12/climate-and-economic-risks-threaten-2008-style-systemic-collapse; BBC News, «Environment in Multiple Crises–Report», 12 de febrero de 2019, https://www.bbc.com/news/science-environment-47203344; y Laurie Laybourn, Lesley Rankin y Darren Baxter, «This Is a Crisis: Facing Up to the Age of Environmental Breakdown», Institute for Public Policy Research, 2 de diciembre de 2019, https://www.ippr.org/research/publications/age-of-environmental-breakdown. Téngase en cuenta que este era un estudio totalmente diferente del que se publicó un año después, a comienzos de 2020, y que cité al inicio de la versión revisada de *1177 a. C.* (Cline 2021: p. xv).

2. 2. Cline 2014, 2021.

3. 3. La cita es de la versión revisada y actualizada (Cline 2021: pp. 165-166). En mi opinión, el derrumbe de la Edad del Bronce Final debería considerarse un excelente ejemplo dentro de la categoría de estudios ahora denominada «Historia del clima y de la sociedad» (HCS), que implica el estudio de «las interacciones clima-sociedad» y hace hincapié en «los mecanismos por los cuales el cambio climático ha influido en la historia de la humanidad» (Degroot *et al.* 2021: p. 539).

4. 4. Véase Haldon, Chase, *et al.* 2020: pp. 5, 12; también Haldon, Binois-Roman, *et al.* 2021: pp. 261-262; y previamente Haldon, Eisenberg *et al.* 2020. Véase también Kuecker y Hall 2011: p. 26; Johnson 2017: p. 1.

5. 5. Para los recientes volúmenes sobre el colapso y «después del colapso», véase, p. ej., Tainter 1988; Diamond 2005; Middleton 2017c; y los volúmenes editados por Yoffee y Cowgill 1988; Schwartz y Nichols 2006; McAnany y Yoffee 2010; Faulseit 2016; Middleton 2020ª. Véase también, p. ej., artículos específicos como Kuecker y Hall 2011; Storey y Storey 2016.

6. 6. Citas de Cumming y Peterson 2017: p. 696; Haldon, Eisenberg, *et al.* 2020. Véase también, Haldon, Binois-Roman, *et al.* 2021: p. 262.

7. 7. Colby Bermel, «Dixie Fire Becomes Largest Single Wildfire in California History», *Politico*, 6 de agosto de 2021, https://www.politico.com/states/california/story/2021/08/06/dixie-fire-becomes-lar-

gest-single-wildfire-in-california-history-1389651; «Greece Wildfires: Evia Island Residents Forced to Evacuate», BBC News, 9 de agosto de 2021, https://www.bbc.com/news/world-europe-58141336; Matthew S. Schwartz, «Wildfires Rage through Greece as Thousands Are Evacuated», NPR, 8 de agosto de 2021, https://www.npr.org/2021/08/08/1025947847/wildfires-rage-through-greece-as-thousands-are-evacuated; Associated Press, «Grim View of Global Future Offered in U.S. Intelligence Report», NBC News, 8 de abril de 2021, https://www.nbcnews.com/politics/politics-news/grim-view-global-future-offered-u-s-intelligence-report-n1263549; Brad Plumer y Henry Fountain, «A Hotter Future Is Certain, Climate Panel Warns: But How Hot Is Up to Us», *New York Times*, 9 de agosto de 2021, https://www.nytimes.com/2021/08/09/climate/climate-change-report-ipcc-un.html; Jake Spring, «Once-in-50-Year Heat Waves Now Happening Every Decade—U.N. Climate Report», Reuters, 9 de agosto de 2021, https://www.reuters.com/business/environment/once-in-50-year-heat-waves-now-happening-every-decade-un-climate-report-2021-08-09.

8. 8. Véase por ejemplo, Ehrenreich 2020.

9. 9. Cowgill 1988: p. 246. Dijo también que hemos de distinguir entre el «declive o deterioro de algo y su extinción real» (p. 255), porque «la extinción total o incluso la rápida y drástica transformación de una civilización es un acontecimiento raro, por lo menos hasta ahora. La fragmentación política es más común» (p. 256). Véase Haldon, Chase, *et al.* 2020 para un reciente análisis extremadamente importante, y matizado, de lo que implica un «colapso»; también Johnson 2017: p. 7; Middleton 2017b, 2020b; Kemp 2019; Nicoll y Zerboni 2019; Haldon, Binois-Roman, *et al.* 2021: p. 238.

10. 10. Véase Frahm 2023: pp. 24-25 para comentarios similares respecto a los documentos asirios en particular.

11. 11. Acrónimo en inglés para Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático. (*N. de la t.*)

Prólogo

1. 1. Véase Tucídides (Tuc. I.12.1-3; también Tuc. I.2.2); también Heródoto (Her. VIII.73; también Her. I.56.2-3) y Pausanias (Paus. IV.3.3; también Paus. II.12.3).

2. 2. Véanse los debates y argumentaciones en inglés, que citan con frecuencia estudios en alemán y francés, y que se encuentran en Casson 1921; Heurtley 1926-1927; Hammond 1931-1932; Daniel, Broneer y Wade-Gery 1948; Starr 1961: pp. 72-74; Cook 1962; Desborough 1964: pp. 246-248; Snodgrass 1971: 300-

312; véanse también debates más recientes que analizan las situaciones anteriores, p. ej., Muhly 1992: 12; J. M. Hall 1997: pp. 3-4, 12, 41, 56-65; 2002: 32-35, 73-82; 2003; 2006: 240-242; 2007: 43-51.

3. 3. Véase «Mycenaean Civilization», *Columbia Electronic Encyclopedia*, 6.ª ed., marzo de 2021, http://search.ebscohost.com.proxygw.wrlc.org/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=134483212&site=ehost-live (fecha de acceso: 30 de septiembre de 2022).

4. 4. Carpenter 1966: p. 40; Snodgrass 1971: p. 312; Hooker 1979: p. 359; Tainter 1988: pp. 63-64 (que también cita a Carpenter); J. M. Hall 2002: p. 79 (que cita a Hooker); Papadopoulos 2014: p. 185; Nagy 2019b (que cita a Palaima 2002), 2019b. Véase también , p. ej., Schnapp-Gourbeillon 1979: pp. 1-11, 2002: pp. 131-182; S. P. Morris 1989: pp. 48-49; Coulson 1990: pp. 14-17; Muhly 1992: p. 11; R. Osborne 1996: pp. 33-37; Lemos 2002: pp. 191-193; Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 24, 980; Wallace 2018: pp. 311-315; Kotsonas y Mokrišová 2020: pp. 221-222; Knodell 2021: pp. 187-188. Para los dorios en Creta, véase, p. ej., Hatzaki y Kotsonas 2020: pp. 1036-1037, que cita a Wallace 2010: pp. 365-373 y otros.

5. 5. Véase, p. ej., J. M. Hall 1997: pp. 111-131; 2002: pp. 78-82; Tainter 1988: pp. 63-64; I. Morris 2000: pp. 198-218; Voutsaki 2000: pp. 232-233; Montiglio 2006: p. 161; Wallace 2010: pp. 371-373; Bryce 2020: p. 114; Ruppenstein 2020b; Knodell 2021: p. 132; Osborne y Hall 2022: p. 9; Maran 2023: p. 240.

6. 6. Nagy 2019b, que cita a Palaima 2002; también Nagy 2019ª; Ruppenstein 2020b.

7. 7. Véase más recientemente Murray 2017: pp. 7, 211, 231-232, 234-239, también 2020: p. 202; anteriormente Snodgrass 1971: pp. 364-367; Desborough 1972: p. 18; I. Morris 1987: p. 146; 2006: p. 80, 2007: p. 218; Chew 2007: p. 95. Véanse también debates en Tainter 1988: pp. 10-11; 1999: p. 1010; Dickinson 2006ª: pp. 93-98, 2006b: pp. 117-118; Eder 2006: p. 550; J. M. Hall 2007: pp. 59-61; Deger-Jalkotzy 2008: pp. 393-394; Wallace 2010: p. 88; Eder y Lemos 2020: p. 140; Nakassis 2020: p. 277; Knodell 2021: pp. 119-129, 144, 153, 240. Véanse también algunas de las otras discusiones, por áreas específicas, tanto en Middleton 2020ª como en Lemos y Kotsonas 2020.

8. 8. Véase de nuevo, p. ej., J. M. Hall 1997: pp. 111-131; 2002: pp. 78-82; Tainter 1988: pp. 63-64; I. Morris 2000: pp. 198-218; Voutsaki 2000: pp. 232-233; Montiglio 2006: p. 161; Wallace 2010: pp. 371-373; Bryce 2020: p. 114; Ruppenstein 2020b; Knodell 2021: p. 132.

9. 9. S. P. Morris 1989: pp. 48-49. Por otro lado, en su libro de texto *A Brief History of Ancient Greece*, Pomeroy *et al.* (2020: pp. 39-40) ofrecen un detallado resumen del problema y de la creencia actual acerca de la invasión doria, o de su inexistencia, y concluyen que «en los registros arqueológicos no se observa ningún resto material de semejantes invasores». Pero véase también Elayi 2018: p. 90, que ha-

ce referencia a «las invasiones dorias en la Grecia micénica, que habrían desplazado a las antiguas poblaciones del Egeo anteriores a ellas».

10. 10. Véase, p. ej., J. M. Hall 1997: pp. 153-167. Véase también Bryce 2020: pp. 113-114, que cita a Finkelberg 2011: pp. 217-218 sobre «movimientos misceláneos de población» al final de la Edad del Bronce en la Grecia continental; también Ruppenstein 2020b; J. Osborne y Hall 2022: pp. 10-11; Van Damme 2023: p. 179.

11. 11. Las migraciones pueden ser también «una serie de acontecimientos a lo largo de intervalos de tiempo que afectan a individuos o a grupos familiares, más que oleadas de pueblos o "culturas" que ocupan territorios enteros en acontecimientos aislados» (véase Georgiadis 2009: p. 97, que cita a Anthony 1997: p. 23). Sobre el ejemplo de las sociedades Pueblo, véase más recientemente Scheffer *et al.* 2021, con más detalles y referencias. Sobre migraciones al término de la Edad del Bronce Final, véase Knapp 2021; también Middleton 2018a, 2018b.

12. 12. Coulson 1990: pp. 7, 9-10; Coldstream 1998, también 1992-1993: p. 8, citado por Muhly 2003: p. 23; véase también J. Scott 2017: pp. 216-217.

13. 13. Entrada en línea del *Merriam-Webster*: https://www.merriam-webster.com/dictionary/dark%20age; véase también la *World History Encyclopedia*: https://www.worldhistory.org/Greek_Dark_Age (fecha de acceso a ambas: 9 de diciembre de 2022).

14. 14. Ya debatí esto ampliamente en *1177 a. C.*; véase Cline 2021: p. 167, que cita especialmente a Renfrew 1978, 1979: pp. 482-487; véase también Faulseit 2016 (en su volumen editado por él mismo): p. 5. Muhly (2011: p. 48) observa: «La pérdida del arte de la escritura es la característica definitoria de una edad oscura, pero sigue siendo un síntoma, no la causa de dicho período». Véase también Snodgrass 1971: p. 2 y ahora Sherratt 2020: pp. 196-197 sobre las características de una edad oscura. Véase también anteriormente Chew 2001: pp. 9-10, 60-62; 2005: pp. 52-58, 67-70; 2007: pp. xvi, 6-10, 13-14, 16-17 (notas 9-10), 79-83, 94-99; 2008: pp. 92-93, 120-121, 130-131 para sus definiciones y características, así como concretamente para lo que él considera las Edades Oscuras en Grecia tras el derrumbe; son importantes al respecto los comentarios de T. D. Hall's (2014: pp. 82-84) sobre la primera edición de *1177 a. C.*

15. 15. Tainter 1988: pp. 4, 19-20, 193, 197; 1999: pp. 989-991, 1030; véase también Middleton 2017a, 2017c: p. 46.

16. 16. Hesíodo, *Los trabajos y los días,* pp. 174-179.

17. 17. J. Scott 2017: p. 213, véanse también pp. 214-218. Véase también Murray 2018c: pp. 19, 22; anteriormente la discusión en Dickinson 2006ª: pp. 3-9 y ahora el útil resumen en línea de M. Lloyd (2017).

Capítulo 1

1. 1. Sobre esto, véase un anterior análisis en Cline 2021: pp. 131-132, con más referencias, esp. Redford 2002; también De Buck 1937; Clayton 1994: pp. 164-165; Peden 1994: pp. 195-210; Kitchen 2012: pp. 7-11; Snape 2012: pp. 412-413; Dodson 2019: p. 2.

2. 2. La historia de la adquisición del papiro está en Redford 2002: p. 5.

3. 3. Véase Hawass *et al.* 2012, con informes adicionales de los medios de comunicación en *Los Angeles Times, USA Today*, y en otros lugares, disponibles, p. ej., en http://articles.latimes.com/2012/dec/18/science/la-sci-sn-egypt-mummy-pharoah-ramses-murder-throat-slit-20121218 y http://www.usatoday.com/story/tech/sciencefair/2012/12/17/ramses-ramesses-murdered-bmj/1775159.

4. 4. Véanse otra vez las referencias citadas.

5. 5. Véase Cline 2021: pp. 158, 160-161, con referencias; también Kaniewski, Guiot, y Van Campo 2015. Véase también Butzer 2012: pp. 3634-3635; Mushett Cole 2017: p. 5; Creasman 2020: pp. 17-19, 29. Sobre la crisis alimentaria, el impago de salarios y la huelga general, véase Butzer 2012: pp. 3634-3635; Eyre 2012: pp. 119-121, 124, 139; Goelet 2016: p. 456; Mushett Cole 2016: p. 47 2017: pp. 5-7; Dodson 2019: p. 2.

6. 6. Véase Butzer 2012: pp. 3634-3635; Mushett Cole 2016: pp. 47-48; Dodson 2019: p. 2. Sobre Ramsés IV en general, véase Clayton 1994: pp. 166-167; Eyre 2012: pp. 121-123; Snape 2012: p. 413; Mushett Cole 2016: pp. 48-49.

7. 7. Véase Cline 2021: pp. 150-151, con referencias completas.

8. 8. Sobre Ramsés V en general, véase Grimal 1988: pp. 287-288; Clayton 1994: p. 167; Snape 2012: pp. 413, 423; Mushett Cole 2016: p. 50; también Cline 2021: pp. 150-151. Sobre las minas del Sinaí y el control egipcio, véase Grimal 1988: p. 288; Clayton 1994: p. 168; Snape 2012: pp. 414-415; Weinstein 2012: p. 173; Mushett Cole 2016: pp. 49-52. Sobre la retirada de los egipcios, véase, además, p. ej., Bunimovitz y Lederman 2014: pp. 252-253.

9. 9. Véase más debate, con referencias anteriores, en Cline 2020: pp. 185-186, 200 y fig. 31; también Snape 2012: p. 415; Mushett Cole 2016: p. 51.

10. 10. Véase Grimal 1988: pp. 288-289; Clayton 1994: pp. 168-169; Chew 2007: p. 90; Snape 2012: p. 414; Mushett Cole 2016: pp. 52-53.

11. 11. Véase Grimal 1988: pp. 289-290; Clayton 1994: pp. 169-170; Eyre 2012: pp. 134, 137, 139; Snape 2012: p. 415; Mushett Cole 2016: pp. 53-55; Dodson 2019: pp. 4-7. Sobre la posible pérdida de Nubia en esta época, véase Mushett Cole 2016: p. 63; véase también Muhs 2022: p. 204.

12. 12. Grimal 1988: pp. 289-290; Peden 1994: pp. 225-258; Reeves y Wilkinson 1996: p. 191; Eyre 2012: p. 134; Snape 2012: p. 415; Goelet 2016: pp. 458-460; Mushett Cole 2016: pp. 54-55; Dodson 2019: pp. 4-6.

13. 13. Peden 1994: pp. 259-266; Reeves y Wilkinson 1996: p. 192; Goelet 2016: pp. 460-461.

14. 14. Clayton 1994: p. 168.

15. 15. Grimal 1988: p. 291; Clayton 1994: p. 170; Mushett Cole 2016: p. 56.

16. 16. Eyre 2012: p. 139. Mushett Cole 2017: pp. 7-8 presenta una traducción ligeramente distinta: «año de las hienas cuando había hambruna». Véase también Grimal 1988: p. 291; Snape 2012: p. 426; Koch 2021: pp. 71-72.

17. 17. Kitchen 1973: p. 248; Grimal 1988: p. 292; Clayton 1994: pp. 171, 175; Snape 2012: p. 427; Mushett Cole 2016: p. 63; Dodson 2019: pp. 16, 18-19, 21-24.

18. 18. Kitchen 1973: p. 250; Grimal 1988: pp. 291-292, 314; Clayton 1994: p. 171; Snape 2012: p. 427; Mushett Cole 2016: pp. 64-65; Dodson 2019: pp. 17-18, 24-29; Koch 2021: p. 72.

19. 19. Véase Reeves 1990: pp. 186, 191-192, con más referencias; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 188-207; Aston 2020: pp. 31-68; también Grimal 1988: p. 290; Snape 2012: p. 428; Dodson 2019: p. 42.

20. 20. Kitchen 1973: pp. 249-250, 254, 256-259; Grimal 1988: pp. 292, 311; Clayton 1994: pp. 178-179; Hallo y Simpson 1998: pp. 283-284; Mushett Cole 2016: pp. 64-66.

21. 21. Kitchen 1973: pp. 248-250, 257-259, 262; Grimal 1988: p. 292; Clayton 1994: pp. 172, 176; Snape 2012: p. 428; Mushett Cole 2016: pp. 64-66; Dodson 2019: pp. 24-32, 39.

22. 22. Grimal 1988: p. 290; Clayton 1994: pp. 177-178; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 68-69, 101-103, 198-199; Snape 1996: p. 190; Reeves 2000: pp. 101-104. Otros cuerpos reales que al parecer fueron atendidos por Pinedjem, en términos de reparación, aunque no necesariamente trasladados, fueron Tutmosis II, Amenhotep I y Ramsés III; véase Dodson 2019: p. 42.

23. 23. Véase, p. ej., Kitchen 1973: pp. 261, 271, 274-275; Grimal 1988: pp. 314-315, 317-319; Clayton 1994: pp. 179-181; Hallo y Simpson 1998: p. 284; Mushett Cole 2016: pp. 66-67, 2017: p. 8; Muhs 2022: pp. 195, 204.

24. 24. Por lo que sigue, estoy en deuda con la publicación original de Montet 1951: véase esp. pp. 19-21; Dodson 2019: pp. 42, 66-67, 95-96, 101-102, figs. 24, 47, y 79; y el reciente análisis en Brier 2023: pp. 282-283. Véase también Kitchen 1973: p. 271; Grimal 1988: pp. 317-318; Clayton 1994: pp. 180-181; y el relato del descubrimiento de McDowall 2014 y el documental PBS *Secrets of the Dead: The Silver Pharaoh* (emitido el 2 de noviembre de 2010).

25. 25. Montet 1951: pp. 19-21; Brier 2023: pp. 282-283. Véase también Dodson 2019: pp. 42, 95-96, 101-102, fig. 79.

26. 26. Montet 1951: p. 21; traducido del francés por E. H. Cline.

27. 27. Montet 1951: pp. 21-22; traducido del francés por E. H. Cline.

28. 28. Montet 1951: pp. 21-22; traducido del francés por E. H. Cline. Sobre la traducción e identificación de Merneptah, véase Montet 1951: pp. 111-112.

29. 29. Montet 1951: p. 22, también lámina 95; traducido del francés por E. H. Cline. En lo relativo a la inscripción del sarcófago negro, véase Montet 1951: pp. 126-130; para la inscripción del ataúd de plata, véase Montet 1951: pp. 130-132. Véase también el debate en Dodson 2019: pp. 66-67, fig. 47.

30. 30. Montet 1951: p. 22; Dodson 2019: pp. 66-67, fig. 24.

31. 31. Montet 1951: p. 22. Ténganse en cuenta, otra vez, los debates en Brier 2023 y Dodson 2019. Para las fotografías y dibujos de los tres ataúdes encajados uno dentro del otro y la máscara de oro, véase Montet 1951: esp. láminas 75-82, 95-105.

32. 32. Ben-Dor Evian *et al.* 2021: 3; véase también David 2021b por la cobertura de esta historia en los medios de comunicación populares.

33. 33. Ben-Dor Evian *et al.* 2021; cf. también Kassianidou 2014: pp. 263-267; Yahalom-Mack *et al.* 2014: p. 174; Ben-Dor Evian 2017: p. 36. La zona de las minas de Timna fue también centro de atención de las historias de los medios de comunicación a principios de 2021, no por el cobre o la turquesa, sino porque el análisis de un trozo de tejido que data de finales del siglo XI o principios del XII a. C. demostró que había sido teñido con el color púrpura real perfeccionado por los fenicios; véase Sukenik *et al.* 2021 e informes de los medios como el de Borschel-Dan 2021; David 2021a; y Tercatin 2021.

34. 34. Véanse, p. ej., con más referencias, Dothan 1982: pp. 3-4; Cline y O'Connor 2003: pp. 114-115; Killebrew 2005: pp. 204-205; Yasur-Landau 2010: pp. 2-3; también, p. ej., Schipper 2019: pp. 15-18, 22; Yasur-Landau 2019: p. 416; Koch 2021: pp. 76-80; Master 2021; Maeir 2022d. La literatura sobre los filisteos y su asentamiento inicial en esta región es inmensa; además de las referencias indicadas más arriba,

véase, p. ej., Howard 1994; Finkelstein 1995; Ehrlich 1996; Barako 2013; Ben-Shlomo 2014; Faust 2019; Maeir 2019, 2020; Koch 2020.

35. 35. Macalister 1914; véanse también menciones, p. ej., en Dothan 1982: p. 24; Yasur-Landau 2010: p. 2. Sobre las recientes excavaciones, véanse las más recientes contribuciones en Maeir 2012; Maeir y Uziel 2020.

36. 36. Ehrlich 1996: p. 56.

37. 37. Véase, con referencias previas, Cline 2000: pp. 44-59; 2004: p. 19; 2007: p. 119; 2009; también Broodbank 2013: p. 452; más recientemente Maeir 2022ª; también es relevante Ben-Yosef y Thomas 2023.

38. 38. Véanse especialmente las distintas publicaciones recientes de Avraham Faust de la Universidad de Bar Ilan; p. ej., Faust 2007, 2012, 2016, 2019.

39. 39. En este aspecto la literatura es ingente. Véase, solo como un ejemplo más, Finkelstein 1988; también Cline 2004: p. 17; 2007: pp. 114-118; 2009: p. 77, todos ellos con más referencias; Killebrew 2005: pp. 152-154, 181-185.

40. 40. Cline 2007: pp. 118-119; 2021: p. 91. La literatura acerca del auge de los asentamientos israelitas durante el período del Hierro I, y sus características, es también inmensa; véase p. ej., Killebrew 2005: pp. 155-159, 173-181; Finkelstein 2013: pp. 22, 27-28, 32-33; ahora también Ilan 2019; Schipper 2019: pp. 15-18; y Ben-Yosef y Thomas 2023, que (si entiendo correctamente su propuesta) sugieren que había aún un segmento de sociedad nómada que continuó hasta la Monarquía Unida en el siglo X a. C.

41. 41. Cline 2007: p. 119.

42. 42. Langgut, Neumann, *et al.* 2014: pp. 294-298 y cuadro 3; también Langgut, Finkelstein, *et al.* 2015: pp. 217, 229-231; Finkelstein 2016: p. 116; Finkelstein y Langgut 2018. Téngase en cuenta, como se ha afirmado más arriba, que Kanieweski y sus colegas modificaron sus conclusiones originales relativas al cambio climático en el Mediterráneo oriental para incluir también este aumento temporal de la humedad y mejores condiciones climáticas; véase otra vez Kaniewski *et al.* 2019ª, esp. pp. 6-9 y figs. 4-6, 2019b, 2020; también Finné *et al.* 2019: p. 859 (también p. 855 y fig. 2) y debates anteriores en Cline 2021: pp. 157-158.

43. 43. Langgut, Neumann, *et al.* 2014: p. 298. Sobre Moab, véase Mattingly 1994; Finkelstein y Lipschits 2011; Finkelstein 2014; Steiner 2014. Sobre Amón, véase Younker 1994, 2014. Sobre Edom, véanse las

referencias que se dan más abajo. Sobre todo lo anterior, es decir, «los vecinos del antiguo Israel», véase el libro de Doak 2020, que resulta muy útil.

44. 44. Cf. recientemente Palmisano, Woodbridge, *et al.* 2019; Palmisano, Lawrence, *et al.* 2021: pp. 7, 22-23, 106739; también, con la introducción de la Monarquía Unida en estas discusiones, Ben-Yosef y Thomas 2023; Thomas y Ben-Yosef 2023. Véanse también breves discusiones más abajo, con más referencias.

45. 45. Véase el análisis completo, con referencias, en Cline 2000: pp. 65-74, 2004: p. 20; también menciones en Dothan 1982: p. 16; Finkelstein 2013: pp. 35-36.

46. 46. Véase recientemente Rollston 2019: p. 379. Para la publicación inicial de los fragmentos, véase Biran y Naveh 1993, 1995.

47. 47. Traducción según Schniedewind 1996: pp. 77-78.

48. 48. La inscripción ha sido objeto de intensos debates a lo largo de los años; para mis anteriores estudios de este hallazgo, con referencias, véase Cline 2000: pp. 83-87; 2009: pp. 95-36, con referencias.

49. 49. Sobre las lecturas propuestas, véase, p. ej., Lemaire 1994. Para opiniones contrapuestas, véase, p. ej., Finkelstein, Na'aman, y Römer 2019; Na'aman 2019ª. Véase también un análisis previo en Cline 2009: pp. 16-18, con referencias anteriores; también Horn 1986. Para publicaciones adicionales relativas a la historia del descubrimiento de la Estela de Mesha y su interpretación, véase también Richelle 2018: pp. 28-30; Porter 2019: pp. 324-325 y fig. 17.1; Schipper 2019: p. 38. Sobre Mesha y los moabitas, véase, p. ej., Na'aman 1997.

50. 50. Kitchen 1973: pp. 273-275, 280; Grimal 1988: pp. 318-319; véase otra vez Crowell 2021: pp. 25, 196-201, 364-366, 382; también Na'aman 2021: pp. 24-26.

51. 51. Kitchen 1973: pp. 271-272; Grimal 1988: pp. 317-318; Clayton 1994: p. 181; Mushett Cole 2016: p. 68. Véase recientemente la argumentación en Crowell 2021: pp. 25, 196-201, 364-366, 382; también Finkelstein 2020: p. 24, que cuestiona su contemporaneidad con los acontecimientos reales.

52. 52. La literatura es ingente; véase esp. Levy *et al.* 2008; Ben-Yosef, Levy, *et al.* 2010; Ben-Yosef, Liss, *et al.* 2019; Liss *et al.* 2020, con referencias a anteriores publicaciones, entre ellas Hoglund 1994, además de las numerosas contribuciones en los dos volúmenes publicados como Levy, Najjr y Ben-Yosef 2014. Respecto al desafío a la industria de Chipre, véase, p. ej., argumentaciones en Crielaard 1998: pp. 194-195; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 125, 134, con referencias previas; Finkelstein 2013: p. 127; 2020: pp. 18-19; Kassianidou 2014: pp. 263-264; Yahalom-Mack *et al.* 2014: p. 174; Erb-Satullo 2019: p. 589; Knapp y

Meyer 2020: pp. 232-243. Sobre el Uadi Faynan, véase la argumentación más abajo y, p. ej., Ben-Yosef, Levy, *et al.* 2010; Ben-Yosef, Liss, *et al.* 2019, con referencias previas; también Schipper 2019: p. 28.

53. 53. Véase, p. ej., Ben-Yosef 2019b, 2019c, 2020, 2021ª, 2021b; Ben-Yosef, Liss, *et al.* 2019; Ben-Yosef y Thomas 2023, todos con muchas referencias anteriores. Véanse también, p. ej., posteriores argumentaciones de Crowell 2021: pp. 36-37, 41-42; Maeir 2021; y una refutación de Finkelstein 2020; también Na'aman 2021; Bienkowski 2022. Véase el resumen general de Crowell 2021: pp. 8-16, con referencias a las importantes publicaciones de Glueck.

54. 54. La literatura sobre este tema es inmensa. Véanse solo unos pocos ejemplos, Garfinkel y Ganor 2008, 2010; Finkelstein y Fantalkin 2012; Finkelstein 2013: pp. 54-59; Garfinkel 2017, 2021; Na'aman 2017; Schipper 2019: p. 23; y Ussishkin 2022.

55. 55. Respecto a la inscripción de varias líneas, véanse, p. ej., Misgav, Garfinkel, y Ganor 2009; Galil 2010; Rollston 2011; también Donnelly-Lewis 2022. Respecto a la inscripción más reciente, véase, p. ej., Garfinkel *et al.* 2015.

56. 56. Véase previamente Cline 2009: pp. 25-27, fig. 4, con referencias; Rollston 2019: pp. 376-377.

57. 57. Kitchen 1973: pp. 280-282; Grimal 1988: p. 319; Mushett Cole 2016: pp. 69-70; Schipper 2019: pp. 27-28.

58. 58. Mushett Cole 2016: pp. 69-70, que cita a Dever 1993: p. 37.

59. 59. Kitchen 1973: p. 282; Grimal 1988: pp. 318-319; Clayton 1994: p. 181; pero ténganse en cuenta también las argumentaciones en Crowell 2021 citadas más arriba.

60. 60. Véase Reeves 1990: pp. 186, 191-192, con más referencias; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 188-207; Aston 2020: pp. 31-68, con referencias. Véanse también resúmenes en Grimal 1988: p. 318; Clayton 1994: p. 181; Snape 1996: p. 188; Mushett Cole 2016: pp. 68, 70.

61. 61. A. B. Edwards 1882ª: pp. 185-197, 1882b: pp. 113, 116; Wilson 1887: pp. 1-10; Gardner 1923: pp. 30-52; Kitchen 1973: pp. 277-278; Grimal 1988: pp. 290-291; Reeves 1990: pp. 186, 191-192; Clayton 1994: pp. 177-178; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 194-197, 204, 207; Snape 1996: pp. 188-190; Fagan 2004: pp. 194-198; Bickerstaffe 2010: pp. 13-36; Graefe y Belova 2010; Hawass 2010: p. 1; J. Thompson 2015: pp. 8-10; Dodson 2019: pp. 76-77; Aston 2020: pp. 31-68.

62. 62. Véase argumentación en Cline 2020: pp. 1-2, 85-91, con referencias; con anterioridad Yadin 1976; también Cantrell 2006; Cantrell y Finkelstein 2006; Franklin 2017.

63. 63. Véase argumentación en Cline 2009: pp. 43-46, 64-66, 2020: pp. 234-235, ambos con referencias; anteriormente Yadin 1970.

64. 64. Véase, p. ej., Finkelstein 1996, 1999, 2013; véase también la breve discusión en Cline 2009: pp. 43-46, 64-66, con referencias previas. Véase también, p. ej., Ortiz y Wolff 2021, que discrepan con Finkelstein y argumentan que los restos del Estrato 8 de Gézer «deben de datar ... más o menos del reinado de Salomón» (238); véanse también las recientes argumentaciones de Richelle 2018: pp. 82-83, 85-89; Garfinkel 2021; Garfinkel y Pietsch 2021.

65. 65. Véase ahora Rollston 2016: pp. 296-297; Bourogiannis 2018ª: pp. 73-74; Elayi 2018: pp. 117-122; Bunnens 2019b: p. 65; Doak 2019: pp. 660-661; Edrey 2019: p. 40; N'aman 2019b; Hodos 2020: pp. 40-41; López-Ruiz 2021: pp. 288-289; con anterioridad Markoe 2000: pp. 33-35; Aubet 2001: pp. 44-45; Abulafia 2011: pp. 66-67. Véanse también discusiones previas en Yadin 1970, 1976; Finkelstein 1996, 1999, 2013; Cantrell 2006; Cantrell y Finkelstein 2006; Cline 2009: pp. 43-46, 64-66, 2020: pp. 1-2, 85-91, 234-235, ambos con referencias; y Franklin 2017; Richelle 2018: pp. 82-83, 85-89; Garfinkel 2021; Garfinkel y Pietsch 2021; Ortiz y Wolff 2021.

66. 66. Todas las traducciones al inglés de la Biblia hebrea proceden de la versión NRSV.

67. 67. Sobre Ain Dara, véase, p. ej., Sader 2014: pp. 615-616, con referencias; también J. F. Osborne 2021: pp. 115-117, 200. El templo del yacimiento estaba seriamente dañado en enero de 2018, al parecer por la aviación turca, según informes de los medios de comunicación; véase, p. ej., Claire Voon, «Iron Age Temple in Syria Devastated by Turkish Air Raids», *Hyperallergic*, 9 de enero de 2018, https://hyperallergic.com/423867/ain-dara-temple-destroyed; Erika Engelhaupt, «Iconic Ancient Temple Is Latest Victim in Civil War», *National Geographic*, 30 de enero de 2018, https://www.nationalgeographic.com/history/article/syria-temple-ain-dara-destroyed-archaeology; Sarah Cascone, «Turkish Forces Nearly Destroy the Ancient Syrian Temple of Ain Dara», *Artnet News*, 30 de enero de 2018, https://news.artnet.com/art-world/destruction-ain-dara-1210982.

68. 68. Véase, p. ej., Markoe 2000: pp. 33-34; Aubet 2001: pp. 204-205; Lipiński 2006: pp. 181-182; recientemente Elayi 2018: pp. 121-123; Bunnens 2019b: pp. 60-61, con referencias previas; también Edrey 2019: p. 40; Roller 2019: pp. 645-646; Sader 2019b: pp. 127-128; Hodos 2020: pp. 57-58, 104, 143-144.

69. 69. Véase Kingsley 2021 y varios informes de los medios de comunicación, incluido Jarus 2021.

70. 70. Kitchen 1973: p. 283; Grimal 1988: p. 319; Clayton 1994: pp. 181, 184-185; Chapman 2009, 2015; Sagrillo 2015; Mushett Cole 2016: pp. 70, 72-74; Dodson 2019: pp. 77-81, 87-89, 95, 101-102, fig. 79; Höflmayer y Gundacker 2021.

71. 71. Kitchen 1973: pp. 286-287; Grimal 1988: pp. 319-322; Clayton 1994: pp. 183-184; Kuhrt 1995: pp. 626-628; Snape 2012: p. 431; Mushett Cole 2016: pp. 75-76; Dodson 2019: pp. 92-93.

72. 72. Véase también 2 Crónicas 12:2-9; el debate incluye, p. ej., Kitchen 1973: pp. 295-296; Clayton 1994: pp. 184-185; Cline 2004: pp. 38-41; Mushett Cole 2016: pp. 76-77, entre otros muchos.

73. 73. Véase, p. ej., Kitchen 1973: pp. 296-300; Clayton 1994: pp. 184-185; Ehrlich 1996: pp. 63-65; Finkelstein 2002; 2013: pp. 41-44, 76-77; Mushett Cole 2016: pp. 76-77; Dodson 2019: pp. 93, 95, figs. 66, 68, 70; Schipper 2019: pp. 30-31, 36-37. Véanse también las numerosas ponencias en James y Van der Veen 2015.

74. 74. Véase el debate completo del descubrimiento en Cline 2020 y de la propia inscripción en Cline 2000: pp. 75-82, con referencias anteriores halladas en ambos.

75. 75. Véase Cline 2011 y las páginas pertinentes en Cline 2020.

76. 76. Véase, p. ej., Kitchen 1973: pp. 294-295; Grimal 1988: pp. 322-323.

77. 77. Na'aman 2021: pp. 24-26.

78. 78. Véase Dodson 2023: pp. 297-307.

79. 79. Los resultados de la excavación se han publicado recientemente en un conjunto de cinco volúmenes (Mazar y Panitz-Cohen 2020), pero últimamente se han publicado artículos más breves y accesibles en la revista *Near Eastern Archaeology* en 2022; se citarán más adelante. Sobre la mención por parte de Sheshonq I, véase Mazar 2022b: pp. 122-123.

80. 80. Mazar 2022b: pp. 110-111, 114-115, 122.

81. 81. Toda la información que sigue se basa en el artículo extremadamente útil de Mazar, Panitz-Cohen y Bloch 2022: pp. 126-128, con referencias a las argumentaciones más generales publicadas por estos autores en otros lugares.

82. 82. Véase Mazar, Panitz-Cohen y Bloch 2022: pp. 128-129.

83. 83. Véase de nuevo Mazar, Panitz-Cohen y Bloch 2022: pp. 126-127.

84. 84. Mazar 2022b: p. 116; Mazar, Panitz-Cohen y Bloch 2022: p. 127.

85. 85. Sobre el escarabeo, véase el breve artículo de Levy, Münger y Najjar 2014 en *Antiquity*; sobre la campaña en esta zona, véanse también, p. ej., Finkelstein 2016: p. 118, 2020: p. 20; Crowell 2021: p. 364; Na'aman 2021: pp. 21-24. Sobre temas relacionados, véanse también Ben-Dor Evian 2017: p. 36; 2021: p. 11; Maeir 2022[a].

86. 86. Kitchen 1973: p. 292; Grimal 1988: pp. 322-323; Mushett Cole 2016: pp. 75-77; Dodson 2019: p. 95; contra, Clayton 1994: p. 186.

87. 87. Véanse, p. ej., Kitchen 1973: pp. 308-309; Mushett Cole 2016: p. 78 (que cita al Louvre AO.9502); Dodson 2019: p. 99.

88. 88. Kitchen 1973: pp. 309-310, 324-325; Grimal 1988: pp. 324-326; Clayton 1994: pp. 186-187; Kuhrt 1995: p. 628; Ben-Dor Evian 2011: p. 98; 2017: p. 36; Mushett Cole 2016: pp. 79, 81, 83; Dodson 2019: pp. 104, 109, 192; Muhs 2022: pp. 196-197, 199. Téngase en cuenta que el hecho de que no haya ninguna inscripción en la estatua podría ser accidental; como con las otras, solo nos ha llegado un fragmento de la estatua, y es posible que la inscripción fenicia tallada en ella no se haya conservado. Muhs 2022: pp. 200-201 destaca una serie de vasijas de piedra egipcias con inscripciones relacionadas con Osorcón II, Takelot II y Sheshonq III, que se encontraron en cementerios fenicios en el sur de España, y que, según él, fueron «traídas de Egipto por mercaderes fenicios y colonos».

89. 89. Cf. Kitchen 1973: pp. 331, 335; Grimal 1988: pp. 328-330; Clayton 1994: pp. 188-189; Kuhrt 1995: pp. 625, 628; Mushett Cole 2016: pp. 85-87, 89; Dodson 2019: pp. 114-115, 119-121, 124-125, 127, 192.

Capítulo 2

1. 1. Grayson 1987: pp. 309-311 (A.0.86.1); Neumann y Parpola 1987: p. 178, ap. A, n.º 1 (que cita a Borger 1964: p. 103, n.º 6); Kuhrt 1995: p. 358. Hay que destacar que Grayson prefiere traducir «el extenso ejército de los ahlamu» en vez de «las extensas hordas» de acuerdo con Borger; en cualquier caso, la idea es la misma; también he seguido a Eckart Frahm (comunicación personal) que traduce la primera palabra como «asesino» en lugar de «homicida» como hace Grayson. Obsérvese también que la «š» ha de pronunciarse como «sh» en las páginas que siguen.

2. 2. Oates 1979: p. 106; Postgate 1992: p. 249; Kirleis y Herles 2007: pp. 7-10; Younger 2016: p. 100; 2017: p. 198; J. F. Osborne 2021: pp. 36-40.

3. 3. Véanse de nuevo las referencias dadas más arriba. Sobre el desvío del Éufrates, véanse, p. ej., Reculeau 2011: p. 2, con referencias anteriores; Bryce 2016ª: p. 66.

4. 4. Neumann y Parpola 1987: p. 161; Postgate 1992: pp. 247, 249; Kirleis y Herles 2007: pp. 7-9; Bryce 2012: pp. 163-164; 2014: pp. 105-106; Younger 2016: *passim*; Bunnens 2019ª: pp. 351, 362.

5. 5. Grayson 1987: pp. 309-322 (A.0.86.1-14); Jeffers 2013: pp. 10-11; Radner 2018: p. 2.

6. 6. Véase Grayson [1975] 2000: p. 164 (n.º 21 ii, líneas 6-7 y 8-13, respectivamente, para el primer y segundo enfrentamiento); véase también Brinkman 1968: p. 110; Frame 1995: p. 11; Glassner 2004: pp. 186-188, con citas previas; Jeffers 2013: p. 213; Younger 2017: pp. 199-200, 212 y n. 90.

7. 7. Brinkman 1968: pp. 3-4, 17; Kuhrt 1995: p. 477; Grayson [1975] 2000; Schneider 2014: p. 99, que cita a Glassner 2004; Frahm 2017: p. 163.

8. 8. Schneider 2014: p. 99; véase también Kuhrt 1995: pp. 473-477; Grayson 2005; Frahm 2017: p. 163; Frahm 2019.

9. 9. Schneider 2014: pp. 98-99; véase también Kuhrt 1995: pp. 473-477.

10. 10. Jeffers 2013: pp. 75-76, con referencias anteriores y documentación.

11. 11. Véanse, p. ej., las argumentaciones en Cline 2017: pp. 52-65 (cap. 4), con referencias completas; véase también Frahm 2023: pp. 4-14.

12. 12. Véase Frahm 2023: pp. 24-25 para comentarios similares; también Reculeau 2011 para un ejemplo de cosecha de grano registrada en textos asirios, aunque del siglo XIII a. C.

13. 13. Traducciones de Foster 2005: p. 382. Véase Brinkman 1968: pp. 88-89, 104-106; Frame 1995: p. 11; Potts 1999: pp. 252-253; Foster 2005: p. 376; Jeffers 2013: pp. 24-25; Liverani 2014: p. 458; Bryce 2016ª: pp. 65-66; véase también Cline 2014, 2021. Las fechas para Nabucodonosor I pueden variar en un año o dos, dependiendo del estudioso (p. ej., 1126-1105 BC).

14. 14. Brinkman 1968: pp. 106-108, 112-113; Oates 1979: p. 105; Frame 1995: pp. 11, 33-35; Kuhrt 1995: pp. 375-376; Potts 1999: p. 253; Foster 2005: p. 383. Según Frame, el kudurru fue hallado «en la sala 50 del templo del dios Shamash en Sippar por Abd-al-Ahad Thoma en 1882 y ahora está en el Museo Británico (BM 90858; 82-5-22,1800)».

15. 15. Traducción al inglés de Foster 2005: p. 383. Véase también previamente Brinkman 1968: pp. 106-108; Oates 1979: p. 105; Frame 1995: pp. 33-35; Kuhrt 1995: pp. 375-376.

16. 16. Potts 1999: pp. 233, 236-238, 240-241, 247, 252-263; Foster 2005: pp. 376-380, 385-387; véase también Álvarez-Mon 2013: pp. 457, 471; Waters 2013: pp. 478-479; también Kuhrt 1995: pp. 372-373.

17. 17. Brinkman 1984: pp. 172-175.

18. 18. Véase Grayson 1987: pp. 305-308 para las pocas inscripciones que podrían fecharse con vacilaciones en el reinado de Aššur-dan I. Ninguna de ellas puede ser considerada un registro de proezas o acontecimientos sucedidos durante su reinado. Véase también Jeffers 2013: pp. 3, 10-11; también Postgate 1992: p. 248 para las fechas de reinado.

19. 19. Frahm (comunicación personal, 24 de febrero de 2023). Sin embargo, señala también que «a partir de los textos administrativos, queda claro que el sistema provincial de Asiria estaba en gran medida intacto bajo Tiglat-Pileser I (lo cual es) un argumento en contra de que Asiria hubiese experimentado un acusado declive durante las décadas previas». En cuanto a escribir en materiales como el plomo o la madera, Bryce (2012: pp. 57, 60) y Fuchs (2017: p. 254) sugieren que esta podría ser una posibilidad también para los neohititas, puesto que se han encontrado unos pocos ejemplos luvitas escritos en tiras de plomo en contextos ligeramente posteriores en yacimientos como Zincirli y Kululu (véase también J. F. Osborne 2021: pp. 20-21, 45, 51); también es una posibilidad en cuanto a las primitivas inscripciones griegas.

20. 20. Finné *et al.* 2019: p. 859 (véase también p. 855 y fig. 2); Kaniewski *et al.* 2019a, esp. pp. 6-9 y figs. 4-6, 2019b, 2020.

21. 21. Brinkman 1968: p. 92; Neumann y Parpola 1987: p. 178, ap. A, n.º 2; Grayson 1991: p. 43 (A.0.87.4) y véase también p. 37 (A.0.87.3), en la que el número no queda claro; Kuhrt 1995: pp. 358-361; Grayson 2005; Fales 2011: p. 11; Bryce 2012: pp. 197-201; Jeffers 2013: pp. 10-11; Liverani 2014: pp. 463-466; Younger 2016: pp. 36, 85, 168-169, 171; 2017: pp. 200-201, 206-207; Radner 2018: p. 9; Düring 2020: p. 136; J. F. Osborne 2021: pp. 39-40. Téngase en cuenta la nueva datación del Obelisco Roto en su reinado en lugar del de su hijo Aššur-bel-kala (Mahieu 2018: pp. 79-86; Shibata 2022; Frahm 2023: p. 444n3), y véanse también Grayson 1991: pp. 87, 99-105 (A.0.89.7); Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y p. 179, ap. A, n.º 8; Frame 1995: p. 50; Kirleis y Herles 2007: pp. 9-10; Fales 2011: pp. 18, 31; Liverani 2014: p. 443; Radner 2015: p. 69; Younger 2016: pp. 37, 85, 181; Frahm 2023: pp. 86-87.

22. 22. Grayson 1991: p. 41 (A.0.87.4) y 52 (A.0.87.10).

23. 23. Grayson 1991: p. 14 (A.0.87.1).

24. 24. Grayson 1991: pp. 14-25 (A.0.87.1), con cita sacada de la p. 14.

25. 25. Grayson 1991: pp. 30-31 (A.0.87.1).

26. 26. Grayson 1991: p. 23 (A.0.87.1); véase también una versión abreviada en una segunda inscripción: Grayson 1991: p. 34 (A.0.87.2). Véase también Younger 2016: pp. 167; 2017: pp. 202-203.

27. 27. Grayson 1991: p. 13 (A.0.87.1). Sobre los arameos como archienemigos, véanse, p. ej., Grayson 1991: p. 5; Jeffers 2013: pp. 10-12; Younger 2017: p. 208; Düring 2020: p. 136.

28. 28. Grayson 1991: p. 37 (A.0.87.3), 42 (A.0.87.4), 53 (A.0.87.10), 98 (A.0.89.6), 103-105 (A.0.89.7) y 108 (A.0.89.10); Frame 1995: p. 50; Kuhrt 1995: p. 361; Sherratt 2003: p. 52; Bryce 2014: pp. 114, 116; Rollston

2016: p. 295; Fales 2017: p. 218; Younger 2017: p. 205; Elayi 2018: pp. 107-108; Monroe 2018: pp. 237, 255-256; Sader 2019b: pp. 34-35; Hodos 2020: p. 143; Regev 2021: p. 68, también en particular Frahm 2009: pp. 11, 28-32; 2011: pp. 61-62, 2023: pp. 86-87, 444 n. 3, también otra vez Mahieu 2018 y Shibata 2022 para argumentaciones sobre la nueva datación del Obelisco Roto en este período y temas relacionados. Sobre la identificación del faraón con Ramsés XI, que se basa en las fechas de este gobernante, véanse, p. ej., Kitchen 1973: p. 252; Frahm 2009: p. 31; Koch 2021: p. 72; Shibata 2022: p. 121. Sobre la identificación del «hombre de río» como foca monje, véase Nahm 2022: pp. 236-237; estoy en deuda con Christopher W. Jones por hacer que me fijara en esto.

29. 29. Grayson 1991: p. 37 (A.0.87.3), 44 (A.0.87.4) y 57 (A.0.87.11); véase p. ej., K. Yamada 2005, para una breve consideración sobre lo que podía ser un *nahiru*; véanse también Bryce 2012: pp. 200-201, 2014: p. 116; Broodbank 2013: p. 459 (que sugiere que se trata de un «cachalote»); Younger 2016: p. 172; 2017: p. 205; Elayi 2018: p. 104-106 (que sugiere que era un hipopótamo); Monroe 2018: p. 217; también DeGrado 2019: p. 109 y n. 14, que está de acuerdo en que se trata de un hipopótamo y proporciona argumentación al respecto. Obsérvese que Fales (2017: pp. 218-220, con referencias) cubre todas las posibilidades: «La identificación del nāḫiru todavía sigue siendo objeto de polémica, con un amplio espectro de soluciones (hipopótamo, delfín, tiburón, foca, morsa, foca monje, cachalote, orca [ballena asesina], ballena jorobada, ballena dentada, cetáceo)».

30. 30. Louisa Loveluck y Mustafa Salim, «From Cradle to Grave: Where Civilization Emerged between the Tigris and Euphrates Climate Change Is Poisoning the Land and Emptying the Villages», *Washington Post*, 21 de octubre de 2021.

31. 31. Younger 2016: pp. 158, 165; 2017: p. 196; Frahm 2017: pp. 165-167.

32. 32. Fales 2011: p. 14, que cita a Liverani 1988ª: p. 657; véase también Liverani 2014: p. 467.

33. 33. Brinkman 1968: pp. 124-130; Oates 1979: p. 106; Grayson [1975] 2000: pp. 164-165 (n.° 21 ii, líneas 14-24); Grayson 1991: pp. 43-44 (A.0.87.4) y 53 (A.0.87.10); Frame 1995: p. 38; Jeffers 2013: pp. 10-11, 214-224, 233-244, 252-254; Younger 2016: p. 173; 2017: pp. 210, 212-217, 221-222.

34. 34. Véanse Grayson 1991: pp. 43-44; 2005; Millard 1994; Kuhrt 1995: p. 477; Younger 2016: pp. 173-174, 2017: pp. 210, 221-222; Frahm 2017: pp. 162-163. Younger ofrece estas fechas absolutas citando a Jeffers 2013: pp. 120-128, 185-210, que se enzarza en una detallada argumentación de por qué deberían considerarse correctas estas fechas epónimas.

35. 35. Grayson 1991: pp. 44-45 (A.0.87.4), 54-55 (A.0.87.10), y véanse también inscripciones fragmentarias (p. ej., A.0.87.5, 8, y 11); Jeffers 2013: p. 45; Elayi 2018: pp. 106-107.

36. 36. Brinkman 1968: pp. 387-388; Grayson [1975] 2000: p. 189; 1991: p. 5; Neumann y Parpola 1987: pp. 176, cuadro 2, y 178, ap. A, n.º 4; Glassner 2004: pp. 188-191; Radner 2015: p. 68; Younger 2016: p. 174; 2017: pp. 218-220; Frahm 2023: p. 87.

37. 37. Brinkman 1968: pp. 387-388; Grayson [1975] 2000: p. 189; Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y pp. 178-179, ap. A, n.º 5; Kuhrt 1995: p. 361; Jeffers 2013: p. 254; Younger 2016: pp. 174-176; 2017: pp. 200, 220; Frahm 2023: p. 87. Posiblemente, tanto esta pérdida de la cosecha como la anterior hambruna fueron provocadas por un cambio climático, según algunos estudiosos (véase esp. Kirleis y Herles 2007: pp. 12-13, citado por Younger), lo cual parece correcto a la luz de los datos que han aparecido desde entonces en otros lugares (véase, p. ej., resumen en Cline 2014, 2021).

38. 38. Grayson 1991: pp. 86, 92 (A.0.89.2), 96 (A.0.89.4), 108 (A.0.89.10); Frame 1995: p. 50; Kuhrt 1995: p. 361; Elayi 2018: pp. 107-108; Monroe 2018: p. 256. Véanse de nuevo Mahieu 2018 y Shibata 2022 para debates sobre la nueva datación de la Estela Rota y otras inscripciones de tiempos de Tiglat-Pileser I.

39. 39. Brinkman 1968: pp. 189, 387-389; Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y pp. 179-180, ap. A, n.os 9-12, con referencias anteriores; Kuhrt 1995: p. 362.

40. 40. Brinkman 1968: pp. 189, 388; Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y p. 180, ap. A, n.º 12.

41. 41. Oates 1979: p. 108; Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y pp. 180-181, ap. A, n.os 13-15.

42. 42. Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2, y p. 181, ap. A, n.º 15; Grayson 1991: pp. 131, 134-135 (A.0.98.1); Postgate 1992: pp. 248-250 y cuadro 1; Kuhrt 1995: pp. 479-481; Kirleis y Herles 2007: p. 13; Liverani 2014: p. 475; Radner 2015: p. 69; Younger 2016: pp. 221-224; Frahm 2017: pp. 167-168; 2023: pp. 88-92; Radner 2018: p. 11; Düring 2020: p. 144.

43. 43. Grayson 1991: pp. 142, 145; Kuhrt 1995: p. 482; Liverani 2014: pp. 475-476; Frahm 2017: p. 168; 2023: p. 93; Elayi 2018: pp. 108-109. Téngase en cuenta que su nombre a veces aparece como Adad-nerari II; p. ej., en Younger 2016: pp. 221, 234-235.

44. 44. Brinkman 1968: pp. 169-170, 180-182; Grayson [1975] 2000: p. 166 (n.º 21 iii, líneas 1-11), 1991: pp. 148-155 (A.0.99.2), 156 (A.0.99.4); Bryce 2016ª: p. 67; Radner 2018: p. 11.

45. 45. Sinha *et al.* 2019: pp. 1-4 y fig. 3. Agradezco a Eckart Frahm por atraer mi atención hacia este estudio.

46. 46. Rassam 1897: pp. 200-201; véase Curtis y Tallis 2008: pp. 2, 7, 9-10. Sobre Rassam, Layard y Nínive véase Cline 2017: pp. 58-63. Sobre la identificación de Balawat como Imgur-Enlil, véase Tucker 1994.

47. 47. Rassam 1897: pp. 207-208, 210-212; citado también por S. Lloyd 1980: p. 151; Curtis y Tallis 2008: pp. 10-12. Véase King 1915: pp. 10-13 para las citas adicionales y otras afirmaciones de interés. Véase también Curtis y Tallis 2008: pp. 84-87 para copias de la correspondencia de Rassam con el Museo Británico durante 1878. Véase también el debate en Harmansah 2007: pp. 193-195, con referencias.

48. 48. King 1915: pp. 5, 9-12. Véase también Curtis y Tallis 2008: pp. 2-3, 9-10, 12-13, 17-18.

49. 49. Curtis y Tallis 2008: pp. 10-12.

50. 50. Curtis y Tallis 2008: pp. 2-3, 8, 15, 23, 85. Véase Grayson 1991: pp. 321-323, 345-351 (A.0.101.51 y A.0.101.80-97).

51. 51. Rassam 1897: pp. 214-215; S. Lloyd 1980: p. 152; Curtis y Tallis 2008: pp. 85-86.

52. 52. Véase, actualizado, Grayson 1991, Curtis y Tallis 2008: pp. 26, 32, 35, 37, 45, figs. 11-12, 17-18, 21-22, 37-38.

53. 53. Curtis y Tallis 2008: pp. 2-3, 17-18, 47. Sobre Mamu, originalmente una deidad sumeria, véase, de paso, Tucker 1994: p. 107.

54. 54. Curtis y Tallis 2008: pp. 19, 48-49.

55. 55. Curtis y Tallis 2008: pp. 19.

56. 56. Curtis y Tallis 2008: pp. 3, 19-20.

57. 57. Liverani 1988b: pp. 85-86, 91; Postgate 1992: pp. 255-256; Schneider 2014: pp. 99-100; Düring 2020: pp. 144-145, 152; Frahm 2023: pp. 90-93.

58. 58. Sobre las distintas campañas, véanse Liverani 2014: p. 476; Frahm 2023: pp. 93-94; también Oates 1979: p. 108; Neumann y Parpola 1987: p. 176, cuadro 2; Grayson 1991: pp. 163-64, 169-170; Postgate 1992: p. 248 y cuadro 1; Kuhrt 1995: pp. 482-483; Bryce 2012: pp. 210-217; Schneider 2014: p. 100; Frahm 2017: pp. 168-169. Sobre Ziyaret Tepe, véanse MacGinnis y Matney 2009; Matney *et al.* 2017.

59. 59. Grayson 1991: pp. 189-190; Kuhrt 1995: pp. 483-484; Liverani 2014: p. 476; Schneider 2014: p. 100; Frahm 2017: p. 169, 2023: pp. 83-84, 95-96.

60. 60. Para la traducción al inglés, véase Grayson 1991: pp. 256-262 (A.0.101.19); Younger 2016: p, 183.

61. 61. Véase Taylor 1865: pp. 21-56; la cita se encuentra en pp. 22-23.

62. 62. Grayson 1991: p. 210 (A.0.101.1) y también repetido casi literalmente otra vez en el Monolito de Kurk (A.0.101.19), véase Grayson 1991: p. 260. Hay otros muchos ejemplos que también podrían citarse;

véase, p. ej., Grayson 1991: pp. 237-254 (A.0.101.17) para otra inscripción con descripciones detalladas de lo que se hizo después de una batalla; también Frahm 2017: p. 169.

63. 63. Neumann y Parpola 1987: p. 181, ap. A, n.° 16; Grayson 1991: pp. 213-216 (A.0.101.1), 243 (A.0.101.17); Kuhrt 1995: p. 484; Grayson 2005; Kirleis y Herles 2007: 13n27; Schneider 2014: p. 100; Radner 2015: p. 69; Bryce 2016a: p. 68.

64. 64. Grayson 1991: p. 189; Bryce 2012: p. 215; Liverani 2014: p. 480; Radner 2014b: p. 107, 2015: pp. 27-28, 32; 2016: p. 44; 2017: p. 213; 2018: pp. 11-12; Cline 2017: p. 58; Frahm 2017: pp. 169-170; 2023: pp. 95-97.

65. 65. Grayson 1991: p. 192; Fagan 2007: p. 115; Radner 2015: pp. 29-30, 35; Cline 2017: pp. 57-58, con más referencias; Larson 2017: pp. 586-588; Frahm 2023: pp. 97-99; véase también Layard 1849.

66. 66. Grayson 1991: pp. 268-276 (A.0.101.23), esp. 276; véase también, p. ej., pp. 227-228 (A.0.101.2); Kuhrt 1995: pp. 485-486.

67. 67. Radner 2015: pp. 35-37; 2016: p. 45; véase también Kuhrt 1995: pp. 486-487.

68. 68. Grayson 1991: pp. 3, 288-293 (A.0.101.30), esp. 292-293; Kuhrt 1995: pp. 486-487; Aubet 2008: pp. 183-184; Bryce 2012: p. 217; Podany 2014: pp. 100-101; Radner 2015: pp. 35-37; 2016: p. 44; Fales 2017: p. 224; Frahm 2017: p. 170; 2023: pp. 95-96; Monroe 2018: pp. 258-259; Bunnens 2019b: pp. 59, 63-64.

69. 69. Bryce 2012: pp. 217-218.

70. 70. Grayson 1991: pp. 218-219 (A.0.101.1), 226 (A.0.101.2); véanse también Kuhrt 1995: p. 485; Aubet 2001: p. 55; 2008: pp. 183-184; Schneider 2014: p. 100; Rollston 2016: p. 298; Fales 2017: pp. 221-224; Elayi 2018: pp. 129-131; Monroe 2018: pp. 256, 258-259; Bunnens 2019b: pp. 62, 66; DeGrado 2019: p. 109 y n. 14; Sader 2019b: p. 56; Hodos 2020: p. 143; Frahm 2023: pp. 104-105.

71. 71. Curtis y Tallis 2008: pp. 52, 57-58, 65, figs. 63-66, 79-80.

72. 72. Grayson 1996: p. 98 (A.0.102.25); Radner 2014b: p. 106; Frahm 2017: pp. 170-171. Véanse también King 1915: pp. 17-20 y Grayson 1996: pp. 27-32 (A.0.102.5) para la larga inscripción que acompaña a los relieves de las puertas de Balawat.

73. 73. Véase también, p. ej., Kuhrt 1995: pp. 488-489. Sobre el resumen con cifras numéricas, véase Grayson 1996: p. 55 (A.0.102.10).

74. 74. Brinkman 1968: pp. 191-200, 204-205; Grayson [1975] 2000: p. 167 (n.° 21 iii, líneas 22-34), 2005; Oates 1979: pp. 109-110; Bryce 2012: pp. 218-244; véanse también Kuhrt 1995: pp. 487-489, 577; Frahm 2017: pp. 171; 2023: pp. 110-111.

75. 75. Rassam 1897: p. 214; Kuhrt 1995: p. 487; Grayson 2005. En cuanto a la Banda III del Museo Británico, véanse King 1915: p. 23, láms. 13-18; Grayson 1996: p. 141 (A.0.102.66). Sobre la escena de Tiro y la mención de Tiro y Sidón, véanse también Aubet 2001: pp. 51, 55, 2008: pp. 183-184; Abulafia 2011: p. 69; Fales 2017: p. 226; Elayi 2018: pp. 134-135; Bunnens 2019b: pp. 59, 62, 66; Garnand 2020: p. 146. Téngase en cuenta que algunos (p. ej., Aubet 2001: p. 51; Abulafia 2011: p. 69) afirman que es concretamente el rey Itobaal de Tiro quien aparece representado, pero eso no es más que un deseo; no se le menciona en la inscripción y no queda claro quiénes son las figuras concretas.

76. 76. Sobre el fragmento del Museo de Arte Walters, véase Grayson 1996: p. 147 (A.0.102.84). Sobre la Inscripción monolítica, véase Grayson 1996: p. 17 (A.0.102.2). Véanse también las referencias mencionadas en la nota anterior, p, ej., Rassam 1897: p. 214; Aubet 2001: p. 55; 2008: pp. 183-184; Fales 2017: p. 226; Bunnens 2019b: pp. 59, 62, 66; Garnand 2020: p. 146.

77. 77. Véanse, p. ej., Fales 2011: p. 12 y Bryce 2012: pp. 163-165 sobre algunos de estos asentamientos. También Grayson 2005; Radner 2014ª: p. 84. Véase, p. ej., Grayson 1996: pp. 11-24 (A.0.102.2) para menciones de las distintas ciudades estado arameas contra las que combatió. Véase también Younger 2016; Düring 2020: p. 148.

78. 78. Radner 2014ª: pp. 71, 74; véase también p. 6 del mismo volumen.

79. 79. Véase Kuhrt 1995: pp. 487-488; Grayson 1996: pp. 11-24 (A.0.102.2), esp. 23-24; 2005; J. Miller y Hayes 2006: pp. 247, 292, 294 (texto n.º 3); Bryce 2012: pp. 175-177, 226-230; Schneider 2014: pp. 100-101; Frahm 2017: p. 171; 2023: pp. 109-110; Elayi 2018: pp. 134-135; Schipper 2019: pp. 40-41.

80. 80. Véase Grayson 1996: pp. 11-24 (A.0.102.2), esp. 23-24; 2005; citado por Bryce 2012: pp. 226-230; 2014: pp. 124-125; también Frahm 2023: p. 110. Véanse también Fales 2017: pp. 226-228; Monroe 2018: p. 259; Bunnens 2019b: p. 66; Sader 2019b: p. 82; Garnand 2020: p. 146. Sobre los regalos del faraón egipcio Osorcón II a Biblos y Samaria, así como la participación egipcia en Qarqar, véase, p. ej., Kitchen 1973: pp. 324-325, con referencias; también Muhs 2022: pp. 196-197, 199.

81. 81. Véase, p. ej., Grayson 1996: pp. 32-41 (A.0.102.6), esp. 36, y 42-48 (A.0.102.8), esp. 45; también una gran tablilla de piedra en la muralla de Aššur, documentada por Grayson 1996: pp. 50-56 (A.0.102.10), esp. 52; y otros ejemplos enumerados por Grayson (*passim*). Sin embargo, en el Obelisco Negro, dice que el número de abatidos fue de «20.500» y en otro lugar la cifra es de «29.000»; véase, p. ej., Grayson 1996: pp. 65 (A.0.102.14) y 75 (A.0.102.16). Véase también la argumentación completa en S. Yamada 2000; Grayson 2005.

82. 82. King 1915: pp. 29-30, láms. 48-53; Grayson 1996: pp. 144-145 (A.0.102.76).

83. 83. Grayson 1996: pp. 48, 54, 60 (compárense A.0.102.8 y A.0.102.12 con A.0.102.10); Lipiński 2006: p. 180.

84. 84. Sobre todo esto, véanse indistintamente Kitchen 1973: p. 327; Grayson 1996: p. 151 (A.0.102.89); Aubet 2001: p. 55; Miller y Hayes 2006: p. 307 (texto n.º 5); Fales 2017: p. 228; Dodson 2019: pp. 109, 192; Sader 2019b: p. 129.

85. 85. Bryce 2012: pp. 39, 153-154, 239-241; 2016b: pp. 67-69, 74; J. F. Osborne 2021: pp. 65-66.

86. 86. Estas distintas campañas están enumeradas en múltiples inscripciones de Salmanasar III; una de ellas está representada en la Banda XIII de las puertas de Balawat, con escenas gráficas de la captura de ciudades. Véase, p. ej., Grayson 1996: pp. 5-6 y *passim*, esp. 48-49 (A.0.102.9), 50-56 (A.0.102.10), esp. 54, así como 58-61 (A.0.102.12), esp. 60, y 62-71 (A.0.102.14 = el Obelisco Negro), esp. 67. Véase también King 1915: p. 34, láms. 72-77; Na'aman 1995; Grayson 2005; Miller y Hayes 2006: p. 292; Bryce 2012: pp. 175-177, 237-238; 2014: pp. 126-127, 236-237; Schneider 2014: p. 101; Frahm 2023: p. 110.

87. 87. Véase mi análisis previo respecto a este tema, y los paralelos bíblicos, en Cline 2000: pp. 82-88. Véanse también Biran y Naveh 1993, 1995; Schniedewind 1996; Na'aman 2000, 2006; Sergi 2017; Richelle 2018: pp. 31-32; Schipper 2019: p. 42; Younger 2020. Téngase en cuenta que Arie (2008: pp. 34-38) plantea que Hazael erigió la inscripción cuando (re)construyó la ciudad, más que simplemente conquistarla. Esta propuesta ha sido rebatida por Thareani (2016b, 2019ª, 2019b). Sobre Hazael y los arameos en el Levante meridional en general, véanse Finkelstein 1999, 2013: pp. 119-126; Kleiman 2016; Sergi 2017; Sergi y Kleiman 2018; Younger 2020.

88. 88. Véanse, p. ej., argumentaciones en Schniedewind 1996; Na'aman 2006, con referencias; Finkelstein 2013: p. 85. Véase también 1 Reyes 19:17, por lo que estoy agradecido a Chris Rollston.

89. 89. Sobre el encarcelamiento de Hazael, la matanza de sus hombres y la captura de sus carros y cabalgaduras, véase Grayson 1996: pp. 58-61 (A.0.102.12), esp. 60; véase también, simplemente sobre la matanza y captura, pero sin el encarcelamiento, pp. 62-71 (A.0.102.14 = el Obelisco Negro), esp. 67; también Frahm 2017: p. 171.

90. 90. Sobre la trinchera de asedio y la destrucción de Gat por parte de Hazael, véanse Maeir y Gur-Arieh 2011, con muchas referencias previas; Kleiman 2016: pp. 63, 67-69; Maeir 2017ª, 2017b, 2022d: pp. 230-231; Ben-Yosef y Sergi 2018; Gur-Arieh y Maeir 2020; Chadwick 2022. Sobre su destrucción de Gat en general, tal como documenta el relato bíblico, véanse, p. ej., Ehrlich 1996: pp. 72-74; Levin 2017.

91. 91. Mazar 2022ª: p. 86; 2022b: pp. 110-111, 122-123; Mazar y Mullins 2022: p. 146; Panitz-Cohen y Mazar 2022: pp. 144-145.

92. 92. Sobre Hazael y el fin de la producción de cobre en el Uadi Faynan y el valle de Arabá, véanse, p. ej., Fantalkin y Finkelstein 2006: pp. 30-32; Finkelstein 2013: p. 126; 2020: pp. 21-22; Ben-Yosef y Sergi 2018; Crowell 2021: p. 42; Maeir 2021. Estas actividades y el cese de la ruta del cobre desde Faynan pudo haber afectado a lugares tan alejados como Tel Dor, en la costa; véase Arkin Shalev *et al.* 2021: p. 146. Sobre la posibilidad de una repentina falta de combustible disponible para los hornos, véase ahora Cavanagh, Ben-Yosef, Langgut 2022.

93. 93. Sobre las traducciones, véanse Bron y Lemaire 1989; Eph'al y Naveh 1989; Na'aman 1995, todos con referencias anteriores. Sobre el tema en general, véanse recientemente Bourogiannis 2018ª: pp. 57-58; 2020: pp. 171-172; 2021: p. 103, con referencias anteriores; López-Ruiz 2021: pp. 185-186; J. F. Osborne y Hall 2022: pp. 6-7. Véanse previamente, S. P. Morris 1992ª: p. 147; Kourou 2004: pp. 17-18; 2008b: p. 367.

94. 94. Véase de nuevo Kourou 2004: pp. 17-18; 2008b: p. 367 y las demás referencias citadas más arriba.

95. 95. Sobre la interpretación, véanse de nuevo Bron y Lemaire 1989; Eph'al y Naveh 1989; Na'aman 1995.

96. 96. Schneider 2014: p. 101. Con respecto al Obelisco Negro, véase Grayson 1996: pp. 62-71 (A.0.102.14); para la descripción e inscripción relativas a Jehú en particular, véanse Grayson 1996: p. 149 (A.0.102.88); Postgate 1992: pp. 253, fig. 3, y 255; originalmente Layard 1849: lám. 53. Véanse también Kuhrt 1995: p. 488; Grayson 2005; Miller y Hayes 2006: pp. 236, 247, 307 (texto n.º 5); Fagan 2007: pp. 122-123; Younger 2016: pp. 613-618; Cline 2017: pp. 57-58, con más referencias; Frahm 2017: p. 171; 2023: p. 110; Schipper 2019: pp. 41-42.

97. 97. Véanse Grayson 1996: pp. 209-212 (A.0.104.7), esp. 211; Miller y Hayes 2006: pp. 238, 247; Bryce 2012: pp. 50-52, 245; Schneider 2014: p. 101; Fales 2017: pp. 228-229; Frahm 2017: pp. 174-175; Elayi 2018: pp. 136-137; Bunnens 2019b: p. 67; Sader 2019b: p. 66. Sobre las fechas de Joás/Jehoás, rey de Israel (no confundir con el rey anterior de Judá que tenía el mismo nombre), véase Miller y Hayes 2006: p. 222.

98. 98. Ehrlich 1996: pp. 81-85, 168-171; Grayson 1996: pp. 212-213 (A.0.104.8), esp. 213; Bryce 2012: pp. 50-51; Ben-Shlomo 2014: p. 717; Schneider 2014: p. 101; Fales 2017: pp. 228-230; Bunnens 2019b: p. 67; Na'aman 2021: pp. 19-20.

99. 99. Sinha *et al.* 2019.

Capítulo 3

1. 1. Estoy en deuda con Brien Garnand y Chris Rollston sobre estos aspectos (comunicación personal, 10 y 12 de julio de 2022); véase también López-Ruiz 2022: p. 37.

2. 2. Heródoto II.49, V.57-58; traducción inglesa según A. D. Godley, 1920. Véase también Flavio Josefo, *Contra Apión* 1.6; Tácito, *Anales*, XI.14. Véanse, p. ej., Bourogiannis 2018b: p. 236; Elayi 2018: p. 96; más recientemente Rollston 2019: pp. 384-385; Bendall y West 2020: pp. 67-68. Véanse también Quinn 2018ª: p. xv; López-Ruiz 2021: pp. 234-236.

3. 3. Diodoro Sículo, *Bib. hist.* III.67.1; traducción al inglés según Oldfather 1933. Véanse otra vez Bourogiannis 2018b: p. 236; Rollston 2019: pp. 384-385; Sader 2019b: pp. 151-155, 268-269.

4. 4. Diodoro Sículo, *Bib. hist.* V.74.1; traducción al inglés según C. H. Oldfather. Véanse otra vez Bourogiannis 2018b: p. 236; Rollston 2019: p. 384-385.

5. 5. Estoy en deuda con Chris Rollston por sus ideas acerca de esta cuestión (comunicación personal, 12 de julio de 2022); destaca que el hebreo y el arameo (y las lenguas relacionadas) tenían un incipiente sistema para marcar las vocales largas, pero no las cortas. Sobre la estandarización del alfabeto por parte de los fenicios antes de difundirlo por todo el Mediterráneo, y su relativa facilidad de uso, véase Rollston 2016: pp. 276, 278; 2019: pp. 374-378, 384-385; 2020: p. 76; también Liverani 2014: pp. 390-391; Bourogiannis 2018b: pp. 236, 238, 241; 2021: p. 100; Elayi 2018: p. 96; Sader 2019b: pp. 151-155, 315; Steele 2020: pp. 260, 263-265; López-Ruiz 2021: pp. 228-229. El alfabeto fenicio fue descifrado ya en 1758; véase Quinn 2018ª: p. 17.

6. 6. Estrabón XVI.2.23; traducción al inglés según H. L. Jones, 1932. Para reseñas y/o debates completos sobre los fenicios en las últimas décadas, véase Aubet 1993 (rev. 2001); Markoe 2000; Niemeyer 2006; y más recientemente, Elayi 2018; Monroe 2018; Quinn 2018ª, 2018b, 2019; Edrey 2019; Killebrew 2019; Sader 2019ª, 2019b: pp. 1, 251, 296-297, 315-316; López-Ruiz 2021; Regev 2021; véase también Katzenstein 1973. Véanse también breves menciones en Aubet 2008: p. 182; Broodbank 2013: p. 449; Liverani 2014: pp. 420-421, 423; Bell 2016: pp. 91-92, 101; Rollston 2016: p. 267; Bourogiannis 2018ª: pp. 43-44; Knodell 2021: pp. 181-183; previamente Kuhrt 1995: pp. 402-403.

7. 7. Sobre los fenicios y el tinte púrpura en general, así como su uso anterior tanto en el Egeo como en el Oriente Próximo, véase, p. ej., Sader 2019b: pp. 296-300, 315-316, con referencias anteriores, incluido Reese 1987, 2010; véase también Stieglitz 1994. Véanse ahora Veropoulidou, Andreou y Kotsakis

2008; Veropoulidou 2014; Apostolakou *et al.* 2016; López-Ruiz 2021: pp. 291-292; Gambash, Pestarino y Friesem 2022.

8. 8. Monroe 2018: p. 234; Quinn 2018b, también 2018ª: pp. xv, xviii, xxii-xxiv, 25-26, y *passim*, 2019: p. 672; Edrey 2019: pp. 4, 205; Sader 2019b: pp. 1-3; Hodos 2020: pp. 60-61; Regev 2021: pp. 5-6, 8-9, 14; Gilboa 2022: pp. 32-33; J. F. Osborne y Hall 2022: p. 15; López-Ruiz 2022: p. 28; anteriormente, p. ej., Sherratt 1994: p. 82; Aubet 2001: pp. 6-13. Para ejemplos de Homero y los fenicios, véase, p. ej., Sherratt 1994: p. 82 n. 34, 2010; Quinn 2018ª: pp. 48-49; Bendall y West 2020: p. 68; Sherratt 2020: p. 198; Regev 2021: p. 13; anteriormente Kuhrt 1995: p. 403; Winter 1995. Véase, p. ej., Bourogiannis 2018ª: pp. 46-47 (con referencias anteriores), que cita una serie de pasajes de la *Ilíada* y la *Odisea*, entre ellos *Il.* VI.289-292, XXII.741-745; *Od.* IV.83-84, IV.615-619, XIII.272-286, XIV.285-301, XV.415-425, XV.446, XV.450-456, y XV.461-483.

9. 9. Markoe 2000: pp. 14-15; Aubet 2001: pp. 16, 25; 2008: p. 182; Bell 2006: p. 113; 2016: p. 92 (que cita a Lehmann 2008); Sherratt 2010: pp. 122-126; 2019: p. 129; Abulafia 2011: p. 64; Broodbank 2013: p. 449; Liverani 2014: p. 420; Quinn *et al.* 2014; Rollston 2016: p. 267; Fales 2017: p. 208; Bourogiannis 2018ª: pp. 44-47; Monroe 2018: p. 263; Quinn 2018ª: p. 16; 2018b; Edrey 2019: pp. 5, 14-15, 20, 205-206, 222; Bunnens 2019b: pp. 58, 60; Ilieva 2019: pp. 66-67; Killebrew 2019; Lehmann 2019: p. 466; 2021: pp. 272-273; Sader 2019ª: p. 125; 2019b: pp. xii–xiv, 1-3, 6, 8-11, 313-314; Garnand 2020: pp. 140, 144; Manolova 2020: pp. 1198-1200; López-Ruiz 2021: pp. 9-11, 15-17; 2022: p. 31; Regev 2021: pp. 5-7; Gilboa 2022: pp. 31-32; S. P. Morris 2022: p. 100. Véase también Charaf 2020-2021 sobre las excavaciones de Tell Arqa en el Líbano y los breves debates que comprenden todo el Levante durante la Edad del Hierro I en Welton y Charaf 2019-2020, 2020-2021.

10. 10. P. ej., Bell 2006: pp. 92, 99, 113; Abulafia 2011: pp. 65-66; Liverani 2014: p. 420; Edrey 2019: pp. 218-220, 223; Ilieva 2019: p. 66; Sader 2019b: p. 4; López-Ruiz 2021: pp. 17, 80, 283-284; Gilboa 2022: p. 36; véase también previamente, p. ej., Aubet 2001: p. 25.

11. 11. Bell 2006: p. 113. Véanse también, p. ej., Sherratt y Sherratt 1993: pp. 364-365; Bikai 1994: p. 34; Bell 2006: p. 94; Fletcher 2012: pp. 212-213, con referencias previas; Bourogiannis 2013: pp. 141-142; 2018ª: p. 47; Bunnens 2019b: pp. 60, 70; Edrey 2019: p. 207; Manolova 2020: p. 1200.

12. 12. Monroe 2018: p. 260.

13. 13. Véase Taleb 2007, 2014: pp. 3, 5, 17, 31-32. Parece muy adecuado invocar aquí el término «antifrágil», puesto que Taleb —que nació en el Líbano— se refiere al «comerciante fenicio que hay en mí

(o, mejor dicho, al cananeo)»; véase Taleb 2014: p. 17. Véase el debate sobre Taleb y los «cisnes negros» anteriormente en Cline 2021.

14. 14. Sobre la canela, véanse Namdar *et al.* 2013; Finkelstein, Weiner y Boaretto 2015: p. 200; Gilboa y Namdar 2015; Finkelstein 2016: pp. 119-120 y fig. 3; Regev 2021: pp. 49, 133. Estos contactos debieron de implicar también a los filisteos, porque se han encontrado pruebas de la importación de plátanos en Tell Erani; véase A. Scott *et al.* 2020. Sobre los hallazgos en Safi, véase ahora Maeir 2022b, c. Para una importante visión general de este comercio, véase la inminente publicación de Maeir.

15. 15. Véase, p. ej., el catálogo en Sherratt 1994: pp. 86-88, que actualiza los catálogos originales de Waldbaum 1978, 1982 y Desborough 1972: p. 119. Véanse también Muhly y Kassianidou 2012: pp. 125-126, 134-135; Kassianidou 2014: pp. 264-265; Georgiou y Iacovou 2020: p. 1145; también anteriormente Crielaard 1998: p. 191.

16. 16. Véanse Karageorghis 1994: pp. 4-5; Sherratt 1994: pp. 60-61, 65-66, 83-85; 2003: pp. 43-44, 47-48; 2015: p. 77; también Snodgrass 1983: 285-294; 1994: pp. 167-168; R. Osborne 1996: pp. 25-27; Crielaard 1998: p. 191; Iacovou 2008: pp. 641-642; 2012: pp. 211-212; 2014c: pp. 799, 801; Kassianidou 2012: pp. 237-239; 2014: pp. 264-267; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 124, 134-135, con referencias previas; Broodbank 2013: p. 451; Georgiou y Iacovou 2020: pp. 1144-1145; también Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 976-978. Véase, no obstante, Schachner 2020b: p. 1121, para una breve argumentación de un planteamiento alternativo de que la tecnología pudo haberse desarrollado en la región cercana al lago Van durante los siglos XI y X a. C. Algunos estudiosos han sugerido que los fenicios facilitaron también la difusión de la tecnología del hierro, quizá como agentes secundarios que llevaron estos objetos al Egeo; véanse Bell 2016: p. 101; Fales 2017: pp. 249-250, 260; Erb-Satullo 2019: p. 567, con referencias previas; también brevemente Johnston y Kaufman 2019: p. 408.

17. 17. Por ejemplo, Estrabón, *Geografía* XII.3.19; Jenofonte, *Anábasis* V.v.1; Apolonio, *Argonáuticas* II, 1002-1008. Véanse también argumentaciones en, p. ej., Waldbaum 1978; Bryer 1982; Muhly *et al.* 1985: p. 74; Kostoglou 2010; Bebermeier *et al.* 2016; Erb-Satullo, Gilmour y Khakhutaishvili 2020.

18. 18. Véanse argumentaciones, todas con referencias, en, p. ej., Snodgrass 1967: p. 36; Muhly *et al.* 1985: pp. 70-71; Sherratt 1994: pp. 64-65; Cordani 2016; Hodos 2020: p. 37. Sobre el puñal con la hoja de hierro de la tumba de Tutankamón, véanse ahora Comelli *et al.* 2016; Matsui *et al.* 2022.

19. 19. Véase, p. ej., Snodgrass 1971: pp. 237-239; I. Morris 1989: p. 503; Bell 2006: p. 110; Chew 2007: pp. 103-104; Kassianidou 2014: p. 262; ahora Papadopoulos y Smithson 2017: p. 976, que reiteran los argumentos. Hoy en día, nuevos estudios muestran que aproximadamente un tercio del estaño encontrado

en el pecio del Uluburun, que naufragó *c.* 1300 a. C., procedía de fuentes de Uzbekistán y Tayikistán, mientras que el resto venía de yacimientos de Anatolia; véase Powell, Johnson, *et al.* 2021; Powell, Frachetti, *et al.* 2022.

20. 20. Véanse Oates 1979: p. 104, que cita una presentación no publicada de Snodgrass; también Snodgrass 1971: pp. 237-239; 1980: pp. 348-349, 368-369; 1994: pp. 167-168; Muhly 1980: pp. 47, 53; Waldbaum 1980: pp. 82-83, 90-91; Wertime 1980: p. 1; Karageorghis 1994: p. 4; Chew 2007: pp. 103-104. Véanse también los comentarios de Waldbaum 1999; Kostoglou 2010; Enverova 2012: pp. 25-27; y Erb-Satullo 2019: esp. pp. 580-581.

21. 21. Kassianidou 2014: pp. 265-267. Véase también Muhly y Kassianidou 2012: p. 134; Erb-Satullo 2019: pp. 558, 566-568, 572-574, 580-583, 593; también Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 976-978. Véase previamente, es decir, I. Morris 1989; Muhly 1992: pp. 17-18; Sherratt 2000: pp. 82-83; Dickinson 2006ª: pp. 144-145; Eliyahu-Behar *et al.* 2012: p. 55, 2013: p. 4319; Enverova 2012: p. 25; Kassianidou 2013: pp. 69, 71; Yahalom-Mack y Eliyahu-Behar 2015; Murray 2017: pp. 174-175, 261-263; Eliyahu-Behar y Yahalom-Mack 2018: p. 447; Knodell 2021: pp. 171-172.

22. 22. Erb-Satullo 2019: pp. 557-558, 574, 582-583, con referencias; anteriormente, p. ej., Snodgrass 1980: pp. 336-337; I. Morris 1989: pp. 502-506; Karageorghis 1994: p. 5; Sherratt 1994: p. 59; 2000: pp. 82-83; Chew 2007: p. 101; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 124, 135; véase también Johnston y Kaufman 2019: p. 408, sobre los fenicios, Chipre y la difusión de la tecnología del hierro.

23. 23. Muhly y Kassianidou 2012: pp. 124, 135, con referencias previas; véanse también Kassianidou 2012: pp. 231, 239-240; 2013: p. 52; Knodell 2021: pp. 171-172; previamente, por ejemplo, Snodgrass 1971: pp. 214-215; 1994: p. 168; Karageorghis 1994: pp. 4-5; Sherratt 1994: pp. 62, 66; 2015: p. 77; Enverova 2012: pp. 73-74; Broodbank 2013: p. 451.

24. 24. Snodgrass 1971: pp. 217-219, 229; 1994: pp. 167-168; Karageorghis 1994: pp. 4-5; Sherratt 1994: pp. 60-62, 68-75, y ap. 1; 2016: pp. 295-297; Dickinson 2006ª: pp. 146-147; Iacovou 2008: pp. 641-642; 2012: pp. 211-212; 2014b: p. 670; 2014c: pp. 799, 801-802; Enverova 2012: pp. 75-78, 81, 89-90; Kassianidou 2012: pp. 237-239; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 125-126, 134-135, con referencias previas; Broodbank 2013: pp. 450-451; Kearns 2015: pp. 37-38; Wallace 2018: p. 393; Georgiou y Iacovou 2020: p. 1145; Knodell 2021: pp. 172-173. Sobre posibles rutas comerciales entre Chipre y Cerdeña, véanse, p. ej., Blake 2014: p. 104; Saltini Semerari 2017: pp. 553-554; Sabatini y Lo Schiavo 2020.

25. 25. Sobre los problemas que afectaron a la cultura de la Terramaras, véase previamente Cline 2021: p. 153, que cita a Kristiansen 2018: pp. 100-103. Véanse también Cardarelli 2009; Palmisano, Bevan y

Shennan 2017; Dalla Longa 2019; Cupitò, Dalla Longa y Balista 2020; Palmisano, Bevan, *et al.* 2021; Parkinson *et al.* 2021; Molloy 2022: pp. 36-37, 45, 47 (versión en línea). Sobre Cerdeña y el fin de las estructuras constructivas *nuraghe* (que algunos consideran que continúan hasta *c.* 900 a. C.), véanse, p. ej., Tronchetti 2014; Gonzalez 2018: pp. 54-55; Bernardini 2020.

26. 26. Bell 2006: p. 113; véanse también Bell 2009: p. 38; Bourogiannis 2018ª: pp. 50-51.

27. 27. Véanse, p. ej., Muhly 1992: pp. 11-12, 14, 19; Sherratt 1992: pp. 327-328; H. W. Catling 1994: pp. 133-136; Deger-Jalkotzy 1994: pp. 16, 20; Iacovou 2002: pp. 84-85; 2006ª: pp. 325-327; 2006b: pp. 34-35; 2007: pp. 465-466; 2014c: p. 661; Janes 2010: pp. 127-128; Georgiou 2011: pp. 109-110, 118-122, 125; 2015: pp. 133-135, 138; 2017: pp. 207, 210-211, 217, 219; Cline 2021: pp. 127-130, con importantes referencias; Knapp y Meyer 2020: pp. 237-238.

28. 28. Véase Iacovou 2006ª: pp. 326-327; 2007: pp. 461-462; también Georgiou 2011: p. 125; pero, en contra, véase Rupp 1987, 1988, 1989, que tendía a considerar la situación de modo diferente (por lo menos durante la década de 1980). Para opiniones más recientes sobre los debates en torno a la continuidad, véanse, p. ej., Knapp y Meyer 2020; Kearns 2022: pp. 113-119, 130-150. Estoy en deuda con esta última por sus ideas sobre este asunto (comunicación personal, 2 de marzo de 2023).

29. 29. Véanse, p. ej., Muhly 1992: p. 14, con referencias anteriores; Coldstream 1994: pp. 144-146, pero después las argumentaciones de Iacovou 2005ª: pp. 128-129; 2012: pp. 207-212, 217, 2013: p. 17; 2014ª: pp. 103-104, 107; 2014c: p. 798; Karageorghis 1994: pp. 1-2, 6; también Voskos y Knapp 2008: pp. 659-665, 673, 676-679; Janes 2010: pp. 128-132; 2014: p. 571; Georgiou 2011: pp. 123-124; Counts y Iacovou 2013: pp. 10-11; Knapp 2014: pp. 39-43; Sherratt 2015: pp. 72-75.

30. 30. Mi agradecimiento a Brien Garnand por recordarme esto (comunicación personal, 10 de julio de 2022).

31. 31. Véanse Kaniewski, Van Campo, *et al.* 2013; Cline 2021: p. 159; previamente Sherratt 2003: pp. 51-52. Sobre Enkomi y Salamina, véanse, p. ej., Iacovou 2005b: pp. 25-27; Kourou 2019.

32. 32. Sobre el abandono de Kalavasos-Ayios Dhimitrios, Maroni-Vournes y otros lugares, véase Iacovou 2007: pp. 465-466; 2008: p. 631; 2012: p. 216; 2013: pp. 25-26; 2014b: pp. 662-663. Véanse también Georgiou 2011: pp. 116-117; 2015: p. 131; 2017: p. 210; Kassianidou 2014: p. 264; Georgiou y Iacovou 2020: pp. 1142-1143; Knapp y Meyer 2020: p. 238.

33. 33. Con respecto a Idalion, véase, p. ej., Georgiou 2011: pp. 117-118; 2015: pp. 132-133; 2017: pp. 209-210; Iacovou 2005b: p. 31. En relación con Amatunte, Kition, Pafos y otras ciudades, véanse, p. ej., Iaco-

vou 1994: pp. 155-156; 2005b: pp. 28-29, 31-34; 2008: p. 638; 2013: p. 26; Satraki 2012: pp. 267-273; Janes 2013: pp. 154, 158; Georgiou 2017: p. 210. Sobre el abandono de Hala Sultan Tekke y Enkomi así como de la continuidad de Kition y Pafos, véase Iacovou 1994: pp. 153-154; 2005ª: p. 130; 2006ª: pp. 325-326; 2006b: pp. 35-36; 2007: pp. 466-467; 2008: pp. 635, 637; 2012: pp. 217-218; 2013: pp. 25-26, 28; 2014b: pp. 664-665, 667; también Sherratt 1992: pp. 328-329; Smith 2008: pp. 274-275; Georgiou 2011: pp. 116-117; 2015: pp. 131-134; 2017: pp. 209, 222; Satraki 2012: pp. 264, 270; Janes 2013: p. 155; 2014: pp. 572, 574, 579; Kassianidou 2014: p. 265; Georgiou y Iacovou 2020: pp. 1142-1143; Hodos 2020: p. 41; Knapp y Meyer 2020: p. 238. Véase también Petit 2019.

34. 34. Karageorghis 1983: pp. 59-76, véase también ap. 4. Para discusiones posteriores, véanse, p. ej., Sherratt 1992: p. 329; Deger-Jalkotzy 1994: p. 11; Iacovou 2006b: p. 38; 2008: p. 633; Voskos y Knapp 2008: pp. 674-675; Satraki 2012: p. 268; Janes 2013: pp. 146-147; Knapp 2014: p. 41; Kearns 2015: p. 29, fig. 1.4; Georgiou y Iacovou 2020: p. 1147; Steele 2020: pp. 256-257 y fig. 2.6.2; López-Ruiz 2021: pp. 252-253, 270-271.

35. 35. Sobre estos mitos fundacionales, véase esp. Iacovou 2006ª: p. 328; 2006b: pp. 44-46; 2007: p. 467; también Kearns 2015: p. 29, con referencias.

36. 36. H. W. Catling 1993: pp. 91-92; Crielaard 1998: pp. 187-191, 198-199; Kourou 2008ª: p. 364; Iacovou 2012: p. 214; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 124-125; Georgiou y Iacovou 2020: pp. 1145-1146.

37. 37. Popham, Touloupa y Sackett 1982; H. W. Catling 1993, 1995, 1996; I. Morris 1996: p. 3; Crielaard 1998: pp. 187-190, 198; Kourou 2008ª: pp. 363-365; 2016: pp. 54-55; Iacovou 2012: p. 214; Muhly y Kassianidou 2012: pp. 124-125; Georgiou y Iacovou 2020: pp. 1145-1146; S. P. Morris 2022: p. 104. Téngase en cuenta que Kourou 2008ª: pp. 363-364 dice «la tumba de Amari sugiere que, al parecer, hubo algún tipo de contacto directo en el siglo XI a. e. c. entre Creta y Chipre».

38. 38. Kourou 2008ª: p. 364.

39. 39. Muhly y Kassianidou 2012: pp. 125-126, 134-135; véase también Iacovou 2014c: pp. 799, 801. Véase Sherratt 1994: pp. 73-75, así como las entradas adicionales del catálogo en pp. 88-92, que actualizan los catálogos originales en Waldbaum 1978, 1982.

40. 40. Crielaard 1998: pp. 187, 192-193, 196; Iacovou 2008: pp. 641-642; Kourou 2008ª: pp. 363-364; 2012: p. 38; 2016: pp. 53-55; 2019: pp. 77-78; Satraki 2012: pp. 265-266; Arruda 2015: pp. 273-274; Pappa 2020; S. P. Morris 2022: p. 104.

41. 41. Crielaard 1998: pp. 193-194, 197-198.

42. 42. Kearns (comunicación personal, 2 de marzo de 2023); véase Kearns 2022: pp. 130-154 para un resumen actual.

43. 43. Kourou 2019: p. 78. Téngase en cuenta que, en 2016, Kourou había escrito: «A partir del siglo XI en adelante, empieza a desarrollarse gradualmente un nuevo patrón de viajes y redes comerciales, en las que finalmente se involucrarán los fenicios. El fenómeno puede seguirse mejor en Creta, donde se han encontrado numerosos objetos chipriotas y fenicios en contextos de la Edad del Hierro Antigua, mientras que el arte cretense con frecuencia muestra influencia chipriota o levantina» (Kourou 2016: p. 51).

44. 44. La fecha ha sido objeto de largos debates; véanse, p. ej., Wente 2003: p. 116 y Jeffers 2013: pp. 22-23. Véanse más detalles más abajo.

45. 45. Traducción inglesa de Wente 2003: pp. 116-124; recientemente se han vuelto a publicar otras traducciones del relato, Pritchard [1958] 2011: pp. 14-21; y Lichtheim 2019: pp. 561-568. [Traducción española de José M. Galán en *Cuatro viajes en la literatura del Antiguo Egipto* 2000.] Véanse también debates detallados con referencias adicionales, en Kitchen 1973: pp. 251-252; Dothan 1982: pp. 4-5; Clayton 1994: pp. 170-171; Hallo y Simpson 1998: pp. 284-285; Aubet 2001: pp. 356-362; Sherratt 2003: p. 52; Eyre 2012: p. 133; Broodbank 2013: pp. 445-448; Jeffers 2013: pp. 22-23; Ben-Dor Evian 2017: pp. 34-35; Elayi 2018: pp. 100-104; Dodson 2019: pp. 16-19; Yasur-Landau 2019: pp. 417-420; López-Ruiz 2021: pp. 284-285.

46. 46. Véanse, p. ej., Gilboa 2005, 2006-2007, 2015; Gilboa, Sharon y Boaretto 2008; Sharon y Gilboa 2013; Stern 2013; Yasur-Landau 2019; Arie 2020: p. 6. Sobre el nuevo descubrimiento de restos de un puerto de la Edad del Hierro en Dor, véanse ahora Arkin Shalev, Gilboa y Yasur-Landau 2019; Arkin Shalev, Galili, *et al.* 2021.

47. 47. Hay que tener en cuenta que hay diferencias entre las distintas traducciones al inglés; por ejemplo, Pritchard traduce el nombre del gobernador de Biblos como Zakar-Baal, en vez de Chekerbaal (aunque podría ser solo una diferencia de pronunciación), y también hay una diferencia entre «suave lino» y «rollos de papiro». Véase también Kuhrt 1995: p. 408 sobre los artículos (re)enviados a Unamón, y de nuevo Yasur-Landau 2019 sobre el tratamiento que recibe Unamón en Biblos.

48. 48. Véanse, p. ej., Wente 2003: p. 116; Ben-Dor Evian 2011: p. 97; Jeffers 2013: pp. 22-23. Véase también esp. Yasur-Landau 2019. Sobre los debates acerca de si se trata de un documento oficial de un viaje histórico real o un fragmento de ficción narrativa, véanse, p. ej., Markoe 2000: pp. 27-28; Aubet 2001: pp. 30-31, 114-117; Wente 2003: p. 116; Edrey 2019: p. 36; Sader 2019b: pp. 35, 81, 272; sobre la fecha del si-

glo XI a. C., véanse también Fales 2017: pp. 218-219; Sass 2002 sugiere que podría fecharse en el siglo X a. C.

49. 49. Véanse, p. ej., Pritchard 1978; Bikai 1978; Markoe 2000: p. 24; Aubet 2001: pp. 66-69; Bell 2006: p. 113. Véase el resumen conciso y útil de Aubet 2014; también Sader 2014, 2019ª: pp. 127-128, 2019b: pp. 17-20, 38-41; Killebrew 2019; Charaf 2020-2021.

50. 50. Otros yacimientos cercanos con restos fenicios en niveles de la Edad del Hierro son Tell Abu Hawam, Akko, Achziv, Atlit y Tel Keisan; véanse, p. ej., Fales 2017: p. 204; Killebrew 2019; Sader 2019ª: pp. 127-128; 2019b: pp. 31, 41-42; Hodos 2020: pp. 153-154; anteriormente Aubet 2001: pp. 66-69. Sobre Dor, véanse, p. ej., Gilboa 2005; Bell 2006: p. 99; Gilboa, Sharon y Boaretto 2008; Gilboa y Sharon 2008; Sharon y Gilboa 2013; Bell 2016: pp. 95-96; Gilboa, Waiman-Barak y Jones 2015; Fales 2017: p. 203; Sader 2019b: pp. 20-21, 42-44; Arie 2020: pp. 1, 3; Hodos 2020: pp. 97, 150-151; Gilboa 2022: p. 40. Sobre la utilización del término «Fenica del sur», véanse Lehmann 2019, 2021; Arie 2020: pp. 7-9. Respecto a Dor y al tesoro de plata en particular, véase, p. ej., Aubet 2008: p. 183, y véanse otra vez las fuentes citadas sobre los tesoros de plata, esp. C. Thompson y Skaggs 2013; Eshel, Yahalom-Mack, *et al.* 2018: p. 4, Ben-Yosef 2019ª; Eshel, Erel, *et al.* 2019; Sader 2019b: pp. 256, 315; Hodos 2020: pp. 144, 150-151; Wood, Bell y Montero-Ruiz 2020: p. 4, con referencias anteriores; López-Ruiz 2021: p. 99; Gilboa 2022: p. 43. Sobre el descubrimiento original, véase Stern 1998, 2001.

51. 51. Eshel, Gilboa, *et al.* 2021; véase también Ben-Yosef 2019ª.

52. 52. Allen 1977: pp. 157-162. Hay que destacar que esto da un vuelco al modelo original de expansión fenicia, tal como lo propuso Frankenstein en 1979; véase la argumentación en Monroe 2018: pp. 232-233, 247, 257-260, que describe el criterio anterior (es decir, que los fenicios estaban básicamente a expensas de los neoasirios, recogiendo materias primas para ellos, incluidos los metales, y que por estas exigencias se movían por todo el Mediterráneo) como el Paradigma de Presión asiria; también (brevemente) J. F. Osborne 2021: pp. 73-74; Regev 2021: p. 2. Compárese también Faust 2011 con Thareani 2016ª y véanse argumentaciones de Aubet 2001: pp. 88-91 con citas de académicos anteriores, pp. 281-283; 2008: p. 183; 2016; I. Morris 2006: p. 83; Fletcher 2012: pp. 211 (con referencias anteriores), 216-218; Broodbank 2013: pp. 482-484, 488-489, 491; Fales 2017: p. 271; Edrey 2019: pp. 206-208; Hodos 2020: pp. 77-78, 143-144. Véanse también las argumentaciones de, p. ej., C. Thompson y Skaggs 2013; Arruda 2015: p. 275; Bell 2016: pp. 98-100; Eshel, Yahalom-Mack *et al.* 2018; González 2018: pp. 39, 175-176; Monroe 2018: pp. 240-241; Wood 2018; Aubet Semmler 2019: pp. 75-78; Eshel, Erel *et al.* 2019; Sader 2019b: pp. 256, 275; Wood, Montero-Ruiz y Martinón-Torres 2019; Sherratt 2020: pp. 200-201; Wood, Bell y Monte-

ro-Ruiz 2020; Knodell 2021: p. 183; López-Ruiz 2021: pp. 27-28, 97-98, 100; Regev 2021: pp. 120-121; Gilboa 2022: pp. 35 n9, 43.

53. 53. Shalvi 2018, 2020; Stub 2020; Regev 2021: pp. 80-81. Hay que destacar que otros yacimientos de la región también tienen tiestos cerámicos teñidos y/o conchas de murex aplastadas en contextos que van del siglo XIII hasta el siglo VII a. C., entre ellos Akko, Dor, Abu, Hawam y Tel Kabri, como menciona con referencias anteriores Shalvi; véanse también Gilboa 2022: pp. 37, 44; Shalvi y Gilboa 2023.

54. 54. Véase Bell 2006: pp. 104, 113; 2009: pp. 36-37; 2016: pp. 97, 100-102, con referencias; también Gilboa 2005: pp. 62-63; Sherratt 2010: p. 130; 2019: pp. 132, 134-135; Kourou 2012: p. 37; Bourogiannis 2018ª: pp. 49-51, 53, 61, 73; Sader 2019b: pp. 267-268.

55. 55. Publicado por la doctora Patricia Bikai; véase Bikai 1978.

56. 56. Kourou 2012: p. 39, que cita en particular a Aubet 1993: p. 167; 2008: p. 250; véase también Kourou 2016: pp. 57-58; 2019: pp. 79-80.

57. 57. Véanse Kourou 2008ª: p. 366; Gilboa, Waiman-Barak y Sharon 2015; Bell 2016: p. 97; Bourogiannis 2018ª: pp. 73-74; Monroe 2018: pp. 245-246; Sader 2019b: p. 269; Hodos 2020: p. 107; S. P. Morris 2022: p. 106; para la publicación inicial, véase Bikai 2000; véase también, p. ej., Aubet 2001: p. 54.

58. 58. Véase, p. ej., Kourou 2012: p. 40. Sobre los distintos objetos fenicios y del Oriente Próximo en Creta y en la Grecia continental en estos contextos, véanse, p. ej., Sherratt y Sherratt 1993: p. 365; Hoffman 1997; Kourou 2000: pp. 1067-1070; Stampolidis y Kotsonas 2006: pp. 341-343, 346, 351, 355; Fletcher 2012: pp. 214-215; Broodbank 2013: p. 451; Bourogiannis 2018ª: pp. 54-66; Sogas 2019: pp. 408-414.

59. 59. Véase, p. ej., el resumen en Sader 2019b: p. 270, con referencias a anteriores publicaciones. Véanse previamente Waldbaum 1994; Crielaard 1998: p. 198; Fantalkin 2001; Coldstream y Mazar 2003; Satraki 2012: p. 266; Iacovou 2014c: p. 802; Fantalkin *et al.* 2015, 2020; Gilboa, Waiman-Barak y Jones 2015; Mazar y Kourou 2019; Hodos 2020: pp. 5, 98; también comentarios de Kourou 2008ª: pp. 364-366, 2016: pp. 57-58; 2019: pp. 79-80.

60. 60. Véase, p. ej., Janes 2013: p. 147; 2014: p. 571; también Satraki 2012: pp. 263-264; anteriormente Iacovou 2005b: p. 24. Véase, sin embargo, la disertación de Kearns (2015) y su reciente libro (Kearns 2022).

61. 61. Fales 2017: pp. 190-191; Bunnens 2019b: p. 58; Rollston 2019: pp. 375-377; Sader 2019b: pp. 81-82, 86, cuadro 3.2. No obstante, debería tenerse en cuenta que Benjamin Sass ha sugerido que algunos o todos estos tendrían que fecharse en el siglo IX (Sass 2005, 2021), pero su planteamiento ha sido, a su

vez, rebatido por Rollston (2008: pp. 57-61, 2010: pp. 24-27). De momento, he seguido la datación tradicional del siglo X a. C. para estos reyes.

62. 62. Véase Rollston 2016: p. 268. Sobre las cartas de Amarna desde Biblos, véase Moran 1992; también recientemente, p. ej., sobre Biblos en la Edad del Bronce Final, Kilani 2020.

63. 63. Traducción inglesa de Rollston 2016: p. 286; 2019: p. 376; 2020: p. 76; véase también Rollston 2008: p. 58; 2010: pp. 20-21, fig. 2.2. Pueden encontrarse referencias a anteriores publicaciones relativas al descubrimiento y posteriores discusiones en las publicaciones de Rollston, pero véanse también Kuhrt 1995: p. 404, con referencias; Elayi 2018: pp. 110-112; Doumet-Serhal 2019: p. 718.

64. 64. Véase Rollston 2008: pp. 59-60, con referencias.

65. 65. Traducción inglesa de Rollston 2016: p. 289; véanse también Rollston 2008: p. 59; 2010: p. 23, fig. 2.4, todos con referencias anteriores; Elayi 2018: p. 115. Véase otra vez Sass (2005, 2021), que los fecha a todos en el siglo IX, sugerencia que ha sido rebatida por Rollston (2008: pp. 57-61; 2010: pp. 24-27).

66. 66. Traducción inglesa de Rollston 2016: p. 288; véase también Rollston 2008: pp. 58-59; 2010: pp. 21-22, todos con referencias anteriores; previamente, p. ej., Kitchen 1973: pp. 308-309. Véase también Elayi 2018: pp. 114-115; Bunnens 2019b: p. 69; Muhs 2022: pp. 196-197.

67. 67. Traducción inglesa de Rollston 2016: p. 287; 2019: p. 376; 2020: p. 77; véase también Rollston 2008: p. 59; 2010: pp. 21-22, fig. 2.3, todos con referencias anteriores; también Elayi 2018: pp. 112-113; Richey 2019: p. 223, fig. 16.1.

68. 68. Traducción inglesa de Rollston 2016: p. 288; véase también Rollston 2008: p. 58, 2010: p. 21, todos con referencias anteriores; previamente, p. ej., Kitchen 1973: p. 292. Véanse también Elayi 2018: pp. 113-114; Bunnens 2019b: p. 69; Dodson 2019: p. 95; Muhs 2022: pp. 196-197.

69. 69. Véase, p. ej., Lipiński 2006: pp. 174, 176, 180; Aubet 2008: pp. 182-183; Bourogiannis 2018ª: pp. 49-50; Elayi 2018: pp. 122, 296 (cuadro 2); Bunnens 2019b: pp. 58-59; Na'aman 2019b: pp. 76, 82.

70. 70. Lipiński 2006: pp. 174, 176-177; Aubet 2008: p. 183; Bourogiannis 2018ª: pp. 49-50; Elayi 2018: pp. 131-133; Edrey 2019: pp. 41-43; Lehmann 2019: p. 470; Na'aman 2019b: p. 82; López-Ruiz 2021: p. 288.

71. 71. Como señala Rollston 2016: p. 298; véase también Elayi 2018: p. 132; Bunnens 2019b: p. 65; Doak 2019: pp. 663-664; Sader 2019b: pp. 128-129, 263; López-Ruiz 2021: p. 306; anteriormente Markoe 2000: pp. 37-39; Aubet 2001: pp. 46-47.

72. 72. Ya he argumentado esto anteriormente; véase Cline 2007, 2009, 2020, con referencias previas; véase también, por ejemplo, Schipper 2019: pp. 38-40. Para las publicaciones originales por parte de los

dos equipos, véanse Reisner, Fisher y Lyon 1924; Crowfoot y Crowfoot 1938; Crowfoot, Kenyon y Sukenik 1942; Crowfoot, Crowfoot y Kenyon 1957. Véase también Tappy 1992, 2001, además de numerosas publicaciones adicionales o menciones por parte de otros estudiosos (p. ej., Killbrew 2014: p. 738 sobre los marfiles).

73. 73. Aubet 1993: p. 42; 2001: pp. 51-52; 2008: p. 183; Bikai 1994; Iacovou 2005ª: pp. 131-132, con referencias; 2006b: p. 41; Bell 2006: p. 113; 2009: p. 37; Janes 2010: p. 129; Satraki 2012: p. 269; Fourrier 2013: pp. 113-114; Bourogiannis 2018ª: pp. 50-51, 74-75; Bunnens 2019b: p. 63; Sader 2019b: pp. 266-267; Sherratt 2019: pp. 134-135.

74. 74. Aubet 2008: p. 179; 2016; Fletcher 2012: p. 214; Arruda 2015: p. 273; Bell 2016: pp. 98-100; Eshel, Erel *et al.* 2019: pp. 1, 5, 8-11; Sherratt 2019: pp. 134-135; Garnand 2020: p. 147; Muhs 2022: p. 203. Sobre la inscripción de la piedra de Nora, que tiene una larga historia de erudición, véanse, p. ej., Aubet 2001: pp. 206-209, fig. 45; Monroe 2018: p. 246; Rollston 2019: pp. 376-377, con referencias anteriores; también Hodos 2020: pp. 185-186.

75. 75. Véanse, p. ej., Lipiński 2006: pp. 174, 180, 183; Na'aman 2019b: pp. 82-83; Sader 2019b: pp. 128-129, 138, cuadro 3.4; anteriormente, p. ej., Aubet 2001: p. 51. Véase también Grayson 1996: pp. 48, 54, 60 (compárese A.0.102.8 y A.0.102.12 con A.0.102.10).

76. 76. Aubet 2001: pp. 163, 214-218; 2008: pp. 179, 185; 2016: p. 258; Docter *et al.* 2005; Lipiński 2006: pp. 183-184; Abulafia 2011: p. 74; Broodbank 2013: p. 490; Bourogiannis 2018ª: pp. 52, 74-75; Elayi 2018: pp. 138-141; Quinn 2018ª: pp. xv, 2019: p. 679; Bunnens 2019b: pp. 59, 61; Roller 2019: p. 648; véanse Aubet Semmler 2019: p. 78; Garnand 2020: p. 147.

77. 77. Sobre todo lo que sigue, véase Ballard *et al.* 2002.

78. 78. Kourou 2016: pp. 59, 60-61.

79. 79. Kourou 2016: pp. 60-61.

80. 80. Crielaard 1998: p. 187; Kourou 2008ª: pp. 366-368; 2019: pp. 81, 89-90; Satraki 2012: p. 266; Janes 2013: p. 152.

81. 81. Kearns 2015: pp. 17-18, 138-139; 2019: pp. 272-273, 276-278, 280; 2022: pp. 130-154; véanse también estudios previos de Kaniewski y su equipo, incluido el de Hala Sultan Tekke (Kaniewski, Van Campo *et al.* 2013), que situaron el fin de la megasequía en dicha región aproximadamente en esta época.

82. 82. Kassianidou 2014: p. 267; Knapp y Meyer 2020: pp. 239-241, 243. Véanse también, p. ej., previamente Iacovou 2002: p. 85; Satraki 2012: pp. 263-264, 266-267; Finkelstein 2013: p. 127; Janes 2013: p. 147;

Hodos 2020: p. 61.

Capítulo 4

1. 1. Marchetti 2012: pp. 132-134; 2014: p. 36; Aro 2013: p. 234 n5; Dinçol *et al.* 2014b: pp. 143-144; Younger 2016: pp. 118-119; J. F. Osborne 2021: pp. 153-154.

2. 2. Véase de nuevo Marchetti 2012: pp. 132-134; 2014: p. 36; Dinçol *et al.* 2014b: pp. 143-144; Younger 2016: pp. 118-119.

3. 3. Dinçol, Dinçol, Hawkins y Peker 2012: p. 145; Marchetti 2012: pp. 144-146; Weeden 2013: p. 10; Dinçol *et al.* 2014ª: p. 128; Hawkins y Peker 2014: p. 107; Hawkins y Weeden 2016: pp. 11-12; Younger 2016: p. 119. Véase también Simon 2012, para una opinión divergente respecto a la identificación de Sura, con muchas referencias previas.

4. 4. Traducción de Peker 2016: p. 16; véanse previamente Dinçol, Dinçol, Hawkins y Peker 2012: p. 145; Dinçol *et al.* 2014b: p. 148. Véanse también Marchetti 2012: pp. 144-146; Weeden 2013: pp. 8-10; Dinçol *et al.* 2014b: p. 147; 2014b: pp. 128-130; Younger 2016: p. 119.

5. 5. Hawkins 2000: pp. 80-82 (Karkamiš A4b); Marchetti 2012: pp. 144-146; Dinçol, Dinçol, Hawkins y Peker 2012: p. 145; Dinçol *et al.* 2014b: pp. 143-144, 151; 2014b: p. 128; Hawkins y Weeden 2016: p. 11; Younger 2016: p. 119.

6. 6. Véanse, p. ej., Hawkins 2000: pp. 76-77; Gilibert 2011: p. 12; Bryce 2012: pp. 89-91, 202; Aro 2013; Marchetti y Peker 2018: p. 98; Bryce 2020: p. 108; J.F. Osborne 2021: p. 100; y todas las referencias adicionales citadas en la nota siguiente.

7. 7. Hawkins 1995, 2000: pp. 76-77; Gilibert 2011: p. 12; Marchetti 2012: pp. 144-146 y cuadro 2; Dinçol *et al.* 2014ª: p. 130; 2014b: p. 150; Hawkins y Peker 2014: pp. 107-108; Brown y Smith 2016: pp. 23-25; Marchetti y Peker 2018: p. 98; J. F. Osborne 2021: p. 195; véanse también varios cuadros en otros artículos relevantes, citados anteriormente.

8. 8. Grayson 1991: pp. 37 (A.0.87.3), 42 (A.0.87.4) y 53 (A.0.87.10); Hawkins 2000: pp. 73-74; Frahm 2009: pp. 28-32; Bryce 2012: p. 200; Younger 2016: pp. 118, 172; 2017: pp. 205-206.

9. 9. Véanse, p. ej., Hawkins 2000: pp. 73-74; Gilibert 2011: p. 12; Bryce 2012: pp. 4, 84, 87, 99, 200-201; Weeden 2013: p. 8; Brown y Smith 2016: p. 23; Hawkins y Weeden 2016: p. 11; Younger 2016: pp. 117-118, 121 (fig. 3.3), 172; 2017: p. 206.

10. 10. Para citas, véanse J. F. Osborne 2021: p. 55; D'Alfonso *et al.* 2022: p. 38. Véanse también Schachner 2020ª, 2020b: pp. 1109-1112; también Summers 2000: pp. 55, 58; Seeher 2010; Genz 2013; Kuzucuoğlu 2015: pp. 32-38; Bryce 2016b, 2019; Middleton 2017c: pp. 165, 172, 175-176; De Martino 2018; Alaura 2020. Sobre el impacto demográfico del cambio climático en Anatolia, véase también Palmisano, Lawrence *et al.* 2021: pp. 22, 106739.

11. 11. Sobre el cambio en la ganadería, véase Adcock 2020: p. 251, también 266; también Haldon, Izdebski *et al.* 2022: pp. 400-401, que cita la obra de Adcock.

12. 12. Dibble y Fallu 2020: pp. 1, 8-9.

13. 13. Rose y Darbyshire 2011; Rose 2012; Kealhofer, Grave y Voigt 2019; previamente, p. ej., Muscarella 1995: p. 94; Voigt y Henrickson 2000: pp. 42-43. Sobre los nuevos datos, véase Manning, Kocik *et al.* 2023, pero véase también Drews 1992: p. 17, con un informe anterior similar.

14. 14. Véase, p. ej., Liverani 2014: pp. 465-466, 531. Se ha escrito mucho sobre los frigios, pero para Gordión durante este período en particular, véanse recientemente Rose y Darbyshire 2011; Rose 2012; anteriormente, incluida la posibilidad de una migración frigia a esta zona, véanse, p. ej., Muscarella 1995: pp. 91-92; Voigt y Henrickson 2000: pp. 42-46. Véase también Heródoto VII.73 y Estrabón VII.3.2, citados por Muscarella, por su creencia de que los frigios migraron desde Tracia o Macedonia a Anatolia en torno a la época de la guerra de Troya.

15. 15. La inscripción se conoce formalmente como «TÜRKMEN-KARAHÖYÜK 1»; la inspección estaba bajo la dirección de James Osborne y Michele Massa. Para los detalles de la exploración y la traducción de la inscripción, véanse J. F. Osborne, Massa *et al.* 2020 y Goedegebuure *et al.* 2020.

16. 16. Aslan 2009, 2020: pp. 245-247; Basedow 2009; Aslan y Hnila 2015: pp. 186-194.

17. 17. Bunnens 2000: p. 16; Hawkins 2000: p. 73; Harrison 2009ª: pp. 171, 174, 181; 2009b: p. 187; 2013: 61; Bryce 2012: pp. 60, 79-80; 2014: pp. 100-101, 103-104; 2020: pp. 106-107; Weeden 2013: p. 6; Emanuel 2015: p. 12; Hawkins y Weeden 2016: p. 9; Welton *et al.* 2019: p. 325. Sobre los hititas y la Biblia, véase, p. ej., Bryce 2012, 2014: pp. 101-103.

18. 18. Woolley 1920: p. 76. Véase, p. ej., Hawkins 2000: p. 73; también Bunnens 2000: p. 17; Bryce 2012: pp. 55, 83.

19. 19. Véase ahora, de gran utilidad, el reciente libro de J. F. Osborne (2021). Este autor prefiere llamar a este grupo de pequeños reinos «Complejo Cultural sirioanatolio» (CCSA); véase J. F. Osborne 2021: pp. 1-9, 110-112, 209-219. Véanse también, p. ej., Gilibert 2011: pp. 14-16, 55, 79-80, con referencias sobre

Zincirli; Bryce 2012: pp. 22-31, 56-57, 169-70; 2020: p. 108; Weeden 2013: pp. 1-2; Liverani 2014: p. 448; Younger 2016: pp. 28-30, 114-115.

20. 20. Hogarth 1911: p. 8.

21. 21. Véanse también Hawkins 1988, 2000: p. 73; Harrison 2009a: pp. 171-173; Gilibert 2011: pp. 10-12; Bryce 2012: pp. 19, 55, 84-85, 195-197; 2014: pp. 101-102; 2020: p. 107; Marchetti 2012: pp. 144, 146 (cuadro 2); Aro 2013: p. 246; Weeden 2013: pp. 6, 9 (cuadro 1); Dinçol *et al.* 2014a: pp. 127-128 (cuadro 1), 130 (cuadro 2); Hawkins y Peker 2014: p. 110 (cuadro 1); J. F. Osborne 2014: pp. 197-198; 2015: pp. 10-11; 2021: pp. 41-42; Hawkins y Weeden 2016: p. 9; Peker 2016: p. 49 (cuadro 2); Younger 2016: pp. 28-30, 116-119, 121 (fig. 3.3); Marchetti y Peker 2018: p. 98; Welton *et al.* 2019: pp. 292-294; Millek 2020. Véase también Gilibert 2011: pp. 7-8, con referencias previas, para la descripción de las ciudades estado sirioanatolias como «una capital que gobierna un cinturón de ciudades fortificadas y una zona interior rural de poblaciones».

22. 22. Véanse, p. ej., Harrison 2009a: p. 175; Bryce 2012, 2014: pp. 86-87, 101-103; 2016b, 2020: pp. 106-109; Brown y Smith 2016: p. 29; Younger 2016: pp. 28-30, 144; Ilan 2019; Manolova 2020: p. 1195; también J. F. Osborne 2021.

23. 23. Sader 2014: p. 618; Jung 2023, con referencias, incluidas observaciones relativas a Millek 2020-2021; Millek 2021; véase también Millek 2023, que acaba de aparecer.

24. 24. Weeden 2013: p. 20.

25. 25. La equiparación no es perfecta ni universalmente aceptada; sobre los distintos debates véanse, entre otros, Harrison 2009a, 2009b, 2010, 2013, 2014; Hawkins 2009, 2011; Bryce 2012: pp. 128-129, 206-207; 2014: p. 111; 2020: pp. 110-112; Weeden 2013: pp. 11-18; Dinçol *et al.* 2015; Emanuel 2015; Brown y Smith 2016: pp. 32-33; Hawkins y Weeden 2016: pp. 9, 11; Younger 2016: pp. 123-134, 144; Welton *et al.* 2019; Manning, Lorentzen *et al.* 2020; J. F. Osborne 2021: pp. 46-47, 63-64, 159-160; Maeir 2022d: pp. 228-229.

26. 26. Welton *et al.* 2019: p. 325. Véase también Harrison 2009a: pp. 171, 174, 181 y, p. ej., Harrison 2009b, 2010, 2013, 2014; también Janeway 2006-2007, 2017 sobre Tayinat y el Egeo.

27. 27. Welton *et al.* 2019: pp. 325-326; véanse también Harrison 2009a: p. 171, 2009b: p. 187; 2013: p. 61; Sader 2014: pp. 613-614; J. F. Osborne 2021: pp. 62-63.

28. 28. Sobre todo lo mencionado, incluida la inscripción de Taita además de los distintos soberanos, véanse Harrison 2009a: pp. 171, 173-174; 2009b: pp. 175, 179; 2013: pp. 62-64, 77; 2014: pp. 396, 402-404, 409; 2016: p. 254; 2021: pp. 327, 341-344; Hawkins 2009, 2011; Kohlmeyer 2009, 2011; Bryce 2012: pp. 128-

131, 206-207, 223-224; 2014: pp. 111, 121; 2016b: pp. 68-69, 77-78; 2020: pp. 110-113; Aro 2013: pp. 246-247; J. F. Osborne 2013: pp. 776-777; 2014: pp. 199-201, 204-205, 211 n2; Weeden 2013: pp. 12-18, figs. 2-3, y cuadro 2; Dinçol *et al.* 2015: cuadro 1 y *passim*; Emanuel 2015; Hawkins y Weeden 2016: p. 11; Younger 2016: pp. 123-127, 133; J. F. Osborne *et al.* 2019; Welton *et al.* 2019: p. 294; Manning, Lorentzen *et al.* 2020: pp. 4, 24; J. F. Osborne 2021: pp. 63-64, 117-121. Véase Grayson 1996: p. 9 (A.0.102.1) sobre la mención por parte de Salmanasar III; véase también Bryce 2020: p. 113 y Tayinat Archaeological Project, https://tayinat.arts-ci.utoronto.ca/the-toronto-expedition/king-shupiluliumas-ii, sobre el descubrimiento en 2012 de una estatua que llevaba una inscripción de Supiluliuma II.

29. 29. Woolley 1920: p. 86; también Gilibert 2011: pp. 25-30; J. F. Osborne 2021: pp. 98-99.

30. 30. Marchetti 2012: pp. 134-136; véanse también Gilibert 2011: pp. 31-38; Middleton 2020e: pp. 18-22; ahora J. F. Osborne 2021: pp. 99-100.

31. 31. Sobre la inscripción del 870 a. C., véanse Hawkins 2000: p. 75; Yamada 2000: pp. 72-75; Bryce 2012: p. 213; 2014: pp. 117-118; Marchetti 2012: p. 146; Brown y Smith 2016: p. 25; Hawkins y Weeden 2016: p. 13; J. F. Osborne 2021: pp. 148-149. Sobre las bandas de Balawat en concreto, véanse Grayson 1991: pp. 345 (A.0.101.80) y 349 (A.0.101.90), también 347 (A.0.101.85); Curtis y Tallis 2008: pp. 32, 35, 54, figs. 11-12, 17-18, 57-58.

32. 32. Como otros han señalado anteriormente; véase, p. ej., Gilibert 2011: pp. 12-14, con referencias previas.

33. 33. Grayson 1991: p. 217 (A.0.101.1); véanse también Bryce 2012: p. 213; J. F. Osborne 2021: pp. 148-149.

34. 34. Grayson 1991: pp. 225 (A.0.101.2) y 275 (A.0.101.23); Radner 2011: pp. 738-739; Schachner 2020b: p. 1121.

35. 35. Véase Kroll *et al.* 2012: pp. 6, 9.

36. 36. Van Loon 1966: pp. 1-2; Zimansky 1985: pp. 1, 4; 2011: pp. 548-549; Kuhrt 1995: p. 548; Radner 2011: pp. 734-735; Kroll *et al.* 2012: p. 1; Liverani 2014: pp. 521-522; Fuchs 2017: p. 250. Sobre los calderos y escudos de bronce, véase, p. ej., Van Loon 1966: pp. 11-12, 84-87, 103-118; Kuhrt 1995: p. 560; pero véase también Curtis 2012; Kroll *et al.* 2012: p. 25.

37. 37. Véanse, p. ej., Van Loon 1966: p. 7; Zimansky 1985: pp. 49-50, con más referencias; Kuhrt 1995: p. 550; Kroll *et al.* 2012: p. 10; Liverani 2014: pp. 521-522; Fuchs 2017: pp. 250, 260; y véase Grayson 1991 y 1996 para menciones de las campañas en Nairi por parte de Tiglat-Pileser I, Aššur-bel-kala, Adad-nirari II, Tukulti-Ninurtu II, Asurnasirpal II, y también Salmanasar III.

38. 38. Zimansky 1985: p. 49; Radner 2011: pp. 738-739; Bryce 2012: p. 242; Curtis 2012: p. 429; Kroll *et al.* 2012: p. 10; Liverani 2014: pp. 521-522; Frahm 2017: p. 171, 2023: p. 109; Fuchs 2017: p. 250.

39. 39. King 1915: pp. 21-22; Grayson 1996: pp. 27-29 (A.0.102.25), 140 (A.0.102.63–64).

40. 40. Véanse Taylor 1865; King 1915: p. 21; Grayson 1996: pp. 14-15 (A.0.102.2); también MacGinnis y Matney 2009.

41. 41. King 1915: pp. 21-22, láms. 1-6.

42. 42. Traducciones al inglés de Grayson 1996: pp. 16-17, 20-21 (A.0.102.2).

43. 43. Para la traducción al inglés del Año 7 del Obelisco Negro, véase Grayson 1996: pp. 65-66 (A.0.102.14). Para la traducción al inglés del Año 15 de la Inscripción monolítica, véase Grayson 1996: p. 39 (A.0.102.6); véase también MacGinnis y Matney 2009 para una variación de la traducción y una versión más breve del Monolito Negro ofrecida en Grayson 1996: p. 67 (A.0.102.14).

44. 44. Véase Taylor 1865: pp. 41-43; debo esta referencia a Harmansah 2007: pp. 184-185. Véase MacGinnis y Matney 2009: p. 33, con ilustraciones, incluido el auténtico relieve del Túnel del Tigris y el de la Banda X de Balawat; véanse previamente Kreppner 2002: pp. 372, 374-375, figs. 9-13; Schachner 2009.

45. 45. Para la ilustración de la Banda X de Balawat, véase King 1915: pp. 13-14, 30-31, lám. 59. Para las de las Bandas I y II, véanse King 1915: p. 22, láms. 7-12; Grayson 1996: p. 141 (A.0.102.65).

46. 46. King 1915: pp. 27-28, láms. 37-42; Grayson 1996: p. 143 (A.0.102.71). Sobre la Inscripción monolítica, véase Grayson 1996: p. 20 (A.0.102.2).

47. 47. Van Loon 1966: p. 7; Zimansky 1985: pp. 49-51; Kuhrt 1995: pp. 552 (cuadro 29), 554; Radner 2011: p. 734; Kroll *et al.* 2012: p. 10; Fuchs 2017: p. 251.

48. 48. Traducción al inglés de CTU 1 A 01-01, según el Proyecto Corpus Electrónico de Textos Urartianos de internet (eCUT): http://oracc.museum.upenn.edu/ecut/pager; también Van Loon 1966: pp. 7-8; Zimansky 1985: pp. 50-51; 2011: p. 554; Kuhrt 1995: p. 550; Radner 2011: pp. 736, 742, y la leyenda de la fig. 33.1; Bryce 2012: p. 242; Frahm 2017: pp. 170-171. Véanse también Van Loon 1966: pp. 10-11 y Zimansky 1985: p. 59 sobre las inscripciones de los sucesores de Sarduri. Hay que tener en cuenta que a Sarduri se le menciona como «rey de Nairi», no como «rey de Urartu», indicio quizá de la naturaleza intercomunicada de las dos entidades. Véase, p. ej., Van Loon 1966: p. 7, que sugiere que fue Sarduri I quien «extendió su poder sobre la mayoría de los países de Nairi y que fundó el reino de Urartu» (y esto a pesar de que a Aramu ya se le llama «el urartiano» antes del reinado de Sarduri).

49. 49. Zimansky 1985: p. 50; Kuhrt 1995: pp. 552 (cuadro 29), 554; Grayson 1996: p. 14 (A.0.102.2); Radner 2011: pp. 738-739, 745; Kroll *et al.* 2012: pp. 10-14. Véase también Grayson 1996: pp. 65-66, 68 (A.0.102.14) para varias menciones de campañas contra Aramu y después una campaña contra Sarduri, todas documentadas en el Obelisco Negro de Salmanasar III (sobre esto véase más información más adelante). Véase esp. la inscripción CTU 1 A 04-01, que enumera las tres primeras y sus relaciones en el Proyecto Corpus Electrónico de Textos Urartianos de internet (eCUT) (http://oracc.museum.upenn.edu/ecut/pager); la mayoría lleva una serie de inscripciones individuales que se encuentran también en el mismo corpus en línea. Para la lista de dirigentes y el orden propuesto, que después del gobierno de Sarduri II es objeto de discusión, véase http: //oracc.museum.upenn.edu/ecut/urartianrulersandtheirinscriptions/index.html.

50. 50. Van Loon 1966: p. 7; Kuhrt 1995: p. 554; Curtis 2012: p. 429; Kroll *et al.* 2012: pp. 6, 22.

51. 51. Radner 2011: pp. 742-743; Kroll *et al.* 2012: p. 24; Frahm 2017: 170-171; véase también Zimansky 1985: p. 69 sobre textos urartianos que mencionan viñedos, huertos y campos de cereales.

52. 52. Véanse Grayson 1996: pp. 9-10 (A.0.102.1) y 16, 23 (A.0.102.2); Bryce 2012: pp. 219, 221; 2014: p. 119; 2020: p. 113; J. F. Osborne 2013: pp. 776-777; Weeden 2013: pp. 12, 15-16, fig. 4; Harrison 2014: pp. 408-409, fig. 5; también el Proyecto Arqueológico Tayinat, https://tayinat.artsci.utoronto.ca/the-toronto-expedition/king-shupiluliumas-ii.

53. 53. King 1915: p. 26, láms. 31-36; Grayson 1996: p. 142 (A.0.102.70).

54. 54. Gilibert 2011: pp. 15-16, con la traducción en el cuadro 8; véase Grayson 1996: pp. 10 (A.0.102.1), 16 (A.0.102.2). Véase también Brown 2008ª: pp. 341-344.

55. 55. Traducción inglesa según O'Connor 1977: pp. 19, 21-22, y según Donner y Röllig 2002: p. 13, como citó inicialmente Gilibert 2011: pp. 15-16. Véanse Brown 2008ª: pp. 341-344; Gilibert 2011: pp. 15-16, 79-84; J. F. Osborne 2021: pp. 44, 74-82, 110-112, 142-143, 146, 148, 160-162, 183-184.

56. 56. Véase Grayson 1996: pp. 9 (A.0.102.1), 23 (A.0.102.2), 38 (A.0.102.6 ii 69). Véase también Hawkins 2000: p. 75; 2009: p. 167; Bryce 2012: pp. 130-131, 223; 2014: pp. 122, 125; Brown y Smith 2016: p. 25; Hawkins y Weeden 2016: p. 13; Peker 2016: p. 49 (cuadro 2).

57. 57. Peker 2016: pp. 47-49; Marchetti y Peker 2018: pp. 81-90.

58. 58. Véase Peker 2016: pp. 47-49; Marchetti y Peker 2018: pp. 81-90.

59. 59. Traducción inglesa (fusionando los datos de varias inscripciones) según Peker 2016: pp. 47-49 y cuadro 2; Marchetti y Peker 2018: pp. 95-97. Véanse Marchetti 2012: pp. 146-147; Hawkins y Peker 2014:

p. 108.

60. 60. Hawkins 2000: pp. 36, 72, 75-79, 123-124, 128-129, 131; Gilibert 2011: pp. 12-14, 41-50; Bryce 2012: pp. 84, 98, 280-281; Hawkins y Peker 2014: pp. 108-109; Brown y Smith 2016: pp. 25-26; Hawkins y Weeden 2016: p. 13; J. F. Osborne 2021: pp. 78, 83, 100-102, fig. 3.7.

61. 61. Gilibert 2011: p. 6, que cita a Bunnens 2000: pp. 12-19; Véase también D'Alfonso 2020.

Capítulo 5

1. 1. Schliemann 1880: pp. 132-137 (n. 213).

2. 2. Véanse debates en, p. ej., Crielaard 2006: pp. 278-280; Eder 2006: pp. 550-552; M. Lloyd 2013: pp. 112-113; Lemos 2014: pp. 169-170; Knodell 2021: pp. 129-131; todos citando la obra de Michael Wedde (p. ej., 1999, 2000, 2006).

3. 3. Deger-Jalkotzy 2008: p. 392. Véanse también, p. ej., I. Morris 1989: pp. 505-506; 1999: pp. 60-61, 65-66; Lemos 2002: p. 1. Según la terminología arqueológica, se trata de los períodos Heládico Tardío III C y submicénico, desde *c.* 1190 hasta 1070 a. C. Véanse también Ruppenstein 2020ª; Van Damme 2023: pp. 172-173 y cuadro 4; y los artículos en el volumen editado por Jung y Kardamaki (2023).

4. 4. La literatura sobre Homero es amplia, incluso sobre un tema limitado como los elementos de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro que se encuentran en la *Ilíada* y la *Odisea*; véanse, por ejemplo, algunas de las publicaciones que figuran en la sección de «Bibliografía» de Cline 2013.

5. 5. Véanse, por ejemplo, en los últimos años, libros extremadamente importantes de Murray (2017) y Knodell (2021); el volumen editado por Middleton (2020ª); y el conjunto de dos volúmenes editado por Lemos y Kotsonas (2020); anterior a esto, tenemos abundantes libros y artículos de I. Morris, Whitley y Papadopoulos, entre otros, que aparecieron en la década de 1990 y a comienzos de la del 2000, así como Dickinson 2006ª y el volumen editado por Deger-Jalkotzy y Lemos (2006), para mencionar solamente algunas de las más prominentes publicaciones que han aparecido en inglés; otras muchas han aparecido en alemán, francés, italiano y otras lenguas.

6. 6. Para una publicación del cementerio y de los objetos funerarios de Perati en inglés, véase Iakovides 1980; véanse también las posteriores discusiones sobre Perati y el cercano yacimiento de Porto Rafti en Murray 2017: pp. 86-89, 258-259; 2018ª; Murray y Lis 2023; y brevemente en Ruppenstein 2020ª: pp. 570-571.

7. 7. Mühlenbruch 2020, con referencias anteriores. Véanse Maran 2006, 2016, 2023: pp. 235-239; Papadimitriou 2006; Deger-Jalkotzy 2008: p. 397; Mühlenbruch 2009, 2020; Cohen, Maran y Vetters 2010; Wallace 2010: p. 92; M. Lloyd 2013: pp. 110-111; Lemos 2014: pp. 162-164, 178-180; Middleton 2017c: 148-150; 2020c: p. 12; 2020e: pp. 11-14; Murray 2017: pp. 89-90, 258; 2018b: pp. 226-227; Eder y Lemos 2020: p. 140; Manolova 2020: p. 1202; Maran y Papadimitriou 2020; Maran y Wright 2020; Steele 2020: pp. 254-255; Van Damme 2023: pp. 112-113; véase también Dickinson 2006ª: pp. 60-61.

8. 8. Véase LaFayette Hogue 2016 sobre esta nueva prueba de reutilización de zonas reducidas del palacio de Néstor en Pilos después de la destrucción; también Davis y Stocker 2020: p. 677. Véase también una nueva argumentación de Maran 2023: p. 235.

9. 9. Véanse I. Morris 1999: pp. 60-61; 2000: p. 78; 2006: p. 78; Murray 2017: pp. 129-130, 210-211, 246, 275-281; también Deger-Jalkotzy 2008: pp. 399-401, 406-407; Lemos 2014: pp. 183-184.

10. 10. Dickinson 2006b: pp. 102, 116-117, 121; Nakassis 2020: p. 276. Véanse también estudios en Deger-Jalkotzy 2008: pp. 402-405; Wallace 2010: pp. 88, 92-93, 102; Eder y Lemos 2020: pp. 134-136, 149-150; también Enverova 2012 para una interesante reflexión sobre la aplicación del concepto de heterarquía a los acontecimientos de este período en la Grecia continental; también Knodell 2021: pp. 152-153.

11. 11. Para debates relativos al *basileus* y al *wanax* en esta época, véanse, p. j., Antonaccio 2002: pp. 13-14; 2006; Crielaard 2006, 2011; Mazarakis Ainian 2006; Palaima 2006; Eder 2007: pp. 570, 572; Deger-Jalkotzy 2008: p. 403; Eder y Lemos 2020: pp. 135-136; Maran y Papadimitriou 2020: p. 702; Knodell 2021: pp. 169-170; también Boyes y Steele 2020: p. 12; Steele 2020: pp. 253-254 sobre la pérdida de la escritura.

12. 12. Véase, p. ej., Weiberg y Finné 2018: p. 595; también Kramer-Hajos 2016: pp. 166-179; 2020: pp. 77, 79, 82; Finné, Holmgren *et al.* 2017: pp. 10-11; Livieratou 2020: pp.103-104; y Maran 2023, entre otros.

13. 13. Knodell 2021: pp. 5, 114-115; véase también Molloy 2022: p. 31 (versión en línea).

14. 14. No obstante, sigue diciendo que los siglos XII y XI a. C. deberían considerarse como los últimos estadios de la civilización micénica más que el primer tramo de una edad oscura; véase Deger-Jalkotzy 2008: p. 392. Véanse también los argumentos muy similares de Eder 2006: p. 550; también Maggidis 2020: pp. 116-117; Dibble y Finné 2021: p. 59; y también Maran 2023: p. 231.

15. 15. Véanse, en particular, Wallace 2006 (esp. pp. 620, 641, 644), 2010 (esp. pp. 51-104), 2017 (esp. pp. 68, 71, 78), 2018 (esp. p. 325), 2020 (esp. p. 248); véanse también comentarios en Pollard 2021. No obstante, las importaciones a la isla cayeron; véase Hoffman 1997 y el catálogo de Jones 2000; también comentarios de Murray 2017: pp. 6, 75-76, 85-86, 91, 100-101, 117; Wallace 2018: p. 395.

16. 16. Sobre los resultados de sus inspecciones arqueológicas, véanse básicamente Nowicki 2000, hoy citado por numerosos académicos, incluidos, p. ej., Deger-Jalkotzy 2008: pp. 397-398; Lemos 2014: pp. 174-177; Kourou 2016: p. 352; Haggis 2020: p. 1073; así como Wallace 2006: pp. 623-624, 628; 2010: pp. 58-59; Murray 2017: p. 6; y otros. Véase también Pollard 2022. Sobre piratería, véanse, p. ej., Samaras 2015; Hitchcock y Maeir 2019.

17. 17. Véanse de nuevo Wallace 2006, 2010, 2017, 2020; también Coldstream 2006: pp. 581-582; D'Agata 2006: p. 400; Prent 2014: pp. 651, 654; Hatzaki y Kotsonas 2020: p. 1036; Pollard 2021; Watrous 2021: pp. 197-198.

18. 18. Tsipopoulou 2005; véanse las otras ponencias en este volumen de conferencias. Agradezco a Louise Hitchcock que me recordase este hecho; véase también la breve mención en Cline 2021: p. 48 y previamente Cline 1994: pp. xvii-xviii, 9-11, 35, 106.

19. 19. Véanse Rollston 2008: pp. 86-88, con referencias; también Kourou 2008ª: pp. 365-366, fig. 5; 2016: pp. 57-58; Iacovou 2014c: p. 802; Bourogiannis 2018b: p. 250; 2021: p. 102; Waal 2018: p. 110; Richey 2019: p. 229; Sogas 2019: p. 412; Hodos 2020: pp. 100, 185-186, fig. 6.3; Steele 2020: p. 263; S. P. Morris 2022: pp. 100-101; Papadopoulos 2022: pp. 143-144, fig. 7.1; anteriormente S. P. Morris 1992ª: p. 159; Hoffman 1997: pp. 12-13, con referencias; Crielaard 1998: p. 198; Aubet 2001: p. 54. Sobre la traducción propuesta de «cuenco de x, hijo de y», véase recientemente Bourogiannis 2020: pp. 154-155; 2021: p. 102, ambos con referencias.

20. 20. Véase esp. Waal 2018: (esp. pp. 86, 96, 103-18, 111-112); 2020, con referencias a publicaciones anteriores; véanse también los debates a favor y en contra en Rollston 2019: pp. 385-386, con referencias; Bourogiannis 2018ª: pp. 75-76; 2018b: pp. 241-244, 250; 2020, 2021; véase también Kotsonas 2022, aunque trata de un período ligeramente posterior. Véase previamente Bell 2006: p. 90, con referencias; también Hodos 2020: pp. 194-195. Hay que destacar que Mazar 1994: p. 54 señala que, en lo relativo al Mediterráneo oriental, Joseph Naveh ya declaraba en 1972 que «el alfabeto cananeo/fenicio fue transmitido a los griegos durante el siglo XI o principios del X a. C.»; véase, p. ej., Naveh 1989, para un ejemplo de sus últimas argumentaciones.

21. 21. Rollston 2010: p. 20, fig. 2.1; 2019: pp. 376-377.

22. 22. Waal 2018: p. 110; 2020; Bourogiannis 2018b: p. 235.

23. 23. Véanse, p. ej., Hodos 2020: p. 197; Kotsonas 2022: pp. 168, 177-178.

24. 24. Véanse Wachter 2021: pp. 23, 25; también Knodell 2021: pp. 215-220, 254-255; López-Ruiz 2021: p. 232; S. P. Morris 2022: pp. 100-101. Anteriormente Gnanadesikan (2009: pp. 208-214) imaginó un escenario similar y creó una escena imaginaria con un griego y un fenicio como posible ejemplo de la primera vez que un griego aprendía el alfabeto.

25. 25. I. Morris 2005: p. 8; 2000: pp. 195-207, que cita a Snodgrass 1993: p. 37.

26. 26. I. Morris 1989: pp. 505-506; 1996: pp. 1-3, 4-5; 1999: pp. 60-62; 2000: p. 78, que en varios lugares cita a Snodgrass 1971: pp. 228-268; 1980, 1983, 1988; Desborough 1972; Coldstream 1977.

27. 27. I. Morris 1989: pp. 506, 515; 1996: pp. 4-5, 2006: 76; véase previamente, p. ej., Snodgrass 1971. Hay que tener en cuenta que el planteamiento de Morris de que hubo una recesión en el comercio con el Mediterráneo oriental hoy es objeto de debate; véase Murray 2017.

28. 28. I. Morris 1989: p. 513, 2005: pp. 2, 8-9, 2006: p. 74.

29. 29. Coldstream 2006: pp. 584-586.

30. 30. Cita de Kotsonas 2019: p. 10. Sobre el tamaño y la intercalación de los restos de la Edad del Hierro en Cnosos, véanse, p. ej., Coldstream 2006: pp. 584-586; Kotsonas 2019: pp. 2, 6; Hatzaki y Kotsonas 2020: pp. 1034, 1036-1038. Sobre los resultados de la inspección, véanse Kotsonas *et al.* 2018 y Kotsonas 2019, ambos con referencias previas; también Atherton 2016; Blakemore 2016; y «Early Iron Age Knossos Was Much Larger Than Originally Thought», Sci News, 11 de enero de 2016, https://www.sci.news/archaeology/early-iron-age-knossos-larger-than-originally-thought-03552.html. Sobre todo lo precedente, véase también Kotsonas 2021; también Pollard 2021 sobre los cementerios de la Edad del Hierro Antigua en Cnosos.

31. 31. H. W. Catling 1993, 1995: pp. 124-125, 1996; véanse también Crielaard 1998: pp. 187-188; Muhly y Kassianidou 2012: p. 124; S. P. Morris 2022: pp. 104-105.

32. 32. H. W. Catling 1996: pp. 646-647; véase también H. W. Catling 1995: pp. 124, 126-127; Kourou 2008a: p. 363. Véase también la descripción más completa y debate en Kotsonas 2018: pp. 15-16; Hatzaki y Kotsonas 2020: pp. 1038-1041.

33. 33. H. W. Catling 1996: pp. 646-647. Previamente, en H. W. Catling 1995: p. 127, el pasaje relevante de la *Ilíada* se citó entero, mostrando la «biografía» del viajado casco de colmillos de jabalí que recibió Ulises (*Il.* X.261-271, se cita la traducción de Gredos, de E. Crespo Güemes). El casco de colmillos de jabalí de esta tumba del Cementerio Norte debió de tener una historia similar, puesto que ya no se hacían en la época en que este guerrero subminoico fue enterrado.

34. 34. H. W. Catling 1996: pp. 648-649.

35. 35. H. W. Catling 1995: p. 128.

36. 36. H. W. Catling 1995: p. 128; véanse ahora los comentarios de Kourou 2008ª: pp. 363-364.

37. 37. Citas de Muhly 2003: pp. 24-25 (también 2011: pp. 49-50) y Iacovou 2007: p. 467 (que cita también a Iacovou 1999: p. 18); véanse también Iacovou 2012: p. 214; previamente Crielaard 1998: pp. 187-188.

38. 38. Kotsonas 2018: pp. 1, 9-10, 21-22; véase también Hatzaki y Kotsonas 2020: pp. 1038-1041.

39. 39. Kotsonas 2018: pp. 14-15, 25-26.

40. 40. I. Morris 2006: p. 76. El yacimiento había prosperado anteriormente, desde la Edad del Bronce Antigua hasta la Edad del Bronce Final, y después continuó hasta la Edad del Hierro Antigua antes de ser definitivamente abandonado *c.* 700 a. C.

41. 41. R. W. V. Catling y Lemos 1990. Sobre Lefkandi en general, véase, p. ej., Popham y Sackett 1980: pp. 1-3; Lemos 2006: pp. 519-521; 2014: pp. 171-173; 2020: pp. 791-793.

42. 42. Sobre el posible sacrificio de la mujer, véanse observaciones de Antonaccio 2002: pp. 20-21, que cita publicaciones anteriores de otros estudiosos. Sin embargo, como bien asegura, «ninguno de los dos enterramientos ha sido publicado al completo, y cualquier debate sobre los individuos ... tiene que esperar a la publicación final». Han transcurrido ya veinte años desde las observaciones de Antonaccio, y cuarenta desde las primeras excavaciones en Lefkandi, y se espera que la publicación completa de este enterramiento salga pronto a la luz (I. Lemos, comunicación personal, 4 de septiembre de 2021). El estudio, o los nuevos estudios, de los huesos de la mujer, si todavía están disponibles, podrían resolver la cuestión si se observan marcas de cortes en ellos. Sobre todo esto, tanto en general como concretamente, véanse esp. Popham, Touloupa y Sackett 1982; H. W. Catling 1993, 1995: p. 126; también I. Morris 1996: p. 3 (que cita a R. W. V. Catling y Lemos 1990 y Popham, Calligas y Sackett 1993); 1999: p. 62; 2000: pp. 218-222; Antonaccio 1993: pp. 51-52; 2002; R. Osborne 1996: pp. 41-43; Crielaard 2016: pp. 56-59; Hodos 2020: pp. 99-100, 104-105; Papadopoulos 2022: p. 145, fig. 7.2.

43. 43. Véanse, p. ej., Popham, Touloupa y Sackett 1982; Calligas y Popham 1993: pp. 1-4; H. W. Catling 1993, 1995: p. 126; 1996: pp. 647-648; Crielaard y Driessen 1994; I. Morris 1996: pp. 3-4; 1999: p. 62; 2000: pp. 218-219; 2006: p. 76, todos con referencias anteriores. Véanse también discusiones sobre todo esto en Lemos 2002: pp. 162-168; 2006: pp. 521-522; 2020: pp. 792-793; Muhly 2003: p. 25; J. M. Hall 2007: pp. 62-64; Kourou 2008ª: pp. 364-365; 2012: pp. 39-40; Sherratt 2010: pp. 132-135, 137-138; Crielaard 2016: pp.

56-59; Murray 2017: pp. 95-100; Bourogiannis 2018ª: pp. 54-55, 73-74; Hodos 2020: pp. 163-164; Knodell 2021: pp. 162-167; López-Ruiz 2021: pp. 48-50.

44. 44. Lemos 2020: p. 804.

45. 45. Véanse, p. ej., I. Morris 1999: p. 62; Kourou 2008b: pp. 307-308; 2012: pp. 39-40; Sherratt 2010: p. 130; Bourogiannis 2018ª: pp. 54, 73-74; Stampolidis 2019: p. 501; Papadopoulos 2022: p. 149.

46. 46. I. Morris 1989: p. 508; 1996: pp. 4-5; 1999: p. 62; 2000: p. 78.

47. 47. Kiderlen *et al.* 2016.

48. 48. Snodgrass 1971: p. 402.

49. 49. Smithson 1968, 1969; Liston y Papadopoulos 2004. Para la cita, véase Smithson 1968: p. 78, repetida al completo por Liston y Papadopoulos 2004: p. 12.

50. 50. Smithson 1968: pp. 78-83 y el catálogo en pp. 83-116, láms. 18-33; Liston y Papadopoulos 2004: pp. 9, 11-15; Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 124-176.

51. 51. Smithson 1968: p. 83, citada otra vez entera por Liston y Papadopoulos 2004: p. 14 y por Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 982-983; véase también Papadopoulos y Smithson 2017: p. 131.

52. 52. Liston y Papadopoulos 2004: pp. 15-23; véanse también Papadopoulos y Smithson 2017: p. 3; Olsen 2020: pp. 306-307, fig. 2.8.2.

53. 53. Blegen 1952: pp. 279-294, con catálogo en pp. 289-293; véase Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 2, 9, 104-105.

54. 54. Blegen 1952: pp. 279-282, 289.

55. 55. Véase de nuevo Blegen 1952: pp. 279-282, 289; véase ahora Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 104-118, con catálogo en pp. 108-118. Sobre este ritual de «matar» las armas concretamente en la Edad del Hierro Antigua del Egeo, véase, p. ej., M. Lloyd 2015, 2018.

56. 56. Coldstream 2006: pp. 588-589; D'Agata 2006: p. 403; Wallace 2006: p. 621.

57. 57. Hatzaki y Kotsonas 2020: pp. 104-142, con referencias anteriores; véanse también la publicación original (Boardman 1967) y posteriores debates y desacuerdos, incluido Hoffman 1997: pp. 17, 196-245; Kotsonas 2006; Stampolidis y Kotsonas 2006: pp. 349-351; Prent 2014: p. 660; Murray 2017: p. 188; Sogas 2019: pp. 412-414; y S. P. Morris 2022: p. 102, entre otros muchos.

58. 58. I. Morris 1996: pp. 1, 6. Véase también I. Morris 1989: p. 514; y anteriores argumentaciones en I. Morris 1987.

59. 59. Kourou 2012: p. 41, con referencias anteriores; Bell 2016: p. 97; Bourogiannis 2018ª: p. 65; Stampolidis 2019: 495-496; Stampolidis *et al.* 2019. Sobre Al Mina, véanse Kourou 2012: pp. 41-42; previamente, p. ej., esp. Boardman 1980, pp. 38-40, 1990.

60. 60. Whitley 1991: p. 9.

61. 61. Hay que tener en cuenta que esta fecha no es tan inamovible como cabría esperar, pero al parecer ha llegado hasta nosotros por cortesía de cálculos realizados por Aristóteles, entre otros; véanse S. P. Morris 1989: p. 48; Swaddling 1999: pp. 7, 10; Crowther 2007: pp. 5-6; Nelson 2007: pp. 48-54; Papadopoulos y Smithson 2017: p. 975 n14.

Capítulo 6

1. 1. Véase Cline 2021; véase también Molloy 2022, que argumenta la posibilidad de que la crisis se extendiera también por Europa.

2. 2. Bavel *et al.* 2020: pp. 141-142, basándose en la obra anterior de Tainter y otros, afirman: «Aunque resulta difícil encontrar una definición generalmente aceptada del colapso social, muchos coinciden en que representa una transformación rápida y fundamental de las estructuras sociales, políticas y económicas de una sociedad compleja durante muchas generaciones». Véase Jackson *et al.* 2022; también Centeno *et al.* 2022: p. 63, que aseguran: «Si hay un tema central en la literatura del colapso es que existe un notable desacuerdo sobre el significado del término "colapso"».

3. 3. McAnany y Yoffee 2010: p. 5.

4. 4. Estoy en deuda con uno de los analistas anónimos del penúltimo manuscrito por sugerir resúmenes concisos en estos párrafos compendiados, aunque he modificado la redacción.

5. 5. Sobre las migraciones de finales de la Edad del Bronce Final, véanse de nuevo Knapp 2021 y también Middleton 2018ª, 2018b. Sobre las posibles migraciones luvitas, véase, p. ej., J. F. Osborne 2021. Véase también Drews 1992 sobre Heródoto y los etruscos.

6. 6. Langgut, Neumann *et al.*, 2014: p. 296.

7. 7. Para discusiones anteriores sobre este tema, véanse, p. ej., Holling 1986; Holling, Carpenter *et al.* 2002; Holling y Gunderson 2002; Berkes, Colding y Folke 2003: pp. 16-18; Redman y Kinzig 2003; Folke 2006; Walker y Salt 2006: pp. 75-95; ahora también Faulseit 2016: pp. 12-16, entre otros. Véase Weiberg 2012 para una reciente aplicación de este concepto al colapso de la Edad del Bronce Final en el Egeo;

también Ellenblum 2012: pp. 15-21; Lantzas 2016; S. O'Brien 2017; Saltini Semerari 2017: pp. 546-548, 565-566, 569.

8. 8. Definiciones según Walker *et al.* 2004: p. 2. Véase también argumentación en Bradtmöller, Grimm y Riel-Salvatore 2017: pp. 10-11.

9. 9. Véanse Kemp y Cline 2022; Newhard y Cline 2022.

10. 10. Véanse los debates pertinentes en Haldon, Chase *et al.* 2020: pp. 16-21, 31-33 y Haldon, Binois-Roman *et al.* 2021: pp. 237-238, sobre todo si sugerimos que es un derrumbe del sistema completo y al mismo tiempo nos preguntamos cómo se verá afectada y responderá de forma distinta cada una de las piezas individuales. Centeno *et al.* 2022: p. 63 dicen concretamente que «lo que se desmorona no es necesariamente una sociedad o civilización entera, sino el marco organizativo más amplio».

11. 11. I. Morris 2006: pp. 72, 81-82, 84; véase también Broodbank 2013: pp. 506-507.

12. 12. I. Morris 2006: 72; véase también Yoffee 2006 sobre el concepto de «regeneración» social en este contexto.

13. 13. Para debates sobre la panarquía, cuyo concepto fue creado por Holling en 2001, véanse también Gunderson y Holling 2002; Holling, Carpenter *et al.* 2002; Holling y Gunderson 2002; Holling, Gunderson y Ludwig 2002; Berkes, Colding y Folke 2003: pp. 18-19; Karkkainen 2005; Folke 2006; Kuecker y Hall 2011: p. 20; Budja 2015: pp. 176-177; Bradtmöller, Grimm y Riel-Salvatore 2017: p. 4; Saltini Semerari 2017: pp. 546-548; Haldon, Binois-Roman *et al.* 2021; también Kemp y Cline 2022; Newhard y Cline 2022. El concepto de «equilibrio puntuado», sacado de la biología evolutiva y aplicado cuando vemos cambios repentinos en un sistema estable, como el colapso al término de la Edad del Bronce Final, es también relevante aquí, pero por razones de espacio simplemente remitiré al lector a Haldon, Chase *et al.* 2020: p. 32; véase también Cline, próxima publicación, que se escribió independientemente, pero que cubre el mismo ámbito y llega a conclusiones similares.

14. 14. Hay que tener en cuenta también la similitud respecto a la discusión de la teoría de la complejidad en *1177 B.C.*, en la que utilicé la analogía de una varilla lanzada para destrozar el motor de un coche caro; véase Cline 2021: p. 176.

15. 15. Véanse, p. ej., Berkes, Colding y Folke 2003; Walker y Salt 2006; y varios capítulos de Miller y Rivera 2011 y Kapucu, Hawkins y Rivera 2013. Sobre el IPCC, véase https://www.ipcc.ch/about/history.

16. 16. Véase Kohler y Rockman 2020 sobre arqueología y el IPCC.

17. 17. Véase Field *et al.* 2012. Estoy en deuda con Robert J. Lempert por la información y sus conocimientos relativos a los distintos informes del IPCC.

18. 18. Lavell *et al.* 2012: p. 41.

19. 19. Cutter *et al.* 2012: p. 296 (véase también p. 293), con referencias; Handmer *et al.* 2012: p. 237, con referencias; Lavell *et al.* 2012: p. 42.

20. 20. Cardona *et al.* 2012: pp. 81, 86-87; Cutter *et al.* 2012: p. 300; Lavell *et al.* 2012: p. 36; K. O'Brien *et al.* 2012: p. 457, todos con referencias.

21. 21. La literatura es inmensa; véase en primer lugar Holling 1973 y las ponencias publicadas en Gunderson y Holling 2002; Berkes, Colding y Folke 2003: pp. 14-15; Gunderson 2003; Redman y Kinzig 2003; Walker *et al.* 2004; Redman 2005: pp. 72-74; Folke 2006; Walker y Salt 2006: pp. 1, 113, 119; Folke *et al.* 2010; McAnany y Yoffee 2010: p. 10; F. L. Edwards 2013: pp. 24-25; Faulseit 2016: p. 12; Barnes *et al.* 2017; Bradtmöller, Grimm y Riel-Salvatore 2017: pp. 12-13; Middleton 2017b: pp. 14-17; 2017c: pp. 42-46; S. O'Brien 2017; Saltini Semerari 2017: p. 546; y también Bavel *et al.* 2020: pp. 35-37; Centeno *et al.* 2022: p. 70; Kemp y Cline 2022; Molloy 2022: p. 9 (versión en línea). Véase también Haldon, Chase *et al.* 2020: pp. 13-15 para un debate sobre el colapso en el contexto de la teoría de la resiliencia, con los aspectos específicos que deben cumplirse.

22. 22. La definición del Consejo Nacional de Investigación de 2011 puede encontrarse en doi.org/10.17226/13028: pp. 4, 13-14; véase también F. L. Edwards 2013: p. 29. Una definición similar se ha utilizado en la publicación 2012 IPCC SREX; véase Cardona *et al.* 2012: 75, con referencias; también los debates sobre resiliencia en Handmer *et al.* 2012: p. 238; Lavell *et al.* 2012: p. 34; K. O'Brien *et al.* 2012: p. 453, con referencias. La otra definición citada la proporcionan Cox y Perry 2011: pp. 395-396; véanse también recientemente los comentarios relevantes de Degroot *et al.* 2021: pp. 542-543.

23. 23. Cardona *et al.* 2012: pp. 72-73, con referencias, incluida la cita concreta de Lavell 1999. Véase también originalmente Holling 2001: p. 394; también Engle 2011.

24. 24. Cardona *et al.* 2012: p. 73, con referencias; Lavell *et al.* 2012: p. 51 y cuadro 1-1, con referencias. Véanse también K. O'Brien *et al.* 2012: p. 459; Nicoll y Zerboni 2019; Bavel *et al.* 2020: pp. 142-143.

25. 25. Lavell *et al.* 2012: pp. 53-54, con referencias; K. O'Brien *et al.* 2012: pp. 443, 468, con referencias. Véase también Walker *et al.* 2004: pp. 1-7 para sus definiciones de resiliencia, adaptabilidad y transformabilidad; también, p. ej., McAnany y Yoffee 2010: pp. 10-11; Barnes *et al.* 2017; más recientemente Bavel *et al.* 2020: pp. 37-38; Jackson *et al.* 2022: p. 97. Podríamos también considerar el concepto de

«adaptación transformacional», que hace referencia a «acciones que cambian las características fundamentales de un sistema», concretamente «en respuesta a impactos reales o esperados del cambio climático»; véase Denton *et al.* 2014: p. 1121.

26. 26. En particular, consideran que estos grupos vulnerables tienen más riesgos ante un potencial desastre debido a los distintos factores de estrés o impulsos que conjuntamente amenazan su «subsistencia, producción, infraestructuras de soporte y servicios». La cuestión es, evidentemente, qué hace que una sociedad sea más vulnerable que otra, pero una reciente definición menciona la probabilidad de que una sociedad sufra adversidades cuando se ve afectada por acontecimientos extremos. Véanse especialmente Cardona *et al.* 2012: pp. 69-72, 88, con referencias completas a las anteriores definiciones y terminologías; Lavell *et al.* 2012: p. 34. La definición específica es «la propensión … a sufrir efectos adversos cuando se ve afectada por situaciones de riesgo». Véase Bavel *et al.* 2020: pp. 33-35 sobre vulnerabilidad; su libro entero, de hecho, se titula *Disasters and History: The Vulnerability and Resilience of Past Societies*.

27. 27. Sobre fragilidad y sociedad, véanse Dillehay y Wernke 2019: pp. 9-10 y las otras ponencias en el volumen de 2019 editado por Yoffee; Middleton 2020d; Maran 2023: pp. 233-234, 241; también previamente el capítulo correspondiente del libro de J. C. Scott de 2017, *Against the Grain*.

28. 28. Sobre los fenicios tomando el relevo de Ugarit, véanse, p. ej., Markoe 2000: p. 26; Bell 2006: pp. 101-102; 2009: p. 30; 2016: p. 102; véase también más en general Aubet 2001: pp. 113-114.

29. 29. Redman y Kinzig 2003: p. 2 y fig. 3.

30. 30. Weiberg 2012: p. 159.

31. 31. Véanse otra vez Lavell *et al.* 2012: pp. 53-54; K. O'Brien *et al.* 2012: pp. 443, 468, con referencias.

32. 32. Bell 2009: p. 38.

33. 33. Véase también el debate en Kemp y Cline 2022.

34. 34. Véanse Jung y Kardamaki 2023: pp. 21-22; Maram 2023: pp. 233-234, 241.

35. 35. Véanse, p. ej., Weiberg *et al.*, 2010; Adcock 2020.

36. 36. Véanse, p. ej., los argumentos de Wallace (2006, 2010, 2017, 2018, 2020) respecto a la Edad del Hierro en Creta, citados más arriba. Véase también Pollard 2021, 2022.

37. 37. Véase, p. ej., D'Alfonso respecto a Anatolia y el final de los hititas, donde argumenta brevemente la resiliencia, la reorganización y la transformación; también Adcock 2020: pp. xvi, 1-4, 51-52.

38. 38. Koch 2021: pp. 92,105.

39. 39. Por si sirve de algo, he fluctuado entre situar a los cananeos del sur en las categorías 2, 4 y 5 mientras escribía. De momento, me he decidido por la categoría 5, aunque estoy abierto a que se me convenza de lo contrario.

40. 40. Véase Younker 1994 para un sucinto resumen de las diferentes hipótesis.

41. 41. Véanse Mattingly 1994, con referencias anteriores; también Finkelstein y Lipschits 2011; Finkelstein 2014.

42. 42. Papadopoulos y Smithson 2017: p. 984, véanse también pp. 973-974. Véanse también Knodell 2021: pp. 251-252, 257; Maran 2023: pp. 233-234; previamente Weiberg 2012.

43. 43. Véase Newhard y Cline 2022. Maran 2023: pp. 233-234 sugiere otros factores potenciales.

44. 44. Véanse Weiberg y Finné 2018: p. 595; también Finné, Holmgren *et al.* 2017: pp. 10-11; ahora Maran 2023: pp. 237-239.

45. 45. Maran 2023: pp. 235-242.

46. 46. Sobre puntos de inflexión sociales y la pérdida de resiliencia, véanse Scheffer *et al.* 2009, 2021; Centeno *et al.* 2022: pp. 66-67.

47. 47. Adcock 2020: p. 54, también pp. 59-65; Centeno *et al.* 2022: p. 64. Véase también Middleton 2017c: p. 18 y Kemp 2019; este último plantea de paso cuestiones similares para las clases inferiores en las otras sociedades de la época y concluye: «El colapso es, pues, un arma de doble filo. A veces es un beneficio para los súbditos y una oportunidad para reiniciar las instituciones decadentes. Sin embargo, también puede conducir a la pérdida de población, cultura y estructuras políticas conseguidas con esfuerzo».

48. 48. Véanse de nuevo Schachner 2020[a], 2020b: pp. 1109-1112; también Seeher 2010; Genz 2013; Bryce 2016b, 2019; Middleton 2017c: pp. 165, 172, 175-176; De Martino 2018; Maran 2023: pp. 236-237.

49. 49. Postgate 1992: pp. 247, 249; véase también Fales 2011: pp. 13-14, 30-31, que cita y coincide con Postgate; también Younger 2017: p. 196; Düring 2020: p. 136.

50. 50. Neumann y Parpola 1987: pp. 171-176, cuadro 2; Postgate 1992: p. 249; Düring 2020: p. 134.

51. 51. Véanse, p. ej., el análisis de la sociedad asiria y otros detalles relacionados en Kuhrt 1995: pp. 362-364, 478; Podany 2014: pp. 100-108.

52. 52. Véase Taleb 2004.

53. 53. Handmer *et al.* 2012: p. 235. Véase también, p. ej., Stuckenberg y Contento 2018.

54. 54. Véase, p. ej., Knodell 2021: pp. 5, 114-115, tal como se ha referenciado más arriba, y otros muchos estudiosos que han abordado estos temas, esp. Susan Sherratt y Carol Bell.

55. 55. Véase Nassim Nicholas Taleb, en su libro *Fooled by Randomness* (Taleb 2004: p. 12).

56. 56. Eisenstadt 1988: p. 242; citado también en Schwartz 2006: p. 6 y citado, con más argumentación, por McAnany y Yoffee 2010: pp. 5-6. Véase también Centeno *et al.* 2022: pp. 64-65.

57. 57. Eisenstadt 1988: p. 243. Cabe señalar, no obstante, que estoy de acuerdo con Bavel *et al.* 2020: pp. 142-143, que dicen concretamente que «deberíamos dejar claro que el derrumbe social fue la excepción más que la norma a lo largo de la historia; e incluso algunos de los llamados colapsos "clásicos" deberían considerarse más como transiciones y adaptaciones que como la destrucción de todas las estructuras sociales, económicas y políticas».

58. 58. Para situaciones similares, véase Storey y Storey 2016: pp. 99, 111-112, 119; sus argumentaciones relativas al fin del Imperio romano y al colapso clásico de los mayas parecen adecuadas también para nuestro análisis, incluyendo además «que casi siempre hay regeneración o resiliencia, pero no necesariamente en el mismo lugar que antes ni en la misma manifestación cultural».

59. 59. Para citar a Benjamin Porter de la UC Berkeley: «Las pruebas ... indican que los grupos se recuperaron a diferente ritmo y siguieron diferentes trayectorias de desarrollo». También observa: «Cada forma de gobierno ... siguió una trayectoria distinta estructurada por factores históricos, geográficos y ambientales» (Porter 2016: pp. 385, 390). Porter habla concretamente del período de la Edad del Hierro II en el Levante, pero también podría estar hablando de cualquier otro lugar, porque sus observaciones son válidas para el Egeo y el Mediterráneo oriental en general durante los siglos posteriores al colapso.

60. 60. K. O'Brien *et al.*, 2012: p. 441, con referencias.

61. 61. Schwartz 2006: pp. 5-6 (que cita a Yoffee y Cowgill 1988) asegura que «el colapso normalmente conlleva alguno de estos factores o todos ellos: la fragmentación de los estados en entidades políticas más pequeñas; el abandono parcial o completo de los centros urbanos, junto con la pérdida o destrucción de las funciones centralizadoras; la descomposición de los sistemas económicos regionales; y el fracaso de la civilización o ideologías... El colapso [r]aramente supone la completa desaparición de un grupo de personas».

62. 62. Véase https://www.thewoodeneffect.com/you-must-prepare-to-succeed. La cita original se suele atribuir a Benjamin Franklin, pero puede ser un error. Estoy en deuda con Mitchell Allen por su

aportación y argumentaciones acerca de estos párrafos resumen (comunicación personal, 20 de junio de 2022).

63. 63. Megginson 1963: p. 4. Doy las gracias a Robert Cargill por recordarme esta cita.

64. 64. Sobre fallos en cascada y fallos simultáneos, véase, p. ej., Centeno *et al.*, 2022: pp. 68-69.

Epílogo

1. 1. Una vez más, como señala Muhly (2011: p. 48): «La pérdida del arte de la escritura es una característica definitoria de una edad oscura, pero no deja de ser un síntoma, no la causa de semejante período». Véanse también Snodgrass 1971: p. 2 y Sherratt 2020: pp. 196-197 sobre las características de una edad oscura. Véase también previamente Tainter 1988: pp. 4, 19-20, 193, 197; 1999: pp. 989-991, 1030; también Chew 2001: pp. 9-10, 60-62; 2005: pp. 52-58, 67-70; 2007: pp. xvi, 6-10, 13-14, 16-17 notas 9-10, 79-83, 94-99; 2008: pp. 92-93, 120-121, 130-131 para sus definiciones y características, además de lo que él considera como Edades Oscuras en Grecia después del derrumbe; son importantes al respecto los comentarios de T. D. Hall's (2014: pp. 82-84) sobre la primera edición de *1177 B.C.* Para argumentaciones más recientes, véanse también Middleton 2017a, 2017c: p. 46; Scott 2017: pp. 213-218.

2. 2. I. Morris 1997: pp. 97, 106, 129, también 2000: pp. 78-106 (cap. 3). Véase también la exhaustiva argumentación de Kotsonas 2016: pp. 239-270, que apunta concretamente a la obra de Gilbert Murray *The Rise of the Greek Epic*, publicado en 1907 (Kotsonas 2016: p. 242).

3. 3. Page 1962: p. 22; citado como uno de los muchos ejemplos en Muhly 2011: p. 49. Véanse también, p. ej., Coulson 1990: pp. 7, 9-10; Coldstream 1992-1993: p. 8, 1998; Muhly 2003: p. 23.

4. 4. Starr 1961: p. 77.

5. 5. Véanse también, p. ej., I. Morris 2000: pp. 92-102, que analiza a Snodgrass 1971; Desborough 1972 (también, previamente, 1964); y Coldstream 1977; véanse además debates sobre lo mismo en Whitley 1991 y Dickinson 2006a: pp. 3-5. Véase también Kotsonas 2020: pp. 82-83, que atribuye a Starr y a Moses Finley el haber «revivido el concepto de edad oscura griega y haberlo transmitido a estudiosos como Snodgrass y Desborough, que escribieron las síntesis homónimas a comienzos de la década de 1970». Personalmente, no estoy tan convencido de que ellos «revivieran el concepto», sino que simplemente siguieron utilizándolo.

6. 6. Sobre la cita, véase Starr 1992: pp. 2-3; también Coulson 1990: p. 7; Muhly 2003: pp. 26-27; 2011: p. 50 (que menciona esta cita en concreto); Sherratt 2020: pp. 196-197.

7. 7. Citas sacadas de S. P. Morris 1989: p. 48; 1992ª: p. 140 (y véase también p. 148). Véase asimismo I. Morris 1997: pp. 98, 111, 115, 117, 122-123, 125-128, 130; 2006: p. 81. Cita, en particular, a S. P. Morris 1992ª: p. 140; 1992b; Papadopoulos 1993. En la década de 1990 hubo algunos resistentes recalcitrantes que todavía consideraban que este período en Grecia había sido oscuro, como «una era de pobreza, malas comunicaciones y aislamiento del mundo exterior» (citado por Muhly 2003: p. 23, que proporciona algunos ejemplos); véase también, p. ej., Robin Osborne de la Universidad de Cambridge, que en 1996 escribió: «La impresión general que nos produce es la de horizontes contraídos: sin grandes edificios, ni tumbas colectivas, sin comunicación impersonal, contactos limitados con el mundo exterior … De ahí la penumbra» (R. Osborne 1996: p. 32). Sin embargo, véanse ahora los pertinentes análisis de Kotsonas 2016: p. 262; 2020: p. 85; Bourogiannis 2018ª: p. 43 (que cita a Muhly 2011: p. 48); Murray 2018c: pp. 19, 21-22, 28, 44, 46; Waal 2018: pp. 109; 2020. Más recientemente Van Damme (2023: pp. 112) declaró: «Originalmente descrito como una "edad oscura", este período [en Grecia] se considera hoy como un tiempo dinámico de innovación e intercambio caracterizado por un aumento de movilidad social y geográfica».

8. 8. Jeffers 2013: p. 3. Del mismo modo, Brian Brown, en su disertación de 2008 sobre el urbanismo del norte de Siria desde 1200 hasta el año 800 a. C., señala: «La expresión "edad oscura", con sus connotaciones de declive gradual y regresión, es … en cierto modo una designación inapropiada» y afirma que las recientes investigaciones indican que «este término no es del todo acertado» (Brown 2008b: pp. 2, 8-9).

9. 9. Porter 2016: p. 386; Sherratt 2003: p. 37, véase también pp. 38-40. Véase asimismo previamente Niemeyer 2006: p. 144: «En la arqueología del Oriente Próximo esta "edad oscura" parece que hoy en día está siendo reevaluada».

10. 10. Véase Whitley 1991: p. 5; también Coulson 1990: pp. 7-10. Véase también la posterior argumentación de Dickinson 2006ª: p. 1, que coincide con las declaraciones de Whitley.

11. 11. Sobre todo, véase Papadopoulos 1993 (con argumentos refutatorios por parte de I. Morris 1993 y Whitley 1993), 1996ª, 1996b, 2014; Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 974-976. Para las citas concretas, véanse Papadopoulos 1993: p. 195; Papadopoulos y Smithson 2017: p. 975. Sobre el surgimiento de las polis, así como sobre la importancia del hierro en el contexto de las «Edades Oscuras» en Grecia, véase Chew 2007: pp. 105-106, 186-187; 2008: pp. 24, 92-93, 120-121, 130-131. Véase también Muhly, que hace

más de una década declaró: «Oscuridad implica condiciones sociales y económicas de desorden resultantes de la ruptura de una estructura política existente. Eso es sin duda lo que ocurrió en Grecia a finales del siglo XII a. C. No obstante, el aislamiento cultural creado por semejante oscuridad no es necesariamente un desastre absoluto, puesto que el aislamiento cultural lleva consigo las oportunidades de racionalización, consolidación y renacimiento» (Muhly 2011: p. 48, que cita también las argumentaciones de Starr 1961). Véase también Scott 2017: pp. 213-217. Sobre la fase alfa, véase de nuevo Walker *et al.* 2004: p. 2.

12. 12. Para citas concretas, véanse Papadopoulos 1993: p. 197; 2014: p. 181; Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 974 (que cita a Harland 1941: p. 429), 976. Véase también R. Osborne 1996: p. 37, que dice que «estamos obligados a concluir que los griegos del período arcaico no sabían nada acerca de la edad oscura».

13. 13. Véanse también previamente Cline 2014: pp. xv, 9, 171-173 y, p. ej., Bunnens 2000: p. 13; Kourou 2008ª: p. 361; Bryce 2020: p. 106; Hodos 2022: p. 215.

Comentario del autor y agradecimientos

1. 1. Papadopoulos 2014: p. 181; sus comentarios han sido mencionados y citados por numerosos académicos, entre ellos, p. ej., Murray 2017: p. 10 n35. Véanse también, p. ej. Papadopoulos 1993: pp. 194-195; 2014: p. 181; Iacovou 2005ª: p. 130; 2007: pp. 461-462; Papadopoulos y Smithson 2017: pp. 18-19, 975-976; también Kearns 2015: p. 34; Murray 2017: p. 10 n35; Saltini Semerari 2017: p. 551; Wallace 2018: p. 309; y recientemente el prefacio a Lemos y Kotsonas 2020: p. xxiii; Knodell 2021: pp. 1-2, 7-8, 10-11, 13-14, 119; López-Ruiz 2021: pp. 4-5. Aunque hay literalmente miles de publicaciones disponibles para una u otra de las sociedades pertenecientes o bien a la Edad del Bronce o a la del Hierro, hay pocas que aborden un enfoque sintético. Sin embargo, una de las descripciones más breves y accesibles que aborda la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro y enumera las civilizaciones nuevas o revisadas que surgen después del colapso es un ensayo altamente recomendable de Elizabeth Carter y Sarah Morris en el volumen que acompañaba a una maravillosa exposición titulada *De Asiria a Iberia* que tuvo lugar en 2014 en el Museo Metropolitano de Arte; véase Carter y Morris 2014.

2. 2. Cline 2007: pp. xiv-xv. También dije que «por cada libro, artículo y argumentación citados aquí, hay docenas que o bien no he tenido espacio suficiente para mencionar o bien he decidido no incluirlos por alguna u otra razón. Me disculpo de antemano en el caso de que haya omitido el libro o artícu-

lo favorito de alguien». Lo mismo es aplicable aquí. Soy también plenamente consciente de que seguramente varios libros o artículos importantes aparecerán mientras este volumen esté en imprenta o poco después de su publicación, pero su consideración obviamente tendrá que aplazarse para una futura edición revisada.

Después de 1177 a. C. La supervivencia de las civilizaciones Eric H. Cline

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *After 1177 B. C.: The Survival of Civilizations*

© Princeton University Press, 2024

© de la traducción, Sílvia Furió, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

Adaptación de la cubierta, Planeta Arte & Diseño, basado en el diseño original de Karl Spurzem, Princeton University Press Imagen de la cubierta: © akg-images / Album

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-9199-737-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realizacion Planeta

Table of Contents

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Listado de ilustraciones

Listado de cuadros

Listado de mapas (después del prefacio, trazados por Michele Angel)

Preámbulo del editor

Prefacio. «Es el fin del mundo tal y como lo conocemos» (... y no me siento bien)

Prólogo. Bienvenidos a la Edad del Hierro

1. El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre

2. Conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria

3. El Mediterráneo convertido en un lago fenicio

4. Rey de la tierra de Karkemish

5. A la sombra de los palacios en ruinas

6. Del colapso a la resiliencia

Epílogo. Fin de una «Edad oscura»

Comentario del autor y agradecimientos

«Dramatis personae» (por orden alfabético)

Bibliografía

Notas

Créditos

ÍNDICE

Sinopsis	4
Portadilla	4
Dedicatoria	1
Cita	1
Listado de ilustraciones	8
Listado de cuadros	9
Listado de mapas (después del prefacio, trazados por Michele Angel)	10
Preámbulo del editor	11
Prefacio. «Es el fin del mundo tal y como lo conocemos» (… y no me siento bien)	14
Prólogo. Bienvenidos a la Edad del Hierro	38
1. El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre	45
2. Conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria	90
3. El Mediterráneo convertido en un lago fenicio	140
4. Rey de la tierra de Karkemish	180
5. A la sombra de los palacios en ruinas	211
6. Del colapso a la resiliencia	241
Epílogo. Fin de una «Edad oscura»	291

Comentario del autor y agradecimientos 297
«Dramatis personae» (por orden alfabético) 305
Bibliografía 312
Notas 423
Créditos 1